B. LLORCA, S. I. - R. GARCIA VILLOSLADA, S. I.
P. DE LETURIA, S. I. - F. J. MONTALBAN, S. I.

HISTORIA
DE LA
IGLESIA CATÓLICA

En sus cuatro grandes edades:
Antigua, Media, Nueva, Moderna

TOMO IV

EDAD MODERNA (1648-1951)

La Iglesia en su lucha y relación con el laicismo

POR EL PADRE
FRANCISCO J. MONTALBAN, S. I. (†)
PROFESOR DE HISTORIA ECL. EN EL COLEGIO DE SAN FRANCISCO JAVIER (OÑA)

REVISADA Y COMPLETADA POR LOS PADRES
BERNARDINO LLORCA, S. I.
RICARDO GARCIA VILLOSLADA, S. I.

REIMPRESION

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID · MCMLIII

P E R I O D O I I

Descristianización de la sociedad y reacción católica (1789 - 1951) [1]

INTRODUCCIÓN

Con la Revolución francesa entran en escena, en la historia del mundo y de la Iglesia, nuevos elementos y nuevas tendencias. Las ideas de la *falsa Ilustración* han cristalizado en hechos. Al absolutismo regio ha sucedido el *liberalismo;* pero el liberalismo degenera muchas veces en libertinaje. A la anarquía de los espíritus ha sucedido la anarquía de los hechos. Tras de la opresión y tiranía en que estaban las masas, viene la tiranía de la democracia, que con harta frecuencia degenera en demagogia. A las luchas religiosas suceden las luchas políticas, y a éstas las luchas sociales o de clases. Se arroja de la sociedad y de la vida pública el poder e influjo de la Iglesia, que es fuente de obediencia, de orden y de paz. No se reconoce más autoridad que el dominio soberano de la razón individual.

---

[1] Véanse, entre otras, las obras siguientes : GAMS, P. B., *Geschichte der K. Christi im 19. Jahrh* (Innsbruck 1854 s.) ; CRETINEAU-JOLY, *L'Eglise rom. en face de la révolution...* (París 1859-1861) ; DÖLLINGER, IGN., *Kirche und Kirchen, Papstum und Kirchenstaat* (Munich 1861) ; NÜRNBERGER, *Papstum und Kirchenstaat,* 3 vols. (Maguncia 1898 s.) ; SILBERNAGL, YS., *Die Kirchenpolitik und religiösen Zustände im 19. Jahrh.* (Landshut 1901) ; KRALIK, R. V., *Allgemeine Geschichte der neuesten Zeit.* 6 vols. (Viena 1919-1923) ; SEIGNOBOS, CH., *Histoire politique de l'Europe contemporaine (1814-1914),* 6.ª ed., 2 vols. (París 1926) ; MC. CAFREY, *History of the catholic Church in the 19 th. century,* 2 vols. Londres 1926) ; CECCHELI, C., *Il Vaticano* (Roma 1927) ; HAYWARD, J., *Le dernier siècle de la Rome pontificale* (París 1928) ; SCHNABEL, FR., *Gesch. der neuesten Zeit (1789-1919),* 7.ª ed. (Friburgo de Br. 1931) ; ID., *Deutsche Gech. im 19. Jahrh.,* 3 vols. (1929-1935) ; ROSE STOCK, E., *Die europäischen Revolutionen* (1931) ; WEILL, G., *L'éveil des nationalités et le mouvement libéral (1815-1848),* en «Peupl. et Civil.», por HALPHEN et SAGNAC, 15 (París 1930) ; HAUSER, E. ; MAURAIN, J. ; BENAERTS, P., *Du libéralisme à l'Imperialisme (1860-1878),* en «Peupl. et Civil.», 17 (París 1939) ; JARRY, E., *L'Eglise contemporaine* (Pa-

Si el período anterior era el individualismo de los soberanos y príncipes, en éste domina el individualismo de los burgueses y plebeyos. Al Estado católico sucede el Estado liberal, que tiraniza la Iglesia, y a éste el proletariado ateo descristianizador.

En esta atmósfera, el protestantismo, que parecía triunfar en sus principios, queda sepultado en su mismo triunfo. Nacen mil sectas y actitudes religiosas, que casi nada tienen que ver con el protestantismo ortodoxo. En cambio, la Iglesia católica, cada vez más despojada de sus derechos materiales y desposeída de sus Estados pontificios, se espiritualiza más y más. Frente a la anarquía y al desorden se yergue como potencia espiritual inconmensurable. Al fin del período, ya en pleno siglo XX, en medio del fragor de las armas, tanto en la primera guerra europea del 1914 al 1918 como en la segunda de 1939-1945, el papa en el Vaticano se levanta como único faro orientador, y aun las mismas potencias no católicas buscan de alguna manera su luz, su doctrina y su influjo benéfico.

La expansión de la Iglesia católica en el campo misional, después de los últimos descubrimientos y exploraciones geográficas del siglo XIX en Africa y Oceanía, es verdaderamente ecuménica y mundial. Pasada la borrasca de la revolución, las misiones inician un resurgir que llega al cenit en nuestro siglo XX, *el siglo de las misiones.*

Es cierto que en este período se esbozan varias herejías y tendencias peligrosas; pero el Vicario de Cristo, vigilante como nunca y armado de la infalibilidad pontificia, solemnemente definida en el concilio Vaticano, les sale al paso con decisión y plenos resultados. Brillan como nunca en la Iglesia sus notas de unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad.

---

rís 1936); BAUMONT, MAURICE, *L'essor industriel et l'impérialisme colonial (1878-1904)*, en «Peupl. et Civil.», 18 (París 1937); GARCÍA DE CASTRO, R., *¿El catolicismo en crisis?* (Barcelona 1935); GENET, L., *L'époque contemporaine (1848-1939)* (París 1946); HYMA, A., *Christianity and politics. A history of the principles and struggles of Church and State* (La Haya 1946); LECLER, J., *L'Eglise et la souveraineté de l'Etat* (París 1946); BIEBER, H., *Das Europäische Staatssystem 1848...* (Offenburg 1946); KASSNER, R., *Das XIX Jahrh. Ausdruck und Gröse* (Zurich 1947); RIVET, A., *Traité du culte catholique et des lois civiles d'ordre religieux: I. Historique de la législation (1789-1947)* (París 1947); CROCE, B., *Storia d'Europa nel secolo decimonono*, 7.ª ed. (Bari 1948); LIPSON, E., *Europe in the XIXth. and XXth. centuries*, 4.ª ed. (Londres 1948); WOODCOCK, G., *A hundred years of revolution: 1848 and after* (Londres 1948); ERGANG, R., *Europe in our time* (Londres 1948); LIPSON, E., *Europe in the XIX. and XX. centuries*, 4.ª ed. (Londres 1948); SALVATORELLI, L., *Le relazioni fra Stato e Chiesa nel secolo XIX: IV. Dal catolicesimo liberale al Conc. Vatic.* (Roma 1948); JOLIBET, CH.; ARCHILIERE, H. X., *Histoire contemporaine (de 1789 à 1875)* (París 1949).

La lucha religiosa de este período estalla gigantesca en nuestros días y divide al mundo en dos grandes campos, el materialismo ateo del socialismo y comunismo y el espiritualismo de la Igleia católica. Algunas veces se han entrecruzado con otras dos tendencias políticas, el totalitarismo y la democracia, que pugnaban por la hegemonía del mundo; esto sin contar otra corriente media y difusa, que unas veces se llama liberalismo y otras laicismo, que en algunos países, como Estados Unidos, Francia, Inglaterra, etc., intenta ocasionalmente aliarse con la Iglesia católica para salvar ciertos valores humanos. En medio de la lucha flota cada vez más purificada la fuerza de la primacía del espíritu, que, guiada por la divina Providencia, se abrirá paso a través de los siglos con nuevos días de paz.

CAPITULO I

La revolución francesa y la Iglesia (1789-1815)

I. La marcha general de la revolución [1]

Arsenal riquísimo para el historiador son los *Procesos verbales* de la asamblea general y de la asamblea constituyente. Como quiera que la revolución se desarrolló en pleno período de publicidad, podemos seguir paso a paso todos los acontecimientos más salientes por medio del *Journal des Débats et Décrets* y el *Courrier de Province,* que comunicaba al público de provincias lo que la revolución hacía. La fuente y la bibliografía son inabarcables en una obra como ésta. Lo que más nos interesa es conocer las causas y seguir el giro y la evolución de los acontecimientos.

1. **Causas de la revolución.**—Desde hacía tiempo que en Francia todo se preparaba para la revolución. Varias eran las causas que la motivaban. Se pueden reducir a dos cabezas: la una dice relación con el régimen político, la otra brota de las ideas.

Graves eran los abusos perpetrados bajo el *ancien régime:* el absolutismo regio había llegado al colmo, a un régimen completamente arbitrario y despótico. "L'Etat c'est moi", de Luis XIV, y el edicto de diciembre de 1770, en que Luis XVI declaraba: "Todo poder del Estado viene del rey; él es el único representante de la nación y el que por propia responsabilidad dicta las leyes, las publica y las ejecuta", eran sintomáticos de este régimen.

---

[1] Fuentes.—*Collectio Brevium atque instructionum SS. D. N. Pii Papae VI, quae ad praesentes gallicarum ecclesiarum calamitates pertinent* (Augsburgo 1786); *Collection générale des brefs et instructions de Pie VI... depuis 1790 jusque 1796,* publ. par M. J. Guliu (París 1798); Bourgin, G., *La France et Rome de 1788 à 1797. Registre des dépêches du Sécretaire d'Etat* (París 1909); *Collection de mémoires sur la Révolution française,* 41 vols. (París 1821 s.); *Recueil des actes du Comité du Salut Public, evec la correspondance officielle des représentants en mission...,* publ. por A. Aulard (París 1889 s.); *La société des Jacobins. Recueil des documents...* (París 1890 s.); Debidour, A., *Recueil des actes du Directoire exécutiv* (París 1910 s.).

Bibliografía.—Ante todo véanse: Tourneux, *Bibliographie de l'histoire de Paris pendant la Révolution,* 4 vols. que enumeran 27.000 obras (París 1890-1913); Lacombe, *Essai d'une bibliographie des ouvrages relatits à l'hist. relig. de Paris, pendant la Révolution* (París 1884); Pisani, *L'Eglise de Paris et la Révolution,* 2 vols. (París 1910). Sobre la Revolución francesa y sobre este período, véanse en particular las siguientes obras generales: Taine, H., *Les origines de la France contemporaine en France,* 6 vols. (París 1878-1893); La-

Desde 1614, es decir, desde hacía ciento setenta años, no se habían reunido los Estados generales del reino. Además, con el abuso de las *lettres de cachet* del rey, la libertad de los ciudadanos quedaba siempre amenazada y puesta al arbitrio de cualquier valido. Bien alto lo pregonaban los muros de la Bastilla. Esa misma arbitrariedad se veía en la imposición de tributos, que iban cada día en aumento. Para soslayar la oposición del Parlamento en registrar los edictos tributarios, se inventaron los *lits de justice* y el destierro de los parlamentarios recalcitrantes. Los oficios y empleos se hicieron espantosamente venales en beneficio de los nobles y de los ricos. Pero, además, el *ancien régime* en sí mismo y en su misma esencia y constitución llevaba la odiosa *desigualdad de clases* con el sistema de minorías privilegiadas, es decir, la nobleza, el clero y el pueblo o tercer estado, sobre el cual caían las cargas. Como que los impuestos directos sólo al tercer estado afectaban, y los tributos indirectos en su mayor parte sólo al tercer estado se aplicaban [2].

El otro capítulo de causas es más bien de índole social y religiosa. Estas fueron las que marcaron la revolución francesa con el sello de irreligiosidad e impiedad. La literatura deísta o anticristiana de Rousseau, Montesquieu, Voltaire; la nueva filosofía materialista y la nueva ciencia positiva de la Enciclopedia engendraron una revolución irreligiosa y atea. "Desde hace treinta años pienso, y ahora sigo pensando, dice Brunetière, en el poder de las ideas. Las ideas rigen al mundo. La filosofía en general y la Enciclopedia en particular estuvieron en primera fila entre los hombres de la revolución. Ciertamente el *Essai sur les moeurs*, de Voltaire, y el *Contrat sociale*, de Rousseau, no fueron las únicas causas de la revolución. Sin la filosofía, existían en el Estado y en la sociedad verdaderos abusos; pero desde luego los filósofos formularon estos abusos y esparcieron su conocimiento por el mundo. Los filósofos dieron a la revolución no sólo el carácter de una doctrina determinada, sino también la nota de su universalidad. La filosofía fué la norma intelectual de la revolución francesa" [3].

Estas causas influyeron en la plebe, en cuyas manos se puso la revolución, y ciertas circunstancias casuales produjeron una revolución sangrienta como pocas en la historia.

La causa próxima u ocasión de la revolución fué la bancarrota económica de Francia. Las deudas y empobrecimiento de la nación tomaron proporciones alarmantes con las guerras de Luis XIV, fueron en aumento con el despilfarro de la corte y las suntuosas construcciones de Luis XV, y, a pesar de la buena voluntad y economías de Luis XVI, los gastos de la guerra de la independencia de los Estados Unidos acabaron de desquiciar la cuestión económica. Las guerras y el lujo echaron sobre Francia una carga de 3.500 millones de francos de deuda.

2. Esfuerzos por resurgir.—Para evitar la bancarrota, el ministerio Turgot tomó varias medidas, que dejaron de aplicarse muy pronto, con su caída en 1776. Fué llamado al ministerio el banquero protestante Necker, quien acudió a los empréstitos y ahorros. Así se mantuvo hasta 1781. Le sucedió Calonne; pero en 1786 hubo de persuadirse que todos los medios empleados resultaban inútiles y quiso remediar un mal tan grave por medio de la Asamblea de los Notables, que desde 1626 no se había convocado. Se reunieron éstos en 1787; pero se disolvieron sin adoptar ninguna resolución eficaz. Cayó Calonne y le sucedió el indigno arzobispo de Toulouse Loménie de Brienne. Se ideó un conato de nueva Constitución, que coartara los derechos del Parlamento, sacando de su jurisdicción el registro de las leyes y la cuestión de impuestos. El 25 de agosto de 1788 cayó De Brienne, y, contra la voluntad del rey, hubo de ser llamado de nuevo el intrigante Necker, quien devolvió al Parlamento sus derechos. Los tumultos populares se multiplicaban. Necker, como último recurso, propuso la convocación de los Estados generales [4].

VISSE, E., *Histoire de la France contemporaine (1789-1919)*, vols. 1 y 2: *La Révolution*, por PH. SAGNAC y P. PARISET (París 1920); HALPHEN, L., y SAGNAC, L., en «Peupl. et Civil.», vol. 12: *La Révolution française*, por G. LEFEBVRE, R. GUYOT, PH. SAGNAC (París 1938); WEISS, J. B., *Hitsoria universal*, trad. de R. Ruiz Amado, vols. 15-21 (Barcelona 1928 s.); LECLERCQ, H., *Histoire du déclin et de la chute de la monarchie française (1789-1792)*, 3 vols. (París 1924-1930). Otros volúmenes (París 1931-1940): AULARD, A., *Histoire politique de la Révolution française*, 9 vols. (París 1893-1924); MADELIN, L., *La Révolution* (París 1911); MATHIEZ, A., *La Révolution française*, 3 vols. (París 1922-1924); RAMBAUD, A., *Histoire de la civilisation contemporaine en France (1789-1912)*, nueva ed. (París 1926); SOREL, A., *L'Europe et la Révolution française*, 4 vols. (París 1923); BELLOC, H., *The French Révolution*, 2.ª ed. (Londres 1925); GAXOTTE, P., *La Revolución francesa* (Madrid 1934); GOETZ, W., *Historia universal*, vol. 12, *La Revolución francesa*, etc. (Madrid 1931 s.); GUÉRIN, D., *La lutte des classes sous la première République*, 2 vols. (París 1947); MAURRAS, CH., *Réflexions sur la Révolution de 1789...* (París 1948); SOBOUL, A., *La Révolution française (1789-1799)* (París 1948); ROGERS, C. B., *The spirit of Revolution in 1789* (Princetown 1949).

[2] GASC-DEFOSSÉS, *La Révolution française: I. L'agonie de l'ancien régime* (París 1923), pp. 1-35, trata de las causas próximas de la Revolución, sociales y generales, como el protestantismo, enciclopedismo y masonería. Véase también HERVÁS Y PANDURO, L., *Causas de la Revolución francesa* (Madrid 1943).

[3] BRUNETIERE, *Philosophes et la société française*, en «Revue des Deux Mondes» (1906), p. 605; SICARD, *L'éducation morale et civique avant et pendant la Révolution (1700-1808)* (París 1912).

[4] Con amplitud y competencia expone Gasc-Defossés en su primer volumen «L'agonie de l'ancien régime», después de exponer en el libro primero las instituciones bajo el *ancien régime*, y en el libro se-

3. Los Estados generales: dificultades en su inauguración. Asamblea Nacional.—El 24 de enero de 1789 apareció el decreto convocándolos para el 27 de abril en Versalles. Se cometió el error de conceder al tercer estado doble representación. De esta suerte, de 1.158 diputados se presentaron 270 miembros de la nobleza, 290 del clero y 598 del estado llano. Si se cambiaba el proceder corriente de votar por estados y se adoptaba el voto individual, el tercer estado triunfaría en toda la línea.

Los diputados de provincias estaban ya en París para el día prefijado; pero los de la ciudad todavía el 13 de abril recibieron su sistema electoral. Por lo tanto, se difirió la apertura de la Asamblea para el 5 de mayo. Mientras tanto, funcionaban ya los clubs y se iban esbozando los tres partidos de aristócratas, moderados y demócratas.

La mayor parte de los diputados del tercer estado venían con sus mandatos bien definidos: reformas en la economía, en la justicia, en la instrucción y en el ejército. Entre ellos sobresalía el conde de Mirabeau, que por su inmoralidad y deudas había sido excluído del primer estado y ahora se presentaba al frente de los demócratas. Entre los representantes del clero figuraba un sacerdote, Sièyes, vicario general de Chartres, que era autor de una serie de escritos revolucionarios, y principalmente del folleto *Qu'es-ce que le tiers état?*, que en tres semanas esparció 30.000 ejemplares [5]. Allí estaba también M. Talleyrand, obispo de Autun, destinado desde niño, sin vocación, a la carrera eclesiástica.

El 5 de mayo se inauguró la Asamblea con una misa pontifical, celebrada por el arzobispo de París, Juigné, en la iglesia de San Luis de Versalles. Predicó en ella el obispo de Nancy, De la Fare, en términos ambiguos contra los abusos, así políticos como religiosos, acentuando los bienes de la libertad. En la sesión inaugural, tenida en la sala del Palacio de Versalles, los tres estados se colocaron de la manera siguiente: a la derecha del trono estaba el clero; a la izquierda, la nobleza, y enfrente, el tercer estado. El rey y el canciller, en sus alocuciones, amonestaron a los presentes contra el prurito de novedades y exhortaron a todos a hallar remedio a los males y crisis económicas. Después Necker echó un discurso de tres horas, dando cuenta con cifras y datos del estado económico y del déficit de la nación. Con esto se levantó la sesión, sin determinar cómo se había de

gundo «Los tres Estados», todos los esfuerzos del Gobierno y sus ministros hasta el 5 de mayo de 1789 para salir de la crisis; en el libro tercero «El reinado de Luis XVI» hasta el 5 de mayo de 1789.

[5] GASC-DEFOSSÉS, *La Rév. française. L'agonie...*, pp. 382-429: se estudia la convocación de los Estados generales, su elección y sus mandatos o los *Cahiers* de reformas.

hacer el escrutinio de las actas de los diputados ni cómo se había de emitir el voto.

El 6 de mayo el tercer estado presentó ya la cuestión sobre la manera de examinar las actas: el examen se había de hacer en común y se había de votar por cabezas y no por estados, *pues cada diputado representaba no sólo a su estado, sino a toda la nación.* La moción fué rechazada por la nobleza y el clero. Entonces el tercer estado, en el que bullía ya la idea de su representación nacional con las ideas de Sièyes: "¿Qué es el tercer estado? Nada. ¿Qué debe ser el tercer estado? Todo", resolvió no admitir ningún diputado cuyos poderes no se hubiesen examinado en su seno y no reconocer a los nobles y clérigos que no se sometiesen: sólo el tercer estado representaba a toda la nación [6].

Entre la nobleza, 188 votos se declararon por constituirse por estados. Los otros 47 votos, entre ellos el archiduque de Orleáns, el archiduque de Liancourt y el célebre Lafayette, se unieron al tercer estado. Pronto se sumaron a éstos ocho miembros de la nobleza de París y el ministro Necker. Entre el clero, 133 votos se declararon por el sistema antiguo y 114 por sumarse al tercer estado.

Así las cosas, el 12 de junio, el conde de Mirabeau conjuró en nombre del Dios de la paz al clero a que se juntase con la burguesía. Con grandes aplausos inauguró el paso el abate Grégoire, no mal sacerdote, aunque de ideas muy avanzadas.

Terminado el examen de las actas, el tercer estado el 17 de junio se declaró *Asamblea Nacional,* e invitó a los otros dos estados a entrar en su seno. Este fué un paso decisivo, que echaba por tierra en principio la antigua constitución de los tres estados y aun la soberanía del rey. Se podía decir que la revolución estaba en marcha. Como presidente de la Asamblea quedó elegido el astrónomo Bailly [7].

Inmediatamente surgió la idea de dar una nueva Constitución al país. Efectivamente, el 20 de junio, los diputados, reunidos en el juego de pelota de Versalles, porque no se les daba el salón, juraron no separarse hasta dar a Francia una Constitución. El monarca tuvo que acceder a que nobleza y clero se adhiriesen a los burgueses el 27 de junio, con gran desdoro de la autoridad real y con el triunfo de los rebeldes. El presidente Bailly quedó constituído como presidente de

[6] LOUIS BLANC, *Révolution française,* II, p. 259, expresa el deseo del rey de que los tres Estados sigan, como siempre, como algo esencial a la Constitución del reino.

[7] SAGNAC, *La Révolution,* en «Histoire de la France contemporaine», de E. Lavisse, t. 1, 24.

toda la Asamblea, que desde entonces se llamó *Asamblea constituyente* [8].

4. **Asamblea constituyente. Abolición de los privilegios.** La calle iba a imponerse pronto. El 1 de julio, Necker propuso al rey armar al pueblo y disminuir el ejército, al que, por otra parte, se venía difamando. El desorden aumentaba. El rey creyó deber despedir a Necker, a quien comenzó a considerar como su más peligroso enemigo. Pero Desmoulins presentó ante el pueblo esta despedida como otra S. Barthelemy. En poco tiempo el populacho de París, alborotado, tomaba las armas, y comenzaron los atropellos: en la noche del 12 al 13 fué asaltada la casa de los lazaristas, con destrucción y vandalismo. Los militares tenían orden de no derramar gota de sangre y de retirarse prudentemente. París quedó sin tropas, y el populacho armado abrió las cárceles [9].

El colegio electoral de París, con anuencia de la Asamblea constituyente, que desde el 9 de julio elaboraba ya la nueva constitución, se apoderó del poder; se creó una guardia nacional de 48.000 hombres al mando de Lafayette, y el populacho, por su parte, pedía la entrega de 32.000 fusiles del arsenal de los Inválidos. De hecho, el 14 de julio la plebe arrebató de allí 28.000 fusiles y 20 cañones y asaltó la fortaleza de la Bastilla, que defendían sólo 138 soldados. La destrucción de la Bastilla, símbolo del absolutismo regio, sonó a fin del antiguo régimen. La noticia de su toma fué en provincias la señal de asaltos y atropellos a los castillos de los nobles. Estos comenzaron a emigrar, aterrados o cobardes. Entre ellos salió de Francia el conde de Artois, Carlos Felipe, hermano del rey, que se puso a la cabeza de los emigrados, y desde 1791 fijó su residencia en la corte del elector de Tréveris, Coblenza [10].

El 15 de julio el rey se presentó en la Asamblea, expresando su pesar por los disturbios y reclamando el auxilio de la Asamblea para restablecer el orden en la ciudad; él, por su parte, ya había mandado retirar las tropas de París y Versalles. En señal de respeto, la Asamblea acompañó a pie al

[8] Las cosas van tan de prisa, que desde el 20 al 27 de junio, por la escena del juramento del Juego de Pelota, la Asamblea nacional pasa a Asamblea constituyente. La escena real no había hecho sino ahondar el abismo. GASC-DEFOSSÉS, *Rév. franç.*, II, pp. 18-30; LECLERQ, *L'oeuvre de la Constituante (juillet-décembre 1789)* (París 1938).

[9] Una banda de forajidos derriba a golpe de hachas la puerta de los lazaristas, destroza la biblioteca, los armarios, los cuadros, las ventanas, el gabinete de física. Al día siguiente se encontró allá una treintena de muertos.

[10] En los fastos de la historia reciente de Francia es memorable este día 14 de julio, que con la toma de la Bastilla significa la muerte del *ancien régime*. Pero los excesos del populacho también fueron vergonzosos. Cf. SAGNAC, *La Révolution*, en la «Histoire de la France contemporaine», de E. Lavisse, t. 1, 51-52.

rey hasta su palacio. Lafayette, que se había señalado en la guerra de la independencia de los Estados Unidos, trató de poner orden. El 16 fué proclamado jefe de la guardia nacional, y Bailly, nuevo alcalde de París.

Pero por imposición de la Asamblea, el rey tuvo que llamar de nuevo a Necker y, cediendo a la invitación del municipio de la capital, se dirigió el 17 de julio a la Casa Consistorial. En Sèvres le esperaban 200.000 parisienses, y con ellos entró, puesta la escarapela tricolor, en la ciudad, más bien como prisionero. En el Ayuntamiento tuvo que aguantar un chaparrón de discursos inconvenientes. A su vuelta a Versalles, hasta hubo disparos contra él [11].

De hecho era ya la Asamblea o más bien la Commune de París y los clubs los que gobernaban. La anarquía crecía como la espuma. Desde París, la ola revolucionaria se iba extendiendo por el Delfinado, Bretaña y Normandía. En ocho días, toda Francia se había armado. Los Parlamentos y los antiguos tribunales habían desaparecido; los asaltos de conventos y castillos, con sus correspondientes víctimas, menudeaban.

El 22 de julio, a pesar de las promesas de Lafayette, caía asesinado el ministro de la guerra, Fulon, y a su yerno hasta le arrancaron el corazón. El pueblo se iba convirtiendo en una hiena con instintos sanguinarios, cada vez más crueles, contra todos los que no seguían sus caprichos. Ante los almacenes y escaparates, el populacho pedía tumultuosamente pan. En ese mar revuelto sobrenadaban tipos como el joven abogado Camilo Desmoulins, que se llamaba a sí mismo "procurador general de faroles", entiéndase "horcas" [12].

5. **Los derechos del hombre.**—En medio de esta anarquía, la Asamblea, dominada por la Commune y los clubs, el 28 de julio asumió la mayor parte del gobierno y dictó una serie de órdenes en varios ramos de la administración. Entre tanto, el estudio de la Constitución, que desde el 9 de julio se venía preparando, iba terminándose. Pero el 4 de agosto se resolvió que antes había que proceder a proclamar los derechos del hombre y del ciudadano.

Inopinadamente, el 4 de agosto mismo, en la sesión nocturna, que duró seis horas, el diputado Target propuso se debía hacer al pueblo un llamamiento a la paz; pero el vizconde

[11] GASC-DEFOSSÉS, o. c., II, *L'Assamblée...*, pp. 88-122. Lafayette presenta su dimisión y la retira en medio de los mayores excesos del populacho; ante este desbarajuste, comienza la emigración de capitales y de personas.

[12] En sólo el mes de agosto fueron incendiados más de 200 castillos señoriales. Y, naturalmente, estos horrores no se cometían sin sangre y crueldades increíbles. Cf. GASC-DEFOSSÉS, II, *L'Assamblée...*, p. 104; WUHR, *Die Emigranten der französischen Revolution* (Munich 1938).

de Noailles afirmó que la paz no vendría hasta que se hubiera concedido al pueblo algo tangible. Todos rivalizaron en generosidad desde aquel momento. Conforme lo acordado en el club bretón el día anterior, se fueron haciendo una serie de proposiciones, que se aprobaban por aclamación. La nobleza renunció a sus títulos y blasones, a los derechos de montes, caza y pesca, a todos los derechos feudales. Por su parte, el clero renunció a los diezmos y a los derechos de estola, con tal de recibir alguna compensación para la vida. El antiguo régimen, con sus clases privilegiadas, quedaba abolido. El alto clero, a pesar de las enormes sumas que había dado al tesoro público en forma de don gratuito; a pesar de que, para salvar la crisis económica, juntamente con el bajo clero había ya ofrecido al tesoro la suma de 400 millones, es decir, un tercio de sus bienes inmuebles, todavía hubo de ceder, admitiendo los impuestos sobre los bienes eclesiásticos, suprimiendo por sí y ante sí las annatas y toda contribución al papa, a los obispos y cabildos. El entusiasmo era indescriptible; todos se sentían generosos [13].

En dos meses la revolución había dado pasos de gigante. En el mes de junio, los Estados generales se habían transformado en Asamblea Nacional contra la nobleza y el clero; en el mes de julio, la Asamblea había usurpado los poderes del rey y éste había tenido que aprobar lo hecho; a principios del mes de agosto se había suprimido un orden de cosas milenario, se habían abolido los privilegios de la nobleza y el clero y preparado el camino para un orden nuevo.

6. **La nueva Constitución.**—Para fines de agosto la Constitución iba perfilándose, si bien todavía luchaban las tendencias regalistas, aunque constitucionales, y las demócratas. Como paso previo a la proclamación de la Constitución, a propuesta de Lafayette, se proclamaron el 27 de agosto los derechos del hombre y del ciudadano: "Considerando que el desconocimiento, el olvido y el desprecio de los derechos del hombre son las únicas causas del desorden público y de la corrupción de los gobiernos, la Asamblea declara solemnemente que los hombres nacen libres e iguales ante las leyes. Las diferencias sociales las crea solamente la utilidad común. Los derechos naturales e inalienables del hombre son: libertad, igualdad legal, derecho de propiedad, seguridad de la persona y derecho a resistir a la opresión". El artículo tercero pregona que la soberanía reside en la nación. Ninguna corporación o

[13] La noche del 4 de agosto fué también memorable para la Revolución: las clases privilegiadas desaparecieron. Según las cuentas de Necker, el clero había prestado al Gobierno tanto como los otros Estados. Cf. NECKER, *Sur l'administration des finances de la France* (Ginebra 1784), II, p. 297; MARANINI, *Classe e Stato nella Revoluzione francese* (Perusa 1936).

individuo puede ejercer un poder que no le haya venido del pueblo. La libertad asegura a cada uno el derecho de escribir, de pensar, de imprimir cuanto quiera, con las limitaciones que imponga la ley [14].

En estos famosos 17 artículos, debidos a Lafayette, quedan sancionadas la soberanía del pueblo, la libertad de conciencia, la libertad de pensamiento. La demagogia iba triunfando. Para tener más sometido al rey y a la misma Asamblea, los "amigos de la libertad" pensaron que tanto el rey como la Asamblea debían residir en París. Se preparó el terreno por medio de escritos, y el 5 de octubre de 1789 se organizó una marcha sobre Versalles.

Todo el populacho y mujerzuelas disfrazadas, al mando de la amazona Thécroine de Méricourt, con unos cientos de sicarios, se pusieron en marcha. La guardia nacional se sumó a aquella multitud, cada vez más numerosa. Serían unos 30.000. El rey se vió obligado a ceder, fijando su residencia en París, confiando la custodia de Versalles a la guardia nacional, y sancionó simplemente los derechos del hombre y del ciudadano.

En este viaje hacia la capital se había tramado un complot para asesinar a la reina, cuya muerte pedía el populacho a grandes gritos. Varios guardias nobles perdieron su vida, y la guardia suiza fué desarmada; pero se salvó la vida de María Antonieta. A las dos de la tarde del día 6 se puso en camino la comitiva hacia París; abrían la marcha las cabezas de los nobles muertos, clavadas en picas. Después de un verdadero calvario, llegaba el rey a París a las nueve de la noche. Después de la sesión del Ayuntamiento se dirigió a las desiertas Tullerías, donde la guardia nacional hacía el servicio. Tanto el rey como la Asamblea Nacional quedaban desde entonces prisioneros del populacho y de los clubs revolucionarios [15].

Para fines de agosto de 1790 la nueva Constitución estaba ya votada. La encabezaban los 17 artículos de los derechos del hombre y del ciudadano. En ella se garantizaba la inviolabilidad de la persona del rey, quien retenía el poder ejecutivo; la corona había de ser hereditaria en la línea masculina; las leyes necesitaban ser proclamadas por el rey, el cual tenía voto suspensivo hasta la tercera legislatura, o sea por dos años. La potestad legislativa residía en el pueblo, quien la ejercitaba por sus representantes; los funcionarios eran responsables; quedaba garantizada la inviolabilidad de la propiedad y libertad personal [16].

[14] JELLINCK, *Die Erklärung der Mensch-und Bürgerrechte*, 2.ª ed. (Leipzig 1904).
[15] GASC-DEFOSSÉS, o. c., II, *L'Assamblée...*, pp. 137-184.
[16] HELIE, *Les Constitutions de la France* (París 1879), p. 44 s.

Haciendo uso del voto regio, la Constitución quedó en suspenso por dos años. Pero la revolución triunfaba. El 14 de julio de 1790, en el campo de Marte, se celebró con derroche de entusiasmo popular la *fiesta de la federación:* miles y miles de ciudadanos acudieron de todos los ángulos de Francia; Talleyrand, rodeado de 300 sacerdotes con sus escarapelas tricolores, actuó de pontífice, bendiciendo las banderas de los nuevos 83 departamentos creados por la Constitución en lugar de las antiguas provincias. Lafayette, en nombre de la guardia nacional, juró fidelidad al rey y a las leyes [17].

Los clubs demócratas todavía no estaban satisfechos: había que acabar con la monarquía e implantar la república. Los clubs de los jacobinos (así llamados por tener su local en el convento de los jacobitas o dominicos), con Robespierre; de los franciscanos o cordeleros, con Danton, Marat, Desmoulins, Hebert; el de los cistercienses o *feuillants,* con Lafayette, Bailly, etc., estaban en plena efervescencia. Mirabeau tuvo un acto de delicadeza tratando de salvar la monarquía y al rey; pero murió en abril de 1791. Por junio de ese año, Luis XVI, amedrentado, quiso ganar la frontera austríaca de Bélgica; pero, reconocido en Varennes, fué devuelto a París, suspendido en sus funciones y encerrado en las Tullerías. Por fin fué repuesto en el trono, y, transcurrido el plazo de dos años, no tuvo más remedio que firmar el 5 de octubre de 1791 la nueva Constitución con la fórmula: "J'ai examiné attentivement l'acte constitutionnel que vous avez présenté à mon acceptation. Je l'accepte et je le ferai exécuter... J'accepte donc la Constitution" [18].

7. La Asamblea legislativa y la Convención.—Con esto terminaba la labor de la constituyente. Se convocó la Asamblea legislativa para octubre de 1791 (1791-sept. 1792). La nueva Asamblea contaba con 745 miembros; la mayor parte eran jóvenes, de ellos unos 400 abogados. Iban ganando terreno las ideas republicanas y librepensadoras. Entre todos los diputados descollaban Danton, Marat, Robespierre, Desmoulins, que eran los jefes del llamado cuarto estado de los trabajadores y proletarios. Los diputados de los departamentos del Garona y la Gironda formaban un grupo especial bajo el nombre de girondinos.

Pronto comenzó la labor de la Asamblea con decretos revolucionarios. El 10 de agosto de 1792, con el asalto a las Tullerías, la Commune de París se adueñó del poder; el rey

[17] GASC-DEFOSSÉS, o. c., II, pp. 268-78.

[18] El 13 de septiembre de 1791 el rey había escrito a la Asamblea una carta aceptando la Constitución y diciendo que al día siguiente se presentaría para aceptarla solemnemente. Cf. GASC-DEFOSSÉS, II, pp. 379-80; LECLERCQ, *La fuite du roi (avril-juillet 1791)* (París 1936).

se refugió en la Asamblea, la guardia suiza fué sacrificada y el monarca recluído en la prisión del Temple. La causa de la monarquía estaba perdida [19].

El 2 de septiembre inauguraba Danton el *régimen del terror,* y desde el 21 de este mes la Asamblea legislativa cedió su puesto a la *Convención,* que siguió sembrando el espanto. En la primera etapa del terror, desde el 2 al 7 de septiembre, cayeron unas 12.000 cabezas, entre ellos unos 400 sacerdotes y unos 3.000 *sospechosos* detenidos en las cárceles. La princesa Lamballe, que noblemente había acompañado a la reina en la prisión del Temple, fué asesinada en la misma cárcel, y su corazón, aún palpitante, fué devorado por un monstruo de inhumanidad, y su cabeza fué paseada en una pica por las calles [20].

La Convención, reunida para dar otra Constitución a Francia, comenzó pronto a ocuparse de la suerte del rey y de la monarquía. El 3 de diciembre de 1792 abrió su proceso, y el 21 de enero de 1793 caía la cabeza de Luis XVI al tajo de la guillotina. De los 721 diputados, 361, con el duque de Orleáns, primo del rey, que había cambiado su nombre por el de Felipe Igualdad; el abate Sièyes y Robespierre a la cabeza, votaron la muerte del inocente monarca. Su defensor, Desèze, tuvo el 26 de diciembre una brillante apología del reo. "Ciudadanos, yo no termino. Yo me detengo ante la historia; pensad que ella juzgará vuestro juicio y que su juicio será el de los siglos" [21].

El terror proseguía su labor; los verdugos no dejaban descansar las guillotinas. Desde el 10 hasta el 27 de julio de 1793, Robespierre, dueño de la situación, envió a la guillotina en París a 1.376 personas. En toda Francia funcionaban 44.000 tribunales revolucionarios con sus guillotinas, ocupadas en purgar a la república de monárquicos y federales. Hubo fusilados en masa, como en Nantes, y en el Loira de una sola vez fueron ahogadas 138 personas. Pero también les llegó el turno a los mismos revolucionarios, como Desmoulins, Herault, De Séchelles, Felipe Igualdad. Los lobos se devoraban entre sí. El mismo Danton subió a la guillotina el 5 de abril de 1794. Por fin rodó también la cabeza de Robespierre el 27 de julio [22].

[19] Ya al volver de aceptar la Constitución, el rey había dicho a la reina: «¡Qué humillación! Todo está perdido, Señora» (GASC-DEFOSSÉS, II, pp. 556-88).

[20] GASC-DEFOSSÉS, II, pp. 605-70 s. En la página 630-1 trae un balance de esta mortandad de septiembre. Según Granier, 1.614 muertos; según Mortimer-Ternaux, 1.368; según Taine, 1.367, y de ellos, 250 sacerdotes y tres obispos; WALTER, *Les massacres de septembre. Étude critique* (París 1932).

[21] THIERS, *Histoire de la Révolution française,* II, p. 206.

[22] Es aleccionadora esta página de la historia de la Revolución

Pero a nosotros nos interesa detallar la obra religiosa de la revolución.

II. Medidas antirreligiosas [23]

1. Contra los bienes eclesiásticos.—La misma convocación de los Estados generales significaba la bancarrota del *ancien régime*. No bastó la precipitada generosidad con que nobles y eclesiásticos renunciaron a sus privilegios en la noche memorable del 4 al 5 de agosto de 1789 para colmar los deseos de la mayoría de los diputados, y mucho menos los de los clubs revolucionarios. No bastó la oferta de hipotecar todos los bienes eclesiásticos para cubrir el déficit del Estado. En parte por ideas absolutistas y regalistas y en parte por las ideas antirreligiosas de la falsa Ilustración, se atentaba contra los mismos bienes de la Iglesia.

El 10 de octubre de 1789, el obispo de Autun, Mauricio de Talleyrand-Périgord, propuso poner a disposición del Estado todos los bienes eclesiásticos [24]. Se sucedieron sesiones borrascosas y se oyeron discursos indignos; se declamó contra el veneno de la Iglesia, las riquezas; contra el mal uso que de ellas hacían los eclesiásticos; contra el despilfarro

en que los mismos adalides se van eliminando mutuamente. Su relato se puede ver en LAVISSE-RAMBAUD, *Histoire générale...*, VII, *La Révolution et le Consulat*, por AULARD y WAST.

[23] Sobre la historia religiosa de la Revolución francesa, además de las obras indicadas, pueden verse en particular: GAZIER, A., *Etudes sur l'histoire religieuse de la Révolution* (París 1887); ROBIDOU, B., *Histoire du clergé pendant la Révolution française*, 2 vols. (París 1889); DEBIDOUR, A., *Histoire des relations de l'Eglise et l'Etat de 1789 à 1870*, 2 vols. (París 1898); SLOANE, W. M., *The French Revolution and Religious Reform (1789-1804)* (Londres 1901); GIOBLIO, A. D., *La Chiesa e lo Stato in Francia durante la Rivoluzione*, 4 vols. (Roma 1905); DESDEVISSES DU DEZERT, G., *L'Eglise de Paris et la Révolution*, 4 vols. (París 1908-1911); LA GORCE, P. DE, *Histoire religieuse de la Révolution française*, 5 vols. (París 1909-1923); SICARD, A., *L'ancien clergé de France avant la Révolution. Les évêques* (París 1912); ID., *Le clergé de France pendant la Révolution*, 3 vols. (París 1912-1917); MATHIEZ, A., *Contribution à l'histoire religieuse de la Révolution* (París 1907); ID., *La Révolution et l'Eglise* (París 1910); ID., *La question religieuse sous la Révolution* (París 1930); LA COUTURE, J., *La politique religieuse de la Révolution* (París 1919); CONSTANT, G., *L'Eglise de France sous le Consulat et l'Empire (1800-1814)* (París 1928); PHILLIPS, C. C., *The Church in France 1789-1848* (Londres 1929); LATREILLE, A., *L'Eglise catholique et la Révolution: I. Le Pontificat de Pie VI et la crise française* (París 1947); LEFLON, J., *La crise révolutionnaire (1789-1846)*, en «Hist. de l'Eglise», por FLICHE-MARTIN, vol. 20 (París 1949); LEDRE, CH., *L'Eglise de France sous la Révolution* (París 1949); ID., *Le culte caché sous la Révolution* (París 1949).

[24] En LA GORCE, I, pp. 140-150. El decreto fué adoptado, por 568 votos contra 346, el 2 de septiembre; LACOMBE, *Talleyrand, évêque d'Autun* (París 1903).

del alto clero; se ponderaron las excesivas riquezas de la Iglesia; se defendió con calor que el Estado por su derecho de soberanía podía, si así lo exigía el bien común, disponer de esos bienes. Así preparados los ánimos, por fin el 2 de noviembre se sancionó el despojo, nacionalizando todos los bienes de la Iglesia francesa. Con esto se creyó aliviar la deuda nacional, y lo que se consiguió fué aumentarla, pues se cargó el tesoro público con el gravamen del culto y clero, mientras los bienes eclesiásticos cayeron en manos de ávidos poseedores, que no pudieron ni supieron explotarlos [25].

Alguien evaluó dichos bienes en un tercio del territorio francés; pero, si eso valía para Cambrais y Flandes, era una manifiesta exageración para el resto del país. El ministro de Hacienda, Necker, en 1784 valoraba las rentas eclesiásticas en 130 millones. El diputado de la Constituyente Dupont de Nemours calculaba las rentas en 60 millones; la Asamblea del clero entre 1755 y 1765 las evaluaba en 62 millones. El cálculo más exacto y riguroso parece ser el del marqués de Montesquieu, quien, después de todas las discusiones de esa Asamblea y de las verificaciones de las ventas, atribuye a los bienes eclesiásticos de Francia un valor global de cerca de 3.000 millones de libras. Evaluando en 392 millones la riqueza forestal y descontando los edificios suntuarios e iglesias, que nada producen, ese capital de 3.000 millones al 3 por 100 daba una renta de 85 millones. A estas entradas hay que añadir las de los diezmos, que en buena cuenta subían a unos 80 millones anuales. Además, hay que sumar ciertas rentas de abadías y obispados, que subían a 15 millones. Por lo tanto, todas las entradas se podían calcular en 180 millones. Naturalmente, en estos cálculos no entraban las alhajas y metales preciosos y obras de arte de las iglesias, cuyo valor era incalculable; pero que nada rendían para los haberes del clero [26].

Esta riqueza eclesiástica er~ justísima en sí por su origen (donaciones, compraventas, crecimientos, mejoras) y santísima por su destino; tenía, además de la sustentación del mismo clero, el doble gravamen: atender a las necesidades de los vivos en asilos, hospitales, orfanotrofios, seminarios y toda clase de obras de beneficencia, y la de atender a los difuntos en las fundaciones de misas y oficios.

Sin embargo, preparada la Asamblea por las amenazas y terrores de la chusma, votó el despojo por 568 votos contra 346 y 246 ausencias. Quedó, pues, determinado: los bienes eclesiásticos están a disposición de la nación como hipotecas para lanzar papel moneda; pero la nación asume la obliga-

[25] NECKER, *Administration des finances de la France*, II, p. 317.
[26] LE CARPENTIER, *La vente des biens ecclésiastiques* (París 1903).

ción de mirar por el culto y clero. El rey no tuvo más remedio que confirmar lo establecido en la Asamblea. Pero la venta fué un rotundo fracaso para el Estado. Como decía Sièyes: "Queréis ser libres y no sabéis ser justos". En cambio, los bienes de la Iglesia protestante quedaron en manos de sus dueños [27].

2. Contra el estado religioso.—No se contentó con este despojo el espíritu libre de los amigos de la libertad, igualdad y fraternidad, sino que, con flagrante ironía, se constituyeron en Asamblea nacional eclesiástica para *reformar* la Iglesia de Francia; por supuesto, como los enemigos de la Iglesia entendían la reforma.

El segundo golpe de estos reformadores lo recibieron las Ordenes y Congregaciones religiosas. Ya el 17 de diciembre se puso de acuerdo la mayoría de la comisión reformadora sobre un reglamento en 15 artículos acerca de la suerte de los conventos y sus moradores. En caso de que los regulares dejasen libremente su vida religiosa, se pasaría a cada uno menor de cincuenta años una pensión de 700 libras; si era de edad de cincuenta a sesenta años, 800 libras; desde sesenta a setenta años, 900 libras, y las personas que pasaran de los setenta años recibirían 1.000 libras. En todo caso, ninguna casa religiosa podía tener menos de 15 personas. Quedaban suprimidos todos los privilegios y exenciones, y todos los religiosos quedaban sometidos a la jurisdicción de los obispos.

Estas medidas todavía eran menos intolerables; pero el artículo 12 ordenaba que en adelante no se admitiesen novicios, fuera de algunos institutos concretos destinados a la enseñanza, al fomento de las ciencias y a la beneficencia [28].

Fuerte fué la oposición que se hizo a este proyecto de parte de los obispos de Clermont y Nancy. Cayle, superior de los lazaristas, recordaba el hecho de los salvajes de la Luisiana, que para coger los frutos cortan de raíz el árbol.

El 5 y 6 de febrero de 1790 se determinó que ningún pueblo tuviera más de una casa de cada instituto. Pero en seguida se llegó al debate a fondo sobre la existencia del mismo estado religioso. En efecto, el 11 de febrero, el abogado Treilhard propuso la supresión de los votos religiosos. Los obispos salieron inútilmente a la defensa de unos institutos tan necesarios a la educación de Francia. Tras largos debates, que duraron desde el 11 al 13 de febrero, se determinó: las leyes no reconocen en adelante ningún voto solemne. Todos los institutos de votos solemnes quedan, por lo tanto, suprimidos; todos sus miembros pueden abandonar sus comunidades con sólo pasar aviso a la autoridad local. Los miembros que abandonen sus conventos recibirán una pensión. Sobre los establecimientos de educación y orfelinatos se tomarán medidas oportunas. Las monjas pueden por el momento seguir viviendo en sus conventos.

[27] LA GORCE, *Histoire relig....*, I, pp. 154-156, 164-79.
[28] PLANK, *Neueste Religiongeschichte*, III, p. 121.

La ejecución de estos decretos se puso en manos de las autoridades locales. En la discusión de este proyecto hubo escenas tumultuosas. Los obispos sacaron a colación la herida que con este acto se infligía a la misma Iglesia católica, y se propuso que por lo menos se diera un decreto declarando que la religión católica apostólica romana era la única religión de Francia. El tumulto que armaron las izquierdas fué indescriptible. El diputado Lameth se despachó con un discurso tribunicio arengando: Abusan del nombre de religión para presentar sus intereses como intereses de la divinidad. Pretenden suscitar contra la Asamblea la superstición del pueblo. Yo denuncio, vociferaba, estos manejos ante la Europa entera, ante el presente y ante la posteridad [29].

Pronto empezó la venta de las casas religiosas. Al poco tiempo empezaron a disminuir las pensiones y aun a faltar del todo. Desgraciadamente, varios religiosos abandonaron sus conventos: unos, arrastrados sencillamente por sus pasiones, y varios de ellos sobresalieron entre los revolucionarios, como Fouché, ex oratoriano; otros salieron atraídos por el cebo de la pensión, y otros vilmente engañados. La mayor parte permaneció fiel, y sobre todo destacó la fidelidad de las religiosas, haciendo falsas las chanzonetas de los malvados, que las suponían a disgusto en sus conventos. De las 37.000 monjas que vivían en unos 4.000 conventos, sólo salieron unas 600. Todavía pasó adelante la fobia antirreligiosa, y en septiembre se prohibió llevar el hábito religioso [30].

3. La Constitución civil del clero.—El tercer ataque de la revolución se dirigió contra el mismo estado clerical. No contentos con desposeerle de sus bienes, que la defensa de las derechas no pudo librar ni parcialmente proponiendo una hipoteca, y que en marzo de 1790 comenzaron a venderse, la Asamblea se empeñaba en dar al clero de Francia una constitución civil y cismática. Con ella se vulneraba la misma constitución divina de la Iglesia, como paso previo para acabar con el catolicismo.

La comisión encargada de los asuntos eclesiásticos propuso un esquema. Varios obispos y diputados, al comienzo mismo de las deliberaciones, protestaron de antemano contra todo lo que en este sentido se determinase, puesto que en

[29] Ib., pp. 108-145.
[30] MATHIEZ, *La Constitution civile du clergé* (París 1910).

esa materia la Asamblea era incompetente, y, por lo tanto, sus resoluciones serían inválidas. Sin embargo, las ideas galicanas habían penetrado tanto, que el arzobispo de Arlés, Du Lau, el obispo de Clermont, Bonald, y otros presentaron la moción de someter el asunto a un concilio nacional, sin contar para nada con el papa, que era el único juez competente en la materia. El diputado Camus intervino dando unas distinciones capciosas entre el papa y la Iglesia, entre el poder episcopal recibido de Cristo o de su Iglesia y las fronteras territoriales de ese poder, cuya determinación pertenecía al Estado [31].

En vano protestaron el arzobispo de Aix, Boisgelin, el obispo de Nancy, La Fare, y el abate Maury. En vano 200 diputados de las derechas declararon que, en caso de ser aprobada esta Constitución, ellos protestarían ante el rey y conjurarían al pueblo en nombre de Dios y de la religión. Las últimas palabras no se pudieron oír por el tumulto de las izquierdas y de la chusma de las galerías. Al salir de la sala el abate Maury, resonaban los gritos: "¡A la horca!" La Constitución civil del clero fué votada el 12 de julio de 1790. Ya dijimos que el 14 de julio se celebraba en el campo de Marte la gran fiesta de la federación, en la que actuaban Talleyrand con otros 300 sacerdotes constitucionales [32].

4. **Disposiciones de la Constitución civil del clero.**—Por esta Constitución, primeramente los 18 arzobispados y 108 obispados antiguos se reducían a 10 metropolitanos y 73 obispos, o sea a 83 diócesis, que habían de coincidir con los 83 departamentos civiles. Cesaba la jurisdicción de los prelados extranjeros (el arzobispo de Tréveris tenía cinco sufragáneos en territorio francés). Los límites de las parroquias quedarían fijados de común acuerdo entre el obispo y el poder civil. Cada diócesis sólo podía tener un seminario. Quedaban suprimidos todos los cabildos, comunidades, fundaciones, colegios y entidades eclesiásticas. Como ministros del culto sólo eran reconocidos los obispos, los párrocos y sus vicarios. Estos ministros, como funcionarios del Estado, recibirían su paga. El consejo del obispo lo formarían sus vicarios de la catedral, el superior del seminario y su vicario. Sin este consejo nada podía hacer el obispo. La catedral era al propio tiempo parroquia, cuyo párroco era el mismo obispo, aunque la administrase por sus vicarios y capellanes.

La elección de los obispos y párrocos se haría por simples elecciones del pueblo con el mismo sistema electoral con que se hacían las elecciones políticas. El cuerpo electoral departamental, aun los miembros protestantes y judíos, elegiría al obispo, que recibiría la confirmación y consagración del metropolitano o del vecino más antiguo. Al papa sólo se le comunicaría la simple noticia de la elección, sin pedirle la confirmación. El cuerpo electoral municipal elegiría los párrocos, quienes serían confirmados por el obispo. Los obispos, antes de su consagración, deberían prestar ante las autoridades civiles, ante el pueblo y el clero, un juramento de cumplir fielmente sus deberes para con los fieles, para con las leyes y para con el rey, y de observar con todas sus fuerzas la presente Constitución del clero. Lo mismo deben jurar los párrocos [33].

Del 10 al 20 de abril de 1790 se habían votado los sistemas de pagas y pensiones para proveer al clero. Con esta determinación y con la Constitución civil del clero, los eclesiásticos quedaban reducidos a meros funcionarios del Estado [34].

Esta Constitución del clero se llamó civil porque se quiso hacer creer que sólo afectaba a cuestiones civiles y no tocaba la esencia íntima y los derechos de la Iglesia. Trató de probar esta idea por escrito y de palabra el jansenista Armando Camus. En realidad, esta Constitución civil del clero, atentatoria contra los derechos de la Iglesia y del Primado, democratizó bárbaramente la Iglesia de Francia, secularizando sus ministros y desvinculándolos entre sí y de su cabeza.

Mientras así se atenazaba a la Iglesia católica, la Iglesia protestante, en especial en Alsacia, campaba por sus respetos [35].

El debate y la votación de esta Constitución provocó en la Asamblea y en toda la nación gran efervescencia. Los campesinos y varias ciudades del sur se armaron para la defensa. En Nimes se levantaron los católicos; pero el 14 de junio se ejecutó en ellos una gran matanza; en Montauban, en Perpiñán, en Toulouse, hubo motines. Los revolucionarios pidieron ejemplares castigos para estos *rebeldes* y comenzaron las pesquisas y vejámenes.

Los obispos se dirigieron a la Santa Sede en demanda de consejo. Treinta de ellos, diputados de la Asamblea, presentaron la moción de suspender la Constitución hasta que hablara el papa y se celebrase un concilio nacional. A estos obispos se adhirieron otros 98 diputados eclesiásticos, más de 105 obispos franceses y otros 14 que tenían parte de territorio francés. Pero la idea de los revolucionarios era precisamente aplastar a la Iglesia. Hipócritamente, asegu-

[31] GASC-DEFOSSÉS, II, pp. 268-79.
[32] SCIUT, *Histoire de la Constitution civile*, I, p. 182, 4 vols. (París 1872-81); TRESUL, *Le débat sur la Constitution civile*, en «Revue du Clergé», 36 (1903), pp. 41 s. y 243 s.

[33] PLANK, o. c., III, p. 148.
[34] Ib., III, p. 315.
[35] Breve *Intimo ingemiscimus corde*, del 22 de septiembre de 1790. Cf. ROSKOVANY, *Monumenta catholica...*, I, p. 437...

raban que el papa, como príncipe extranjero, nada tenía que hacer en Francia.

5. **Juramentados y no juramentados.** — A pesar de la brillante defensa de Maury, el 27 de noviembre se determinó que todos los obispos y curas que no jurasen la Constitución civil del clero perdiesen sus pagas, y que los obispos nuevamente elegidos, si el consagrante se negaba, pudiesen elegir otro consagrante, o la autoridad civil determinaría quién había de ser el obispo que los consagrase y confirmase.

El rey no podía en conciencia firmar esta determinación y se resistía, tanto más que para entonces ya sabía cuál era el sentir del papa, comunicado en el breve del 22 de septiembre de 1790 [36]. Por fin, la presión de las izquierdas le arrancó el 27 de diciembre la firma, y con eso se fijó el día del juramento solemne de la Constitución del clero para el 4 de enero de 1791.

Antes de esta fecha la juraba espontáneamente Grégoire y la defendía en un discurso. Lo mismo hicieron 30 párrocos. Llegado el gran día, se fué citando nominalmente a cada diputado eclesiástico para prestar su juramento. La galería borbotaba "¡A la horca!" con cada uno que se negaba. El primero en ser llamado fué el obispo de Agen, Bonnac, el cual dijo animosamente que, si toleraba con dolor la pérdida de los bienes de la Iglesia, no podía consentir la pérdida de la honra y de su fe. Lo mismo respondieron los siguientes. La cólera de los jacobinos aumentaba. Para evitar el fracaso, se determinó llamar sólo a los que quisieran jurar la Constitución, considerando a los otros como refractarios. Fuera de los que ya antes habían prestado el juramento, sólo se adelantó uno [37].

La victoria moral fué de la Iglesia, pero la fuerza estaba con los revolucionarios. Entre los obispos, sólo cuatro prestaron el juramento: Loménie de Brienne, arzobispo de Sens; Talleyrand, obispo de Autun; Savine, obispo de Viviers, y Jarente, obispo de Orleáns. Los otros 127 obispos prefirieron perder sus dignidades antes que la honra y la fe.

En el primer momento de desorientación, al salir la Constitución, como un tercio del clero secular había prestado el juramento. Después muchos se retractaron, de suerte que quedaron unos 50.000 no juramentados. Con este incidente la Iglesia de Francia quedó dividida en eclesiásticos juramentados o constitucionales y no juramentados. Como los

[36] SAGNAC, *Essai statistique sur le clergé constitutionnel etc., le clergé refractaire*, en «Rev. d'Hist. Moderne» (1906), pp. 97-115; BLIARD, *Jureurs et Insermentés* (París 1910); LA GORCE, *Histoire rel...*, I, pp. 415 s. y 460 s.

[37] LA GORCE, o. c., I, pp. 363-506, trata el punto «Les deux Eglises»; LECLERCQ, H., *L'Eglise constitutionnelle (1790-1791)* (París 1934);

juramentados eran tan pocos, se recurrió a consagrar obispos y elegir párrocos por todos los medios posibles. Para las diócesis de Quimper y Soissons fueron elegidos Expilli y Marolles respectivamente. Todos los obispos se negaban a consagrarlos. Por fin, Talleyrand, con los obispos titulares Miroudet, de Babilonia, y Gobel, de Lyda, los consagró. Pocos días después, Gobel, con los recién consagrados, consagró al abate Saurine para el obispado de Landes. Así se fueron multiplicando los obispos constitucionales, verdaderos intrusos; y estos obispos juramentados iban eligiendo como párrocos a vicarios y regulares también juramentados y ordenando de sacerdotes a sacristanes y artesanos [38].

El 13 de marzo fué Gobel proclamado arzobispo de París, y después Grégoire fué designado obispo de Blois.

Los no juramentados tenían a los juramentados por traidores, apóstatas e intrusos, y éstos a aquéllos por enemigos de la libertad y del régimen. Los fieles celosos se negaban a recibir los sacramentos de manos de los juramentados, y el mismo rey sólo admitía no juramentados en su capilla real. Pronto empezó la persecución de los eclesiásticos fieles, quienes fueron desterrados, deportados o asesinados. Las escenas de los tres primeros siglos se repetían.

El papa Pío VI, después de varios breves y cartas sin resultado, al ponerse ya en práctica la Constitución civil del clero, la condenó el 13 de abril de 1791, suspendió a los eclesiásticos juramentados y declaró sacrílegas e inválidas las nuevas elecciones y tomas de posesión. Más tarde, el 26 de septiembre, a petición de los obispos, dictó instrucciones precisas sobre el bautismo, matrimonio y entierros y sobre el trato de los católicos con los intrusos juramentados. Varios, como Talleyrand y Gobel, apostataron públicamente, y la Asamblea, como respuesta a la condenación del papa, decretó el 24 de septiembre de 1791 la anexión de Aviñón y el condado Venesino a Francia [39].

III. EN PLENA PERSECUCIÓN RELIGIOSA

1. **La legislativa: leyes contra los no juramentados.**— En los discursos de los clubs se vislumbraba adónde se dirigía la revolución: derribar el altar y el trono. El 4 de abril de 1791 la iglesia de Santa Genoveva fué transformada en panteón pagano, donde se enterró el cadáver de Mirabeau y adonde se trasladaron los restos de Voltaire y Rousseau. En el mes de mayo se llegó a insultar y quemar en las

[38] MATHIEZ, A., *L'affaire d'Avignon* (París 1911); MADELIN, L., *La France et Rome* (París 1913).

[39] LA GORCE, o. c., II, 2-17.

calles la imagen del papa. Por otra parte, la cuestión de los sacerdotes no juramentados comprometía la situación ya delicada del rey. El 30 de septiembre, la Constitución dió por terminado su cometido y se abrió paso a la legislativa. En ella entraban 400 abogados, 27 eclesiásticos juramentados, entre ellos 10 obispos. La mayoría se inclinaba hacia la república y hacia la plena revolución, bajo las órdenes de Danton, Robespierre, Marat, Desmoulins, etc.[40]

Desde mayo de 1791 estaban rotas las relaciones con la Santa Sede. El embajador francés, cardenal Bernis, abandonó a Roma en abril. Se había negado a jurar la Constitución civil del clero.

Muy pronto empezó la nueva Asamblea a mover guerra a los no juramentados. El 29 de noviembre de 1791 decretó que todos los sacerdotes, aun sin cura de almas ni oficio público, prestaran el juramento bajo pena de pérdida de pensiones y de ser considerados como traidores y reaccionarios, por lo cual serían confinados. Estos decretos pasaban a ser ejecutados aun sin la firma del rey.

En la Asamblea se propuso y votó la secularización del *registro de nacimientos y defunciones, y aun del matrimonio*, y se adoptó el divorcio legal[41].

En abril, bajo el ministerio girondino de Roland, se le obligó al rey a declarar la guerra a Austria. Al principio, las armas francesas, sin organización ni mandos, iban perdiendo. Esto, y el imprudente manifiesto del príncipe de Braunschweig, levantó el espíritu patriótico hasta el paroxismo y empeoró notablemente la situación de los supuestos reaccionarios y sospechosos de connivencia con el enemigo.

2. El terror: a la caza de sospechosos.—La patria estaba en peligro. Comenzó el cierre sistemático de iglesias y sus profanaciones. A propuesta del calvinista Francisco de Nantes, se votó el 26 de mayo contra los no juramentados la deportación, como medida policíaca; sólo se requería la denuncia de 20 ciudadanos o algún temor de revueltas. Los condenados debían salir del distrito en veinticuatro horas, del departamento en tres días y de la nación en treinta. Luis XVI se negó a firmar tales decretos. Esto bastó para que, el 20 de junio, las turbas de los suburbios de París, a las órdenes del cervecero Santerre, irrumpieran en las Tullerías insultando al rey, a quien obligaron a calarse el gorro frigio.

[40] Ib., pp. 17-40. En la primavera de 1791 llegaban a Francia dos breves del papa sobre la Constitución civil del clero, *Quod aliquantum* y *Caritas*. Ya con plena luz sobre las tendencias revolucionarias, Roma se decidía a exponer su parecer, como también lo había expuesto al rey.

[41] Ordinariamente, las penas a que se sometió a los no juramentados fueron en orden creciente: internamiento, prisión, deportación, asesinato.

El 10 de agosto se repitió el asalto. Entonces el rey se refugió en la Asamblea, desde donde dió a la guardia suiza la orden de cesar en la resistencia. Esta fué linchada por el populacho, y el rey fué suspendido de sus funciones y encerrado en el Temple[42].

El 17 de agosto fueron suprimidos todos los conventos de monjas, y en los días 23 y 25 de agosto cesaron todas las pagas y pensiones a los eclesiásticos. El día 26 se dictó simplemente el destierro de todo sacerdote no juramentado. Los católicos se aprestaron en varias partes a la defensa de sus sacerdotes; en la Vendée y otras partes aun con las armas, y por lo menos ocultándolos. Entonces comenzó esa vida heroica de los sacerdotes ocultos en los bosques por atender a sus ovejas, hasta que iban cayendo, víctimas a veces de las delaciones de un traidor.

También la suerte del rey estaba echada desde que se negó a firmar los decretos de destierro de los no juramentados. Se le acusaba, naturalmente, de estar en connivencia con los emigrados y con las potencias extranjeras. Ya el 10 de agosto se había deliberado sobre su deposición; pero hacía falta una nueva Constitución, y para ello la Asamblea legislativa había de ceder el puesto a la Convención, que fué convocada para septiembre.

Con esto comenzó el régimen de terror. Danton, ministro de Justicia, lo inauguró. Desde el 2 al 7 de septiembre de 1792 se hizo una carnicería espantosa en las cárceles de París y en todas partes contra todo sospechoso. En estos días cayeron unas 12.000 víctimas, entre ellas 400 sacerdotes con el arzobispo de Arlés, Dulau, anciano de ochenta y siete años; otros dos obispos, el confesor del rey, Hebert, superior de los eudistas. Sicard, sucesor de l'Epée en el establecimiento de sordomudos, fué por dos días espectador de estas escenas hasta que consiguió huir. Las provincias rivalizaron con la capital: en Versalles, Reims, Chalons, Meaux, Lyón, etcétera, se repitieron las escenas de sangre y oprobio. En las mismas calles eran cazados como fieras los sacerdotes y religiosos y vilmente asesinados; parecía que la furia del averno se había desencadenado sobre Francia[43].

3. La Convención.—El 21 de septiembre se abrió la Convención[44]. A propuesta de Collet d'Herbois se declaró supri-

[42] La sesión del 20 de junio de 1792 fué decisiva para el rey y la monarquía. El rey, que ya había puesto su veto a las sanciones sobre los no juramentados, ahora mantiene su veto en medio del asalto de las Tullerías. En frase de La Gorce, hizo el rey su profesión de fe (LA GORCE, o. c., II, pp. 40-200).

[43] LENOTRE, *Les massacres de septembre* (París 1907); LA GORGE, o. c., II, pp. 244-296.

[44] Luis XVI fué más grande sobre el cadalso que sobre el trono. Si en el cadalso fué un héroe y mártir, sobre el trono tampoco fué indigno. Le tocó vivir en malos días.

mida la monarquía y proclamada la república. En esta Convención dominaban dos partidos: los *girondinos,* con Sièyes, Dumouriez, Péthien, Roland; los *montañeses* o archijacobinos, con Robespierre, Danton, Marat. Estos últimos predominaban, e inmediatamente comenzaron los preparativos para acabar con el rey. El 11 de diciembre de 1792 fué llevado por primera vez ante el tribunal. El 21, Deséze, en un brillante discurso de tres horas, lo defendió inútilmente. Marat leyó al condenado la sentencia de muerte. A las seis de la mañana recibía la comunión y pasaba el tiempo restante en devota oración con el sacerdote irlandés Edgemorth; a las diez fué conducido a la plaza de la Revolución, donde después de confesar su inocencia, de perdonar a todos y pedir que jamás cayera sobre Francia su sangre, rodó su cabeza, segada por la guillotina, el 21 de enero de 1793.

Pronto les tocó la vez a los girondinos, aplastados por los de la montaña. Dominaba el cruel Marat; cada pueblo constituyó un comité revolucionario, compuesto de 12 miembros, y un tribunal extraordinario de justicia, y algo después se estableció una comisión o junta de salud pública. Estas juntas de salud pública, formadas para hacer frente a la guerra exterior y a los levantamientos interiores, se encarnizaron contra los sospechosos, y era sospechoso todo aquel que se quería desapareciera por enemistades particulares o para apoderarse de sus bienes.

4. **Guerra de la Vendée.**—La guerra de la Vendée, desde el 12 de marzo de 1793, se llevaba con valentía por los vendeanos, fieles al rey y a su religión, hasta que fueron oprimidos por la fuerza de las armas. Los descalabros del ejército en Bélgica, la vuelta de Dumouriez, todo se atribuía a traiciones de los girondinos. Con los 44.000 tribunales y sus guillotinas se habían escogido 6.000 sicarios para ayudar a limpiar la república de aristócratas y monárquicos. Fueron cayendo Bailly, Péthien, el general Custine y otros corifeos de los girondinos. La misma Théveigne, hacía un año heroína nacional, cayó en desgracia y enloqueció de terror. Las ejecuciones en masa estaban a la orden del día. Por su parte, en la Vendée el general Rosignol causaba verdaderos estragos; en Nantes dominaba Carrier; en Lyón, Couton; Brest y Toulon sufrieron lo indecible [45].

Pero el 13 de julio cayó el mismo Marat, asesinado por Carlota Corday, la cual después de su hazaña subió imperterrita al cadalso.

Para entonces se había redactado una nueva Constitución completamente democrática, que fué proclamada, pero

[45] MORTIMER-TERNAUX, *Histoire de la Terreur,* 2 vols. (París 1861-81); SELIGMAN, *La justice pendant la Révolution,* 2 vols. (París 1911); DEHERGNE, *Les Vendéens* (Zikawei 1939).

jamás se ejecutó, pues el terror seguía y quería seguir dominando.

5. **El culto de la naturaleza. Nuevo calendario. Culto de la diosa Razón.**—Para festejar la proclamación de la Constitución, se tuvo el 10 de agosto una fiesta solemnísima [46]. En la plaza de la Bastilla se levantó una gigantesca estatua de la naturaleza con un chorro de agua brotándole de los pechos: la fuente de la nueva vida. Hacia ella se encaminaron la Convención, los clubs, las logias y la chusma; todos bebieron de aquella agua, invocando a la nueva divinidad. Después se dirigieron a la plaza de la Revolución, hoy de la Concordia, donde se erigió una estatua a la libertad; pasaron a la plaza de los Inválidos, donde se levantó otra estatua que encarnaba al pueblo soberano. En todos estos lugares fungía de pontífice Hérault de Séchelles. Desde allí se encaminaron al campo de Marte, ante el altar de la patria, donde reposaban los mártires de la libertad. En todas partes flameaban banderas tricolores e inscripciones: "República una e indivisa, libertad, igualdad y fraternidad". Bajo los auspicios de estas divinidades y libertades, por todas partes proseguían los asesinatos y atropellos sin cuento.

Para acabar con los restos de la religión católica, que había de ser substituída por este nuevo culto pagano, se cambió hasta el calendario. A los meses se les dió nombres tomados de los fenómenos naturales: *vendemaire, brumaire, frimaire, nivose, pluviose, ventose, germinal, floréal, prairial, messidor, thermidor, fructidor.* Cada mes tendría exactamente treinta días, y, por lo tanto, el año trescientos sesenta: quedaban cinco días y los años bisiestos seis. Cada mes se dividía en tres décadas para evitar hasta el nombre de domingo y el descanso semanal. Este calendario, preparado por el matemático Romme, empezaría la cuenta, retrotrayendo su origen, desde el 21 de septiembre de 1792, en que se inauguró la Convención [47].

El 16 de octubre de 1793 caía ante la guillotina la cabeza de la reina, hija de María Teresa. Subió al cadalso con toda dignidad y cristiandad. Pronto la siguieron muchos girondinos, como Brisset, Bailly, Barnave y el mismo duque de Orleáns, Felipe Igualdad, quien sucumbió el 6 de noviembre. En diciembre se ametralló una masa de 484 personas; en Lyón la sangre corrió a torrentes; en Nantes, el inhumano Carrier sumergió en el Loira de una vez a 90 sacerdotes y en otra ocasión hasta 138 personas. Es algo espantoso y

[46] MATHIEZ, A., *Les origines des cultes révolutionnaires* (París 1904); VILLAIN, *Etude sur le calendrier révolutionnaire,* en «Rev. Française» (1884 y 1885), vol. 7 y 8.
[47] LA GORCE, o. c., II, pp. 297-327.

bárbaro los llamados "matrimonios republicanos", en que arrojaban al agua sacerdotes atados con mujeres.

En medio del heroísmo de las víctimas causa frío en el alma el escándalo de algunos juramentados, que apostataron públicamente, como el párroco de Parens y el infeliz arzobispo de París, Gobel, quien en la misma Convención arrojó sus insignias pastorales. La Convención se apoderó del resto de los bienes eclesiásticos y de las iglesias, cometiendo horrendas profanaciones. Todos los reconocidos como eclesiásticos eran apresados. Se toleraba todo y a todos menos a los católicos. Las campanas, fuera de la de rebato, fueron fundidas en cañones; los altares, destruídos; las estatuas e imágenes, rotas e incendiadas. En las desiertas iglesias se hacía fuego, se bailaba; asnos coronados con mitras y arrastrando en la cola crucifijos y biblias formaban grotescas procesiones. Hasta el mismo Danton se asqueó de tanto exceso.

Por decretos dados el 19 de julio y el 17 de septiembre de 1793 los sacerdotes casados quedaban protegidos por la ley. La nueva religión de la diosa Razón, ideada por el alemán Anacarsis Gloots, y que estaba representada por una impúdica actriz vestida de blanco, con manto azul y tocada con un gorro frigio, teniendo en la mano una pica, símbolo de la divinidad del pueblo, fué implantada solemnemente en Notre Dame de París. En imponente manifestación fué conducida la actriz a Notre Dame y allí instalada en el altar mayor, entre nubes de incienso e himnos compuestos por M. J. Chénier. Este culto, que se inauguró el 10 de noviembre de 1793, había de celebrarse el primer día de cada década y fué instalándose en todos los departamentos, acompañado de bailes y borracheras [48].

6. **Robespierre: culto del Ser supremo.**—Pronto se inició una reacción, como quiera que este culto de la diosa Razón había sido inventado por un alemán e instalado por la Commune de París, sin participación del Comité de Salud Pública. Además, Robespierre vió en él una locura y un peligro para la seguridad pública y un relajamiento de la moralidad [49]. El mismo Danton afirmaba que no se habían de tolerar en la sala de la Convención más mascaradas religiosas. Robespierre, erigido en verdadero dictador, comenzó a deshacerse de sus contradictores. Mandó encarcelar a Chabet, y el 15 de marzo de 1794 apresó a los jefes de los cordeieros, que era el partido de la Commune de París, y después a Gobel, Chaumet, etc., cuyas cabezas caían el 24 de

[48] BONNEFONS, *Le culte de la Raison pendant la Terreur*, en «Rev. Ant. Hist.», 80 (1906); AULARD, A., *Le culte de la raison et le culte de l'Etre suprême*, 2.ª ed. (París 1904).

[49] MATHIEZ, A., *Robespierre et le culte de l'Etre suprême* (Le Puy 1910); JACOB, *Robespierre vu par ses contemporains* (París 1938).

marzo. También fueron cayendo Desmoulins, Hérault de Séchelles y Gloots, y con él cayó el culto de la diosa Razón. Hasta el terrible Danton, que se defendió como una fiera, sucumbió el 5 de abril.

Quedaba en pie el dictador Robespierre. Veía que el pueblo necesitaba una religión. La Francia oficial había caído en el ateísmo; los sacerdotes juramentados eran el ludibrio de su propia religión. El 10 de junio de 1794 hizo el dictador que la Convención decretase la existencia de un Ser supremo y la inmortalidad del alma. Este paso atrás en el camino de la revolución le había de costar la vida al cabo de seis semanas.

La solemnidad con que se implantó el culto del Ser supremo fué así: en el jardín de las Tullerías, el mismo Robespierre, lujosamente ataviado, dió fuego a los maniquíes del ateísmo, egoísmo y demás ídolos revolucionarios. Sólo quedaron en pie la estatua de la sabiduría, la de la justicia y la del amor. De allí se dirigieron al campo de Marte, donde Robespierre arengó a la multitud: "Alegrémonos este día, mañana combatiremos a los vicios y a los tiranos". Efectivamente, siguió eliminando a sus adversarios; pero los restos de todos los otros partidos, seriamente amenazados en sus vidas, conspiraron contra él; cayó el 26 de julio y el 28 fué guillotinado [50].

Con el golpe del termidor comenzó una reacción moderada. La Convención se componía de dos grupos: los *terroristas*, que habían derribado a Robespierre y que querían seguir sus caminos jacobinos, y los *termidorianos*, enemigos del sistema del terror, que, hastiados de tanta sangre y brutalidad, ansiaban cierta moderación. Este grupo quedó engrosado y llegó a triunfar gracias a la *Juventud dorada*, integrada por jóvenes de acomodada posición que habían luchado en las fronteras y que nada tenían que ver con los horrores de aquellos aciagos años. Se opusieron valientemente a los jacobinos y fueron eliminando los elementos más peligrosos, como Carrier, quien cayó el 16 de diciembre de 1794 [51].

Se podía pensar en una nueva Constitución y siempre estaba Sièyes dispuesto a inventar nuevas Constituciones. Con el auxilio de la juventud dorada, fueron dominadas varias revueltas de los fondos bajos de París, que se alarmaban porque se les iba de las manos el régimen del terror. Tales fueron las revueltas de marzo y de mayo de 1795. La Constitución preparada por la Convención confiaba el poder ejecutivo a cinco directores, que habían de renovarse en la presidencia cada tres meses. Tendrían su guardia y residirían

[50] HAMEL, *Histoire de Robespierre et du coup d'état du 9 thermidor* (París 1878).

[51] PISANI, *L'Eglise de Paris et la Révolution...*, II, pp. 187-203.

en el palacio de Luxemburgo y disfrutarían el derecho de nombrar sus ministros. El poder ejecutivo residiría en dos cámaras: el Senado, de 250 miembros, y el Congreso, de 500. Estas dos cámaras se habían de renovar un tercio cada año. Esta Constitución excluía al populacho y a los monárquicos. Por eso, al ser proclamada el 22 de septiembre de 1795, se produjeron levantamientos, que sofocaron las tropas de la Convención, mandadas por Bonaparte.

La Convención se disolvió el 26 de octubre y entró a gobernar el Directorio.

7. **El Directorio. Agitaciones. Culto filantrópico.**—Al amparo de esta tendencia moderada y de esta reacción religiosa, la Iglesia comenzó a respirar; en varios pueblos se abrieron las iglesias al culto público. Ya en febrero de 1795 la Convención había decretado la libertad de cultos; pero todavía el culto se había de practicar a puerta cerrada. Por decreto del 30 de mayo se devolvieron las iglesias a los ayuntamientos. Poco a poco comenzaron a organizarse los católicos; en poco tiempo más de 20.000 templos fueron abiertos. Como en muchas partes faltaban sacerdotes, los seglares mismos atendían al culto como podían. Los valientes vendeanos, a pesar de sus descalabros bélicos, consiguieron la libertad religiosa, gracias a los heroísmos de Cathelineau, La Rochejachelin y otros.

La época del Directorio, que duró desde el 27 de octubre de 1795 hasta el 9 de noviembre de 1799, fué época de agitaciones, tentativas y revueltas. Por una parte, los partidos anteriores querían volver a coger las riendas; por otra, los monárquicos empujaban hacia una restauración completa. La característica del Directorio fué el desorden moral, la corrupción y el lujo. Los nuevos ricos, nacidos de la revolución, despilfarraban sus riquezas en lujos y diversiones licenciosas, mientras el pueblo gemía en la miseria. En materia religiosa, el Directorio, persuadido de la necesidad de una religión, se inclinó al deísmo y la teofilantropía, en que tomaban parte sacerdotes juramentados, miembros de los antiguos clubs, jacobinos, etc. El 16 de diciembre de 1796 inauguraba este nuevo culto el director Lareveillère Le Peaux. Por algún tiempo estuvo de moda; pero no pudo hacer frente ni a la Iglesia ni al indiferentismo, y pronto cayó en ridículo ante el pueblo [52].

[52] Según MATHIEZ en *La théophilantropie et le culte décadaire*, I, (París 1900), el autor del culto filantrópico no fué Lépeaux, sino el librero Chemin-Dupontés y Valentín Hauy, fundador del Instituto de Obreros Ciegos.

El clero juramentado, que en parte vivía casado civilmente, jugó un triste papel en la restauración católica, oponiéndose al clero legítimo. A su modo trabajó por restaurar el catolicismo. El obispo Grégoire abrió el 15 de agosto de 1797 un simulacro de concilio nacional en París, integrado por 32 obispos y 68 sacerdotes, procuradores de otros tantos prelados. Se decretó otro concilio, que efectivamente tuvieron el año 1801; pero los resultados de ambos sínodos fueron nulos, pues todo su conato fué fundar una Iglesia nacional dentro del espíritu de la Constitución civil del clero. Naturalmente, este extremo lo tenían que rechazar vivamente todos los sacerdotes legítimos y de sanas ideas [53].

También el Directorio se desfogó contra los buenos sacerdotes con ocasión de las elecciones de 1797, en las cuales obtuvieron ruidoso triunfo los monárquicos y legitimistas en materia eclesiástica. Cientos de sacerdotes pagaron con sus vidas el triunfo electoral. El 5 de septiembre de 1797 se impuso un juramento de odio a la monarquía; muchos sacerdotes se negaron a prestarlo, por lo cual unos 1.388 fueron deportados, de entre los cuales 476 lo fueron a propuesta del mismo Directorio, mientras los otros lo fueron por iniciativa de las autoridades provinciales. Se condenó no sólo a los que se negaron a prestar tan infame juramento, sino también a cuantos eran considerados como "fanáticos" propagadores de la monarquía.

Además de los deportados, fueron miles los que emigraron a España, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Suiza y los Estados pontificios, donde encontraron en general amable acogida, como en tiempo del primer terror [54].

Esto no obstante, como si no existiera la persecución religiosa, el Directorio entabló en agosto de 1796 relaciones diplomáticas con la Santa Sede por medio de Francisco Cacault. Hasta entonces había representado los intereses de Francia el embajador español Félix de Azara.

IV. La revolución en el extranjero

1. **Los Países Bajos: Holanda.**—Después del primer momento de pánico, el patriotismo francés se exaltó hasta el paroxismo, para resistir a toda coalición extranjera, formada para defensa de la monarquía e impedir el régimen del

[53] PISANI, o. c., III, 143-83, trae estos decretos o cánones de este conciliábulo. Por este tiempo ejerció un influjo benéfico en el clero francés el abate Emery. Cf. LA GORCE, o. c., IV, p. 149.

[54] VICTOR PIERRE, *La déportation écclésiastique sous le Directoire* (París 1896); MOREAU, *Les prêtres français aux Etats-Unis* (París 1856).

terror en Europa. Pronto las armas francesas iban quedando victoriosas y obligando a sus enemigos a pedir la paz; pronto fueron ocupando territorios e imponiendo su régimen republicano, con la consiguiente siembra de ideas revolucionarias y antirreligiosas.

La primera acometida de Austria vino por el norte. Pero las tropas de Pichegru, victoriosas, se apoderaron de Holanda, donde se constituyó la llamada *República Batávica* (1792), que siguió servilmente las fases de la revolución francesa. También aquí hubo su Convención nacional, con su nueva Constitución, y su Directorio, con sus Cámaras legislativas, y su simulacro de Consulado. Mientras tanto, Inglaterra, la única que por mar triunfaba contra Francia, se iba apoderando de las colonias holandesas.

Desde el punto de vista político-religioso, el cambio operado en el sistema de los Países Bajos fué trascendental. Los calvinistas perdieron sus antiguos privilegios. Si hasta entonces sólo los llamados reformados podían ocupar puestos oficiales, ahora se concedió igualdad de derechos a todos los ciudadanos de cualquiera confesión. De esta manera la libertad, que costó tanta sangre católica en Francia, fué en Holanda ventajosa para los intereses católicos. Desde entonces data también la libertad en las misiones de las colonias holandesas [55].

2. Bélgica.—En cambio en Bélgica la revolución causó los mismos desastres que en Francia. Al principio los agentes de la revolución no lograron infiltrar su espíritu en el pueblo belga, a pesar de que, con las victorias de Jemappes en 1792 y de Fleurus en 1794, Bélgica quedó incorporada a la república francesa. A fines de 1795 entraba en Bruselas el procurador general para Bélgica, Bonteville. Hombre prudente, aunque respiraba odio contra el catolicismo, supo proceder despacio, y poco a poco fué infiltrando su veneno [56]. Su primera preocupación fueron los sacerdotes franceses emigrados que allí se habían refugiado, a quienes persiguió sañudamente. Después fué imponiendo el nuevo calendario republicano; las iglesias fueron puestas a disposición de las autoridades militares; prohibió las procesiones y quiso implantar la elección municipal de los párrocos; prohibió los diezmos y la comunicación con Roma. En sus conatos revolucionarios quiso derribar la estatua del arcángel San Miguel del Ayuntamiento de Bruselas. Felizmente, una ar-

[55] PIRENNE, H., *Histoire de la Belgique*. En el tomo VI trata: «La conquête française, le Consulat et l'empire, le royaume des Pays-Bas, la révolution belge» (Bruselas 1926).

[56] PERGAMENT, CH.: *L'Esprit public bruxellois au début du régime français* (Bruselas 1914); HUBERT, E., *Les papiers de Bonteville*, en «Bull. de la Commission Royale d'Hist.», 90 (1926), pp. 258-300.

tista halló medio de transformar dicha estatua en estatua de la libertad, cambiando su cruz por una bandera y calándole un gorro frigio. El templo de Santiago de Bruselas fué destinado a celebrar las grandes solemnidades republicanas del culto de la razón, del culto del Ser supremo y de las fiestas decadarias.

Se hizo un inventario de los bienes eclesiásticos de los religiosos, y por ley del 1 y 3 de septiembre de 1796 fueron suprimidos 275 conventos, 110 abadías, 15 casas de beguinas, 29 hospitales y 21 casas de hermanas, con un total de 10.000 religiosos. El valor de las casas suprimidas se calculó en unos 500 millones de libras, que fueron despilfarrados sin honra ni provecho, como en Francia [57].

También se exigió a los sacerdotes la prestación del juramento. Como la mayoría se negara, se les prohibió el desempeño de sus ministerios; muchos fueron procesados, pero supieron mantenerse firmes. El Tribunal Supremo de Bruselas tuvo el valor de declararlos libres contra las arbitrariedades del poder ejecutivo, pues en Bélgica, decía, no regían las leyes francesas.

La situación empeoró en la segunda época del terror, movido por el Directorio con ocasión de las elecciones monárquicas de 1797. El cardenal de Malinas, Frankerberg, fué desterrado; la Universidad de Lovaina fué clausurada el 28 de octubre como supuesto nido de revoltosos; muchos jóvenes que se negaban a inscribirse en los ejércitos de la revolución fueron ejecutados; los sacerdotes, por negarse a prestar el juramento antimonárquico, fueron deportados. De 400 a 500 fueron los eclesiásticos belgas que participaron de la suerte de sus hermanos de Francia en las islas Ré y Olerón [58].

3. Italia: invasión napoleónica.—El camino de Italia fué siempre muy frecuentado por los ejércitos franceses. Ya indicamos cómo en 1792 la Asamblea se incorporó Aviñón y el condado Venesino. También desde 1792, en diversas etapas, Saboya fué cayendo bajo el yugo de la república francesa. En la mayoría del pueblo no cuajaban las ideas revolucionarias. Sin embargo, su incorporación no fué tan férrea como con la expedición napoleónica. También en Niza, que pertenecía a Cerdeña, pero era una base de operaciones para Italia, se fueron sembrando las ideas de la revolución [59].

[57] VERHAGEN, P., *La Belgique sous la domination française*, 2 vols. (París 1923-1924); TANIER, *Histoire de la Belgique sous l'occupation française* (Bruselas 1934).

[58] DE LABORIE, L., *La domination française en Belgique*, 2 vols. (París 1895), pp. 199 s. y 204 s.

[59] DUFOURQ, *Le régime jacobin en Italie (1789-1799)* (París 1900); DU TEIL, *Roma, Naples et le Directoire* (París 1902); BONNEFONS, A., *María Carolina, reine des Deux-Siciles* (París 1905).

Nápoles tuvo que sumarse el 25 de mayo de 1793 a la coalición formada contra Francia. Entonces Francia no tenía las manos libres para lanzarse contra Italia, pues España amenazaba las fronteras pirenaicas; pero el Directorio logró hacer las paces con España, que se firmaron en Basilea el 22 de julio de 1795. Con esto quedaban los ejércitos del sur libres para volar a Italia. Además, desde este momento se puso al frente de las tropas francesas el hombre que por todas partes había de llevarlas a la victoria, Napoleón Bonaparte.

Las tropas sardas fueron derrotadas el 21 de abril, y su rey se vió obligado a firmar una dura paz. Parma y Módena, sólo a fuerza de dinero y de obras artísticas, se vieron libres de las tropas francesas, comprando un armisticio. Nápoles tuvo que salirse de la coalición. Venecia y Verona compraron a subido precio la paz con Bonaparte. También los Estados pontificios ajustaron por mediación de España una paz bien onerosa, la paz de Tolentino, de 19 de febrero de 1797. El papa cedió las legaciones de Bolonia y Ferrara, abrió a los franceses el puerto y la ciudadela de Ancona y tuvo que pagar una indemnización de 21 millones de libras y multitud de obras de arte y manuscritos, que los comisarios franceses del Directorio llevaron a París [60].

Es verdad que el Directorio aspiraba a la ocupación de Roma; pero Bonaparte, de acuerdo con Cacault, embajador francés, renunció por entonces a esta condición. Pero ambos preveían una futura toma de la Ciudad Eterna, y públicamente se hablaba ya de una república romana. Como el Directorio exigía para firmar definitivamente la paz la retractación de la bula *Auctorem fidei* y de todos los documentos pontificios emanados desde 1780 injuriosos a Francia, cuales eran los dirigidos contra la Constitución civil del clero, las negociaciones entre Francia y la Santa Sede fracasaron.

La carrera victoriosa de Napoleón por toda Italia proseguía incontenida. Arrebató a los austríacos la Lombardía, y en mayo de 1796 formó la república lombarda. Después conquistó Módena, que con las legaciones pontificias formó la república cispadana. Los venecianos resistieron inútilmente al victorioso general, quien proclamó la república veneciana.

4. **Conflicto con el papa. República romana** [61].—En los primeros días de febrero de 1797, Napoleón volvió sus armas contra el diminuto ejército del papa, al fracasar las negociaciones por las condiciones humillantes e imposibles que exigía el Directorio. Bonaparte ocupó la Romaña y la Umbría y se presentó a las puertas de Ancona. El 19 de febrero dictaba la paz de Tolentino. Con gran disgusto del Directorio, impuso una paz relativamente blanda, pues las condiciones diferían poco del anterior armisticio; a la suma anterior de dinero se añadieron otros 15.000.000. Aviñón y el condado Venesino quedaron definitivamente incorporados a Francia; mientras se cumpliesen estas condiciones, el ejército francés ocuparía Roma y los Estados pontificios.

[60] ROUSSEAU, *De Bâle à Tolentino*, en «Rev. Quest. Histor.», 93 (1913). Sobre la paz de Tolentino véase PASTOR, vol. 37.

[61] GENDRY, *Pie VI, sa vie, son pontifical*, 2 vols. (París 1906); RICHEMONT, *Bonaparte et Caleppi à Tolentino*, en «Le Correspondant», 152 (1897).

En el mes de junio hacía Napoleón con Génova la república ligúrica, y en julio quedaba constituída la república cisalpina con Lombardía, Módena, la Romaña, Bolonia y Ferrara. En Italia se iban sembrando gérmenes de revolución.

Durante el año 1797, bajo la dirección de José Bonaparte, hermano mayor de Napoleón y embajador en Roma, fueron propagándose en la Ciudad Eterna ideas revolucionarias democráticas y se atizaron movimientos subversivos. Sólo faltaba un pretexto exterior para obtener con ciertas apariencias el desiderátum de declarar la república. Este pretexto se presentó en el mes de diciembre: en una refriega callejera entre los dragones del papa y ciertos revolucionarios romanos fué muerto el general francés Duphot ante su misma comandancia, donde se habían refugiado los revolucionarios. En enero de 1798 marchaban sobre Roma 20.000 franceses a las órdenes de Berthier, y el 15 de febrero se proclamaba en el foro la *república romana*, con senadores, cónsules, tribunos, cuestores, pretores, censores, ediles, y se plantaba en el Capitolio el árbol de la libertad. El carácter irreligioso de esta república queda evidenciado con el trato que se dió al sumo pontífice y a los cardenales. Además, en la entrada del castillo de Santángelo se colocó una estatua de la libertad pisando la tiara; en el teatro y por doquiera se hacía mofa del papa y de la religión; no menos de 4.000 libras de plata y 70 de oro se robaron de la basílica de San Pedro, se profanaron en indecentes orgías los vasos sagrados, se proclamaron los derechos del hombre. Berthier declaró que los hijos de Francia venían con el ramo de oliva, para restaurar el ara de la libertad, que el primer Bruto inaugurara [62].

Pío VI, a quien se le dió el título de "ciudadano francés", se mantuvo firme en que no podía renunciar a los derechos de la Santa Sede y que, como anciano de ochenta años, nada tenía que temer. Todavía Berthier trató con cierta deferencia la persona misma del papa; pero su sucesor, Massena, y los

[62] LA GORCE, o. c., IV, pp. 353-365.

comisarios del Directorio, Haller y Bassa, abandonaron las formas más rudimentarias de urbanidad; en el Vaticano, aun en las mismas habitaciones pontificias, cometieron mil rapacidades. Haller hizo quitar el anillo y hasta vender cosas particulares del papa. El saqueo de Roma fué espantoso.

Como Pío VI ni quería ni podía renunciar a sus derechos y se temía una reacción, se le obligó el 20 de febrero de 1798 a salir de Roma, aunque el anciano había suplicado se le dejase morir en la Ciudad Eterna; respondiéronle groseramente que en cualquier lugar se podía morir. Primeramente se le condujo a Siena, después el 30 de mayo se le encerró en la cartuja de Florencia; pero como allí empezó a recibir testimonios de amor y condolencia y estaba demasiado cerca de sus Estados, el 27 de marzo de 1799, al estallar de nuevo la guerra, se le hizo pasar los Alpes, conduciéndole a Valence, donde murió la noche del 28 al 29 de agosto, a los ochenta y tres años de edad y veinticinco de pontificado. Sus últimas palabras fueron: *Domine, ignosce illis*. De los 13 cardenales que quedaban en Roma, ocho fueron encarcelados, y los restantes, embarcados en Civitavechia con rumbos distintos. Altieri y Antici renunciaron a la púrpura y se pusieron a disposición del representante de Francia; por lo cual el papa los depuso. Pío VI fué la última víctima insigne de la revolución francesa [63].

El último territorio que cayó triturado bajo las ruedas de la revolución fué el reino de Nápoles. El 29 de noviembre de 1798, las tropas napolitanas, en combinación con las de Nelson desembarcadas en Livorno, marcharon victoriosas sobre Roma, para destruir aquella república. Pero el 9 de diciembre los franceses eran de nuevo dueños de Roma y al punto prosiguieron contra el reino de Nápoles su marcha victoriosa. Tras rudos combates cayó Nápoles el 23 de enero de 1799. La familia real huyó a Palermo; en el continente se proclamaba la república partenopea, a imagen y semejanza de la francesa. Inmediatamente comenzaron los robos, atropellos y profanaciones.

5. Alemania. Las riberas del Rhin, régimen francés [64].—Con las guerras de la república y las napoleónicas, la ribera izquierda del Rhin, es decir, los electorados eclesiásticos de Colonia, Tréveris y Maguncia; principados-obispados de Espira y Worms, los territorios del Palatinado, algunos de Prusia y otros pequeños señoríos, cayeron varias veces en

[63] BALDARASSI, *Histoire de l'enlèvement et de la captivité de Pie VI*; PONCET, *Pie VI en Valence* (París 1868); LA GORCE, *Histoire relig.*, IV, p. 365 s.

[64] HASHAGEN, J., *Das Rheinland und die französische Herrschaft* (Bona 1908); DROZ, J., *L'Allemagne et la Révolution française* (París 1949).

manos de Francia. En la primera coalición (1792-97), repuestos los franceses de la primera sorpresa, cuando por agosto de 1793 "el organizador de la victoria", Carnot, miembro del Comité de Salud Pública, hizo las levas en masa de 600.000 hombres y los lanzó a las fronteras del Este enardecidos por las notas de la *Marsellesa*, estos territorios fueron sometidos a Francia. El general Custine se apoderó de Espira el 30 de septiembre de 1792; Maguncia cayó el 21 de octubre; Franckfurt, el 22; Maguncia fué recuperada en julio de 1793; pero de nuevo Moreau entró por Tréveris y Jourdan por Colonia en 1794.

Para atender al reparto de Polonia, firmó Prusia por separado la paz de Basilea, en 1795, dejando abandonada a su aliada Austria. Además, en el tratado de Berlín del 5 de agosto de 1796, cediendo a las aspiraciones de Francia sobre las supuestas fronteras naturales de los Pirineos, los Alpes y el Rhin, se dejó Prusia decir que ayudaría a Francia a quedarse con la ribera izquierda del Rhin a condición de indemnizarse en la ribera derecha. También Baden y Würtemberg, vencidos, recibieron promesas de indemnización en la ribera derecha si cedían la ribera izquierda.

Pero en los preliminares de la paz, llevados por Napoleón el 18 de abril de 1797 en Löben, renunció Francia a las fronteras del Rhin. Es cierto que los directores Carnot y Letourneur aprobaron lo hecho; pero los anexionistas Reubel y Delacroix, ministro de Negocios Extranjeros, mostraron su descontento. Por eso Napoleón, obedeciendo a estos deseos, obtuvo del emperador en las negociaciones de Udine, del 27 de septiembre, la cesión de Maguncia, y en la paz de Campo Formio, del 17 de octubre, Austria, a ejemplo de Prusia, consintió en ceder la orilla izquierda del Rhin, aun el territorio desde Suiza hasta Andernach. También renunció a los Países Bajos y Lombardía a condición de recibir indemnización en Italia.

El 20 de diciembre de 1797 entraban los franceses en Maguncia, quedando dueños de la orilla izquierda del Rhin [65]. En el artículo 20 de esta paz se decía que se había de celebrar una conferencia entre Francia y el Imperio para arreglar la anexión definitiva de la Renania. La conferencia se inclinó del lado del poderoso. El Directorio organizó este territorio a la francesa. Fué enviado para organizarlo el hasta entonces juez del Tribunal de Casación de París, Rudler, quien dividió el territorio en cuatro departamentos ya desde el 23 de enero de 1798. Estos eran el departamento del Ruhr, con Aquisgrán por capital; el departamento del Sarre,

[65] USINGER, FR., *Dans Bistum Mainz unter französischer Herrschaft* (Maguncia 1912); VEIT, L. A., *Der Zusammenbruch des Mainzer Erzstuhles infolge der franz. Revolution* (Maguncia 1925).

con Tréveris; el departamento del Rhin y del Mosela, con Coblenza, y el departamento de Mont-Tonnerre, con Maguncia por capital. En materia religiosa se procedió con alguna mayor cautela. La Constitución civil del clero no entró en vigor; la supresión de las Ordenes religiosas y conventos, sólo en parte y despacio fué ejecutada.

En los monasterios se les fué haciendo imposible la vida a los religiosos. Se limitó la admisión de novicios, y por fin se suprimió toda admisión, se sometieron a la administración municipal o departamental los bienes de las fundaciones y monasterios. Otras propiedades, como minas, bosques, posesiones, viñedos y casas, fueron declarados bienes nacionales. Así fueron implantándose varias leyes y decretos de la república francesa. Los eclesiásticos estaban sometidos a continuos interrogatorios y pesquisas por parte de la policía.

Sin embargo, en el Rhin, en el Mosela y el Sarre fué desobedecida la prohibición de celebrar culto público y de enterrar públicamente; los fieles preferían pagar sus multas. También fracasó, por la resistencia pasiva, la introducción del calendario revolucionario y el culto decadario. Ni siquiera se acostumbraron a acudir al registro civil para inscribir los nacimientos y registrar los matrimonios. El obispo de Maguncia, Colmar, con celo digno de mejor causa, tuvo que recordar a sus fieles estos requisitos legales, y llegó a deponer a un párroco por asistir a un matrimonio antes del registro civil del mismo.

6. Suiza. Invasión: Ginebra, centro revolucionario.—Desde muy pronto comenzaron a infiltrarse en Suiza las ideas revolucionarias. Ya en 1790 había en París un club suizo para preparar en su patria el camino a la revolución. Los primeros chispazos de revuelta saltaron en Unterwalden, en la ribera del lago de Zurich y en el territorio de S. Galo: el veneno había penetrado. Por otra parte, los católicos de Suiza prodigaban la hospitalidad a los refugiados, sobre todo eclesiásticos. Einsiedeln albergaba más de 200 eclesiásticos emigrantes; desde octubre de 1792 hasta enero de 1794 pasaron por allí más de 1.200 huéspedes. Pero intervino el embajador francés, y los refugiados hubieron de dispersarse [66].

La situación de Suiza era comprometida. Su territorio era camino obligado entre Francia y Austria. A fines de 1792, la parte del obispado-principado de Basilea se declaró francesa. En 1797, todo el territorio quedaba incorporado como

[66] MÜLLER, K., *Die katholische Kirche in der Schweiz* (Stans 1929), pp. 43-60; DECHAMPS, J., *Les Iles britanniques et la Révol. française (1789-1803)* (Bruselas 1949).

departamento "Mont-Terrible". De 216 sacerdotes, sólo quince prestaron el juramento a la Constitución civil del clero.

El centro principal de la revolución suiza fué Ginebra; pero también en Unterwalden y en el obispado de Chur se producían agitaciones revolucionarias. Por fin, en 1797 toda la región fué ocupada por Francia; Ginebra se convirtió en un departamento francés; una parte del obispado de Chur fué anexionada a la república cisalpina. Pronto se declaró la república helvética en Suiza, y el alto comisario de Suiza, Lecarlier, impuso la nueva Constitución helvética a todos los cantones, desterrando por completo el régimen antiguo oligárquico: la religión quedaba preterida como asunto meramente privado. Toda manifestación pública de religión estaba sometida a las disposiciones de la policía. El artículo 26 de la Constitución negaba a todos los ministros de culto toda voz activa y pasiva en las elecciones.

Los despojos y persecuciones religiosas siguieron en Suiza el ejemplo de Francia.

V. La Iglesia y el cónsul Napoleón [67]

1. *Antecedentes: carrera de Napoleón.*—El genio de la guerra acompañó siempre a Napoleón Bonaparte. Nacido en Ajaccio de Córcega el 15 de agosto de 1768, figuraba en 1785 como teniente en Valence. Su estrella comienza a brillar en 1793 con los jacobinos en París; se presenta como coronel en Toulon y termina esta hazaña como general de brigada del cuerpo de artillería. En 1794 fué envuelto en la caída de Robespierre y encarcelado, pero salió libre. En 1795 fué borrado de la lista del ejército por insubordinación, pero sus dotes militares le abrieron paso.

En agosto de 1795, por indicación de Barras, el general Bonaparte fué puesto al frente de las tropas de la Conven-

[67] Entre las muchas obras referentes a Napoleón, además de las generales sobre la Revolución francesa, pueden consultarse: *Correspondance de Napoléon I*, ed. DUPIN (París 1858 s.); *Correspondance authentique de la cour de Rome avec la France*, 2 vols. (París 1909 y 1914). KIRCHEISEN, *Napoléon I, sein Leben und seine Zeit*, 3 vols. (Munich 1912-1914); FERET, P., *Histoire diplomatique: La France et le Saint-Siège sous le I. Empire*, 2 vols. (París 1911); VERCESI, E., *Pio VII, Napoleone e la Restaurazione. I. Papi del secolo XIX (1933)*; LENOTRE, G., *Napoleón. Croquis de la epopeya*. Trad. por L. Andrés y Frutos (Barcelona 1942); BAINVILLE, J., *Napoleón*. Trad. esp. por M. Alemán (Madrid 1942); RAMPINI, R., *Napoleone I*, en «I grandi italiani», 15 (Turín 1945); LEVEBVRE, G., *Napoléon*, en «Peupl. et Civil.», por L. Halphen y Ph. Sagnac, 14, 2.ª ed. (París 1941); GEYL, P., *Napoléon. For and against* (Londres 1949); GAILLARD, J., *Napoléon* (París 1949); LUCAS DUBRETON, *La France de Napoléon* (París 1947); FUGIER, A., *Napoléon et l'Italie* (París 1947); THIRY, J., *Le sénat de Napoléon (1800-1814)*, 2.ª ed. (París 1949).

ción, para ahogar las revueltas. Al año siguiente emprendía en Italia su primera brillante campaña bajo el Directorio, campaña que terminó en la paz de Tolentino con el papa y en la de Campo Formio con Austria. En ella se formaron las repúblicas ligúrica, cisalpina, véneta y, por fin, la romana.

Con ojo certero vió Napoleón que a la potencia marítima inglesa había que darle el golpe de gracia en Egipto, y a eso obedeció su famosa expedición al país de los Faraones. En mayo de 1798 salió de Toulon con 35.000 hombres al mando de los generales Berthier, Kleber, Dessaix. De paso tomó Malta y al desembarcar en Egipto se apoderó de Alejandría. El 21 de julio, en la gran batalla de las pirámides, venció a los mamelucos y tomó El Cairo. Es cierto que Nelson destruyó la flota francesa; pero Napoleón, sin preocuparse demasiado, penetró en Siria y venció a los turcos en Abukir [68].

Mientras tanto se formaba en Europa la segunda coalición: la situación del Directorio y de sus ejércitos en Europa se hacía crítica. El general Jourdan fué vencido en Ostrach y Stockach, el general Massena en Zurich, el general Moreau en Cassano; las repúblicas cisalpina, romana, partenopeica, se disuelven. Entonces Napoleón, dejando a Kebler el mando del ejército de Egipto, corre veloz a Francia. En connivencia con los directores Sièyes y Ducos y de su hermano Luciano, que era presidente del Consejo de los Quinientos, da el golpe de estado del 9 de noviembre de 1799 y se declara primer cónsul, inaugurando el consulado con una nueva Constitución, la cuarta preparada por Sièyes.

Con rapidez, energía y perspicacia organiza la vida y cosa pública, dando sabias órdenes en la administración, preparando el famoso Código napoleónico, publicado en 1804; creando una nueva corte y una nueva nobleza, que dió a la vida oficial el aspecto de monarquía militar más que de república. Y mientras tanto, el primer cónsul, en 1800, con 32.000 hombres, pasa el San Bernardo y se presenta en Italia. La batalla de Marengo, del 14 de junio de 1800, y la paz de Luneville, en que se restauraban las repúblicas batávica, cisalpina, ligúrica y helvética y se anexionaba Francia la orilla izquierda del Rhin, le hacían señor de Europa [69].

2. **El papa Pío VII (1800-1822)** [70].—Como tal y como primer cónsul de Francia, comenzó a pensar que la cuestión religiosa pedía urgente arreglo. Providencialmente Napoleón

[68] CAMBRIDGE, *Historia del mundo en la Edad Moderna:* XIV. *La Revolución francesa.* Trata de la expedición a Egipto en las pp. 332-375.

[69] LA GORCE, o. c., V, pp. 48-52.

[70] VAN DUERM: *Le conclave de Venise* (1896); MATER, *La république au conclave* (París 1925).

se encontró con un papa magnánimo, Pío VII, que supo dar soluciones atrevidas, como lo exigían las circunstancias para sacar a Francia del abismo.

En efecto, mientras Napoleón se debatía en Egipto, la segunda coalición arrojaba de Italia a los franceses y se hacía posible la celebración del conclave para la elección del sucesor de Pío VI, fallecido en el destierro. Bajo la protección del emperador Francisco II se celebró el conclave, en que tomaron parte 35 cardenales, en el monasterio de San Jorge el Mayor en Venecia, el 1 de diciembre de 1799. Bellisomi, Mattei, Gerdil y otros obtuvieron sus votos; pero las intrigas del cardenal austríaco Herzan lograron eliminar a Bellisomi. De esta manera, después de varios escrutinios en varios meses de conclave, el 14 de marzo de 1800 quedó elegido Luis Bernabé, conde de Chiaramonte, que se llamó Pío VII.

Fué coronado el 21 de marzo en San Jorge, y el 28 tuvo su primera alocución a los cardenales. El 15 de mayo lanzó su primera encíclica. Después de hacer el elogio de su ilustre predecesor y de ensalzar la providencia divina, que en tiempos tan calamitosos había arreglado las cosas para la elección, se extendía en describir la triste situación de la cristiandad y la necesidad de la libertad de acción para el supremo pastor de la Iglesia. Por el momento, decía, las potencias parece que han puesto cierto orden; pero el veneno ha penetrado demasiado hondo. Sólo la doctrina de Cristo y su Iglesia pueden remediar tanto mal.

El 6 de junio Pío VII se embarcaba en una nave austriaca en Venecia, camino de Pesaro y Ancona. Entró en Roma el 3 de julio entre el júbilo del pueblo. Inmediatamente inició la organización de la vida civil y comenzó a curar las llagas de las pasadas revueltas. Tomó como secretario de Estado a Consalvi, a quien creó cardenal. Una de sus preocupaciones fué sanear la hacienda para poder pagar la deuda de guerra de 50 millones, y por medio de una Congregación de cardenales trató de organizar sus Estados.

3 **Hacia un arreglo: un concordato** [71].—Sin embargo, el asunto más espinoso y capital era arreglar la situación de

[71] SECHE, *Les origines du concordat:* I. *Pie VI et le Directoire* (1894); DE BEAUTERNE, *Sentiment de Napoléon I sur la christianisme* (París 1912-14); CONSTANT, G., *L'Eglise de France sous le Consulat et l'Empire,* 2 vols. (París 1928). En particular sobre la parte religiosa de Napoleón, véanse, además de LA GORCE: ALÇAIS, A., *Napoléon et la religion* (París 1923); BREZZI, G., *Il primo conflitto tra Napoleone e la S. Sede* (Turín 1927); LATREILLE, A., *Napoléon et le Saint-Siège (1801-1808)* (París 1935); LUHRS, M., *Napoléons Stellung zu Religion und Kirche 1939;* PACEA, B., *Napoleone contra Pio VII* (Roma 1944); BINDEL, V., *Histoire religieuse de Napoléon,* 2 vols. (París 1940); DANSETTE, A., *Histoire religieuse de la France contempor.,* I (París 1948).

la Iglesia en Francia. En este punto Napolón le salió al encuentro, aunque tal vez con miras muy distintas.

Napoleón, primer cónsul, acabó la guerra de la Vendée con medidas moderadas. La amnistía se firmó el 23 de febrero de 1800. Con esto quedaba libre para pasar a Italia. A su presencia, los austríacos se retiraron al otro lado del Mincio. Con la batalla de Marengo quedó dueño de Italia, donde restableció la república cisalpina. Pero en Milán, en una junta de eclesiásticos, indicó ya su idea de arreglarse con el papa. Con la paz de Luneville, del 9 de febrero de 1801, quedó señor de Europa.

A pesar de sus ideas medio paganas y su idolatría por la fuerza, la perspicacia de Bonaparte vió que la paz de Francia no podía asentarse sino sobre el catolicismo. Para ello era imprescindible arreglarse con la cabeza de la cristiandad; pues, a pesar de tantas ruinas políticas y morales, el pueblo francés seguía siendo católico de corazón. El mismo heroísmo de las víctimas de la revolución estaba demostrando la eficacia de la religión y cuán arraigada estaba en lo mejor del pueblo.

Vencedor en la batalla de Marengo, el 19 de junio significó el emperador al cardenal Martiniana, obispo de Vercelli, su intención de entenderse con el papa para restablecer el culto católico en Francia. Martiniana escribió a Pío VII, el cual, a pesar de las desconfianzas que en la corte romana suscitaba Napoleón, respondió manifestando su prontitud de ánimo. Inmediatamente envió el papa a Spina, arzobispo titular de Corinto, y al servita Caselli, para entablar negociaciones. Estas comenzaron primero en Vercelli, se prosiguieron en Turín y después en París. De parte del cónsul negociaba Bernier, antiguo capellán vendeano, que era persona grata a Bonaparte, por lo que había trabajado en la pacificación de la Vendée. Al mismo tiempo, en Roma, el embajador de Francia, Francisco Cacault, y el secretario Artaud de Mentor trataban directamente con la corte romana [72].

Cacault recibió del cónsul la orden de tratar con el papa como si dispusiera de 200.000 bayonetas. Sin embargo, las negociaciones eran dificilísimas y en extremo delicadas. Exigían, por una parte, suma prudencia, y por otra, suma decisión y magnánima energía. Por de pronto el cónsul presentó proposiciones inaceptables y exigía suma prontitud para atajar los males de la dilación del estado actual; pero el papa no podía renunciar a los sagrados derechos de la

[72] MATHIEU, Card., *Le concordat de 1801* (París 1902); MEYER, *L'abbé Bernier, négociateur du concordat* (París 1924); LEFLON, J., *Etienne Alexandre Bernier, évêque d'Orleans (1762-1806)* (París 1938).

Santa Sede. Desde 1791 el clero frencés estaba dividido: obispos juramentados o constitucionales poseían las sedes de los legítimos prelados, que estaban en el extranjero huidos o desterrados; no tenían sino el nombramiento del poder temporal, y por eso el mismo pueblo fiel los miraba como intrusos. La Iglesia estaba despojada de sus bienes y posesiones; el culto, desorganizado; los templos, destruídos. Todo era tropezar con dificultades. Por otra parte, los emigrados y monárquicos, con la idea de una restauración y de la vuelta de los Borbones, miraban con malos ojos aquel pretendido arreglo con el tirano usurpador, pues suponía un reconocimiento tácito del poder usurpado. El cardenal Maury patrocinaba en Roma estas tendencias.

Además, el clero francés, en general, era opuesto a este arreglo. Por una parte se oponía el clero constitucional, porque temía perder su puesto; por otra parte se oponía el clero refractario, y sobre todo los antiguos obispos legítimos, porque con la restauración borbónica esperaban volver a ocupar los puestos de que ilegal y brutalmente habían sido despojados. Además, Napoleón tenía tras sí agazapados a los jacobinos y filósofos, que se temían un retroceso al obscurantismo. El mismo Talleyrand, con sus malas ideas, envenenaba los puntos de divergencia entre París y Roma. Por fin, la diplomacia de Londres y Viena tampoco quería la paz de Francia [73].

Sin embargo, la inquebrantable voluntad del cónsul y del papa triunfó de todos los obstáculos. Bonaparte comenzaba ya a impacientarse por la tardanza; quería que el papa hiciese dimitir a todos los antiguos obispos franceses y escogiese nuevos elementos de los más dignos de los dos partidos; que perdonase a los juramentados y a los casados y los reconciliase [74]. El número de obispados no había de pasar de 60 y el cónsul había de tener el derecho de nombramiento; los elegidos habían de prestar juramento de fidelidad al régimen. Por lo que hacía a los antiguos bienes de la Iglesia, el papa renunciaría a ellos a condición de que el Estado sustentase el culto y clero. Al Consejo de Estado debía competir la vigilancia sobre el culto público.

Por parte del papa se exigía el reconocimiento de la religión católica como religión del Estado francés; el cónsul debía estar obligado a profesarla; se habían de suprimir las leyes y disposiciones contrarias a la Iglesia. El papa reconocería la venta de los bienes eclesiásticos, pero el Estado

[73] DE CHAUVIGNY, *La résistence au concordat* (París 1921). Véase también: LAFORGUE, R., *Talleyrand, l'homme de la France* (Ginebra 1947).

[74] LA GORCE, o. c., V, pp. 52-140. Expone con detalle todas las negociaciones de Spina con Bernier, las intervenciones de Talleyrand, el mal humor del cónsul, la diplomacia y buena voluntad de Cacault.

debía arbitrar nuevas dotaciones; el papa prometía tratar benignamente a los eclesiásticos constitucionales, pero a condición de que se mostrasen arrepentidos.

Como se ve, por una y otra parte aparecen proposiciones que, sin un tajo decisivo y soberano, no se podían acordar. El cónsul, impaciente, envió el 19 de mayo a su embajador el mandato de abandonar dentro de cinco días Roma y dirigirse a Florencia, al lado del general Marat, si el papa no admitía inmediatamente su proyecto sin modificación ninguna. El embajador Cacault vió la imposibilidad de cumplir tal mandato; sin embargo, obedeció, pero pidiendo al papa que enviase a París a su propio secretario de Estado, el hábil Consalvi. Accedió el papa, y el 6 de junio salía de Roma Consalvi y llegaba a París el 22 [75].

Napoleón, que en realidad no quería romper las negociaciones, sino presionar para conseguir mayores ventajas, se alegró de la llegada de Consalvi; inmediatamente le concedió audiencia y encargó las negociaciones a su hermano José con el consejero Cretet y el abate Bernier. Difícil era la situación de Consalvi, pues con las prisas ni podía consultar con el papa. En veinticinco días desarrolló un trabajo abrumador. El papa aceptaba la abdicación de los antiguos obispos, sólo como último recurso, si peligraba todo el arreglo de paz en caso de negativa. Pero el cónsul no cedía en este punto. Requería inmediatamente un breve mandando a los obispos resignar sus sedes; en caso de resistencia se les amenazaría con la formal deposición.

4. **Contenido del concordato.**—Para el 14 de julio estaba el concordato preparado para la firma. Aun entonces se quiso envolver a Consalvi, presentándole otro documento cambiado. Hubo un fuerte altercado entre el irritado cónsul y el sereno diplomático Consalvi. Por fin, el 15 de julio se presentó a la firma el verdadero documento en 17 artículos [76].

Este concordato, redactado en francés y traducido al latín por Caselli, comienza con un preámbulo, en que "el Gobierno de la República reconoce que la religión católica, apostólica, romana es la de la gran mayoría del pueblo francés", y en especial "la de los cónsules". En el artículo 1.° asegura el libre ejercicio del culto público a condición de observar las prescripciones policíacas que el gobierno dictare en interés de la tranquilidad pública. Esta cláusula, tolerada por Consalvi, halló oposición en Roma, pues se temía que con ella el gobierno se mezclase en los asuntos eclesiás-

[75] BOULAY DE LA MEURTHE, *Documents sur la négosiation du concordat, et les autres rapports de la France avec le Saint-Siège*, 6 vols. (París 1901-1905).

[76] MERCATI, *Raccolta...*, pp. 561-572; SEVESTRE, *L'Histoire, le texte et la destinée du concordat* (París 1905).

ticos. En el artículo 2.° se disponía una reducción y nueva circunscripción de diócesis; éstas se reducían a los mismos arzobispados y 50 obispados. En el artículo 3.° se disponía la renuncia a sus sedes de los antiguos obispos por bien de paz y para la unidad de la Iglesia. En los artículos 4.° y 5.° se concedía al primer cónsul el nombramiento de los obispos, a quienes el papa conferiría la institución canónica. En los artículos 6.°-8.° se disponía que los obispos en manos del cónsul y los demás eclesiásticos en manos de las autoridades respectivas civiles, prestasen el juramento de fidelidad, y se prescribían oraciones por el cónsul y la república. En los artículos 9.°-11 se disponía que la nueva limitación de parroquias se haría de acuerdo entre los obispos y las autoridades civiles, y que aquéllos nombrarían los párrocos. Cada diócesis podía tener un cabildo y un seminario, pero sin dotación del Estado. En los artículos 12-15 se disponía que todas las iglesias y parroquias no enajenadas y necesarias al culto pasasen a manos de la Iglesia; pero ésta renunciaba a los bienes eclesiásticos ya enajenados sin molestar a los compradores; así los obispos como los párrocos recibirían una paga congrua. Por otra parte, se permitía que los católicos legasen fundaciones en favor de la Iglesia. En los artículos 16-17 se concedían al primer cónsul los mismos privilegios y derechos de los antiguos reyes, y caso de que el primer cónsul no fuera católico, se pactaría sobre este punto un nuevo acuerdo [77].

El concordato era un *record* de generosidad y valentía por parte del papa. Antes de publicarse se ofrecieron todavía sus dificultades. Napoleón quería se le permitiese nombrar para las diócesis a obispos constitucionales sin exigirles retractación alguna y que la bula de la nueva circunscripción de sedes estuviese en París para el 15 de agosto. Consalvi agotó todos sus recursos para calmar al cónsul: salió precipitadamente de París el 24 de julio y el 6 de agosto estaba en Roma.

5. **Su aceptación.**—Allí se suscitaron numerosas y poderosas dificultades contra el concordato; pero el papa animosamente lo aceptó el 13 de agosto y lo publicó en el consistorio, donde dió cuenta de su conducta y proceder. A petición de Bonaparte, para poner en práctica algunas cláusulas del concordato, partió para París el cardenal Caprara como legado *a latere*. El papa tomaba en serio el concordato. El 24 de agosto se publicó la orden de que los obispos renunciasen a sus sedes. Los obispos constitucionales, sometidos al yugo del Estado, no tuvieron más remedio que re-

[77] LATREILLE, A., *L'opposition religieuse au concordat*, 2 vols. (París 1910); LA GORCE, *Histoire rel...*, V, pp. 246-310, expone la situación de la Iglesia de Francia en el destierro.

nunciar en manos del gobierno; alguno que se resistió fué encarcelado. Entonces mismo estaban celebrando un conciliábulo desde el 29 de junio de 1801, en que Grégoire se empeñaba en introducir en la Iglesia la soberanía popular, y fué disuelto por orden del gobierno. La dificultad radicaba en los antiguos obispos de la monarquía, que eran los legítimos. De ellos, 11 que vivían en Francia, con el anciano de noventa y dos años Belloy, de Marsella, presentaron voluntariamente su renuncia. De los 18 que residían en Inglaterra, 13 presentaron una protesta el 27 de septiembre de 1801 y la repitieron en 1802 y 1804. Entre ellos estaba De Dillon, arzobispo de Narbona. Se apoyaban en su legítimo origen, que nadie ponía en duda, y no cedieron ni a la carta de propio puño y letra que les escribió Su Santidad el 11 de noviembre. El motivo más hondo no era otro que la fidelidad a la antigua monarquía. El papa, reconociendo su legitimidad, les exigía que sacrificasen sus derechos en aras de la paz y de la unión; pero en vano. También protestaron 19 de los 35 que vivían en Alemania. En total hubo 37 que rehusaron obedecer y 58 que presentaron su renuncia. Entonces el papa, usando de la plenitud de sus poderes, depuso a los recalcitrantes, y con esto, el 29 de noviembre de 1801, dió la bula de supresión de las antiguas diócesis del territorio francés, autorizando al legado para instituir los nuevos obispos [78].

Jamás se había visto en la Iglesia de Dios un acto semejante de la plenitud del poder del papa. La deposición de tan crecido número de obispos sin proceso canónico, sólo por las exigencias del bien de la Iglesia, ¿no era un golpe de muerte al galicanismo, que tanto había alardeado de su poder, queriendo siempre limitar y mermar el del pontífice romano? Algunos de los recalcitrantes habían opuesto las libertades galicanas contra el mandato del papa, y aun los adversarios del concordato habían sugerido a Napoleón que este arreglo directo con Pío VII violaba las libertades galicanas y atribuía al papa un poder desmesurado; mas no pudieron evitar la derrota.

6. **Los artículos orgánicos.**—El mismo gobierno francés estaba pasmado del poder pontificio y de la actividad desplegada por la Santa Sede para restablecer la paz.

En sus aviesas intenciones, inmediatamente comenzó a minar el terreno, para desvirtuar ese poder, una vez conseguido su fin principal de la paz religiosa. Si el cónsul había tenido tanta prisa por concluir el concordato, en cambio ahora retardaba su publicación, a pesar de que el papa lo ratificaba a los treinta y cinco días de la firma y a pesar de

[78] Véase La Gorce, o. c., V, pp. 310-358.

que para el 4 de octubre estaba Caprara en París con poderes para ejecutar sus cláusulas. Es que Napoleón tenía que vencer una ruda oposición, y para acallarla preparaba en silencio los *artículos orgánicos* que restableciesen en parte las libertades galicanas [79].

Efectivamente, junto con el concordato, como si fuera una sola pieza, el 8 de abril de 1802, sin contar para nada con la Santa Sede, publicó el concordato con los famosos 77 artículos orgánicos, que eran un atropello incalificable del derecho concordatario y de los derechos de la Santa Sede. Su inspiración se debía a Talleyrand, y su redacción a Portalis.

Los puntos principales eran los siguientes: se restablecía el antiguo exequátur regio, de suerte que no se podía publicar en Francia bula ni documento alguno pontificio o eclesiástico sin el visto bueno del gobierno. Sin la orden de éste no se podía celebrar concilio alguno general o particular. En toda Francia debía existir sólo un catecismo, aprobado por el gobierno. En las escuelas teológicas se habían de enseñar los cuatro artículos galicanos de 1682; los profesores quedaban obligados a ello y los obispos debían enviar acta de su cumplimiento al ministerio de cultos. Quedaba restablecida la apelación *ab abusu* contra las autoridades eclesiásticas. Los obispos tenían que obtener la aprobación del gobierno para designar el personal de los seminarios, y los seminaristas sólo cumplidos los veinticinco años podían ser ordenados. El patrimonio había de ser de 300 francos de renta. Al vacar una sede, el metropolitano o el obispo más antiguo de la provincia tomaría la administración. Quedaba prohibido el matrimonio eclesiástico antes de la ceremonia civil [80].

El 18 de abril, día de Pascua, se celebró una ceremonia solemnísima en Notre Dame de París, con asistencia de todo el elemento oficial, en acción de gracias por el concordato y para inaugurar públicamente el culto católico. El arzobispo ofreció al cónsul el agua bendita al entrar en la iglesia; ofició la misa pontifical el cardenal Caprara; el antiguo arzobispo de Aix y ahora de Tours, Mgr. Boisgelin, tuvo el sermón, en el cual ensalzó la providencia y misericordia divinas. Algunos de los nuevos obispos prestaron el juramento prescrito en el concordato. Terminó el acto con un solemne *Te Deum.*

Sin duda ninguna era un día de júbilo para el pueblo, al contemplar que el día solemne de la Resurrección resucitaba en Francia el culto católico [81].

[79] Ib., pp. 358-366; Ridre, *Les articles organiques* (París 1905).
[80] Boulay de la Meurthe, *Histoire du rétablisement du culte en France* (París 1925).

Pero la Santa Sede no pudo menos de manifestar su disgusto por el proceder doblado del primer cónsul y por los atropellos cometidos al publicar los artículos orgánicos sin contar con Roma y como si fueran una cosa con el texto concordado. El 24 de mayo de 1802, al dar el papa cuenta del hecho consolador de la restauración en Francia del culto católico, se quejaba de estos aditamentos unilaterales y pedía encarecidamente se cambiase su contenido, y en una nota entregada por Caprara se precisaban los puntos en que el papa no podía transigir. Otra violación del concordato fué la designación de algunos obispos constitucionales, hecha sin conocimiento de Caprara y sin obligarles a retractarse.

A pesar de las protestas de Pío VII, los artículos orgánicos tuvieron fuerza de ley en Francia.

En medio de estas miserias, el concordato tuvo excelentes resultados. No podemos menos de admirar la osadía del papa en tomar tan extraordinarias medidas como la deposición de tantos prelados, y la generosidad en hacer tan extraordinarios sacrificios renunciando a todos los bienes eclesiásticos; como tampoco hemos de negar nuestra admiración al primer cónsul, que, rodeado de tantos sectarios, se acerca a tratar directamente con el papa. Con el tiempo, la resistencia de los obispos fué cediendo, de suerte que sólo dos permanecieron obstinados.

También entre los fieles hubo sus disidentes, sobre todo en el Bajo Pitou y en el Lionesado, que formaron lo que se llamó "la petite Eglise" o anticoncordatarios. Por fortuna fueron muy poco numerosos [81].

En cambio, los frutos del concordato fueron copiosos: la paz, la unidad, el restablecimiento del culto católico y de la vida cristiana en toda Francia; se abrieron las iglesias, se inauguró la predicación, apareció la sotana en las calles. El jubileo publicado con esta ocasión fué acogido y ganado con entusiasmo. Comenzaron a abrirse seminarios, que los obispos confiaron a los lazaristas; reaparecían con nueva actividad las Hermanas de la Caridad. Chateaubriand, con su *Genio del cristianismo,* despertaba las conciencias dormidas, suscitando simpatías por la religión católica.

VI. La Iglesia y el emperador Napoleón

1. El emperador Napoleón.—Restaurador del orden y de la religión, árbitro de la paz y de la guerra, Napoleón soñaba en grandezas. Su corte vencía en fausto a las anteriores borbónicas; su gobierno era tan absoluto como el de Luis XIV. En marzo de 1802 creaba la Orden de la Legión de Honor; todo tomaba el aspecto de una restauración monárquica. En agosto de 1802, por un plebiscito de tres millones y medio de votos, tomaba el título de cónsul vitalicio. Para dar prestigio a la corte, obtuvo del papa el nombramiento de varios cardenales franceses: el arzobispo de París, Belloy; el de Lyón, José Fesch, que era tío materno de Napoleón; el de Tours, Boisgelin, y el de Rouen, Cambacères. Nada se le ponía delante al omnipotente dominador [82].

En 1803 emprendía de nuevo la guerra contra Inglaterra, se apoderaba de Hannover, atropellaba los fueros de los legitimistas, y en 1804 hasta exigió la extradición del duque de Enghien para asesinarlo. Se perfilaba un cambio: a propuesta de los tribunos y del Senado, y particularmente del ministro de policía, Fouché, antiguo jacobino, la república francesa se transformó en imperio hereditario en la familia de Napoleón. El cambio fué ratificado por un plebiscito de 3.600.000 votos contra 2.500. El 14 de mayo de 1804, Napoleón fué proclamado emperador hereditario de los franceses. Los estados dependientes de Francia y algunos otros, como Prusia, lo reconocieron inmediatamente. En cambio, se formó contra él la tercera coalición. El emperador se preparó a la lucha.

Soñaba en coronarse como en otro tiempo Carlomagno, cuyas glorias pensaba emular y aun superar. Nadie, sino el supremo jerarca de la Iglesia, era persona suficientemente digna para realzar el acto de la coronación. Se invitó, pues, a Pío VII a que personalmente coronase al emperador en París. En este sentido escribió Caprara el 11 de mayo, y en Roma el cardenal Fesch debía urgir el asunto [83].

2. Conflicto del papa. Viaje a París.—Pío VII se veía en un compromiso. Varias potencias abominaban de aquella coronación, pues vendría a sancionar una usurpación y como aprobar el asesinato del duque de Enghien, con injuria de los Borbones. El mismo viaje del papa no carecía de peligros, pues era de temer que el emperador quisiera retenerle en Francia para tenerle a su arbitrio y apoderarse de los Estados pontificios. Aun después del concordato, ¿no había osado publicar los artículos orgánicos y no había suprimido por simple decreto las fundaciones y monasterios de la ribera izquierda del Rhin? Por otra parte, parecía peligroso desatender la petición de un monarca tan poderoso, restaurador de la religión en Francia. Además abrigaba el papa

[81] DROCHON, *La petite Eglise* (París 1894); BRICAUD, *La petite Eglise anticoncordataire, son histoire, son état actuel* (París 1906).

[82] MATHIEZ, A., *Le cardinal Cambacères,* en «Rev. Etudes Napol.» (1916).

[83] DUDON, *Le sacre de l'empereur,* en «Etudes», 101 (1904), p. 753 s.

la esperanza de consolidar y favorecer la religión en Francia y conseguir el cese de algunas irregularidades. ¿No lograría también en París la devolución de las tres legaciones arrebatadas?

Pidió el parecer de los purpurados, los cuales se le dieron muy diverso. Prácticamente, si el papa rehusaba, al punto se rompería la paz con Francia; si se resignaba a ir a París, tal vez conseguiría grandes ventajas para la Iglesia. Pío VII se decidió al sacrificio. El 29 de octubre de 1804, en público consistorio anunció su resolución, y efectivamente, el 2 de noviembre se puso en camino, acompañado de siete cardenales, cuatro obispos y varios prelados.

Su viaje tomó las proporciones de una marcha triunfal. En Florencia, en Turín, en Lyón, por todas partes se le aclamaba y se le recibía triunfalmente. En Fontainebleau le recibió el emperador con cierta estudiada frialdad, haciéndole sentar en su coche en un puesto secundario. De allí partieron ambos personajes el 20 de noviembre para París, donde les esperaban el clero y las autoridades [84].

El 2 de diciembre era el día señalado para la coronación; todas las ceremonias las había detallado el emperador con su camarilla. A las nueve de la mañana se presentó Pío VII en Notre Dame, y el emperador con su esposa llegaron a las diez, haciendo esperar al papa. Comenzó la ceremonia. El pontífice ungió al emperador, y cuando se disponía a coronarlo, éste, con un movimiento rápido, cogiendo la corona, se la impuso a sí mismo y después coronó a la emperatriz [85].

El orgullo y soberbia de Bonaparte iban creciendo de un modo increíble.

Las manifestaciones populares de que fué objeto el papa en los cuatro meses de permanencia en París llegaron a suscitar celos en el emperador, que hubiera deseado poseer también la autoridad espiritual, además de la temporal. Si el pueblo no cesó de prodigar las muestras del mayor acatamiento al Vicario de Cristo, éste, en cambio, apenas pudo conseguir nada de aquél. Es cierto que logró algunos fondos para el clero, el restablecimiento de los lazaristas y de las Hermanas de la Caridad, la del Seminario de Misiones Extranjeras de París y la de algunas fundaciones antiguas; pero no logró la retractación de los artículos orgánicos, ni la devolución de las legaciones, ni alguna indemnización por Aviñón y el condado Venesino [86].

[84] CELANI, *Il viaggio di Pio VII a Parigi per la coronazione di Napoleone I* (Roma 1893).

[85] MASSON, F., *Le Sacre et le couronnement de Napoléon* (París 1908). Cf. THEINER, *Histoire de deux concordats*, 2 vols., 2.ª ed. (París 1903), y CRETINEAU-JOLY, *Bonaparte et le concordat* (París 1869), que se contradicen.

[86] RINIERI, L., *Napoleone a Pio VII (1804-1813)*, 2 vols. (Turín 1906).

3. La prisión del papa. — Napoleón, en sus sueños de grandeza, pensó hacer del papa su capellán mayor; le propuso residir en Aviñón, o mejor, en París, donde le habilitaría una zona reservada. Pío VII se opuso dignamente; tuvo en París dos consistorios, el 1.º de febrero y el 22 de marzo, y erigió en basílica a Notre Dame [87].

Como el emperador quería partir para ser coronado como rey de Italia, también el papa pudo encaminarse para Roma el 4 de abril; el 16 de mayo entraba en Roma. El 26 de junio, en un consistorio, daba cuenta de su viaje y del entusiasmo católico del pueblo.

Pero la ambición del emperador no tenía límites. El 25 de mayo de 1805 se coronaba a sí mismo en Milán como rey de Italia con estas palabras: "Dios me la ha dado y ¡ay de aquel que se atreva a tocarla!" Ya pensaba en Roma como su segunda capital.

Para Pío VII comenzaba el calvario. Napoleón, haciendo caso omiso del concordato, nombraba una comisión para introducir en Italia el código civil napoleónico, nombraba obispos y les dictaba órdenes, no cesaba de exigir nuevos capelos para los eclesiásticos adictos a su persona. También exigió del Papa la declaración de nulidad del matrimonio que su hermano Jerónimo había contraído en América con una protestante, miss Paterson.

Pronto estalló también la enemiga de Bonaparte contra el hábil Consalvi. Fesch era el encargado de crearle dificultades.

4. Nuevas exigencias de Napoleón y neutralidad del papa.—Pero la guerra era la que le había de llevar a una ruptura con Pío VII. Para evitar, decía, que cayera en manos de los ingleses, rusos o austríacos, las tropas francesas ocuparon Ancona en noviembre de 1805. El vencedor de Austerlitz daba sus explicaciones el 7 de enero de 1806: sacaba a colación su soberanía imperial y su título de hijo primogénito de la Iglesia. Mientras tanto, el cardenal Fesch no cesaba de urgir al papa a que saliera de su neutralidad y se declarase por el emperador de Francia. Pío VII, con la plena aprobación de los cardenales, habida en dos consistorios, escribió a Napoleón una dignísima carta defendiendo su conducta: no podía meter sus Estados, demasiado esquilmados, en una guerra contra todas las naciones enemigas del emperador. Además, el papa, como ministro de la paz y representante de Cristo, debía guardar con todos las mejores relaciones, se debía a los católicos de todo el mundo, y aun debía evitar la guerra con los no católicos. Sepa el emperador

[87] WELSCHINGER, H., *Le Pape et l'Empereur (1804-1815)* (París 1905).

que no es emperador de Roma, sino de los franceses; el título de emperador romano lo lleva otro [88].

Pronto surgió otro incidente. En mayo de 1806 fué enviado a Roma como embajador de Francia Alquier, con la pretensión de que el papa reconociera inmediatamente a José Bonaparte como rey de Nápoles, una vez depuesto Fernando, vasallo feudal de la Santa Sede. En represalias por la negativa, fueron ocupadas varias ciudades pontificias hasta Civitavecchia y además Benevento y Montecorvo, con pretexto de que eran ocasión de discordia entre Nápoles y los Estados pontificios. Con Benevento se premió los servicios de Talleyrand y con Montecorvo los del mariscal Bernardotte.

Como es obvio, protestó Consalvi ante esta usurpación y presentó su dimisión, que hacía tiempo buscaba París. El papa aceptó la dimisión para probar que no era en sus actos juguete de su secretario, y nombró al cardenal Casoni; pero también éste se hizo pronto odioso a Francia, pues tuvo que protestar contra otros frecuentes atropellos. Tan tirantes eran las relaciones, que el legado Caprara recibió orden de salir de París al primer nuevo atropello.

Napoleón, que desde el 6 de agosto podía llamarse *único emperador* por la renuncia de Francisco II, después de vencer a Prusia decretó el 21 de noviembre de 1806 el *bloqueo continental* contra Inglaterra. Como el papa, a fuer de neutral, se negó a cerrar los puertos, aprovechó Bonaparte esta ocasión para apoderarse de los Estados pontificios. En carta al virrey de Italia, Napoleón consideraba los Estados pontificios como una pura donación de Carlomagno, cuyo sucesor era él, y no podía tolerar que unos herejes (los ingleses) se entendiesen con la Iglesia. En este estado de ruptura, el papa se negaba a confirmar la elección de varios obispos italianos que contra todo derecho le presentaba el emperador. Tan infatuado se hallaba éste, que en carta al virrey de 22 de julio de 1807 consideraba al papa como un simple obispo de su imperio y le amenazaba con celebrar un concilio sin él y contra él. Por bien de la paz, Pío VII confirmó el 5 de julio los obispos, pero con un simple *motu proprio* y sin aludir al nombramiento imperial. Entonces Napoleón les prohibió acudir a Roma sin permiso del gobierno, estableció por cuenta propia las tasas que habían de pagar a la Curia y suprimió algunas cofradías. Todos estos desórdenes pedían arreglo. Bonaparte quiso llevar a París con plenos poderes al débil Caprara; pero el papa designó a Bayane. Como el emperador, en su ambición, ocupase Macerata y el ducado de Urbino, el papa retiró los poderes a Bayane. Se llegaba al rompimiento final.

[88] DE MAYOL DE LUPE, *Un Pape prisonnier*, en «Le Correspondant» (1884-1887) (en 11 artículos desarrolla el autor los hechos de Napoleón con Pío VII); ID., *La captivité de Pie VII d'après des documents inédits*, 2 vols. (París 1912).

5. **Ocupación de Roma.**—El 7 de enero de 1808, París enviaba a Roma su ultimátum por no acceder al bloqueo continental. El 2 de febrero, el general Miollis ocupaba Roma con pretexto de que los aliados podían atacar a Nápoles desde los Estados pontificios. La ocupación fué seguida de fusilamientos y toda clase de tropelías. Los cañones enfilados contra el Quirinal tenían la última palabra [89].

Desde entonces el papa no salía de su palacio y protestó ante el cuerpo diplomático de Roma. La respuesta francesa fué una serie de medidas de fuerza. ¿Cuáles eran por entonces las exigencias del emperador? Las expresa Pío VII en una circular dirigida a los cardenales: coronación de José Bonaparte como rey de Nápoles; introducción del código napoleónico; aprobación de las libertades galicanas; admisión de los artículos orgánicos; erección de un patriarcado francés; supresión de las Ordenes religiosas y del celibato eclesiástico.

El enfermizo secretario de Estado, Casoni, fué substituído por Doria, y a éste substituyó Gabrielli. No era fácil cosa mantenerse, pues los franceses comenzaron a deportar cardenales, desarmar la guardia del papa, incorporar a sus tropas los soldados pontificios. Por decreto imperial del 2 de abril de 1808, fueron incorporadas al imperio de Italia las provincias de Urbino, Ancona, Macerata, Camerino. El sucesor de Carlomagno retractó la donación de Pipino y su hijo. Cínicamente declaró al día siguiente que el papa, al negarse a sus deseos, le había declarado la guerra, y por eso se había visto forzado a ocupar los Estados pontificios. No contento con la ocupación material, pronto se fundó en Roma un periódico para injuriar y desprestigiar al papa. Toda resistencia del pueblo era ahogada por la fuerza; se obligó a los cardenales y prelados a partir para sus tierras con objeto de aislar al pontífice y reducir a la nada el Colegio Cardenalicio y la Curia romana. El 21 de abril fué preso el cardenal Cavalchini, gobernador de Roma, y encerrado en la fortaleza de Fenestrelle; el día del Corpus, 16 de junio, fué preso el cardenal Gabrielli, secretario de Estado; se violentaron los armarios, apoderándose de todos los papeles, y el cardenal fué remitido a Sinigaglia. Entonces el papa nombró secretario al cardenal Pacca.

El 13 de agosto las tropas francesas se apoderaron de las actas procesales de la Cancillería de Estado, y el 6 de

[89] MADELIN, L., *La Rome de Napoléon, la domination française à Rome de 1809 à 1814* (París 1906).

septiembre se quiso separar por la fuerza al secretario del lado del papa; en aquel momento apareció éste y se llevó consigo al cardenal a sus habitaciones, resuelto a compartir con él su prisión. Por decreto del 16 de diciembre, el cardenal secretario prohibió las fiestas de carnaval; pero Miollis las autorizó para demostrar que él mandaba en Roma. El pueblo siguió las instrucciones del cardenal. En Roma reinaba la violencia; no sólo se desterró a cardenales y prelados, oficiales y empleados pontificios, sino al embajador y prelados españoles, porque se negaron a prestar el juramento de fidelidad al gobierno francés.

6. **Excomunión de Napoleón. Destierro del papa.**—Por fin, el emperador Napoleón, desde Viena, lanzó su decreto el 17 de mayo de 1809, incorporando al imperio el resto de los Estados pontificios y declarando a Roma ciudad imperial y libre; al papa le asignaba dos millones anuales de francos y la posesión de sus palacios. Pío VII no aceptó tal suma y protestó de la violencia. Cuando el 10 de junio los cañones de Santángelo anunciaban el fin del poder pontificio, el papa lanzó su bula de excomunión contra el tirano usurpador y sus colaboradores. A pesar de la vigilancia francesa, la bula fué fijada en las tres basílicas principales. Grande fué la rabia de los opresores y el júbilo de los oprimidos [90].

Por un breve del 12 de junio se comunicó al emperador su excomunión. En son de burla respondió él que no por eso caerían las espadas de las manos de sus soldados ni estábamos en los tiempos de Hildebrando. Pero el pontífice en Roma les era molesto. Murat y Miollis dieron al general Radet la orden de llevarse al papa de Roma. En la noche del 5 de julio, a las dos y media, penetraron en el Quirinal cuatro destacamentos de tropas francesas. Pío VII, acompañado del cardenal Pacca y Despuig, oyó tranquilo la orden de Radet, que tenía que conducirle ante Miollis. Encerraron al papa y a Pacca en un coche cerrado y con una buena escolta militar los condujeron, no ante Miollis, sino camino de Florencia. Aquella noche se publicaba en Roma un manifiesto pontificio al pueblo, en que recordaba tiernamente la suerte que Cristo predijo a San Pedro. Pío VII llegó a la cartuja de Florencia y fué hospedado en la misma habitación donde diez años antes había sido acogido su predecesor. Con los calores del verano, fué conducido a Génova y Grenoble, donde le detuvieron desde el 21 de julio al 1.° de agosto para esperar órdenes del emperador [91]. Mientras el cardenal Pacca era encerrado en la fortaleza de Fenestrelle, Pío VII,

[90] Por la bula *Quum memoranda illa die*, del 10 de junio de 1809, se excomulgó al emperador y a todos los usurpadores de los bienes eclesiásticos.

[91] MEUNIER, *Les passages du Papa Pie VII dans la Niévre* (Nevers 1904).

después de varias idas y venidas, llegó a Savona, donde fué encerrado en el palacio episcopal. Sólo bajo vigilancia se le permitía recibir audiencias. Era el 15 de agosto.

7. **El matrimonio del emperador.**—El papa, aislado en Savona, sin consejeros, sin correspondencia libre, se limitó a protestar. Pero inició una resistencia pasiva; se negaba a dar bulas de confirmación de los nuevos obispos. Por su parte, el emperador comenzó a descubrir sus ocultos planes: el 2 de febrero de 1810 mandó llevar a París los ornamentos pontificales, la tiara y las demás insignias, y ordenó arreglar un palacio cerca de Notre Dame. Por un decreto del Senado del 17 de febrero mandó que los papas prestaran juramento de no hacer nada contra los cuatro artículos de la Iglesia galicana. Soñaba el emperador en hacer del papa en París un funcionario suyo, una especie de archicanciller de cultos como Cambacères o Lebrun. Su fin era subyugar a la Iglesia bajo el imperio. Para ello ensayó primero presionar sobre el papa, aislándolo, y después presionar sobre la Iglesia. Las ocasiones más salientes fueron tres: el matrimonio del emperador con María Luisa, la confirmación de los obispos y el concilio nacional de 1811 [92].

Napoleón quería un heredero directo, y su unión con Josefina Beauharnais no se lo daba. Josefina era una criolla, que, además de ser estéril, no pertenecía a la aristocracia. La ambición triunfó sobre el amor y planeó un nuevo matrimonio. Primero se fijó en la gran duquesa Ana, hermana del zar Alejandro. Pero después de la victoria de Agram, precisamente el día en que el papa salía de Roma prisionero, en la paz de Schönbrunn se concertó la alianza matrimonial con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador de Austria. La dificultad estaba en el matrimonio anterior con Beauharnais. Para obviar esta dificultad resolvieron separarse Josefina y Napoleón, sacrificándose por el bien de la patria. Un senadoconsulto disolvió efectivamente el matrimonio civil. Pero ¿qué hacer con el matrimonio eclesiástico, celebrado la víspera de la coronación imperial ante el cardenal Fesch por concesión pontificia? Napoleón alegaba contra él la falta de consentimiento por su parte y la falta de las formalidades requeridas, o sea la presencia del párroco y testigos. En circunstancias normales había que acudir a Roma con el caso; para entonces Napoleón nada quería con el papa, prisionero en Savona, que le había excomulgado.

Preguntó a su junta eclesiástica qué proceder había en tal caso, y esta junta venal le respondió que era competente en primera instancia el tribunal diocesano, y en segunda

[92] MASSON, F., *Joséphine répudiée* (París 1901); WELSCHINGER, H., *Le divorce de Napoléon* (1889).

instancia el metropolitano, y en tercera el primado. Efectivamente, el tribunal diocesano falló al nulidad del matrimonio por falta de formalidades; no se atrevió a fallar falta de voluntad en un hombre que a todos imponía la suya, pues este defecto suele darse en abúlicos o violentados. El tribunal metropolitano también falló la nulidad por falta de consentimiento [93].

Se comprenderá que ambos fallos eran inválidos, pues las causas reales estaban reservadas al papa, y éste no sólo no sentenció a su favor, sino que declaró nulos los fallos de esos tribunales eclesiásticos por falta de competencia.

8. **Cardenales rojos y negros.**—El emperador de Austria, engañado o poco escrupuloso, se aquietó con los fallos de esos tribunales y dió su consentimiento para el matrimonio de su hija. Así el corso Bonaparte emparentaba con la nobilísima dinastía de los Habsburgos. Comenzaron los preparativos; en diciembre de 1809, Napoleón dió orden que todos los cardenales que no estuviesen enfermos se juntasen en París; quería celebrar el matrimonio con la mayor pompa, rodeado de reyes y príncipes, así eclesiásticos como seculares. La ceremonia tendría lugar el 1 y 2 de abril de 1810.

Las fiestas y cortejos resultaron deslumbradores; pero, con gran furia del emperador, de los 27 cardenales residentes en París, 13 dejaron vacíos sus sillones, así en la ceremonia civil como en la religiosa, como protesta de los atropellos que se cometían contra el papa y los derechos de la Iglesia. Pacca y Di Pietro faltaron por supuesto. El déspota descargó su cólera contra los cardenales obstinados. Por medio del ministro de cultos los despojó de sus pensiones y bienes, les prohibió llevar las insignias cardenalicias y los confinó de dos en dos a diversos lugares provincianos. De aquí nació la denominación de *cardenales rojos*, o adictos al emperador, y *cardenales negros*, o adictos al papa [94].

9. **Provisión de obispados.** — Otra cuestión preocupaba ya desde hacía tiempo a Napoleón: la cuestión de la provisión de obispados [95]. Desde la ocupación de los Estados pontificios, el papa se negaba sistemáticamente a dar su bula de confirmación a los obispos presentados por el emperador. Eran ya 27 las sedes vacantes provistas sin la confirmación, entre otras la del mismo arzobispo de París, cardenal Maury.

Primeramente ideó Napoleón el recurso de hacer que los obispos por él nombrados actuasen como vicarios capitulares con aprobación de los cabildos; pero el papa, aunque preso en Savona, lejos de ceder a las amenazas del poderoso, declaró el 5 de noviembre y el 18 de diciembre de 1810 nulas las provisiones de obispados hechas sin el papa, y por irregulares las administraciones de diócesis llevadas por obispos no confirmados por la Santa Sede, aunque fueran nombrados vicarios capitulares por los cabildos. La furia de Bonaparte descargaba sobre los cabildos renuentes y también sobre el papa, que cada día recibía en su persona nuevos vejámenes; se le privaba de toda compañía y servicio, y el emperador desfogaba su ira con cartas bien poco corteses. Pío VII se contentaba con exclamar: "Todas estas amenazas e insultos los pongo a los pies del Crucificado y dejo a Dios el vengar mi causa, que es la suya".

La comisión eclesiástica que bajo la presidencia de Fesch se había nombrado el 16 de diciembre de 1809, no acababa de ponerse de acuerdo. Por fin, en enero de 1810 respondió a una serie de preguntas del emperador. A pesar de lo poco eclesiásticos que eran algunos de sus miembros, su respuesta no satisfizo. El plan de un concilio nacional no resolvía nada, pues no era de su incumbencia el nombramiento de obispos. El emperador, en enero de 1811, propuso a la comisión dos preguntas: 1) Como quiera que está interrumpida la comunicación entre el papa y los súbditos del imperio, ¿a quién se han de dirigir éstos para las dispensas pontificias? 2) Si el papa se niega obstinadamente a confirmar los obispos designados, ¿qué medio hay para conferirles la institución canónica? Después de acalorada disputa, en marzo respondió la comisión que, en caso de fuerza mayor, los obispos podían extender las dispensas pontificias. Respecto a la confirmación de los obispos, había que introducir en el concordato la cláusula de que, si el papa no confería en determinado tiempo la canónica institución, el derecho se devolvía al concilio provincial. Si la Santa Sede no aceptaba esta cláusula, quedaba justificada la ruptura del concordato; había que enviar al papa una comisión con estos arreglos y para exponerle los males de la Iglesia de Francia; por fin, había que convocar un concilio nacional. Alguno, como Eméry, superior de San Sulpicio, se negó valientemente a firmar estas propuestas, por lo cual incurrió en la indignación imperial [96].

10. **Concilio nacional** [97].—Napoleón entró de lleno en estos planes; convocó el concilio nacional para el 9 de junio en París; habían de acudir todos los obispos franceses, italia-

[93] DUHR, B., *Napoleons Ehescheidung im Lichte der neuesten Aktenstücke*, en «St. aus M. L.», t. 38 (1893), pp. 13-31.
[94] GRANDMAISON, G. DE, *Napoléon et les cardinaux noirs* (París 1895).
[95] CHOTARD, H., *Le pape Pie VII à Savone* (1887). Véase sobre todo: PACCA, B., *Napoleone contro Pio VII* (Roma 1944).

[96] POUJOULAT, *Le cardinal Maury*, 2 vols. (París 1895).
[97] Las actas de toda esta negociación se hallan en *Collectio Lacensis*, IV.

nos y alemanes del imperio. También determinó que una diputación de tres obispos tratase con el papa los puntos acordes. Fueron elegidos el arzobispo de Tours, el obispo de Nantes y el de Tréveris, que eran adictísimos al emperador. Con la amenaza del concilio ya convocado y de la ruptura del concordato, debían conseguir del papa la confirmación de los obispos nombrados por el emperador y la aceptación de la cláusula que se había de introducir en el concordato sobre los tres meses de espacio para la confirmación romana, so pena de devolución del derecho al concilio provincial. Además, el papa tenía que mandar a los obispos de los Estados pontificios que prestasen el juramento de fidelidad al emperador; el mismo papa tenía que prestar también este juramento. Si accedía a estas exigencias, podría libremente volverse a Roma o, si lo prefería, quedarse en Aviñón, rodeado de los embajadores de las potencias católicas y con una pension de dos millones de francos. Había que recabar de Pío VII la promesa de que ni él ni sus sucesores harían nada contra los cuatro artículos galicanos; que la creación de cardenales estaría regulada de suerte que un tercio del Colegio lo nombrase el papa y los otros dos tercios las potencias católicas; que condenaría por un breve el proceder de los cardenales en el asunto del matrimonio del emperador.

El 9 de mayo entraban los diputados en Savona. Poniéndole como quien dice la espada al pecho, martirizaron al anciano papa durante diez días con el espectro del cisma; al cabo de los cuales, el 19 recibieron esta respuesta: conferiría la institución canónica a los obispos nombrados según la cláusula del concordato, que en este punto hacía extensivo a Toscana, Parma y Piacenza; exigía como espacio de tiempo para dar su confirmación seis meses en lugar de tres, en la cláusula que se hubiera de adicionar al concordato, y si el Santo Padre difería la confirmación pedida por razones distintas de la indignidad del sujeto propuesto, el derecho de confirmación recaía en el metropolitano. En todo lo demás, el papa se mantuvo firme.

Los diputados, satisfechos, pusieron por escrito estas concesiones; pero el papa no las quiso subscribir, aunque afirmó de palabra que estaba conforme; porque no eran un contrato, sino una muestra de su condescendencia. Alegres se pusieron en camino de vuelta los tres obispos, para dar cuenta de su cometido al emperador. Este no quedó tan satisfecho, y al punto mandó se celebrase el concilio nacional, que efectivamente se abrió el 17 de junio de 1811, en Notre Dame [98], bajo la presidencia de Fesch, como primado de Francia. Asistían 85 obispos franceses, 42 italianos y varios alemanes.

El obispo de Troyes, Esteban de Boulogne, en su discurso, ensalzó la unión con el papa y, pasando por encima de lo acostumbrado, renovó el juramento de obediencia al romano pontífice. El disgusto del emperador fué indecible; le pareció un acto inoportuno, cuando precisamente el día anterior había sido bautizado su hijo, "el rey de Roma", en presencia de la mayor parte de los prelados.

El 20 de junio, el emperador, por medio del ministro de cultos, Bigot, envió al concilio un mensaje con las quejas y acusaciones que tenía contra el papa; el cual, decía, violando el concordato, se negaba por negocios temporales a conferir la institución canónica a sus obispos. La asamblea oyó el mensaje con profundo silencio y vió con dolor que a los lados del presidente, cardenal Fesch, se sentaban los ministros de cultos de Francia e Italia, quienes pretendían tomar parte en los debates. Era una opresión indigna [99].

Se designó una comisión para responder al emperador, mientras otra preparaba una carta colectiva y una tercera comisión deliberaba sobre otros asuntos pendientes. Pronto se vió que así en las comisiones como en las sesiones plenarias reinaba el descontento. El auxiliar de Münster, Gaspar Maximiano von Droste Vischering, propuso que ante todo se pidiese la libertad del papa; varios se le adhirieron a pesar de los esfuerzos contrarios de los prelados cortesanos. Los italianos presentaron un memorial contra el galicanismo, que halló buena acogida.

En vista del sesgo que iba tomando el concilio, el emperador no recibió la diputación que el 30 de junio había de presentarle la respuesta, sino que mandó suspender las sesiones plenarias. Después se calmó un tanto la ira imperial y hubo nuevas propuestas y nuevas sesiones. El cardenal Maury, a quien había deslumbrado la grandeza de Napoleón, se atrevió a recriminar al papa por la excomunión del emperador; pero el arzobispo de Burdeos le defendió con tanto acierto, que casi el concilio entero quería repetir la excomunión. Napoleón suspendió el concilio el 11 de julio y apresó a los valientes obispos de Troyes, Gante y Tournai como instigadores de la resistencia. A todos los demás, incluso a su tío el cardenal Fesch, les manifestó su disgusto.

11. Comisión del concilio ante el papa. Clausura del concilio.—Por medio del ministro de Cultos, Bigot, y del de Relaciones extranjeras, Marescalchi, quiso deshacer Napoleón la mala impresión de la suspensión y del encarcelamiento de los obispos y atraerse a la mayoría, para que aprobasen un

[98] RICARD, *Le concile national de 1811 d'après les papiers inédits du card. Fesch* (París 1894).

[99] LYONNET, *Vie du cardinal Fesch*, 2 vols. (Lyón 1841).

decreto preparado por el ministerio. Aun Fesch estaba disgustado de tamaña presión. El 26 de julio, el ministro reunió en su palacio a los obispos adictos y allí se resolvió abrir de nuevo las sesiones conciliares. Este concilio, así amañado, se declaró competente para resolver la cuestión de la provisión de obispos y preparó su decreto. Según los cánones, dice, no puede una sede estar vacante más de un año, durante el cual se ha de nombrar, confirmar y consagrar el obispo. Se suplica al emperador siga nombrando los obispos y pida al Santo Padre la confirmación conforme al concordato. Su Santidad debe conceder la confirmación dentro de seis meses. Si en este tiempo no la concede, entonces el metropolitano o el más antiguo de la provincia se la confiere. Termina el concilio diciendo que este decreto debe someterse a la aprobación del papa por medio de una diputación. En el concilio la aprobaron 85 obispos, aunque varios con la condición de que la aprobara el romano pontífice. Otros 14 negaron su firma.

La diputación fué nombrada, no por el concilio, sino por el emperador. Se componía de tres arzobispos y cinco obispos. A éstos se añadieron cinco cardenales rojos, que presionasen sobre el Santo Padre. Del 3 al 20 de septiembre duraron las conversaciones en Savona, en las que por fin lograron arrancarle un breve, que aceptaba las conclusiones de París; pero "con la condición de que el metropolitano confiriera la institución canónica a nombre del romano pontífice", que se enviasen a Roma los testimonios auténticos y que hiciesen los elegidos el juramento de obediencia al papa y la profesión del segundo concilio de Lyón [100].

Napoleón no se dió por satisfecho; mandó que cuatro obispos volvieran a Savona, los cuales no consiguieron más. Entonces significó al papa que él consideraba caducado el concordato y que en adelante nombraría los obispos sin acuerdo ninguno, y mandó a los obispos de París fueran a sus diócesis. Así, sin acto alguno solemne, quedó clausurado el concilio, que con tanto aparato se abriera.

En Francia aumentaba la confusión; unos aprobaban el decreto del concilio, otros le rechazaban de plano; unos aceptaban los obispos nombrados por el emperador, si bien elegidos por los cabildos como vicarios capitulares; otros los repudiaban.

12. **El concordato de Fontainebleau.**—Mientras Pío VII se consumía en Savona, el emperador triunfaba en Europa y se lanzaba a la campaña de Rusia, en un principio tan arrolladora. Después sobrevino el gran fracaso. En esto, el

[100] El anciano prisionero de Savona había eludido la segunda trampa, armada por el emperador y sus paniaguados.

9 de junio de 1812, Pío VII recibió orden de ponerse en camino. Según le escribía el mismo Napoleón, quería evitar que cayera en manos de los ingleses, que intentaban desembarcar cerca de Savona. En realidad quería presionar personalmente sobre el anciano para doblegarle a sus caprichos.

El coronel Lagorse encerró al papa disfrazado en un coche cubierto juntamente con un cirujano, y lo condujo primero a Alessandría, luego a Turín. Al pasar el monte Cenis camino de Francia, enfermó en el hospicio tan gravemente, que recibió los sacramentos. Era el 14 de junio. Sin embargo, la noche siguiente tuvo que continuar el viaje. Llegó a Fontainebleau, más muerto que vivo, el 20 de junio. Varias semanas estuvo enfermo de gravedad. Sólo los cardenales rojos y los obispos cortesanos tenían permiso para visitarle, y le aterrorizaban con descripciones siniestras sobre la situación de la Iglesia en Francia [101].

El 10 de diciembre de 1812, volviendo de Rusia Napoleón después de su ruidosa derrota, llegaba a Varsovia descalabrado. Una vez en París, quiso hacer un supremo esfuerzo de toda la nación para reponerse; para ello tenía que contentar a los católicos. Por esto el 1.° de enero de 1813 mandaba saludar cortésmente al papa, interesándose por su salud; Pío VII devolvió los saludos por medio del cardenal Doria. Entonces el emperador se mostró dispuesto a entablar negociaciones.

El papa no quiso ni oír hablar de la aprobación de los artículos galicanos ni de la propuesta imperial acerca del nombramiento de cardenales. Por lo demás, marchaban tan bien las negociaciones, que los obispos cortesanos creyeron llegado el momento de que interviniera personalmente el emperador, para que cosechara el triunfo. Inesperadamente apareció Napoleón en Fontainebleau, acompañado de María Luisa, la tarde del 19 de enero. Se mostró afable y delicado con el papa. Al día siguiente repitió su visita. Tras cinco días de discusiones prolijas y acaloradas, en que Pío VII, por el excesivo cansancio, ya casi no era dueño de sí mismo, se echaron las bases de un futuro concordato, que se firmaron el 25 de enero. Lo que no era sino un proyecto que el papa había de consultar con los cardenales, lo tomó Napoleón como concordato verdadero, *el llamado concordato de Fontainebleau*, que publicó como ley del reino el 13 de febrero [102].

13. **Los once artículos.**—Su contenido en 11 artículos es el siguiente: 1) Su Santidad ejercerá el pontificado en Francia y en el reino de Italia como sus predecesores. 2) Los

[101] MEUNIER, *Les passages du papa Pie VII dans la Niévre* (Nevers 1904).
[102] MERCATI, *Raccolta...*, pp. 579-585.

embajadores, ministros y encargados de negocios ante el Santo Padre, así como los embajadores, ministros y encargados de negocios que el papa tenga ante las potencias extranjeras, gozarán las inmunidades y privilegios de los miembros del cuerpo diplomático. 3) Los dominios que poseía el Santo Padre y que no han sido alienados, estarán exentos de todo impuesto; serán administrados por sus agentes o encargados de negocios. Los ya alienados serán compensados hasta la cifra de dos millones de francos de renta. 4) En los seis meses que siguen a la notificación acostumbrada de la nominación hecha por el emperador para los arzobispados y obispados del imperio y del reino de Italia, el papa les conferirá la institución canónica conforme a los concordatos y en virtud del presente indulto. La información previa la hará el metropolitano. Si pasan los seis meses sin que el papa haya acordado la institución, el metropolitano, o, en su defecto o si se trata de él, el obispo más antiguo de la provincia, procederá a la institución del obispo nombrado, de manera que jamás vaque una sede por más de un año. 5) El papa nombrará, sea en Francia, sea en el reino de Italia, a los obispados que ulteriormente se designarán de acuerdo. 6) Los seis obispados suburbicarios serán restablecidos y serán nombrados por el papa. Se les restituirán los bienes existentes y se tomarán medidas para compensar los bienes vendidos. Al morir los obispos de Anagni y Rieti, sus diócesis serán incorporadas a los dichos seis obispados, por un acuerdo que tendrá lugar entre Su Majestad y el Santo Padre. 7) En cuanto a los obispos de los Estados romanos ausentes de sus diócesis por las circunstancias, el Santo Padre podrá ejercer en su favor el derecho de darles obispados *in partibus*. Se les concederá una pensión igual a las rentas de que gozaban y podrán ser repuestos en sedes vacantes así en el imperio como en el reino de Italia. 8) Su Majestad y Su Santidad se concertarán oportunamente sobre la reducción, si es que ha lugar, de los obispados de la Toscana y del país de Génova, como sobre el establecimiento de nuevos obispados en Holanda y en los departamentos anseáticos. 9) La Propaganda, la Penitenciaría y las archivos se establecerán donde mora el Santo Padre. 10) Su Majestad devuelve su gracia a los cardenales, obispos, sacerdotes, laicos, que han incurrido en su desgracia por los sucesos actuales. 11) El Santo Padre se inclina a estas disposiciones por consideración al estado actual de la Iglesia y en la confianza que le inspira Su Majestad de que concederá su poderosa protección en las necesidades tan numerosas que tiene la religión en los tiempos que vivimos".

Este pretendido concordato lesionaba gravemente los derechos de la Iglesia. Indirectamente se renunciaba a los Estados pontificios con otra serie de cláusulas gravosas. Cuando en virtud de este pacto quedaron libres los cardenales negros Di Pietro, Pacca, Consalvi, acudieron al papa y le hicieron ver la trascendencia del paso que había dado. La angustia se apoderó del ánimo del anciano pontífice, quien pidió a todos los cardenales que individualmente le dieran por escrito su dictamen.

14. **El papa retracta las concesiones hechas.**—Maury y algunos otros cardenales rojos intentaron defender el concordato; pero todos los negros, y sobre todo Di Pietro, Pacca y Consalvi, persuadieron al papa escribiera una carta al emperador declarando nulo lo hecho, pues contenía cláusulas imposibles. Se repitió el caso del *privilegium de Pascual II* en 1111. El papa se plegó inmediatamente a la idea de los tres purpurados, y el 24 de marzo escribió al emperador de su puño y letra una carta, que le transmitió por medio de Lagorse. "Aunque el sol—decía Consalvi—esté por un momento cubierto por una nube, el sol no se hace nube".

El emperador desterró al cardenal Di Pietro y ordenó a los cardenales franceses alejarse de Fontainebleau; prohibió a los demás la correspondencia, y mandó custodiar más severamente al papa. Pero necesitaba del auxilio de los católicos franceses, lo cual le impidió extralimitarse con Pío VII, el cual, para aliviar su corazón angustiado, comunicó con los cardenales el 9 de mayo una alocución por escrito, dándoles cuenta de los sucesos pasados y declarando nulas las concesiones acordadas. Con ello se serenó su ánimo. El de Napoleón, en cambio, estaba seriamente preocupado. Su estrella declinaba hacia el ocaso. Sus tropas sufrían graves reveses en España. Y en Alemania la situación era alarmante, a pesar del triunfo de Lutzen (2 de mayo). La desgracia le hizo más tratable o más político. Después de la "batalla de las naciones" en Leipzig (16-19 de octubre), derrota que inició su catástrofe, indicó al papa designase un cardenal para entablar negociaciones en París. Pío VII se mostró poco accesible después de todo lo ocurrido. Insistió el obispo de Piacenza, Fallot de Beaumont, adicto a Napoleón; pero el 19 de diciembre se le respondió que el papa no podía abdicar sus derechos. Cuando poco después le fueron ofrecidos los dos departamentos de Roma y el Trasimeno, que por cierto para entonces no estaban en manos de los franceses, Pío VII respondió que la devolución de lo suyo no podía ser objeto de un pacto. Era deber de simple justicia la restitución.

Viéndose irremisiblemente perdido, dió orden Napoleón de dejar al papa salir de Fontainebleau, pero sin acompañamiento de cardenales. El día 23 de febrero se despidió Pío VII de los purpurados, y de incógnito se puso en camino;

pero pronto le reconoció el pueblo, acogiéndole con júbilo por todas partes. El 11 de febrero llegaba a Savona. Por decreto del 10 de marzo, el emperador ponía en libertad al papa y mandaba conducirle hasta las vanguardias enemigas. Desembarcado en Tanaro, fué bien acogido por los austríacos, que le acompañaron por Parma, Módena, Bolonia, adonde llegaba el 31 de marzo, precisamente el día mismo en que los aliados entraban victoriosos en París. Consalvi, que seguirá siendo su cardenal secretario, se juntó a Pío VII poco antes de que éste entrara en Roma.

En cambio, Napoleón abdicaba el 11 de abril en Fontainebleau y era relegado a la isla Elba, mientras Luis XVIII volvía a Francia el 3 de mayo [103].

15. La secularización del Rhin.—En toda Europa había sembrado Napoleón la confusión y el desorden: en España, Países Bajos, Italia, etc. Pero los Estados del Rhin sufrieron una transformación más profunda. Las ideas revolucionarias francesas habían precedido a las anexiones de la paz de Luneville, del 9 de febrero de 1801. Por ella, como ya indicamos en otra parte, Francia adquiría todos los territorios, así eclesiásticos como seculares, de la orilla izquierda del Rhin. No bastaba que la Iglesia perdiera todos los territorios del lado izquierdo, sino que sus territorios del lado derecho se habían también de secularizar, a fin de indemnizar a los príncipes laicos de la opuesta ribera.

Este plan inicuo fué expuesto y aprobado en el Reichstag de Ratisbona. Sus miembros estaban en manos de Napoleón, cuya intención era aniquilar el imperio alemán. El intrigante ministro de Francia Talleyrand [104] fué quien manejó los hilos, y con su aprobación varios príncipes comenzaron a ocupar sus presuntas porciones. Tropas prusianas ocuparon los obispados de Hildesheim y Goslar; tropas bávaras, el de Passau.

Cuando en agosto de 1802 la comisión comenzó en Ratisbona a trabajar su plan, se presentaron abiertamente como mediadoras Francia y Rusia, mezclándose en todos los asuntos interiores, favoreciendo descaradamente a los príncipes de Prusia y Baviera, que tenían pactos secretos con ellos, y dominando a su talante en la asamblea. El 25 de febrero de 1803, la comisión de indemnizaciones había terminado su labor: sus resoluciones fueron aprobadas por el Reichstag el 24 de marzo y por el emperador Francisco II el 27 de abril;

[103] LATREILLE, A., *Les évêques émigrés et Louis XVIII*, en «Rev. d'Hist. Eccl.», 2 (1911), pp. 162-74, 258-70.

[104] Talleyrand firmó tratados particulares con Prusia, Württemberg, Nassau-Oranien, Baviera, Baden y Hessen. Este hombre sin conciencia se cuidó poco de los intereses de la Iglesia.

todos los territorios eclesiásticos, mediata o inmediatamente imperiales, así como también las fundaciones, abadías, monasterios, fueron secularizados y repartidos a diversos señores seculares, quedando todos sus bienes a la disposición libre y completa de sus respectivos señores territoriales, así para los gastos de culto, escuelas y otras instituciones de utilidad común, como para aliviar la hacienda. Sólo se reservan las catedrales y las pensiones designadas a los eclesiásticos, cuyas posesiones se habían secularizado [105].

16. Importancia de esta secularización. Dalberg y sus planes.—Gran quebranto para la Iglesia fué esta secularización, a cuya costa se enriquecieron aun principados que nada habían perdido, como Hannover, Braunschweig y Oldenburg. Además, mientras escrupulosamente se regulaba la indemnización de los príncipes seculares, las pensiones de los eclesiásticos se dejaban a merced de los señores territoriales, que muchas veces en nada pensaban menos que en dotar catedrales y diócesis.

A ambas orillas del Rhin, la Iglesia alemana, hasta entonces la más rica, perdió, según Hergenroether, 1.719 millas cuadradas, con más de tres mllones de almas y una renta de unos 21 millones de gúldenes, sin contar los monasterios. También aquí comenzó pronto el vandalismo de ventas y destrozos de iglesias, vasos sagrados, custodias, ornamentos y saqueo de alhajas y bibliotecas [106].

Sólo hubo una señalada excepción, que al mismo tiempo es una triste figura en la historia, la de Carlos Teodoro von Dalberg, que quedó como príncipe-primado de Alemania, elector y archicanciller del imperio. Para él se formó un principado con los territorios de la banda derecha del antiguo principado de Maguncia, más el obispado de Ratisbona y las ciudades de Ratisbona, Aschaffenburg y Welzler [107].

Dalberg nació en 1744; hizo sus estudios de derecho en Gottingen y Heidelberg; estudió teología en Worms, Mannheim y Maguncia; fué consejero de Estado y gobernador en Erfurt. Aun siendo canónigo de Maguncia, Würzburgo y Worms, estaba todavía sin ordenarse. Dado especialmente a las ciencias, literatura y bellas artes, se dejó arrastrar de esta vida mundana e influenciar de la llamada Ilustración.

[105] BRÜCK, H., *Geschichte der kathol. Kirche in Deutschland im 19 J.* 5 vols. (Maguncia-Münster 1902-1908).

[106] VEIT, *Kirchengesch...*, IV, 2, pp. 18-19, trae una lista de las pérdidas e indemnizaciones de los diferentes Estados y de las pérdidas de la Iglesia.

[107] Sobre este personaje singular, Dalberg, son interesantes los artículos de SCHERER en «Vereinsschr. der Görres-Gesellschaft», en que estudia los cuatro períodos principales de Dalberg.

En 1787 fué elegido coadjutor del arzobispo de Maguncia y después también de Worms y Constanza. Por fin, el obispo de Bamberga lo ordenó de sacerdote, y el elector de Maguncia lo consagró en 1788 obispo con el título de arzobispo de Tarso *in partibus infidelium*. Las cosas eclesiásticas le preocupaban poco, consagrado a favorecer literatos, artistas y sabios, como Schiller. Cuando en 1792 fué ocupada Maguncia por los franceses, Dalberg no se tomó la molestia de defender los derechos de la Iglesia; se quedó tranquilamente en Erfurt. Durante la guerra de 1796 permaneció en Constanza.

Al ver desaparecer los electorados de Colonia y Tréveris y todos los obispados con territorios, Dalberg, con la protección del primer cónsul, se amañó su principado y el primer puesto de Alemania como primado, con un millón de gúldenes de renta.

Pero aun quedaba el problema de arreglar con la Santa Sede esta gigantesca secularización alemana. Ocurrían varias soluciones. Unos optaban por un concordato global; otros preferían concordatos separados. Dalberg trabajaba en su provecho. Fué siempre hechura de Napoleón y estuvo a su lado, aun con perjuicio de los intereses de la Iglesia y de Alemania. Cuando Napoleón, volviendo de la campaña de Austria después de la paz de Pressburg, se dejó decir duras frases contra Dalberg, éste, para congraciarse con el déspota, planeó en favor de Napoleón y para arruinar a Austria la Unión del Rhin entre los príncipes alemanes, en que Austria y Prusia quedaban excluídas. De tal manera se iban preparando los hechos, que el 6 de agosto de 1806 Francisco II renunciaba al título de emperador del Sacro Romano Imperio. Fué una mala partida de Dalberg a favor de Francia contra Alemania.

En cuanto al arreglo con la Santa Sede, Napoleón no quería concordatos sin su intervención. Desde Frankfurt, el 24 de julio de 1807 invitaba a Dalberg a ir a París para entablar los estatutos de la Unión del Rhin y el concordato con Roma. La tentativa fracasó por entonces, pues el omnipotente césar pretendía un concordato global para toda la Unión, hecho a su gusto y bajo su vigilancia. Los sucesos posteriores de la lucha con el papa, con su prisión en Savona, dejaron sin arreglar el desconcierto alemán causado por la secularización.

Pero Dalberg seguía intrigando [108]. En 1809 introducía en sus Estados el código napoleónico, y por voluntad de Napoleón comenzó a organizarlo todo en Alemania a imagen y

[108] BASTGEN, H., *Dalbergs, und Napoleons Kirchenpolitik in Deutschland* (Paderborn 1917).

semejanza de Francia. Aun después que todos se revolvieron contra el tirano de Europa, Dalberg le seguía fiel, creyendo que la estrella del césar no podía eclipsarse. Después de la batalla de Leipzig, cuando Napoleón caminaba rápido a su ocaso, Dalberg, en carta al rey de Baviera, renunció a su gran ducado de Frankfurt en favor del yerno del rey. Moría en 1817.

VII. La Iglesia y el congreso de Viena

1. Napoleón: primera abdicación.—En abril de 1814 abdicaba el coloso de Europa la corona imperial y recibía en su confinamiento el principado del Elba con una renta de dos millones de francos. Le acompañaron 800 veteranos. En mayo volvía el hermano de Luis XVI a ocupar el trono de Francia con el nombre de Luis XVIII, daba a la nación una Constitución al estilo de la inglesa *(Charte octroyée)* y firmaba la paz de París el 30 de mayo.

Francia recobraba las fronteras de 1792, es decir, que salía ganando Montbéliard, Aviñón y el condado Venesino y parte de Saboya, Alsacia y Bélgica. Los soberanos destronados iban volviendo a sus tronos: Pío VII volvió a Roma, Víctor Manuel a Turín, Fernando VII a Madrid. El zar Alejandro y el rey Federico Guillermo II de Prusia se trasladaron de París a Londres, acompañados del vencedor, general Blücher, donde fueron recibidos apoteósicamente.

Se imponía un congreso para reparar las ruinas amontonadas por la revolución francesa y las guerras napoleónicas [109]. Efectivamente, se convocó un congreso en Viena para el 18 de septiembre de 1814. Pero mientras los plenipotenciarios de las potencias europeas disputaban desavenidos sobre la suerte de Sajonia y Polonia, el 1 de marzo de 1815 Napoleón abandonó su isla, desembarcó en Cannes con 900 hombres y se puso en camino hacia París. Los ejércitos lanzados contra él se le sumaban, y el 20 de marzo entraba triunfante en la capital. El congreso, a nombre de sus soberanos, le declaró la guerra; pero Bonaparte, rápido como el rayo, en la famosa asamblea militar y popular del Campo de Marte, otorgaba una Constitución al imperio y se lanzaba al encuentro de sus enemigos, Blücher y Wellington, que mandaban los ejércitos alemán e inglés respectivamente. La batalla de Waterloo del 18 de junio decidió para siempre la suerte de Napoleón; el 7 de julio era tomada París por segunda vez, y el vencido emperador, que en vano intentó escaparse a América, confinado en Santa Elena, murió el 5 de mayo

[109] RICHEMONT, *A la veille du Congrès de Vienne*, en «Le Correspondant», t. 220 (1905), p. 60 s.

de 1821 [110]. El 20 de noviembre de 1815 se firmaba la segunda paz de París. Por cinco años quedaban ocupadas por tropas aliadas las 17 fortalezas del norte y del este de Francia y ésta había de pagar una indemnización de 700 millones y devolver los tesoros arrebatados.

2. **El congreso. Personajes. Su incumbencia.**—Pero volvamos al congreso de Viena. Tomaban parte en él personalmente el emperador de Austria, el zar de Rusia, los reyes de Prusia, Dinamarca, Baviera, Württemberg y muchos príncipes alemanes. Estaban representadas por sus embajadores todas las naciones de Europa, menos Turquía. La dirección de los negocios la llevaba el canciller de Austria, príncipe de Metternich; pero pronto se hizo sentir el influjo del embajador francés, el intrigante y desaprensivo Talleyrand. Otra de las figuras más destacadas era el cardenal Consalvi, secretario de Estado del Papa, aunque sus exigencias, que eran puros derechos, no hallaban en la asamblea el eco debido.

La preocupación del congreso se fué tras la restauración material de Europa. Se jugó con los sentimientos e intereses de pueblos enteros por el solo respeto de intereses particulares o de intereses dinásticos. Aun en el orden político, dominó el egoísmo más brutal de algunas naciones; pues, para crear estados-tapones que las protegieran, se atropellaron los derechos de países, razas y religiones [111].

Sin descender a muchos detalles, propios de la historia profana, diremos que Austria recibió sus antiguos territorios con Trieste y la región veneciana conquistada en 1797; en cambio, no quedó restaurado el antiguo Imperio Romano-Germánico. Con la secularización eclesiástica, los príncipes protestantes predominaban en el imperio y se luchaba ya hacía tiempo por eliminar a la católica Austria y levantar sobre el pavés a la luterana Prusia. En lugar del antiguo Sacro Imperio, se creó la Unión Alemana (Deutsches Bund) con su dieta de Frankfurt, en que tomaban parte 35 príncipes alemanes y cuatro ciudades libres.

El reino de Polonia, mal y parcialmente restablecido, para que fuera tapón entre Rusia, Austria y Prusia, quedó funestamente unido personalmente a Rusia y víctima de sus exigencias. La católica Bélgica fué sacrificada en sus intereses y religión, para ser otro tapón entre Francia y Alemania, formando con Holanda el reino de los Países Bajos.

3. **Los Estados pontificios. Consalvi.**—Es verdad que desde un principio se le concedió al papa la posesión de los Estados pontificios, cuya restauración no podía ponerse en

[110] CAMBRIDGE, *Historia del mundo: XVI. Napoleón.* Trata de los Cien Días», pp. 389-439.

[111] SAINT-BEUVE, *Romanticisme et diplomatie. Talleyrand, Metternich, Chateaubriand* (París 1928); LACOUR-GAYET, *Talleyrand*, 3 vols. (París 1928).

tela de juicio; pero trabajo costó a Consalvi obtener la devolución de las legaciones, a que desde tiempo atrás aspiraba Austria. A pesar de todos los esfuerzos del secretario de Estado del papa, Austria se quedó con Ferrara y Comacchio y Francia retuvo Aviñón y el condado Venesino sin indemnización alguna. No es de extrañar que el 14 de junio de 1815 protestara Consalvi enérgicamente contra este atropello de los derechos de la Iglesia [112]. Pío VII confirmó esta protesta en una alocución del 4 de septiembre, al tiempo en que daba las gracias a las potencias, aun protestantes o cismáticas, como Rusia, Inglaterra, Suecia y Prusia, por el restablecimiento general de los Estados pontificios.

Los intereses morales y religiosos entraron en un plano muy secundario en los ideales y aspiraciones de las potencias del congreso de Viena, como se vió en el problema de la situación religiosa de Alemania, que había creado la secularización de los principados eclesiásticos del Rhin. Desde luego con flagrante injusticia, nadie pensó en una restauración del antiguo orden de cosas ni en alguna manera de justa indemnización. Fuera de Consalvi, que era el único legítimo representante de los intereses católicos, en el congreso figuraron dos facciones eclesiásticas con tendencias opuestas: por una parte, el vicario general de Constanza, *Vessemberg*, que se presentaba con las ideas de Dalberg de una iglesia nacional alemana; por otra, el deán de Worms, Von Wambold, que era también capitular de Aschaffenburg, y el canónigo de Espira, Helfferich, con el abogado de Mannheim, Schies. Estos tres personajes presentaron un memorial en nombre de 25 prelados, en el cual describían la triste situación religiosa de Alemania desde la secularización de 1803, enumeraban los atropellos cometidos en los territorios secularizados y lamentaban la orfandad de diócesis y cabildos, los ataques cometidos contra el dogma y la moral y lo deficiente en la educación cristiana de la juventud, y exigían la dotación de obispados, seminarios y parroquias.

A este memorial siguió el 17 de noviembre una nota de Consalvi al presidente Metternich, quejándose de los inauditos atropellos de la Iglesia alemana, y reclamaba la restitución de sus derechos y bienes, como convenía al Sacro Romano Imperio, centro de la unidad política [113].

Pero no estaban aquellos príncipes, enriquecidos con los despojos de la Iglesia, para renunciar a sus emolumentos.

[112] CONSALVI, E., *Mémoires du Card. C., par Crétineau-Joly*, 2 vols. (París 1864); FISCHER, *Kardinal Consalvi* (Maguncia 1899); ANGELUCCI, *Il grande segretario della Santa Sede, Ercole Consalvi* (Roma 1924); CASSI, G., *Il cardinale Consalvi ed i primi anni della restaurazione pontificia* (Milán 1931).

[113] ROSKOVANY, *Monumenta...*, II, p. 96; allí está la protesta de Consalvi y la alocución del papa.

Wessemberg iba también por otros caminos. Proponía un concordato global para regular la institución canónica, la dotación y situación jurídica de la Iglesia en Alemania. Proponía, además, que la organización eclesiástica alemana fuera a base de una Iglesia nacional con su primado, que gozase de plena e independiente actividad.

Consalvi, con los tres oradores de la tendencia contraria, atacaron estas ideas cismáticas, que sabían a las puntuaciones de Ems [114].

Por parte del congreso, los memoriales quedaron sin respuesta. Más aún, dispuso de los bienes eclesiásticos de la otra ribera del Rhin, como en 1803 se había dispuesto de los del lado izquierdo. La Iglesia alemana salió de este congreso más empobrecida. La reorganización eclesiástica quedaba a merced de cada Estado.

4. **La Santa Alianza.**—Es verdad que el 26 de septiembre, al firmarse la segunda paz de París, el monarca de Austria, Francisco I; el zar de Rusia, Alejandro I, y Federico Guillermo III de Prusia tuvieron el bello gesto de proclamar la Santa Alianza, para desterrar la política pagana hasta entonces reinante y proclamar el principio cristiano de que todos los hombres son hermanos y todas las naciones forman el pueblo de Dios, como normas de gobierno. Bello ideal sin duda; pero, según frase de Metternich, toda la Santa Alianza fué una "pomposa nada". La política europea la llevaban las grandes potencias. Pero, en todo caso, ni Inglaterra ni la Santa Sede entraron nunca en la Santa Alianza.

De hecho fué una máquina montada para mantener el *statu quo* político creado por el congreso de Viena, donde tantos derechos quedaron conculcados ante los intereses particulares y dinásticos. Varias veces intervino este mecanismo de la Santa Alianza: en los congresos de Troppau de 1820 y de Laibach de 1821, para poner orden en Nápoles; el año 1822, para poner orden en España; pero siempre por asuntos meramente políticos.

La idea, buena en sí, no merecía ni los denuestos de unos ni los lirismos de otros, pues nació enteca, como hija de un confusionismo religioso que abogaba por un cristianismo vago, sin tener en cuenta a la Iglesia católica; idea patrocinada en primer término por el zar cismático y por el rey de Prusia protestante.

La Santa Alianza nacía medio muerta y carecía de aplicación práctica.

---

[114] SCHULTE, *Wessenberg*, en «Archiv füt kath. Kirchenrecht», 65 (1891), pp. 205-18, rechaza la Santa Sede el proyecto de concordato de Wessemberg.

CAPÍTULO II

Los papas de este período (1789-1951) [1]

I. CARACTERÍSTICAS DEL PAPADO

Por lo que se refiere al poder y actuación del romano pontífice en general durante la época contemporánea hasta nuestros días, podemos establecer algunos puntos fundamentales que señalan sus características más salientes.

1. **Cambio substancial en lo político.**—En primer lugar, en la exposición que damos a continuación sobre el desarrollo de la Iglesia en la primera mitad del siglo XIX aparece de un modo clarísimo el cambio substancial efectuado en el gobierno temporal o político del Estado de los papas. Por otra parte, este cambio no sólo no tiene nada de sorprendente, sino que era la consecuencia más natural de la transformación realizada en los poderes temporales de Europa y del mundo. Al absolutismo predominante en el período anterior había seguido el predominio del liberalismo democrático en una forma más o menos exagerada. Es el resultado más tangible y manifiesto de la catástrofe de la Revolución francesa. Vencida exteriormente, primero por Napoleón, que, sin embargo, conservó su espíritu, y luego por las potencias aliadas de Europa, dejaba tras sí los gérmenes revolucionarios, que debían ir fermentando y produciendo sus efectos

---

[1] FUENTES.—*Bullarium Romanum*, ed. BARBERI, con sus diversas continuaciones; ROSKOVANY, *Monumenta... Correspondance authentique de la cour de Rome avec la France* (París 1814). Diversas *colecciones* y *memoriales*, que se citan para cada asunto (Revolución francesa, Napoleón, Pío VI, Pío VII, León XII, etc.); *Acta Romana*, publ. por BRAUN y ELEVENICH (Hannover 1938); *Acta Historiae ecclesiasticae....* publ. por Rheinevald (Hamburgo 1838).

BIBLIOGRAFÍA.—Véanse las obras generales para el siglo XIX y para todo este período, p. 395; para la Revolución francesa, p. 399, y para la restauración. Además: SCHMIDLIN, J., *Papstgeschichte*, vol. 1, *Pío VII*, etc. (Munich 1933); POUTHAS, CH.: *L'Eglise catholique dès l'avénement de Pie VII à l'avénement de Pie IX. Cours de la Sorbonne;* MUNCH, *Römische Zustände und katholische Kirchenfragen der neuesten Zeit* (Stuttgart 1836); RINIERI, J., *La diplomazia pontif. nel secolo XIX*, 5 vols., documentos (Turín y Roma 1902-1906).

Sobre Pío VI en particular, véanse ante todo las fuentes y bibliografía indicadas arriba. Además: *Collection générale des brefs et instructions de Pie VI, relatifs à la Révolution franç. depuis 1790 jusque 1796*, publ. par M. J. GUILLON (París 1798); GENDRY, P., *Pie VI, sa vie, son pontificat (1717-1799)*, 2 vols. (París 1907).

naturales durante todo el siglo XIX. Entre ellos debe contarse como uno de los más importantés el espíritu de libertad o, mejor, el conjunto de libertades civiles y políticas que forma la base del liberalismo y de la democracia. Este espíritu, que había penetrado profundamente en la Europa del siglo XIX, se fué inoculando igualmente en las formas exteriores o políticas del gobierno de los papas, principalmente en tiempo de Pío IX, con alternativas y reacciones. Es lo que se denominó conquistas democráticas del tiempo.

Este cambio político tuvo su efecto final en la pérdida de los Estados pontificios el año 1870. Desde entonces, los papas, desposeídos violentamente de sus Estados, carecen del poder político que habían poseído desde que recibieron la soberanía temporal a principios de la Edad Media. Las particularidades sobre este despojo de los dominios temporales del romano pontífice y las causas que explican este hecho tan trascendental para la Iglesia en los tiempos modernos, se expondrán en otro lugar. Aquí es necesario notar el hecho del cambio radical que esto supone en el gobierno y posición general de los papas. En este estado ha seguido su situación hasta nuestros días. En 1929 se llegó a un arreglo y conciliación con el Estado italiano, cuando éste reconoció a los papas ciertos derechos de extraterritorialidad y una verdadera independencia como soberanos del pequeño Estado vaticano, que es lo mínimo que puede exigir el Vicario de Cristo para el normal ejercicio de sus funciones espirituales.

2. Poder eclesiástico y espiritual de los papas.—Mientras desaparecía el papa como soberano temporal, crecía su figura como vicario de Cristo y representante espiritual de toda la humanidad. La eficacia de su actuación eclesiástica y religiosa, con la centralización y organización de todos los resortes del poder pontificio, es característica de este último período, y aparece, en primer lugar, en el funcionamiento y actuación cada día más intensos de las Congregaciones y organismos eclesiásticos existentes. Desde principios del siglo XIX se añaden a las ya existentes algunas nuevas Congregaciones de extraordinaria importancia. Digna de especial mención es, ante todo, la Congregación *per gli Affari Ecclesiastici*, establecida por Pío VII en 1814, que fué tomando una actividad cada vez mayor. Por otra parte, consta igualmente la amplitud que ha ido adquiriendo la Congregación de Ritos, la intensidad del trabajo de la de Religiosos y el empuje siempre en aumento de la de Propaganda. Las proporciones y el volumen de la obra realizada por el Pontificado aumentan en una forma sorprendente. Por otra parte, es bien claro que no puede ser debido a los medios materiales de que dispone ni a los alicientes materiales o temporales.

Es un influjo puramente eclesiástico y espiritual. Por eso, el valor moral y el prestigio espiritual del Papado van en aumento constante a lo largo del siglo XIX y durante el siglo XX.

De esta manera, con el crecimiento del prestigio moral del papa, se va preparando el concilio Vaticano. Y, cosa singular, coincidiendo con el derrumbamiento y desaparición del poder temporal del romano pontífice, llega éste al punto culminante de su prestigio moral en el siglo XIX, con aquella máxima asamblea, que constituye un plebiscito de todo el mundo en favor del romano pontífice, sobre todo al ser proclamado el dogma de la infalibilidad pontificia.

De este modo queda bien claramente caracterizada la significación del Papado y del gobierno pontificio en este período como un poder puramente eclesiástico, perfectamente centralizado, cada vez más extenso e intenso y de una espiritualidad siempre creciente. La intensa actividad de los papas de la segunda mitad del siglo XIX y de lo que llevamos del XX; la fundación de las grandes obras pontificias para el fomento de las misiones; el fomento constante de los estudios e investigación científica; la organización de nuevos colegios e institutos, como el Instituto Bíblico y el Instituto Oriental; la creación de nuevas congregaciones, como la de la Iglesia Oriental; todo esto y otros muchos aspectos de la actividad de la Santa Sede manifiestan de un modo bien patente el prestigio extraordinario del romano pontífice. Más aún: la codificación de todo el derecho eclesiástico con la publicación en 1917 del *Codex Iuris Canonici,* que ha dado la unidad más perfecta a toda la acción mundial de la Santa Sede, y la amplitud que ha tomado el Colegio Cardenalicio, con las últimas creaciones de cardenales y la significación espiritual del papa en sus alocuciones verdaderamente mundiales, expresan de la manera más real y evidente las características del Papado en los últimos tiempos y en nuestros días.

Veamos ahora la actuación de cada uno de los papas de este período.

II. Los papas de la revolución: Pío VI y Pío VII

De Pío VI (1775-1779) hemos ya indicado los sucesos más importantes en el período precedente. Cuando el papa moría en Valence (1799), la Iglesia entraba en un momento crítico. Los cardenales, dispersos. Roma, en manos enemigas. Francia, descristianizada por la revolución. Los Países Bajos, Suiza, el oeste de Alemania y casi toda Italia, bajo el poder de la Francia atea y convertidas en campo de siem-

bra de todas las ideas revolucionarias. Austria, dominada por el josefinismo. España, en un estado semejante, con una corte corrompida y antirromana, como la de Carlos IV. Inglaterra y Rusia, alejadas de Roma, contemplando con sonrisa de desprecio el fin del Papado. La Iglesia católica—decía Goethe—ha pasado a la historia como una ruina ilustre. Muchos pensaron, en efecto, que la Iglesia había muerto al morir el papa, su cabeza, en el destierro. Parecía que Dios la abandonaba. ¿Podría elegirse un nuevo sucesor de San Pedro? ¿Dónde, si los cardenales se hallaban dispersos y en Roma era imposible? ¿Y lo permitiría la Francia revolucionaria, que había soñado con acabar para siempre con el catolicismo y aun con todo cristianismo? [2]

La providencia de Dios velaba por su Iglesia. Y no tardará en alborear una época mejor.

1. Carácter y actuación de Pío VII.—Pío VI antes de morir había dispuesto que el cónclave se tuviera dondequiera que se pudiesen reunir la mayoría de los cardenales. Por una providencia especial, de este modo pudo celebrarse el cónclave en Venecia, en San Jorge el Mayor, bajo la protección del emperador Francisco II. Se inauguró el 1.° de diciembre de 1799. De 46 cardenales se hallaban presentes 35; los 11 restantes andaban dispersos por varias regiones. Al principio obtuvieron varios votos los cardenales Bellisomi, Mattei, Gerdil. Por fin, el 14 de marzo de 1800 fué elegido Luis Bernabé, conde de Chiaramonte, que tomó el nombre de Pío VII (1800-1823) [3].

Había nacido en Cesena, de los Estados pontificios, en 1740. A los dieciséis años entró benedictino; enseñó teología en Parma y Roma, fué abad, obispo de Tívoli y de Imola y en 1785 fué creado cardenal por Pío VI. En medio del tumulto de las armas no abandonó su sede. De carácter noble y piadoso, no suscitaba prevención ninguna en Napoleón.

[2] Uno de los asuntos más discutidos de este pontificado es el de la sobrevivencia de los jesuítas en Rusia. De él trata profusamente PASTOR, Gesch. XVI, 3, pp. 130-238. El triple *approbo* de Pío VI se halla en la p. 210. Pueden verse asimismo: SUTTEROTH, *Russland und die Jesuiten von 1772 bis 1820* (Stuttgart 1846); ZALENSKI, *Les jésuites de la Russie Blanche*, 2 vols. (París 1886); KRÖN, A., *Die Erhaltung der Jesuiten in Weiss-Russland*, en «Z. für kath. Theol.» (1914), 817 s.; 1915, 180 s.; GAGARIN, J., *Les jésuites de Russie (1772-1785)* (París 1872 s.); CHAILLOT, J. L., *Pie VII et les jésuites d'après des documents inédits* (Roma 1879); SANGUINETTI, S., *La Compagnia di Gesú e la sua legale esistenza nella Chiesa* (Roma 1882).

[3] *Bullarium Romanum*, vol. 12 s. y otras obras indicadas anteriormente. Asimismo: ARTAUD DE MONTOR, *Histoire du pape Pie VII*, 2 vols. (París 1839); BERTOLOTTI, D., *Vita di Pio VII* (Turín 1881); ALLIES, M., *The life of pape Pius the Seventh* (Londres 1875); RINIERI, J., *La diplomazia...*, 3 vols. (Turín 1902-1906); WUNDERLICH, C., *Das pontificat Pius VII in der Beurteilung der Mitwelt* (Leipzig 1913); VERUSI, E., *Pio VII, Napoleone e la Restaurazione (1933)*; SCHMIDLIN, *Papstgeschichte der Neueste Zeit*, 3 vols. (Munich 1933-1936), vol. 1.

Fué coronado en la iglesia de San Jorge el Mayor, de Venecia, el 21 de marzo, y el 28 tuvo su primera alocución a los cardenales. Poco después, el 15 de mayo, lanzó su primera encíclica, pieza magistral y valiente. Comienza elogiando las grandes virtudes de su predecesor y bendiciendo los planes amorosos de la divina Providencia, que, contra toda esperanza y a pesar de la dispersión del Colegio Cardenalicio y de las perturbaciones bélicas, ha hecho posible una elección regular. Después pasa a describir las azarosas circunstancias por las que atraviesa la cristiandad y los deberes del Pastor supremo en medio de tantas calamidades. Pondera la necesidad de libertad para que la Iglesia pueda desarrollar su misión. Por un momento, dice, las armas de los príncipes cristianos han restablecido el orden perturbado; pero mientras el virus que envenena los espíritus siga influyendo en el corazón de los pueblos, las perturbaciones seguirán agitando el mundo, y para hacerlas frente no bastarán legiones de soldados, ni guardias, ni fortalezas, ni muros. Sólo la Iglesia puede vencer este mal; por eso, los príncipes la deben dejar vivir con sus leyes sin coartar su libertad; al contrario, deben protegerla en todo.

2. Pío VII y Napoleón.—Pío VII recibió en Venecia el homenaje de los príncipes cristianos por medio de los embajadores. El 6 de junio salía de Venecia en un barco austríaco hacia Pesaro, donde se encontró con Carlos Manuel IV, rey de Cerdeña, y su esposa, hermana de Luis XVI. El 21 hacía su entrada en Ancona y el 3 de julio llegaba triunfalmente a Roma, donde el pueblo le aclamó con delirio [4].

La bondad del papa impidió toda represalia y toda venganza por lo pasado. Inmediatamente echó mano del experto Consalvi para secretario de Estado. La hacienda yacía en un estado lamentable; se empezó por desterrar abusos y organizar la administración financiera, dando libertad al comercio de cereales. Para pagar los 50 millones de la deuda, el mismo papa dió ejemplo de parsimonia, rebajando los gastos de 150.000 a 56.000 escudos. Para reorganizar los Estados pontificios, tan mermados, instituyó una congregación de cardenales, a la cual dictó las normas de respetar las antiguas instituciones, si eran saludables, dejando las inútiles y restableciendo las benéficas. Para mejorar la economía y aumentar el campo laborable prosiguió con fervor las medidas adoptadas por su predecesor. Se restableció el gobierno pontificio en Ancona y Perusa; pero las legaciones permane-

[4] CONSALVI, E., *Mémoires...*, p. 268 s.; CASSI, *Il cardinale Consalvi ed i primi anni della restaurazione pontificia* (Milán 1931).

cían aún en poder de los austríacos, y Montecorvo y Benevento, en manos de los napolitanos.

La vida de Pío VII en sus primeros catorce años de pontificado estuvo íntimamente ligada a la persona del que era árbitro y señor de Europa. En el capítulo precedente se ha podido seguir el dolorosísimo calvario que para Pío VII significó la conducta que con él observó Napoleón, así como también el temple de acero y el sublime heroísmo que manifestó el papa en todo el desarrollo de esta lucha [5]. Tuvo un momento de debilidad, explicable por las circunstancias, pero bien pronto se rehizo, recobrando su proceder digno, noble y enérgico.

3. Pío VII en libertad. La restauración.—Cuando se derrumbó el trono del tirano de Europa, Pío VII recobró su libertad. El 31 de marzo entraba en Bolonia, donde se encontró con Murat, rey de Nápoles, que primero había militado a las órdenes de Napoleón y ahora estaba a las de los aliados. En sus sueños ambiciosos veía con malos ojos que el legítimo señor de Roma se encaminase hacia la Ciudad Eterna. En cambio, los pueblos de Imola, Cesena, etc., lo aclamaban a su paso. El 24 de mayo hacía su entrada triunfal en Roma; a su lado estaba Consalvi, quien puso toda su energía y tino en la restauración de los Estados pontificios.

Con el reinado de los cien días, Murat se puso otra vez del lado de Napoleón y se reavivaron sus aspiraciones a Roma. Pío VII hubo de abandonar momentáneamente la ciudad, marchando a Génova, escoltado por los embajadores de Austria y España; pero cayó el coloso, y la estrella de Murat se apagó para siempre. Pagó con su vida sus traiciones, y el papa pudo volver a su puesto.

Pío VII emprendió la restauración, así en el orden temporal como en el espiritual. Consalvi quería buscar un término medio entre el antiguo derecho y el implantado por los franceses, limitando las reservas y el fuero de la nobleza. El 6 de julio de 1816 se promulgaba un *Estatuto,* que creaba un nuevo orden de cosas. Respetando los dictados históricos, se dividieron los Estados pontificios en 17 delegaciones y se dieron nuevas leyes municipales. Quedó reconocida la venta de los bienes eclesiásticos; solamente los palacios episcopales y las casas necesarias para los religiosos habían de ser devueltos a sus antiguos poseedores, con la correspondiente indemnización.

En 1817 salió un nuevo código de comercio y un nuevo procesamiento judicial, que más tarde alabará el mismo Guizot como una obra sabia y prudente. No es cierto, como dicen algunos escritores, que con odio y rabia se abolió todo lo francés y se restablecieron los antiguos abusos. Como que algunos llegaron a quejarse de que se despreciaba lo antiguo, recriminando las novedades de Consalvi.

[5] RINIERI, J., *Napoleone e Pio VII* (Turín 1906); SCHMIDLIN, *Papstgesch.*, I, pp. 39-120.

4. Restablecimiento de la Compañía de Jesús. Prestigio del Pontificado.—Otra de las obras de Pío VII fué el restablecimiento de la Compañía de Jesús. Era muy razonable comenzar la restauración religiosa por donde había comenzado la revolución. Ahora bien, el primer paso de las fuerzas revolucionarias del siglo XVIII había sido la supresión de la Compañía de Jesús. Desde el primer momento se lamentaron los buenos católicos de la injusticia y de los perjuicios de tal medida. Ya indicamos cómo Pío VI dió su aprobación verbal a la supervivencia de la Orden en Rusia. El zar Paulo I pidió, el 7 de marzo de 1801, un breve a Pío VII por el cual se restableciera formalmente la Orden en sus Estados. Pero en Rusia deparó la Providencia a la Orden perseguida un asilo sólo hasta el momento en que fuera admitida en otras partes. En 1804, Fernando IV de Nápoles, en otro tiempo perseguidor, abriendo los ojos con los fulgores siniestros de la revolución, pidió y obtuvo la restauración de la Orden en sus dominios. El jesuíta providencial de estos primeros pasos de restauración en Italia fué el Beato José Pignatelli Zaragozano, de aristocrática familia, que vivió en el destierro sacrificándose por sus hermanos de religión y por el papa. Sus anhelos eran ver restablecida la Orden en todo el mundo. No consiguió ver él mismo realizados sus ensueños, pues murió en Roma el año 1811. El restablecimiento solemne de la Compañía de Jesús tuvo lugar el 7 de agosto de 1814 por la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum.* Este fué uno de los primeros actos de Pío VII vuelto a Roma. Lo realizó a petición de muchos arzobispos y obispos de todo el orbe y con el consentimiento de la mayor parte de los cardenales. Fué una medida fecunda para el bien de la Iglesia; pues, como decía el papa en su bula, en medio de estas peligrosas tormentas por que atraviesa la nave de Pedro, no se la puede privar por más tiempo de tan expertos y valientes remeros. El cardenal Pacca, testigo de vista del suceso, nos describe el júbilo de los romanos ante este acontecimiento. Nos asegura el cardenal que el papa en su juventud tuvo por maestros a enemigos de los jesuítas, y el mismo Pacca, que preparaba la bula del restablecimiento, había leído varias veces las *Provinciales,* de Pascal. La Orden fué restableciéndose por todo el mundo con sorprendente rapidez. En 1815 tenían que salir de Moscú, y en 1820

de toda Rusia, los jesuítas; ya no necesitaban de aquel asilo [6].

Como elementos de restauración religiosa, Pío VII favoreció el establecimiento en los Estados pontificios de los demás institutos religiosos, aunque sometiéndolos a cierto examen, pues durante la revolución había habido sus fallos. Fomentó la Academia de Religión Católica y Arqueología, fundada en 1800 por el arzobispo de Mira Coppola; abrió los Colegios Inglés, Escocés y Alemán y organizó la Propaganda Fide. También firmó concordatos con Francia (1817), Baviera, Piamonte-Cerdeña, Nápoles (1818) y Prusia (1821).

El prestigio del Pontificado comenzaba su ascensión; recibió la visita de varios soberanos, como Francisco II, en 1819, y Federico Guillermo III de Prusia, en 1822. Aun países acatólicos como Prusia, Países Bajos, Rusia, Würtemberg y Hannover mantenían sus embajadas en el Vaticano. Pero en el tercer decenio del siglo XIX las sectas comenzaron a retoñar; los carbonarios bullían. Pío VII, en bula del 21 de septiembre de 1821, los condenaba. En la revolución de Nápoles, el papa perdió de nuevo los Estados de Benevento y Montecorvo. El 20 de agosto de 1823 moría a los ochenta y un años de edad y veintitrés años y cinco meses de un pontificado azaroso como pocos [7].

III. León XII, Pío VIII, Gregorio XVI

1. León XII.—El 2 de septiembre entraban en cónclave los cardenales; eran 49. Austria opuso la exclusiva al que había sido nuncio en Viena, Severoli. Por fin, el 28 quedó elegido Aníbal Della Genga, que tomó el nombre de *León XII* (1823-1829).

Había nacido el 22 de agosto de 1760 en Genga, cerca de Espoleto. Ordenado de sacerdote en 1783, fué camarero secreto de Pío VI; en 1793 fué consagrado obispo con el título de arzobispo de Tiro *in partibus* y enviado como nuncio a Lucerna. Al año siguiente pasó a la Nunciatura de Colonia; pero la guerra lo obligó a retirarse a Augsburgo, donde vivió en compañía de Clemente Wenceslao. En 1805 se presentó ante la Dieta de Ratisbona como representante del papa y desarrolló su actividad en las tentativas de concordatos con Munich y Stuttgart. Napoleón al principio lo llevó a París y después exigió su deposición. En 1816 fué creado cardenal y nombrado obispo de Sinigaglia. Desde 1820 desempeñó el cargo de vicario del papa en Roma. Hombre de grandes cualidades, de mucha experiencia de la vida y de un exterior dignísimo, vivía los principios cristianos. No compartiendo la política de Consalvi, tuvo con él algunos conflictos al ir a París, en nombre del papa, a felicitar a Luis XVIII. Tomó por secretario de Estado al cardenal Della Somaglia, lo cual significaba un cambio de rumbo en la política llamada "liberal" de Consalvi. Somaglia era del partido de los Zelanti. Consalvi, a la muerte de Litta, fué nombrado prefecto de la Propaganda; su situación era sumamente difícil, y no faltaron roces molestos; pero sólo diez días duró en el cargo, pues el insigne y benemérito cardenal moría el 24 de enero de 1824, a los sesenta y siete años de edad, muy llorado de los buenos [8].

[6] *Bull. Rom.*, ed. Barberi, 13, pp. 323-25.

[7] Bertolotti, *Vita...*, p. 400.

Para aconsejarse mejor, León XII creó nuevas comisiones de mejoras. En la encíclica de su entronización, del 3 de mayo de 1824, entre otros saludables consejos, advertía a los obispos estuvieran sobre aviso contra los peligros de los filósofos, que, so capa de filantropía y liberalidad, esparcían numerosos errores y minaban el bienestar del pueblo; los prevenía contra el indiferentismo, que, exaltando los bienes de la tolerancia, arruinaba la fe; los ponía en guardia contra las sectas protestantes bíblicas, que con sus traducciones de la Biblia propagaban varios errores perniciosos [9].

Para evitar intrigas y revueltas recluyó a los judíos de sus Estados en los "ghettos" y persiguió enérgicamente las sociedades secretas, que pululaban sobre todo en la Romaña. El año 1825 envió al cardenal Rivarola con plenos poderes a Ravena, quien procedió con gran severidad contra los carbonarios.

En sus Estados emprendió León XII una serie de medidas, reformando la administración y la justicia, y poco a poco salieron otras disposiciones sobre hipotecas, etc. Puso especial empeño en la reforma de los estudios. Al abrirse de nuevo la Sapienza, o Universidad de Roma, el 5 de noviembre de 1824, levantó su voz contra los escollos de un pensar pagano y de una filosofía falsa y materialista. Instituyó una congregación de estudios, compuesta de cardenales y prelados, que dirigiese la enseñanza superior. Devolvió a los jesuítas el Colegio Romano, instituyendo las nuevas cátedras de física, química y elocuencia. Emprendió la reedificación de la basílica de San Pablo, que en los últimos días

[8] Artaud de Montor, *Histoire du pape Léon XII*, 2 vols. (París 1843); About, E., *Storia arcana del pontificato di Leone XII, Greg. XVI e Pio IX* (Roma 1861); Guillermin, J., *Vie et pontificat de Léon XII* (París 1902); Terlinden, *Le conclave de Léon XII*, en «Rev. Hist. Eccl.», 14 (1913), pp. 272-303. Véanse también Schmidlin y otros autores ya citados.

[9] Artaud de Montor, o. c., I, pp. 115 y 305-337.

de su antecesor se había quemado, y para ello invitó a los mismos príncipes seculares a contribuir con sus recursos.

Como quiera que en 1800 no pudo celebrarse el jubileo, León XII quiso celebrar el de 1825 con especial esplendor, y lo consiguió. La bula jubilar salió el 27 de mayo de 1824. El jubileo debía revestir el carácter de acción de gracias por haber salido triunfante la Iglesia de tantos males y peligros, pero también había de ser jubileo de expiación por las abominaciones cometidas. La afluencia de peregrinos fué extraordinaria; sólo la Archicofradía de la Santísima Trinidad hospedó 98.595 personas. En Navidad de 1825 se extendió el jubileo a todo el mundo, con frutos copiosos de bendición.

El 13 de marzo de 1826, León XII condenaba de nuevo a los masones y demás sectas secretas, demostrando que tales sociedades amenazan al propio tiempo al altar y al trono: porque los príncipes han desoído la voz de los pontífices han llovido tantos males sobre la sociedad; por eso es necesario estar siempre dispuestos a combatirlas. Terminaba excomulgando a los miembros de esas sociedades [10].

En el trato con los demás Estados supo conservar buena armonía. Firmó varios concordatos para bien de los católicos de Alemania, Países Bajos y Suiza y se puso en contacto con los nuevos Estados independientes que iban surgiendo en la América española. Erigió en estas regiones varios obispados nuevos y vió iniciarse en Inglaterra la emancipación o libertad de los católicos.

Después de corta enfermedad, terminó sus días el 10 de febrero de 1829, a los sesenta y nueve años de edad.

2. **Pío VIII.**—El 31 de marzo de 1829 salía elegido papa el cardenal Francisco Javier Castiglione, que tomó el nombre de *Pío VIII* (1829-1830) en recuerdo de su protector Pío VII [11].

Había nacido en Ingoli, cerca de Cesena, el 20 de noviembre de 1761; en 1800 fué consagrado obispo de Montalto y en 1816 fué creado cardenal. Después fué obispo de Cesena y de Frascati. Era hombre de excelente formación científica, de sólida e íntima piedad y de profunda humildad. En su breve pontificado de veinte meses no pudo desarrollar sus actividades; en general siguió las huellas de su predecesor. En su encíclica señalaba como origen de la decadencia de la religiosidad y de las perturbaciones del orden público el indiferentismo religioso, los manejos de las sociedades bíblicas protestantes y los ataques tolerados y repetidos contra la santidad del matrimonio, contra los dogmas y las instituciones de la Iglesia; pero los principales responsables eran las sociedades secretas. Veía en el influjo que los masones ejercían en la enseñanza de la juventud y en el desenfreno de la presente generación los más serios peligros y los prenuncios de nuevas revoluciones, que no se harían esperar.

[10] ROSKOVANY, *Monumenta cath.*, II, pp. 240-254: «Quo graviora». Para la intervención de León XII en América, véase abajo, c. V.

[11] ARTAUD DE MONTOR, *Histoire du pape Pie VIII* (París 1844). Véanse también SCHMIDLIN y otros autores ya citados.

Como jefe de los Estados pontificios, Pío VIII dedicó sus cuidados al socorro de los pobres y necesitados. Para ello disminuyó los impuestos y procuró dar ocupación a los pobres sin empleo. Consiguió de la Sublime Puerta que a los perseguidos armenios se les devolviesen sus arrebatados bienes y erigió para ellos una sede primacial. Movió eficazmente a don Pedro del Brasil a que aboliese la esclavitud y el comercio de negros. Una nueva nación católica surgió en sus días: los católicos belgas, unidos con los liberales, se alzaron en armas contra la protestante Holanda y alcanzaron en 1830 la independencia. Pío VIII vió por fin la emancipación de los católicos de Inglaterra. Contribuyó a pacificar el reino de Francia, reconociendo a Luis Felipe como rey, quien al conquistar Argel abrió a las misiones un nuevo campo de apostolado. En la revolución de julio de 1830 vió Pío VIII una nueva ola revolucionaria que avanzaba hacia otras naciones; pero Dios le llevó el 30 de noviembre.

3. **Gregorio XVI.**—Difícil y largo fué el conclave siguiente; se abría el 14 de diciembre de 1830, y sólo el 2 de febrero de 1831 salía elegido el cardenal Capellari con el nombre de *Gregorio XVI* (1831-1846). Había nacido en Belluno el 28 de septiembre de 1765; en 1783 entró camaldulense en la camáldula de San Miguel de Murano, cerca de Venecia. Ordenado de sacerdote en 1787, se dedicó a enseñar teología; buena prueba de sus conocimientos es su obra *Il trionfo della santa fede*, publicada en 1799 y traducida a varias lenguas. Desde 1807 fué abad de San Gregorio, en el monte Celio. En 1823 fué elegido general de la Orden y en 1826 fué creado cardenal. Como tal desempeñó el cargo de prefecto de Propaganda y tomó parte en las negociaciones de varios concordatos y en la concesión de obispos a la América española [12].

[12] BERNASCONI, A. M., *Acta Gregorii papae XVI, scilicet constitutiones, bullae, litterae apost... auspice...*, 4 vols. (Roma 1901-1904); HELFERT, VON, *Gregor XVI und Pius IX* (Praga 1886); SILVAIN, CH., *Histoire du pontificat de Grégoire XVI* (Brujas 1889); BASTGEN, H., *Forschungen und Quellen zur Kirchenpolitik Gregors XVI*, I (1929); VINCENTI, M., *Gregorio XVI* (Roma 1941); *Miscellanea conmemorativa di Greg. XVI*, en «Misc. Hist. Pont.», vols. 13 y 14 (Roma 1948);

a) *Dificultades de la situación.*—La situación verdaderamente azarosa de su pontificado y de toda la cristiandad reclamaba otro Gregorio VII. Ciertamente, Gregorio XVI no desdijo de sus predecesores en la lucha contra las ideas revolucionarias, contra las tendencias de los elementos radicales ni contra la tiranía absolutista. Cuando inauguró su pontificado, la revolución de julio de Francia hacía su recorrido por Europa y se acercaba a las puertas de Roma. Varias ciudades de los Estados pontificios como Bolonia, Ravena, Ancona, Perusa, etc., proclamaron la revolución y bandas armadas amenazaban la soberanía del papa.

Mientras tanto, las potencias católicas estaban desunidas; el secretario de Estado Bernetti se inclinaba a usar de la fuerza contra los revoltosos; Francia con Luis Felipe patrocinaba el principio de la no intervención; al contrario, Austria sostenía la política intervencionista.

El papa Gregorio XVI, el 19 de febrero de 1831, pidió el auxilio de Austria, la cual inmediatamente impuso la paz en los ducados y en las legaciones pontificias; pero esto suscitó los celos de Francia. Luis Felipe, mientras por una parte acogía en Francia a todos los refugiados, protestó contra los austríacos y proponía al papa una amplia amnistía y otorgar concesiones liberales. En efecto, el secretario Bernetti, "brazo de hierro, corazón de oro", se proponía introducir ya en 1831 una serie de reformas administrativas.

b) *Memorándum; medidas tomadas.*—A pesar de todo, las potencias extranjeras, tomando pretexto de los disturbios acaecidos en los Estados pontificios, provocados en gran parte por agentes de esas mismas potencias, mandaron a sus embajadores en Roma reunirse a deliberar sobre el caso. Como resultado de estas deliberaciones del embajador francés de Florencia (pues no le tenía ante la Santa Sede), del representante inglés Jorge Hamilton Symour, del austríaco, del ruso Gagarin, del prusiano Bunsen y del sardo Croza, entregaron el 31 de mayo al papa un memorándum, que era una intromisión audaz en negocios que no tocaban a su oficio. En él aconsejaban y proponían una amplísima amnistía, la admisión de los seglares en los oficios de Estado, la representación electiva de provincias y municipios, garantía contra toda innovación y extensión a todos los Estados pontificios de las medidas introducidas en las provincias apartadas. Proponían una monarquía constitucional electiva.

Al recibir este humillante memorándum, Bernetti protestó que había de ser respetada la soberanía e independencia del papa; pero prometió que tendría en cuenta lo propuesto y procuraría hacer lo posible. Efectivamente, tomó una serie de medidas en la administración de los Estados pontificios; puso seglares a la cabeza de las cuatro legaciones; el 12 de julio se concedió una amplia amnistía, con la única excepción de 38 de los cabecillas; en los meses de julio, octubre y noviembre salieron una serie de edictos con la legislación municipal, de la cámara de comercio, de justicia y de hacienda, que contenían realmente grandes mejoras.

FERNESSOLE, P., *La papauté et la paix du monde. De Grég. XVI a Pie XI* (París 1948); DEMARCO, D., *Il tramonto dello Stato pontif. Il papato di Gregorio XVI* (Turín 1948).

No por eso dejó la revolución de levantar cabeza en 1832, y otra vez pidió el papa la intervención de Austria. El secretario Bernetti dejó el cargo en 1836 y le sucedió el cardenal Luis Lambruschini, también agregio político; pero no era fácil tarea contentar a París y Viena; en París dominaban ideas de política liberal y se tenía a Lambruschini por amigo de Viena, en donde regían ideas absolutistas. Las intrigas de los diplomáticos, los disturbios de los conjurados y las ideas revolucionarias que flotaban en el ambiente amargaron la vida de Gregorio XVI [13].

Una vez asentada la paz por algún tiempo, el papa se interesaba por la agricultura y las artes. En otoño de 1833 se abrieron las universidades, cerradas a causa de las perturbaciones; se procuraron excelentes profesores; se fomentaron las ciencias y la cultura cuanto lo permitían los escasos medios.

Con la experiencia de las pasadas revueltas no es extraño que Gregorio XVI propendiese hacia el rigor, pues se persuadió que con concesiones nada se conseguía de los revolucionarios, que soñaban en un orden de cosas completamente nuevo. En su vida sencilla de camaldulense, Gregorio XVI se hubiera fácilmente conquistado los ánimos del pueblo, como lo probaron los viajes que en 1841 hizo por sus Estados hacia Loreto y en 1843 hacia Anagni, etc.; pero los conspiradores seguían conspirando desde sus bases: Marsella y Malta.

Como pontífice romano, Gregorio XVI es una personalidad superior. Avisó a los obispos de Bélgica y Polonia que se mantuviesen fuera de toda injerencia política e hizo resaltar, por un lado, la excelencia del sacerdocio y, por otro, la obediencia que se debe a la autoridad temporal [14].

En 1832 y en 1834 condenó el indiferentismo y otras falsas doctrinas de Lamennais y su periódico *L'Avenir*;

[13] WAGNER, *Leben und Politik des Papstes Gregor XVI* (Sulzbach 1846). Véase en particular: PIRRI, P., *Il memorandum de 1831 nei dispacci del cardinale Bernetti al nunzio di Viena*, en «Miscell. Hist. Pont.», Gregorio XVI, vol. 14, 353-372.

[14] Véase DB 1618-1633.

en 1835 y 1840, respectivamente, el semirracionalismo de Hermes y de Bautain. Intervino enérgicamente en el conflicto de los matrimonios mixtos de Alemania. Cuando el zar Nicolás de Rusia vino a Roma en 1845, hubo de oír del papa que el supremo Juez castigaría los atropellos y violencias que astutamente se infligían a los católicos de Rusia; y cuentan que su exterior imponente, la dignidad del venerable anciano y aquel carácter entero causaron fuerte impresión en el monarca ruso [15].

Otro de los puntos culminantes del pontificado de Gregorio XVI fué su intervención en el campo de las misiones. Salido de la Congregación de Propaganda, fomentó ya en el solio pontificio eficazmente las misiones con la erección de numerosos vicariatos apostólicos, comenzando por Gibraltar, la India, etc. En 1839 condenó con vivas frases el comercio de esclavos, tan indigno de cristianos.

Fiel a sus principios eclesiásticos hasta el último momento y gran favorecedor de las ciencias y de las artes, como lo demuestran la fundación del Museo Egipcio, Etrusco y Cristiano, la reconstrucción de la basílica de San Pablo, la concesión del capelo cardenalicio al gran políglota Mezzofanti y al erudito historiador y arqueólogo Angel Mai, después de firmar concordatos con Fernando II de Nápoles en 1834, con Carlos Alberto de Cerdeña en 1836 y 1841, etc., murió el 1 de junio de 1846, amado de los católicos más rectos y odiado de los radicales de todas las naciones. Dios le llevó antes de ver la revolución del 48, que de ningún modo hubiera podido refrenar.

IV. Pío IX y León XIII

1. Pío IX [16].—A la muerte de Gregorio XVI se cernía ya una gran tempestad sobre el cielo de Europa. Sombrío se presentaba el horizonte cuando se reunieron en conclave los 50 cardenales el 14 de junio de 1846; el 16 quedaba elegido el cardenal Juan María Mastai Ferretti, que tomó el nombre de *Pío IX* (1846-1878). Nació Pío IX en Sinigaglia el 13 de

[15] SCHMIDLIN, *Papstgesch...*, I, pp. 556-648, trata de las intervenciones del papa en los diversos problemas de las diferentes naciones: Francia con Lamennais, Alemania con los matrimonios mixtos, España y la sucesión al trono, Rusia y el trato de los católicos.

[16] FUENTES.—*Acta Pii IX Pontificis Maximi*, 7 vols. (Roma 1854 s.); *Collectio Lacensis*, 7 vols. (Friburgo de Br. 1870-1890); RIANICY, *Recueil des actes de Pie IX* (París 1853 s.); *Acta Sanctae Sedis* (desde 1863 órgano oficial de la Santa Sede); CANI, *Processo romano per la causa di beatificazione e canon. del servo di Dio Pío IX* (Torre del Greco 1908).

BIBLIOGRAFÍA.—MAROCCO, M. M., *Della vita, del Pontificato e del Regno di Pio IX*, 2.ª ed., 7 vols. (Turín 1863 s.); BALAN, *Pio IX, la Chiesa e la rivoluzione*, 2 vols. (Módena 1869); PONGEON, A., *Histoire de Pie IX*, 6 vols. (París 1877-1886); STEPISCHNEGG, J., *Papst Pius IX und seine Zeit*, 2 vols. (Viena 1879); BONETTI, *Vita intima di Pio IX* (Roma 1879); TRALLOPE, *Life of Pius IX*, 2 vols. (Londres 1877); SYLVAIN, CH., *Histoire de Pie IX le Grand et de son pontificat*, 2 vols. (París 1878); CASTALDI, B., *Pio IX e i suoi tempi* (Roma (1882); MOROSI, *Vita di S. S. Pio IX*, 3 vols. (Florencia 1885 s.); BALLERINI, R., *Les premières pages du pontificat de Pie IX* (París 1909); PELCZAR, J. B., *Pio IX e il suo pontificato*, 3 vols. (Turín 1909 s.); MONTI, *Pio IX nel risorgimento italiano* (Bari 1928); CLERICI, *Pio IX, vita e pontificato* (Milán 1928); BRIZZOLESI, V., *Da Pio IX a Pio XI* (Roma 1929); LECANUET, E., *Les dernières années du pontificat de Pie IX (1870-1878)* 2.ª ed. (París 1931); CRISPOLTI, F., *Pio IX, Leone XIII, Pio X e Benedicto XV. Ricordi personali* (Milán 1932); DEMARCO, D., *Pio IX e la rivoluzione romana del 1848* (Módena 1947); HAYWARD, F., *Pie IX et son temps* (París 1948).

mayo de 1792. El año 1823 fué a Chile como compañero del vicario apostólico, monseñor Muzi [17]; en 1827 fué preconizado arzobispo de Espoleto, y en 1832, obispo de Imola. En ambas diócesis se distinguió por su actividad y estuvo en contacto con las tendencias modernas de la sociedad. En 1840 fué creado cardenal. Su elevación al solio de San Pedro fué saludada por todo el mundo con muestras de júbilo, pues su ilimitada benignidad había cautivado los corazones, y su fama de amplio y comprensivo para con los adelanatos modernos se iba difundiendo más y más.

Su largo pontificado de treinta y dos años fué abundante en agitaciones políticas y fecundo en acontecimientos de gran trascendencia para la Iglesia. Tales fueron: la pérdida de los Estados pontificios, la celebración del concilio Vaticano, la declaración del dogma de la Inmaculada y de la infalibilidad pontificia.

a) COMO SOBERANO.—Para substituir al odiado Lambruschini nombró Pío IX como secretario de Estado al cardenal Pascual Gizzi y, queriendo desde el primer momento dar una muestra de la bondad de su corazón, concedió el 17 de julio una amplia amnistía. Además, como conciliador y pacificador, dictó una serie de medidas políticas de amplitud liberal, que fueron saludadas con júbilo no sólo en Roma, sino en todo el mundo.

1) *Primeras luchas y primeras medidas.*—Mientras algunos prudentes callaban sorprendidos, los antiguos revolucionarios aclamaban al papa comprensivo y moderno; todos los periódicos de Europa recibieron la consigna de celebrar las liberalidades y nueva política del papa y de empujarlo a continuar por aquel camino. Todo eran fiestas y aclamaciones al bondadoso Pío IX. Recordemos la gran fiesta triunfal del 8 de septiembre de 1846; la del 19 de abril

[17] Véase: LETURIA, P. DE, *El viaje a América del futuro pontífice Pío IX (1823-1825)*, en «Miscell. Hist. Pont.», Xenia Piana, VII, 367-444 (Roma 1943).

de 1847, con ocasión de la asamblea de los notables de las provincias; otra, al nombrar las nuevas comisiones de reforma y con ocasión del consejo de ministros y de las representaciones municipales. El secretario de Estado hubo de dar una nota poniendo fin a tan ruidosas manifestaciones, que llevaban no sé qué aire revolucionario. Todos aquellos "E viva il Papa!" y todos aquellos himnos al más festejado príncipe de Europa tenían un fin torcido, para el cual los conspiradores radicales se servían de los liberales moderados o de los políticos utópicos e inconscientes.

Si estas medidas del papa retardaron por algún tiempo el estallido de la revolución, los enemigos, como Mazzini, no perdían de vista su fin, que era derribar todos los pilares del orden establecido. La nota o advertencia tan paternal de Gizzi fué mirada como una conjuración de los reaccionarios austríacos, como un eco de las ideas del partido absolutista. Hojas clandestinas propagaron profusamente esta supuesta conjuración. Esto dió pretexto a los demagogos para perseguir a sus enemigos más destacados y organizar una guardia de ciudadanos para defensa del popular pontífice, lo cual no era sino un medio de apoderarse de los resortes del poder. Por otra parte, celebrando mítines de fraternización, corrompiendo a algunos jefes y eliminando a los más reacios, lograron ganar al ejército para su causa. Hicieron su aparición en Roma los clubs, sobre todo el llamado Circolo Romano, dirigido por Cicervacchio, apodo popular de un simple tabernero que fanatizaba a las masas [18].

El secretario de Estado Gizzi, hecho impopular, cedía su puesto al cardenal Ferretti, sobrino del papa, que sólo se pudo mantener medio año gracias a sus relevantes prendas personales y a su anterior reputación y estima. Las instigaciones del lord Mintos, las revueltas de Toscana, la lucha contra Austria reaccionaria, todo hacía presagiar la revolución. El 25 de noviembre de 1847 exhortaba Mazzini desde París al papa a ponerse al frente del movimiento nacional. El 17 de diciembre manifestó enérgicamente el papa que sólo iría hasta donde le permitiera la conciencia; más allá de esos límites, ni la muerte le llevaría. Las súplicas de los conspiradores se convirtieron en amenazas y mandatos. El primero de enero de 1848 organizó el Cicerón popular Cicervacchio una manifestación para exigir las demandas del pueblo, y días más tarde resonaban las calles con gritos contra los ministros, la policía y los jesuítas. Todavía se callaba el nombre del papa, pero se atacaba a su gobierno. Ferretti

[18] El papa, después del triunfo ruidoso o domingo de Ramos, veía venir la pasión. Por esto, cuando el 11 de febrero de 1848 le proponen que elija ministerio laico y arme al pueblo, responde: «Non posso, non voglio».

fué substituído por Bofondi, y al mes, éste lo era por Antonelli, quien a los tres meses dejaba el puesto a Ciachi, el cual sólo veintisiete días se mantuvo en el ministerio de Estado.

2) *La nueva Constitución.*—La nueva Constitución de Nápoles y la revolución de febrero en París repercutía en Roma; se pedían armas para los ciudadanos. Por fin, el 14 de marzo de 1848 se publicó la Constitución. Reservando su plena soberanía en materia religiosa, el papa acordaba una representación popular no sólo con poder consultivo, sino deliberativo, dividida en dos Cámaras; los miembros de una serían nombrados por el papa, los de la otra por elección. El Colegio Cardenalicio permanecía sobre ambas como corporación independiente. Al estallar la revolución en Viena, la Lombardía se levantó contra Austria. En la Ciudad Eterna se repetían los tumultos contra la embajada austríaca y contra los jesuítas. Pío IX salió en defensa de éstos, pero se vió tan amenazado por los revolucionarios, que por bien de la paz aconsejó al P. General, J. Roothaan, y a los suyos salir de Roma, como lo hicieron el 30 de marzo.

Como Pío IX se negase en una alocución del 29 de abril a declarar la guerra a Austria, la demagogia rompió definitivamente con él. El 4 de mayo la revolución impuso el ministerio Mamiani, el cual pretendía que Pío IX reinase, pero no gobernase. El 5 de junio se abrían las Cámaras; allí dominaban el Circolo Romano y Mamiani. Al papa sólo le restaba la facultad de negar su sanción a las leyes aprobadas por los diputados. Se vociferaba "¡Viva la república!" Se fijaron carteles con "¡Muera Cristo y viva Barrabás!"

Pero Austria, repuesta de su perturbación interior, triunfó pronto en Lombardía; en las Cámaras romanas los conservadores lograron tener a raya a Mamiani y sus audacias. En septiembre fué nombrado ministro el conde Peregrino Rossi, antiguo embajador en París, eximio estadista de tendencia conservadora, quien con fortaleza y decisión trató de conjurar la revolución. Pero Sterbini, Lucio Bonaparte, Cicervacchio y otros cabecillas resolvieron el asesinato del peligroso ministro. Cuando el 15 de noviembre de 1848 se dirigía a abrir las Cámaras en el palacio de la Cancillería con un bien trabajado discurso, cayó Rossi en las escaleras mismas de la Cancillería bajo el puñal del asesino, que la prensa y los radicales celebraron como segundo Bruto. Ese héroe se llamaba Luis Brunetti y era hijo del demagogo Cicervacchio.

Días después, los asesinos armados se dirigían hacia el Quirinal para entronizar un ministerio de su gusto. Cercaron a Pío IX en su propia residencia, enfilaron hacia el

palacio los cañones, dispararon sus fusiles contra el prelado Palma, que se asomó a la ventana, y se dieron a toda clase de excesos. La guardia suiza fué desarmada y hasta se intentó aplicar fuego al palacio del Quirinal. Ya bastante tarde, para evitar mayores males, el papa accedió a llamar al gobierno al democrático José Galletti.

3) *El papa en Gaeta. Pérdida del poder temporal.*—Se apoderaron del poder los radicales; el papa estaba preso de sus súbditos. Por fin se decidió a huir en connivencia con el embajadpr de Francia, el representante de Baviera y el plenipotenciario de España, Martínez de la Rosa, con su secretario, Vicente González Arnao.

El 24 de noviembre llegaba a territorio napolitano y se refugiaba en Gaeta, donde no alcanzó al buque español que le hubiera trasladado a las Baleares. Toda la cristiandad se conmovió ante tales sucesos y con donativos espontáneos contribuyó al sostenimiento del romano pontífice.

Mientras tanto en Roma se constituía por diciembre una junta provisional, que convocó a una asamblea constituyente. El 9 de febrero de 1849, "la sacrosanta Asamblea" decretaba la supresión del poder temporal del papa y proclamaba la República romana, que en la intención de Mazzini debía extenderse a ser la República italiana. Al comité ejecutivo formado por Armellini, Salicetti y Montecchi sucedía el 29 de marzo el triunvirato Mazzini, Saffi y Armellini; la anarquía, el robo, asesinato y sacrilegio reinaban por doquier. Pronto empezó el pueblo soberano a sufrir el peso de su corona.

Por otra parte, ya el 21 de diciembre de 1848 el Gobierno español propuso la celebración de un congreso de potencias católicas para reponer al papa en su trono. A su vez, el 6 de enero de 1849 el papa pidió el auxilio de Austria, Francia, España y Nápoles, excluyendo al Piamonte, cuyo ministro, el sacerdote filósofo Gioberti, abrigaba extraños planes italianos. El congreso se tuvo en Gaeta desde el 30 de marzo hasta el 22 de septiembre de 1849; en él aparecieron las envidias y rivalidades nacionales. Francia quería ser ella la única que hiciera la restauración. En este sentido, el general Oudinot recibió orden de dirigirse precipitadamente sobre Roma; pero sus tropas fueron rechazadas por Garibaldi. Volvió con nuevos refuerzos, y en julio ocupaba la Ciudad Eterna, entrando por el Janículo y dispersando en seguida la Asamblea constituyente. Poco después, Cicervacchio, con su hijo asesino de Rossi, caían bajo el plomo austríaco.

El papa nombró una comisión de tres cardenales para arreglar la vuelta; prometió mejoras en la administración y concedió una amnistía con las necesarias excepciones.

Por fin, el 12 de abril de 1850 pudo volver a Roma. Tomó de secretario de Estado a Antonelli, quien le sirvió hasta su muerte en 1876 con ejemplar sacrificio y habilidad, curando las llagas de la revolución, introduciendo reformas razonables y saneando la hacienda. El déficit, que al caer la república ascendía a dos millones y medio, quedó extinguido en 1858.

Pero las agitaciones, promovidas desde fuera, no cesaban. Por eso, las tropas francesas seguían ocupando Roma y las austríacas retenían las legaciones. La revolución campeaba pujante en toda Italia. Ya tendremos ocasión de volver sobre este punto al hablar de la unidad italiana, pues al papa Pío IX le tocó ver consumada la unidad de Italia con la ocupación de Roma y el despojo de los Estados pontificios.

Cuando el 20 de septiembre de 1870 se vió totalmente desposeído de su poder temporal, Pío IX protestó de aquel robo sacrílego ante las naciones extranjeras: el rey de Italia con todos sus colaboradores quedaban excomulgados. Queriendo arreglar este conflicto, que en todo el mundo católico levantó vivas protestas, Víctor Manuel propuso en mayo de 1871 la famosa ley de garantías, por la cual se reconocía la soberanía e inviolabilidad del papa, se le asignaban tres millones y medio de renta y se le concedían los palacios del Vaticano, Letrán y Castelgandolfo. Pío IX rechazó indignado tales estipulaciones, y desde entonces vivió preso en el Vaticano a merced de las limosnas del mundo católico. En este punto su política fué la del "non possumus" a las repetidas instancias del rey.

Desde entonces la autoridad temporal de los papas se va espiritualizando más, y el prestigio moral del Pontificado sube de punto, hasta el cenit de nuestros días, aun en el mundo acatólico.

En su azaroso pontificado Pío IX firmó una serie de pactos y concordatos con las naciones: con Rusia en 1847, con Toscana y España en 1851, con las repúblicas de Costa Rica y Guatemala en 1853, con Austria en 1855, con Portugal, Nápoles, Würtemberg en 1857; de nuevo con España y con Baden en 1859, con Haití en 1860, con Honduras en 1861, con Ecuador, Venezuela, Nicaragua y San Salvador en 1862.

b) PÍO IX COMO PONTÍFICE.—1) *Actividad múltiple.*—En el orden espiritual, la actividad de Pío IX fué extraordinariamente fecunda. Ya en su encíclica del 9 de noviembre de 1846 exhortaba a los obispos a velar y combatir valientemente los errores, a educar cuidadosamente al clero y a trabajar con fervor en mutua colaboración y armonía. Buen ejemplo de esta actividad pastoral era el mismo papa. Su labor presenta múltiples facetas: aumentó considerablemente las diócesis y los vicariatos apostólicos en todo el mundo,

creando 29 arzobispados, 132 obispados, 32 vicariatos y 15 prefecturas apostólicas; restableció la Jerarquía en Inglaterra y Holanda; erigió en Roma nuevos seminarios, como el Pío Latino-Americano; elevó a la dignidad cardenalicia a personajes insignes de todas las naciones, como Wiseman y Manning, en Inglaterra; Cullen, en Irlanda; Franzelin, Pitra, etc.; publicó notables alocuciones y encíclicas contra los excesos del poder temporal en las cuestiones religiosas; fomentó decididamente los estudios filosóficos, teológicos, científicos y artísticos; elevó a los altares a numerosos santos y beatos y realizó otros actos trascendentales para la vida de la Iglesia, de los que trataremos luego.

2) *Obispos en Roma*.—En cuatro ocasiones distintas, con finalidades diferentes, reunió cabe sí gran número de obispos de todo el mundo. Por primera vez en 1854, con motivo de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, que es, sin duda, una de las glorias de Pío IX y uno de los actos que llenaron de gozo su corazón filial hacia la Reina de los cielos. Era su obsesión desde antes de ser papa. Ya en la Silla de Pedro, comenzó por pedir el parecer del pueblo católico, sobre todo desde Gaeta en 1849. Los concilios provinciales reunidos en varias partes, los obispos, las Ordenes religiosas, personas distinguidas, se dirigieron al papa exponiendo su sentir y sus deseos más vivos. Una vez dados estos pasos preliminares, el 8 de diciembre de 1854, rodeado de 54 cardenales, 46 arzobispos y 97 obispos, venidos a Roma de todas partes, definió solemnemente el dogma de la Inmaculada, proclamando que María desde el primer instante de su concepción fué preservada inmune de toda mancha de culpa original. La definición obtuvo los plácemes de todo el orbe. Al día siguiente a la definición consagraba el papa la restaurada basílica de San Pablo.

A los pocos años, en 1862, con ocasión de la solemnísima canonización de los mártires del Japón, volvieron a reunirse junto al Santo Padre unos 300 obispos; con esta ocasion, Pío IX deliberó con ellos sobre los territorios arrebatados a la Iglesia. En un sentido comunicado le daban los reunidos las gracias al Santo Padre por el celo y valentía con que había defendido los derechos de la Santa Sede e indicaban que los Estados temporales eran necesarios para garantizar la libertad del supremo pastor de la Iglesia. De todas partes del mundo se levantaron protestas de los fervientes católicos contra los robos sacrílegos que se estaban perpetrando. En esta ocasión fué canonizado el trinitario San Miguel de los Santos y los 26 mártires del Japón, o sea 23 franciscanos y tres jesuítas japoneses. Otra de las ocasiones en que se juntaron cabe el papa los obispos del orbe fué el año 1867, para celebrar el centenario de la muerte de los príncipes de los apóstoles, San Pedro y San Pablo. Acudieron unos 500 obispos y numerosas representaciones de ciudades y entidades diversas. La cuarta ocasión solemnísima fué la celebración del concilio Vaticano; pero este acontecimiento merece capítulo aparte, que le dedicaremos al hablar de la vida intelectual.

3) *El "Syllabus"*.—Otro de los actos memorables de Pío IX fué la publicación del *Syllabus* con la encíclica *Quanta cura*, del 8 de diciembre de 1864. Aquí quedaban condenadas una serie de falsas doctrinas sobre la fe y la razón, la Iglesia y el Estado, el derecho y la sociedad. En el *Syllabus* se compilan 80 proposiciones ya condenadas anteriormente en diversos documentos pontificios, según los cuales hay que juzgar en cada caso de la censura que merece cada proposición. Están divididas en 10 apartados, sobre el panteísmo, naturalismo, racionalismo, indiferentismo, socialismo, comunismo, masonería y liberalismo. Fué increíble el revuelo que suscitó esta condenación. Se revolvieron los gabinetes europeos y ciertos sabios, parte por entender mal el verdadero sentido de la condenación, parte por malicia sectaria.

El pontificado de Pío IX, quien al principio de su gobierno fué llamado el *Papa liberal*, tuvo por misión especial denunciar y condenar al liberalismo, que es, en sus múltiples formas, el error más característico del siglo XIX. En esa lucha entre el principio de autoridad y la falsa libertad, la Iglesia hubo de sufrir muchísimo de parte de los llamados católicos liberales, que pretendían conciliar su catolicismo con los principios de la libertad e independencia y el amor a la Iglesia con la sujeción omnímoda a la tiranía del Estado. En Francia, Bélgica, Italia, España, Alemania, levantaron cabeza estas tendencias, que el papa Pío IX combatió con energía.

En medio de sus penalidades sin cuento, Pío IX recibió repetidas muestras de afecto del mundo católico: con ocasión de su destierro a Gaeta, con ocasión del despojo de los Estados pontificios y con ocasión de sus tres jubileos: el sacerdotal, en 1869; sus veinticinco años de pontificado, en 1871; sus cincuenta años de obispo, en 1877.

Murió piadosamente el 7 de febrero de 1878, a los ochenta y seis años de edad, después del más largo pontificado de la historia (treinta y un años, siete meses y veintiún días).

2. **León XIII, el papa prisionero.**—Al morir Pío IX, el último papa que subió al trono pontificio señor temporal y descendió a la tumba prisionero en el Vaticano y destronado, la situación del nuevo pontífice revestía circunstancias particulares. Para prevenir conflictos, Pío IX, por una

constitución apostólica, había dejado en manos de los cardenales la resolución de las dificultades que podían ocurrir en los nuevos conclaves y expresó el deseo que procurasen acelerar la elección del sucesor.

Pero ¿tendrían los cardenales suficientes garantías del gobierno de Italia para hacer una elección libre? Los gobiernos extranjeros interrogaron al italiano sobre el particular, y éste respondió dando plenas garantías; por lo cual inmediatamente comenzaron los preparativos del conclave en el Vaticano. El 18 de febrero de 1878, después de la misa del Espíritu Santo, se encerraban los cardenales, y al día siguiente entregaban al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede un documento en que se anunciaba el comienzo del conclave y se renovaba la protesta de Pío IX contra el despojo de los Estados pontificios. Al tercer escrutinio salió elegido, el 20 de febrero, el cardenal Joaquín Pecci, que tomó el nombre de *León XIII* (1878-1903) [19].

Había nacido en Carpineto el 2 de marzo de 1810; estudió en el colegio de los jesuítas de Viterbo, en el Colegio Romano y en la Academia de Nobles. En 1838 fué enviado como delegado a Benevento, y en 1841 como legado a Espoleto y Perusa. En 1843 partió como nuncio para Bruselas, con el título de arzobispo de Damietta. Volvió a Italia en 1846, como obispo de Perusa; Pío IX le creó cardenal el año 1853. Siguió en Perusa desarrollando una actividad extraordinaria; ya se entreveían sus futuros triunfos diplomáticos, si bien su actitud firme ante el Estado italiano, expoliador de la Santa Sede, era más intransigente que la de Pío IX. En 1877 fué designado cardenal camarlengo, y como tal tuvo que gobernar a la muerte de Pío IX hasta su elección.

[19] FUENTES.—*Leonis XIII Pontificis Maximi acta*, 21 vols. (Roma 1878 s.); *Leonis XIII allocutiones, epistolae et constitutiones*, 7 vols. (Brujas 1878-1900); *Leonis XIII carmina, inscriptiones, numismata*, ed. por J. BACH (Friburgo de Br. 1903); *Acta Santae Sedis*, desde el vol. 11 (Roma 1878 s.).

BIBLIOGRAFÍA.—CESARE, R. DE, *Il conclave di Leone XIII*, 3.ª ed. (Città di Castello 1887); BOYER D'AGEN, *La jeunesse de Léon XIII d'après sa correspondance inédite (Tours 1838 à 1846)* (París 1910); JULME, B., *Unser hl. Vater Leo XIII in seinem Leben und Wirken* (Einsiedeln 1880); EINSPORN, *Leo XIII, 1884*; O'REILLY, B., *Vie de Léon XIII* (Masnil 1887); GALLAND, J., *Papst Leo XIII* (Paderborn 1893); TESI-PASSERINI, *Leone XIII ed il suo tempo*, 3 vols. (Turín 1890 s.); BORTIER, *Léon XIII* (París 1891); DE T'SERCLAES, *Le pape Léon XIII*, 3 vols. (Lila 1894 s.); HOUX, H. DE, *Histoire de Léon XIII* (París 1900); GOETZ, L. K., *Leo XIII, seine Weltanschauung und seine Wirksamkeit* (Gotha 1899); SCHNEIDER, N., *Leo XIII, sein Leben und sein Wirken* (Kempten 1903); PIERCONTI, *Diario di Leone XIII a Pio X* (Roma 1904); GERMINI, *La politique de Léon XIII* (París 1912); MURRET, F., *Les directions politiques, intellectuelles et sociales de Léon XIII* (París 1920); SCHWER, W., *Papst Leo XIII* (Friburgo 1923); GÖTZ, W., en «Meister der Politik», 2.ª ed., III (1924); TARDINI, *La dottrina sociale cattolica nei documenti di Leone XIII* (Roma 1928); BUTTE, *Il papa Leone XIII* (Milán 1931); SODERINI, E., *Il pontificato di Leone XIII*, 3 vols. (Milán 1932-1933); O'REILLY, B., *Vida de León XIII*. Trad. del inglés (Barcelona s. a.); HOCEDEZ, E., *Léon XIII et la théologie*, en «Greg.», 23 (1942), 375 s. Véase asimismo SCHMIDLIN, *Papstgeschichte*, y otras obras generales del siglo XIX.

El pontificado de León XIII, precisamente el primer papa que sube al solio pontificio destronado, significa tal vez el nivel más elevado hasta entonces del prestigio de la Santa Sede. Su gigantesca actividad la podemos desdoblar en estas tres facetas: 1) actividad política o diplomática; 2) actividad religioso-científica; 3) actividad social.

1) *Actividad diplomática*.—León XIII habíase acreditado en las legaciones como excelente diplomático, por lo cual todos pusieron en él alentadoras esperanzas. En su labor diplomática le ayudaron noblemente sus secretarios de Estado, especialmente el último, Mariano Rampolla. León XIII mantuvo en sus relaciones con Italia la misma conducta de Pío IX: no salió del Vaticano, rechazó de nuevo la ley de garantías y prohibió a los católicos tomar parte activa ni pasiva en las elecciones para la Cámara legislativa. En su encíclica del 21 de abril de 1878 hacía resaltar la necesidad de la soberanía temporal del papa, para garantizar su libertad internacional. Sin embargo, hizo incesantes esfuerzos por llegar a un arreglo; hasta propuso reducir a un mínimum el territorio pontificio; pero los gobiernos italianos, liberales, manejados por las sectas, frustraron esos conatos generosos. Más aún: el fanatismo sectario ofreció al papa ocasiones de graves disgustos, como cuando en 1889 se levantó en Roma misma, en el campo di Fiori, con grandes festejos, la estatua de Giordano Bruno, o cuando en 1895 se celebró el jubileo de la toma de Roma [20].

En Alemania, donde la Iglesia arrostraba la persecución del Kulturkampf, se inició con la elección de León XIII un cambio favorable. Ya en 1878 comenzó el nuncio Aloisi-Masella las negociaciones con Bismarck. El año 1880 significa ya un arreglo. Comienza la retirada de las leyes hostiles a la Iglesia, sobre todo en Prusia. Tan alto subió en Alemania el prestigio moral del papa, que en 1885, con ocasión del conflicto surgido entre España y Alemania sobre la posesión de las islas Carolinas, ambas potencias acogieron gustosas el arbitraje de León XIII. No es extraño que en 1888, al celebrar el papa su jubileo sacerdotal, ostentara una mitra regalada por Guillermo II. Por dos veces recibió

[20] CRISPOLTI-AURELI, *La politica di Leone XIII de Galimberti a Rampolla* (Roma 1912).

en Roma la visita personal de este emperador, en 1888 y en 1903 [21].

La situación política de Francia era especialmente delicada. La tercera república, con la represión de las tentativas monárquicas y las leyes persecutorias de Jules, se presenta recelosa y peligrosa bajo el signo de la masonería. León XIII se propuso unir todas las energías de los católicos. Con este fin trató de alejarlos de las luchas políticas que los dividieran. En la encíclica *Nobilissima gallorum gens* y en varias ocasiones (1884, 1890, 1892) exhortó a los franceses a no abstenerse de toda actividad política, ya que la forma de gobierno republicana es de suyo indiferente desde el punto de vista católico. Es la famosa cuestión de la adhesión al régimen constituído, o del *Ralliement à la République*, que tanto dió que hablar, y de la que trataremos luego. Los esfuerzos del papa no surtieron plenamente sus efectos, aunque por el momento impidió la desunión. Los sectarios prosiguieron dando leyes persecutorias, como las de 1901 contra los institutos religiosos.

Con los demás Estados europeos, aun con la protestante Inglaterra y la cismática Rusia, mantuvo León XIII buenas relaciones, en las cuales le guiaban los soberanos principios preconizados en sus grandes encíclicas, como *Immortale Dei, Sapientiae christianae, Libertas praestantissimum.* León XIII dilucidó brillantemente el concepto cristiano del Estado con sus derechos y deberes respecto al individuo, a la familia y a la sociedad. El problema de la separación entre la Iglesia y el Estado, aunque tolerable en naciones como entonces la América del Norte, con su amalgama de confesiones y sectas, no es admisible como solución ideal y justa, ni en teoría ni en la práctica. En cambio, la forma de gobierno para León XIII es cosa indiferente en teoría, aunque en la práctica haya que atenerse a muchos factores. Si bien los católicos deben actuar valientemente en el terreno político y social, aun uniéndose con elementos afines acatólicos, sin embargo, el papa quería que el clero se mantuviera alejado de toda intervención política.

2) *Actividad religioso-científica.*—Su oficio de doctor de las gentes lo desempeñó admirablemente León XIII por medio de sus numerosas y espléndidas encíclicas. En ellas resplandece su formación esmerada de humanista. El conjunto doctrinal de estos documentos pontificios forma un cuerpo de doctrina de extraordinaria trascendencia. El dogma, la moral, los problemas modernos, le preocupaban hondamente. Ya en su primera encíclica *Inscrutabile Dei,* del 21 de abril de 1878, previene contra los peligros de error que nos amenazan, y exhorta a buscar el remedio en la Iglesia de Dios y en su doctrina. En la encíclica *Quod apostolici muneris,* del 28 de diciembre del mismo año, plantea la cuestión social y la resuelve cristiana y evangélicamente contra el socialismo y el comunismo. Pero no basta rechazar los errores; es necesario poner una base sólida de doctrina católica. Para ello León XIII restauró la filosofía perenne, tan postergada en el siglo anterior y decadente desde el XVII; en la encíclica *Aeterni Patris,* del 4 de agosto de 1879, animaba al estudio de la filosofía escolástica de Santo Tomás, a quien propone como Doctor de la filosofía y teología católicas. También fomentó toda clase de estudios e investigaciones. El era un excelente humanista y componía buenos versos latinos. Para fomento de los estudios históricos, abrió los archivos vaticanos a los sabios de todas las naciones; organizó el uso de la biblioteca vaticana, adquirió la biblioteca Borghese y catalogó la biblioteca leonina. Fuera de varios sabios e investigadores aun protestantes que acudieron a Roma, el papa llamó a Hergenröther, Denifle, Ehrle. Restauró el Observatorio Vaticano, erigió una academia de literatura y abrió colegios de teología para varias naciones. En su tiempo y gracias a su impulso, se abrieron el Anselmianum, los Institutos católicos de Francia, las Universidades de Wáshington, Friburgo, el Seminario Pontificio (hoy Universidad) de Comillas, etc. León XIII fué un verdadero mecenas de las artes y las ciencias.

Uno de los objetivos más queridos de su vida fué el trabajar intensamente por la unión de las iglesias disidentes. En dos encíclicas, *Praeclara,* del 20 de junio de 1894, y *Satis cognitum,* del 29 de junio de 1896, exhorta a todos los príncipes y pueblos a la unión, y declara en qué debe consistir esa unión. El patriarca de Constantinopla desechó tales invitaciones; pero no por eso se descorazonó el papa, sino que se dirigió en particular a varios disidentes, como los coptos y anglicanos, en 1895. Con esta ocasión se agudizó la controversia sobre la validez de las órdenes anglicanas; de ser válidas, sin duda se facilitaba el acercamiento a Roma. León XIII nombró una comisión que estudiase históricamente el problema, y, después de maduro examen, ésta dictaminó en 1896 contra su validez.

Especialmente le atraían las iglesias orientales. Designó una comisión que trabajase por la unidad de todas las iglesias, y en su encíclica del 30 de noviembre de 1894 prometía conservar plenamente sus ritos. Para facilitar la unión, fundaba varios colegios, así en Roma como en Oriente, para la formación del clero oriental, y recomendaba a los superio-

[21] POLO Y PEYROLON, *Vida de León XIII* (Madrid 1888); PELÁEZ, *El Pontificado y el actual papa* (La Coruña 1893).

res de las Ordenes religiosas tuvieran gran celo por esta causa.

La cuestión misional la llevó León XIII con excelentes resultados. Restableció la jerarquía en Escocia, Bosnia y Herzegovina, en Cartago, en el Japón; reguló el conflicto jurisdiccional en Goa y territorios portugueses y estableció la jerarquía en la iglesia copta. En conjunto erigió 248 diócesis y 48 vicariatos o prefecturas apostólicas. Pero en este punto de las misiones nos detendremos más tarde. Sólo diremos que León XIII trabajó con Lavigerie por la supresión de la esclavitud y del comercio de negros.

En el combate contra los errores, y en especial contra el racionalismo, cifró el ideal de su vida. Fué certera su visión al orientar los estudios bíblicos. Precisamente en estos estudios se mostraba más peligroso el racionalismo; por eso León XIII, en su encíclica *Providentissimus*, de 1893, dió normas sapientísimas para el estudio de la Sagrada Escritura, y en 1902 instituyó la Comisión Bíblica, encargada de vigilar sobre la recta interpretación de la Escritura. Según León XIII, la exégesis se ha de aprovechar de todas las investigaciones científicas, pero sin perjuicio de los verdaderos principios exegéticos [22].

3) *Actividad social.*—Con su talento práctico y el conocimiento de los tiempos, reconoció León XIII que la cuestión social, y en concreto la cuestión obrera, era tal vez la más trascendental y aguda de entonces. Para resolverla en teoría, publicó el 15 de mayo de 1891 la celebérrima encíclica *Rerum novarum*, y para orientarla en la práctica, favoreció todo conato de patronatos católicos, de cooperativas y de obras en pro de los trabajadores y de las familias obreras. Con justicia se ha llamado a León XIII el *papa de los obreros*. Por eso en sus jubileos, el sacerdotal de 1888 y el general de 1900, el mundo católico con ninguna cosa creyó dar más gusto al papa que fomentando la formación de sindicatos y llevando a Roma peregrinaciones de obreros, como la conducida por el marqués de Comillas [23].

Según León XIII en sus encíclicas, a la solución obrera deben contribuir la Iglesia, los gobiernos, los patronos y los mismos obreros. La Iglesia, estableciendo sólidamente y sin acepción de personas los principios morales, haciendo ver los deberes y derechos respectivos de los patronos y obreros y reconciliándolos amigablemente. Insiste León XIII en la obligación de los patronos de mirar por la dignidad de los obreros, tratándolos no como esclavos y procurando su bien

[22] Con ocasión del cincuentenario del *Providentissimus*, el papa actual, Pío XII, publicó su *Divino afflante* sobre los estudios bíblicos.
[23] Véanse en particular las obras de MURRET Y TARDINI, citadas anteriormente.

temporal y espiritual, su salud corporal y espiritual y haciendo posible su vida de familia. A los obreros inculca el deber de atender a la prosperidad de la empresa con su trabajo, no perjudicando ni ejerciendo violencias o dejándose alucinar por falsas predicaciones. El Estado ha de proteger los intereses de los obreros, vigilando por la duración, la higiene y seguridad del trabajo, por el descanso dominical, por la viabilidad de los jornales, y moderando el trabajo de las mujeres y niños. Así queda resuelta la parte que al Estado compete en la cuestión social. Los liberales pretenden que el Estado se debe inhibir y dejar la cuestión social obrera al libre contrato de oferta y demanda entre patronos y obreros.

La encíclica contiene otra serie de consejos prácticos para la solución de varios problemas obreros [24].

Las encíclicas sobre el socialismo y comunismo están también íntimamente ligadas por la cuestión social y obrera. Las ideas de León XIII han hallado eco no sólo entre los católicos, sino en el mundo entero. Alguna prueba de ello se verá en los capítulos siguientes.

A los trabajadores les propuso el modelo egregio de San José, e instituyó la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret, a la que debían imitar todas las familias cristianas. También la devoción a la Santísima Virgen, en particular al Rosario en el mes de octubre, y la devoción al Corazón de Jesús fueron objeto de la solicitud de León XIII.

El jubileo de 1900, con la multitud de peregrinos que acudieron a Roma, fué un índice del prestigio de aquel eximio pontífice, que murió el 20 de julio de 1903, a los noventa y tres años de edad.

V. Los papas del siglo XX

1. Pío X [25].—A los pocos días, el 4 de agosto de 1903, tenía León XIII su sucesor en la persona del cardenal José Sarto, que tomó el nombre de *Pío X* (1903-1914). Nacido el 2 de junio de 1835, de padres modestos, en Riese, de la pro-

[24] TISCHLEDER, *Leo XIII*, en «Staatslexikon», 3, pp. 926-960, trata: I. Die Staatslehre; *a)* Das Naturrecht; *b)* Der Ursprung des Staates; *c)* Das Wesen des Staates. II. Die Sociallehre Leos: *a)* Persönlichkeit und Gemeinschaft; *b)* Eigentum und Arbeit; *c)* Mensch und Wirtschaft. III. Die praktische Staatskunst Leos XIII.
[25] *Pii X Acta*, 5 vols. (Roma 1905-1914); *Acta S. Sedis*, vol. 36-41; *Acta Apostolicae Sedis*, desde 1909; DE WAAL, *Papst Pius X*, 2.ª ed. (Munich 1904); COLLEVILLE, CH. DE, *Pie X intime* (París 1904); DAELI, L., *Pío X* (Bérgamo 1906); SCHMITZ, E., *Life of Pius X* (Nueva York 1907); HILLIG, N., *Die Reformen Pius X auf dem Gebiete der kirchenrechtl. Gesetzgebung*, 3 vols. (Bona 1909-1912); HORNAERT-

vincia de Treviso, recibió el sacerdocio el año 1858. Como capellán en Tombolo, como párroco en Salzano desde 1867, como canónigo en Treviso desde 1875, como obispo de Mantua desde 1884, como patriarca de Venecia de 1893, su actividad sobresaliente fué la *cura de almas,* el apostolado sacerdotal. En el sector del espíritu es donde se desarrolló su fecundo pontificado de once años. Su lema fué "instaurare omnia in Christo", y lo realizó con energía de voluntad y constancia de carácter.

a) *Labor diplomática.*—Tomó como secretario de Estado al insigne diplomático cardenal Merry del Val, educado desde niño en la fina diplomacia de su propio padre, y a quien se deben en gran parte los triunfos de Pío X en los negocios internacionales.

Como quiera que su elección, aunque sin influir en ella, había sufrido el abuso de la exclusiva contra el cardenal Rampolla de parte de Austria, Pío X, una vez en el poder, trató de acabar para siempre con semejante intromisión laica. Con esta ocasión dió dos constituciones. La primera el 20 de enero de 1904, *Comissum Nobis,* prohibiendo todo influjo de los poderes temporales en la elección del soberano pontífice, y en particular la malhadada exclusiva. En la segunda, del 25 de diciembre, *Vacante Sede Apostolica,* reglamentaba el gobierno de la Iglesia en la sede vacante y prescribía detalladamente el modo de elección. Esta importante constitución es el derecho vigente sobre la elección del sumo pontífice, que anula todo lo anteriormente decretado, fuera de la constitución de León XIII de 1882, en que se trata de

MERVILLIE, *S. S. Pie X. Nouvelle étude biographique* (Bruselas 1909); PERNOT, M., *Le S. Siège, l'Eglise cathol. et la politique mondiale* (París 1924); CRISPOLTI, CR., *Pio X e un episodio nella storia del partito cattolico in Italia* (Roma 1913); BELLAINGE, C., *Pie X et Rome* (París 1916); FORBES, F. A., *Life of Pius X* (Londres 1919); ARENS, B., S. I., *Papst Pius X und die Weltmission* (Aquisgrán 1919); FERRARI, L., *Vita popolare di Pio X* (Turín 1924); RAINARZ, H., *Das Pontificat Pius X* (Düsseldorf 1926); SEGMÜLLER, F., *Pius X* (Einsiedeln 1926); DANN, O. S. B., *Papst Pius X* (Tutzing 1926); CIGALA, A. DE, *Vie intime de S. S. Pie X* (París 1926); BAZIN, R., *Pie X* (París 1928); VERCESI, E., *Il pontificato di Pio X* (Milán 1935); CAPELLO, M., *Papa Pio X. Aneddoti e ricordi* (Turín 1935); FACCHINETTI, FR. V., O. F. M., *L'anima di Pio X* (Milán 1935); MELCHIORI, G., *Pio X* (Milán 1935); CARLI, F., *Pío X y su tiempo* (Barcelona 1943); HERMELINK, H., *Die kathol. Kirche unter den Pius-Päpsten des XX Jahrhundertes* (Zurich 1949).

Sobre la Iglesia en general en el siglo XX, véanse: MESSMER, *Der Weg des Katholizismus im XX Jahrh* (Innsbruck 1929); YVES DE LA BRIERE, S. J., *L'organisation internationale du monde contemporain et la papauté souveraine,* 3 vols. (París 1929-1931); BAUMONT, M., *La faillite de la paix* (1918-1939), en «Peupl. et Civil.», 20 (París 1945); PREMOLI, *Storia eccles. contemporanea (1900-1925)* (Turín 1925); HARVEY, G. L. H., *The Church and the XX century* (Londres 1936). Véase asimismo SCHMIDLIN, *Papstgeschichte.*

los modos extraordinarios en circunstancias especiales. Estos modos los volvió a publicar Pío X con su *Regolamento* [26].

No dejaba de preocupar al papa la orientación que en varios Estados iba tomando la política. Se tendía a romper todos los lazos y principios cristianos en la vida pública. En varias alocuciones de consistorios, en discursos, en multitud de escritos, condenó estas tendencias.

Su posición en Roma y con respecto al Gobierno italiano permaneció inmutable, siguiendo la norma de 1870. En cambio, en varios círculos católicos de Italia, que iban formando algunas asociaciones cristianodemocráticas, y por parte de varios obispos y distinguidos seglares, se pretendía dejar a un lado el principio de "non expedit", que había prohibido a los católicos tomar parte en las elecciones legislativas y en la vida política. El papa en principio rechazó la tendencia; pero dejó a la prudencia de los obispos el dispensar en casos concretos, aunque siempre reservándose la última palabra. De este modo entró en el Parlamento el año 1909 un grupo de 24 diputados que representaban los intereses y principios católicos. En el punto de la cuestión romana, Pío X se mantuvo inflexible. En Roma mismo corrían tiempos malos para la misma persona del papa, como cuando el 20 de septiembre de 1910 el judío Nathan, alcalde de la ciudad, tuvo un discurso sumamente injurioso al papa.

En Francia las cosas iban peor. La moderación y condescendencia de León XIII no lograron desarmar a los enemigos de la Iglesia. En abril de 1904, el presidente de la república, Loubet, visitó al rey de Italia en Roma, sin visitar al papa, siendo jefe de una nación católica como Francia. A la enérgica protesta del pontífice respondió Francia retirando su embajador. Por el mismo tiempo citó Pío X a los obispos de Dijon y Laval para pedirles cuentas por su administración. El Gobierno francés exigió que el papa retirara las citaciones y prohibió a los prelados salir de sus diócesis. Como el papa se negó a acceder, Francia rompió las relaciones con la Santa Sede.

Más aún, al salir de París el nuncio Lorenzelli, el archivo de la Nunciatura fué incautado por el Gobierno con violación de todo derecho. Otro paso más radical fué la ley de separación de la Iglesia y el Estado, del 3 de julio de 1905, que aprobó el Senado el 9 de diciembre. De esta manera quedaba rescindido unilateralmente el concordato vigente. Contra este inicuo proceder, varias veces levantó su voz el romano pontífice. Lo hizo solemnemente en la encíclica *Vehementer Nos,* del 11 de febrero de 1906 [27].

[26] *Acta* Pii X, III, pp. 239 s., 289 s., 293.
[27] *Acta* Pii X, II, pp. 66-68, 184; III, p. 44.

También prohibió, contra las representaciones de varias personalidades católicas de Francia, las *Associations Cultuelles,* previstas por la ley de separación, porque prescindían de la jerarquía establecida por Dios y conducían, finalmente, a la sujeción de la Iglesia bajo el yugo del Estado liberal; la prohibición apareció en la encíclica *Gravissimo Officii munere,* del 10 de agosto de 1906. En ella defendía su proceder y exhortaba a todos los católicos a la unión con sus obispos y con Roma. El 6 de enero de 1907 escribió otra encíclica sobre el mismo tema, tratando de organizar la Iglesia de Francia en armonía con su episcopado. Sobre este punto y sobre la manera de proveer al culto y clero de Francia hay una serie de escritos dimanados de Roma por este tiempo [28].

En España se intentó cambiar algunos puntos del concordato de 1851, y para ello se entablaron negociaciones. Gran dolor causó al papa el proceder de Canalejas con su famosa ley del Candado de 1910, restringiendo las Ordenes religiosas y sus privilegios y derechos. Con esta ocasión se llegó a la ruptura; pero prontó cayó el ministro y se reanudaron las relaciones.

La cosa más trivial removió los ánimos en Alemania y levantó una protesta de Berlín. El papa había publicado una encíclica, *Editae saepe,* sobre San Carlos Borromeo, con algunas frases un tanto duras contra los herejes del siglo XVI. Pío X dió sus explicaciones y ordenó que la encíclica no corriera en Alemania [29].

b) *Labor social y religiosa.*—La cuestión social era cuestión candente, y desde León XIII preocupaba hondamente a los católicos. Pío X fijó en ella su atención, desarrollando su aspecto eclesiástico desde el punto de vista dogmático, moral y práctico. Había que salvar en las asociaciones económico-sociales que se iban fundando los principios católicos y la autoridad de la Iglesia. Hizo resaltar clara y terminantemente que la Iglesia tiene su puesto en estos asuntos sociales, pues en ellos se ventilan problemas religiosos y ético-morales. Por lo tanto, estas organizaciones y uniones de trabajadores entre católicos no pueden desentenderse de la autoridad eclesiástica. En regiones católicas, los obreros católicos ante todo deben asociarse entre sí; no deben fundar asociaciones interconfesionales con los no católicos, aunque no se excluyen los llamados *carteles.* Estas normas del papa hallaron oposición en varios círculos, pero Pío X mantuvo sus principios.

No dejaba de preocupar al papa la acción católica de Italia, que tendía a desarrollar su actividad como democracia cristiana. Ante todo anhelaba el sumo pontífice la unánime aceptación de los principios básicos de León XIII, desterrando la diversidad de tendencias. En segundo lugar quería evitar que esa democracia cristiana prescindiese de la autoridad de los obispos. La dificultad era tanto mayor en Italia cuanto que esa democracia tendía también a ejercitar actividades políticas, que en Italia estaban vedadas a los católicos. Con esta ocasión emanaron de Roma multitud de documentos y notas a los obispos y directores de estas asociaciones. Las "Opera dei Congressi" fueron disueltas, y la actividad social se organizó de nuevo según las normas del papa.

c) *El "Sillon". Sindicatos profesionales. Modernismo.*—En Francia se presentó otro caso semejante: la cuestión del "Sillon". Esta organización democrático-social, que tuvo su origen en *La Crypte* del Colegio "Stanislas" y que tomó nombre del periódico mensual "Le Sillon", se desentendía por completo de la dirección episcopal, con la excusa de que ellos trabajaban solamente en el terreno social y político, y de hecho iba excluyendo cada vez más los factores religiosos. El papa condenó en 1910 la asociación, que se había mezclado demasiado con otras fuerzas neutras y acatólicas, y exigió a sus miembros la sumisión a los principios católicos y a la dirección episcopal [30].

En Alemania el problema se presentaba bajo el aspecto del confesionalismo. Unos tendían a formar asociaciones obreras confesionales, otros interconfesionales, y algunos disputaban sobre si debía prevalecer el sistema confesional o el aconfesional. El papa, en su encíclica *Singulari quadam,* del 24 de septiembre de 1912, rechazando de plano el aconfesionalismo de tales asociaciones obreras, sostiene como más eclesiástico el carácter confesional católico; pero, atendidas las circunstancias especiales de Alemania, permite las asociaciones interconfesionales, con tal que no sufra en ellas la moral católica y se evite todo peligro para los miembros católicos [31].

Pío X puso todo su corazón en mantener pura la fe y en combatir todo error. Desde hacía algunos lustros cundía una tendencia peligrosísima en algunos sectores de los estudiosos: cierto relativismo en el terreno de la doctrina católica y en las leyes eclesiásticas, cierto racionalismo y subjetivismo en la interpretación de la misma Revelación, en la inteligencia de la teología y en la exégesis de la Sagrada Es-

[28] *Acta Pii X,* III, pp. 24-39, 181-5; *Acta S. Sedis,* XL, **pp. 1-11.**
[29] PERONT, *La politique de Pie X* (París 1910).

[30] *Acta A. Sedis,* II, pp. 607-633. *Carta apostólica a los obispos de Francia,* del 25 de agosto de 1910.
[31] *Acta A. Sedis,* IV, pp. 657-662; AVENTINO, *Le gouvernement de Pie X* (París 1912); CENCI, P., *Il cardinale Merry del Val, con pref. del card. Pacelli* (Roma-Turín 1933).

critura. Todas estas tendencias las clasificó Pío X bajo el epígrafe de *modernismo,* nombre con que se venían calificando algunas de esas ideas en Francia, Italia y Alemania. El 3 de julio de 1907 lanzó el papa su primer anatema en el decreto *Lamentabili,* en que condenaba 65 proposiciones modernistas. Dos meses después, el 8 de septiembre, publicaba su encíclica *Pascendi,* explicando sistemáticamente estos errores en su origen y en sus manifestaciones. Desde entonces Pío X emprendió una lucha sin tregua contra este *centón de errores.* Con este fin prescribió en el motu proprio *Sacrorum Antistitum* el juramento antimodernista a los ordenandos, graduandos y promovidos a diversas dignidades o cargos eclesiásticos [32].

Surgió naturalmente en esta lucha una facción exagerada que pasó al otro extremo de temer todo progreso científico. Con ocasión del centenario del doctor de la Iglesia San Anselmo, de San Carlos Borromeo, etc., el papa, en sus encíclicas, insistía en sus principios y, como medio eficaz contra el error, proponía una sólida formación teológica. Como quiera que el modernismo atacaba a la ciencia sagrada tradicional, teológica y escriturística, siguiendo las huellas de su predecesor, preconizaba seguir a Santo Tomás y en Escritura a los Santos Padres, como San Jerónimo. Para asegurar este estudio fundó el Instituto Bíblico, encomendado a los jesuítas; encargó a los benedictinos la edición de la Vulgata y en su breve *Quoniam in re biblica,* de marzo de 1909, daba sus normas en esta materia.

Como medio poderoso de santificación propuso certeramente Pío X la frecuencia de la sagrada Eucaristía: el 20 de diciembre de 1905 salía un decreto de la Congregación del Concilio sobre la comunión diaria. Para facilitar la frecuencia de la recepción eucarística, se dió otro decreto sobre la comunión de los enfermos y la posibilidad de recibir este sacramento en cualquier rito. El broche de oro en esta materia lo puso el decreto de la Congregación de Sacramentos sobre la comunión de los niños desde que tienen uso de razón (8 de agosto de 1910). Esta materia de la eucaristía se complementa con la celebración de congresos eucarísticos, que se han venido celebrando en diversas ciudades del mundo bajo la presidencia de un legado especial del papa [33].

Otro punto vital para la reforma religiosa fué la campaña en favor del catecismo, intensificada principalmente en Italia con el texto único para facilitar las explicaciones catequéticas parroquiales.

---

[32] COMMER, *Pius X,* en «Divus Thomas» (1914), pp. 394-444.

[33] *Acta* Pii X, II, 250, sobre la comunión diaria: *Acta A. Sedis,* II, p. 898, sobre la comunión de los enfermos, y II, p. 577, sobre la comunión de los niños.

En lo tocante a las misiones, baste decir que en el pontificado de Pío X se han erigido en el campo misional una delegación apostólica, un arzobispado, siete diócesis, tres prelaturas nullíus, 17 vicariatos apostólicos y 37 prefecturas apostólicas.

d) *Reformas: el Derecho canónico, etc.*—Como legislador eclesiástico y reformador, el papa Pío X desarrolló una actividad decisiva. Bastará para inmortalizar su memoria la obra gigantesca, llevada principalmente por el cardenal Gasparri, de la codificación del Derecho canónico, que tanta guerra daba a los estudiosos, que se perdían en el maremágnum de decretos y disposiciones a veces encontradas. Con arrestos increíbles y por medio del decreto *Arduum sane,* del 19 de marzo de 1904, emprendió la tarea de refundir las antiguas leyes en forma racional y sistemática, acomodándolas a las necesidades actuales. Designó una comisión de cardenales, juristas y teólogos, que se dedicaron con afán a los trabajos preparatorios. Los esquemas fueron enviados a todos los obispos del mundo para su examen. Estos ingentes trabajos iban tan adelantados, que a la muerte del papa se podía dar por terminada la labor.

Para facilitar la publicación, que llevó a cabo su sucesor, fué poniendo en práctica una serie de innovaciones previstas en el nuevo Código. Tales son: las dictadas sobre esponsales y matrimonio; sobre traslados y deposición de párrocos sin proceso canónico; sobre informes episcopales y visitas *ad limina;* sobre el *privilegium fori* de los eclesiásticos; sobre dimisión de religiosos; sobre la parte del clero en la economía y administración de asociaciones, como bancos de crédito y cajas de ahorros; sobre el servicio militar de los eclesiásticos [34].

Al mismo tiempo que la codificación, emprendió, por la constitución *Sapienti consilio,* del 29 de junio de 1908, la reorganización de la Curia romana, que desde Sixto V no había sufrido modificaciones de consideración. Pío X distinguió 11 congregaciones de cardenales, tres tribunales y cinco oficios. Las Congregaciones son: 1) la del Santo Oficio, para velar por la pureza de la fe y costumbres; 2) la Consistorial, sobre consistorios y elección de obispos; 3) la *de Sacramentis;* 4) la Congregación del Concilio, para interpretar el Tridentino y dictaminar sobre disciplina eclesiástica; 5) Congregación *pro Religiosis;* 6) Congregación *de Propaganda Fide;* 7) Congregación del Indice, que luego se fundirá con la del Santo Oficio; 8) Congregación de Ritos; 9) Congregación *de Caerimoniis* en las funciones papales y cardenalicias; 10) Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordi-

---

[34] HILLING, *Die Reformen des Papstes Pius X* (véase arriba).

narios; 11) Congregación *de Seminariis*. Los tribunales son: la Sacra Penitenciaría, la Rota Romana y la Signatura romana o tribunal de casación. Los cinco oficios son: Cancillería apostólica, Dataría, Cámara apostólica, Secretaría de Estado y Secretaría de Breves.

Además de estas dos magnas reformas, Pío X llevó a cabo muchas otras: la reforma de la música sagrada, decretada en 1903 por el motu proprio *Inter sollicitudines;* la reforma del Breviario romano, hecha en 1910 por la bula *Divino afflatu*. Apenas se puede concebir más actividad religiosa y reformadora en once años de pontificado [35].

El 20 de agosto, ya declarada la guerra europea, murió santamente Pío X. Su sepulcro es glorioso, podemos decir con la Escritura. Su beatificación ha tenido lugar este año de 1951.

2. **Benedicto XV** [36].—Con la precisión de lo reglamentado y previsto, a pesar de lo azaroso de los tiempos, cuando por todas partes se movilizaban los ejércitos, el 31 de agosto se abrió el conclave, y al noveno escrutinio, el día 3 de septiembre de 1914, salía elegido papa el arzobispo de Bolonia, cardenal Santiago della Chiesa, quien por amor al anterior arzobispo boloñés de ese nombre se llamó *Benedicto XV* (1914-1922). En su corto pontificado de ocho años escasos, en medio de dificultades sin cuento durante la guerra europea y la posguerra, supo mantener muy alto el prestigio de la tiara entre católicos y acatólicos [37].

a) *El papa de la paz.*—Elegido al estallar la guerra, su misión fué providencial; pues, para no excitar recelos y desconfianzas, en tales circunstancias hacía falta una diplomacia y elevación de miras nada vulgares. Digno sucesor en esta materia de León XIII, con su carrera de experto diplomático y asistido por el hábil secretario de Estado, cardenal Gasparri, supo hacer frente a toda clase de complicaciones. En medio de dificultades sin cuento, sirvió altamente a los

[35] MARITSCHNING, *Die wichtigsten Reformen Pius X* (Munich 1917).

[36] *Actes de Benoit XV*, 3 vols. (París 1924-1926) ; *Acta Apostolicae Sedis:* 1914 s. ; WAAL, A. DE, *Der neue Papst, unser hl. Vater Benedikt XV* (Hamm 1915) ; QUADROTTA, *Il papa, l'Italia e la guerra* (Roma 1915) ; PÖLLMANN, A., *Benedikt XV aus der Familie Della Chiesa* (Diessen 1915) ; ARNAUD D'AGNEL, G., *Benoit XV et le conflict européen* (París 1916) ; LAMA, F. VON, *Die Friedensvermittlung Papst Bened. XV* (Munich 1932) ; VISTALLI, F., *Benedicto XV* (Roma 1928) ; SEMERIA, G., *I miei quattro papi. Il Benedicto XV* (Milán 1932) ; RENOUVIN, P., *La crise européenne et la première guerre mondiale,* 3.ª ed. en «Peupl. et Civil.», 19 (París 1948).

[37] Nació Benedicto XV en Génova el 21 de nov. de 1854 ; se ordenó de sacerdote en 1878 ; desempeñó varios cargos en la Curia, en especial fué secretario de Estado. En 1907 fué preconizado arzobispo de Bolonia ; en 1914 fué creado cardenal y a los pocos meses elegido papa.

intereses de la paz. Para ello, desde el principio, dirigió a los obispos, a los fieles, a los gobernantes, sentidas exhortaciones a la paz y propuestas de arreglo. Para poder influir provechosamente, se propuso ante todo guardar la más estricta neutralidad entre los beligerantes, sin que le doblegasen las presiones ejercidas, primero por parte de Francia y después por parte de Italia desde mayo de 1915.

El 1.° de agosto de 1917 hizo llegar Benedicto XV a las potencias beligerantes una nota sugiriendo condiciones de paz, que ya dejaban prever lo que se hizo en Versalles, pero con más justicia y equidad. Si se le hubiera atendido entonces, dice Poulet, se hubieran ahorrado 1.500.000 vidas [38].

Además, desde el primer momento comenzó a ejercer su caridad con las víctimas de la guerra. Ordenó a su secretario de Estado crear un servicio especial: "Oficio en favor de los prisioneros de guerra". Gracias a los esfuerzos del papa, se realizaron notables canjes de prisioneros. Además, este Oficio prestó valiosos servicios de información de presos y desaparecidos. Intervino eficazmente en 1916 y 1917 con ocasión de las deportaciones belgas, consiguió gracia para cierto número de condenados y suavizó las medidas de rigor adoptadas.

Para aliviar las necesidades de los hambrientos, organizó un "Comité del hambre", sobre todo para las regiones de Polonia y Lituania. Su colecta para los hambrientos de la Europa central alcanzó la suma de 16 millones de liras.

No es extraño que creciera con esto su prestigio e influjo. Desde 1914, Inglaterra tuvo su embajador en el Vaticano; Holanda, en 1916, y Portugal reanudó las relaciones en 1918. Y la misma Sociedad de las Naciones reconoció las generosas iniciativas y excelentes servicios del papa en pro de la Humanidad doliente. Hasta los cismáticos orientales y los turcos lloraron más adelante la muerte del Padre común [39].

Aun después de la guerra siguió desempeñando estos oficios de cristiana caridad. Como consecuencia de esta conducta y de la de los eclesiásticos de Francia durante la guerra, Francia restablecía en 1920 la embajada en el Vaticano [40].

b) *La cuestión italiana.*—La posición del papa en la cuestión italiana permaneció invariable. Con la entrada de

[38] MALPARIN, *Italy and the Vatican at war* (Chicago 1939).

[39] DUDON, P., *Le pape et la guerre* (París 1915) ; MAURRAS, *Le pape, la guerre et la paix* (París 1917) ; JOHNSON, *Vatican diplomacy in the world war* (Londres 1933) ; LEIBER, R., *Die Unparteiischkeit Papsts Benedikts XV im Weltkriege,* en «Stimm. d. Zeit», 100 (1921), 81-100, y otros artículos.

[40] LAMA FR. VON, *Papst und Kurie* (véase arriba) ; MÜLLER, *Das Friedenswerk der Kirche in den letzten drei Jahrhunderten (1598-1917)* (Berlín 1917).

Italia en guerra pareció que el ejercicio del poder espiritual pontificio iba a quedar coartado; sin embargo, Benedicto XV y su prudente ministro de Estado, cardenal Gasparri, evitaron las mayores complicaciones y salvaron la situación haciendo posible la permanencia del papa en Roma y su comunicación con la catolicidad.

Por otra parte, cediendo a las exigencias del tiempo, la curia romana favoreció en Italia la formación del Partito Popolare italiano, fundado por Luigi Sturzo, que en 1919 comenzó a cosechar éxitos en el Parlamento. Las elecciones de 1919 y 1921 le dieron más de un centenar de diputados. En la encíclica *Pacem Dei munus,* del 23 de mayo de 1920, hacía saber el papa que, atendiendo al cambio de circunstancias y a la fraternidad de todos los pueblos, estaba dispuesto a quitar las disposiciones sobre la visita de los príncipes católicos y jefes de gobierno a Roma. Así se hizo en el siguiente pontificado con las visitas de los reyes de Bélgica en 1922 y de España en 1923.

c) *Gobierno interior.*—Benedicto XV continuó las reformas y soluciones del predecesor. El suceso más notable de su gobierno eclesiástico fué la publicación del Código de Derecho Canónico, que tuvo lugar en Pentecostés de 1917; la monumental y gigantesca obra, en que tanta parte tomó el cardenal Gasparri con su ciencia y su inmediata dirección, estaba ya casi ultimada en tiempo de Pío X. Benedicto XV la concluyó y tuvo la gloria de publicarla para gran utilidad de la Iglesia y vigor de la disciplina eclesiástica.

Continuando también la labor de su predecesor, amplió en 1915 la jurisdicción de la Congregación de Seminarios y Universidades y fomentó la creación de universidades católicas, como la de Milán, y de facultades teológicas en diversas regiones.

Merece especial mención su labor misional. En 1917, para poder atender mejor a las iglesias orientales, desdobló la Congregación *de Propaganda Fide* en dos: la *Propaganda Fide,* para las misiones de infieles, y la Congregación *pro Ecclesia Orientali,* para las iglesias de rito oriental. Pero, sobre todo, con su obra maestra, la encíclica *Maximum Illud,* de noviembre de 1919, dió un empuje vigoroso al apostolado católico entre infieles. La ocasión fué reorganizar las misiones después de la catástrofe de la guerra. Su labor misionera quedará detallada en otra parte.

Todavía se hallaba el gran pontífice en la plenitud de trabajo, cuando le llegó la muerte en enero de 1922 [41].

[41] GOYAU, G., *Papauté et chrétienté sous Benoit XV* (París 1922).

9. **Pío XI** [42].—El nuevo conclave se reunió el 2 de febrero de 1922. El 6 de febrero salía elegido papa el cardenal arzobispo de Milán, Aquiles Ratti, que tomó el nombre de *Pío XI* (1922-1939). Había nacido en Desio, cerca de Monza, en 1857. Hombre de estudios, desempeñó el cargo de prefecto de la Biblioteca Ambrosiana de Milán desde 1888 hasta 1910; luego sucedió al cardenal Ehrle en la prefectura de la biblioteca vaticana desde 1914 hasta 1918. En estos cargos publicó varios trabajos históricos y litúrgicos de alto valor. Desde 1918 hasta 1920 fué visitador apostólico y nuncio en Polonia. En 1921 recibió el cargo de arzobispo de Milán con la dignidad cardenalicia.

La feliz armonía de sus egregias cualidades de prudencia, solidez, tino certero y constancia, junto con una gran confianza en Dios, hicieron que su actividad al frente de los destinos de la Iglesia fuera fecundísima. El pontificado romano, siguiendo la trayectoria de sus ilustres antepasados, se elevó a una altura moral que va creciendo cada día. En su primera encíclica, del 23 de diciembre de 1922, expuso el lema de su pontificado: "Pax Christi in regno Christi".

a) *Acción diplomática.*—En medio de las salpicaduras de la postguerra, su primer cuidado fué abogar por la paz de los espíritus y la fraternidad de las naciones. A este fin dirigió particularmente su encíclica *Ubi arcano.* Las mismas ideas explayó en el consistorio del 23 de mayo de 1923. En 24 de junio, en una carta dirigida al cardenal secretario de Estado, abordó la cuestión de las reparaciones. Sin meterse propiamente en política ni invadir los derechos de las naciones, como doctor universal, sentó las bases de la justicia en este punto, cuando las repetidas conferencias sembraban la inquietud de Europa y dictaban reparaciones y ocupaciones sin duelo. Las reparaciones equitativas no traspasan los límites de la justicia, y los vencedores no deben abusar de ellas y de los vencidos; éstos han de cumplir sus cargas con honradez. El vencedor puede exigir garantías al vencido, y éstas pueden llegar hasta la ocupación territorial. Sin embargo, estas ocupaciones son muy gravosas y odio-

[42] *Actes de Pie XI,* I (París 1928), *Acta Apostolicae Sedis,* desde 1922; BIERBAUM, M., *Papst Pius XI* (Colonia 1922); NOVELLI, A., *Pío XI* (Milán 1923); PEZZEDI, MONS. P., *S. S. Pío XI* (Vicenza 1929); LAMA, FR. VON, *Papst Pius XI* (Augsburgo 1929); FREDIANI, G., *Pío XI* (Roma 1929); EHRHARD, A., *Papst Pius XI* (Colonia 1929); TOWNSEND, W., *The biography of his holiness pope Pius XI* (Londres 1930); FONTENELLE, S. S., *Pío XI (1930);* GWYN, D., *Pius XI* (Londres 1932); BREMA, P. G., *Il papa della vittoria, Pio XI* (Florencia 1934). Un buen resumen de la actividad de Pío XI, en *Anuario Soc. de Esp.,* p. 36 s. (Madrid 1941); **BENDISCIOLI, M.,** *La política de la Santa Sede* (Barcelona 1943).

sas; por lo tanto, hay que considerar si no fuera preferible substituirlas por otras más tolerables.

Como su predecesor, Pío XI se ocupó de aliviar las necesidades corporales, fruto acerbo de la guerra; deseoso de hacer llegar socorros materiales a las ciudades hambrientas de Rusia, pero sin aprovisionar el ejército rojo, hizo acompañar sus envíos por sacerdotes católicos. Para lograr este fin, negoció con los mismos soviets en la conferencia de Ginebra.

Admirablemente secundado por su secretario de Estado, Gasparri, y desde 1930 por Pacelli, Pío XI en estos años de la postguerra consiguió entablar relaciones diplomáticas con multitud de naciones; el pontificado de Pío XI inaugura una era fecunda de concordatos: Se firmaron concordatos con Letonia en 1922, con Baviera en 1924, con Polonia en 1925, con Lituania en 1927, con Rumania en 1927 y 1929, con Prusia en 1929, con Italia en 1929, con Baden en 1932, con Austria en 1933, con el imperio alemán en 1933.

Con todo, el gran acto diplomático, para bien de Italia y de la Iglesia, fué el famoso *tratado de Letrán* con el adjunto concordato del 11 de febrero de 1929. Por él quedaba zanjada definitivamente la enojosa cuestión romana [43].

En este tratado se reconoce al papa la soberanía temporal en un Estado minúsculo, llamado *Città del Vaticano*, con facultad de recibir y enviar cuerpo diplomático acreditado. Como indemnización y medio de vida se acordó al papa en su parte económica una suma de 1.750 millones de liras. En el concordato se reconoce la religión católica como religión del Estado de Italia y la libertad de acción de los obispos.

Con ello el papa, sin perder la libertad de acción y la independencia, gana en espiritualismo e inmaterialización de intereses de orden superior. Esta reconciliación, debida a la iniciativa personal del papa y a su osadía santa, se preparó e hizo posible gracias al poder omnímodo del *duce*, que desde

[43] Texto del tratado de Letrán en AAS, XXI (1929), p. 209 s.; RESTREPO RESTREPO, *Concordata regnante S. D. Pío XI inita* (Roma 1934); OLIVART, MARQUÉS DE, *Del aspecto internacional de la cuestión romana*, 3 vols. (Madrid 1893-1895). Véanse además: HERGENRÖTHER, J., *Der Kirchenstaat seit der französ. Revolution* (Friburgo de Br. 1860); BROSCH, M., *Geschichte des Kirchenstaates*, 2 vols. (Gotha 1882); BASTGEN, H., *Die römische Frage: Dokumente und Stimmungen*, 3 vols. (Friburgo de Br. 1917 s); LETURIA, P. DE, *Del patrimonio de San Pedro al tratado de Letrán* (Madrid 1929); LA BRIERE, Y. DE, *Les accords de Letran* (París 1930); OLGIATI, FR., *La questione romana a la sua soluzione* (Milán 1929); MARTIRE, E., *La conciliazione*, 2.ª ed. (Roma 1932); MOLLAT, G., *La question romaine de Pie VI à Pie XI* (París 1933); PONTI, E., *La questione romana e la conciliazione. Riassunto storico* (Albano 1929); CAIROLI, L. P., *Il concordato fra la S. Sede e l'Italia* (Monza 1932); GIUDICE, V. DEL, *La questione romana e i rapporti tra Stato e Chiesa fino a la conciliazione* (Roma 1947).

octubre de 1922 escaló el poder en Italia. Desde el principio se puso Mussolini con su partido enfrente del liberalismo, de la democracia malsana y de la masonería, y tomó una actitud bastante favorable a la Iglesia. Se impuso como obligatoria la enseñanza religiosa en las escuelas, se libró a los clérigos del servicio militar, se designaron capellanes militares en el ejército, se restableció el crucifijo en las escuelas, hospitales y tribunales; se reconocieron legalmente los días festivos.

Preparado así el terreno, comenzaron las negociaciones. En dos años y medio de laboriosa gestación, se llegó al fin deseado el 11 de febrero de 1929, poniendo la firma al tratado y al adjunto concordato. Este fué un cambio substancial en la vida religiosa y política del pueblo italiano. No faltaron roces entre los derechos de la Iglesia y las aspiraciones absorbentes del partido; pero la buena voluntad triunfó de todas las dificultades.

Las relaciones con Francia mejoraron notablemente. Sin embargo, llegó un momento en que el Santo Padre tuvo que proceder con energía contra el grupo nacionalista de la "Action Française", dirigido por Carlos Maurras, al que seguían muchos monárquicos de las más rancias familias francesas, muchos sacerdotes y religiosos. El 5 de febrero de 1926 el papa condenó el partido y su periódico por las tendencias y doctrinas peligrosas de sus directores. Por un momento se produjo una crisis espantosa. Varios católicos de rancio abolengo, por no abdicar de su pretendido legítimo credo político, quedaron excomulgados. Poco a poco se fueron apaciguando los ánimos [44].

b) *Labor religioso-científica.*—El Padre común de todos los fieles, como medio de hacer reinar en todos la paz de Cristo e instaurar el reino de Cristo, ha invitado a acudir a Roma al mundo católico en tres ocasiones solemnes: el Año Santo de 1925, para celebrar el jubileo; el año 1929, con ocasión del jubileo sacerdotal del papa; el año 1933, para conmemorar el centenario de nuestra redención. En las tres ocasiones fueron inmensas las muchedumbres que acudieron a los pies del Padre común, el cual en esta ocasión y en otras supo preparar a los peregrinos espléndidas fiestas religiosas con las canonizaciones y beatificaciones. Entre las numerosas canonizaciones de Pío XI figuran las de Santa Teresita del Niño Jesús, la del doctor de la Iglesia San Pedro Canisio, la de la madre Magdalena Sofía Barat, la de San Juan Eudes, la del cura de Ars, San Juan Vianney; la de los doctores de la Iglesia San Roberto Belarmino y San

[44] FONTAINE, *Sainte-Siège, Action Francaise et catholiques intégraux* (París 1928).

Alberto Magno. Como aliciente especial de peregrinos, en 1925 preparó la famosa *Exposición Vaticana de Misiones* para el Año Santo, fiesta que coronó con la institución de la fiesta de Cristo Rey, proclamada por la encíclica *Quas primas*, del 11 de diciembre de 1925 [45].

Para intensificar la vida cristiana y ayudar al clero en su labor de implantar el reino de Cristo, Pío XI organizó la acción católica de los seglares, que siempre tuvo en el corazón durante toda su vida; esta colaboración del elemento seglar en la obra del apostolado de la Iglesia a las órdenes de la jerarquía es capital para los tiempos modernos [46].

Como sabio que era, Pío XI se propuso en una serie de encíclicas magistrales sentar los principios católicos para los diversos sectores y clases de la sociedad, impulsándolos a la perfección cristiana en su estado respectivo. A este género pertenecen las encíclicas *Casti connubii*, del 31 de diciembre de 1930, en que trata de la santidad del matrimonio. Para celebrar el año cuadragésimo de la encíclica de León XIII *Rerum novarum*, publicó Pío XI el 15 de mayo de 1931 su encíclica *Quadragesimo anno*, recalcando y completando las ideas de León XIII. Para organizar de nuevo los estudios eclesiásticos y ponerlos al tanto de las exigencias modernas y preparar especialistas y escritores, Pío XI dió el mismo año 1931 su célebre constitución *Deus scientiarum Dominus*, que abre una nueva era en los estudios universitarios eclesiásticos y en el modo de ser de las universidades de la Iglesia. Sobre la santidad, dignidad y deberes sacerdotales lanzó su encíclica *Illius divini Magistri*. Para salir al paso a los errores comunistas, publicó en 1937 la bula *Divini Redemptoris*, refutando y condenando largamente el comunismo. La otra tendencia opuesta, el nacionalsocialismo, en su exageración racial y estatolátrica, quedó condenada en la encíclica del mismo 1937 *Mit brennender Sorge* [47].

c) *El papa de las misiones*.—Este es el epígrafe con que se han publicado muchos artículos, para indicar la labor sobresaliente del pontificado de Pío XI en el campo misional. Además del impulso que en este siglo habían tomado las misiones, Pío XI procuró acelerarlo, con el fin de reparar las pérdidas y heridas de la primera guerra. Con ocasión del Año Santo de 1925, quiso que la Exposición Vaticana de Misiones fuese una lección viva y un acicate para tantos miles de peregrinos que habían de acudir a Roma. La lección fué provechosa en primer término al mismo papa, quien, con el alma abrasada por el celo en vista de tanta desolación en el campo misional y de tanta falta de brazos para recolectar tanta mies, publicó su magistral encíclica *Rerum Ecclesiae*, que es un programa completo de misiones. El auge que las llamadas obras pontificias tienen en la actualidad, en gran parte se debe al papa Pío XI. Después hablaremos sobre ello [48].

d) *Amarguras*.—Muchas han sido las amarguras que el papa Pío XI tuvo que devorar durante su pontificado y muchas las espinas que llevó a la tumba, clavadas en su corazón de padre.

El comunismo ateo, con sus organizaciones de los *Sin-Dios*, que desde la revolución soviética de Rusia ha sembrado de ruinas religiosas, morales y aun materiales aquellas dilatadas regiones, y que ha estado amenazando constantemente invadir el mundo entero, ha angustiado penosísimamente el ánimo del Santo Padre durante todo su pontificado. ¡Cuánto sacrificio y anhelo ha derrochado su corazón para poner remedio a tanto mal de hambres y miserias morales y materiales! [49]

En Méjico, la revolución estalló sangrienta, sobre todo desde el año 1925, en tiempo de Calles. Con la excusa de poner en ejecución la Constitución atea de 1917, desencadenó una furiosa persecución contra los católicos, y en especial contra los sacerdotes y el culto católico. En represalias, el episcopado decretó una especie de entredicho en toda la república; pero esta medida no fué muy del agrado del Santo Padre, pues a la larga pudiera producir más daños que provechos en los mismos fieles. Muchas fueron las víctimas de esta persecución. En 1929 se llegó por el momento a un *modus vivendi;* pero las medidas persecutorias y de descristianización del pueblo, que se refieren principalmente

[45] AAS (1926), *Quas primas*. Los jubileos del 1925, 1929 y 1933 fueron solemnizados con espléndidas fiestas y canonizaciones, en que el pontificado de Pío XI ha sido fecundo.

[46] COVAGNA, A. M., *Pío XI e l'Azione Cattolica* (Roma 1929); CREMERS, W., *Die Kathol. Aktion* (Ratisbona 1929); CIVARDI, *Manual de Acción Católica* (traducción) (Barcelona 1940); SÁNCHEZ DE LAS MATAS, *La Acción Católica y sus ramas* (Madrid 1941); VIZCARRA, Z., *Curso de Acción Católica* (Madrid 1942).

[47] Los textos de estos documentos pontificios se hallan en AAS en el año correspondiente. Cf. también SALVATORELLI, L., *Pío XI e la sua eredità pontificale* (Turín 1939). La Acción Católica Española ha publicado estos documentos.

[48] OLICHON, *Pie XI et les missions* (París 1928); TRAGELLA, *Pio XI, papa missionario* (Milán 1930). Casi todas las revistas de misiones, como *El Siglo de las Misiones*, han tratado este tema.

[49] Cf. WILLIANSON, *The story of pope Pius XI* (Nueva York 1931). En el ánimo de todos está la preocupación del papa Pío XI por las miserias de Rusia y por los peligros de Rusia para la paz y religión de todo el mundo.

a la enseñanza laica y a la educación libertaria, prosiguieron haciendo riza en las almas[50].

En el extremo occidental de Europa, los soviets eligieron como campo de sus propagandas a España. El 14 de abril de 1931, la revolución se apoderaba del poder, como referimos en otro capítulo. El Santo Padre, con el corazón transido de dolor, protestó repetidas veces contra tantas iniquidades.

Algo después, Alemania, que en 1933 concluía un concordato con la Santa Sede, comenzó a preocupar al Santo Padre por la orientación anticatólica y atentatoria contra los derechos de la familia y de la Iglesia que iba tomando el partido de A. Hitler en sus aspiraciones racistas y totalitarias. Sus sentimientos los manifestó el papa en su encíclica *Mit brennender Sorge* y en otras ocasiones.

Estas espinas de las persecuciones de Rusia, Méjico, España y Alemania se llevó el papa al sepulcro. En circunstancias bien tristes y delicadas, cuando aun no había terminado nuestro glorioso levantamiento nacional y guerra de liberación de España, emprendida en julio de 1936; cuando resonaban ya en Europa los preparativos de la segunda guerra mundial, expiraba Pío XI el 10 de febrero de 1939.

CAPÍTULO III

La Iglesia y el Estado en los diversos países

En el siglo XIX, las relaciones entre la Iglesia y el Estado en casi todos los países han girado en torno a las tendencias liberales, hijas de la revolución, entreveradas con ciertos conatos de restauración más o menos absolutista al estilo del siglo anterior, que trataban de negar o absorber los derechos de la Iglesia. Los poderes liberales han pretendido envolver en sus mallas a la Iglesia, para hacer de ella una extraña o una esclava.

En lo que llevamos del siglo XX, después de las dos guerras mundiales, los factores que se disputan la hegemonía del mundo, después de vencidos los estados totalitarios, son la antigua democracia, más o menos liberal y masónica, y el comunismo ateo en sus múltiples manifestaciones. El campo

[50] GIBBON, *México under Carranza* (Nueva York 1929); *Note e documenti intorno alla persecuzione religiosa nel México* (Roma 1927); CUNEO, *Le Mexique et la question religieuse* (Turín 1931); DIVINIE, *Les phases de la persécution au Mexique* (París 1929).

de lucha de la Iglesia con esos poderes se ha concentrado principalmente en los puntos básicos de la enseñanza, la familia, la cuestión social. En varias naciones ha sido a veces una persecución abierta contra todo catolicismo o contra toda religión. Los Estados se han empeñado en la secularización de la sociedad y de todas sus actividades, en la descristianización del pueblo o a lo menos de la vida pública. En esta lucha, en que la Iglesia se ha visto despojada de su dominio temporal y hasta de sus más primordiales derechos, ha surgido en medio de su despojo más ennoblecida, más espiritualizada, más respetada hasta de sus mismos perseguidores.

I. LA IGLESIA Y EL ESTADO EN FRANCIA[1]

En tres etapas se puede dividir este período en Francia: el primero es de restauración, caracterizado por varios cambios políticos y la lucha por la libertad de enseñanza; corre hasta 1850. El segundo comienza con el segundo imperio, en que católicos, liberales y ultramontanos o tradicionales luchan por implantar sus tendencias; con las violencias de la *Commune* se inaugura una era de persecuciones, en que las víctimas son las Congregaciones religiosas. Se llega hasta la separación entre la Iglesia y el Estado; corre hasta la guerra europea.

El tercero es de resurgimiento religioso, por una parte, y de restablecimiento de relaciones con la Santa Sede, mientras por otra los partidos políticos, y sobre todo el socialismo, preparan la ruina de Francia en la última guerra.

1. **Restauración.**—a) *Concordato.*—En efecto, algunos grandes literatos, como Chateaubriand, con su *Genio del cristianismo*, y Felicitas Lamennais, con su *Essai sur l'indifférence en matière de religion*, prepararon el ambiente ideológico en favor del catolicismo, mientras se notaba ya

[1] FUENTES.—Además de las colecciones de fuentes de Pío VI, Pío VII y demás pontífices ya indicados, pueden verse: PACCA, CARD., *Oeuvres complètes*, trad. de M. QUEYRAS, 2 vols. (París 1845); GUIZOT, *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, 8 vols. (París 1857-1858); LAMBRUSCHINI, CARD., *La mia Nunziatura di Francia* (Bolonia 1934).

BIBLIOGRAFÍA.—NETEMENT, A., *Histoire de la Restauration*, 8 vols. (París 1860-1872); THUREAU-DANGIN, *L'Église et l'État sous la monarchie de Juillet* (París 1880); DEBIDOUR, A., *Histoire des rapports de l'Église et de l'État en France de 1788 à 1870* (París 1898); WEILI, G., *La France sous la monarchie constitutionelle* (París 1902); ID., *Le catholicisme français au XIX[e] siècle* (París 1907); LA GORCE, P. DE, *Histoire du second Empire*, 7 vols. (París 1894-1905); ID., *La Restauration (1814-1830)*, 2 vols. (París 1926-1928); DESDEVIZES DU DESERT, G., *L'Église et l'État en France*, 2 vols. (París 1907); FE-

un retoñar de nuevos institutos religiosos. Por otra parte, Luis XVIII, al subir al trono, trató de poner remedio y orden en el caos producido; inmediatamente entabló negociaciones con el papa, que dieron por resultado el concordato de 1817. Tenía como base el concordato de Francisco I: restablecimiento de las antiguas sedes, supresión de los artículos orgánicos, etc. Era demasiado retroceder. El concordato llegó a firmarse por el rey; pero los decenios del pasado libertinaje habían dejado honda huella, y el pueblo no se avenía a las vías de fuerza por las que entraba el nuevo régimen. El concordato fracasó por la oposición de las Cámaras, y la Iglesia de Francia se organizó a base del concordato napoleónico; las diócesis se fijaron en 80, se establecieron seminarios y cabildos y se admitieron algunas Congregaciones religiosas. Pero también revivió el galicanismo con sus libertades galicanas [2].

Carlos X (1824-30) dictó una serie de disposiciones de carácter marcadamente católico, aunque de tonos absolutistas e intransigentes, por lo cual se desencadenó la furia de los revolucionarios. Tales fueron: la ley de prensa y la llamada ley de sacrilegio a favor de los bienes eclesiásticos. El odio político atacó primero a la religión como patrocinada por el Estado, y sus primeras víctimas fueron los eclesiásticos. Inauguró la campaña el conde Montlosier en 1825, publicando una serie de artículos, en que pintaba a los jesuítas como pérfidos e ilegalmente restablecidos; después los denunció ante los tribunales reales y ante las Cámaras [3].

RET, P., *Histoire diplomatique: la France et le Saint-Siège sous le premier Empire. La Restauration et la monarchie de Juillet, d'après les documents officiels et inédits*, 2 vols. (París 1911); GUICHEN, E. DE, *La France morale et religieuse sous la Restauration*, 2 vols. (París 1911); MOURRET, F., *Le mouvement catholique en France de 1830-1850* (París 1917); BRUGERETTE, J., *Le prêtre français et la société contemporaine: I. La Restauration catholique* (París 1933); WEIL, G., *Histoire du catholicisme libéral* (París 1939); OMODEO, A., *La cultura francese nell'età della Ristaurazione* (Milán 1946); GUILLEMIN, H., *Histoire des catholiques français au XIX[e] siècle* (París 1947); DANSETTE, A., *Hist. religieuse de la France contemporaine*, I (París 1948); POULET, D. CH., *Histoire de l'Eglise de France*, III (París 1949); SEVERIN, E., *Les missions religieuses en France sous la Restauration (1815-1830)* (Saint-Mande 1948); BURY, J. P. T., *France 1814-1940* (Londres 1949); DUBENTON, L., *La Restauration et la monarchie de Juillet* (París 1949).

[2] FERERT, *Le concordat de 1817*, en «Rev. Q. Hist.» (1902); GIRAUD, V., *Le christianisme de Chateaubriand* (París 1925); LE MARCHAN, *Un concordat oublié*, en «Rev. Q. Hist.» (1923), pp. 62-126 s.; AUNÓS, E., *La vida portentosa de Chateaubriand*, en «Escorial», 15 (1944), 163-193.

[3] BARDOUX, *Le comte de Montlosier et le gallicanisme* (París 1881); LA GORCE, P. DE, *La restauration. Charles X* (París 1910), y otras obras ya citadas.

b) *Libertad de enseñanza, etc.*—El liberalismo se instaló en el gobierno con el ministro Martignac. Desde entonces la lucha versa alrededor de la enseñanza. Su primer resultado fué excluir a los jesuítas de la misma. También a toda enseñanza de los religiosos se le pusieron varias trabas: sus alumnos no podían pasar de 20.000, y los directores tenían que ser aprobados por el rey [4].

Con el ministerio Polignac se produjo una reacción; pero ciertas medidas, como la supresión de la libertad de prensa, provocaron la revolución de julio de 1830. Carlos X fué destronado y ocupó el trono de Francia Luis Felipe (1830-48), hijo de Felipe Igualdad. Las pasiones sectarias se desfogaron contra la Iglesia; se apedrearon procesiones, se derribaron cruces, se saquearon iglesias. Pero estas pasiones fueron calmándose, y Luis Felipe se fué acercando a la Iglesia. Por otra parte, la reacción católica fué consoladora, constituyendo la segunda etapa más pujante de la restauración católica. Entre las figuras más salientes destaquemos a Montalembert y Alfredo Faloux, como escritores; a los confeferencistas de Notre Dame PP. Lacordaire, O. P.; Ravignan y Félix, S. I., y a los hombres de acción, como Rozaven, Dupanloup y Ozanam [5].

Bajo la dirección de Felicitas Lamennais se fundó el periódico *L'Avenir*. Los principales colaboradores fueron Montalembert, Lacordaire, Gerbert, Salinis y Rohrbacher. Su lema era la emancipación de la Iglesia, la emancipación social y política del pueblo, la emancipación cristiana de los pueblos. La Iglesia debía arrojar el yugo del Estado. El periódico obtuvo un éxito extraordinario, debido a su audacia en el ataque y a la destreza de las plumas de sus redactores; pero, por desgracia, se metieron por terrenos vedados. Para libertar a la Iglesia, patrocinaban la separación entre la Iglesia y el Estado, la libertad de enseñanza, de prensa, de conciencia.

c) *Liberalismo católico.*—Este liberalismo católico era peligroso y erróneo. Lamennais veía en la separación entre la Iglesia y el Estado el mejor medio de liberación. Ante tales ideas, Gregorio XVI se vió en la precisión de condenar el periódico *L'Avenir*, como lo hizo el 15 de agosto de 1832 por la encíclica *Mirari vos*, en que exponía los peligros del indiferentismo religioso. Los dirigentes en general se sometieron; pero Lamennais apostató poco después, hasta caer en una

---

[4] BOURNICHON, J., *La Compagnie de Jésus en France. Histoire d'un siècle* (París 1914); L. DE GRANDMAISON, *La Congrégation* (París 1890).

[5] LECANUET, E., *Montalembert d'après son Journal*, 3 vols. (París 1899-1901); NARFON, J. G. DE, *Montalembert et Veuillot* (París 1914); LALLEMAND, P. DE, *Montalembert et ses amis* (París 1927).

forma de panteísmo, y fué personalmente condenado el 22 de junio de 1834 por la encíclica *Singulari Nos* [6].

En el programa de *L'Avenir* había un punto capital, que desde 1840 hasta 1850 pasó a primer plano: era la cuestión de la enseñanza, cuyo monopolio lo tenían las universidades. Desde 1831 el ministro Guizot se propuso la reforma. Por ley del 28 de julio de 1833 se suprimía el monopolio en las escuelas primarias. Desde 1840 los católicos emprendieron una campaña a fondo por la libertad de enseñanza. Apareció bajo la dirección de Rohrbacher un libro intitulado *Le monopole universitaire dévoilé*. También el jesuita Deschamps publicó su *Le monopole universitaire destructeur de la religion*. El periódico *Le Correspondant* y Luis Veuillot en *L'Univers* intensificaron la lucha. Pero la Universidad y los ateos desviaron en parte la agresión, atacando a su vez a los jesuítas. Eugenio Sué lanzó al público su novela *Le juif errant*. El P. Ravignan salió a la defensa de sus hermanos con su obra *De l'éxistence et de l'Institut des jésuites*. Con estas polémicas el partido católico cobraba cohesión y fuerza. También el episcopado formó bloque: el obispo de Langres, Mgr. Parisis, se distinguió por su ardor. Prelados y eclesiásticos tenían a honra verse citados ante los tribunales por tan gloriosa causa. El adalid católico Montalembert y el liberal Dupin se enfrentaron en las Cámaras; pronto entró en escena también el ardoroso sacerdote Dupanloup. Con esta campaña, el Consejo de instrucción quedó modificado; el edificio del monopolio se resquebrajaba. Al caer el ministro Villemain, el curso de Quinet en el Colegio de Francia fué suspendido. Sin embargo, el nuevo proyecto general de 1847 volvió a poner restricciones a la enseñanza libre. Y es que, como dice De la Gorce, tanto los consejeros como las Cámaras creían ver en la Universidad el espíritu del progreso moderno y en las Congregaciones docentes las ideas retrógradas [7].

En 1843 sólo había en las Cámaras un representante de la enseñanza libre, Montalembert; en 1846 eran ya 146 miembros. La revolución de 1848, que trajo primero la segunda república y al poco tiempo el segundo imperio con Napoleón III, no era sectaria. Al contrario, al subir Luis Napoleón a la presidencia en 1849, se apoyó en el partido católico y llamó al ministerio de Instrucción a Falloux, quien

[6] LAVEILLE, P., *Jean M. de Lamennais*, 2 vols. (París 1903); DUDON, P., *Lamennais et le Saint-Siège* (París 1911); BOUTARD, EH., *Lamennais. Sa vie et ses doctrines*, 3 vols. (París 1905-1913); HARISPE, P., *Lamennais. Drame de sa vie sacerdotale* (París 1924); DUINE, F., *Lamennais, sa vie, ses idées, ses ouvrages* (París 1922).

[7] Fuera de las fuentes abundantes sobre esta cuestión de la libertad de enseñanza en Francia, cf. GRIMAUD, *Histoire de la liberté d'enseignement* (París 1902).

presentó el proyecto de libertad en la enseñanza secundaria. La discusión la llevaron Dupin por la Universidad y Dupanloup por la enseñanza libre. El proyecto fué votado; es la famosa ley Falloux [8].

2. **El Imperio. Napoleón III.**—El primer choque de la revolución de febrero de 1848 había costado la vida al arzobispo de París, Dionisio Affre, quien valientemente salió en medio de las barricadas del barrio de San Antonio como medianero de paz. El general Cavaignac triunfó de la revolución. Luis Napoleón subió a la presidencia, y en 1852 inauguraba el segundo imperio con el nombre de Napoleón III (1852-70). Apoyado en el partido católico, al principio hizo Napoleón una serie de concesiones; en 1848 intervino en favor del papa, desterrado en Gaeta; en 1850 pasó la ley Falloux y favoreció el desarrollo de los institutos religiosos y de enseñanza católica.

Al amparo de esta paz, los obispos pudieron celebrar sus concilios, como el de París, el de Reims, el de Tours, y tomar una serie de providencias que impulsaron la restauración y reorganización de los seminarios. En esta época de florecimiento, que sigue pujante a la restauración del imperio, surge una floración de institutos religiosos de enseñanza y para las misiones. En estos dos sectores Francia va con mucho a la cabeza en la Edad Moderna. Nombremos al arzobispo de Reims, cardenal Gousset, y al arzobispo de Burdeos, cardenal Donnet, como directores de este resurgir [9].

Pero en el campo político, después de votada la ley Falloux, los católicos se dividieron en dos ramas: los católicos liberales, con Montalembert y Falloux, a quienes sostiene también Dupanloup; y los ultramontanos, con Luis Veuillot,

[8] SALOMON, Mgr., *Dupanloup* (París 1904); MOURRET, *Le mouvement catholique en France de 1830 à 1850* (París 1927); PIOVANO, *Lotta dei cattolici francesi per la conquista della libertà d'insegnamento del 1814 al 1850* (Roma 1906).

[9] LA GORCE, P. DE, *Histoire du second Empire*, 7 vols. (París 1894-1905); HANNOTAUX, G., *Histoire de la France contemporaine (1870-1906)* (París 1906); DESPAGNET, *La République et le Vatican (1870-1906)* (París 1906); LECANUET, E., *L'Église de France sous la troisième Rép.*, 5 vols. (París 1907-1931); BOURGEOIS, E., *Rome et Napoléon III (1849-1870)* (París 1907); GOYAU, G., *Autour du catholicisme social*, 5 vols. (París 1907-1912); CALIPPE, CH., *Attitude sociale des catholiques français au XIXe siècle* (París 1911); COLLINS, R. W., *Catholicisme and the second French Republique (1848-1852)* (Nueva York 1923); MAURAIN, J., *La politique écclésiastique du second Empire (1852-1869)* (París 1930); ID., *Le Saint-Siège et la France (1852-1853). Documents inédits* (París 1930); PHILLIPS, C. S., *The Church in France (1848-1907)* (Londres 1936); AUBRY, O., *El segundo imperio*. Trad. por F. VALSIERRA (Barcelona 1943); DANTRY, J., *Histoire de la Révolution de 1848 en France* (París 1948); LEFLON, J., *L'Église de France et la Révolution de 1848* (París 1948); BOURGIN, G., *1848: naissance et mort d'une République* (París 1947).

Mgr. Pie y Dom Guéranger. Esta escisión apareció en la discusión misma de la ley y se acentuó en la cuestión política que ofrecía el nuevo régimen implantado en 1852. Los católicos liberales se opusieron tenazmente al nuevo régimen en gracia de las libertades, mientras los ultramontanos con Veuillot se adhirieron francamente. Los partidarios del régimen en *L'Univers* y los contrarios en *Le Correspondant* se atacaban sin piedad. Pero Montalembert va acentuando las ideas de la escuela liberal, hasta llegar en el Congreso de Malinas de 1863 a la fórmula de Lamennais, condenada por Pío IX: la Iglesia libre en el Estado libre [10].

Pero Napoleón, cuando creyó que no necesitaba ya del apoyo católico, adoptó medidas vejatorias contra la Iglesia, como después de la guerra contra el Austria en 1859. En su afán de reducir al papa a la impotencia, dejó libres las manos a Cavour para que consumara la iniquidad, aunque públicamente, cediendo a la presión de los católicos, aparecía como el protector del Pontificado. Las Ordenes religiosas seguían vejadas, y en 1864, al publicarse el *Syllabus*, permitió que la prensa se desbocara contra Roma. En 1870 se lanzó a la guerra contra Prusia, y la batalla de Sedán decidió la suerte del segundo imperio francés.

3. Tercera república.—a) *Primeras persecuciones.* Al terminar esta desastrosa guerra, se desencadenó la furia demagógica, y por algún tiempo, desde marzo a mayo de 1871, dominó la *Commune* de París con su furor anticlerical, que costó la vida al arzobispo Darboy y a unos 50 sacerdotes y religiosos, de los cuales varios han sido beatificados [11].

Sofocada la revolución, la Asamblea nacional, compuesta en su mayoría de católicos, eligió como presidente a Thiers (1871-3), quien manifestó sus simpatías por Pío IX, pero indicó su imposibilidad de ayudarle eficazmente. Bajo la presidencia de Mac-Mahon y con el ministerio duque de Broglie, los intereses católicos prosperaban. Se permitió la construcción de Montmartre, se crearon los capellanes castrenses, se otorgó la facultad de erigir universidades libres con derecho de conferir grados por medio de un jurado mixto, compuesto de miembros de la Universidad del Estado y de la libre (1773-5).

Pero, desgraciadamente, los católicos andaban desunidos en la cuestión del poder temporal del papa y en la del régimen en Francia; el fracaso del conato por restaurar la mo-

[10] JEANJEAN, *Montalembert, l'Église et l'Empire* (París 1913); KELLER, *L'encyclique du 8 décembre 1864 et les principes de 1789* (París 1864); DOM GUÉRANGER, *Essais sur le naturalisme contemporain* (París 1858).

[11] GURIAN, *Die politischen und socialen Ideen des französischen Katholicismus (1789-1914)* (Munich 1929).

narquía en el conde de Chambord repercutió contra los católicos, y se recrudecieron las medidas hostiles a la Iglesia. El triunfo de Gambetta en 1879, con su lema "Le créricalisme, voilà l'enemi", marca el comienzo de las persecuciones religiosas en la tercera república; en 1880 se votó la *ley Ferry* contra la enseñanza de las Congregaciones religiosas, y en particular contra la Compañía, a la que Ferry injustamente presentaba como extranjera en sus ideas y mandos y, por lo tanto, peligrosa para la patria y como no reconocida oficialmente. Mgr. Freppel, obispo de Angers, protestó enérgicamente contra tales calumnias; con todo, se decretó la expulsión de los jesuítas, y después se dió otro decreto obligando a los demás institutos a pedir al gobierno autorización para existir. El revuelo fué enorme; la mayor parte de las Congregaciones de hombres fueron disueltas, fuera de los cartujos y trapenses. Más de 200 magistrados dimitieron como protesta [12].

b) *Escuela laica. Leyes vejatorias.*—Pronto empezó la campaña por la instrucción obligatoria, gratuita y laica, tres cualidades que pérfidamente se eslabonaron. Era preciso comenzar por desterrar de la enseñanza a los religiosos y eclesiásticos. Prácticamente era tarea difícil, pues más de la mitad de los maestros eran religiosos: de 63.510, eran religiosos 39.401. Sin embargo, la ley pasó en 1886. Fué un rudo golpe para la Iglesia de Francia. Esta escuela laica fué cundiendo como lepra, y esta tendencia laicista se extendió a la legislación, a los hospitales y obras de beneficencia, a los cementerios, al ejército, a las escuelas normales, al matrimonio, al servicio militar de los seminaristas [13].

Como el pretexto de esta persecución era la conducta de algunos católicos en la cuestión del régimen, León XIII creyó que en bien de la religión se había de renunciar a las miras políticas. Por eso en su encíclica de 1884 *Nobilissima gallorum gens* recomendaba la táctica del *ralliement* o aceptación de la república como régimen gubernamental. Sobre todo en su encíclica *Immortale Dei* afirma que la autoridad no

[12] RAMBAUD, *Jules Ferry* (París 1903); BERTRAND, *Les origines de la III République* (París 1910); HOSSOTTE, L., *Histoire de la troisième République (1870-1910)*, 3 vols. (París 1910-1912); GOLDSCHMIDT, F., *Der Kulturkampf in Frankreich (1880-1914)*, 2.ª ed. (1918); BLATZ, H., *Die geistigen Kämpfe im modernen Frankreich* (1922); CAPERAN, L., *L'invasion laïque, de l'avénement de Combes au vote de la séparation* (París 1935); SAGOT DU VAROUX, *L'Eglise de France et la politique au temps présent* (París 1936); VERGNET, P., *Les catholiques dans la résistance* (París 1940); RECLUS, M., *Jules Ferry (1832-1893)* (París 1947); BAZOCHE, M., *Le régime légal des cultes en France* (París 1948).

[13] BAUDRILLART, A., *L'enseignement catholique dans la France contempor. Etudes et discours* (París 1910); TABERNIER, *Cinquante ans de politique. L'oeuvre d'irreligion* (París 1925).

está ligada a forma alguna determinada de gobierno. Poco a poco fueron presentando su adhesión al régimen varios partidos y sectores, como el mismo Lavigerie, arzobispo de Argel, en su célebre brindis, y los periódicos *L'Univers, La Croix, Le Monde*. Lo mismo hicieron una docena de obispos. En cambio, otros, como Freppel, decían que la república francesa no era una forma de gobierno, sino una doctrina sectaria. Con Mgr. Richard se presentó un término medio: proponía la unión, prescindiendo de las cuestiones políticas para defender solamente las religiosas. Así surgió por entonces la Unión de Francia con Chesnelong por jefe [14].

León XIII intervino de nuevo por su encíclica en francés *Au milieu des sollicitudes*, en que distingue entre gobierno constituído, que hay que aceptar, y sus leyes inicuas, que hay que combatir. Los jefes Piou, Lamy, De Mun, iban recibiendo adhesiones, *ralliés*. Pero los enemigos también andaban divididos en extrema izquierda y moderados. Las elecciones de 1893 dieron la victoria a los moderados con espíritu de tolerancia en materia religiosa. Poco duró la victoria, porque desde 1898 el espíritu anticlerical se acentuó vivamente. Desde 1900 a 1904 se abre otra segunda persecución rabiosa contra los institutos religiosos; los nombres de Waldeck-Rousseau y de Combes son demasiado conocidos como anticlericales. Entre 1903 y 1904 se cerraron más de 10.000 centros de enseñanza católica [15].

c) *Separación de la Iglesia y el Estado*.—En este ambiente de hostilidad, de secularización y descristianización tuvieron lugar los sucesos de 1904-5, que llevaron a Francia a la separación completa entre la Iglesia y el Estado. Ahora ocurrieron dos sucesos ruidosos: el primero fué un puntillo de fórmula en el nombramiento de los obispos. Combes quería que se dijese que el presidente nombraba *(nominavit)*, mientras el papa exigía que la fórmula dijese que el presidente presentaba *(nominavit Nobis)*. El segundo conflicto fué que en 1904 el presidente Loubet visitó en Roma al rey de Italia, excomulgado, donde estaba destronado el papa. Esta conducta movió al papa a lanzar una protesta; la respuesta de Francia fué la ruptura completa del Estado con la Iglesia.

El papa, los obispos, las multitudes, protestaron contra esta arbitrariedad gubernamental; pero inútilmente. En 1905

[14] TOURNIER, *Le cardinal Lavigerie et son action politique* (París 1913); DE CHEYSSAC, *Une page d'histoire politique. Le ralliement* (París 1909); PIOU, J., *Le Ralliement, son histoire* (París 1928).

[15] DE MUN, *La loi de suspects* (París 1900); DELAFOSSE, *Waldeck-Rousseau et son oeuvre*, en «Le Correspondant» (1907); SIMOND, *Histoire de la III République* (trata en el tomo III la presidencia de Faure, 1879-1899, y en el tomo IV la presidencia de Loubet, 1899-1906); LAFAIVRE, *La persécution depuis vingt-cinq ans* (París 1909).

la ley de separación fué votada y, en consecuencia, quedaba preconizada la libertad de cultos y retirada toda protección al culto católico. Se tendía a descristianizar a Francia. La misma ley de separación prescribía la formación de las llamadas "associations cultuelles", en que los seglares habían de administrar y dirigir lo referente a los cultos existentes. Esto significaba que la religión pasaba a ser una cosa privada, y las sociedades religiosas una entidad particular, sometida al control del Estado. El papa protestó contra esta ley en febrero de 1906 por la encíclica *Vehementer Nobis*. En agosto del mismo año prohibió a los católicos la creación de esas asociaciones de culto. La respuesta del gobierno fué la secularización de todos los bienes eclesiásticos: palacios episcopales, seminarios, colegios, escuelas, casas parroquiales. Se calculó en unos 410 millones el robo. Sólo el mero uso de los templos se permitió a los sacerdotes [16].

Sin embargo, no desmayó el espíritu francés. Los obispos en la conferencia de 1907 organizaron un comité para colectar subsidios para el culto, fundar seminarios, formar cajas de socorros a diócesis pobres, etc.

4. **Despertar católico**.—Así llegamos a la guerra europea de 1914 a 1918. El clero francés era escaso por lo difícil de su reclutamiento y de su educación seminarística; sin embargo, su formación y espíritu eran excelentes. Francia sufría la gangrena de la escuela laica, principalmente en los campos, donde no podía haber más escuela que la oficial; en cambio, en los centros populosos la enseñanza privada iba dando sus frutos. En concreto, durante la guerra los eclesiásticos dieron pruebas de un valor y patriotismo que llamó poderosamente la atención del mundo. Al terminar la guerra, todos vieron que las cosas no podían seguir así. La Asociación de excombatientes, que contaba entre sus afiliados millares de eclesiásticos, exigió del gobierno un trato más equitativo. Las relaciones con la Santa Sede fueron reanudadas; la embajada ante el Vaticano fué votada el 30 de noviembre de 1920. Mgr. Ceretti vino a París como nuncio y M. Lonnart fué a Roma como embajador.

Los esfuerzos sobrehumanos hechos por la Iglesia para contrarrestar la enseñanza laica, organizando escuelas y universidades privadas, daba sus frutos: tal era el despertar católico en las masas intelectuales y la formación de una selección cada vez más numerosa.

Una nube apareció en el campo católico, retoño de las luchas de régimen del siglo pasado: era el movimiento mo-

[16] LAMY, *La séparation de l'Eglise et l'Etat*, en «Revue des Deux Mondes» (1887, enero); CHAPON, *L'Eglise de France et la loi de 1905*; GUERRY, MGR., *L'Eglise catholique en France sous l'occupation* (París 1947).

nárquico orleanista de la "Action Française". Pío XI se vió obligado a condenar las doctrinas y tendencias de sus directores, el principal de los cuales, Carlos Maurras, sin fe religiosa, tan sólo veía en el catolicismo una base de orden tradicional para su nación. Después de un período de crisis aguda, los espíritus se han ido calmando. También el modernismo hacía riza en varios espíritus estudiosos, que la condenación del papa fué cercenando.

Por otra parte brotaba abundante cosecha del laicismo y descristianización en el auge amenazador que iba tomando el socialismo y comunismo. Dominaba en el mismo gobierno, que no tenía reparo en unirse con Rusia y prestar descarado apoyo a los españoles rojos (1936-1939) en la guerra de liberación.

Por desgracia, esta situación no ha variado substancialmente, y aun después de la segunda guerra mundial, desde 1945 a 1951, el poder e influjo del comunismo han ido en aumento. No obstante la participación en el poder de los elementos católicos y aun de la dirección del mismo gobierno por el M. R. P., el socialismo y comunismo se presentan hoy día como una insistente amenaza.

Si la parte oficial y pública presenta este aspecto, del que tanto se resiente el efecto descristianizador de las masas, no puede negarse una intensa actividad y un despertar católico entre una selección de la sociedad francesa. En la parte no ocupada por los alemanes, el corto período de 1940 a 1944 significó un respiro para el catolicismo, pues el general Pétain suspendió todas las leyes sectarias. Asimismo, el general De Gaulle, en agosto de 1944, envió a la Santa Sede un representante oficial de Francia. Por lo demás es un hecho que el catolicismo ha dado en los últimos decenios excelentes pruebas de vitalidad. Así, por ejemplo, el culto cada día más popular de los grandes santos modernos, el célebre cura de Ars y Santa Teresita del Niño Jesús. Particularmente digna de mención es la gran solemnidad celebrada en Lisieux en 1937 bajo la presidencia del entonces cardenal Pacelli, con ocasión de la solemne inauguración de la basílica dedicada a la santa.

No menos significativo del nuevo ambiente y del resurgir católico de Francia en nuestros días es el culto tributado a Nuestra Señora de Lourdes, del que fué el exponente más significativo el magno Congreso Eucarístico celebrado en 1935. Asimismo es de gran significación el entusiasmo manifestado en toda Francia con ocasión del Año Santo 1950, y en particular por las canonizaciones en él realizadas, sobre todo de Santa Juana de Valois. Pero más todavía son símbolo y expresión de la reacción católica de Francia la intensificación de las publicaciones de propaganda e investigación católica y la celebración de congresos o semanas de estudios y sociología, como los celebrados desde 1946 a 1950. Es interesante, por otra parte, el fomento del espíritu misional, por lo cual es un hecho que todavía en 1951 Francia sigue ocupando el primer puesto entre los países católicos, con cerca de 9.000 misioneros.

II. LA IGLESIA Y EL ESTADO EN ALEMANIA [17]

El Congreso de Viena no ordenó el desarreglo producido por la revolución y la secularización en la Iglesia alemana. En los mismos sectores eclesiásticos flotaban ideas enciclopedistas y febronianas.

Sin embargo, pronto se dibujó un grupo de eclesiásticos y obispos de sentir romano. Al mismo tiempo, el romanticismo literario e histórico, con sus tendencias medievalistas, avivó el amor a la Iglesia y asoció en la campaña pro Ecclesia a una porción de plumas de primera categoría. Baste citar al conde Leopoldo de Stolberg y su *Religionsgeschichte*, al infatigable polemista y genial escritor José Görres con su *Der Katholik* y sus *Blätter*, a Federico Schlegel con su *Chrisliche Geschichtsphilosophie*, y otros ilustres conversos. El resurgimiento se iniciaba.

Pero era de absoluta necesidad una ordenación de los asuntos eclesiásticos. Todos veían la necesidad y todos suspiraban por un arreglo, aunque las tendencias y los planes eran diversos. Los gobiernos buscaban justificar y ratificar sus procedimientos cesaropapistas; varios eclesiásticos propugnaban una Iglesia nacional en el sentido de las puntuaciones de Ems y de Wessenberg; otros más cuerdos dirigían sus ojos hacia Roma.

1. Concordatos.—Esta tendencia se impuso y se vino a la vía de concordatos, aunque después los gobiernos abusaran con sus artículos orgánicos.

a) *De Baviera.*—La primera nación que acudió a Roma fué *Baviera*. Varias fueron las tentativas; por fin, en 1815 fué enviado como negociador el obispo Von Häffelin. Co-

[17] BRÜCK, H., *Geschichte der kathol. Kirche in Deutschland* (Maguncia 1887-1889); LÜLMANN, CH., *Das Bild des Christentums bei den grossen deutschen Idealisten* (1901); GOYAU, G., *L'Allemagne relig. Le Catholicisme*, 4 vols. (París 1907); MEINERTZ, M.-SACHER, H., *Deutschland und der Katholizismus*, 2 vols. (1918); KISSLING, J., *Geschichte der Katholikentage*, 2 vols. (1920-1923); HERMELINK, H., *Katholizismus und Protestantismus in der Gegenwart*, 3.ª ed. (1926); SCHNABEL, F., *Deutsche Geschichte im XIX Jahrh*, 3 vols. (Friburgo 1930 s.); PANGE, J. DE, *L'Allemagne depuis la Révolution franç.*, 7.ª ed. (1947).

menzaron las negociaciones con Mgr. Mazio en 1816. Pero el ministro Mongelas no cesaba de intrigar y entorpecer las negociaciones. Cayó el ministerio Mongelas y se firmó el concordato en 1817. El reino quedaba dividido en dos arzobispados o provincias eclesiásticas: el arzobispado de Munich, con las sufragáneas de Augsburgo, Ratisbona y Passau; el arzobispado de Bamberga, con las sufragáneas de Würzburgo, Eichstätt y Espira. En el nombramiento de obispos el rey tenía el derecho de presentación, mientras el papa se reservaba la colación canónica; los obispos gozaban de libre administración en sus diócesis. Pero, después de firmarse el concordato, el gobierno bávaro retardaba su ejecución. Se tramaba un juego. Por fin, como anejo a la Constitución misma y al concordato salió el famoso *edicto de religión,* con tendencias josefinistas; una especie de artículos orgánicos [18].

No se hizo esperar la protesta de Roma. Los obispos, y en especial el de Bamberga, se negaban a prestar el juramento constitucional por causa de ese aditamento del *Edicto de religión.* Tuvo que dar el rey una declaración, llamada *Declaración de Tenernsee* (1821), en que aseguraba que su intención no era gravar las conciencias de los católicos con el juramento y que el concordato se observaría como ley del reino. La buena voluntad de Maximiliano allanó las dificultades ministeriales. Después Luis de Baviera (1825-48) condujo a Baviera a una época de prosperidad y paz, en que la *Atenas del Norte* floreció en artes y cultura, brillaron excelentes prelados, como Sailer, Wittmann, Nicolás Weis, Anton von Stahl, Carlos Augusto de Reisach, y se intensificó la vida religiosa. ¡Lástima grande que los últimos años de este romántico y generoso príncipe quedaran eclipsados por la pasión hacia la bailarina Lola Montes, a quien hizo condesa de Landsfeld! A la caída del ministro Abel, subieron los liberales, que comenzaron la campaña anticatólica [19].

b) *El Alto Rhin.*—En el Alto Rhin quedaban una porción de principados sometidos a gobiernos protestantes. Por iniciativa de Würtemberg, se juntaron en 1818 los delegados de Baden, Mecklemburgo, Hessen, Nassau y algunos otros príncipes y varias ciudades, como Frankfurt a. M., a una conferencia para deliberar sobre el arreglo de las iglesias. Decidieron negociar en Roma un concordato común. Fracasaron las primeras negociaciones con Consalvi; se repitieron las conferencias de Frankfurt hasta enero de 1821, y en marzo partía para Roma un proyecto de organización

[18] GEIGER, *Das bayerissche Konkordat von 5 Juni 1817* (Ratisbona 1918).
[19] ROSKOVANY, *Monumenta catholica,* III, pp. 632-704, 774, 778.

y dotación de sedes. Sobre esa base daba Pío VII en 1821 la bula de erección de la provincia eclesiástica del Alto Rhin, *Provida solersque;* por ella se creaba el arzobispado de Friburgo de Brisgovia para Baden, con cuatro sufragáneas, a saber, Rottenburg en Würtemberg, Maguncia para Hesse-Darmstat, Fulda para el electorado de Hessen y Sachsen-Waimar y Limburgo para Nassau y la ciudad de Frankfurt [20].

Consalvi hubiera preferido que Maguncia fuera metrópoli.

Los príncipes, no contentos con estos resultados, presentaron dos documentos con resabios febronianos, para que los firmaran los obispos respectivos. Firmaron cuatro obispos de los cinco primeros. Roma condenó tales exigencias y rehusó confirmar a los elegidos. El cardenal Della Somaglia les envió un severo aviso, y los gobiernos se vieron obligados a aceptar la bula de León XII *Ad dominici gregis custodiam,* del 11 de abril de 1827. Pero los gobiernos en 1830 respondieron con la publicación de una *Ordenación* territorial en 39 artículos, en los cuales la Iglesia quedaba sometida al poder civil. Varios fueron los atropellos que en esas regiones sufrió la Iglesia y varias veces hubo de protestar el papa [21].

c) *Prusia.*—Prusia, con el último reparto de Polonia, se había dilatado por el este; con la secularización del Rhin se extendió por el oeste. Se imponía un arreglo con la Santa Sede para crear una nueva organización eclesiástica en estas regiones.

Después de la segunda paz de París fué a Roma el consejero e historiador Niebuhr; las negociaciones fueron largas, porque luchaba la tendencia protestante de la soberanía del Estado con el sistema de concordatos. El 16 de julio de 1821 salía la bula *De salute animarum,* que Federico Guillermo III reconoció como estatuto obligatorio para los católicos prusianos. En ella se erigía la jerarquía. En la parte oriental se erigía el arzobispado de Gnesen-Posen, con los obispados de Culm, Ermeland y Breslau; en la parte occidental, el arzobispado de Colonia, con los obispados de Tréveris, Münster y Paderborn. Los obispos habían de ser elegidos por los cabildos.

Sin embargo, dadas las ideas dominantes entre los protestantes acerca de la soberanía del Estado aun en materia eclesiástica y de que el Estado es la fuente del derecho, se comprende que no faltaran intromisiones y trabas a la acción episcopal y a su correspondencia con Roma [22].

[20] ROSKOVANY, o. c., III, pp. 111-120.
[21] II, pp. 340-43.
[22] BIERBAUM, *Vorverhandlungen zur Bulle «De salute animarum»* (Paderborn 1922); NATTORP, *Die Neuordnung der kirchlichen Verhält-*

d) *Hannover.*—La creación del nuevo reino de Hannover exigía nuevo arreglo. En 1816 partió una misión para Roma, que comenzó las negociaciones el año 1817. Pero Hannover presentaba exigencias inaceptables. Por fin, a ejemplo de Prusia, se contentó con una bula de circunscripción, que se dió el 26 de agosto de 1824. Por ella se erigían los obispados de Osnabrück y Hildesheim. Si a esto se añade el vicariato del Norte, que comprendía Bremen, Lübeck, Hamburgo y Mecklemburgo con Dinamarca y el vicariato apostólico de Sajonia, se ve que entre 1815 y 1830 Alemania recobró su cuadro normal de jerarcas, gracias a los concordatos o arreglos de la Santa Sede con los distintos príncipes.

Mientras tanto, surgían pujantes centros de espíritu netamente romano, como Landshut al sur y Münster al norte.

2. **Los matrimonios mixtos.**—a) *El arzobispo de Colonia.* A despertar la conciencia católica en muchos espíritus josefinistas, febronianos o protestantizantes contribuyó el caso conocido en la historia con el nombre de conflicto de los *matrimonios mixtos* o *caso de Colonia.*

Cuando en 1814 Prusia tomó posesión de las provincias renanas y Westfalia, en su mayoría católicas, se pasó por alto el acta real de 1803, en que se prescribía que los matrimonios mixtos en Prusia educaran la prole en la religión de su padre; no convenía entrar enemistándose con los nuevos súbditos. Por lo tanto, en esa región seguía aplicándose el Derecho canónico, que para dar la dispensa de casarse exige en los matrimonios mixtos la promesa de educar a sus hijos en la religión católica.

Pero Prusia protestante vió pronto en los matrimonios mixtos un medio de *prusificar protestantizando* las nuevas regiones anexionadas. Los empleados, en su mayoría protestantes, se casaban con católicas. Por eso en 1825, por un decreto real, se ponía en vigor la declaración de 1803 en todo el reino.

Resistiéronse los párrocos a bendecir los matrimonios de quienes no prometiesen educar a sus hijos católicamente, y los obispos pidieron instrucciones al papa.

Naturalmente, Roma respondió manteniendo firmes los principios católicos. Así se expresó en el breve del 25 de marzo de 1830 Pío VIII y en la instrucción de Albani del día 27, aunque en lo accidental se hacían las posibles concesiones. El gobierno prusiano se vió contrariado, y confirió con el arzobispo de Colonia, Mons. Spiegel, sobre lo que se había de hacer. Spiegel, consultando a los sufragáneos de Münster, Tréveris y Paderborn, dió una explicación

nisse in Altpreussen durch di Bulle «De salute animarum», en «Theologie und Glaube», II (1910), pp. 450-58.

amplísima al breve pontificio, extendiendo excesivamente los casos en que el sacerdote se podía contentar con una presencia pasiva [23].

Así corrieron las cosas hasta que en 1835 fué nombrado arzobispo de Colonia Clemente Augusto de Droste-Vischering, el cual declaró que no estaba conforme con el proceder de su predecesor y que se atendría estrictamente a las prescripciones romanas. El gobierno prusiano creyó eliminar aquel estorbo recluyendo al arzobispo en la fortaleza de Minden el 20 de noviembre de 1837. El cabildo de Colonia, cediendo a las exigencias del gobierno, nombró un vicario capitular; pero Gregorio XVI, en el consistorio del 10 de diciembre, protestó contra estos atentados, hizo el elogio de Droste y condenó la conducta del gobierno prusiano en este punto como contraria a las prescripciones de Pío VIII.

La conciencia católica iba despertando. En general, los católicos se hicieron eco de las palabras del papa. El intrépido Görres lanzó su folleto *Athanasius,* cuyo título era un símbolo. Por la región renana circulaba un libro rojo contra Prusia.

b) *El arzobispo Martín von Dunin.*—Este conflicto de Colonia y la conducta de Clemente Droste despertó la conciencia del clero en el otro extremo de Prusia, en la Silesia, que desde 1803 venía obedeciendo con mejor o peor voluntad la declaración real sobre los matrimonios mixtos.

Así, pues, en 1837 el arzobispo Martín von Dunin, angustiado en su conciencia, propuso al gobierno, o que le dejasen seguir plenamente las normas de Roma, bien sea las dadas por Pío VIII para el Oeste, bien las dadas para Polonia por Benedicto XIV en 1748, o que se le permitiese pedir nuevas normas al sumo pontífice. Dunin no recibió respuesta. Entonces se dirigió directamente al rey con su petición; pero el resultado fué el silencio. Como, por otra parte, Gregorio XVI había reprobado la interpretación práctica que se había dado al breve de Pío VIII, el arzobispo, en una pastoral del 27 de febrero de 1838, prohibió al clero, bajo pena de suspensión, la asistencia a los matrimonios mixtos sin exigirles las cauciones.

El resultado fué que se citó al arzobispo ante el tribunal de Posen. Martín von Dunin, a quien el papa había alabado en una alocución del 13 de septiembre, rechazó el tribunal por incompetente. El 23 de febrero de 1839 fué condenado

[23] SCHRÖRS, H., *Die Kölner Wirren* (Berlín 1927). Los documentos están en ROSKOVÁNY, *De matrimoniis mixtis;* BASTGEN, O. S. V., *Die Verhandlungen... über die gemischten Ehen* (Paderborn 1936); sobre los matrimonios mixtos y la política de Prusia a este respecto, véase: GRISAR, J., *Die Allokution Gregors XVI, von 10 Dezember 1837,* en «Misc. Hist. Pont.», vol. 14, 441-560 (Roma 1948).

a dimitir sus funciones arzobispales y a seis meses de prisión en la fortaleza de Kolberg. Los obispos de Ermeland y Culm, aunque con formas más moderadas, dejaron también su práctica anterior. Sólo el príncipe-obispo de Breslau, Leopoldo von Seldnitzky, permaneció fiel al gobierno. En el año 1840 prefirió renunciar a su cargo y se pasó al protestantismo.

Estos hechos resonaron por todo el mundo con ecos de vibrante entusiasmo; se hablaba de los confesores de la fe Clemente Augusto von Droste-Vischering y Martín von Dunin. En la asamblea de Baltimore, los 12 obispos de los Estados Unidos expresaron en una circular su profunda admiración.

El 7 de junio de 1840, Federico Guillermo IV sucedía a su padre en el trono. El noble monarca traía el firme propósito de hacer justicia a todos, aun a sus súbditos católicos. De este modo, el 29 de julio podía volver a su diócesis Martín von Dunin, como lo hizo el 3 de agosto con gran júbilo del pueblo de Posen. En enero de 1841 se permitía a todos los obispos la libre comunicación con Roma, y en febrero se establecía en el ministerio de Cultos una sección para los católicos y desaparecía el *placet* regio.

Alguna mayor complicación ofrecía el caso de Von Droste. El rey se oponía a que volviera al gobierno de su diócesis; pero el papa tampoco quería exigir la renuncia de su sede a tan glorioso defensor de la fe. Contando de antemano con la generosidad y espíritu de sacrificio de Droste y en atención a su delicada salud, el papa le dió por coadjutor, con derecho de sucesión, y por administrador, a Juan von Geissel, obispo de Espira y arzobispo de Iconio *in partibus infidelium*. Droste-Vischering se contentaba con orar por sus ovejas y levantar sus brazos al cielo, como otro Moisés, por la victoria de los suyos. Así se expresaba en la pastoral en que presentaba al coadjutor en marzo de 1842. Como fruto de la paz conseguida, el rey de Prusia contribuyó a la terminación de la catedral de Colonia.

3. **El Kulturkampf.**—a) *Aires de libertad.*—La revolución de febrero de 1848 produjo en Alemania gran efervescencia. La autoridad civil se encontraba sin fuerzas y sin consejo; en cambio, la Iglesia había recobrado su vigor. En la Dieta de Frankfurt se pedía libertad para todos los credos: "Cada entidad religiosa puede organizar y administrar sus asuntos por sí misma." Por lo tanto, tampoco podía oponerse a la autonomía de la Iglesia católica, si bien, ilógicamente, coartaba la existencia de las Ordenes religiosas. Por todas partes, los obispos en sus memoriales y el pueblo pedían la libertad de acción para la Iglesia. El gobierno prusiano caminaba hacia la pacificación. Por la Constitución de 1848, Federico Guillermo IV concedía a los católicos el libre ejercicio del culto, la autonomía administrativa, la libertad de comunicación con su jefe supremo, el derecho de abrir escuelas y la libertad de asociación.

Al amparo de esta libertad comenzaron a pulular en Alemania las asociaciones que son tan del espíritu alemán. Adam Francisco Lenning, sacerdote de Maguncia, reunía 400 católicos y fundaba la *Piusverein*. Fué el origen de los grandes *Katholikentage (Días de los católicos* alemanes), que tanta gloria han dado a Alemania católica. Se desarrollaron los círculos católicos, fundados en 1846 por el antiguo obrero, ahora sacerdote, Adolfo Kolping; se fundaron conferencias de San Vicente de Paúl para fines benéficos, la *Bonifatiusverein* para la diáspora, la *Josephverein* para las misiones de los alemanes en el extranjero, la *Borromäusverein* para la buena prensa. Por otra parte, los obispos alemanes comenzaron a celebrar sus asambleas nacionales de Fulda.

Se abría una era de paz. El nuncio de Viale-Prela fué recibido en Berlín con grandes honores, y en el ministerio de Cultos se creaba el departamento católico. Todo auguraba relaciones amistosas. Por otra parte, desde 1862 los católicos hacían su aparición en la Cámara prusiana con 70 diputados: fué el primer núcleo del llamado *Centro alemán.*

Pero el anticlericalismo y antirromanismo de la Prusia protestante y de los liberales no podían descansar. El barón Von Runsen publicó su libro *Zeichen der Zeit* contra la reacción católica, libro que vino a constituir el breviario del anticlericalismo. Los liberales proyectaban una escuela nacional alemana en oposición a las escuelas confesionales. Empezaban a circular clamores contra las Congregaciones religiosas.

Pero en vísperas de una ruptura con Francia, Bismarck necesitaba contar con todos los prusianos unidos. Esta necesidad ataba las manos a Bismarck en Prusia, aunque las tenía bien sueltas para atizar la discordia en otros territorios y ensayar en ellos la lucha, que pronto se había de generalizar con el nombre pomposo de *Kulturkampf,* o lucha por la cultura.

b) *La hegemonía de Prusia.*—Efectivamente, el antagonismo entre Austria y Prusia, entre la gran Alemania que había presidido Austria y la nueva Alemania que trataba de fundar Bismarck sobre la preponderancia de Prusia, era ante todo político; pero Austria había represen-

tado el catolicismo y Prusia representaba el protestantismo. Todavía bullían estas dos ideas rivales. Los románticos y los historiadores católicos resucitaban las ideas del Sacro Romano Imperio; allí estaba Görres con su revista *Hojas Histórico-Políticas,* abogando por la unificación germánica, imperial, bajo la hegemonía de la católica Austria. En cambio, la escuela antagónica, conducida por el historiador Sybel y el jurista Bunts hli, personificaba la lucha contra el ultramontanismo. Su ideal era la *prusificación.* Contaban con dos órganos importantes: la *Revista Histórica,* de Sybel, y el *National Verein,* de Benningsen [24].

El primer ensayo del *Kulturkampf* se hizo en la provincia eclesiástica del Alto Rhin: Baden, Würtemberg, Hessen, Nassau. Al ser designado el ilustre G. M. von Ketteler para obispo de Maguncia, los católicos despertaron. En 1851, los obispos de la región, reunidos, pidieron a sus gobiernos libertad para educar el clero y dirigir sus diócesis. Se les dió por respuesta el silencio. Sin más, Ketteler abrió en Maguncia un seminario. En 1853 las Cortes denegaron la demanda de los obispos. Entonces Hermann Vicari, arzobispo de Friburgo, intimó a los miembros del Consejo Superior de Asuntos Eclesiásticos que no tenían por qué inmiscuirse en asuntos de la Iglesia, como son los nombramientos. Como respuesta, el estado de Baden envió al comisario Burger a examinar los escritos del obispo. Vicari excomulgó a Burger y a los miembros del Consejo Superior; el clero sostuvo a su arzobispo, y en particular los jesuítas, que fueron expulsados; pero la Europa entera estaba de parte de Vicari; se repetía el caso de Colonia [25].

El gobierno reflexionó y admitió la mediación de Ketteler; pero Bismarck era ya por entonces delegado prusiano en la Dieta de Frankfurt y acusó a Vicari de trabajar por Austria; de esta manera empujó al gobierno de Baden a una política de violencia. Vicari fué arrestado; pero ante la indignación general, al cabo de ocho días el gobierno levantó el arresto y entabló negociaciones, que llegaron a un arreglo con el cardenal Antonelli: los obispos recobraban sus derechos. En 1859 se firmó un concordato, a que fueron adhiriéndose Würtemberg y Nassau.

c) *Intromisiones en asuntos eclesiásticos. Baviera.*—El gobierno volvió a entrometerse en los nombramientos eclesiásticos y en la administración de los bienes de la Iglesia,

[24] BACHEM, J., *Preussen und die kathol. Kirche* (Friburgo 1887). BELOW, en su ensayo de historia de Alemania, sin pretenderlo nos da un *confirmatur* de esta prusificación intentada por Prusia en el Rhin y en el Este; BRAUBACH, *Der Aufstieg Brandemburg-Preussen (1640 bis 1815)* (Friburgo 1933).

[25] KISSLING, J. B., *Geschichte des Kulturkampfes in deutschen Reich,* 3 vols. (Friburgo 1911-1915).

llegando en 1868, durante el ministerio liberal de Jules Jolly, a dar una ley quitando a la Iglesia el derecho de enseñar; pronto quedaron suprimidos los institutos religiosos y sus establecimientos. Entonces los católicos se armaron con la resistencia pasiva. Como se ve, el gran ducado de Baden, aun antes de 1870, fué el terreno de experimentación del *Kulturkampf.*

El segundo campo de experimentación había de ser la católica Baviera. Como ya indicamos, el concordato de 1817 s do bastardeado por el edicto de religión [26].

En 1849, el arzobispo de Munich, Reisach, pidió al rey Maximiliano la vuelta al concordato; pero la comisión encargada de la revisión empeoró la situación por la adición de otros 20 párrafos. Los obispos se reunieron en Freising en 1850 y protestaron contra esta política antieclesiástica. Reisach fué sacado de Baviera y nombrado cardenal de Curia; pero Weis, obispo de Espira, tuvo la valentía de seguir su camino. Queriendo formar a sus seminaristas sin los peligros de la Universidad, abrió en 1865 un curso de teología, pero el ministro Koch hizo expulsar a los seminaristas.

Pronto salió a colación la cuestión escolar. Efectivamente, después de la batalla de Sadowa, el ministro bávaro Clodoveo de Hohenlohe, de tendencias anticlericales y antiaustríacas, propuso una ley escolar de secularización de las escuelas. Las protestas de los católicos se organizaron. Las *Hojas Históricopolíticas,* con su actual director, Jörg, orientaron la lucha. Según los católicos, aquel combate contra la Iglesia significaba un combate en favor de Prusia. Hohenlohe disolvió el Parlamento de 1869, cuya mayoría era católica. Pero se organizaron mítines de labradores católicos, y en noviembre nuevas elecciones llevaron a nuevo triunfo católico, de suerte que Hohenlohe tuvo que dimitir.

Sobrevino en esto la guerra franco-prusiana. Bismarck tuvo la osadía de solicitar del papa que influyese sobre el clero francés para desarmar la resistencia y sobre el clero y los católicos de Baviera y Silesia para que colaborasen a la unificación (prusificación) de Alemania. Naturalmente, el papa se negó a tales manejos indignos. Pero, terminada la guerra con la victoria prusiana y proclamado el imperio alemán el 18 de enero de 1871, Bismarck iba a ser omnipotente.

d) *Leyes persecutorias.*—Bismarck, vencedor por la eliminación total de los austríacos y por la victoria contra Francia, creyó llegado el momento de emprender la lucha contra los católicos de Prusia. El Dr. Virchow, uno de los

[26] VERUS, *Der Kulturkampf in Bayern* (Berlín 1890).

jefes del partido nacional liberal, fué quien bautizó esta lucha con el nombre injusto de *Kulturkampf,* como si la cultura y la civilización lucharan contra el retraso y barbarie de la Iglesia [27].

Un episodio de esta lucha fué el sostén de los llamados *católicos viejos,* pequeño e insignificante cisma nacido de la definición de la infalibilidad pontificia. Los obispos católicos prohibieron la enseñanza de la religión en las universidades y gimnasios a varios de estos profesores de teología y religión que seguían al rebelde Doellinger. Como rehusaron obedecer, los excomulgaron. Entonces el gobierno, que en los viejos católicos veía un medio de debilitar el catolicismo, se dispuso a apoyar a aquellos profesores. Como es natural, los párracos en sus sermones explicaban estas condenaciones, para que las conociese el pueblo. Bismarck vió llegado el momento, e hizo pedir por medio de Lutz, ministro de cultos en Baviera, una ley del Reichstag contra la predicación; así nació la primera ley persecutoria, llamada *Kanzelparagraph,* o *ley del bozal.*

En seguida vino el ataque a la enseñanza y a las Ordenes religiosas. En febrero de 1872, en favor de los viejos católicos depuestos por los obispos, se votó la ley que transfería a los seglares la inspección de las escuelas primarias, privilegio hasta entonces del clero. Por junio se declaró a los miembros de los institutos religiosos ineptos para la enseñanza, y los jesuítas, con ciertos institutos similares, como los lazaristas, redentoristas, Padres del Espíritu Santo y damas del Sagrado Corazón, fueron desterrados. Por su parte, el papa protestó de estos atropellos, y por dos veces rechazó como embajador al cortesano cardenal Hohenlohe.

La persecución culminó con las famosas *leyes de mayo* de 1873 y 1874, preparadas por Falk, ministro de cultos. Las cuatro leyes de mayo de 1873 pretendían transformar a los obispos y párrocos en meros funcionarios públicos del imperio; se exigía a todo candidato al sacerdocio que cursara tres años en la Universidad y pasara el examen de Estado; todo nombramiento había de ser comunicado a la administración civil superior; el poder disciplinar eclesiástico sólo podía ser ejercido por autoridades eclesiásticas alemanas, contra

[27] GOYAU, G., *Bismarck et l'Eglise. Le Kulturkampf,* 4 vols. (París 1911-1913). Particularmente sobre Bismark : LEFEVRE DE BEHAINE, *Léon XIII et Bismarck* (París 1899) ; BÖTHLIGK, *Bismarck und das päpstliche Rom* (Berlín 1911) ; SCHAEFER, D., *Bismarck,* 5.ª ed. (1928) ; SCHMITT, F. X., *Bismarck Abkehr vom Kulturkampf* (1930) ; QUINTANAR, MARQUÉS DE, *Bismarck, artífice de la tercera República francesa* (Madrid 1936) ; ROBERTSON, C. G., *Bismarck* (Makers of the XIXth cent.) (Londres 1947) ; LEHMANN, M., *Bismarck. Eine Charakteristik* (1948) ; REUMONT, A. L., *Windhorst,* 2.ª ed. (1920) ; BACHEM, K., *Vorgeschichte, Geschichte und Politik der deutschen Zentrumspartei,* 8 vols. (Colonia 1929-1931).

cuyas decisiones quedaba siempre el recurso a la autoridad civil, y quedaba coartada la facultad de imponer penas, como excomunión pública o deposición de párrocos. Al año siguiente, en 1875, se determinó la manera de actuar contra las transgresiones de dichas leyes; los prelados refractarios serían destituídos, y los cabildos elegirían en el espacio de diez días otro obispo; en caso de desobediencia, quedaban privados de sus dotaciones y se nombraba un comisario del Estado, que administrase los bienes temporales del obispado, a quien habían de acudir los párrocos. En las parroquias patronales, el patrono podía nombrar el cura, y en las no patronales diez electores podían convocar una reunión de parroquianos para elegir su párroco. Se preveía también el caso nada hipotético en que el obispo desterrado continuara administrando su diócesis por medio de un mandatario. En este caso se imponían de diez meses a dos años de prisión a todo el que sin permiso del Estado ejerciera funciones episcopales; los sacerdotes que los obedeciesen pagarían 100 talers de multa y un año de prisión [28].

e) *Resistencia católica. El Centro.*—Las leyes ataban bien todos los cabos y no escatimaban penas: deposición, confiscación, prisión, internamiento, destierro. Pero también la resistencia católica se organizó. Es cierto que los obispados y las parroquias vacantes se multiplicaban; en 1874 fueron internados los obispos Ledokowski, de Gnesen-Posen; Eberhardt, de Tréveris, y Melchers, de Colonia. En 1875 fueron depuestos Martín, de Paderborn, y Förster, de Breslau; en 1876, Brinckmann, de Münster, y el arzobispo de Colonia, y en 1877, Blum, de Limburgo. Pero Roma había provisto a toda eventualidad; cada obispo debía transmitir a la Santa Sede una lista de sacerdotes que sucesivamente substituirían en la administración de la diócesis a los que iban cayendo víctimas de la persecución. También envió 380 ejemplares de facultades con dispensas matrimoniales para cierto número de deanes. De esta suerte se gobernaban las diócesis.

Providencialmente, el Centro contaba en el Parlamento con cuatro personalidades de alta talla: L. Windhorst, llamado *la Pequeña Excelencia,* de gran habilidad polémica, muy temible en las disputas parlamentarias; Hermann von Mallinckrodt y los hermanos Pedro y Augusto Reichensperger. La orden del jefe Windhorst fué la resistencia pasiva.

Las elecciones de 1877 demostraron que el Canciller de Hierro comenzaba a flaquear, ya que el partido liberal perdió 25 puestos. León XIII, al subir al trono en 1878, anunció

[28] El testaferro de Bismarck para dar estas leyes fué Falck, el ministro de Cultos. Cf. FORSTER, *Adalbert Falck. Sein Leben und Wirken als preussischer Kultusminister* (Gotha 1927).

su elección al emperador, manifestándole el dolor de la lucha y el deseo de reanudar las relaciones. Efectivamente, Bismarck, con pasmo de todos, se entrevistó con Mgr. Mazella, nuncio de Munich, en Kissingen; se puso al habla con el cardenal secretario Franchi, y en 1879 inició las negociaciones oficiales con Jacobini, nuncio en Viena. También el papa, en un breve al obispo de Colonia, indicaba su disposición de hacer algunas concesiones. Por táctica política, Bismark pretextaba no tener prisa y que sólo se trataba de un *modus vivendi.* Empezó por presentar algunos proyectos de arreglo; pero el Centro los rechazaba por insuficientes. En 1882 se presentó un proyecto de ley que pasó por encima del gobierno gracias al Centro en unión de los conservadores. En él se autorizaba al gobierno a llamar a los obispos depuestos. Bismarck había dicho solemnemente a los embajadores en 1872: *Nosotros no iremos a Canosa,* aludiendo a la humillación de Enrique IV. Pero lo cierto es que poco a poco iba caminando hacia Canosa. Entre el Vaticano y Bismarck se iba acortando la distancia. Bismarck hacía a León XIII el honor de elegirle como árbitro en la cuestión con España sobre las Carolinas, y a su vez León XIII resolvía amigablemente el conflicto de Colonia, creando a Melchers cardenal de Curia y nombrando en su lugar para arzobispo de Colonia a Krementz, que era grato al Canciller de Hierro. Falk, el ministro de cultos, hubo de dimitir en 1879. Los obispos volvieron a las diócesis. Por fin, en 1886 se llegó a una revisión de las leyes de mayo; se suprimieron los tres años de estudio universitario para los seminaristas y el examen de Estado, se permitió la apertura de seminarios y convictorios para su formación, quedó suprimido el derecho de apelación.

Bismarck quería subordinar la revisión de estas leyes al apoyo que le prestara el Centro en su plan septenal militar y acudió con esta pretensión al Vaticano; pero Windhorst se opuso, alegando que el Centro no obedecía al papa en cuestiones meramente políticas. De este modo supo eludir el compromiso. En 1887 se vino a otra revisión de las leyes de mayo; el artículo 5.º autorizaba al ministerio para abrir la puerta de Prusia a las Ordenes religiosas. Efectivamente, en 1894 entraron los redentoristas y Padres del Espíritu Santo, si bien el Consejo federal mantuvo todavía la ley contra los jesuítas.

Bismarck perdió el favor y la confianza del emperador, y desde 1890 hasta 1898, en que murió, llevó una vida obscura y retirada de todo cargo público.

4. Luces y sombras.—Los efectos de esta persecución fueron en gran parte benéficos, pues la Iglesia quedó libre

del servilismo josefinista y febroniano y se acostumbró a volverse hacia Roma, y los católicos se organizaron magníficamente. El nuevo emperador, Guillermo II (1888-1918), aunque protestante, se mostró comprensivo y partidario del orden; se comenzaba a temer al socialismo. En este sentido reinó cierta armonía entre el gobierno y el Centro para bien del catolicismo y de la cuestión social.

Sin embargo, aparecían ciertos puntos obscuros: los católicos alemanes se quejaban de ciertas trabas puestas por el Estado a su actividad, y en la provisión de funcionarios públicos reinaban ciertas preferencias protestantes y prusianas en concreto. En algunos estados había poca tolerancia religiosa; en el este alemán, la prusificación se confundía con la protestantización, y en las escuelas iba mermando el influjo católico. El Centro presentó en 1892 una ley sobre las escuelas, y en 1900 un proyecto de tolerancia; pero fueron rechazados por el Reichstag.

Hubo algunos roces internos de bastante consideración. Tales son: la tendencia denominada *Reformkatholicismus,* suscitada en 1897, y que no hay que confundir con el modernismo, siendo tan sólo el ala opuesta del integralismo; la cuestión del arte por el arte, de que tanto se disputó en 1898, y la controversia sobre el carácter del partido del Centro, que apasionó los ánimos en 1906; pero, sobre todo, el problema de la confesionalidad o aconfesionalidad de las asociaciones obreras entre la tendencia de Berlín y la exigencia de Colonia consumió mucha tinta y tiempo. Ya indicamos cómo resolvió esta cuestión Pío X en su encíclica *Singulari quadam,* de 1912. Otro punto de divergencia en el seno del catolicismo lo ofrecieron las diversas corrientes modernistas e integristas en las ciencias eclesiásticas, que, sin embargo, en Alemania no tuvieron el carácter agudo de otros países.

Y vino la primera guerra europea. Mucho tuvo que sufrir la Alemania católica; la paz de Versalles privó al Reich de unos cuatro millones y medio de católicos. Además, la miseria y la desesperación arrojaron a muchos en brazos del socialismo con la revolución de 1918; la religión pareció naufragar como partidaria del antiguo régimen. Pero Alemania, con el auxilio del Centro y de todos los católicos y conservadores, halló su camino, y en la Constitución de Weimar de 1919 salió el nuevo Estado, en que la religión tenía su puesto: los artículos relativos a la Iglesia son un compromiso entre los partidos socialdemócrata y los burgueses, si bien suenan a separación entre la Iglesia y el Estado. Es decir, que quedaba roto el sistema antiguo pro-

[29] GOYAU, G., *L'Allemagne religieuse,* o. c.

testante de supremacía del Estado en materias religiosas y quedaba asegurada la libertad de creencias y conciencias. El Estado se declara neutral en este punto. Por lo tanto, el catolicismo salió ganando en libertad e igualdad.

Pronto se fueron estableciendo institutos religiosos, especialmente la Compañía de Jesús, que en el destierro había desarrollado una admirable labor científica. En vez de la Nunciatura prusiana, se estableció en 1920 la Nunciatura para Alemania en Berlín. E. Pacelli, que desde 1917 era nuncio en Munich, se trasladó a Berlín. En 1924 se firmaba un concordato con Baviera, en 1929 otro con Prusia y en el año 1932 otro con Baden.

A principios de 1933 sucedió en Alemania otra revolución: *la revolución nazi*. Era el triunfo de la reacción contra el tratado de Versalles y contra la revolución marxista de 1918. El 30 de enero de 1933, el presidente Hindenburg llamó a Adolfo Hítler al cargo de canciller del Reich. En las elecciones de marzo obtenía el partido el 44 por 100 de los puestos; muy pronto el nacionalsocialismo era dueño de todo el Reich. De igual manera que el fascismo en Italia, el nazismo tendía al totalitarismo estatal; era enemigo declarado del parlamentarismo, de la democracia, del liberalismo, del judaísmo y del marxismo. El peligro estaba en la exageración de los derechos del Estado y de las ideas racistas; muchos de sus corifeos sostenían un crudo paganismo en materia religiosa.

A su empuje tuvieron que disolverse los demás partidos, aun el Centro (1930-1932), que desde 1917 había prestado excelentes cancilleres al Reich, como Brüning. En este nuevo estado de cosas se imponía otro arreglo con la Santa Sede: el 20 de julio de 1933 se llegó al concordato con el Reich nazi. En teoría, el concordato es excelente y salvaguarda los intereses de ambos poderes y la libertad de la religión. En la práctica, las cosas fueron por otros derroteros. Pío XI, en su encíclica de 1937, indicaba las grandes preocupaciones de la Santa Sede por la suerte del catolicismo en Alemania, sometido a una sorda y a veces brutal persecución legal. Con cualquier pretexto, por las vías de la policía o de la fuerza, se violaban los más sacrosantos derechos de la familia y de la Iglesia [30].

[30] Véanse: concordato con el Reich, en AAS, 1933; encíclica de Pío XI contra el nacionalsocialismo de Hítler *Mit brennender Sorge*, en AAS, 1937. Véanse además: BUCHNER, M., *Kaiser Wilhelm II und die Katholiken* (1929); KEMPENEERS, J., *La résistence catholique en Allemagne (1933-1945)*, en «Rev. Gen. Belg.» (1948), 47 s.; TESTIS FIDELIS, *El cristianismo en el tercer Reich...*, 2 vols. (Buenos Aires 1941); GREINER, G., *Das Ende des Hitler-Mithos* (Zurich 1947); NEUHAUSLER, J., *Kreuz und Hakenkreuz*. Der Kampf des National-Socialismus gegen die kathol. Kirche und der kathol. Widerstand (Munich 1946); TREVOR-ROPER, H. R., *The last days of Hitler* (Londres 1947); SIEGER IN FESSELN; *Das christliche Deutschland (1933-1945)* (Friburgo 1947); SCHLAGLICHTER, *Belege und Bilder aus dem Kampf gegen de Kirche* (Friburgo 1947); KÜNNETH, W., *Der grosse Abfall. Eine... Untersuchung der Begegnung des National-sozialismus und Christentum* (Hamburgo 1947); WISKEMANN, E., *The Rome-Berlin axis. A history of the relations between Hitler and Mussolini* (Nueva York 1949).

Terminada la guerra en 1945 con la humillación más absoluta del nacionalsocialismo, la desaparición trágica de Hítler y la mayor catástrofe que ha sufrido Alemania a lo largo de la historia, se han conocido detalles sumamente significativos sobre la persecución religiosa realizada por los nazis. El mismo romano pontífice Pío XII, con su palabra autorizada, ha expresado todo el horror que le producían las horribles vejaciones de que se hizo objeto a la Iglesia católica. En su alocución del 2 de junio de 1945 afirmaba: Los hombres del nacionalsocialismo procuraban sistemáticamente "la destrucción de las organizaciones católicas, públicas y privadas; la separación forzosa de la juventud, tanto de la familia como de la Iglesia; la opresión ejercida sobre la conciencia de los ciudadanos, en especial de los empleados del Estado; la denigración sistemática, mediante una propaganda artera y rigurosamente organizada, de la Iglesia, del clero, de los fieles y de sus instituciones, su doctrina y su historia; el cierre, la disolución y la confiscación de casas religiosas y otros institutos eclesiásticos, y, finalmente, el aniquilamiento de la prensa y de la actividad editorial católica".

Ahora bien, esto no era una exageración producida por el fanatismo de unos funcionarios o secuaces del régimen. Era el resultado de una doctrina y el plan de su actuación. Así, como afirmaba uno de sus más significados dirigentes, el plan del racismo iba "dirigido contra todos los católicos que confiesan su sumisión a la Iglesia romana". En su ideología enteramente naturalista y pagana, se sentían, como dice el mismo dirigente Hauer, "amenazados por el catolicismo político, que no reconoce las ideas del Estado totalitario ni la teoría de la raza, necesarias para una Alemania pura y triunfante". Mucho más drásticamente lo expresó el tristemente célebre Rosenberg, quien en su obra *El mito del siglo XX* trataba de desacreditar y destruir al cristianismo y a la Iglesia católica.

Es sumamente significativo en este sentido lo que reveló uno de los colaboradores de Hítler, H. Rauschnig. En efecto, tratando de ciertas conversaciones íntimas con el jefe del nacionalsocialismo, pone en su boca estas expresiones, que indican sus designios respecto del catolicismo: "Soy católico, Así lo quiso la Providencia. En efecto, sólo un católico conoce los puntos débiles de la Iglesia. Bismarck fué un es-

túpido. Era protestante, y los protestantes no tienen conocimiento perfecto de lo que es la Iglesia... Yo no me lanzaré a un nuevo Kulturkampf... No tengo interés en que los hombres negros puedan adornarse con la corona de los mártires para mover el sentimiento de unas pobres mujeres. Pero sabré aplastarlos, podéis estar seguro de ello... Si, con todo, pretendieran entablar la lucha, no haría ciertamente de ellos mártires. Me contentaría con denunciarlos como vulgares criminales. Les arrancaría de la cara su máscara de respetabilidad. Y si esto no bastara, los haré ridículos y despreciables. Haré filmar escenas que contarán la historia de los hombres negros..."

Como se ve, coinciden exactamente estas revelaciones con las manifestaciones del romano pontífice sobre la obra anticatólica de los nazis. Por eso podemos muy bien considerar como un justo castigo de Dios el triste y vergonzoso fin de la mayor parte de sus dirigentes. Por desgracia, la nación entera, en su inmenso infortunio, ha tenido que participar de tan horrenda catástrofe. Acertadamente pudo exclamar Pío XII: "Veis lo que deja en pos de sí una concepción y una actividad del Estado que no tiene en cuenta para nada los sentimientos más sagrados de la humanidad, que pisotea los principios inviolables de la fe cristiana. El mundo entero contempla hoy estupefacto la ruina que de ahí se ha seguido".

El catolicismo, por su parte, ha dado durante todo este tiempo las pruebas más evidentes de su entereza y está dando al presente la más clara muestra de su vitalidad. Ya Pío XI en la citada encíclica *Mit brennender Sorge* daba gracias a los católicos por la valentía con que defendían sus convicciones cristianas. A lo largo de la guerra y de toda la lucha frente al nacionalsocialismo, fueron apareciendo multitud de héroes católicos del temple del jesuíta P. Ruperto Meyer, de Munich. En diferentes ocasiones hubo de correr sangre de mártires. Es digna de particular elogio la conducta del episcopado, dos de cuyos más significados representantes fueron el cardenal Faulhaber, de Munich, y el obispo (luego cardenal) Von Galen, de Münster.

En estos últimos años conviene notar la conducta del episcopado alemán, que ha insistido en sus conferencias de Fulda y sus pastorales comunes, en las prácticas para la vida cristiana en nuestros tiempos. Son particularmente célebres en este sentido las pastorales colectivas de 1947 a 1950. Los grandes congresos o *Katholikentage* han vuelto a reanudarse. El catolicismo goza de más libertad. La Sociedad Goerresiana, para el fomento de las ciencias, ha vuelto de nuevo a la vida. La prensa y las publicaciones científicas católicas aparecen ya en un nuevo apogeo y avance manifiesto. Solamente en los territorios dominados por los comunistas tropieza el catolicismo con insuperables dificultades.

III. La Iglesia y el Estado en Italia [31]

1. La unidad italiana.—La historia políticorreligiosa de Italia en este período abarca tres fases: la primera es la lucha por la unidad italiana, que se consuma con el despojo de los Estados pontificios; la segunda corre desde 1870 hasta la guerra europea, y es la fase de las garantías y de los gobiernos liberales y masónicos, que atropellan los derechos de la Iglesia; la tercera es la fase del fascismo con el tratado de Letrán.

a) *Los Estados pontificios.*—Los Estados pontificios, que desde el siglo IX han sido el eje alrededor del cual ha girado la política de Italia, estaban formados por las legaciones de Ferrara, Bolonia y Romaña, las Marcas, Umbría, el ducado de Roma, Montecorvo y Benevento en el reino napolitano.

En 1847 escribía Balmes: "La Italia ha tenido bastante espíritu de nacionalidad para no ser extranjera; pero demasiado poco para crear esas grandes unidades que vemos en Austria, Francia, Inglaterra, España y últimamente en Prusia y Rusia. La España, la Francia, el Austria se han disputado con torrentes de sangre los pedazos de aquel país descoyuntado, pudiendo asegurarse que, de no haber existido la soberanía temporal del romano pontífice, la Italia hubiera perdido hasta ese rastro de nacionalidad, que tantas veces no ha tenido más vínculo que la lengua y el nombre".

La cuestión romana llenó la política del siglo XIX. Es cierto que desde los orígenes del Renacimiento bulleron en Italia ciertas ideas de independencia y de unidad; pero sobre todo desde la revolución francesa, esas tendencias cundieron marcadas con el sello del deísmo y del odio al papa. La misma revolución francesa era un ejemplo, que estaba demasiado cerca; pero, además, los jacobinos con las puntas de sus bayonetas fueron sembrando por Europa esas ideas de libertad.

Las promesas de Napoleón en su primera campaña de Italia contribuyeron no poco a atizar ese fuego sagrado; por fin, el hecho de la república italiana y del reino napoleónico dejaron entrever la posibilidad de su realización.

Ya en 1791 quedaron anexionados a Francia Aviñón y el condado Venesino, antiguas posesiones de la Santa Sede.

[31] Leturia, *Del patrimonio de San Pedro al tratado de Letrán* (Madrid 1929), p. 35.

Pero mayor trascendencia tiene la proclama que Napoleón lanzó el 30 de mayo de 1796 al presentarse en Lombardía: "La hora de las venganzas ha sonado; pero estén tranquilos los pueblos. Nosotros, que los amamos a todos, amamos particularmente a los descendientes de los Brutos y Escipiones y de aquellos grandes varones que hemos escogido por modelo. Restablecer el Capitolio y erguir con honor las estatuas de los héroes que alcanzaron un nombre inmortal, despertar al pueblo romano, abotargado por muchos siglos de esclavitud; ése será el fruto de vuestros triunfos, que abrirán una era nueva en la historia" [32].

b) *Labor de las sectas.*—El día 2 de abril de 1797 hablaba de constituir una república en Italia, que creciera y se dilatase a medida que fueran decreciendo los Estados pontificios. El 29 de septiembre escribía a su hermano José: "Si ha muerto ya el papa, cuida de que no se elija otro y de que se incite a la revolución". Bajo sus auspicios se formó la república italiana [33].

Sabemos cómo, proclamada la república el 15 de febrero de 1798, salía el 20 desterrado para Valence el papa. Pero el mes de septiembre los napolitanos, con Fernando IV, entraban en Roma. Ahora es Fernando quien, como libertador, sueña en un reino ítalo, y hacia él vuelven los ojos de los patriotas [34].

Por el momento los austríacos acabaron con la república y con los sueños de Fernando. Los Estados pontificios fueron restaurados.

Con ocasión del bloqueo continental en 1806, comenzó una nueva tentativa. Por un decreto del árbitro de Europa, los Estados pontificios quedaban anexionados al imperio francés. Al declinar la estrella de Napoleón, Murat, rey de Nápoles, gran maestre de la masonería, quiso realizar los sueños de Fernando IV, y el 14 de enero de 1814 pactó con Austria, donde mandaba Metternich, con estas piadosas ideas; pero Pío VII, libre de su secuestro en Fontainebleau, volvía a su reino y entraba en Roma, a pesar de las trabas del camino.

[32] Además de las fuentes indicadas para los romanos pontífices, véanse: MONTANELLI, *Memorie sull'Italia (1814-1850)* (Turín 1853); *Memorias* de CONSALVI y PACCA.

Asimismo: FARINI, *Storia dell'Italia dall'anno 1814* (Turín 1854); BALAN, P., *Storia d'Italia*. Desde vol. 7 (Módena 1897); CHIUSO, *La Chiesa in Piemonte dal 1797 ai giorni nostri*, 5 vols. (Turín 1887-1904); CAVALLOTTI, *Memoire sur le società segrete dell'Italia meridionale, e specialmente sui Carbonari* (Roma 1904); BARETTA, A., *Le società segrete in Toscana nel primo decennio dopo la Restaurazione (1814-1824)* (Turín 1912); HAYWARD, F., *Le dernier siècle de la Rome pontificale*, 3 vols. (París 1927-1928).

[33] MOLLAT, o. c., p. 56.

[34] Ib., p. 74.

El congreso de la legitimidad o de los soberanos, reunido en Viena para restaurar a Europa, devolvió solemnemente, por el artículo 103, casi todos los Estados pontificios: las legaciones, las Marcas, el ducado de Benevento y el principado de Montecorvo con el núcleo de Roma; unas 748 millas, con unos 3.124.000 habitantes.

En su loca audacia, Murat llegó a declarar la guerra a Francia para conseguir el reino de Italia; pero aquel ambicioso y traidor, pensando que el reino de los cien días sería el de su triunfo, se pasó otra vez a Napoleón. El 30 de marzo de 1815 decía en una arenga a los italianos: "Italianos, ha llegado la hora en que se cumplirán los grandes deseos de Italia. La Providencia nos llama a formar una nación independiente. Desde los Alpes hasta el estrecho de Sicilia sólo resuene un clamor: la independencia de Italia." Pero con la caída de Napoleón cayó Murat, y pagó su torcida política siendo fusilado [35].

Estas son las primeras ideas, la primera siembra. Sin embargo, era verdad lo que decía más tarde Pellegrino Rossi, que la facción nacionalista hasta 1815 sólo se reducía a un puñado de filósofos entre literatos y abogados.

El espíritu nacionalista desde entonces comenzó a agitarse. Consalvi propuso ciertas innovaciones, necesarias a los tiempos, en la administración de los Estados pontificios; pero sólo en parte se aceptaron en el edicto del 15 de julio de 1815 y en el *motu proprio* del 6 de julio de 1816. Para entonces la labor de las sectas iba minando el terreno. Los carbonarios, sucesores de los jacobinos franceses, nacen en Nápoles, según parece, de la masonería. Su nombre aparece por primera vez hacia 1806; su fin es derribar los tronos y traer la república. Para 1817 trabajaban ya en las Marcas y en el Piceno [36]. No hay que identificar plenamente el carbonarismo, de finalidad principalmente política, con la masonería. Pío VII, al condenarlo en 1821, lo llamó "quizá descendencia y ciertamente imitación de la masonería". Muchos partidarios de Napoleón y otros liberales, que odiaban el absolutismo restaurado en Viena y veían a Italia de nuevo parcelada, después de haberla visto una, afluyen en masa hacia los carbonarios. Pero los mismos carbonarios, en un principio fervientes republicanos, desde 1820 propenden a la monarquía constitucional liberal del tipo de la española. Sin embargo, en su misma entraña llevan la revolución y violencia; se multiplican los atentados, se organizan en secreto con los símbolos de sus oficios, con sus

[35] Ib., pp. 69-128, trata de las tribulaciones de Pío VII en toda la complicación napoleónica por sus Estados pontificios y de los sueños de Murat.

[36] SPADONI, *La cospirazione di Macerata nel 1817* (Macerata 1895).

ventas madres y filiales. A su lado pululaban otras sociedades secretas, como las de los güelfos, los filadelfios, etc., cuyo fin era derribar las monarquías absolutas. Para eso promovían tumultos y después esparcían por Europa en sus periódicos y hojas volantes el estado inseguro de los Estados pontificios y la impotencia del gobierno para restablecer la paz [37].

Estas sectas irreligiosas e impías eran las que tendían a crear la Italia una.

En estas circunstancias se imponía el reprimir los tumultos; pero toda represión se pintaba con negros colores y se deformaba en los periódicos de Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica. En este medio ambiente de hostilidad estudiada, no aprovechaban reformas ni concesiones. León XII siguió más bien el régimen de represión, y el clamoreo fué más aparatoso. Durante el breve reinado de Pío VIII prosiguen en auge las perturbaciones. El 2 de febrero de 1831 sube Gregorio XVI al trono pontificio. La revolución, que estalló en Francia en julio de 1830, recorrió las ciudades de Italia en 1831. La insurrección se extendió por casi todos los Estados del papa: se declaró el gobierno provisional de las Provincias unidas de Italia. Pero les faltaba un ejército; las tropas austríacas impusieron pronto el orden [38].

c) *Il Risorgimento.*—Y llegamos a la era del Resurgimiento *(Il Risorgimento)*. Antes del año 1832, las sectas no triunfaban porque les faltaba un ideal concreto y de base popular. La dura represión hecha por Austria con elementos extranjeros despertó el espíritu nacional. Los escritores comenzaron a clamar por la libertad, la independencia y la unidad.

Para conseguir estos fines surgieron dos tendencias o escuelas: la republicana y la federal. El genovés José Mazzini al principio reclutaba adeptos para los carbonarios. En 1830 fué recluído en Savona como conspirador; huyó de allí a Marsella, y en 1831 instituyó en dicha ciudad la sociedad *Giovane Italia,* para derribar por la fuerza los tronos e implantar la república italiana; pero antes había que arrojar de Italia a los austríacos. Su lema era: libertad, igualdad, humanidad, unidad, independencia. En cuanto a religión, era un sectario. Como órgano del partido se fundó el periódico *La Giovane Italia,* que se propagaba clandestinamente. Como primer fruto de esta campaña, hay que contar varios atentados contra los legados pontificios

[37] DITO, *Massoneria, Carboneria ed altre società segrete nella storia del Risorgimento italiano* (Turín 1905); LETI, *Carboneria e massoneria nel Risorgimento italiano* (Génova 1925).
[38] MOLLAT, o. c., pp. 150-176.

y las insurrecciones de Viterbo en 1837, de Bolonia en 1843, de Rímini en 1845.

La otra tendencia, o partido de los neogüelfos, quería llegar a la unidad nacional sin conjuras ni revoluciones. Más que una Italia unitaria y republicana, querían una Italia federada. A esta facción pertenecían los liberales más o menos religiosos y amigos de la paz y del orden, que aceptaban, desde luego, la soberanía espiritual del papa y para aceptar su soberanía temporal sólo exigían cierta modernización y secularización del gobierno [39].

Sus jefes, César Balbo, Gioberti, con Massimo d'Azeglio y otros, aspiraban a la unidad de toda Italia. El sacerdote V. Gioberti, al principio mazzinista, fué desterrado por conspirar contra Carlos Alberto en 1833. Vivió en París, donde en 1843 publicó su célebre libro *Il primato morale e civile degli italiani.* En su primera parte expone la contribución de Italia al bien de la humanidad por medio del Pontificado; en la segunda desarrolla su plan de federación italiana bajo el papa: "Nada es posible contra el papa o sin el papa". Para hacer posible esta federación es condición previa la independencia o expulsión de los extranjeros. Esta idea la amplifica César Balbo en su *Speranza d'Italia,* publicado también en París en 1844. Como no es posible vencer a Austria, indemnícesela con los Balcanes en la próxima guerra contra Turquía, y ella deje el reino lombardo-véneto [40].

d) *Reformas de Pío IX.*—Al subir al trono pontificio Pío IX, ya indicamos cómo la consigna de las sectas fué precipitar al papa por las vías de las reformas liberales, pero no para detenerse y contentarse con ellas. El año 1848 trajo a Roma la república con Mazzini, Armellini y Saffi; el papa hubo de huir a Gaeta. Garibaldi, como jefe militar, dominaba por el terror. Parecía que la primera tendencia republicana y unitaria había triunfado.

La intervención de las potencias volvió las cosas a sus

[39] LEMMI, *Le origini del Risorgimento italiano (1789-1815)* (Milán 1906); CALVI, E., *Bibliografia di Roma nel Risorgimento,* I *(1789-1846)* (Roma 1812); MONTI, *Pio IX nel Risorgimento italiano* (Bari 1928); SPELLANZONI, C., *Storia del Risorgimento politico e dell'unità d'Italia,* I (1748-1821), etc. (Bolonia 1933); SORIGA, R., *L'idea nazionale italiana* (Roma 1941); GRISALBERTI, A., *Introduzione alla storia del Risorgimento* (Cremona 1942); RAULICH, J., *Storia del Risorgimento politico d'Italia* (1815-1848) (Bolonia s. a.). En particular sobre Pío IX y Victorio Manuel II: ZELLER, *Pio IX et Victor Emm.* (París 1879); PIRRI, P., S. I., *Pio IX e Vittorio Emanuele II dai loro carteggi privati,* en «Misc. Hist. Pontif.», 8 (Roma 1944).
[40] ANZILOTTI, *Gioberti* (Florencia 1922); PALHORIEST, *Gioberti* (París 1929).

cauces normales, y en todos los estados italianos cundió una reacción absolutista. Sólo el Piamonte conservó su Constitución liberal, y mientras Austria se debatía con su revolución en Viena, tuvo la osadía de declararle la guerra.

La batalla de Custozza acabó con estos bríos guerreros; pero en aquel conato de liberación, el Piamonte había figurado en primer término. Garibaldi, hasta entonces mazzinista, se pasó a Carlos Alberto, y Gioberti, dejando sus ideas de federación bajo el papa, ofreció sus servicios al Piamonte; desde 1851, y en su libro *Il rinnovamento civile dell'Italia,* bosqueja ya el plan de Cavour [41].

e) *Cavour.*—Cavour, primer ministro del Piamonte desde 1852, político genial de corte marcadamente maquiavélico, desde el primer momento se fijó un plan claro y preciso, que desarrolló con tesón: la Iglesia libre en el Estado libre, o mejor dicho, la Iglesia esclava en el Estado laico omnipotente; en segundo término, Roma capital de la Italia una.

La separación de la Iglesia y el Estado la había obtenido por la Constitución liberal de 1848, completada y puesta en práctica por una serie de leyes atentatorias de los derechos de la Iglesia. Para preparar el camino al otro punto, había que comenzar por arrojar de Italia a los austríacos. Para ello necesitaba auxiliares; cerca estaba Napoleón III. Para hacer que el papa cediese Roma para capital de Italia, primeramente sondeó el sentir de las potencias. Una vez obtenido el consentimiento de Francia, Inglaterra y Prusia, comenzó a crear en los Estados pontificios, por medio de mazzinistas y garibaldinos, la intranquilidad, para tener el derecho de imponer el orden.

Con objeto de arrojar a los austríacos, como condición previa para la independencia y la unidad, dió al Piamonte una nueva organización administrativa, económica, legislativa y militar. D'Azeglio y otros colaboraron con Cavour en esta labor. Ya podían pensar en una guerra con Austria. Pero como el Piamonte solo no bastaba, el 7 de diciembre de 1855, Cavour y Napoleón se entrevistaron en Compiègne. Cavour sondeó el ánimo del emperador y le halló benévolo. Napoleón hablaba todavía de una federación italiana bajo la presidencia del papa; pero ambos se entendieron [42].

En 1856 sucedió la guerra turcorrusa de Crimea, en la cual tomaron parte Austria, Napoleón y el Piamonte. Cavour, admitido al congreso de la paz en París, con gran astucia y suavidad dejó caer la idea de la evacuación austríaca de las legaciones. Inglaterra le hacía el juego.

[41] MOLLAT, o. c., pp. 191-280, desarrolla el advenimiento de Pío IX y la revolución de 1848 con la restauración.

[42] METTER, *Cavour et l'unité italienne (1848-1856),* vol. 2 (París 1925); LA GORCE, *Histoire du second empire* (París 1894), vol. 2; ARCARI, P. M., *Il pensiero politico di Cavour* (Milán 1944); CODIGNOLA, A., MAZZINI, en «I grandi italiani», 20 (Turín 1946).

No se dormía Cavour en el punto de crear dificultades al gobierno romano, que justificaran su intervención. El año 1856 la sede de la joven Italia se fija en Turín, donde publica el semanario *Il Piccolo Corriere d'Italia.* Su lema es: independencia, unidad, casa de Saboya. Mazzini queda orillado.

Estas ideas cundieron por la Romaña y las Marcas. Cuando habían producido efectos en estas regiones, Cavour, por medio de libelos y periódicos, en resonantes discursos y en hojas volantes, minaba el terreno a la autoridad pontificia y la desprestigiaba en Europa. Lo mismo hacía con los demás Estados del sur: sólo la casa de Saboya era poderosa y se hallaba a la altura con Víctor Manuel II [43].

Desgraciadamente, en 1858 acaeció el atentado de Orsini, súbdito pontificio, contra Napoleón. Cavour supo aprovechar la ocasión para persuadir al emperador de la necesidad de librar a Italia de los austríacos y de que el gobierno pontificio era una madriguera de sicarios y centro de continuas revueltas. Si no se acaba pronto con ese foco de inquietud europea, los revolucionarios triunfantes pondrán en peligro los tronos de Europa. Como ejemplos de tumultos se ponían los de Mazzini en 1857, los de Génova y Livorno, y como abuso del gobierno pontificio se explotó el del judío Mortara, cuyo hijito agonizante había sido bautizado por una criada católica y después entregado, contra la voluntad paterna, a una casa de educación, según las leyes entonces vigentes.

El año 1858 se reunieron de nuevo Cavour y Napoleón en Plombières. Napoleón se declaró dispuesto a la guerra contra Austria; el Piamonte obtendría todo el norte de Italia con las legaciones. Al papa le quedaría el ducado de Roma; el reino de Toscana se anexionaría lo restante de los Estados pontificios, y el reino de Nápoles quedaría como antes. Estos cuatro reinos se confederarían bajo la dirección de Víctor Manuel [44].

Efectivamente, la guerra estalló en 1859; las batallas más rudas fueron las de Magenta y Solferino. El armisticio de Villafranca parecía favorecer las ideas federales de Napoleón, que todavía soñaba en la presidencia honoraria del papa. Pero en la paz de Zurich se silenciaron estos ideales, y el Piamonte, por mediación de Napoleón, obtuvo la Lombardía a trueque de Saboya y Niza, que pasaron a Francia.

[43] DELLA PORTA, *La politica ecclesiastica di Vittorio Emmanuele II* (Casale 1914).

[44] MATTER, *Cavour et l'unité italienne,* vol. 3 (París 1927); MAURAIN, *La politique écclésiastique du second Empire de 1852-1869* (París 1930); *Il piccolo neofito Edgardo Mortara,* en «Civiltà Cattolica», serie 3, vol. 12 (1858), pp. 385-416.

f) *El despojo.*—Y con esto se pasó a la vía de hecho. En 1860, so pretexto de revueltas, el Piamonte ocupó Toscana, Parma y las legaciones, mientras Garibaldi desde Génova pasó a Palermo con *sus mil,* y por medio de enredos y sobornos se apoderó de Nápoles. El Piamonte, con pretexto de reprimir la rebelión garibaldina, intentó ir al sur, pasando por los Estados pontificios. Resistió el ejército del papa, compuesto de voluntarios austríacos, irlandeses, belgas y franceses a las órdenes de Lamoricière; pero este puñado de valientes fué vencido en Castelfidardo (18 septiembre 1860). Los piamonteses invadieron Nápoles, y el dictador Garibaldi, contra Mazzini y Crispi, entregó todo el reino al Piamonte. Era un juego convenido. No podía faltar un amañado plebiscito para anexionar al Piamonte Nápoles, las legaciones, las Marcas, Parma [45].

El robo no pudo pasar sin las consabidas protestas de las potencias; pero, como decía el duque de Gramont, embajador de Francia ante la Santa Sede, "todos están persuadidos de nuestra complicidad con el Piamonte".

Ya sólo le quedaba al papa el ducado de Roma, y a los austríacos Venecia. El 17 de marzo de 1861, Víctor Manuel se proclamó *rey de Italia,* y empezaron las negociaciones con la Santa Sede para que reconociera lo hecho. Entre tanto, para demostrar que el Piamonte podía garantizar la paz de los Estados pontificios, cuando en 1862 Garibaldi atacó a éstos, tropas piamontesas contuvieron los ímpetus del importuno en la batalla de Aspromonte [46].

Víctor Manuel ya es rey de Italia; pero le falta la capital, Roma. En las negociaciones con el papa se le hacían mil promesas en el terreno espiritual, con tal que cediera el reino temporal. El ex jesuita Passaglia publicó en septiembre de 1861 un libro, *Pro causa italica ad episcopos,* en el cual se esfuerza en probar que el dominio temporal del papa es contra el sentir de los Santos Padres.

Habiendo fracasado las negociaciones diplomáticas, se echó por otro camino. El ducado de Roma estaba bajo la tutela del ejército francés. Se consiguió de Napoleón que esta ocupación cesase. En 1864 se convino que Napoleón retiraría su ejército en el espacio de dos años y que el rey de Italia se encargaría de velar por el papa. Para mejor cumplir este cometido, el rey fijó su sede en Florencia.

El año 1866 sucedió la guerra austroprusiana, en la cual el rey de Italia tomó parte contra Austria, que retenía Venecia. Prusia, vencedora en Sadowa, aunque las tropas italianas fueron derrotadas en Custozza y Lissa, concedió Venecia al Piamonte. "L'Italia e fatta, ma non compiuta" [47].

En la primavera de 1867, Garibaldi con sus tropas atacaba a Roma, abandonada ya por los franceses. Pero indeciso ante el silencio del Piamonte, perdió la ocasión y dió tiempo a que Napoleón, obligado por los clamores de los católicos, enviase socorros a Roma. La derrota de Mentana obligó a Garibaldi a retirarse y los franceses volvieron a ocupar Roma [48].

La cuestión romana permaneció estacionaria hasta la guerra franco-prusiana de 1870. Entonces Francia tuvo que sacar la guarnición de Roma, pidiendo garantías al Piamonte. El ministro Visconti Venosta prometió proceder conforme a la convención de 1864. Esto lo decía el 4 de agosto. Poco después proponía dejar al papa solamente la ciudad leonina con plena soberanía.

Después de la victoria de Prusia con la batalla de Sedán, Alemania dejó entrever su idea de *dejar hacer.* El 20 de septiembre de 1870, el ejército del Piamonte entraba en Roma por la puerta Pía casi sin resistencia. El papa Pío IX había mandado hacer sólo la necesaria para hacer ver que la ocupación era violenta [49].

2. **La fase de las garantías.**—a) *Las garantías.*—A los pocos días, el 2 de octubre, se amañaba un plebiscito de anexión. Pero el gobierno italiano temía que, una vez terminada la guerra francoprusiana, las potencias católicas reclamaran la devolución de los Estados del papa. Por eso le corría prisa por arreglar la cuestión romana y presentar ante el mundo los hechos consumados. Esta era la finalidad de la *ley de garantías,* votada el 15 de mayo de 1871. En ella se declaraba unilateralmente lo siguiente: la persona del soberano pontífice es inviolable y sagrada. Todo atentado contra él será castigado con las mismas penas que los atentados contra la persona del rey. El gobierno italiano tributará al soberano pontífice en territorio italiano honores de soberano. Se reserva en favor de la Santa Sede una suma que rente 3.225.000 liras. El soberano pontífice gozará la posesión de los palacios apostólicos del Vaticano, Letrán y Castelgandolfo, con todas sus pertenencias. Podrá comunicarse libremente con todos los obispos del mundo y con todo el mundo católico sin

[45] MOLLAT, o. c., pp. 315-326. En toda la cuestión romana MOLLAT presenta una bibliografía abundante, comenzando por la nutrida *Introducción bibliográfica.*

[46] DE RIDDER, *La question romaine en 1862,* en «Rev. Q. Hist.» (1900), pp. 690-720; DE CESARE, *Roma e lo Stato del papa* (Roma 1906).

[47] MOLLAT, o. c., p. 345-352; SALATA, *Della storia diplomatica della questione romana* (Milán 1929).

[48] WALINCOURT, *Les zouaves pontificaux. Mentana. Rome. La campagne de l'ouest* (París 1874); OLIVIER, *L'Empire libéral* (París 1905), vol. 10.

[49] MARQUÉS DE OLIVART, *Del aspecto internacional de la cuestión romana* (Madrid 1893).

injerencia alguna de parte del gobierno. Se le reconoce el derecho de mantener nuncios en las naciones y de recibir embajadores ante la Santa Sede. Los obispos de Italia serán nombrados por el papa; se retirará el juramento de los obispos al rey y el *placet* y *exsequatur* para toda publicación de carácter eclesiástico [50].

Pío IX rechazó esta ley, en primer lugar, porque sería reconocer el robo, y en segundo lugar, porque era una garantía insuficiente, por no estar respaldada por nadie, sino a merced de los cambios de gobierno.

b) *Non possumus, non expedit.*—Desde entonces comenzó esa política pontificia del "Non possumus" respecto a la renuncia de sus Estados y del "Non expedit" respecto a la conducta de los católicos en la colaboración con el gobierno de Italia. Por un decreto de la Penitenciaría de 1874 se impuso a los católicos la táctica de la abstención en toda colaboración con el gobierno.

De esta suerte el papa quedaba prisionero en el Vaticano, rehusando negociar con sus carceleros. Pero la situación era tan dura, que el mismo Pío IX estuvo varias veces tentado de huir, como cuando el gobierno italiano tomó posesión del Quirinal, y cuando al poco tiempo un gobierno sectario comenzó a dictar disposiciones contra la Iglesia, confiscando los bienes de las Congregaciones religiosas y de las mismas Congregaciones romanas y ocupando sus casas [51].

La muerte de Pío IX y la elección del sucesor daba mayor relieve al conflicto. ¿Dónde se haría la elección? ¿Se tendría el conclave en Malta, Venecia, Viena? El ministro Mancini, temiendo saliera el papa fuera de Roma, se apresuró a dar las garantías necesarias. El conclave se tuvo en Roma. Pero León XIII siguió fiel al programa de su antecesor en las relaciones con el gobierno italiano; no dió la bendición *urbi et orbi* desde la galería exterior de San Pedro y se hizo coronar en la capilla Sixtina. En más de 62 documentos expresó su sentir en este punto. Es verdad que en 1878 autorizó a los católicos para tomar parte en las elecciones municipales y provinciales; pero mantuvo la prohibición de intervenir en las Cámaras legislativas.

Los gobiernos sectarios y masones no estaban para venir a una conciliación verdadera. Sólo pensaban en esclavizar a la Iglesia y secularizar y descristianizar a la nación. En 1879 el gobierno se apoderó de los bienes de 3.037 conventos de hombres y 1.907 de mujeres, y los bienes de las otras casas religiosas quedaron sujetos a la conversión en rentas del Es-

[50] BASTGEN, *Die römische Frage...* II, pp. 557-595; SCADUTO, *Guarantie pontificie e relazioni fra Stato e Chiesa*, 2.ª ed. (Turín 1889), pp. 240-245. Véase también LETURIA, *Del patrimonio de San Pedro...*

[51] MOLLAT, o. c., pp. 368-404.

tado. En 1881 quiso aplicar esta ley a los bienes de la Propaganda Fide. Sobre todo en 1889 hizo votar una ley por la que todas las obras de beneficencia quedaban sometidas a la administración de una burocracia dependiente del Estado, con exclusión del clero parroquial, y los bienes de las obras pías quedaban convertibles en rentas del Estado, y sus réditos, aplicables a otros fines *más modernos.*

Además, el ministro Francisco Crispi hizo que el masón Zanardelli preparara un Código penal, que fué votado el 6 de junio de 1888, en cuyo capítulo I declaraba: "Quien cometa un acto cualquiera que tienda a someter el Estado a un poder extranjero o alterar la unidad, será castigado a trabajos forzados a perpetuidad". Como se ve, el artículo atacaba toda manifestación en favor del poder temporal del papa. El Código Zanardelli era un atentado al artículo 9.° de la ley de garantías. Pero ¿quién se cuidaba de eso? Aun el ministerio conservador Rudini suprimió en 1898 no menos de 4.000 asociaciones católicas, como comités diocesanos y parroquiales, secciones de juventud católica, etc. En el terreno escolar, en 1888 el ministro Roselli dió un decreto concediendo a los municipios la facultad de suprimir la enseñanza del catecismo. El sectarismo y la masonería dominaban en las leyes italianas; la chusma vociferaba en las calles. Aun ciertos católicos y eclesiásticos, dominados por el espíritu nacional, respiraban antirromanismo.

c) *Nuevos vejámenes. Idea de huir de Roma.*—La noche del 12 al 13 de julio de 1881 habían de ser trasladados los restos de Pío IX a San Lorenzo extra muros. El traslado se había de hacer en secreto; pero de repente se congregó en la plaza de San Pedro un gentío inmenso con antorchas. También se organizó una contramanifestación, que en el puente de Santángelo amenazaba arrojar al Tíber los restos del pontífice. El 7 de agosto, un mitin popular dió la orden del día de abolir el Pontificado y la ley de garantías, con los consiguientes insultos a León XIII. El gobierno callaba y dejaba hacer. Era la manera de observar la ley de garantías [52].

León XIII, angustiado y temeroso, invocó el auxilio de Austria y dejó entrever la idea de abandonar Roma. Francisco José le envió a Hübner, viejo diplomático, a que le disuadiera de tal idea. Por la mente del papa desfilaban Trento, Salzburgo, Malta, España.

Las vías de un arreglo no estaban más expeditas. El abad benedictino Dom Tosti iniciaba en 1887 conversaciones con Crispi para encontrarse el papa con el rey en San Pedro.

[52] BASTGEN, *Die Römische Frage.*, III, pp. 199-207; MOLLAT, o. c., p. 373 s.

Humberto I rechazó la propuesta; pero, en cambio, Tosti, ingenuo y optimista, lanzó al público un folleto, *La conciliazione,* imprudente y precipitado. Su plan era el principio de los hechos consumados; el papa renunciaría al poder temporal, contentándose con el poder espiritual, y luego de la reconciliación, "veremos—dice—la silla gestatoria del pontífice llevada sobre los hombros de 30 millones de italianos, y un grito triunfal resonará de los Alpes a los mares: *Ave Princeps pacis*" [53].

Los intransigentes, y entre ellos había 23 cardenales italianos y casi todos los extranjeros, es decir, todo el Colegio Cardenalicio y la opinión pública católica de Bélgica, España y Francia, se levantaron en contra. Tosti hubo de retractarse. El 26 de julio se publicaba una carta de León XIII a Rampolla reivindicando su soberanía temporal sobre alguna porción de territorio, como prenda de su independencia en el orden espiritual.

Crispi no quería reconciliación y trató de anular la campaña diplomática sobre una restauración reducida que se estaba tramitando. En 1887 se entrevistó con Bismarck, y, envalentonado, volvió resuelto a implantar en Italia el Kulturkampf. Mgr. Galimberti tomó por segunda vez el camino de Berlín para conferenciar con Bismarck. Es verdad que consiguió ventajas para el catolicismo alemán; pero en la cuestión romana volvía con las manos vacías. A Bismarck interesaba más ganarse a Italia para su juego político [54].

En Italia, la chusma revolucionaria seguía provocadora; en 1888, la tarde de las elecciones, 3.000 manifestantes recorrían las calles de Roma a los gritos de "Abajo el papado *(il papaccio),* a la horca el Santo Padre, al Tíber el Vaticano".

La situación del papa se agudizó en 1889, al inaugurarse la estatua de Giordano Bruno en la misma plaza de Campo di Flori. Los discursos que entonces se pronunciaron llenaron a León XIII de consternación. Entonces volvió a pensar en serio en salir de Roma; pero Crispi le envió un ultimátum por medio del cardenal Hohenlohe, haciéndole saber que, si salía, no volvería. Hohenlohe le exhortó a aceptar los hechos consumados [55].

2. **Hacia el tratado de Letrán.**—Pío X, en tesis, mantuvo la posición de sus antecesores. Sin embargo, los espíritus iban acercándose. Como cardenal, no tuvo inconveniente en tratar con la corte italiana y asistir a un banquete regio.

[53] MOLLAT, o. c., p. 376, expone los planes del papa por dejar Roma.
[54] CRISPI, *Política interna,* ed. PALAMENGHI CRISPI (Milán 1924), pp. 104 s. y 115 s.
[55] MOLLAT, o. c., pp. 393-404.

En 1905, para impedir los desmanes de los diputados izquierdistas, permitió a los católicos italianos el votar en determinadas circunstancias, con lo que el partido católico empezó a pesar en la balanza política.

a) *Acercamiento.*—En cuanto a la cuestión romana, el conde Della Torre, en la Semana Social de Milán de 1913, decía que la conciliación se podía hacer "por la voluntad constitucional del país de parte del Estado, sin que quedara comprometida la autoridad civil". Y Mgr. Rossi, arzobispo de Udine, aseguraba que "la independencia del pontífice romano se podía conseguir fuera de la soberanía temporal de otro modo; por ejemplo, por una garantía de orden nacional". Roma dejaba decir [56].

Con la entrada de Italia en la guerra el 24 de mayo del año 1915, Benedicto XV empezó a reflexionar sobre las diversas hipótesis posibles. Las garantías dadas por Salandra no bastaron a los embajadores para permanecer ante la Santa Sede. Sin embargo, el papa renunció a la hospitalidad que el rey de España le ofrecía en El Escorial, y permaneció en Roma.

Con el fin de la guerra se preveía un arreglo. Así lo insinuó en la encíclica del 1.° de noviembre de 1914. Efectivamente, pronto se comenzó en Alemania, Austria y Baviera a agitar esta cuestión. Sonaban tres soluciones: internacionalización de la ley de garantías; erección de un minúsculo Estado neutro, unido por una lengua de tierra al mar; concesión de un capital que asegurase a la Santa Sede su independencia financiera.

El papa buscaba la solución no en las armas extranjeras, sino en un arreglo con Italia. En efecto, nombró una comisión de cardenales que examinasen si no sería preferible a la situación actual reconocer los hechos consumados y renunciar a los Estados usurpados. Los cardenales Vannutelli, De Lai, Merry del Val, Giustini y Pompili no llegaron a ponerse de acuerdo. Obtuvieron especial resonancia los 10 artículos del centrista alemán Matías Erzberger con su proyecto de solución: una comisión de tres representantes de la Santa Sede, otros tres del rey de Italia y uno del rey de España fijaría el límite del Estado pontificio, que garantizarían las potencias. El proyecto fué aprobado por los imperios centrales, pero no halló acogida en Italia. Erzberger pensó entonces en el principado de Liechtenstein; pero los dueños se negaban a desposeerse de él [57]. Se planeó también una cesión

[56] PERNOT, *La politique de Pie X (1906-1910)* (París 1910), DAZIN, *Pie X* (París 1930); MOLLAT, o. c., pp. 404-408.
[57] GOYAU, *Papauté et chrétienté sous Benoît XV* (París 1922); RUFFINI, *Il potere temporale negli scopi della guerra degli ex-imperi centrali* (abril 1921) y *Progetti e propositi germanici per risolvere la questione romana* (mayo 1921).

territorial, garantizada por la futura Sociedad de Naciones; todo lo cual, aunque al parecer infructuoso, iba preparando el ambiente.

El 6 de febrero de 1922 era elegido papa Pío XI. Por primera vez desde el despojo dió su bendición *urbi et orbi* desde la loggia de San Pedro ante las tropas italianas, que presentaban armas. Era un gesto simbólico. Recíprocamente, el rey se prestó a recibir a los soberanos de Bélgica y de España en segundo lugar, o sea después de visitar al Santo Padre. El Congreso Eucarístico internacional XXVI de Roma recorrió las calles bajo la protección de las armas italianas. La concordia se avecinaba [58].

b) *Pío XI y Mussolini. Tratado de Letrán y concordato.*—En octubre de 1922 el partido fascista escaló el poder. En diciembre de 1922, en su encíclica *Ubi arcano,* Pío XI aseguraba que Italia jamás tendrá nada que temer de la Santa Sede. Por su parte, el partido restableció el crucifijo en las escuelas, se impuso la enseñanza del catecismo, se dispensó al clero del servicio militar, etc.

Cuando con ocasión de la visita del rey de España en 19 de noviembre de 1923 la prensa quiso dar por terminada virtualmente la cuestión romana, el papa hubo de protestar en *L'Osservatore,* notando que la herida no se curaba con cataplasmas. Pero el partido fascista y su jefe Mussolini estaban dispuestos a emplear los remedios adecuados para sanar la llaga.

El 31 de diciembre de 1925, Mattei-Gentile, subsecretario de Estado en el ministerio de Justicia y Cultos, presentaba ante las Cámaras un proyecto de legislación religiosa preparado por una comisión en colaboración con tres prelados. Era casi un plan de concordato, aunque los expertos eclesiásticos que habían tomado parte no tenían mandato alguno del papa. Rocco anunció al Parlamento el 14 de mayo de 1926 que aquel proyecto, para llegar a ser concordato, tenía que comenzar por zanjar la cuestión romana [59].

Al día siguiente, Mattei-Gentile confesaba que tenía una misión formal de anunciar que se proyectaba arreglar la cuestión romana. En el mes de agosto de 1926 comenzaron las conversaciones entre el abogado Francisco Pacelli, por la Santa Sede, y Domenico Barone, como consejero de Estado, por Italia. El 31 de diciembre estas conversaciones revestían carácter oficial: a Pacelli se le agregó Mgr. Borgongini-Duca para el concordato. Hubo una pausa en el con-

[58] JEMOLO, *Pio XI. La nuova situazione politica del Papato* (Nuova Antologia, 16 febrero 1922), pp. 372-379; AUSSET, *La question vaticane (1914-1928)* (París 1928).

[59] LOISEAU, *Saint-Siège et fascisme. Les accords de Letran devant l'histoire et la politique* (París 1930).

flicto creado por los *scouts* católicos y los *balillas* fascistas. Pero se quería seriamente llegar al fin. El 22 de noviembre de 1928, Mussolini recibía del rey el mandato de firmar el pacto con Gasparri; pero la enfermedad primero y la muerte después del consejero Barone retardó la conclusión. Por fin, el 11 de febrero de 1929 firmaban Mussolini y Gasparri tres convenciones en el palacio de Letrán: una convención política, una convención financiera y un concordato. El pacto político reconocía el Estado Città Vaticana, con todas las consecuencias de su inviolable soberanía, y abrogaba la ley de garantías. A su vez, el papa declaraba resuelta definitivamente la cuestión romana y reconocía el reino de Italia. La convención financiera obligaba al gobierno italiano a entregar en numerario, como indemnización por el Patrimonio de San Pedro y otros bienes secularizados, una suma de 750 millones de liras y ponerlos en títulos de renta al 5 por 100 hasta un valor de mil millones.

El arreglo de la cuestión romana y el concordato con la Santa Sede ponía a la Iglesia de Italia en circunstancias propicias, después de tantos años de sectarismo gubernamental. Hubo sus roces en las exigencias fascistas; pero la voluntad decidida por ambas partes fué allanando todas las dificultades.

Sin la guerra última, que tantas ruinas ha amontonado sobre el mundo, la Iglesia católica emprendería hoy en Italia una ruta de prosperidad y paz fecunda [60].

Sin necesidad ninguna para el régimen, contra la voluntad de la nación y del elemento militar, solamente por cumplir un compromiso personal contraído con Hítler, decidióse Mussolini a ponerse de su lado, entrando en la guerra el 10 de junio de 1940. Desde un principio se vió claramente, por una parte, que el pueblo italiano no estaba preparado para la guerra, y por otra, que no la quería. Ambos factores, junto con el desarrollo general de los acontecimientos, contribuyeron eficazmente a las múltiples derrotas que en todas partes fué recibiendo Italia y el fascismo. Vencido éste interiormente en la célebre y borrascosa sesión del Gran Consejo Fascista del 24 de junio de 1943, Mussolini se echó en brazos de los alemanes, junto con los cuales fué defendiendo palmo a palmo el territorio italiano, cuyos jefes se habían declarado entretanto por los aliados. Finalmente, apresado Mussolini el 27 de abril de 1945, murió vergonzosamente a manos de los guerrilleros italianos. Dos meses después, en junio del mismo año, terminada ya la guerra, Víctor Manuel abdicaba en su hijo Humberto; pero éste, a su vez, el 2 de junio de 1946, celebrado el referéndum que resultó contrario

[60] En AAS, 21 (1929), pp. 209-294, está el texto del tratado. Cf. AAS, 21 (1929), pp. 103-110 y 172-174, discursos del papa sobre el tratado.

a la monarquía, tuvo que alejarse de Italia, convertida ya en república.

La situación creada para Italia y para la Iglesia católica era extremadamente delicada y confusa. Es verdad que en el nuevo reajuste de partidos y en las elecciones celebradas posteriormente las fuerzas derechistas han obtenido una mayoría absoluta. Por otra parte, se mantienen en pie todas las innovaciones y ventajas obtenidas para el catolicismo durante el período fascista; se respeta todo lo estipulado por Mussolini con el romano pontífice, y particularmente durante el Año Santo de 1950 se apoyaron todas las manifestaciones religiosas populares en Italia y en Roma.

Mas, por otra parte, es manifiesto que el ambiente católico presenta también sus peligros. El partido comunista ha obtenido rápidamente grande fuerza, y, siguiendo la táctica y aun la dirección de Moscú, desarrolla una actividad intensa. Se advierte en la prensa socialista y comunista, y aun en una parte de la republicana, una tendencia común en orden a desprestigiar al clero y pervertir a la juventud. Durante los tres últimos años, 1949-1951, ha disminuído un poco la intensidad de esta campaña. Pero, conscientes de su fuerza y del apoyo con que cuentan, no desisten de ella los elementos anticlericales, a quienes se unen las diferentes sectas protestantes. El episcopado y el romano pontífice apoyan decididamente la defensa y el resurgir católico que se manifiesta en las organizaciones de Acción Católica Italiana y en el numeroso partido de la Democracia Cristiana, hábilmente dirigido por el católico militante Alcides de Gasperi. Pero, viendo claramente el peligro, llaman la atención sobre él.

Así lo hizo el mismo papa Pío XII, cuando en una alocución a los dirigentes de Acción Católica les decía: "Hace más de un siglo que un trabajo insidioso, sistemático y constante ha procurado minar más duramente que con una acción violenta la cultura cristiana del pueblo italiano. Hoy piensa el adversario que su trabajo está suficientemente adelantado para poder ya lanzarse al asalto definitivo, y ciertamente que ninguno de nosotros se hace ninguna ilusión acerca del sentido y del alcance de ciertos sucesos de que somos testigos".

El resurgir católico italiano, no obstante todas estas dificultades y amenazas, se ha manifestado claramente durante todo el Año Santo de 1950. De un modo particular se ponen bien de manifiesto sus verdaderos sentimientos cristianos con ocasión de las grandes solemnidades en que aparece el pontífice en la plaza de San Pedro, como, por ejemplo, el 1.° de noviembre de 1950 con ocasión de la solemne declaración

del dogma de la Asunción, y en junio de 1951 en la beatificación de Pío X.

IV. La Iglesia y el Estado en otros países de Europa

1. **Austria-Hungría.** — a) *Josefinismo. Constitución de 1848.*—El josefinismo había echado hondas raíces en el imperio austro-húngaro. De ahí nació el indiferentismo religioso y la relajación de la moral en el clero y en el pueblo. En un memorial valiente, el cardenal Migazzi había expuesto estas lacras y en parte se había puesto algún remedio. Desaparecieron los infaustos seminarios generales y se abrieron seminarios diocesanos, se reconocieron las dispensas matrimoniales de la Iglesia, se volvió al latín como lengua litúrgica [61].

El largo reinado de cuarenta y tres años del emperador Francisco II (1792-1835), quien desde 1806 se llamó Francisco I de Austria-Hungría, derivó toda su actividad a la política exterior. Los precedentes dinásticos y el influjo de Metternich arraigaron más y más la soberanía del Estado en asuntos religiosos: burocracia y clero andaban identificados. Los textos de los seminarios, como Rechberger, eran josefinistas; es cierto que el clero inspeccionaba las escuelas, pero como empleados del gobierno.

Sin embargo, la influencia de los redentoristas y de los jesuítas mejoraba la vida religiosa del pueblo. El año de 1848 agitó particularmente a Viena; pero pronto se restableció el orden. Felizmente, aquella sacudida despertó ansias de libertad religiosa entre los católicos. La Constitución de 1848 obedeció a estas ansias; suprimió la soberanía del Estado sobre la Iglesia con su sistema burocrático [62], al asegurar completa libertad de religión y conciencia y libre ejercicio del culto. Por invitación del ministro Schwarzenberg, tuvieron una asamblea los obispos del imperio y, como fruto de sus deliberaciones, publicó el emperador el 18 y 23 de abril de 1850 unas ordenanzas por las que quedaba supri-

[61] Kralik, *Allgemeine Geschichte der Neuesten Zeit*, 6 vols. (Viena 1915-1923); Wiedemann, *Die religiöse Bewegung in Oberösterreich und Salzburg bei Beginn des 19. Jahrh* (Innsbruck 1890); Volfsgruber, *Franz I, Kaiser von Oesterreich*, 2 vols. (Viena 1899); Id., *Kirchengeschichte Oesterreichs-Ungams* (1909); Mayer, F. M., *Geschichte Oesterreichs mit besonderer Rücksicht auf das Kulturleben*, 2 vols., 3.ª ed. (1909); Bedlich, J., *Kaiser Franz Joseph von Oesterreich* (1928); Tomek, E., *Kirchengeschichte Oesterreich*, 2 vols. (Viena (1949); Fried, J., *National-socialismus und kathol. Kirche in Oesterreich* (Viena 1947); Kisser, J., *Geistige Strönumgen der Gegenwart im Lichte des Katholizismus* (Viena 1947).

[62] Ritter von Sbirk, *Metternich*, 2 vols. (Munich 1925).

mido el *placet*, se dejaba expedito el camino de Roma y se confiaba al clero la inspección de la enseñanza.

b) *Concordato de 1855.*—Bajo el reinado de Francisco José se llegó al *concordato de 1855*, que en 35 artículos regula una porción de puntos vitales: libre comunicación de los obispos con Roma, inspección de las escuelas por la Iglesia, censura de libros, asuntos matrimoniales y el derecho de acudir al brazo secular para la aplicación de ciertas penas eclesiásticas. A pesar de la oposición de las fuerzas hostiles, este régimen estuvo en vigor hasta 1866, con gran fruto de la Iglesia de Austria-Hungría [63].

Pero desde 1866, tras la derrota de Sadowa, se comenzó a socavar el concordato. Esta batalla significa la hegemonía de Prusia protestante en las naciones germánicas. Aun en el imperio austro-húngaro subió al poder el partido liberal, de tendencias fuertemente anticlericales. Inmediatamente se puso sobre el tapete la cuestión escolar y se votaron leyes que lesionaban el concordato. La jurisdicción matrimonial se devolvía al Estado y se admitía el matrimonio civil. La inspección y dirección de las escuelas se declaró de incumbencia del Estado; por lo tanto, éste abriría escuelas patentes a todo el mundo, sin distinción de confesiones, aunque también la Iglesia podría abrir escuelas privadas. La ley llamada confesional concedía a las iglesias disidentes iguales derechos que a los católicos.

Viva discusión levantó sobre todo este último punto, pues los católicos objetaban que un concordato no podía ser anulado unilateralmente. También Pío IX protestó en 1869 y varios obispos se negaron a entregar los libros matrimoniales. Por ello fué condenado el arzobispo de Linz. Pero la obra josefinista no se detenía. El ministro Stremayr dió un paso más y propuso a la firma de Francisco José la revocación pura y simple del concordato. Este paso se dió el 25 de julio de 1870, y se dió como razón esta simpleza: el concordato de 1855 lo había firmado Pío IX falible, y ahora Pío IX infalible era persona distinta.

c) *"Los von Rom", ruina del imperio.*—En las altas esferas de Viena se dejaba sentir la influencia del josefinismo, del judaísmo y de la masonería. Este estado de cosas perduraba y de vez en cuando se agudizaba con medidas vejatorias. En 1894 se dió una ley castigando a los sacerdotes que bendijesen un matrimonio antes del contrato civil; sobre los matrimonios mixtos decretaba que los futuros esposos determinarían libremente la confesión de sus hijos. Desde 1897 se inició el movimiento cismático llamado "Los von Rom" (separación de Roma) en el partido liberal germano.

[63] *Acta Pii IX*, II, pp. 465 y 485; MERCATI, *Raccolta...*, p. 821 s.

Naturalmente, estas medidas no se ejecutaban sin contradicción ni lucha, sobre todo en Hungría. Contra el influjo creciente del judaísmo se formó el partido "social cristiano", que seguía la doctrina del ilustre sociólogo Vogelsang y tenía por jefe al Dr. Carlos Lüger, alcalde de Viena y seguidor fidelísimo de aquél en llevar a la práctica la "Rerum novarum" de León XIII. En 1912 fué Viena centro del espléndido Congreso Eucarístico Internacional, que resultó un magnífico testimonio de fe del imperio austro-húngaro.

Después de la guerra europea, el imperio austro-húngaro salió destrozado y deshecho de la paz de Versalles.

En una Austria deshecha política, económica, social y religiosamente, que apenas podía vivir de sus recursos, se comprende que se desarrollaran los gérmenes más virulentos del socialismo y comunismo. Con todo, la revolución comunista fué vencida y poco a poco iba restableciéndose religiosa y socialmente bajo la sabia dirección del gran canciller Seipel y, después, de los políticos Dollfuss y Schutznig. Mas las fuerzas sectarias no podían tolerar tal progreso: Dollfuss murió violentamente. Por fin sobrevino la anexión a Alemania y la inmersión en la segunda guerra mundial [64].

Es indecible lo que tuvieron que sufrir los católicos austríacos durante estos años, en que se vieron forzados a vivir en íntima conexión con la Alemania nacionalsocialista. Como si esta anexión hubiera sido voluntaria, también Austria ha tenido que sufrir la humillación y las terribles consecuencias de la derrota. Descuartizada y ocupada por las fuerzas aliadas victoriosas, sigue expiando un crimen que no cometió. El catolicismo, tan hondamente arraigado en su suelo, va resurgiendo lentamente. En 1945 se pudo organizar de nuevo la célebre Facultad de Teología de Innsbruck. La parte de Viena y de Austria ocupada por las potencias occidentales ha dado pruebas de su voluntad anticomunista en recientes elecciones.

2. **Suiza.**—a) *Régimen cantonal. Refugio de indeseables. Persecución.*—La invasión francesa de 1798 borró la soberanía cantonal y creó la república helvética. Mas por el acta de mediación napoleónica se restablecía el año 1803 el régimen antiguo. La división de cantones fué arbitraria, para preparar una anarquía política y religiosa. En el Congreso de Viena quedó consolidada esta situación. Cada cantón go-

[64] STAATSLEXIKON, *Oesterreich* (Freiburg 1929), III (1774-1871), estudia el estado actual: historia, cultura, suelo y pueblo, continuación escuelas, iglesias; FRIED, J., *Nationalsozialismus und katholische Kirche in Oesterreich* (Viena 1947); RAMBAUD, L., *Dollfuss (1892-1934)* (París 1948); GULICK, CH. A., *Austria from Habsburg to Hitler*, 2 vols. (Berkeley 1948).

zaba de autonomía religiosa; había seis diócesis, que agrupaban cierto número de cantones o partes de cantones [65].

Pero también en Suiza habían penetrado las ideas josefinistas, de donde se originaban roces con los obispos e intromisiones en la enseñanza misma de los seminarios. Por otra parte, el protestantismo veía con malos ojos que el catolicismo progresase a favor de la libertad religiosa en ciudades como Berna, Zurich, Ginebra y Basilea, donde había dominado él durante siglos. A este sectarismo protestante se añadió el de la masonería y de los conspiradores de todas partes que se refugiaban en Suiza: "la joven Francia", "la joven Italia", "la joven Germania", "la joven Polonia". Tan peligrosas eran estas facciones, que Thiers exigió su expulsión en 1836.

El 20 de enero de 1834 los delegados de los cantones liberales, reunidos en Baden, redactaron 14 artículos inspirados en los artículos orgánicos de Napoleón. Suprimían toda intervención del papa, reglamentaban la organización de los seminarios, suprimían ciertas fiestas y ayunos, obligaban a los sacerdotes a bendecir los matrimonios mixtos sin exigir cauciones. Gregorio XVI condenó los artículos de Baden por la encíclica *Commissum divinitus*, de 1835 [66].

b) *Guerra de cantones. Destierro de los jesuítas.*—En represalias, los radicales agravaron las medidas opresoras; pero los cantones católicos se agrupaban también. La guerra se avecinaba. Los radicales tomaron por táctica llevar todos sus efectivos de un cantón a otro para ir triunfando por separado. Así se apoderaron de Argovie en 1841; pero los católicos de Lucerna en revancha admitieron a los jesuítas, quienes ya se habían establecido en Schwytz en 1836 y en Friburgo en 1837. La autonomía cantonal les daba pleno derecho.

El jefe del partido radical, Ochsenbein, al frente de un pequeño ejército invadió Lucerna, pero fué derrotado en marzo de 1845. En venganza fué asesinado el jefe de los católicos lucernenses, José Leu.

Entonces los cantones católicos de Lucerna, Uri, Schwytz, Unterwalden, Zug, Friburgo y Valais se reunieron en la con-

[65] TILLIER, *Geschichte der Eidgenossenschaft während der sog. Restaurations-epoche*, 3 vols. (Berna, Zurich 1850); WOESTE, CH., *Histoire du Kulturkampf en Suisse (1871-1886)* (Bruselas 1887); BUCHI, A., *Die katholische Kirche in der Schweiz...* (1902); SCHOLLENBERGER, J., *Die Schweiz seit* (1848); DANCOURT, E., *Scènes et récits du Kulturkampf dans le canton de Berne* (Saint Maurice 1921); MÜLLER, K., *Die Katholische Kirche in der Schweiz seit dem Ausgang des 18 Jahrh.* (1928); RAPPARD, W. E., *La constitution fédérale de la Suisse. Les origines, son élaboration, son évolution (1848-1948)* (Neuchâtel 1948).

[66] SCHOLZER, *Staat und römischkatholische irche in den partitälischen Kantonen der Schweiz* (Zurich 1912).

federación defensiva llamada *Sonderbund*. El gran Consejo federal, en que los radicales tenían mayoría, tomó en 1847 la resolución de declarar ilegal el Sonderbund y ordenó a los cantones desterrar a los jesuítas. Los cantones católicos rehusaron obedecer; pero el Consejo levantó un ejército de 50.000 hombres a las órdenes del general Dufour. Los ministros de Francia, Guizot, y de Austria, Metternich, quisieron impedir aquella guerra; pero los enredos de lord Palmerston dieron tiempo a que en tres semanas fueran derrotados los católicos. El Sonderbund se deshizo por la violencia. De los cantones católicos fueron expulsados los religiosos. Muchos eclesiásticos fueron encarcelados. Así, Mgr. Marilley, obispo de Lausana-Ginebra, fué arrojado en prisión y después desterrado hasta 1855.

c) *Falibilistas y antifalibilistas. Viejos católicos.*—El concilio Vaticano ocasionó nuevos conflictos en Ginebra y Basilea. El obispo de Basilea, Mgr. Lachat, suspendió a dos sacerdotes indignos y notoriamente contrarios a la infalibilidad pontificia. Entonces se reunió la conferencia diocesana y procedió contra el obispo, alegando que el decreto vaticano sobre la infalibilidad pontificia no había sido reconocido por los cantones, y pretendiendo que estaba prohibido a los obispos pronunciar censuras sobre los sacerdotes que rechazasen la infalibilidad pontificia. Mgr. Lachat respondió a esto que jamás se puede prohibir a un obispo el señalar la verdad y que el obispo puede y debe juzgar al sacerdote que ataca la doctrina de la Iglesia. A los sacerdotes de Berna, que habían protestado, se les prohibió toda función; sus parroquias fueron provistas con sacerdotes intrusos de *los viejos católicos*.

En Ginebra se presentó un caso análogo. Mgr. Gaspar Mermillod fué nombrado por Pío IX vicario general y auxiliar de Marilley. El Consejo de Estado le destituyó en 1872 y lo deportó a la frontera, decretando que, así los curas como los vicarios, fueran nombrados en adelante por los mismos ciudadanos católicos. El clero y el pueblo siguieron fieles a Mermillod. La "Iglesia nacional" sólo contó con unos cuantos sujetos indignos, de la talla del famoso apóstata Jacinto Loyson, ex carmelita.

En 1884 León XIII consiguió apaciguar los ánimos. Fuera del cantón de Ginebra, los demás cantones aceptaron a Mermillod como obispo de Lausana-Ginebra con residencia en Friburgo. En cuanto a Lachat, obispo de Basilea, León XIII le dió en compensación la administración apostólica de Tessino, que en ese mismo año de 1884 se había separado de Milán y Como.

Actualmente la relación entre la Iglesia y el Estado es muy diversa en los diferentes cantones: Ginebra, en 1906, a

propuesta de Enrique Fazy, decretó la separación entre la Iglesia y el Estado. El proyecto fué ratificado en un referéndum popular. Los católicos suizos aumentan en medio de sus dificultades. Su "Misión interior", fundada en 1864, recoge copiosos recursos para atender al apostolado de la diáspora en los cantones protestantes. En Friburgo, con su célebre Universidad, el catolicismo prospera.

Suiza ha sido el refugio de todos los perseguidos y se ha librado de las guerras de estos últimos decenios. En Suiza se refugió la *Sociedad de las Naciones,* con sus conatos mal logrados de humanizar el mundo. Bajo la presidencia de La Motte, Suiza ha dado ejemplo de sensatez y orden. Con todo, ciertas medidas odiosas, como el destierro de los jesuítas, perduran obstinadamente en un país que tanto se precia de la libertad [67].

Esto no obstante, se puede decir que el catolicismo se ha ido robusteciendo y consolidando desde los últimos decenios hasta 1951. A ello han contribuído de un modo especial la Universidad católica establecida en Friburgo, que ha alcanzado gran prestigio, y la enérgica actuación del episcopado. Consta que en 1946 los católicos alcanzaban la cifra de cerca de dos millones, que significa un porcentaje considerable. De hecho tienen un influjo decisivo aun en la política, y se distinguen por su organización.

3. **Los Países Bajos.**—a) *Estado sectario. Concordato de 1827.*—A los intereses de las grandes potencias en el Congreso de Viena quedó sacrificada Bélgica, que con Holanda formó el reino de los *Países Bajos.* El rey Guillermo I le dió una constitución o ley fundamental basada en los principios de 1789. Los obispos de Bélgica no pudieron menos de condenarla, y prohibieron a los fieles prestar el juramento. El arzobispo de Malinas fué condenado por ello a la deportación [68].

El conflicto entre el gobierno y los católicos belgas se

[67] HIS, *Die Nuntiatur in der Schweitz* (Zurich 1925) ; HANS. ABT, *Die Schweitz und die Nuntiatur* (Zurich 1925).

[68] GERLACHE, *Histoire du royaume des Pays-Bas depuis 1814 jusqu'a 1830,* 2 vols. (Bruselas 1839) ; TEERLINDEN, CH., *Guillaume I, roi des Pays-Bas, et l'Eglise catholique en Belgique (1814-1830)* (Bruselas 1906) ; HYMANS, L., *La Belgique et le Vatican,* 3 vols. (Bruselas 1880 s.) ; PIRENNE, H., *Histoire de Belgique,* vol. 6-7 (1792-1914) (Bruselas 1926-1932) ; ID., *Hist. de la Belgique contempor. (1830-1914),* 2 vols. (Bruselas 1928-1932) ; MOREAU, E. DE, *Le catholicisme en Belgique* (Lieja 1928) ; SIMON, A., *L'Eglise catholique et les débuts de la Belgique indepéndante* (Wetteren 1949) ; ID., *Grégoire XVI, la Belgique, la Holande...,* en «Misc. His. Pont.» (Greg. XVI), 14, pp. 399-418 (Roma 1948) ; HAAG, H., *Les origines du catholicisme libéral en Belgique (1789-1839)* (Lovaina 1950) ; BROUNE, C., *Léopold I et son temps* (Bruselas 1947) ; DESONAY, F., *Léopold II, à Gante* (Tournay 1947).

agravaba por momentos, pues el rey Guillermo, holandés y protestante, no respetaba la igualdad de derechos que otorgaba la Constitución, con perjuicio del catolicismo belga. Las escuelas medias y superiores recibían profesores impuestos por el gobierno protestante y, por lo tanto, hechuras suyas; ningún instituto religioso podía recibir novicios; hasta las asociaciones católicas fueron suprimidas.

A pesar de estas medidas sectarias, Guillermo I quería un concordato; pero no llegaron a entenderse en 1823 Mgr. Nasalli y los ministros del rey. Mientras tanto seguían las medidas vejatorias; se cerraron los seminarios, estableciéndose en Lovaina una especie de seminario general al estilo de los josefinistas. Por fin fué a Roma el conde Celles, quien negoció el concordato de 1827, que al fin no pudo aplicarse por la oposición de protestantes y liberales [69].

b) *Separación de Bélgica. Turno de partidos.*—La paciencia de los católicos belgas llegó a su fin; a merced de las revueltas de 1830, Bélgica se separó de Holanda y eligió por rey a Leopoldo I de la casa Sajonia-Coburgo (1831-1865). En 1831 se promulgó la Constitución, por la cual se proclamaba la separación entre la Iglesia y el Estado, y, por el mero hecho, la provisión de los obispos y cargos eclesiásticos quedaba plenamente en manos de la Iglesia. A pesar de esta separación oficial, la Iglesia conservaba sus antiguos privilegios: subvención del culto, exención del servicio militar, derecho de inspección en la enseñanza.

Turnaban en el gobierno liberales y católicos, hasta que después entró en turno también el partido socialista. La presencia en el poder del partido liberal iba acompañada de leyes anticlericales en varios puntos: el nombramiento de los obispos y cargos eclesiásticos, la enseñanza, los cementerios, el matrimonio civil, las relaciones con la Santa Sede. Los católicos luchaban por la libertad de la Iglesia; los liberales por la soberanía absoluta del poder civil. El partido católico dominaba en Flandes, Amberes, Limburgo, Brabante; el partido liberal en Bruselas, Hainaut, Lieja. Las ciudades comerciales del país flamenco, como Amberes y Gante, daban a uno y otro partido el predominio [70].

c) *Victoria de los católicos. Vicisitudes.*—En 1842 los católicos obtuvieron una victoria señalada, y en consecuencia, el presidente del Consejo, J. B. Nothomb, hizo votar una ley escolar reconociendo la enseñanza religiosa como obligatoria en las escuelas.

[69] ROSKOVANY, *Monumenta cath.,* II, pp. 266-270.

[70] TEERLINDEN-MOREAU, *Histoire de la Belgique contemporaine (1830-1916),* 2 vols. (Bruselas 1928) ; THIRY, M., *La Belgique pendant la guerre* (París 1947) ; FABRE-LUCE, A., *Une tragédie royale, L'affaire Léopold II* (París 1948).

Después, durante un período largo de más de veinte años, hasta 1870, estuvo en el poder el partido liberal, sin dar gran importancia a la cuestión religiosa.

El período de 1870 a 1878 se caracteriza por cierta efervescencia de pasiones con ocasión del poder temporal del papa. Los liberales, de nuevo vencedores en 1878, proclamaron la escuela laica, permitiendo a los padres de familia dar enseñanza religiosa fuera de las horas escolares. Los obispos, reunidos en Malinas, condenaron la ley y mandaron negar la absolución a los maestros y padres que cooperasen a ella. El ministerio del masón *Frère-Orban*, autor de la ley, pretendió que el papa reprendiese la conducta del clero. Como el papa se negase a ello, despidió al nuncio, rompió las relaciones con Roma y quitó a los obispos la administración de las fundaciones piadosas. Bajo pretexto de la incompetencia de la enseñanza privada, se suprimieron los honorarios de 400 sacerdotes dedicados a la enseñanza.

En vista de estas calamidades, se unieron los católicos, y en las elecciones de 1884 salió una gran mayoría de diputados católicos. El ministerio católico de Augusto Beernaert se dedicó a deshacer la obra liberal, permitiendo a los municipios abrir, al lado de la escuela oficial neutra, otra católica privada; así resultaban dos escuelas, una oficial, pagada por el municipio, y otra que podía ser adoptada por el mismo [71].

Pero el partido católico perdía terreno en provecho del liberal y socialista. Sin embargo, en 1912 todavía tuvo 20 votos de mayoría contra la coalición liberal-socialista. La cuestión escolar mejoró algún tanto. El partido católico, dirigido por el episcopado (baste recordar al cardenal Mercier), y con una Universidad como la de Lovaina, ha cosechado muchos frutos. Sin embargo, la enseñanza casi siempre ha estado en manos del ministro liberal. Por otra parte, el partido socialista, en un país eminentemente industrial, ha ido cobrando una fuerza temible [72].

Las divisiones entre los católicos les hicieron perder la mayoría en el Parlamento, por lo cual han estado algún tiempo a merced de los socialistas y liberales. De hecho han mantenido sus posiciones y han continuado su actuación enérgica; pero ésta se ha visto obstaculizada por las tendencias izquierdistas. Durante las dos guerras mundiales, 1914-1918 y 1939-1945, Bélgica se vió arrollada e invadida por los ejércitos alemanes, de los que tuvo que sufrir bastante; pero el episcopado observó una conducta digna y enérgica y supo defender los intereses religiosos del catolicismo.

[71] VERHAEGEN, *La lutte scolaire en Belgique* (Gante 1905); MOREAU, *Adolphe Déchamps* (Bruselas 1911).

[72] VERMEERSCH, *Manuel social. La législation et les oeuvres en Belgique* (Lovaina 1893); TEERLINDEN-MOREAU, o. c.

Al desaparecer las fuerzas ocupantes, Bélgica tuvo que resolver, no solamente el problema económico y los demás motivados por la guerra, sino el propio de la monarquía. Precisamente el partido y los elementos católicos han sido los defensores más decididos del rey Leopoldo III y del régimen monárquico, al que, tras reñidas batallas durante los años 1949 y 1950, han conseguido hacer triunfar. La mayoría parlamentaria obtenida por los católicos con esta ocasión ha servido para agruparlos más estrechamente en torno del episcopado y en defensa de los intereses católicos, frente a los principios malsanos del socialismo y comunismo.

d) *Situación de Holanda*.—En cambio, en Holanda, con la escisión de 1830, el catolicismo quedó por el momento algo paralizado. Oprimidos los católicos por una tiranía protestante de trescientos años, no influían lo más mínimo en la vida pública. Con la subida al trono de Guillermo II en 1840 se inició un cambio. En 1841 Mgr. Cappacini fué a La Haya para negociar un arreglo; pero los protestantes se alarmaron y el rey tuvo miedo. Holanda siguió sin jerarquía eclesiástica, como país de misión; en la parte sur se formaron los vicariatos apostólicos de Hertogenbosch y Breda para el Brabante y Ruremonda para Limburgo. A pesar de la resistencia de varios ministros protestantes, Guillermo II en 1847 tuvo el valor de suprimir el *placet*. Con esto llovieron súplicas a Roma de parte de los seglares más distinguidos, pidiendo la erección de la jerarquía, que por fin restableció Pío IX en 1853; se creó el arzobispado de Utrecht con las sufragáneas de Harlem, Hertogenbosch, Breda y Ruremonda.

Desde entonces la vida católica va en auge; ya en 1865 se tuvo un concilio provincial en Hertogenbosch (Bois-le-Duc) y en 1867 se reunieron concilios diocesanos en todas las diócesis.

También en Holanda el campo de lucha fué la escuela; en 1857, al organizarse la enseñanza, se votó una ley de escuela neutra. Pero el partido católico, obedeciendo a la consigna de sus obispos, en 1868 levantó escuelas privadas confesionales en gran número, al mismo tiempo que construía nuevos edificios religiosos. En 1889 se obtuvo la ley Mackay o ley de pacificación, por la cual las escuelas primarias libres podían ser subvencionadas por el Estado como las públicas neutras. En 1905 esta disposición se extendía a la enseñanza secundaria.

El catolicismo holandés hasta última hora no ha tenido gran fuerza expansiva al exterior; pero su vida interna es

intensa y bien organizada. Ultimamente su labor misional es egregia y segura [73].

Son modelo las misiones organizadas por los jesuítas en Java y otras posesiones holandesas. El catolicismo posee una fuerza interior que es decisiva en el gobierno de la nación y constituye una tercera parte de su población. Desde 1915 Holanda tiene un representante ante la Santa Sede. En 1900 se estableció una Universidad católica en Utrecht, y en 1923 se fundó otra semejante en Nimega, que goza de gran prosperidad. Durante los últimos años, 1945-1951, los católicos holandeses y su episcopado han dado diversas veces señales de gran actividad y vida próspera.

4. **Inglaterra, Irlanda** (por el P. Ricardo G. Villoslada).—Tres hechos culminantes dominan la historia del catolicismo inglés durante el siglo XIX, de los cuales nos es preciso decir unas palabras: el recobro de sus derechos civiles y políticos, por obra principalmente del irlandés O'Connell; el movimiento de Oxford y el restablecimiento de la jerarquía eclesiástica.

a) *La emancipación de los católicos. Daniel O'Connell* [74]. Desde la apostasía nacional de Inglaterra en el siglo XVI eran muy pocos los católicos que persistían en su fe romana; ni es de extrañar, viviendo como vivían sometidos a leyes tiránicas que los tenían como parias, excluídos de todo cargo público. No había un funcionario a quien no se le exigiese, antes de entrar en su oficio, la comunión en rito anglicano (así hasta 1828) y una declaración (impuesta por el *bill of Test* de 1673) de que negaba el dogma católico de la transubstanciación. Los papistas no podían ser electores ni menos elegidos para diputados en el Parlamento. Sólo a fines del siglo XVIII alcanzaron algunos derechos civiles, como el poder abrir escuelas católicas y mayor libertad en el ejercicio de su religión. Hacia 1800 el número de católicos ingleses no excedía mucho de 50.000, a lo más 70.000; otros tantos se-

[73] Müller, *Les catholiques en Hollande au XIXe siècle*, en «Etudes», 302 (1910), p. 781.

[74] Ward, B., *The Dawn of the catholic Revival in England (1781-1803)*, 2 vols. (Londres 1909); Id., *The eve of the catholic emancipation (1812-1829)*, 3 vols. (Londres 1912-1913); Id., *The sequel to catholic emancipation (1830-1850)*, 2 vols. (Londres 1915): G. Planque, *Histoire du catholicisme en Angleterre*, 3.ª ed. (París 1909); P. Thureau-Dangin, P., *La Renaissance catholique en Angleterre au XIXe siècle*, 3 vols. (París 1923); J. Gvibert, *Le réveil du catholicisme en Angleterre* (París 1907); M. MacDonagh, *O'Connell and the Story of catholic emancipation* (London 1929); J. F. Broderick, *The Holy See and the Irish movement for the repeal of the union with England, 1829-1847*, «Analecta Gregoriana» (Roma 1951); M. Tierney, *Daniel O'Connell. Nine centenary essays* (Dublín 1949); D. Gwynn, *The Struggle for catholic emancipation* (Londres 1928).

rían los de Escocia, país dominado por el presbiterianismo calvinista.

¿Y qué decir de los irlandeses? La situación de la "isla de los Santos" era lamentabilísima. Sus siete millones de habitantes, de los que casi seis millones profesaban el catolicismo, gemían bajo el yugo de Inglaterra, trabajando como viles esclavos, sin ningún derecho y en la más degradante miseria. Sujetos a la expropiación forzosa, labraban los campos de su patria para provecho de los amos ingleses. No les era lícito adquirir bienes por más de treinta años, ni siquiera poseer un caballo que valiese más de cinco libras esterlinas. Y les era forzoso sustentar de su miseria al clero católico, despojado de todo.

Eran 32 las diócesis, con unas 1.000 parroquias. El gobierno inglés nombraba obispos y pastores anglicanos, que no eran aceptados por el pueblo, pero cuya sustentación debían pagarla los fieles de cada parroquia. Al lado de estos titulares estaban los verdaderos párrocos católicos, mantenidos por la caridad popular.

Abrumados por los inicuos arrendamientos y despojados aun de sus míseras chozas cuando la mala cosecha les impedía pagar el arriendo, los irlandeses protestaban de su condición de esclavos y en 1797 se levantaron en bandas armadas, que fueron sangrientamente reprimidas. El ministro Pitt les quitó, por eso, toda autonomía en 1800.

Ni los *tories* (conservadores) ni los *whigs* (liberales) mostraban deseo de levantar el yugo que pesaba sobre Irlanda, y menos los *tories*, por su tradicional empeño en conservar el estado de cosas y la religión nacional. En 1821 se propuso un *bill* (o proyecto de ley) en pro de la liberación de Irlanda, pero fué rechazado en la Cámara alta. Seis millones de católicos, que pronto ascenderían a siete y aun a ocho millones, vivían supeditados a 850.000 protestantes. Entonces surge "el Libertador". Daniel O'Connell consagrará toda su vida a la emancipación de sus compatriotas. Aunque se daba a sí mismo el nombre de *agitador*, era un legalista convencido. Entraba en sus métodos no derramar jamás una gota de sangre y respetar todas las leyes de Inglaterra. Astuto y audaz, supo levantar a todo un pueblo tras de sí y hacer capitular a una nación que parecía omnipotente. O'Connell era primeramente abogado, conocedor perfecto de las leyes británicas; era también un conductor de multitudes, que entendía maravillosamente la psicología de las masas; un tribuno elocuentísimo, que triunfaba en los mítines populares, ante muchedumbres de 500.000 y 700.000 personas congregadas por él para protestar pacíficamente contra Inglaterra; un organizador hábil y tenaz, que en 1823 creó la Asociación católica para la emancipación, transformada en

1825 en la Sociedad para la instrucción, y que no cesaba de arbitrar medios que le condujeran a su fin; que se prohibía un mitin, convocaba en seguida otro y otro, sin desalentarse nunca. Y por encima de todo, era un católico ferviente, un apóstol, que unía el amor a la Iglesia con el amor a su patria y juntaba en un ideal sus luchas y trabajos por la libertad de ambas.

O'Connell se puso al frente de sus compatriotas, empeñado en conquistar para Irlanda la libertad política como medio para la libertad religiosa. Seguíale el país en masa, fascinado por su elocuencia, tanto que el gobierno inglés no pudo menos de alarmarse.

Aunque O'Connell, como católico, no podía ser elegido diputado, presentó su candidatura en las elecciones de 1828: "Electores del condado de Clare—les arengaba el 24 de junio—: escoged entre mí y el señor Fitz Gérald. Escoged entre el que va buscando sus intereses y el que sólo piensa en los vuestros; entre el calumniador de vuestra fe y el que consagró toda su vida a vuestra causa y vivió siempre y está dispuesto a morir por el honor y la pureza de la fe, por la causa de la libertad y la felicidad de Irlanda". Y poco antes en la misma arenga: "Os dirán que no puedo ser elegido. Tal aserción, amigos míos, es falsa. Puedo ser elegido y puedo ser vuestro representante. Verdad es que, como católico, no puedo prestar y no prestaré jamás los juramentos impuestos a los miembros del Parlamento; pero la misma autoridad que ha ordenado esos juramentos puede abolirlos; y yo confío que nuestros más fanáticos enemigos comprenderán, si me elegís, la necesidad de ahorrar a un representante del pueblo el impedimento de cumplir su deber para con el rey y su país. El juramento impuesto por la ley proclama que la misa y la invocación de la Virgen y de los santos son cosas impías e idolátricas. Naturalmente, no mancharé mi alma con tal blasfemia. Dejo esta gloria a mi dignísimo adversario".

O'Connell salió elegido con tanto entusiasmo popular, que se adivinaba el triunfo definitivo. Compareció en el Parlamento y se negó a jurar lo establecido por la ley; no se le permitió, pues, sentarse con los diputados. Pero los ministros Peel y Wellington, ambos *tories*, deseosos de ganarles una partida a los *whigs*, plantearon el problema en las Cámaras y pidieron la emancipación de los católicos en general, so pena de tener que entrar en guerra civil con Irlanda. Opúsose al principio el rey Jorge IV, mas ante la amenaza de dimisión de los dos ministros, no pudo menos de otorgar el *bill* de emancipación (13 abril 1829), según el cual todo católico que jurase fidelidad al rey estaba capacitado para desempe-

ñar cargos civiles y militares, salvo algunos casos, y ser elector y elegido para el Parlamento.

Torna O'Connell a su distrito electoral; es de nuevo elegido para cumplir con la ley y va finalmente a ocupar su asiento en las Cámaras. Contaba el valiente luchador cincuenta y cinco años. Ya tenía Irlanda quien defendiese sus derechos legítimamente. Y no era sólo Irlanda la que alcanzaba la liberación, eran todos los católicos de los dominios ingleses. Tal fué el primer triunfo del catolicismo en Inglaterra desde hacía tres siglos.

O'Connell se reveló un parlamentario habilísimo, obteniendo en el Parlamento de Londres no menores victorias que en las plazas y en los campos de sus paisanos. Y no se contentó con lo alcanzado. Apoyando a los *whigs*, que necesitaban de sus votos, obtuvo la abolición de los diezmos que pagaban los católicos irlandeses a los pastores protestantes, la facultad para la Iglesia de adquirir propiedades, etc.

Se comprende que el pueblo sintiese hacia él verdadera adoración. En su propósito de conseguir la independencia política de su patria, organizó mítines monstruos, como el de Tara (750.000 personas), el de Mullaghmast (400.000); otro mayor fué impedido por el gobierno.

No le faltaron amarguras que devorar. Durante el año de 1846, el hambre y la peste desolaron los campos irlandeses. "El Libertador" vió además que frente a sus campañas legalistas y pacíficas se alzaba "la joven Irlanda" preconizando la violencia para la conquista de la libertad política. O'Connell murió en Génova el 14 de mayo de 1847 en viaje para Roma, y sus últimas palabras fueron éstas: "Mi cuerpo para Irlanda, mi corazón para Roma, mi alma para el cielo".

Entre los que más trabajaron por la causa católica en Irlanda debemos mencionar al capuchino P. Mathew y al cardenal Cullen, que se distinguió en el concilio Vaticano. La Universidad católica de Dublín y la *Revista de Dublín* participaron ventajosamente en este movimiento católico.

b) *El movimiento de Oxford.*—Mientras así luchaban los católicos por su libertad, en el seno mismo del anglicanismo se producía una crisis religiosa, que orientó a muchas y muy nobles almas hacia Roma [75].

Sabido es que, de las sectas disidentes del siglo XVI, la que menos destruyó del depósito de la revelación cristiana

[75] P. THUREAU-DANGIN, *La renaissance catholique en Angleterre au XIXe siècle*, 3 vols. (París 1923); SPENCER JONES, *England and the Holy See* (Londres 1902); CASQUET, *Great Britain and the Holy See* (Roma 1919); RAMOS, P. M., *El «movimiento de Oxford» y su centenario*, en «Religión y Cultura», 23 (1933), 5-32, 193-219; BIVORT DE LA SANDE, J., *Anglicans and catholics. Le problème de l'union anglo-romaine (1833-1933)* (París 1949); W. CHURCH, *The Oxford movement. Twelve years, 1833-1845* (Londres 1899).

fué el anglicanismo. Sin embargo, a principios del XIX la Iglesia anglicana arrastraba una vida lánguida y se veía en peligro de sucumbir totalmente por la corrupción de su clero, atento únicamente a las comodidades de la vida, sin espíritu sacerdotal cristiano, para quien la religión se reducía a la recitación formalista de las oraciones del domingo. Sufría además los ataques de la escuela liberal, criticista y racionalista, cuyo espíritu dominaba en la llamada Iglesia latitudinarista *(Broad Church)*. Los conservadores en política constituían la Alta Iglesia *(High Church)*, grupo de selección y nobleza, que alardeaba de ortodoxia, pero sin popularidad alguna *(high and dry)*. Otra tendencia era la que se decía evangélica, y que se inspiraba en el metodismo de J. Wesley; más que Iglesia era un partido religioso, que aspiraba a renovar la piedad individual con cierto fanatismo seudomístico, sin sólido contenido dogmático y doctrinal.

El Romanticismo había removido el fondo sentimental del alma inglesa con Walter Scott, Coleridge, Wordsworth, como había sucedido en Francia con Chateaubriand y en Alemania con los Schlegel, Novalis y tantos otros. Después de las guerras napoleónicas sobrevino la preocupación religiosa. Varios sucesos habían contribuído a crear un ambiente propicio al catolicismo. Primeramente, los numerosísimos sacerdotes franceses del tiempo de la revolución, que al refugiarse en Inglaterra supieron borrar muchos prejuicios y actuar como un fermento en la masa del país. En segundo lugar, la actitud del papa Pío VII, oponiéndose al bloqueo continental decretado por Napoleón contra Inglaterra, y el levantamiento heroico de la católica España contra el tirano de Europa.

Conviene, sin embargo, advertir que el movimiento de Oxford, de que vamos a tratar, en su origen y en su evolución obedece a móviles interiores y a razones espirituales.

Y es curioso que este movimiento de reforma eclesiástica, con ansias de espiritualizar su Iglesia anglicana, libertándola del Estado y de la política para retrotraerla a la pureza dogmática y disciplinar de los tiempos primitivos, es universitario, pues nace entre los más eminentes profesores de la Universidad de Oxford, clérigos *(clergymen)* por lo general, que dejan la ciencia de sus cátedras para regentar una parroquia o tener cura de almas. Su origen es doble: brota del estudio serio y profundo de la historia de la Iglesia primitiva, y por otra parte tiene raíces en un fondo sentimental, religioso, ascético y aun poético.

No fué un libro de teología el primero que hizo volver a los anglicanos hacia la primitiva Iglesia, sino un librito de poesías titulado *The Christian Year* o Año cristiano, colección de cánticos espirituales para los domingos y fiestas.

Aunque anónimo, su verdadero autor era Juan Keble, un cura de aldea nacido en 1792, que se había conquistado gran renombre en Oxford con su brillante carrera universitaria y vivía ahora en la obscuridad, llevando una vida piadosa, mortificada, ayunando todos los viernes del año y cumpliendo los deberes de su ministerio pastoral. El éxito maravilloso de aquellos sencillos versos, inspirados en los misterios de la fe, en la santidad del culto, en la gracia de los sacramentos, en la comunión de los santos, convirtió a su autor en imprevisto maestro y guía de cuantos soñaban en una evolución religiosa dentro del anglicanismo.

Discípulo predilecto de Keble era Ricardo Hurrell Froude, joven entusiasta, generoso, original, amigo de todo lo bello y de un ascetismo riguroso con aspiraciones a la santidad. Amigo de Froude y miembro como él del *Oriel College* de Oxford, siente las mismas inquietudes un joven extraordinario, cuyo nombre será inmortal: Juan Enrique Newman [76]. Nacido en 1801 de padre banquero y de madre descendiente de hugonotes, aquel universitario parecía una mezcla de Agustín y de Pascal, se había ordenado *in sacris* en 1824 y desde 1825 regentaba una cátedra. Enfrascado siempre en los estudios, aislado, silencioso, reservado, sin más distracciones que la música, alimentaba una profunda vida interior, por más que respecto del catolicismo romano estuviese lleno de prevenciones, hasta tal punto que en su *Gradus ad Parnasum* había borrado los epítetos que acompañan a la palabra "papa", como "sacer Christi vicarius", "sacer interpres", reemplazándolos con otros injuriosos.

Muchos de sus prejuicios fueron cayendo a medida que se engolfaba en la lectura de los Santos Padres, a los que, tanto él como sus dos amigos Keble y Froude, se entregaban con apasionamiento en busca de la auténtica regeneración cristiana. Froude metió en el alma de Newman la idea de la tradición y la trascendencia de una Iglesia independiente del Estado y bien jerarquizada. En 1828 escribía que su espíritu no hallaba descanso, que estaba en camino. que

[76] H. BREMOND, *Newman. Essai de biographie psychologique* (París 1907); B. WARD, *Newmans Apologie* (Oxford 1913); TRISTRAM, H., *Newman and his friends* (Londres 1933); SENCOURT, R., *The life of Newman* (Londres 1948); LUTZ, J., *Kardinal J. H. Newman. Ein Zeit und Lebensbild* (Einsiedeln 1948); GARDNER, G., *English catholicism in the present day* (Londres 1920); MOSS, C. B., *The old catholic movement* (Londres 1949); ALVAREZ DE LA RIVERA, A., *De Oxford a Roma en el centenario de la conversión de Newman*, en «Razón y Fe», 132 (1945), 253 s.; VIZMANOS, FR. DE B., *Newman, su estela a lo largo de una centuria*, en «Pensamiento», I (1945), 405 s.; TRISTRAM, H., *John Henry Newman. Centenary essays* (Londres 1945); FLANAGAN, PH., *Newman, faith and the believer* (Londres 1946); E. BUGGLES, *Journey into Faith: the anglican life of J. H. Newman* (Nueva York 1948).

"se sentía avanzar lentamente, conducido como un ciego por la mano de Dios, sin saber adónde". Sin embargo, cuando al año siguiente vió que se otorgaba a los católicos el *bill* de emancipación, pensó que aquello era una prueba de la invasión del filosofismo y del indiferentismo religioso.

Desde 1826 desempeñaba el cargo de repetidor *(tutor)* en el Colegio Oriel de Oxford, colocación que le daba gran influencia sobre los jóvenes universitarios, los cuales se apiñaban en torno de él atraídos por su prestigio, su rectitud, su simpatía y honda religiosidad. Y no menguó esta autoridad cuando en 1828, sin dejar de ser *tutor,* recibió el nombramiento de párroco o vicario de Santa María de Oxford.

Por motivos de salud, Froude y Newman pasaron el invierno de 1833 viajando por las costas del Mediterráneo y disfrutando de las evocaciones históricas, literarias y religiosas que les sugería el paisaje y los monumentos artísticos. Entraron en Roma y hablaron con Wiseman, rector entonces del Colegio inglés, y aunque ambos amigos admiraron en la Ciudad Eterna "un profundo substratum de cristianismo", no se desprendieron de sus prejuicios contra la que Newman llamaba "gran enemiga de Dios, bestia maldita del Apocalipsis". Creyó ver allí supersticiones y politeísmos idolátricos (son sus palabras) que repugnaban a su espíritu, y exclamaba: "¡Oh Roma! ¡Si no fueras Roma!... En cuanto al sistema *católico romano,* lo he detestado siempre tanto, que no puedo detestarlo más; pero en cuanto al sistema *católico,* yo le estoy cada día más aficionado". Casi diariamente, aquel viajero poeta expresaba sus impresiones en poesías, hasta que regresó con su amigo en la persuasión de que algo grande que hacer le esperaba en Inglaterra.

Entre tanto, un *bill* del gobierno (1833) acababa de suprimir parte de los obispados anglicanos en Irlanda, porque no tenían súbditos, y en protesta contra semejante intervención de la política en el terreno religioso y eclesiástico, que consideraban como una medida arbitraria y persecutoria, el teólogo de Cambridge Hugh Rose, con sus amigos W. Palmer y Arturo Perceval, levantó su grito de protesta. Los de Oxford no se contentaron con protestar; Juan Keble subió al púlpito y con su famoso sermón sobre *La apostasía nacional,* predicado ante la Universidad el 14 de julio de 1833, inició un movimiento religioso de retorno al cristianismo primitivo, al dogma y a la teología. Este sermón, que corrió impreso por toda Inglaterra recordaba que Inglaterra, en cuanto nación cristiana, era una parte de la Iglesia de Cristo, y que estaba sujeta en su legislación y en su política a las leyes fundamentales de esa Iglesia. "Todo fiel—*churchman*— debe consagrarse enteramente a la causa de la Iglesia apostólica". Esta Iglesia por ellos proclamada debía seguir una *vía media* entre Roma y el anglicanismo, teniendo por norma las palabras de San Vicente de Lerins: "quod ubique, quod semper, quod ab omnibus".

Juan Enrique Newman se adhirió con toda el alma al movimiento y se puso al frente de él con una serie de hojas volantes o artículos sueltos *(Tracts for the Times),* el primero de los cuales, anónimo y de sólo tres páginas, empezaba así: "A mis hermanos en el sagrado ministerio, los presbíteros y diáconos de la Iglesia de Cristo en Inglaterra, ordenados para ello por el Espíritu Santo y la imposición de las manos..." (9 septiembre 1833). Los *Tracts* de Newman hablaban de los sucesores de los apóstoles y de que el poder de los obispos y presbíteros no depende del Estado, sino de Cristo por sucesión apostólica; y, por tanto, la reforma de la Iglesia anglicana depende exclusivamente de las autoridades eclesiásticas; denunciaban las alteraciones en la liturgia, y especialmente en los funerales; trataban de la constitución divina de la Iglesia, de los sacramentos, etc., aproximándose, sin pretenderlo, a Roma. Convencido de que "las universidades son los centros naturales de los movimientos intelectuales", Newman no firmaba los *Trats,* porque quería que saliesen como emanados de la Universidad de Oxford.

Froude, imposibilitado por la enfermedad, no puede hacer otra cosa que animarle y estimular su ardor; pero en cambio le viene la colaboración de otro personaje, profesor de máximo respeto por su saber y sus virtudes, Eduardo Pusey, amigo de Newman, de Froude y de Keble [77].

Desde 1835, Pusey continúa la serie de *Tracts* (90 hasta 1841) con otro estilo menos brillante, pero haciendo sólidos estudios y largas disertaciones eruditas, v. gr., los tratados sobre el bautismo, sobre el ayuno, sobre la penitencia. Al mismo tiempo fundaba una Biblioteca de Padres de la santa Iglesia Católica antes de la división de Oriente y Occidente, traducidos al inglés.

El entusiasmo despertado entre la parte más sana del clero y de los universitarios fué increíble; pero ¿no era aquello puro romanismo? Acusaciones de este género aparecían de vez en cuando contra los "tractarianos". Y no sin razón. Estudiando a los Santos Padres, Newman se persuadió, como lo confesará más tarde, que, de persistir él en sus ideas antirromanas, debería haber estado de parte de los herejes monofisitas y, por tanto, contra la Iglesia antigua. De la influencia y autoridad que por entonces gozaba en los círculos de Oxford es claro indicio la respuesta que

[77] Sobre Pusey y las doctrinas del ritualismo, véase el documentado artículo de R. MARCHAL, *Puseyisme et ritualisme,* en DTC con copiosa bibliografía.

solía dar Guillermo Jorge Ward cuando le interrogaban por su fe: *Credo in Newmanum.*

Y Newman se dió cuenta de que por la *vía media* no iban a ninguna parte, porque pensar en una Iglesia nueva era absurdo, y, por otra parte, la anglicana no poseía ni catolicidad ni sucesión apostólica que se remontase hasta Cristo. Problema terrible, para cuya solución necesitaba del auxilio divino. Había que retirarse a orar. Así lo hizo en 1842, recogiéndose con unos amigos en la soledad de Littlemore, "su Torres Vedras", como él dirá, aludiendo a la campaña de Wellington. Tres años de oración y de estudio. En 1843 publica una retractación de sus antiguas invectivas contra Roma. Su amigo G. J. Ward da a luz en 1844 *El ideal de la Iglesia anglicana,* poniendo como modelo la Iglesia romana, y al año siguiente se hacía católico. La conversión de Newman no se hizo esperar. El 8 de octubre de 1845 pronunciaba su abjuración en Littlemore ante el P. Domingo, pasionista.

Por consejo de Wiseman abandonó Inglaterra y se dirigió a Roma, a fin de prepararse para el sacerdocio católico, que recibió en la primavera de 1847. Aficionado a los oratorios de San Felipe de Neri, cuando a fines de aquel año regresa a Inglaterra, lo primero que hace es fundar en Birmingham la primera casa del Oratorio. Inmediatamente se le agrega Federico Guillermo Faber, convertido pocos días después de Newman, y que llegará a ser un gran escritor ascético-místico.

Eran muchísimos los que dieron el paso decisivo hacia la Iglesia católica en unión con Newman o siguiendo su ejemplo. Sin embargo, ni Keble ni Pusey—y éste pasaba por un santo del anglicanismo—acompañaron a su amigo. El mismo Froude, confidente de Newman y que se había acercado más que él con sentimientos de simpatía hacia Roma, había muerto tísico antes de entrar por las puertas de la Iglesia. El movimiento de conversiones fué creciendo. Basta citar entre los nombres más ilustres a Enrique y Roberto Wilberforce, T. G. Allies, Manning, C. Patmore, G. M. Hopkins, E. Bishop, etc. El mismo lord Gladstone vaciló algún tiempo, mas no se sintió con ánimo bastante.

Terminada con la conversión de Newman la primera etapa del movimiento (el tractarianismo), empieza la segunda, denominada el puseyismo, porque su verdadero jefe es Eduardo Pusey. Este, aunque casado, como Keble, llevaba una vida ascética de oración, penitencia y estudio. Buscaba sinceramente la verdad y creyó hallarla, no en Roma, sino en la unión de las tres Iglesias (romana, griega y anglicana). En unión con sus partidarios y amigos esforzábase por dar al anglicanismo una vida religiosa más intensa, mientras llegaba la hora de darle la catolicidad por la unión con la

Iglesia romana, purificada. El ritualismo, por él acaudillado, reproducía lo más exactamente posible las instituciones y devociones católicas, restringiendo, eso sí, la autoridad del papa y el culto a la Santísima Virgen, en lo cual pensaba que los católicos se excedían. Por lo demás, no sólo admitía la doctrina de la tradición, la justificación, la presencia real de Cristo en la Eucaristía, la transubstanciación, el purgatorio y la veneración de los santos, sino que restablecía los ritos y ceremonias de la liturgia católica, frecuentaba la comunión, exhortaba a la confesión auricular, y él mismo escogió por confesor a Keble, y cía las confesiones de otros muchos, y hasta restableció el estado monástico, fundando las hermanas de la Caridad (con ayuda de miss Sellon), las primeras monjas anglicanas, que dirigió espiritualmente hasta su muerte.

En 1865 publicó su obra *Eirenicon* contra Manning, porque éste había negado que la Iglesia anglicana formase parte de la católica y universal. Aquí Pusey insiste en su idea, que el anglicanismo profesa todas las verdades esenciales de la Iglesia de Cristo; llega a admitir la supremacía papal, aunque solamente como útil y conveniente para la unidad, no como necesaria, ni de derecho divino, sino tan sólo eclesiástico; y tropieza en lo que él estima mariolatría, interpretando mal ciertas prácticas y devociones católicas. Newman, fiel amigo de Pusey, salió a poner las cosas en su punto, haciendo la defensa de la devoción a la Virgen María.

c) *Restablecimiento de la Jerarquía. Wiseman, Manning, etc.*—En 1850, Pío IX restableció la Jerarquía católica en Inglaterra. Este suceso, de capital importancia para el resurgir del catolicismo en aquel país, se debió principalmente a Wiseman.

Había nacido Nicolás Wiseman en Sevilla en 1802, de familia inglesa. Al morir su padre se trasladó, niño aún, a Inglaterra. En 1818 pasó al Colegio Inglés de Roma, donde se distinguió por su talento, llegando a ser profesor de hebreo y siríaco en la Sapienza y director del mismo Colegio Inglés. Por Newman y Froude, que le visitaron en 1833, conoció el movimiento de Oxford. En 1835, pasando por París, intimó con Lacordaire, que iniciaba sus famosas conferencias. En 1836 inició él otras conferencias o lecciones apologéticas en Londres, publicadas en *Lecciones sobre la armonía entre la ciencia y la religión revelada;* y aquel mismo año fundó con O'Connell la *Revista de Dublín,* preludio de nuevas actividades de los católicos.

Nombrado en 1840 vicario apostólico de Londres, asistió a la transformación del catolicismo inglés, que hasta 1850 se regía por ocho vicarios apostólicos y que desde esa fecha tuvo su jerarquía episcopal. Pío IX, por su breve *Univer-*

salis Ecclesiae (29 septiembre), nombró 12 obispos y un arzobispo metropolitano, vinculado éste a la sede de Westminster, y cuyo primer titular fué el propio Wiseman, que al mismo tiempo fué elevado al cardenalato.

Tal acontecimiento fué acogido con hostilidad por la opinión inglesa, que empezando por el periódico *Times* y por el Parlamento se revolvió contra la supuesta agresión pontificia; ni faltaron algaradas populares, prendiendo fuego a los maniquíes del papa y de Wiseman. El mismo lord Gladstone, amigo de Newman, vió en ello una pretensión de Pío IX a gobernar a los católicos ingleses, sin atender al juramento que éstos habían prestado de fidelidad al monarca. Wiseman estuvo a la altura de las circunstancias. Con admirable serenidad y prudencia supo apaciguar los ánimos, al mismo tiempo que disipar los errores en su *Llamamiento al pueblo inglés*. La autoridad del cardenal arzobispo de Westminster fué creciendo tanto entre los católicos como entre los protestantes o anglicanos. Su encantadora novela de la Iglesia romana primitiva, *Fabiola*, era leída por todo el mundo. Al morir el 15 de febrero de 1865, le sucedió en la sede arzobispal Enrique Eduardo Manning.

Manning forma, con Wiseman y Newman, la tríada del renaciente catolicismo inglés, Hijo, como Newman, de un banquero londinense y educado como él en un ambiente adverso a la Iglesia romana, estaba dotado de una psicología muy distinta[78].

Graduado en Oxford, se orientó primero hacia la política y luego se hizo eclesiástico; regentaba una parroquia cuando en 1845 se afilió al puseyismo, acercándose a los amigos de Newman y contrayendo especial amistad con Gladstone. En el año 1851 se decidió a abjurar del anglicanismo, moviéndose a ello por la unidad y la infalibilidad de la Iglesia romana. La unidad, decía, es voluntad de Cristo, que quiso a todos los obispos unidos bajo una cabeza; la infalibilidad es consecuencia necesaria de la presencia del Espíritu Santo y de su oficio perpetuo, que empezó en Pentecostés. La Iglesia anglicana, en cambio, está separada de la Iglesia universal y de la cátedra de Pedro, sujeta a un poder civil sin apelación posible, despojada del sacramento de la penitencia y del sacrificio cotidiano de la Eucaristía, y además sin disciplina, sin unidad en la devoción y en el ritual, sin conveniente educación de los clérigos, sin vida sacerdotal en los obispos y presbíteros, sin influjo en la conciencia popular, sin fe en los misterios e insensible al mundo invisible.

Partió para Roma, a fin de perfeccionar sus estudios teológicos, y vuelto a su patria y ordenado de sacerdote, manifestó en seguida sus dotes como hombre de acción y de gobierno. El cardenal Wiseman, que le conocía bien, lo tomó como auxiliar en sus obras de administración y apostolado. Fundó en 1856 una comunidad de sacerdotes seculares, que llamó oblatos de San Carlos, colocados bajo la dependencia del arzobispo y dispuestos a toda labor que se les confiase.

A la muerte de Wiseman, Pío IX, después de hacer oración, lo nombró para la sede de Westminster: "Yo—le dijo más tarde—me sentí verdaderamente inspirado al nombraros y creí oír una voz que me decía: "Ponle allí, ponle allí".

De temperamento contrario al de Newman, no es de extrañar que entre ambos hubiese roces y discrepancias. Newman encauzaba su actividad hacia la vida interior, Manning hacia la exterior. Newman era minimista en sus exigencias con los que se acercaban a la fe católica; Manning solía ir al extremo de la intransigencia. Antes de la definición del concilio Vaticano, Newman se declaró antioportunista; Manning, infalibilista combativo. El arzobispo de Westminster desconfiaba de la apologética de Newman y en dos ocasiones le prohibió abrir en Oxford una casa del Oratorio.

Newman se consagró al estudio y en 1870 dió a luz su *Ensayo de una gramática del asentimiento*, en que trata de una manera personal y profunda sobre el acto de fe, refutando las objeciones de la filosofía de su tiempo. Seis años antes nos había dado su mejor libro, obra maestra de la literatura inglesa: *Apologia pro vita sua*. Respuesta a un escrito titulado *¿Qué quiere decirnos el Dr. Newman?* Allí se defiende de las acusaciones de insinceridad, doblez y motivos poco nobles en su conversión, que contra él lanzaban ciertos anglicanos; y juntamente nos descubre toda la grandeza y hermosura de su alma. Para Thureau-Dangin, es "un libro admirable, sin precedentes y casi se diría sin igual, si no existiesen las *Confesiones* de San Agustín, al que le podemos comparar sin temeridad".

Wiseman, que en el concilio Vaticano se señaló entre los campeones de la infalibilidad pontificia, se adelantó a su tiempo sosteniendo ideas avanzadas en cuestiones sociales y trabajando infatigablemente en defensa del obrero. Pío IX le concedió el capelo cardenalicio en 1875. Tres años más tarde, también Newman, que había paladeado muchas amarguras al no ser comprendido por muchos de sus correligionarios, que le acusaban a Roma de liberalismo y de resabios de la teología protestante, recibió de León XIII la más sincera y pública muestra de estima, de gratitud y de benevolencia, siendo elevado a los honores de la púrpura. Y cuando murió en 1890, quiso noblemente el cardenal Manning pronunciar su oración fúnebre.

[78] H. HEMMER, *Vie du cardinal Manning* (París 1898); D. GWYNN, *Card. Wiseman* (Londres 1929). Sobre las divergencias entre Newman y Manning, véase THUREAU-DANGIN, *La renaissance*, III, 71-81.

Sucesor de Manning en la sede metropolitana fué Herberto Vaughan, hermano del célebre orador jesuíta Bernardo y perteneciente a una antigua familia católica. Comenzó sus estudios en Stonyhurst, para continuarlos en Bélgica y terminarlos en el Colegio Romano. En Roma conoció a Manning, de quien se hizo amigo. Ordenado de sacerdote en 1854, fué llamado al año siguiente por Wiseman, quien le encomendó la dirección del Seminario de San Edmundo (junto a Londres).

Soñando en dedicarse a las misiones de infieles, se embarcó para América, de donde pasaría a Australia. Frustrados sus deseos, regresó al cabo de dos años (1863-1865) a Inglaterra, donde siguió trabajando por las misiones extranjeras, como fundador y director de la Sociedad de San José, de Millhill. Consagrado obispo de Salford en 1872, su principal cuidado fué la formación eclesiástica de su clero. Nombrado cardenal en 1893, siendo ya arzobispo de Westminster, recogió cuantiosas limosnas para la erección de una magnífica catedral; él puso la primera piedra y él mismo logró abrirla al culto. Construyó también un Seminario central en Oscott, dejando que los teólogos hiciesen los estudios en Oxford y Cambridge.

En su tiempo se discutió la grave cuestión de las ordenaciones anglicanas. ¿Eran válidas y había, por lo tanto, verdadero sacerdocio cristiano en el anglicanismo? Una respuesta favorable de Roma hubiese facilitado extraordinariamente las conversiones de los *clergymen* anglicanos, que sin nueva ordenación hubieran podido incorporarse al clero católico-romano. Así lo pretendía sobre todo lord Halifax, que no cejaba en sus afanes unionistas. León XIII nombró una comisión de teólogos que estudiase el asunto. El cardenal arzobispo Vaughan fué de los que más activamente intervinieron, y, después de serias informaciones, su parecer fué desfavorable. Por fin, el papa, por la bula *Apostolicae curae* (13 septiembre 1896), declaró nulas e inválidas las ordenaciones anglicanas [79], basándose principalmente en tres argumentos: 1) el primer arzobispo de quien se originan y dependen las ordenaciones fué el apóstata Mateo Parker, cuya consagración episcopal en 1559 fué probablemente inválida; 2) los consagrantes no tenían intención *faciendi quod facit Ecclesia;* 3) la fórmula consecratoria era insuficiente.

Aunque esta declaración pontificia exasperó los ánimos de muchos y se suscitaron polémicas y controversias, no por eso se paralizó el movimiento de conversiones, pues en aquel mismo año de 1896 hubo 15.000 personas que escucharon la voz de León XIII, que invitaba a todos los que se decían cris-

[79] ASS, 29, pp. 193-203.

tianos a volver a la unidad. Y en los años siguientes se convirtieron al catolicismo unos 10.000 al año, máxime entre la nobleza y la clase más culta, siendo no pocos de esos convertidos escritores ilustres que han servido con su pluma a la Iglesia.

La reina Victoria (1837-1901) mostró mucha imparcialidad hacia los católicos; lo mismo su hijo Eduardo VII (1901-1910); y en la coronación de Jorge V se suprimieron ciertas ceremonias ofensivas para aquéllos.

En 1908 vió la ciudad de Londres un espectáculo que cien años antes se hubiera tenido por sueño fantástico: la solemnísima celebración de un Congreso Eucarístico internacional con la presencia del cardenal Vannutelli, primer legado pontificio que ponía los pies en Inglaterra después del cardenal R. Pole.

Desde 1926, todos los puestos oficiales, a excepción de algunos de los más altos, están abiertos a los católicos.

Pío X, en 1911, reorganizó la jerarquía, elevando a tres el número de provincias eclesiásticas (Westminster, Birmingham y Liverpool), con 13 sedes sufragáneas [80]. Benedicto XV, en 1916, creó la de Cardiff, con una sufragánea.

El número de católicos, que en 1851 era de 766.000, en 1931 ascendía a 2.206.244.

Escocia, que cesó de perseguir a los católicos en las guerras napoleónicas, contaba en 1827 unos 70.000 fieles; en 1935 llegaban a 600.000, repartidos en dos provincias eclesiásticas: Glasgow, con dos obispados sufragáneos, y Saint Andrews o Edimburgo, con cuatro.

Desde 1922, Irlanda no depende políticamente de Inglaterra. Tras duras y sangrientas luchas, el pueblo irlandés, católico en su inmensa mayoría, logró constituirse en Estado libre. Cuenta con cuatro provincias eclesiásticas (Armagh, Cashel, Dublín, Tuam), con 25 obispados sufragáneos.

La prensa católica está bien organizada. Símbolo de ese florecimiento católico fué el Congreso Eucarístico internacional celebrado en Dublín en 1932, que revistió grandiosas proporciones. Una de las notas más típicas de Irlanda, heredada sin duda de sus antiguos monjes medievales, es su espíritu misionero, pues los católicos irlandeses mantienen en la actualidad cerca de 4.000 misioneros y desde 1918 se han fundado en este país hasta cinco institutos de misiones extranjeras [81].

[80] En 1850 se restablecía la jerarquía por la bula *Universalis Ecclesiae (Acta Pii IX*, I, pp. 235-46); en 1911 se organizaba la jerarquía (AAS, 3, pp. 553-555).

[81] PAUL-DUBOIS, *L'Irlande contemporaine* (París 1907); *Irish catholic Directory* (Dublín 1933); BELLESHEIM, A., *Geschichte der katholischen Kirche in Schottland*, 2 vols. (1889-1890).

Desde 1939 posee Irlanda un representante propio en el Vaticano, con rango de embajador a partir de 1946.

CAPÍTULO IV

La Iglesia y el Estado en España y Portugal [1]

POR EL P. RICARDO G. VILLOSLADA

La Iglesia eclesiástica de España en el siglo XIX es turbia y agitada. Hay que registrar una serie de rupturas y reanudaciones diplomáticas con Roma, una sucesión apenas interrumpida de persecuciones religiosas en los múltiples cambios de gobierno, en que turnan los progresistas y moderados o los liberales y conservadores, y, en fin, un continuado torbellino de revueltas callejeras y de guerras civiles, cuyos momentos culminantes son la revolución de septiembre de 1868, con el advenimiento de la primera república, y el levantamiento nacional de julio de 1936, que sepultó en un lago de sangre las iniquidades vergonzosas y el sectarismo comunistoide de la segunda república española.

El catolicismo auténtico y tradicional del pueblo español no levanta cabeza hasta bien entrado el siglo XX. Durante

[1] FUENTES.—Toda la vida político-eclesiástica y cultural de la España del siglo XIX palpita en los periódicos de aquel tiempo, no suficientemente utilizados todavía para la historia. De los principales hacemos mención en el texto. Varios documentos, como bulas de los papas, el *Concordato de 1851*, el *Convenio adicional* al *Concordato* en 1860, *Proyectos de separación de la Iglesia y el Estado* en 1870 y 1873, etc., los trae Vicente la Fuente en los apéndices al tomo VI de su *Historia eclesiástica de España*. Véanse además: BALMES, *Obras completas*, edición del P. Ignacio Casanovas, S. I. (Barcelona 1925-1927), en 33 volúmenes, obra definitiva, cuyo texto íntegro ha sido reducido a ocho volúmenes de más fácil consulta en la Biblioteca de Autores Cristianos (Madrid 1948-1950), en cuyo primer volumen puede leerse la magnífica biografía de Balmes, escrita por el mismo P. Casanovas; DONOSO CORTÉS, *Obras de don Juan D. C., marqués de Valdegamas*, publicadas bajo la dirección de don Manuel Ortí y Lara, con una noticia biográfica de D. Gabino Tejado (Madrid 1891-1894), en cuatro volúmenes. Existe otra edición, en sólo dos volúmenes, hecha por J. Juretschke en la BAC (Madrid 1946); MENÉNDEZ Y PELAYO, edición nacional de las *Obras completas de M. y P.* (Madrid 1941 s.); VÁZQUEZ DE MELLA, *Obras completas* (Madrid 1931-1942), en 28 volúmenes; *Anuario Social de España, 1941*, publicado por Fomento Social (Madrid 1941); *Guía de la Iglesia y de la Acción Católica Española* (Madrid 1943).

LITERATURA.—J. GATO, *Las Cortes y la Constitución de Cádiz*, en

el XIX, lejos de sentir un rejuvenecimiento, como ocurrió en otras naciones gracias al romanticismo, a la restauración y, sobre todo, a la organización de los católicos, fué recibiendo golpes cada vez más duros. El pueblo se mantenía en su fe heredada, pero la España oficial, invadida por el liberalismo y la revolución, persiguió sañudamente a la Iglesia, máxime desde 1820; despojó al clero y preparó una revolución—la del 68—, que nos condujo en lo político a la anarquía, en lo religioso a una impiedad tan sectaria como nunca se había conocido en nuestra patria y en lo intelectual a una vulgar heterodoxia, remedo del racionalismo extranjero.

El pensamiento católico, genuinamente español, se refugió en unas cuantas inteligencias señeras del partido tradicionalista. Reducido el clero a la miseria, perdió mucho de su antigua influencia social; en los seminarios recibía una formación seria, sólida y segura, pero de insuficiente amplitud y modernidad para oponerse a la invasión de las ideas nuevas.

Lo mismo se diga de las Ordenes religiosas, que, además, tuvieron que sufrir frecuentes destierros y expoliaciones. ¿Quién les pedirá en tan azarosas circunstancias un apostolado sistemático y eficaz? Don Juan Valera acusó concretamente a los jesuítas españoles de no producir las grandes figuras de los pasados tiempos. Pero no advirtió aquel finísimo liberal que, restaurados los hijos de San Ignacio en 1814—pocos y viejos—, fueron desterrados en 1822. Vueltos a sus casas, no pocos de ellos fueron asesinados en 1834, y al año siguiente, suprimidos por decreto real. Regresan poco después del concordato de 1851, y cuando empiezan a trabajar con más entusiasmo, estalla la revolu-

«La Ciencia Tomista» (1912), 63-70, 228-247; (1913) 428-440; (1914) 372-391; J. BECKER, *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX* (Madrid 1908); A. SALCEDO RUIZ, *Historia de España* (Madrid 1914); A. BALLESTEROS Y BERETTA, *Historia de España y su influencia en la historia universal* (Barcelona 1918-1941), 9 vols., especialmente los tres últimos. Véase además la *Historia*, ya citada, de La Fuente; la *Historia de los heterodoxos*, de MENÉNDEZ Y PELAYO, y la palabra *Tradicionalismo* en la *Enciclopedia Espasa;* P. B. GAMS, *Kirchengeschichte von Spanien* (Ratisbona 1862-1879), t. 3, 427-470; R. GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, *Los apologistas españoles (1830-1930)* (Madrid 1935); *Menéndez y Pelayo. El sabio y el creyente* (Madrid 1940); J. IRIARTE, *Menéndez y Pelayo y la filosofía española* (Madrid 1947); P. JOBIT, *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine* (París 1936); P. LAÍN ENTRALGO, *La generación del noventa y ocho* (Madrid 1945); A. MENDIZÁBAL VILLALBA, *L'offensive laïciste en Espagne*, en «La Vie Intellectuelle», 15 (1932), 180-205, y en «Les Documents de la Vie Intellectuelle», 11 (1932), 356-390; 12 (1932), 8-52; A. DE CASTRO ALBARRÁN, *La Gran Víctima. La Iglesia española, mártir de la revolución roja* (Salamanca 1940); C. BAYLE, *El mundo católico y la carta colectiva del episcopado español*, en «Razón y Fe» (1938), 241-261.

ción del 68, que les arrebata todas sus casas y posesiones, forzándoles a refugiarse en el extranjero, de donde no pueden volver hasta 1880. ¿Cómo van a tener calma y oportunidad para formarse bien en la ciencia y en los métodos de apostolado? Semejantes consideraciones pueden hacerse de lo restante del clero.

El romanticismo, que a otros países, v. gr., Alemania, trajo auras de religiosidad más o menos vaga e imprecisa y entusiasmo por la cultura cristiana de la Edad Media, en España fué fenómeno de importación y mimetismo; no influyó en la masa popular, y apenas tuvo significación sino en la literatura; y es que el catolicismo español había sufrido del racionalismo y enciclopedismo dieciochesco mucho menos que el de los demás países, a pesar de los ministros de Carlos III y Carlos IV; por eso la reacción fué menos violenta. Y los románticos de tipo católico, ¿acaso no tenían en nuestro siglo de oro buena parte de las esencias del romanticismo, que podían aceptar y seguir con aire tradicional y nada revolucionario?

I. Revoluciones y reacciones hasta 1868

1. Del 2 de mayo a las Cortes de Cádiz.—Si se notó algún conato de resurgimiento nacional y católico fué en la guerra de la Independencia contra los ejércitos napoleónicos, que llevaban los gérmenes de la revolución. Mientras el general Murat invade a España en marzo de 1808, el rey se ve obligado a destituir a su favorito Godoy, que traicionaba a su patria entregándola a Napoleón. Abdica Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII. Uno y otro son llevados a Bayona. El 2 de mayo suena el grito de guerra, que se extiende de Madrid a la última aldea de España; guerra popular y heroica, alimentada en buena parte por curas y frailes, que dieron a la lucha matiz religioso, como una defensa de la religión y de las tradiciones nacionales. Aquel arranque desesperado contra franceses y afrancesados partía de lo más sano del pueblo. Que la guerra de la Independencia tenía también carácter ideológico y religioso se ve muy claro cuando se advierte que todos aquellos españoles que estaban contagiados del virus del enciclopedismo o jansenismo regalista traicionaron a la causa nacional y favorecieron al intruso José I, hermano de Napoleón. Bien sabía José Bonaparte que los sacerdotes y religiosos eran los verdaderos caudillos populares y los que infundían espíritu a los guerrilleros; por eso lo primero que hizo fué proceder radicalmente contra la Iglesia española: cerrar casi todos

los conventos, incautándose de sus bienes; entrar con mano rapaz en las iglesias, santuarios y catedrales para llevarse los vasos sagrados, ornamentos y alhajas, atesorados durante siglos; suprimir las órdenes militares y sus encomiendas; abolir la Inquisición y otros tribunales eclesiásticos. En algunas de estas operaciones se prestaron a ayudarle clérigos como el afrancesado Juan Antonio Llorente, el secularizado abate Estala, disoluto y masón, y aun el inquisidor general, D. Ramón José Arce y Reinoso.

Desgraciadamente aquel levantamiento nacional, que podía haber sido una resurrección de España si, reaccionando contra la ideología francesa del siglo XVIII, hubiera empalmado con la tradición genuinamente española, se desvaneció en el aire como el humo de un fogonazo. Sus consecuencias fueron poco duraderas. No hubo quien lo dirigiese y lo organizase para el porvenir, porque el pueblo—que fué el verdadero vencedor en la guerra—necesitaba cabezas rectoras bien formadas, y no las encontró. No hubo políticos de alta talla y de sentido nacional; la nobleza estaba corrompida moralmente desde Carlos IV; la intelectualidad, en lamentable decadencia. Y, en consecuencia, el pueblo ignorante cayó en manos de los afrancesados y liberales, antiespañoles. No ha tenido España siglo más desgraciado.

Detenido Fernando VII en Valencey por orden de Napoleón, se constituyeron diversas Juntas provinciales y una Junta central, presidida por el conde de Floridablanca en representación del poder legítimo. De Madrid pasó a Sevilla, de Sevilla a Cádiz. Luego fué substituída por un Consejo de regencia, compuesto por el insigne y virtuoso obispo de Orense y cardenal D. Pedro de Quevedo, por el general F. X. Castaños, Francisco de Saavedra, Antonio Escaño y el mejicano Lardizábal.

Allende el Atlántico cundía, a favor de tales circunstancias, el movimiento secesionista. No habiendo rey, rehusaban obedecer a la Junta central.

Muerto el conde de Floridablanca (noviembre 1808), arrepentido, aunque tarde, de sus excesos ultrarregalistas, dominaron en la Junta o Consejo los elementos liberales, especialmente D. Manuel José Quintana, poeta declamador contra la tiranía, la superstición y el fanatismo.

Conforme a lo determinado por la antigua Junta, había que reunir las Cortes; ellas deberían ser una fuerza nacional que arrojase de nuestro suelo al invasor francés; por desgracia, vinieron a ser fuente y origen de la fatal división de los españoles.

2. Las Cortes de Cádiz (1810-1813).—Aunque no era tiempo de hablar, pues harto hablaban en los campos de la

patria los cañones, sino de obrar con eficacia y energía, reuniéronse las Cortes generales del reino en la ciudad de Cádiz. Exigieron los diputados a la Regencia que jurase reconocer la soberanía de las Cortes. Negóse D. Pedro de Quevedo, aunque los otros cuatro miembros se avinieron a ello, y el mismo obispo de Orense hubo de someterse, mas para abandonar en seguida el puesto y retirarse a su diócesis.

Desde el primer día surgió la discordia entre los diputados, y al dividirse ellos, quedó dividida toda España. De una parte se constituyó el partido de los liberales o negros, y de otra el de los realistas o blancos, apellidados también serviles. Entre estos partidarios del absolutismo tradicional figuraba D. Pedro Inguanzo, después cardenal arzobispo de Toledo (1764-1836), elocuente y valeroso adalid de la doctrina católica. Entre los liberales galleaban no pocos clérigos, saturados de ideas galicanas y enciclopedistas, como el canónigo extremeño Diego Muñoz Torrero, antiguo rector de Salamanca, quien postuló en la primera sesión que, como en la Revolución francesa, se declarasen los derechos del hombre; Joaquín Lorenzo Villanueva (hermano de Jaime, el del *Viaje literario),* gran jansenista y hostil al Pontificado; D. Juan Nicasio Gallego, D. José Espiga, D. Antonio Oliveros, etc.

Dentro de los liberales podían distinguirse dos matices: los liberales a la inglesa, moderados, que aspiraban a una reforma política y social, y los liberales a la francesa, exaltados, que predicaban la implantación de todos los principios de la revolución del 92. De éstos eran los eclesiásticos que acabamos de nombrar y otros diputados que luego descollarán en la política y el Parlamento, como Agustín Argüelles y el conde de Toreno.

Predominó el espíritu revolucionario, y aquellas Cortes, abusando de sus poderes, pues defendían en opinión de todos unas ideas enteramente contrarias al sentir del pueblo español, impusieron a la nación un código político—la Constitución de 1812—de carácter francamente liberal, plagio y remedo de la Constitución revolucionaria de Francia. Así, mientras el pueblo derramaba su sangre, luchando por Dios y por la España tradicional y monárquica [2], los diputados de Cádiz, que se decían sus representantes, acogían los principios ideológicos de nuestros enemigos y les imitaban en su política persecutoria de la Iglesia. Al definir que en las Cortes residía la soberanía nacional, se reservaron los diputados el poder legislativo y se declararon inviolables. A propuesta de Argüelles, se proclamó la *libertad de imprenta,* con lo que Cádiz se inundó de hojas y periodicuchos revolucionarios que excitaban al pueblo contra los defensores de las ideas tradicionales. Uno de los primeros en hacer uso y abuso de esta libertad fué el bibliotecario de las Cortes, verdadero ratón de bibliotecas, eruditísimo rebuscador de rarezas bibliográficas, D. Bartolomé Gallardo, que ahora en su *Diccionario crítico-burlesco* ridiculizaba al clero y destinaba a los obispos a echar bendiciones con los pies desde la horca.

[2] Con todo, hay que confesar que algunos de los más señalados guerrilleros eran—o fueron más adelante—de ideas liberales, v. gr., Espoz y Mina, el Empecinado y otros.

Es verdad que en la Constitución de 1812 se conservaba la unidad católica (hubiera sido un absurdo y una locura la libertad de religión en un pueblo inquisitorial, que se batía por su fe, y a los diputados les aterraba la opinión pública), y es verdad que el encabezamiento de la Constitución suena así: "En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Autor y Supremo Legislador de la sociedad"; pero su espíritu era liberal y revolucionario.

Por 90 votos contra 60 suprimióse la Inquisición como incompatible con la nueva Constitución; quedaron abolidos los privilegios de la nobleza; ordenóse el cierre de los conventos menores de 12 frailes, copiando los decretos dados por el rey intruso, sin que nada pudiesen en contra las valientes protestas del obispo Inguanzo, del inquisidor don Francisco Risco, de Gutiérrez de la Huerta y otros.

Muchos obispos, entre ellos los de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel, Pamplona y Santander, publicaron pastorales en protesta de lo que se decretaba en Cádiz. El nuncio Pedro Gravina también quiso oponerse, pero fué expulsado y sus temporalidades ocupadas.

Afortunadamente, la situación europea daba un cambio radical con la derrota de los ejércitos napoleónicos. Puesto en libertad Fernando VII cuando se eclipsaba la estrella de Bonaparte, entró en España en marzo de 1814, ardientemente deseado por el pueblo, que no estaba de acuerdo con las Cortes.

Tan impopulares eran las innovaciones de la Constitución, que casi se vió forzado el rey a arrojarlas por la borda. Restableció la Inquisición, devolvió sus antiguos derechos a las Ordenes religiosas; la Compañía de Jesús, recién restaurada por Pío VII, no tardó en ser admitida en España; la Iglesia recobró sus privilegios, aunque perduraron las viejas intromisiones regalistas; el nuncio de Su Santidad fué recibido con todos los honores. Varios de los más significados de Cádiz (Argüelles, Martínez de la Rosa) y algunos de los afrancesados (Leandro F. de Moratín, Meléndez Valdés, Alberto Lista, Conde) fueron encarcelados o desterrados; otros, como Muñoz Torrero, tuvieron que expatriarse.

3. Alternativas.—Esta restauración demasiado apresurada del antiguo régimen adoleció de rigorismo e intransigencia y, al negarse a la más mínima adaptación, exacerbó a los adversarios. Se mezclaron sin tino cuestiones políticas y religiosas, se enlazaron demasiado íntimamente el altar y el trono, y en los vaivenes de éste había de sufrir principalmente aquél.

Fernando VII, aunque quizá como rey valía más que los Borbones anteriores, no supo seguir una línea fija de gobierno, cambió muchas veces de ministros y fué con frecuencia cobarde, disgustando no sólo a los liberales, sino aun a los absolutistas extremosos. Bien es verdad que no surgió ninguna personalidad política de relieve que le ayudase a gobernar. Introdujo, con todo, algunas mejoras en la economía y administración.

También hay que tener en cuenta que, si introdujo el despotismo ilustrado de sus antecesores, fué tal vez porque el pensamiento tradicionalista no había cuajado todavía. El "Filósofo rancio" (P. Alvareda, O. P.), con sus famosas *Cartas filosóficas,* acertadas en la crítica, pero sin las soluciones constructivas que exigía el momento, tenía ciertamente algo de "rancio", nombre de guerra que tomó durante las Cortes de Cádiz frente a los innovadores y revolucionarios a quienes combatió, como a Gallardo, a Argüelles, etc., y con su estilo, ora picante y festivo, ora serio y brioso, supo defender gallardamente a la Inquisición y a las Ordenes religiosas. El capuchino P. Rafael Vélez (después obispo de Ceuta y arzobispo de Santiago) expuso la doctrina católica en su *Preservativo contra la irreligión o los planes de la filosofía contra la religión y el Estado* (1812) y en la *Apología del altar y el trono* (1818). Menos leídos fueron los libros del P. José Vidal, O. P., del agustino Fr. José de Jesús Muñoz, de D. Francisco Sánchez y Soto, etc. Estos y otros apologistas son como los precursores de los filósofos y escritores que más tarde darán forma al pensamiento tradicionalista.

El régimen de absolutismo, tal como lo había adoptado Fernando VII, no podía durar mucho. La francmasonería activó su propaganda, infiltrándose particularmente en el ejército, como lo cuenta de sí y de los otros "hermanos" de la logia de Cádiz A. Alcalá Galiano en sus *Recuerdos.* El comandante asturiano Rafael de Riego, tras muchas conspiraciones abortadas, pudo al fin, con auxilio de las logias masónicas, cada día más influyentes y refugio seguro de todos los perseguidos por el absolutismo, sublevar a las tropas que iban a embarcarse para América con objeto de someter a los insurrectos. Se pronunció, pues, en el pueblo de Cabezas de San Juan, traicionando a España doblemente.

Enviado el general O'Donnell contra los facciosos, se

pronunció éste a su vez en Ocaña, proclamando la Constitución de 1812, y como al mismo tiempo estalló la revolución en las ciudades de Galicia, en Zaragoza y Barcelona y un motín en Madrid, no tuvo el rey más remedio que jurar la Constitución de Cádiz (7 de marzo de 1820) y dejarse gobernar por los liberales o, más exactamente, por las logias, de las cuales habían salido muchos de los nuevos diputados.

La Inquisición volvió a ser suprimida y los jesuítas desterrados. Se dieron indignos decretos contra las Ordenes religiosas, mandando cerrar todos los conventos en que no llegasen a 24 los profesos, o sea, más de la mitad de España, y confiscando sus bienes. El monarca resiste y el papa protesta, pero en vano. El capellán de honor, D. Matías Vinuesa, es asesinado en Madrid. Varios obispos, como los de Tarragona, Oviedo, Tarazona, Barcelona, Ceuta, Menorca, Pamplona, son desterrados. Al de Vich, sacado entre bayonetas, lo matan los soldados entre unos matorrales (16 de abril de 1823), y lo mismo acontece a otros eclesiásticos y seglares piadosos de Manresa.

Como plenipotenciario ante la Santa Sede fué enviado a Roma Joaquín Lorenzo Villanueva. Llegado a Turín, recibió una orden del pontífice que le prohibía, como a persona poco grata, poner el pie en los Estados pontificios.

El gobierno español respondió dando los pasaportes al nuncio Giustiniani. Partidas de guerrilleros, algunos de los cuales se habían portado heroicamente en la guerra de la Independencia, se levantan contra el régimen liberal. El cura Merino, ahora canónigo, vuelve a tomar las armas en Castilla; Fr. Antonio Marañón, el Trapense, acaudilla a sus hombres en Navarra y Cataluña. Mosén Antón Coll y otros clérigos salen al campo persuadidos de que luchaban por la religión. No se crea que estos aventureros de sotana representaban a la Iglesia española o tenían su aprobación. Acostumbrados al olor de la pólvora desde la guerra contra los franceses y dotados de no vulgares cualidades de mando, fácilmente caían en la tentación de empuñar, como el Trapense, el bastón y el crucifijo, para alentar y dirigir y enseñar a morir a los que se ponían bajo sus órdenes.

3. Los 100.000 hijos de San Luis. La cuestión dinástica. El papa Pío VII expresaba su dolor por los graves desmanes que se cometían en España. Hasta los embajadores de Austria, Rusia, Francia y Prusia abandonaron Madrid. Reunida entonces la Santa Alianza en el Congreso de Verona (1822), determinó hacer frente a la revolución que iba cundiendo por otros países, y encomendó a Francia el intervenir en España en pro del monarca. Al mando del duque de Angulema entraron en la Península 100.000 franceses y precedidos de

30.000 realistas voluntarios, llegaron hasta Cádiz, donde las Cortes tenían secuestrado a Fernando VII (1823).

Disueltas las Cortes y el rey en libertad, se abrió un período de calma y de relativa prosperidad que duró hasta la muerte de Fernando en 1833.

Rafael de Riego fué ahorcado y, abjurando de la masonería, murió cristianamente (1823); Juan Martín Díaz, "el Empecinado", valeroso guerrillero de la Independencia, fué muerto a bayonetazos por sus ideas liberales, o mejor, por venganza personal de un gobernador (1825), y el general Torrijos fué también condenado a muerte junto con otros revolucionarios (1831).

En el regreso al antiguo régimen, lo único que Fernando VII se negó a restablecer fué el Santo Oficio de la Inquisición. En algunas diócesis se restableció de hecho, y la de Valencia relajó al brazo secular y mandó al último suplicio (31 de julio de 1826) al "maestro de Ruzafa", Cayetano Ripoll, hombre de buen corazón y filántropo al modo de Rousseau, que reconocía la existencia de Dios, pero negaba obstinadamente los misterios del cristianismo. Tal fué la última víctima de la Inquisición española.

El principal ministro de Fernando VII en esta época fué D. Francisco Tadeo Carlomarde, de tendencias regalistas, pues detuvo sin publicar varios documentos pontificios; pero hombre probo y recto, que mandó organizar misiones por los pueblos para excitar los sentimientos cristianos de arrepentimiento y perdón de los enemigos, y que en su famoso plan de estudios—más criticado de lo que merece—llegó a un extremo que hoy nos parece incomprensible: el de mandar a todos los estudiantes—aun los universitarios de medicina—, so pena de perder curso, recibir la comunión en las fiestas de la Inmaculada y de San Fernando, con los naturales sacrilegios de muchos estudiantes poco afectos a la religión y al régimen.

De los dos partidos que contrabalanceaban la política, el de los moderados y el de los puros o liberales exaltados, Fernando VII se inclinó más bien a los moderados, con lo que disgustó a los absolutistas más católicos o "apostólicos", que empezaron a poner los ojos en el infante don Carlos María Isidro († 1855), hermano del rey.

El 29 de septiembre de 1833 Fernando VII bajó al sepulcro, dejando una sola hija de tres años, que fué declarada legítima heredera bajo la tutela de su madre la regente María Cristina. En torno de ésta se agruparon en general los liberales, con no pocos de los moderados y casi todo el ejército, mientras que todos los tradicionalistas se pusieron de parte de D. Carlos, de quien esperaban el triunfo de sus aspiraciones absolutistas y católicas.

¿Era en verdad y en derecho la niña Isabel reina legítima? Según la antigua ley de Castilla, sí, porque también las hembras tenían derecho a la corona. Pero el primer Borbón, Felipe V, en 1713, había establecido que en adelante los hermanos varones del rey tuviesen la preferencia sobre las hijas. Correspondía, pues, el derecho a D. Carlos; sólo que Fernando VII, al tener una hija de su segunda mujer en 1830, derogó por una pragmática-sanción la ley de sucesión establecida por Felipe V. ¿Podía obrar así el monarca, privando de sus derechos a su hermano, sin contar con las Cortes? Por una curiosa paradoja los absolutistas respondían que no y los liberales que sí. Es de notar que tampoco había contado con las Cortes el rey Felipe V.

Todavía hubo nuevas complicaciones cuando Fernando VII, viéndose próximo a la muerte, revocó la pragmática por medio de un codicilo que devolvía los derechos a su hermano (19 septiembre 1832). Pero el rey mejoró de su enfermedad y presentándose en palacio, que bullía de intrigas, su cuñada D.ª Francisca Carlota cogió el codicilo y lo rasgó con sus propias manos. Cuéntase que hasta llegó a abofetear al ministro Carlomarde, el cual pronunció entonces la conocida frase: "Manos blancas no ofenden".

Inmediatamente fueron removidos los ministros adictos a D. Carlos. Y al fallecer el rey, toda la nación quedó dividida en carlistas y cristinos o isabelinos.

Es inútil discutir sobre la cuestión dinástica, porque lo de menos era el punto de la legalidad. Los liberales se adhirieron a Cristina e Isabel por ir contra don Carlos, de quien temían implantase el absolutismo. Y, al revés, por eso mismo, porque esperaban de D. Carlos un catolicismo puro e intransigente, se fueron con él los tradicionalistas.

Y ocurrió un fenómeno lamentable. La corte, particularmente la reina, era sinceramente católica; mas, para hacerse fuerte contra sus adversarios carlistas, tuvo que apoyarse demasiado en las fuerzas de izquierda, siendo ésta la causa del predominio que alcanzaron los liberales en el gobierno de la nación.

4. La guerra civil. El "pecado de sangre". La desamortización.—Inauguróse este luctuoso período de la historia de España con la guerra civil, que estalló el 3 de octubre de 1833, guerra que—como acontece siempre en España—revistió caracteres de guerra religiosa.

En vano la reina Cristina decía en un manifiesto del 4 de octubre: "La religión y la monarquía, primeros elementos de vida para la España, serán respetados, protegidos, mantenidos por mí en todo su vigor y pureza... La religión inmaculada que profesamos, sus doctrinas, sus tem-

plos y sus ministros serán el primero y más grato cuidado de mi gobierno". La buena voluntad de la soberana no pudo impedir que el gobierno tomase medidas antieclesiásticas y que las logias maniobrasen en secreto.

La guerra carlista se encendía por todo el Norte y Levante de la Península, principalmente en aquellas regiones de tradición fuerista, como las provincias vascongadas y Navarra, Cataluña y Valencia. Los triunfos de Zumalacárregui, uno de los más expertos militares del siglo XIX, a quien se debió la organización de las partidas carlistas, exasperaron a los liberales madrileños. Además, aunque Inglaterra y Francia habían reconocido a la reina, se negaba a declararse el papa mientras no lo hiciesen Austria, Rusia, Nápoles y Cerdeña.

En tan críticas circunstancias, los liberales exaltados y demás sectarios deciden tomar venganza, y los que no podían castigar a los bravos carlistas del Norte, emplean cobardemente sus armas en el asesinato de unos frailes indefensos. La matanza de los frailes es el *pecado de sangre*, que dijo el protestante Usoz, y hace que el año 1834 sea de aciago recuerdo en nuestra historia.

El cólera morbo, diezmando las poblaciones de Europa, había penetrado en España y en la misma capital. Los revolucionarios hicieron correr el absurdo rumor de que los frailes habían envenenado las fuentes públicas. El 17 de julio, instigado el populacho por manos ocultas, asalta el Colegio Imperial de la Compañía; quince jesuítas, entre ellos el mejor arabista de entonces, P. Artigas, caen bárbaramente asesinados; el resto de la comunidad se recoge en la capilla y se salva porque un jefe de los asaltantes tenía interés en que saliera ileso uno de los jesuítas, hermano de aquel D. Fernando Muñoz con quien se había casado morganáticamente la reina Cristina.

Pocas horas más tarde, aunque ya estaban prevenidas las autoridades y alerta la milicia, aquella banda de asesinos cae sobre el convento de Santo Tomás; al anochecer irrumpe en el de San Francisco el Grande, y casi a media noche en el de la Merced, cometiendo idénticos atropellos. Cerca de cien religiosos, entre jesuítas, dominicos, franciscanos y mercedarios, fueron salvajemente sacrificados a vista de los soldados, que contemplaban impasibles el espectáculo. El gobierno de Martínez de la Rosa echó la culpa a las sociedades secretas y al general San Martín; éste, a los oficiales subalternos. De hecho, los facinerosos quedaron impunes.

Semejantes escenas de terror, indignas de un pueblo civilizado, se repiten al año siguiente en Zaragoza, donde caen asesinados siete religiosos, un canónigo y un pacífico librero; en Murcia, en Barcelona y Reus, donde, no contentos con matar a los frailes, quemaron los conventos; en Valencia, en Mallorca, etc.

¿Dónde estaban las autoridades? Cuentan que un alcalde aragonés comunicaba al gobierno: "En este pueblo continúa la matanza de frailes en medio del mayor orden". ¡Y esto sucedía hallándose al frente del gobierno el moderado Martínez de la Rosa!

Ni fué eso sólo. El gobierno prohibió a los obispos el conferir las órdenes sagradas (8 octubre 1835), excepto a determinados sujetos; privóles inicuamente de la censura de libros teológicos; más de una vez los citó ante los tribunales como carlistas; los jesuítas fueron expulsados del reino; y por fin, por leyes de 8 de marzo de 1836 y 29 de julio de 1837, las Cortes suprimieron casi todas las comunidades religiosas. El nuncio de Su Santidad, no pudiendo tolerar tales desafueros, salió de España. Para salvar la economía nacional, fueron enajenados los bienes de la Iglesia, empezando en 1834 por adjudicar al Estado las rentas del Santo Oficio procedentes de beneficios eclesiásticos. Alrededor de 900 conventos fueron extinguidos, y sus bienes, tanto muebles como raíces, confiscados (1836), con lo que se arruinaron muchas joyas arquitectónicas y pasaron a poder de particulares, por precios irrisorios, riquísimas haciendas. Así empezó la gran desamortización, o mejor, así se prosiguió de una manera radical y sistemática la obra iniciada en 1809 por José Bonaparte.

¿Quién fué el principal responsable de aquel "inmenso latrocinio", en frase de Menéndez y Pelayo, y de aquel "procedimiento bárbaro, atroz, cruel, antieconómico y antipolítico", como calificó el duque de Rivas a la expoliación de los bienes de las monjas? Esas impías leyes de exclaustración y desamortización fueron obra del ministro de Hacienda, Juan Alvarez Mendizábal, gaditano de raza judía, que, pensando remediar el estado deficitario del tesoro público, lo que consiguió fué, como bien dijo el duque de Rivas, hacer más ricos a los ricos y más pobres a los pobres. "¿Y qué ha quedado en pos de esto? Escombros, lodo, lágrimas, abatimiento". Puestos a pública subasta los edificios, campos y posesiones de las llamadas *manos muertas*, vinieron a parar en las manos ávidas de gente sin conciencia, que dejaron desmoronarse los monumentos de nuestro arte y de nuestra historia y no pudieron explotar debidamente los predios, fincas y huertas adquiridas, con lo que nada ganó la economía

nacional [3], y en cambio cargó sobre el Estado la sustentación—aunque mísera—del clero y la beneficencia pública, que ya no pudo desarrollar la Iglesia.

Numerosos obispos fueron desterrados de sus diócesis. La protesta del papa Gregorio XVI contra tantos atropellos cayó en el vacío.

5. **Regencia de Espartero.**—El pueblo español, que seguía siendo hondamente católico, manifestó su descontento en las elecciones de 1837, llevando al Parlamento una mayoría de diputados conservadores.

Comprendió el conde de Ofalia que era de toda urgencia restablecer las relaciones entre el Estado español y la Santa Sede, y como vacaban ya no menos de veintidós sillas episcopales envió a D. Juan Villalba con objeto de negociar su provisión canónica.

Parecía que la religión se recobraba después de una fase crítica y peligrosa. En Barcelona empezó a publicarse con excelentes artículos, a veces traducidos del francés o del italiano, el periódico *La Religión*. Con idénticos ideales salía *El Católico*, de Madrid, y luego *La Esperanza* y *La Cruz* y la *Revista Católica,* defensores de la Iglesia y de la monarquía. En 1837 el magistral de Valladolid D. Santiago José García Mazo da a la luz su precioso *Catecismo,* cuya sólida y amenísima lectura será pasto espiritual de varias generaciones de españoles.

La guerra civil tocaba a su término, y con la paz se esperaba viniesen todas las prosperidades, colaborando los carlistas. Estos tenían que renunciar a apoderarse del poder. La muerte de Zumalacárregui en 1835 significó un golpe du-

[3] Véase la palabra *Desamortización* en la *Enciclopedia Espasa.* Además, J. M. ANTEQUERA, *La desamortización eclesiástica* (Madrid 1885), espec. los cc. 10-14. En aquella enajenación de los bienes de la Iglesia, asegura Vicente La Fuente que «por tres mil duros en papel se vendió toda la Universidad de Alcalá al Sr. Quinto». Y agrega: «Apenas hay capital de provincia en donde los soberbios esqueletos de piedra no estén siendo padrón de ignominia para una época que no se atrevía a construir lo que se atrevió a demoler» (V. LA FUENTE, *Historia eclesiástica de España,* t. 6 [Madrid 1875], p. 225). Entre 1835 y 1844 se confiscaron, para malvenderlas en seguida, 146.273 fincas del clero secular y regular. Hubo convento que se dió por nueve duros (en Cuenca) y solares que se regalaron por treinta reales (en Medina del Campo). Ganaron, pues, algunos particulares, mas la economía nacional siguió como antes. El vandálico saqueo de Poblet produce sonrojo, mezclado de indignación a todo español amante del arte y de la historia patria. Lo mismo se diga de la incuria y abandono que sufrieron otros monumentales y ricos monasterios, como Ripoll, Oña, Leyre, etc., etc. Archivos, bibliotecas, museos, ornamentos, alhajas de todo género, se dispersaron miserablemente. Los ingresos percibidos por el Estado a causa de la desamortización desde 1821 hasta 1886 se calculan en 2.500 millones de pesetas. En 1913 el ingreso rentístico quedaba reducido a 350.000 pesetas.

rísimo para la causa, y aunque dos años más tarde llegó don Carlos con sus tropas hasta las puertas de Madrid, no le fué posible entrar en la capital y tuvo que retirarse a Navarra. Y en agosto de 1839, por la desunión de algunos jefes y la traición de Maroto (abrazo de Vergara), hubo de firmarse la paz y expatriarse don Carlos.

Por desgracia, el pronunciamiento de 1840 dió la regencia al general Espartero, que constituyó un gobierno revolucionario, mientras la regente María Cristina partía a un voluntario destierro. Era Espartero un militarote de gallarda apostura, pero de escaso talento, jefe de los *ayacuchos,* o sea de los militares que lucharon en Hispanoamérica, mal visto en España. Ascendió en las guerras americanas y regresó de allí en 1823 rico en bienes de fortuna. También le acompañó la suerte en la guerra carlista.

Dueño del poder, desarrolló durante un trienio (1840-43) la más violenta y sectaria política, vejando a la Iglesia de mil maneras. Cerró la Nunciatura, consumó la confiscación y venta de los bienes eclesiásticos a fin de enriquecer a sus amigos los progresistas; persiguió a los obispos y a los párrocos, nombrando intrusos en su lugar, de los que el pueblo fiel se apartaba con horror; prohibió la Obra de la Propagación de la Fe y toleró que los metodistas de Gibraltar hicieran pública propaganda de protestantismo en Andalucía. El cuáquero Jorge Borrow recorría los pueblos como propagandista y vendedor de biblias, traducidas incluso al caló de los gitanos.

A tal punto llegaron las cosas, que Gregorio XVI volvió a levantar su voz en el consistorio, lamentando los excesos del Gobierno español, y pocos meses después, el 22 de enero de 1842, dirigió una encíclica a toda la cristiandad, concediendo un jubileo extraordinario para que los fieles orasen por España.

La oración de la Iglesia fué escuchada. En diversos puntos de la Península estallan rebeliones contra Espartero, el cual, no pudiendo sofocarlas, huye a Inglaterra. Isabel II fué proclamada mayor de edad, aunque no contaba más de trece años. Su madre María Cristina regresó a Madrid. El general Narváez formó un gobierno moderado con González Bravo, orientó la política en sentido católico, restituyó a los obispos desterrados a sus diócesis, hizo nombrar otros veinticuatro para las muchas diócesis vacantes, escogiéndolos entre los eclesiásticos más virtuosos; derogó algunas disposiciones anticlericales de los gobiernos anteriores, v. gr., respecto a la venta de los bienes eclesiásticos, y recibió al nuncio J. Brunelli, renovando las buenas relaciones con la Santa Sede.

Ramón M. Narváez, hombre enérgico, inteligente y patriota, no se contentó con vencer a Espartero, sino que presentó batalla a la revolución, empezando por expulsar de Madrid al intrigante embajador inglés, Bulwer Lytton; mantuvo la paz y el orden en el interior, al par que conducía una digna y caballerosa política exterior. A él se debió que la revolución europea del 48, la que derribó el trono de Francia y obligó a Pío IX a huir a Gaeta, no penetrara en España; y él fué quien mandó un ejército de 8.000 soldados a Italia, bajo el mando del general Fernández de Córdoba, para reponer al pontífice.

Síntoma consolador de la fuerza que recobraba el catolicismo español son los discursos admirables que se pronuncian en el Parlamento (marqués de Valdegamas, marqués de Viluma, D. Santiago Tejada, etc.) y el alto vuelo de la prensa católica por la pluma de Jaime Balmes.

6. El concordato de 1851.—Narváez cedió su puesto a Bravo Murillo, que representaba la extrema derecha dentro del partido monárquico conservador, y bajo su gobierno se firmó el concordato con la Santa Sede (1851), que ha perdurado, con ligeros paréntesis, hasta nuestros días.

Con el fin de regularizar las cosas tan perturbadas de la Iglesia española, se venía preparando desde hacía algunos años entre el nuncio y nuestro ministro de Estado este concordato, del que transcribimos algunos de los 46 artículos.

"En el nombre de la Santísima e individua Trinidad.

Deseando vivamente Su Santidad el Sumo Pontífice Pío IX proveer al bien de la religión y a la utilidad de la Iglesia de España con la solicitud pastoral con que atiende a todos los fieles católicos, y con especial benevolencia a la ínclita y devota nación española; y poseída del mismo deseo S. M. la reina católica D.ª Isabel II, por la piedad y sincera adhesión a la Sede Apostólica, heredadas de sus antecesores, han determinado celebrar un solemne concordato, en el cual se arreglen todos los negocios eclesiásticos de una manera estable y canónica...

Artículo 1. La religión católica, apostólica, romana, que con exclusión de cualquier otro culto continúa siendo la única de la nación española, se conservará siempre en los dominios de S. M. Católica, con todos los derechos y prerrogativas de que debe gozar según la ley de Dios y lo dispuesto por los sagrados cánones.

Art. 2. En su consecuencia, la instrucción en las universidades, colegios, seminarios y escuelas públicas de cualquiera clase será en todo conforme a la doctrina de la misma religión católica; y a este fin no se pondrá impedimento

alguno a los obispos y demás prelados diocesanos encargados por su ministerio de velar sobre la pureza de la doctrina de la fe y de las costumbres y sobre la educación religiosa de la juventud en el ejercicio de este cargo, aun en las escuelas públicas.

Art. 3. Tampoco se pondrá impedimento alguno a dichos prelados ni a los demás sagrados ministros en el ejercicio de sus funciones...

Art. 4. En atención a las poderosas razones de necesidad y conveniencia que así lo persuaden, para la mayor comodidad y utilidad espiritual de los fieles, se hará una nueva división y circunscripción de diócesis en toda la Península e islas adyacentes. Y, al efecto, se conservarán las actuales sillas metropolitanas... y se elevará a esta clase la sufragánea de Valladolid... La diócesis de Albarracín quedará unida a la de Teruel; la de Barbastro, a la de Huesca; la de Ceuta, a la de Cádiz; la de Ciudad Rodrigo, a la de Salamanca; la de Ibiza, a la de Mallorca; la de Solsona, a la de Vich; la de Tenerife, a la de Canarias, y la de Tudela, a la de Pamplona... Se erigirán nuevas diócesis en Ciudad Real, Madrid y Vitoria... La silla episcopal de Calahorra y La Calzada se trasladará a Logroño; la de Orihuela, a Alicante, y la de Segorbe, a Castellón de la Plana... En Ceuta y Tenerife se establecerán, desde luego, obispos auxiliares.

Art. 5. La distribución de las diócesis referidas, en cuanto a la dependencia de sus respectivas metropolitanas, se hará como sigue:

Serán sufragáneas de la iglesia metropolitana de Burgos las de Calahorra o Logroño, León, Osma, Palencia, Santander y Vitoria.

De la de Granada, las de Almería, Cartagena o Murcia, Guadix, Jaén y Málaga.

De la de Santiago, las de Lugo, Mondoñedo, Orense, Oviedo y Túy.

De la de Sevilla, las de Badajoz, Cádiz, Córdoba e Islas Canarias.

De la de Tarragona, las de Barcelona, Gerona, Lérida, Tortosa, Urgel y Vich.

De la de Toledo, las de Ciudad Real, Coria, Cuenca, Madrid, Plasencia y Sigüenza.

De la de Valencia, las de Mallorca, Menorca, Orihuela o Alicante y Segorbe o Castellón de la Plana.

De la de Valladolid, las de Astorga, Avila, Salamanca, Segovia y Zamora.

De la de Zaragoza, las de Huesca, Jaca, Pamplona, Tarazona y Teruel.

Art. 8. ...Cesarán las exenciones de los obispados de León y Oviedo.

Art. 9. ...Se designará en la nueva demarcación eclesiástica un determinado número de pueblos que formen coto redondo, para que ejerza en él, como hasta aquí, el gran maestre (de las cuatro Ordenes militares) la jurisdicción eclesiástica... El nuevo territorio se titulará Priorato de las Ordenes militares, y el prior tendrá el carácter episcopal con título de iglesia *in partibus.*

Art. 13. El cabildo de las iglesias catedrales se compondrá del deán, que será siempre la primera silla *post pontificalem;* de cuatro dignidades, a saber: la de arcipreste, la de arcediano, la de chantre y la de maestrescuela, y además la de tesorero en las iglesias metropolitanas; de cuatro canónigos de oficio, a saber: el magistral, el doctoral, el lectoral y el penitenciario, y del número de canónigos de gracia que se expresan en el art. 17.

Art. 28. El Gobierno de S. M. Católica, sin perjuicio de establecer oportunamente, previo acuerdo con la Santa Sede y tan pronto como las circunstancias lo permitan, seminarios generales en que se dé la extensión conveniente a los estudios eclesiásticos, adoptará por su parte las disposiciones oportunas para que se creen sin demora seminarios conciliares en las diócesis donde no se hallen establecidos...[4]

Art. 29. A fin de que en toda la Península haya el número suficiente de ministros y operarios evangélicos de quienes puedan valerse los prelados para hacer misiones en los pueblos de su diócesis, auxiliar a los párrocos, asistir a los enfermos y para otras obras de caridad y utilidad pública, el Gobierno de Su Majestad, que se propone mejorar oportunamente los colegios de misiones de Ultramar, tomará desde luego las disposiciones convenientes para que se establezcan donde sea necesario, oyendo previamente a los prelados diocesanos, casas y congregaciones religiosas de San Vicente de Paúl, San Felipe Neri y otra Orden de las aprobadas por la Santa Sede, las cuales servirán al propio tiempo de lugares de retiro para los eclesiásticos, para hacer ejercicios espirituales y para otros usos piadosos [5].

[4] Suprimidas las facultades de teología en las universidades del Estado, era necesario que surgiesen facultades o universidades eclesiásticas. Se dió una real orden o reglamento para los seminarios, creando interinamente cuatro centrales en Toledo, Salamanca, Valencia y Granada, que pudieran conferir los grados mayores en teología y cánones.

[5] Por efecto de este artículo del concordato pudo la Compañía de Jesús ser admitida en 1852 como Orden misionera y abrir el noviciado de Loyola como «Colegio de Misiones».

Art. 30. Para que haya también casas religiosas de mujeres en las cuales puedan seguir su vocación las que sean llamadas a la vida contemplativa y a la activa de la asistencia de los enfermos, enseñanza de niñas y otras obras y ocupaciones tan piadosas como útiles a los pueblos, se conservará el Instituto de las Hijas de la Caridad, bajo la dirección de los clérigos de San Vicente de Pàúl, procurando el gobierno su fomento. También se conservarán las casas de religiosas que a la vida contemplativa reúnan la educación y enseñanza de niñas u otras obras de caridad. Respecto a las demás Ordenes, los prelados ordinarios, atendidas todas las circunstancias de sus respectivas diócesis, propondrán la casas de religiosas en que convenga la admisión y profesión de novicias y los ejercicios de enseñanza o de caridad que sea conveniente establecer en ellas.

(Los artículos 31-34 versan sobre la dotación del clero.)

Art. 35. Los seminarios conciliares tendrán de 90 a 120.000 reales anuales, según sus circunstancias y necesidades. En cuanto al mantenimiento de las comunidades religiosas se observará lo dispuesto en el art. 30. Se devolverán desde luego y sin demora a las mismas, y en su representación a los prelados diocesanos en cuyo territorio se hallen los conventos o se hallaban antes de las últimas vicisitudes, los bienes de su pertenencia que están en poder del gobierno y que no han sido enajenados...

Art. 36. Las dotaciones asignadas en los artículos anteriores para los gastos del culto y del clero se entenderán sin perjuicio del aumento que se pueda hacer en ellas cuando las circunstancias lo permitan...

Art. 41. Además la Iglesia tendrá el derecho de adquirir por cualquier título legítimo...

Art. 42. En este supuesto, atendida la utilidad que ha de resultar a la religión de este convenio, el Santo Padre, a instancia de S. M. Católica y para provecr a la tranquilidad pública, decreta y declara que los que durante las pasadas circunstancias hubiesen comprado en los dominios de España bienes eclesiásticos, al tenor de las disposiciones civiles a la sazón vigentes, y estén en posesión de ellos, y los que hayan sucedido o sucedan en sus derechos a dichos compradores, no serán molestados en ningún tiempo ni manera por Su Santidad ni por los sumos pontífices sus sucesores; antes bien, así ellos como sus causahabientes disfrutarán segura y pacíficamente la propiedad de dichos bienes y sus emolumentos y productos...

En fe de lo cual Nos, los infrascritos plenipotenciarios, hemos firmado el presente concordato y selládolo con nuestro propio sello en Madrid, a 16 de marzo de 1851. (Fir-

mado.) Juan Brunelli arzobispo de Tesalónica.—Manuel Bertrán de Lis" [6].

7. Ultimos años del reinado de Isabel II.—En una encíclica de 1852 exhortaba el papa a los obispos a proceder de común acuerdo en la defensa de los derechos de la Iglesia y de su libertad de acción en la celebración de concilios provinciales y diocesanos y en la educación de la juventud.

Las relaciones entre la Santa Sede y España eran cordiales, y la restauración católica hacía progresos rápidos en este ambiente favorable. Pero la situación política tenía poca estabilidad y las logias no se dormían. La prensa comenzó a desatarse contra la Iglesia y el gobierno. A principios de febrero de 1854 se produjo un alzamiento militar en Zaragoza; en junio se levantaba el general Leopoldo O'Donnell, jefe del partido nuevo que se formará en estas Cortes y se llamará Unión Liberal; en julio triunfaba en Madrid la revolución. Espartero, que había regresado de Inglaterra, se pone al frente de las tropas sublevadas y apoyado por los progresistas, que significaba la extrema izquierda de los liberales, sube al poder, teniendo a O'Donnell de ministro de la Guerra.

Gobernó dos años de un modo tan sectario como en 1840-43. Fué este infausto bienio (1854-56) lamentable por la expulsión del nuncio y de los jesuítas, por la vejación de los institutos docentes, cierre de los seminarios, despojo de las iglesias y abolición del concordato, de todo lo cual protestó Pío IX en el consistorio de 26 de julio de 1855. También protestaron enérgicamente varios obispos, que fueron desterrados.

Una cosa ocurre en 1855 que tendrá larga repercusión en la historia social y política de España: la formación del partido socialista. Hacía ya varios años que por los campos andaluces se difundían las doctrinas de Fourier, Blanc, Proudhon y Lassalle, pero se trabajaba sin una compacta organización política, hasta que el citado año del seno del republicanismo nacieron dos partidos: el demócrata y el socialista.

A Espartero no le fué posible mantenerse largo tiempo en el poder. Los conservadores y los católicos tradicionalistas le hicieron dura guerra, tanto en el Parlamento como en la prensa. Popularísimo se hizo durante aquel bienio el

[6] Trae íntegro el texto castellano V. LA FUENTE, *Historia eclesiástica*, V, apénd. 17, pp. 387-400. Nótese que en 1885 fué erigida la diócesis de Madrid-Alcalá; la de Ibiza, suprimida en 1851, fué restaurada en 1927 como administración apostólica; Ciudad Real, priorato de las Ordenes militares y prelatura *nullius dioeceseos*, fué creada en 1875. Las diócesis de Bilbao y San Sebastián datan de 1950.

semanario satírico *El Padre Cobos*, redactado por plumas tan bien cortadas como las de Eduardo González Pedroso, Ceferino Suárez Bravo, Francisco Navarro Villoslada, José Selgas y otros, que no contribuyeron poco a la caída de D. Baldomero.

Sucedióle O'Donnell y en seguida Narváez, el cual hizo que las cosas tornasen a su estado anterior de bonanza. La bula de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, que Espartero se había empeñado neciamente en retener, se publicó ahora, renovando el júbilo de todos los españoles, que tanto habían suspirado durante siglos por este dogma.

Vuelve otra vez O'Donnell a la presidencia y tiene que luchar dentro de la Península contra la revolución de tipo socialista y obrera, que hacía estragos en las fábricas de Cataluña y en los campos de Aragón, Valencia, Castilla y Andalucía, y en el exterior dirigiendo personalmente la gloriosa campaña de Marruecos (1859-60), que le valió el título de duque de la Victoria y al general Prim el de marqués de los Castillejos.

De 1857 a 1868 corren once años fecundos para la Iglesia de España. No faltan tumultos en el interior, porque si Narváez sabe soslayar los escollos y no pocas veces usa de mano dura, O'Donnell contemporiza con los revolucionarios. Pero la Iglesia no es perseguida, y gozando de paz, acentúa cada vez más su intenso resurgir.

Por una serie de decretos dados por Narváez a fines de 1866, se intentó reformar la enseñanza con una orientación más católica, y siguiendo la misma idea, el 22 de enero de 1867 salió una orden privando de sus cátedras a Sanz del Río, Castelar, Fernando de Castro, Salmerón, Giner y otros profesores heterodoxos de la Universidad Central.

Cuando la reina se vió obligada a reconocer el reino de Italia, la voz unánime de los católicos se alzó con acento de dolor y de protesta. El Parlamento escuchó discursos elocuentísimos y rebosantes de afecto al Pontificado. Y el gran orador tradicionalista Aparisi Guijarro, viendo cómo la soberana perdía autoridad ante unos y otros, lanzó aquel apóstrofe shakespeariano, al que los acontecimientos posteriores vinieron a dar carácter profético: "Adiós, mujer de York, reina de los tristes destinos".

Al morir Narváez en abril de 1868, el más firme puntal de la monarquía se venía a tierra. Cinco meses más tarde estallaba la revolución, que arrastraría en sus vorágines el trono de Isabel II y desencadenaría contra la Iglesia la más sañuda persecución.

II. GRANDES FIGURAS DEL CATOLICISMO ESPAÑOL

En medio de tan graves disturbios y de tan varias vicisitudes como atravesó la Iglesia española desde las guerras napoleónicas hasta la revolución de 1868, no deja de brillar entre nubarrones y tormentas una gloriosísima constelación de varones egregios, que mantienen en alto la bandera del pensamiento católico. En aquellos decenios de profunda decadencia intelectual, sólo unos cuantos pensadores netamente católicos merecen fijar la atención del historiador. En el campo heterodoxo, ninguna idea original. Julián Sanz del Río, el abuelo de los modernos intelectuales, lo único que hace en su cátedra de Madrid y en sus nebulosos y sibilinos escritos es traducir a un enrevesado y bárbaro castellano las ideas panenteístas del filósofo Krause y de otros alemanes que él había conocido en la Universidad de Heidelberg.

Por la novedad que tal sistema filosófico—trasnochado ya entonces en Alemania—significaba en España y por la tendencia anticatólica de su pensamiento, ayudándole las circunstancias políticas, la cátedra de Sanz del Río atrajo a muchos jóvenes ávidos de una filosofía que no fuese la frailuna, vieja y anticuada escolástica. Entre los nuevos krausistas, discípulos directos o indirectos de Sanz del Río, descuellan Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), educador de la moderna España heterodoxa; Nicolás, Salmerón, Manuel de la Revilla, Francisco Pi y Margall, U. González Serrano, Hermenegildo Giner, Federico de Castro y los sacerdotes apóstatas Fernando de Castro y Tomás Tapia.

Discípulos también del catedrático krausista, pero más aficionados a la filosofía de Hegel, son Emilio Castelar, orador de fascinadora palabra y de grandes síntesis históricas, más fulgurantes que exactas; Francisco de Paula Canalejas, Roque Barcia, etc. [7]

A todos ellos hubo que salir al encuentro para mostrar lo vano y falso de su ideología, tarea en la que se ejercitaron el profesor J. M. Ortí y Lara, el escritor Navarro Villoslada, José Moreno Nieto y, más tarde, el maestro de la crítica, M. Menéndez y Pelayo.

No hay en el panorama de la filosofía española decimonónica figuras comparables con las de los grandes apologistas del catolicismo Balmes y Donoso Cortés. Estos dos hombres geniales son los que dan prestigio a nuestra Patria ante Europa y los únicos cuya fama atraviesa las fronteras.

[7] Cf. el libro, excesivamente benévolo para el krausismo, del sacerdote francés P. JOBIT *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine* (París 1936).

1. **Jaime Balmes (1810-1848).**—Nacido en Vich de modesta familia, subió a las cumbres más altas sin apoyo de nadie, tan sólo en fuerza de sus propios méritos. Desde la más tierna infancia sintió vocación decidida hacia el sacerdocio. Cursados en el seminario de su ciudad natal los estudios de latín y retórica, pasó a la Universidad de Cervera, donde alcanzó los grados de teología y cánones. Profesor un tiempo en el seminario vicense, tuvo tiempo para dedicarse al aprendizaje de las lenguas extranjeras. Pretendía con esto enriquecer su formación con la lectura de los autores modernos y elevar así el nivel de su cultura intelectual, hasta entonces casi exclusivamente escolástica. También repasa y estudia los clásicos españoles.

Inclinado sobre su mesa de trabajo, Balmes, joven aún, leía algunas páginas; después, cubriéndose la cabeza con el manteo, permanecía así mucho tiempo abismado en sus meditaciones. Preguntado por uno de sus amigos acerca de ese método de estudiar, respondió: "Leer poco, elegir pocos autores y pensar mucho, tal es el verdadero método. Si uno se limitase a saber lo que se halla en los libros, las ciencias no darían jamás un paso. Se trata de aprender lo que otros no han sabido jamás. Durante estos momentos de meditación en las tinieblas, mis ideas fermentan, mi cerebro parece una caldera en ebullición". Y en otra ocasión afirmó: "Yo me esfuerzo en resolver las cuestiones por mi propio pensamiento antes de leer la solución". Este hábito tan precoz de reflexión—desde los catorce años—le dió la profundidad y originalidad que todos admiraban en él.

Pronto encontró su vocación en el apostolado de la pluma, y como sus primeros opúsculos hallaron entusiasta acogida en el público, se trasladó a Barcelona en 1841, donde fundó con sus dos amigos Joaquín Roca y Cornet, publicista, y Javier Ferrer y Subirana, joven abogado, la revista *La Civilización* (1841-43). Separado luego de sus amigos, funda y dirige por sí solo *La Sociedad* (1843-44), revista en que fué refutando las objeciones más corrientes contra la religión y tratando cuestiones políticas y sociales.

A la caída de Espartero, contra quien escribió uno de sus primeros libros *(Consideraciones sobre la situación de España,* 1841), Balmes fué llamado a Madrid. Allí funda y dirige *El Pensamiento de la Nación* (1844-46), semanario importantísimo, de título bien escogido, porque, a la verdad, Balmes era entonces quien representaba genuinamente el pensamiento de la nación española.

Conocidas son sus ideas políticas. Balmes procede del

campo tradicionalista, o mejor, él es quien pone los cimientos más sólidos del verdadero pensamiento tradicionalista español, que hasta aquella fecha andaba todavía en tanteos. Cuando digo tradicionalista, no se entienda de los absolutistas de extrema derecha. Balmes es tan ecuánime, prudente y equilibrado, que a veces parece partidario del bien posible como única forma de evitar la permanente guerra civil. Proclama que hay que acabar con la anarquía de las ideas antes que con la anarquía de los hechos, y para eso es imprescindible que España goce de unidad religiosa—lo cual sólo es hacedero por medio del catolicismo—y de unidad política, lo que sólo se logrará por medio de la monarquía.

Esta segunda cuestión era entonces un nudo insoluble. Y Balmes trató de desatarlo, procurando el casamiento de Isabel II con el conde Montemolín, hijo de D. Carlos. Era la única solución del problema dinástico.

Como buen tradicionalista, quería la unidad política española perfecta e inquebrantable, sin mengua de reconocer a las regiones históricas cierta autonomía administrativa. Era partidario de que el monarca gobernase de veras, mas no de un modo absolutista, sino con instituciones orgánicas que garantizasen la libertad. En lo internacional, España debía mantenerse neutral y pacífica, con una flota poderosa para hacerse respetar.

Conmemorando el centenario balmesiano en 1948, decía el Sr. Ibáñez Martín: "Balmes, aparte de que pueda llamársele también en España precursor y profeta de nuestra sociología católica, es sobre todo el maestro insuperable de política práctica que nuestra raza ha producido. Su portentosa mente analítica, su real y profundo conocimiento de la sociedad de su época, su alma verdaderamente sacerdotal, su encendido patriotismo, lo llevaron a percibir con lucidez las constantes históricas de nuestro pueblo, hasta el punto de que, aún más que el de esclarecido filósofo de la historia española, le cumple el título de filósofo del sentido común aplicado a la política".

Como filósofo, no nos toca enjuiciarlo aquí. Siempre será una gloria de la Iglesia española el que uno de sus sacerdotes, fundado sólidamente en los principios firmes de la metafísica y profundo conocedor de la doctrina de Santo Tomás y de Suárez, saliese por los fueros del pensamiento cristiano iniciando, antes de la moderna restauración tomista, la regeneración de la filosofía perenne en aquellos momentos críticos en que el racionalismo bajo mil formas seducía las mentes de los pensadores.

La más importante de sus obras filosóficas es la *Filosofía fundamental*, en cuatro volúmenes (1846), que, sin ser una exposición completa de todos los problemas filosóficos, toca de una manera personal y honda las cuestiones fundamentales, combate el eclecticismo de Cousin y el panteísmo germánico y quiere adaptar la doctrina del Angélico a las exigencias y necesidades de la época.

Su librito *El Criterio* (1843) fué llamado por Torras y Bages "el código del buen sentido", y por Menéndez y Pelayo "higiene del espíritu". Con una potencia maravillosa de observación, de crítica y de sentido común, pone de relieve la influencia de la vida afectiva en el proceso del pensamiento, la importancia de la atención y la conveniencia de que cada cual se dedique a aquel estudio para el que sea más apto.

Si lo consideramos como apologista, hay que emparejarlo con los más altos del siglo XIX, y es preciso afirmar que no existe en la literatura española libro comparable con *El protestantismo comparado con el catolicismo* (1844), que puede rivalizar ventajosamente con *La Simbólica*, de Moehler, y con la *Historia de las variaciones*, de Bossuet. Respondiendo a Guizot *(Historia general de la civilización europea)*, rectifica las ideas del calvinista francés, reivindicando para el catolicismo la parte principal que le corresponde en la formación de la civilización moderna; defiende que ni el individuo ni la sociedad deben nada al protestantismo bajo el aspecto social, ni bajo el aspecto político o literario, ni bajo el aspecto religioso. Antes del protestantismo, la civilización europea había alcanzado todo el desarrollo posible en lo esencial; el protestantismo falseó y torció el curso de la civilización, trayendo males inmensos a la sociedad moderna; los progresos realizados después del protestantismo no se han obtenido por él, sino a pesar de él. La Iglesia—concluye—es la que por medios directos o por su influencia ha destruído la esclavitud, rectificado el sentimiento de la dignidad humana, ennoblecido a la mujer, fundado la beneficencia pública, dado origen a la libertad civil y política.

Naturalmente, Balmes puede equivocarse en detalles, porque en aquellos tiempos le era imposible conocer las fuentes históricas como hoy las conocemos, pero en general su visión es genial y certera.

Otra magnífica apología de la religión escribió Balmes en la colección de sus 25 *Cartas a un escéptico* (1843-1844), deshaciendo con caridad y delicadeza los errores procedentes de la historia de las religiones y de la filosofía moderna.

Había iniciado su carrera de escritor defendiendo desde su retiro de Vich la dignidad, elevación y pureza del sacerdocio católico con su librito *Reflexiones sobre el celibato del clero católico* (1839), y poco después, defendiendo al mismo clero aun en el orden material con sus *Observacio-*

nes sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero (1840), libro que atrajo la atención de los políticos y fué alabado por el ministro de la Gobernación, Sr. Pidal.

Los últimos años de su corta y fecunda existencia los consagró a la defensa del sumo pontífice, Pío IX, cuyas reformas políticas en el estado de la Iglesia daban mucho que hablar entre los católicos. El corazón de Balmes no dudó un momento en aprobar cuanto hiciera el pontífice de Roma y aplaudió con entusiasmo las medidas del papa como las más acertadas y en consonancia con los tiempos modernos.

Su libro *Pío IX* (1847) escandalizó a muchos de sus amigos y originó al autor tan graves disgustos y amarguras, que acaso le aceleraron la muerte. Entre los católicos intransigentes se levantó un clamor de protesta, llamándole unos el Lamennais español, imputándole otros no sé qué miras de ambición, como si el móvil de su escrito hubiese sido la adquisición de la púrpura cardenalicia; y no faltó quien, más ingenuamente, hiciese oración por la conversión de Balmes.

El filósofo de Vich salió de España en tres ocasiones: en 1842, en 1845 y en 1847. El primer viaje fué a París y Londres. En París conoció al P. Ravignan, al obispo Dupanloup, a Lacordaire, a Ozanam, Chateaubriand, Dom Guéranger, etc. En Londres intentó relacionarse con Wiseman y no le fué posible. Su segundo viaje a París le dió ocasión para graves negociaciones políticas con carlistas e isabelinos; de allí pasó a Bruselas, y en Malinas fué invitado por el señor arzobispo a un banquete, durante el cual pudo tener una larga e importante conversación con monseñor Pecci, entonces nuncio y más tarde papa con el nombre de León XIII, que guardó de él la más alta estima. Su tercer viaje a Francia lo hubiera continuado hacia Italia, a no ser por los graves disturbios que se produjeron en España con la publicación del *Pío IX*.

Murió Jaime Balmes prematuramente, cuando aun no había cumplido los treinta y ocho años de edad. Se distinguió siempre por su laboriosidad y aplicación al estudio, por la moderación de su carácter, noble y amable, quizá un poco terco; por la elevación de sus ideales; por la maravillosa claridad y buen sentido de su talento, no menos que por su amor al papa, a la Iglesia de Cristo y al sacerdocio católico, y por sus virtudes cristianas, a veces heroicas. "Fué el Dr. Jaime Balmes—escribe Menéndez y Pelayo—varón recto y piadoso, de intachable pureza, de costumbres verdaderamente sacerdotales, de sincera modestia, pero que no excluía la firmeza en sus dictámenes; meditabundo y contemplativo, pero no ensimismado; algo esquivo en el trato de gentes, pero pródigo de sus afectos en la intimidad de sus verdaderos amigos; tolerante y benévolo con las personas, pero inflexible con el error; operario incansable de la ciencia, hasta el punto de haber dado al traste con su salud, que nunca fué muy robusta; recto en su pensamiento e independiente en su pluma, que jamás cedieron a ninguna sugestión extraña. Y, en fin, su vida interior, que fué grande, se nutría con la oración y con la lectura de libros espirituales" [8].

El nuncio Mons. Brunelli lo estimó como a un santo padre del siglo XIX. Pío X lo llamó "ornamento y luz de la gente hispánica", y el cardenal Gasparri, "insigne luminare dell'apologetica cristiana".

2. Juan Donoso Cortés (1809-1853).—Cuando murió Balmes, en 1844, ya había hecho su aparición deslumbrante el gran Donoso y hasta había coincidido en un punto de su pensamiento.

Nacido en el valle de La Serena, cerca de Don Benito, el 6 de mayo de 1809, Donoso tuvo una educación cristiana en su noble hogar; en cambio, su formación universitaria intelectual fué rápida y atropellada.

Si Balmes es práctico, en contacto siempre con la realidad próxima, Donoso es más romántico e idealista, aficionado a síntesis históricas, más artista y poeta, más soñador, con actitudes de profeta. El penetró como nadie en la esencia del principio revolucionario, vió todas sus consecuencias y las predijo.

"A este profeta delicado—ha escrito Antonio Tovar—, a este David en lucha con el gigante negro del siglo XIX, la retórica le servía de escudo, de nube obscura y retorcida desde donde lanzar sus rayos sinaíticos" [9].

Inició sus estudios en la Universidad de Salamanca; los continuó en Cáceres y en la Universidad de Sevilla. Terminada a los diecinueve años la carrera de Derecho, regentó un año la cátedra de Humanidades en el Instituto de Cáceres. En 1830 partió para Madrid.

Muy joven aún, alcanzó notables triunfos en el Ateneo y en la prensa. Devoraba, sin criterio ni dirección alguna, toda clase de libros, principalmente franceses, de historia, de política y de filosofía. Aunque siempre profundamente religioso, se afilió al partido liberal y llegó a pronunciar algunas frases en honor de Lutero y de la revolución francesa. La filosofía de V. Cousin obscureció algún tiempo su

[8] MENÉNDEZ Y PELAYO, *Dos palabras sobre el centenario de Balmes*, en «Ensayos de crítica filosófica» (Madrid 1948), p. 364.

[9] A. TOVAR, *Donoso Cortés* (Madrid 1942), p. 5; «Breviarios del pensamiento español».

inteligencia; su voluntad se mantuvo siempre recta. Dijo más tarde al marqués de Raffin que dos cosas le habían salvado en aquella época crítica: "el sentimiento exquisito que siempre tuve de la belleza moral y una ternura de corazón que llega a ser una flaqueza: el primero debía hacerme admirar el catolicismo y la segunda me debía hacer amarle con el tiempo". Tenía el don de lágrimas, pero lloraba cien veces de admiración por una vez que lloraba de ternura. Eso decía a los diputados en 1844.

En su primera actuación en el Parlamento (1838) se reveló como orador altilocuente, y ya entonces, a propósito de un empréstito, Donoso habló de Dios y de la Providencia. Sin embargo, hasta 1847 y 1848 no rompió abiertamente con el liberalismo doctrinario.

En 1840, por efecto del triunfo de Espartero, tuvo que emigrar a París con la reina regente. Allí recibe influjos del conde de Maistre y de Bonald, influjos tradicionalistas, cuyos resabios le quedarán toda su vida. Vuelve a Madrid en 1843, y en 1847 publica en *El Faro* sus famosos artículos sobre Pío IX, coincidiendo en gran parte con Balmes y adelantándose a él. Alaba al pontífice y proclama que la fraternidad y la libertad se deben a la Iglesia.

Al año siguiente, poco antes de que estalle la revolución del 48, afirma rotundamente que está dispuesto a seguir "nuevos derroteros y rumbos". Por entonces entra en la Academia de la Lengua y lee su *Discurso sobre la Biblia,* que pasará a todas las antologías por la sublimidad del pensamiento y la fascinadora belleza del lenguaje.

Su pluma y su palabra están desde ahora al servicio de la verdad católica. Se ha discutido si hubo en Donoso verdadera conversión. Oigámosle a él: "Yo siempre fuí creyente en lo íntimo de mi alma; pero mi fe era estéril, porque ni gobernaba mis pensamientos, ni inspiraba mis discursos, ni guiaba mis acciones. Creo, sin embargo, que si en el tiempo de mi mayor abandono y de mi mayor olvido de Dios me hubieran dicho: "Vas a hacer abjuración del catolicismo o a padecer grandes tormentos", me hubiera resignado a los tormentos por no hacer abjuración del catolicismo. Entre esta disposición de ánimo y mi conducta había, sin duda ninguna, una contradicción monstruosa... Tuve un hermano, a quien vi vivir y morir, y que vivió una vida de ángel y murió como los ángeles morirían, si murieran. Desde entonces juré amar y adorar, y amo y adoro..., iba a decir lo que no puedo decir; iba a decir con una ternura infinita al Dios de mi hermano... Como usted ve, aquí no ha tenido influencia ni el talento ni la razón; con mi talento flaco y con mi razón enferma, antes que la verdadera fe me hubiera llegado la muerte. El misterio de mi conversión (porque toda conversión es un misterio) es un misterio de ternura. No le amaba, y Dios ha querido que le ame, y le amo; y porque le amo, estoy convertido" [10].

Su famoso discurso en el Parlamento sobre las dictaduras, sobre las dos represiones, interior o religiosa y exterior o política, lo pronunció el 4 de enero de 1849: "Cuando el termómetro religioso está subido, el termómetro de la represión está bajo, y cuando el termómetro religioso está bajo, la represión política, la tiranía, está alta". Montalembert le felicitó por su elocuencia incomparable, la más alta elocuencia parlamentaria que él conocía.

Nuevos discursos relampagueantes, como el *Discurso sobre Europa,* electrizan el Congreso en 1850. Se traducen en seguida al francés y al alemán y son alabados calurosamente por Metternich, Schelling y Ranke. Afronta las cuestiones sociales y exclama: "¿Se quiere combatir al socialismo? Al socialismo no se le combate; ... si se quiere combatir al socialismo, es preciso acudir a aquella religión que enseña la caridad a los ricos, a los pobres la paciencia... Cuando en la Europa no haya ejércitos permanentes, habiendo sido disueltos por la revolución; cuando en la Europa no haya patriotismo, habiéndose extinguido por las revoluciones socialistas..., entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de Rusia; entonces, la Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra Patria; entonces, señores, presenciará el mundo el más grande castigo de que haya memoria en la historia; ese castigo tremendo será, señores, el castigo de la Inglaterra. De nada le servirán sus naves... Ese imperio colosal caerá postrado, hecho pedazos, y su lúgubre estertor y su penetrante quejido resonará en los polos". Y luego: "El remedio radical contra la revolución y el socialismo no es más que el catolicismo, única doctrina que es su contradicción absoluta". En 1849, hallándose en Berlín como plenipotenciario de España, escribe a Narváez: "Me propongo estudiar detenidamente el movimiento político de esta parte del mundo, de donde, si yo no me equivoco, saldrá el bien o el mal para Europa". En 1851 es Donoso enviado como embajador a París. Allí se relaciona con las personalidades más relevantes de la política y de la diplomacia europeas, y es la figura más saliente del mundo católico y diplomático.

Allí escribe, negocia como representante de España, hace obras de caridad y se santifica. "Muchas páginas estarán escritas después de haber vuelto de la ópera, en la medianoche,

[10] Carta al marqués de Raffin, 21 de julio 1849, en *Obras de Donoso Cortés,* t. 2, 315.

a la luz de una vela, mientras las sombras espiaban desde el fondo de las cornucopias. Tal vez sobre la mesa, a un lado, quedaba la carta desplegada en que la superiora de las Hermanitas le invitaba a una comunión general, o le avisaba sobre el día en que le correspondía la visita a los pobres. Porque Donoso, que desde el centro del mundo, desde el París donde era embajador, amigo de Napoleón III, de Guizot, de Veuillot, de Villemain, y desde donde se carteaba con Metternich y con los mejores diplomáticos, o desde el Madrid donde lograba grandes victorias parlamentarias o derrotaba tronando gobiernos, estaba vuelto a las alturas, con la mirada puesta en ese más allá desde donde las más tremendas revoluciones aparecen a la vez cerca y lejos" [11].

"No había cosa alguna, por grave que fuera—dice Luis Veuillot en su introducción a la traducción francesa de las obras de Donoso—, que él no dejara para volar en auxilio de la desgracia ni sacrificio que no estuviera dispuesto a hacer en favor de quienquiera que la sufría, ora fuese amigo, ora extraño. Todas las semanas visitaba a los pobres, y a menudo muchas veces. Entre sor Rosalía y él mediaba un pacto con que habían concertado ayudarse mutuamente en el ejercicio de sus buenas obras. Esta Hija de la Caridad le conducía a la morada de los pobres, y él por su parte hacía para con ella el oficio de embajador cerca de los ricos y poderosos del mundo. Las Hermanitas de los Pobres tenían en él su más fiel y generoso protector... Todo en él exhalaba el perfume de un alma verdaderamente cristiana. Su alegría y su tristeza eran no menos ingenuas que suaves. Su palabra pronta, inflamada, sincera, era lo más inofensiva que se puede imaginar... En medio de tantas virtudes, la humildad era la que, si esto era posible, había echado más hondas raíces en su alma... Como embajador se había conducido con toda la gravedad que es ley en su país; pero no le impedía ese cargo tener a un niño en los brazos junto a la pila bautismal, asistiendo con él, como madrina, una pobre doncella de la clase más humilde... Discurría acerca de su fe como un hombre de genio; la practicaba como un niño, sin solemnidad, sin miramiento alguno humano" [12].

En París le alcanzó la muerte el 3 de mayo de 1853, cuando tenía todo preparado para ingresar en la Compañía de Jesús. No había cumplido los cuarenta y cuatro años.

En sus discursos parlamentarios, de perenne actualidad, contra el liberalismo y el socialismo y en todos sus escritos nos dejó el marqués de Valdegamas sus maravillosas visiones políticas y su concepción filosófica y cristiana. Pero donde más sistematizadas aparecen sus ideas es en el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo,* publicado en 1851. Es el único libro español que influye en el pensamiento contrarrevolucionario de Europa. Pone como base de su discurso que en toda cuestión política va envuelta otra cuestión religiosa. Canta en el libro primero el misterio de la Iglesia infalible, frente a todos los entendimientos enfermos y falibles, y la grandeza del Pontificado, el prodigio más grande de la Historia. Reconoce en el mundo el misterio de la Santísima Trinidad y reverencia el dogma de la comunión de los santos. Su concepción de la historia es perfectamente providencialista; ve en todos los acontecimientos la mano de Dios y descubre en la tiranía el castigo de los pueblos, como en la revolución el castigo de los príncipes. En el libro segundo hace el examen de la libertad, del mal y del pecado, sacando rayos de luz del fondo de estos dogmas; por eso se encara con el liberalismo, cuyo raquitismo mental desdeña los estudios teológicos, y con el socialismo, el cual tiene, sí, una teología, pero una teología satánica. En el libro tercero estudia el dogma del pecado original y su transmisión, ensalzando los misterios de la encarnación y de la redención y elevando la figura de Jesucristo como centro de la creación y suprema aspiración de las almas puras, sedientas de amor.

No faltaron censores acres y escrupulosos que se empeñaron en descubrir proposiciones erróneas en el *Ensayo,* v. gr., el abate Gaduel, inducido tal vez por Mons. Dupanloup. Donoso acudió dolorido al romano pontífice. La *Civiltà Cattolica,* en su número de 16 de abril de 1853, después de un maduro estudio, defiende perfectamente la ortodoxia de Donoso, reconociendo que hay expresiones inexactas, "deslices de locuciones impropias o aventuradas", harto perdonables en un escritor que no usa la terminología escolástica "Nos sorprende y maravilla que un seglar, no educado ciertamente en aulas de seminario o en el sagrado recinto del claustro, conozca tan de lleno la economía de la ciencia teológica". Así se expresaba la *Civiltà,* o mejor, el P. Taparelli, que no era otro el autor del artículo.

Hoy mejor que entonces reconocemos que Donoso es un vidente o profeta de la historia, y que lo es precisamente por sus intuiciones a la luz de la fe, es decir, porque en el fondo es un teólogo. Convendría estudiar esta teología, imprecisa en algunos puntos, pero hondamente vivida. "Levanto a Dios los ojos y veo en Él lo que en vano buscaría en otra parte"; así escribía al conde de Raczynski, embajador de Prusia en Madrid.

[11] TOVAR, *Donoso Cortés,* p. 7.

[12] Citado por Gabino Tejado en *Obras de don Juan Donoso Cortés,* t. 1, pp. CIV-CVI.

3. Otros defensores de la idea católica.—Sin alcanzar las alturas geniales de Balmes y Donoso, los nombres que ponemos a continuación prolongan el eco de aquellas dos voces soberanas, contribuyen a la formación de una ideología española netamente católica y merecen nuestro agradecimiento y nuestro aplauso por haber peleado intrépidamente en favor de la Iglesia cuando ésta se veía más desamparada y más rudamente combatida.

Vaya en primer término la figura purísima, toda caridad, del valenciano Antonio Aparisi y Guijarro (1815-1872). Gran orador político y forense, no vivió sino para la defensa de la justicia, de la verdad y de la paz. Fundó periódicos católicos; pronunció en el Parlamento discursos inolvidables, rebosantes de sinceridad con no sé qué matiz de ternura y de melancolía, como todos sus escritos; digno de especial mención es el de 1860 en defensa de Pío IX y del poder temporal del papa, y el de 1865, en exaltación y alabanza de la obra de caridad y beneficencia realizada por la Iglesia. Políticamente siempre fué tradicionalista a la manera española; al fin abrazó la causa de D. Carlos, y éste lo designó jefe del partido. Conocidos son los esfuerzos de Aparisi en 1869 por la reconciliación de D. Carlos de Borbón y de D.ª Isabel II. A él se le debe la mejor formulación del programa carlista, sintetizado en el lema "Dios, Patria y Rey".

En uno de los discursos parlamentarios, sintiendo su organismo minado por la enfermedad, se despedía así: "Os saludo afectuosamente a todos vosotros, mis compañeros queridos; me despido sin pesar del mundo político, para el que ciertamente no nací... Quiero de hoy en adelante consagrar a la Iglesia católica, apostólica y romana, en cuya fe murieron mis padres y en cuya fe pronto moriré, los restos de este fuego que se extingue y de esta voz que desfallece".

Poco después, al final de uno de sus más hermosos y elocuentes discursos, caía repentinamente muerto. Literariamente, su mejor obra son los *Pensamientos*, colección de profundas y exquisitas verdades filosóficas, políticas y religiosas [13].

No nos detendremos a ponderar los valores apologéticos de Joaquín Rubió y Ors (1818-1899), catedrático de historia en Valladolid y Barcelona, con alma de poeta y fe inconmovible de católico consciente. Colaboró en *La Religión* con Roca y Cornet, el amigo de Balmes, y nos dejó una refutación del racionalista anglonorteamericano Draper en su

[13] *Obras de don Antonio Aparisi y Guijarro* (Madrid 1873-1877), 5 vols.

libro *Los supuestos conflictos entre la religión y la ciencia* (Madrid 1881). Rubió y Ors tuvo la gloria de contar entre sus discípulos a Menéndez y Pelayo.

Tampoco haremos sino mencionar al inspiradísimo poeta mallorquín Tomás Aguiló (1812-1884), brillante escritor católico, por encima de todo partidismo político, en los periódicos *La Unidad Católica, La Religión* y en *La Fe*, semanario religioso, político y literario, y cuyos artículos sobre Nuestro Señor Jesucristo no deberían caer en el olvido.

Mallorquín como Aguiló y entrañable amigo suyo fué José María Quadrado (1819-1896), profundo pensador, aunque contagiado en su juventud de tradicionalismo filosófico; literato romántico de altísima calidad, arqueólogo y crítico de arte, que sabía reconstruir magníficamente la Edad Media; corazón generoso con ansias de apostolado y apologista denodado del catolicismo en el periódico *La Religión*, en *El Conciliador*, en *El Pensamiento de la Nación* y, sobre todo, en *La Fe*. Era también íntimo amigo de Balmes, a quien tenía por consejero y a cuyo lado peleó en nobles lides políticas. Todavía se leen con placer los tomos que le tocaron a Quadrado en la obra, iniciada por Piferrer, sobre *Recuerdos y bellezas de España* (con otro título, *España, sus monumentos y artes, su naturaleza y su historia)*, que son los referentes a Castilla la Nueva, Aragón, Asturias y parte de León y Castilla la Vieja; pero, desgraciadamente, pocos recuerdan ya que José María Quadrado continuó el *Discurso sobre la historia universal*, de Bossuet, con alto aliento, no indigno del Aguila de Meaux. También deberían ser más leídos sus *Ensayos religiosos, políticos y literarios* [14], porque en todas sus páginas resplandece, junto con la inspiración poética, la fe más firme y la piedad más sincera.

Discípulo de Donoso Cortés en el Instituto de Cáceres, biógrafo y editor de las obras de su maestro, excelente periodista, novelista y poeta, miembro de la Academia de la Lengua, el extremeño Gabino Tejado (1819-1891) puso su limpia pluma al servicio de la fe de sus padres y la manejó

[14] Léase la edición hecha en Palma de Mallorca (1893), con el estudio preliminar de Menéndez y Pelayo, que empieza así: «Si la nombradía universal fuera, como debía ser, compañera inseparable del mérito eminente y positivo, rarísimos nombres, entre los de nuestros contemporáneos, sonarían tan alto como el de don José María Quadrado... Mucho se parecía a él mi difunto maestro don Manuel Milá y Fontanals, y tengo para mí que Alejandro Manzoni debía de parecerse no poco, en su vida y costumbres y en el temple de su alma, al uno y al otro... Quadrado es ante todo apologista católico, y escribe sobre las cosas de la tierra puestos los ojos en el cielo, lo cual no quiere decir que su política sea mística o teocrática, sino pura y sencillamente cristiana y católica, sin mezcla ni confusión de lo humano con lo divino».

como una noble espada en *El catolicismo liberal* y en *Respuestas claras y sencillas a las objeciones que más comúnmente suelen hacerse contra la religión*, libro que en vida del autor alcanzó no menos de siete ediciones. Tradujo, entre otros, a Taparelli, a Prisco y a Manzoni.

Flagelador hiriente y sarcástico de los errores de su tiempo, Francisco Mateos Gago (1827-1890), sacerdote y profesor de la Universidad de Sevilla, lanzó una réplica contundente a su colega en el profesorado Federico de Castro, que preguntaba neciamente: "¿Qué hizo la teología por España?" Con agudeza y humorismo de buena ley hizo disección de las peroratas deslumbradoras de Castelar, señalando sus puntos flacos en materia histórica. Salió también en defensa de la infalibilidad del papa con ocasión del concilio Vaticano, y entre burlas y veras, entre latigazos e ironías, defendió eficazmente el honor del celibato eclesiástico [15]. Desgraciadamente, solía usar la misma virulencia contra los católicos que no militaban en su partido.

En aquella pléyade de escritores brillantes y católicos a machamartillo que hace su aparición en España hacia el año 50 y algo antes, como manifestación genuina del romanticismo español en su aspecto religioso y antiliberal, fulgura gloriosamente Francisco Navarro Villoslada (1818-1895), nombre que el liberalismo posterior trató de obscurecer y aun de sepultar vengativamente en el silencio, pero que será siempre una gloria de la literatura española por su epopeya en prosa *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, en que vemos entrechocarse grandiosamente tres civilizaciones: la pagana, la visigótica y la musulmana; por sus novelas históricas *Doña Blanca de Navarra* y *Doña Urraca de Castilla* y por sus artículos y ensayos, escritos en un lenguaje nervioso, brillante y de la más castiza cepa castellana. No son sus valores literarios los que aquí nos importan, sino los religiosos y patrióticos. Ya hemos hecho mención de *El Padre Cobos*, semanario satírico, en que colaboró con chispeante ingenio y cuyas flechas aceradas llegaron a herir de muerte al general Espartero. Contra la heterodoxia universitaria de krausistas y racionalistas escribió sus *Textos vivos*, serie de artículos que publicó en *El Pensamiento Español* (por él fundado en 1860).

Diputado y senador, no abrigó otro ideal que el de la defensa de la Iglesia y de la unidad católica de España. He aquí cómo resumía sus ideas político-religiosas y las del partido tradicionalista en un famosísimo artículo, redactado cuando España se sentía decapitada, sin reina y sin gobierno. Lo publicó en *El Pensamiento Español* bajo el epígrafe

[15] F. MATEOS GAGO, *Opúsculos* (Sevilla 1869-1884), 6 vols.

El hombre que se necesita: "España necesita un hombre que sea hijo de las entrañas de la Patria, que tenga los sentimientos hidalgos y generosos del pueblo español, su ardiente fe, su valor caballeresco, su constancia tradicional. Un hombre que diga al padre de familia: tú eres el rey de la casa; y al municipio: tú eres el rey de la jurisdicción, y a la diputación: tú eres la reina de la provincia; y a las Cortes: yo soy el rey; vengan aquí las clases todas de que se compone mi pueblo; venga el clero, venga la nobleza, venga la milicia, venga el comercio y la industria y venga la clase más numerosa y más necesitada de todos, la clase pobre, o mejor dicho, la clase de los pobres; vengan a expresar sus quejas, sus necesidades; pero tened entendido que aquí no mandan los sacerdotes, los nobles, los militares, los abogados, los comerciantes, los industriales ni los jornaleros: el rey soy yo. Yo a la Iglesia le daré libertad y protegeré su independencia; yo no nombraré un canónigo ni un cura párroco; yo renunciaré mis privilegios en favor de la Iglesia, de quien los he recibido; yo capitalizaré las asignaciones concordadas con la Santa Sede y se las entregaré a la Iglesia en títulos de la Deuda; yo dejaré en libertad a toda comunidad religiosa para establecerse donde quiera, cuando quiera y como quiera, con tal de que no pida al Estado más que amparo y libertad. Yo daré libertad y protección a la propiedad, y a los pobres el pan del orden, de las economías y del trabajo, que es su verdadera libertad. Abogado, a tus pleitos: no busques en los bancos del Congreso la clientela que no has sabido conquistar en el foro; médico, a tus enfermos: no vengas a matar con discursos políticos a los que no puedes curar con tus recetas; escritorzuelo, a la escuela: aprende primero lo que te propones enseñar; empleado, a tu oficina: la nación te paga para que la sirvas, no para que medres en los bancos del Parlamento; y a trabajar todo el mundo, que la política está siendo la trampa de la ley de Vagos Yo reduciré los empleos a la tercera parte de los que hoy se pagan; y reduciré la clase de cesantes con sueldos, empleando a todos, sin distinción de colores políticos, por orden de antigüedad, y manteniendo en su empleo a cuantos lo sirvan con inteligencia y probidad, aunque hayan sido progresistas, moderados o republicanos; yo reduciré asimismo los presupuestos, y os daré el ejemplo de modestia para que gocéis el fruto de las economías. Yo pagaré las deudas que el liberalismo ha contraído y procuraré no contraerlas más. Yo me pondré a la cabeza del ejército, y protegeré las ciencias, las letras y las artes; yo llamaré los sabios a mi país, las letras y las artes a mi palacio, los pobres a mi mesa. Y lo perdo-

naré todo; quiero ser padre antes que rey; mis brazos se extenderán más pronto para abrazar que para mandar".

El hombre que España necesita, creía nuestro autor que era D. Carlos de Borbón (nieto del primer pretendiente, Carlos María Isidro), ídolo de los tradicionalistas, y cuyo secretario particular desde 1871 fué Navarro Villoslada.

Jefe del partido carlista era por aquellas calendas Cándido Nocedal (1821-1885), uno de los grandes oradores parlamentarios en aquella edad de oro de la elocuencia. Nacido en La Coruña, hizo con brillantez la carrera de leyes, y muy joven entró en el Parlamento con los moderados. Sobresalió en las Cortes de 1854-56, abogando fervorosamente por la unidad católica de España; en las de 1865-66 impugnó con todas sus fuerzas el reconocimiento del reino de Italia, apellidando vándalos y piratas a los usurpadores de los Estados pontificios. "Lo que exigen los intereses permanentes de España es—decía—que España sea el paladín constante y acérrimo del catolicismo y de la Santa Sede... Desconocer esto es desconocer el porvenir que nos señala la Providencia". Había militado hasta entonces en el partido moderado de Narváez, el cual en 1856 le confió el ministerio de Gobernación, cargo que desempeñó con seriedad y energía, tomando medidas especialmente contra la prensa y proponiendo soluciones católicas a los problemas sociales.

Triunfante la revolución del 68 y consultado por Isabel II, Nocedal le respondió: "La revolución no ha derribado a la reina, sino a la monarquía liberal". Pasóse entonces, con su cuñado González Bravo y con otros moderados, al partido tradicionalista, y D. Carlos le nombró jefe de las minorías carlistas en el Congreso. Creía contar con suficiente número de diputados para entorpecer la política del gobierno revolucionario y aun para derrocarlo. Por eso aconsejaba las medidas legales y se oponía al alzamiento bélico que meditaba D. Carlos. Cuando en 1872 se proclamó la tercera guerra carlista, Nocedal dimitió la jefatura del partido; pocos años más tarde, D. Carlos volvió a encomendarle la dirección de sus partidarios en un momento crítico del carlismo, como veremos. Fundó *La Constancia,* periódico netamente católico, y dejó un hijo que inmortalizaría su apellido y lucharía con igual o mayor apasionamiento y denuedo por los mismos ideales.

4. **San Antonio María Claret (1807-1880).**—Los egregios filósofos, escritores, oradores y poetas que hemos visto desfilar ante nosotros en este período que se extiende hasta la revolución del 68, trabajaron principalmente en el campo de las ideas, contribuyendo a la formación de un pensamiento católico-español. Otros, más humildes si se quiere, con-

sagraron su vida a la ruda tarea de mejorar las costumbres, y en el orden doctrinal, a la modesta, pero fructuosísima labor de la instrucción catequística y de la propaganda religiosa popular. Entre éstos, ninguno más ilustre que San Antonio María Claret. Nacido en Sallent, cerca de Vich, el año de 1807, de una cristiana familia de modestos tejedores, guardará toda su vida en su carácter un no sé qué de modestia, de laboriosidad y constancia, de aire popular, por no decir pueblerino, aun en los puestos más honrosos y en las dignidades más encumbradas. Su misma vida interior, tan heroicamente fervorosa, puede parecer poco elevada—con serlo tanto—a los que se pagan excesivamente de ciertos aparentes y sentimentales misticismos.

Pasó la juventud trabajando en el taller de su padre, y luego en Barcelona, perfeccionándose en la industria textil. Vencidas muchas dificultades para seguir la voz de Dios, entró en el seminario de Vich (1829-1835), donde estudió filosofía y teología. Precisado a abandonar el seminario, invadido por las tropas al estallar la guerra civil, se ordenó de sacerdote ese año de 1835 en Solsona.

Enviado como coadjutor y luego como ecónomo a su parroquia de Sallent, resplandeció con todas las virtudes de un celoso pastor de almas; pero anhelando siempre mayor perfección y dudando si entrar en la cartuja o hacerse misionero popular, se decidió a ir a Roma el año de 1839. Allí entró en el noviciado de la Compañía de Jesús. Pronto se persuadió que Dios no le llamaba a esa vida, y regresó a España en 1840. Ejerce de párroco en Viladráu (Gerona) y permanece algún tiempo en Vich. Su celo apostólico reclama horizontes más anchos e inicia una serie de misiones por los pueblos, ilusión de su vida. Un nuevo Maestro Avila ha aparecido en Cataluña. Aprovechando la calma política impuesta por Narváez, siembra la palabra de Dios durante cinco años en aquel país tan trabajado por la revolución. En 1848 alarga el radio de su apostolado hasta las islas Canarias; en quince meses evangeliza el archipiélago y regresa a Vich.

Ha llegado el momento cumbre de su existencia. Quiere organizar y perpetuar su acción misionera. Para eso, el año de 1849, en compañía de los sacerdotes D. Esteban Sala, D. Domingo Fábregas, D. José Xifré, D. Manuel Vilaró y D. Jaime Clotet, funda un instituto religioso, la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, que hoy vemos propagado por las principales naciones de Europa y América. Las Hijas del Corazón de María le miran también como a padre y fundador, así como las carmelitas de la Caridad y las dominicas de la Anunciata y otras congregaciones religiosas. Su actividad no conoce el descanso. Plenamente convencido de la necesidad de instruir al

pueblo y de substituir las malas lecturas con otras buenas, trata con literatos de brillante pluma, exhortándolos a escribir novelas, cuentos, leyendas y otras obras semejantes de amena forma y contenido sano y católico. "El otro día —escribe José M. Quadrado en carta a Balmes—, hablando con nuestro insigne misionero mosén Claret, se me lamentó de las pocas obras que corrían para substituir a las novelas perniciosas, y me habló de no sé qué proyectos". Seguramente que uno de esos proyectos era el de la Librería Religiosa, por él fundada en aquellos días, con el fin de editar y vender, a precios baratísimos, libros de propaganda religiosa. Millones de ejemplares vendió y repartió mosén Claret, libros antiguos y modernos, originales y traducidos. El mismo tradujo y compuso innumerables obras, opúsculos y folletos. Podríamos citar: *La escala de Jacob y puerta del cielo*, *Máximas de moral la más pura*, y entre otros mil —entendiendo mil en su sentido exacto—sus *Catecismos*, *Ejercicios espirituales de San Ignacio explicados* y una catarata de *Avisos: Avisos a monjas*, *Avisos a doncellas*, *Avisos a casadas*, *Avisos a padres de familia*, *Avisos a niños*, *Avisos a un sacerdote*. Mosén Claret se distinguía por su sentido eminentemente práctico.

Presentado por el gobierno español para el arzobispado de Santiago de Cuba, tuvo que aceptar la mitra, mal de su grado, y apenas consagrado en la catedral de Vich, partió para la perla de las Antillas en 1851. Lo primero a que dedicó su atención y sus cuidados fué la restauración del seminario, y en seguida se entregó en cuerpo y alma a la reforma de las costumbres, harto relajadas. Visitó la diócesis, predicó, dió misiones por sí o por medio de algunos sacerdotes familiares suyos, y un día de 1856, saliendo de un sermón en Holguín, acercósele un asesino y le asestó en el rostro, entre la oreja y la barba, un terrible navajazo, cuya cicatriz llevó toda su vida como signo de su entereza apostólica. En 1857, Isabel II le llamó a Madrid. Allí se presentó el santo arzobispo, y cuál no sería su sorpresa al oír que la reina quería tenerlo de confesor y director de su conciencia. Aceptó contra su propia voluntad, y también contra la voluntad del gobierno y de los políticos, que temían ejerciese demasiada influencia sobre el alma de la soberana. El papa le admitió la renuncia del arzobispado de Cuba (1860), nombrándole titular de Trajanópolis. Su vida no tenía nada de cortesana, y nadie más ajeno que él a la política. Rehusó habitar en palacio, no quería montar en coche, se hospedaba modestamente en el Hospital de los Italianos y luego en el de Montserrat. Nombrado presidente del monasterio de El Escorial en 1859, estableció allí un colegio de segunda enseñanza, instaló cuidadosamente la biblioteca y los museos,

repobló la huerta de árboles y saneó la economía del monasterio. Viajando con la corte, solía dar misiones en los pueblos y repartía entre la gente millares de folletos.

Cuando el reconocimiento del reino de Italia por Isabel II, el P. Claret abandonó a la reina en señal de protesta y desaprobación, marchándose a Roma. Pío IX le aconsejó volver a Madrid y le dió facultad de absolver a la soberana de todas las censuras en que había incurrido. Así lo hizo. Los políticos y el populacho se ensañaron entonces más que nunca con él. Decían que había traído bulas de Roma que concedían licencia a la reina para pecar; esparcían rumores contra el confesor, acusándolo de tratos deshonestos; divulgaban retratos y caricaturas infamantes y soeces; hasta llegaron a inculparle de sacrílegos robos de custodias y alhajas, a él que fué siempre modelo de pobreza evangélica.

Al derrumbarse el trono de Isabel II en 1868, tuvo que emigrar a Francia con la familia real. En 1869 se dirigió al concilio Vaticano, en el que brilló por la solidez de su doctrina y por su adhesión al Pontificado romano, cuya infalibilidad se definió entonces solemnemente.

Murió el P. Claret el año de 1880 en el monasterio cisterciense de Front-Froide (cerca de Narbona). Sobre la losa de su sepulcro se inscribió aquella frase del moribundo Gregorio VII: *Dilexi iustitiam; odivi iniquitatem; propterea morior in exilio*. El sumo pontífice Pío XII lo canonizó en el año santo de 1950 [16].

5. **"La monja de las llagas".**—Así era popularmente llamada, y también "Sor Patrocinio", la monja franciscana concepcionista sor María de los Dolores y Patrocinio, en el mundo María Rafaela Quiroga (1809-1891). Dos veces solamente la vió el P. Claret, y, no obstante, se tejieron en torno de sus personas leyendas calumniosas. En aquella época de romanticismo, pocas vidas hubo de las que se apoderara tan vivamente la fantasía popular y aun la de los políticos.

En 1835 comenzó a sonar el nombre de aquella monja contemplativa, que habitaba en Madrid, en el convento de Caballero de Gracia, donde había tomado el velo seis años antes. Un pelotón de soldados cercó el convento, y la pobre sor Patrocinio fué llevada prisionera y procesada por conspirar contra María Cristina y en pro de D. Carlos. En el proceso salieron a relucir milagros de la monja, que sus fanáticos interpretaban contra los isabelinos en aquellos días de la primera guerra carlista. Hubo testigos que dieron fe de

[16] Pío ZABALA, *El P. Claret* (Madrid 1936), en Colección pro Ecclesia et Patria; CRISTÓBAL FERNÁNDEZ, C. M. F., *El beato P. Antonio Claret. Historia documentada de su vida y empresas* (Madrid 1946). Véase además el número extraordinario que le consagró la revista «Ilustración del Clero», julio-agosto 1950.

las llagas que habían aparecido en el cuerpo de sor Patrocinio, primero en el costado izquierdo y luego en manos y pies. Los milagros eran evidentemente fantásticos y forjados por los devotos de la monja, sin que ésta se prestase a semejantes imposturas. Respecto de las llagas, confesó la acusada que realmente había tenido unas llagas o heridas en su cuerpo, pero que ya se encontraba completamente sana. Se vió claro que el fraude y la mala fe no estaban en ella, sino en ciertos personajes, que se valieron del celo indiscreto de otras que rodeaban a la religiosa concepcionista.

De todos modos, el tribunal, creyendo descubrir una maniobra política, peligrosa para la regente, condenó a sor Patrocinio a ser confinada en un convento distante 40 leguas —que luego se redujeron a 15—de la corte. Fué encaminada, según eso, a Talavera de la Reina, donde pasó unos años en humildad, silencio y oración.

Pero he aquí que el año 1844, habiéndose trasladado al convento de la Latina, en Madrid, por orden de María Cristina, tuvo el honor de recibir la visita de ésta y de su hija Isabel. Ambas se encariñaron extraordinariamente con la monja, y desde aquel momento sor Patrocinio empieza a ser la comidilla de los murmuradores palaciegos y la preocupación de los políticos. Nombrada abadesa del convento de Jesús en 1849, es inmediatamente desterrada a Badajoz, por creerla autora de la caída de Narváez. No llegaba a tanto su influencia con la reina, aunque malas lenguas asegurasen mucho más. Pronto se le hizo justicia, alzándosele el destierro. Mas no fué ésta la única vez que hubo de salir de Madrid por falsas acusaciones que se le hacían de meterse en política para que la reina virase más y más hacia la derecha. Llevó una vida muy asendereada por los conventos de Baeza, Benavente, Torrelaguna, y hasta salió brevemente a Roma y a Francia. El mismo O'Donnell, que la miraba como adversaria de su política liberal, subido al poder, fué a ponerse de rodillas ante sor Patrocinio, como lo hacían todos los sábados D.ª Isabel y D. Francisco, el rey consorte. Desde su convento de San Pascual, en Aranjuez, que los reyes le regalaron, y adonde pasó en 1857, es innegable que ejerció notable influencia sobre las personas reales, influencia que ella utilizaba, no para derribar ministerios, sino para levantar conventos y para favorecer a los pobres y desvalidos. Esto no quiere decir que siempre se mantuviese dentro de los límites de la conveniencia religiosa. Haría falta un estudio serio e imparcial para determinarlo con seguridad.

Llevaba ya fundados los conventos de San Ildefonso, El Pardo, El Escorial, Lozoya, Manzanares, Loyola y Guadalajara, cuando la revolución de 1868 la obligó a refugiarse en Francia, donde prosiguió su labor de fundadora franciscana.

Regresó a España en 1877, y todavía realizó las fundaciones de Almería, Madrid, Corral de Almaguer, Alcázar de San Juan, Puebla de Alcocer, Almonacid de Zorita, Cabeza de Buey y Granada.

Murió en Guadalajara el 27 de enero de 1891, rodeada de leyendas, pero también de auténtico prestigio [17].

No es éste el lugar de hablar de otra mujer de más alta y reconocida santidad, dirigida algún tiempo por el P. Claret. Me refiero a Santa María Micaela Desmaisières, vizcondesa de Jorbalán, comúnmente llamada la Madre Sacramento (1809-1885), que fué por sus admirables virtudes, particularmente por su heroica caridad, la edificación tanto de la corte de París como de la de Madrid y de otras ciudades. De ella se hace mención en otro capítulo de esta historia, al tratar de los nuevos institutos religiosos. Al morir su primer director, el jesuíta P. Carasa († 1857), púsose bajo la dirección de Claret, quien acertó a conducirla por los caminos de la santidad. Pío XI la beatificó en 1925 y la canonizó en 1935 [18].

Muy singular es la figura del que introdujo en España las Conferencias de San Vicente de Paúl, primer germen del apostolado social católico, y que tan fecundos frutos espirituales han producido en todas partes. Santiago Masarnáu (1805-1882), conocido en la historia de la música como gran pianista y buen compositor, amigo de Rossini, Bellini, Meyerbeer, etc., fué en París compañero de Ozanam en la fundación de las Conferencias de San Vicente de Paúl, las cuales él trasplantó a España y las dirigió hasta su muerte. Por la ternura de sus sentimientos y por sus continuas obras de caridad mereció ser llamado "el padre de los pobres".

III. NUEVAS REVOLUCIONES Y REACCIÓN CATÓLICA

1. Revolución y primera república.—Isabel II había perdido muchas simpatías entre los verdaderos católicos desde su reconocimiento del reino de Italia, aunque todos sabían que lo había hecho por pura debilidad. Los revolucionarios no cesaban de conspirar, y más que nadie el general Prim. Uniéronsele en septiembre de 1868 el almirante Topete y el general Serrano. Enviado contra ellos el general Pavía, fué derrotado en Alcolea. El trono de los Borbones españoles se tambaleaba, y, viéndose sin apoyo, Isabel II tuvo que huir a Francia. Al principio no se pensó en implantar la república.

[17] Véanse las páginas que le dedicó Carbonero y Sol en su revista *La cruz*, 19 de mayo 1891, pp. 366-390.

[18] JUAN ANTONIO ZUGASTI, *La esclava del Santísimo Sacramento* (Madrid 1911).

Constituyóse un gobierno provisional, presidido por Serrano, y mientras en las principales ciudades surgían juntas revolucionarias, diéronse a buscar por Europa uno que quisiese ocupar el trono español.

Con la caída de la monarquía se desbordaron todas las pasiones. Bandas de forajidos salieron de sus antros para proclamar la libertad, allanando templos y conventos. No menos de 12 parroquias y 46 iglesias o capillas se cerraron en Sevilla por la violencia; en Madrid se destruyeron las de la Almudena, Santa Cruz y San Millán, además de varios conventos; otras muchas fueron expoliadas, quemadas y demolidas en diversas partes; en Valladolid se rompieron a martillazos las campanas; en Salamanca y otras ciudades se incautaron de los seminarios; los obispos de Tarazona y Teruel fueron presos; el de Huesca, desterrado; los demás, insultados por la prensa; en Burgos, el impío gobernador Gutiérrez de Castro intentó entrar en la catedral para despojarla de sus tesoros, pero el pueblo, amotinado, le hizo pagar con la vida su atrevimiento. El P. Crusat, misionero hijo del Corazón de María, fué cosido a puñaladas cerca de Reus. La Junta revolucionaria de Madrid proclamó a todos los vientos la libertad de cultos, la de asociación, la de imprenta, la de enseñanza..., hasta 16 libertades. Romero Ortiz, ministro de Gracia y Justicia, suprimió el Tribunal de las Ordenes Militares y el fuero eclesiástico. La Compañía de Jesús fué expulsada, y poco después suprimidas las demás Ordenes religiosas y robados sus bienes.

Poco antes de abrirse las Cortes Constituyentes (enero de 1869), esa hez popular que sale a la superficie en cualquier revolución se lanzó contra el palacio de la Nunciatura y arrastró y quemó las armas pontificias. No referiremos aquí las impiedades que se pronunciaron en aquellas Cortes, especialmente en la llamada *sesión de las blasfemias* (26 de abril), en que los antiguos progresistas se quedaron rezagados ante los nuevos ateos que renegaron públicamente de Dios. Hubo orador, como el incoherente Castelar, que se despidió "del mundo de la fe y de la teología" para pasarse "al de la filosofía y al de la razón". En desagravio por tantas ofensas a Dios, las iglesias de España celebraron especiales funciones de culto y de reparación. En el Parlamento se dejaron oír las voces elocuentes del Sr. Antolín Monescillo (1811-1897), obispo de Jaén, futuro arzobispo de Valencia, cardenal y primado de Toledo; del cardenal Cuesta, arzobispo de Santiago, y de modo particular del canónigo magistral de Vitoria, Vicente Manterola (1833-1891), que se enfrentó gallardamente con el rey de la oratoria de entonces, Emilio Castelar. A pesar de las razones contundentes, de las

defensas magníficas, de los ataques victoriosos, y por más que se movió la Asociación de Católicos, bajo la presidencia del marqués de Viluma, reuniendo tres millones y medio de firmas en pro de la unidad religiosa de España, dicha unidad salió desgarrada por los votos de aquellos diputados. Luego, a propuesta de Montero Ríos, se declaró nulo ante la ley el matrimonio religioso, imponiéndose el civil. El nombre de Dios quedó suprimido en los documentos públicos. La masonería triunfaba y activaba su propaganda por medio de sus periódicos: *La Reforma, La República Ibérica* y *La Libertad de Pensamiento*. Los catedráticos krausistas o racionalistas, destituídos por Narváez, volvieron con honra a la Universidad.

Entre tanto, la corona de los Reyes Católicos era ofrecida al mejor postor. Varios príncipes extranjeros la rechazaron, e hicieron bien. Aceptóla Leopoldo de Hohenzollern Sigmaringen, pero eso sirvió de pretexto a la guerra francoprusiana, con lo que se hizo imposible su venida. Finalmente, tuvo la debilidad de admitirla Amadeo de Saboya, hijo segundo de Víctor Manuel II.

Al desembarcar el príncipe italiano en Cartagena, en diciembre de 1870, llegó a sus oídos la noticia de que el general Prim, su principal sostenedor, había caído asesinado. Amadeo I, después de cambiar seis veces de ministerio, optó por renunciar a aquella corona demasiado pesada, y se volvió a su tierra (1873).

España quedó a merced de las turbas revolucionarias, que la sumieron en el mayor desconcierto. Se proclamó la república con carácter federal o unitario, según la presidieran Figueras y Pi y Margall o Salmerón y Castelar. Se pretendió substituir en las escuelas la enseñanza de la religión cristiana por la de la moral universal; su suprimió oficialmente el calendario religioso, se secularizaron los cementerios, se arrancaron de las calles las imágenes y signos religiosos, se subastaron cálices y custodias para armar a los voluntarios de la libertad; hubo sublevaciones cantonales en algunas partes, y en Extremadura se procedió a la repartición comunista de las dehesas. En Cuba y Puerto Rico ardía la insurrección contra la madre patria.

Contra tal sectarismo y anarquía, los carlistas se alzan en armas (1872). "O D. Carlos o el petróleo", gritaba Manterola. Las tropas de D. Carlos, impulsadas por el fervor religioso y por un valor a toda prueba, se organizan en todo el Norte y Levante, favorecidas por el pueblo. Ante su empuje decidido, el desmoralizado ejército liberal sufre en casi todos los encuentros serios descalabros.

La república se va hundiendo en el desprestigio. En el espacio de un año escaso se suceden cuatro presidentes. Y al

abrirse las nuevas Cortes (2 de enero de 1874), el general Pavía, capitán general de Madrid, da el famoso golpe de Estado, cerrando el Parlamento con un batallón de la Guardia Civil y estableciendo un gobierno provisional bajo la presidencia del general Serrano. Seguía el desconcierto público y el malestar de la Hacienda y aun cierta persecución a la Iglesia, hasta que el general Martínez Campos, el 28 de diciembre, proclamó en los campos de Sagunto a Alfonso XII, hijo de Isabel II, como rey de España. El Ejército aceptó la monarquía y el joven rey se presentó en su patria y entró en Madrid sin resistencia.

2. **Restauración monárquica.**—Alfonso XII, ahijado de Pío IX, se hizo simpático a los españoles, y dirigido por un político de gran talento como A. Cánovas del Castillo, jefe del partido conservador, inició un período de paz religiosa y de prosperidad, que hubiera sido verdaderamente restaurador si hubiese atendido más a los principios tradicionales y católicos del pueblo español. La Constitución de 1876, reconociendo a la religión católica como la religión del Estado, añadía que nadie podía ser molestado por sus creencias si éstas no contradecían a la moral cristiana; también confesaba que el Estado tiene la obligación de sostener el culto y clero a título de indemnización. Se derogaron las leyes que herían los sentimientos religiosos del pueblo español, y el nuncio Mons. Simeoni fué recibido en Madrid con toda clase de agasajos. En el gobierno fueron alternando conservadores y liberales, aquéllos con Cánovas, éstos con el jefe liberal Práxedes Mateo Sagasta.

Vencidos los carlistas en la guerra, siguieron una política abstencionista, lo cual fué causa de que los católicos mejores influyesen poco o nada en el gobierno de la nación. Otros muchos de los buenos católicos se adhirieron al joven monarca, dando con ello ocasión a las escisiones y lamentables divisiones de fuerzas que luego veremos.

Cuando más risueñas esperanzas se cifraban en Alfonso XII, acaeció su muerte prematura, en 1885. Pocos meses después le nacía un hijo de la reina doña María Cristina de Habsburgo, que se llamó Alfonso XIII (1886-1941).

Comparado este período con el anterior, es de paz y tranquilidad, porque no hay violencias, ni derramamientos de sangre, ni guerras civiles, ni revoluciones tumultuarias, y las conspiraciones de carácter republicano fracasan todas. Pero hay muchos partidos, y todos ellos se combaten estérilmente; la cuestión social se agudiza y el anarquismo crece en algunas ciudades, señaladamente de Cataluña. En 1897, Cánovas del Castillo cae bajo las balas de un anarquista italiano. Al año siguiente se consuma la ruina de nuestro

antiguo Imperio. Nuestra marina sucumbe gloriosamente en una lucha desigual con el coloso yanqui, ante cuyas ambiciones imperialistas la justicia y el derecho pesaban muy poco. Pero también hay que decir que, si Cuba y Puerto Rico y Filipinas se desprendieron de la corona de España, la primera responsabilidad, al menos en el archipiélago oriental, corresponde a las logias españolas con su gran oriente, Miguel Morayta, que venían minando el terreno para acabar con la religión y cultura católicas, allí plantadas por los misioneros.

Que entre los católicos españoles existe una vitalidad pujante en esta época, no hay quien lo dude. Ellos crean una fuerte prensa católica, fundan organizaciones y ligas de carácter religioso defensivo y activo, empiezan a preocuparse de la formación del clero y surgen algunos institutos beneméritos, como el Seminario Pontificio, luego Universidad de Comillas (1890), y el Pontificio Colegio Español de San José, en Roma, abierto en 1892 por el celoso sacerdote D. Manuel Domingo y Sol, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos. Por otra parte, fervorosos misioneros populares—basta nombrar el más insigne, P. Francisco de P. Tarín, S. I. (1847-1910), que recorrió durante veintidós años toda Andalucía, Extremadura y Castilla la Vieja, conmoviendo las multitudes con su penitencia y sus hechos extraordinarios, y cuya causa de beatificación está introducida—reavivan la fe y reforman las costumbres con la predicación de las verdades eternas, con cursos de ejercicios espirituales y con asociaciones piadosas. Serían impresionantes unas estadísticas exactas de la labor y del fruto.

Pero en el orden político, salvo esfuerzos aislados y generosas tentativas, los católicos no cesan de combatirse y morderse unos a otros, dejando crecer el socialismo entre los obreros y la irreligión entre los intelectuales.

Con la pérdida de nuestras últimas posesiones en América y en el archipiélago malayo, prodújose en los españoles conscientes una depresión moral, que en algunos degeneró en menosprecio de lo auténticamente español. La generación llamada del 98, o sea los escritores que por entonces se daban a conocer, aquellos hombres de pluma que indudablemente habían realizado o realizaban una gran tarea modernizadora y regeneradora, se empeñaron en ser los *reformadores* de toda la vida nacional, renunciando a la tradición, al espíritu y a las glorias históricas de su patria, con el fin de *europei-*

zarla, según decían [19]. Enamorados de lo extranjero, casi se avergonzaban de la herencia religiosa de sus padres. Diéronse el nombre de "intelectuales", y siendo como eran ideólogos ligeros, más críticos que constructivos, más literatos que filósofos, juzgaron incautamente con las ideas más revolucionarias y prepararon todas las rebeliones. Proceden en alguna manera del krausismo, porque son los hijos espirituales de Giner de los Ríos, el santón laico, cuya misión era laicalizar a España, pero filosóficamente tienen matices nuevos que les vienen de Nietzsche, del positivismo francés, de los modernistas en religión y aun del protestantismo liberal, v. gr., en el caso de Unamuno. La Institución Libre de Enseñanza, la obra maestra de Giner y de sus adeptos, logró con táctica fina y bien calculada acaparar las principales cátedras de las universidades, máxime en las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho y aun en la de Medicina, al mismo tiempo que usufructuaba las pensiones y becas para el extranjero (Junta de Ampliación de Estudios), creando así un espíritu laico, irreligioso y escéptico en la juventud universitaria. De ellos se nutrió en política el partido demócrata, de tendencias ultraliberales, que en unión con el socialista contribuyó, como pocos, al hundimiento de la España monárquica y católica.

Entre tanto, a la más alta figura nacional en el orden de la inteligencia y de la cultura, D. Marcelino Menéndez y Pelayo († 1912), lo iban relegando a la sombra y al olvido.

Años duros para la Iglesia española fueron los del primer decenio del siglo XX, años de prueba, que le sirvieron para despertar vivamente su conciencia y dejar a un lado mezquindades y rencillas, aunando sus fuerzas y disponiéndolas para la lucha. Ya en 1900 las representaciones del drama *Electra,* de Benito Pérez Galdós, que solían terminar con motines callejeros y pedreas de conventos, y el discurso de D. José Canalejas en el Congreso, repitiendo conceptos del de Waldeck-Rousseau contra el clericalismo, anunciaron una campaña de persecución, reflejo de la emprendida en Francia. No se desató hasta 1901 con la subida al poder de Práxedes M. Sagasta. Uno de sus ministros, el conde de Romanones, comunicó a los rectores de las universidades que todos los profesores disfrutaban de la "libertad de cátedra" para exponer cualquier doctrina, y poco después el mismo ministro quitaba la asignatura de religión de las obligatorias en el bachillerato, al mismo tiempo que les obstaculizaba

[19] Infinita es la literatura sobre la generación del 98. Bástenos aquí apuntar el libro de P. LAÍN ENTRALGO *La generación del noventa y ocho* (Madrid 1945) y el número 36 de la revista «Arbor», diciembre de 1948. Véase también R. CALVO SERER, *Del 98 a nuestro tiempo,* en «Arbor» (1949), 1-34.

la enseñanza cuanto podía a los institutos religiosos. Por entonces empezó también a discutirse la legalidad de las Ordenes religiosas no mencionadas expresamente en el concordato.

En tan difíciles momentos tuvo lugar la mayoría de edad y coronación solemne de Alfonso XIII (1902), monarca muy cristianamente educado por su madre, y que, no obstante sus deficiencias y deslices, amó a España apasionadamente, mantuvo siempre viva su fe y con frecuencia hizo públicas y solemnes confesiones de ella.

Siguió en su tiempo el turno de los partidos conservador y liberal, destruyendo el uno lo que levantaba el otro, y viceversa.

D. Antonio Maura, jefe del partido conservador y dotado de un talento político excepcional, trata en 1904 de cortar los pasos de nuestros anticlericales, pedestres seguidores de los franceses Waldeck-Rousseau y Combes; se esfuerza por mantener el orden público, defendiendo al P. Nozaleda, arzobispo dimisionario de Manila, electo para la sede de Valencia; pero es herido por un anarquista, y en diciembre de 1905 tiene que dejar el paso a un gabinete liberal, que presenta a las Cortes un proyecto de ley de Asociaciones, inspirado por el sectarismo de José Canalejas. El presidente Moret manifestó que su idea era también establecer la libertad de cultos, el matrimonio exclusivamente civil y la secularización de cementerios.

Protesta con indignación el episcopado en pleno, siguiendo al cardenal Sancha; 40.000 navarros acuden a Pamplona a proclamar su fe enérgicamente contra la impiedad del gobierno, dispuestos a tomar las armas, si es preciso; hasta 60.000 manifestantes se concentran en Bilbao, y cosa semejante ocurre en otras ciudades. El proyecto fracasa, y sube de nuevo Maura al poder en 1907.

Corren dos años largos de paz, hasta que el 26 de julio, con ocasión de haber zarpado de Barcelona para Melilla las tropas, da comienzo en la Ciudad Condal la *Semana trágica* o *Semana roja,* organizada por el maestro de escuela y masón de alta graduación Francisco Ferrer Guardia, en cuya Escuela Moderna de Barcelona se pretendía, según el propio fundador, "formar anarquistas convencidos". Más de cincuenta iglesias y casas religiosas fueron saqueadas, profanadas o incendiadas. Maura tuvo virilidad y energía para ahogar la revolución, mandando que Ferrer fuese fusilado, sin dejarse impresionar por el clamoreo universal de las logias europeas, que alzaron en Bruselas una estatua al maestro del anarquismo [20].

[20] Los alemanes tuvieron el buen gusto de destruirla cuando entraron en aquella ciudad en 1914.

A Maura suceden Moret y Canalejas, de quienes se podían temer nuevos ataques a la religión. La ley del Candado (diciembre 1910), prohibiendo establecerse nuevas Congregaciones religiosas, levantó fuertes protestas del pueblo católico. Por más que contaba con la protección de las logias, de quienes era dócil instrumento, Canalejas cayó asesinado por un anarquista en la Puerta del Sol, de Madrid, el 12 de noviembre de 1912.

Días de paz, de calma, de trabajo, de prosperidad, amanecieron sobre los campos de España, erizados de espinas y olientes a pólvora y a sangre. Le aguardaban dos decenios verdaderamente fecundos, durante los cuales, pese a los trastornos sociales que se sintieron entre 1918 y 1923, los católicos trabajaron admirablemente, amortiguando en lo posible sus divisiones, organizándose en orden a un apostolado eficaz de prensa y propaganda, reencendiendo de mil maneras la vida espiritual en todas las clases de la sociedad y creando nuevas instituciones de carácter social, cultural y religioso.

Nunca faltaron en España públicas y grandiosas manifestaciones de fe y de piedad, principalmente en torno a las devociones favoritas del pueblo: la Virgen María y la Eucaristía. En 1904, con ocasión del cincuentenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada, se celebraron festividades litúrgicas y literarias en todas las ciudades y aldeas, y las innumerables revistas piadosas y periódicos católicos le dedicaron números especiales. Hubo un solemne Congreso Mariano en Barcelona (1904), que, por los buenos frutos que produjo, se procuró repetir más tarde en Zaragoza (1908) y en Tarragona (1911).

Congresos eucarísticos los hubo en Valencia (1893) y en Lugo (1896), pero donde se desbordó el fervor popular fué en el Internacional de Madrid (1911) ante los ojos de un gobierno liberal, que miraba impotente cómo el rey en persona participaba en los actos del Congreso, recibiendo en Palacio al Santísimo durante la magna procesión eucarística y leyendo una sentida consagración.

Recordemos también que el día 30 de mayo de 1919, fiesta de San Fernando, ante el monumento levantado al Corazón de Jesús por la piedad española en el Cerro de los Angeles—centro geográfico de la nación—, el rey Alfonso XIII hizo la consagración solemne de toda España al Corazón divino.

Imposible enumerar las múltiples actividades con que el catolicismo español se fué rejuveneciendo y poniendo al día; se multiplicaron los círculos de obreros, los patronatos católicos; se fundaron cooperativas y cajas de ahorro; se celebraron frecuentes semanas sociales; obras como la Confederación Nacional Católico-Agraria daban fundamento a los optimismos más halagadores; y el resurgir científico de las Ordenes religiosas y la más esmerada educación cultural y espiritual del clero secular en los seminarios anunciaban una época mejor [21].

Uno de los primeros y más activos apóstoles en el campo social fué el padre Antonio Vicent, S. I., valenciano, autor de no pocos escritos sociológicos y fundador del primer Círculo Católico obrero, anterior a los del conde de Mun en Francia.

Al terminar la primera guerra europea se agrava la cuestión social, cunden las huelgas, los patronos más destacados no tienen segura la vida, se reproducen endémicamente los motines populares, los atracos a los bancos, los atentados a personas particulares; el jefe de los conservadores, don Eduardo Dato, es asesinado el 8 de marzo del año 1921; el 4 de julio de 1923 cae en Zaragoza el cardenal arzobispo Soldevila, víctima del anarquismo.

La misma unidad de la Patria se hallaba en peligro, cuando vino a barrer toda aquella podredumbre e ineptitud política la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella (13 de septiembre de 1923), dictadura paternal y moderada, en todo caso querida y sostenida por el pueblo. Aprovechando aquella situación de orden y de paz, Su Majestad el rey D. Alfonso con la reina, su esposa, y en compañía del dictador, hizo una visita oficial y solemne al romano pontífice (29 de noviembre de 1923), que sirvió para mostrar la adhesión y cariño de España al vicario de Cristo.

La dictadura de Primo de Rivera trajo prosperidad y progreso en todos los órdenes, ganó para sí a los hombres más competentes y les confió los puestos de gobierno, triunfó en la campaña de Alhucemas, solucionando así el añejo y enconado problema marroquí; hizo que el nombre de España fuese respetado internacionalmente, y si algo se le debe achacar, es que favoreció, sin darse cuenta, al socialismo y no supo atajar el avance de la masonería ni acertó a prepararse oportunamente la retirada.

Con la caída de Primo de Rivera el 28 de enero de 1930, se desencadenaron las pasiones políticas, y un gobierno de transición, incoloro y sin ideas, presidido por el general Dámaso Berenguer, se lanzó a unas elecciones municipales, que se cacareaban "rabiosamente sinceras", en las que muchos en el fondo monárquicos, por despecho, por cansancio o por estupidez e inconsciencia—sin excluir elementos del clero—,

[21] Datos preciosos en el *Anuario social de España*, que desde 1916 publicaba Acción Popular en Barcelona, y sobre todo en el *Anuario social de España, 1929*, publicado por el P. José Soler de Morell, S. I. (Madrid, Fomento Social).

votaron por la república. Y ésta vino ilegalmente el 14 de abril de 1931 para ruina de España.

3. El tradicionalismo político español. Primeras escisiones. La unión católica.—Detengámonos unos instantes para echar una ojeada retrospectiva al movimiento de ideas político-religiosas que se nota en la Iglesia española cuando finaliza el siglo XIX y alborea el XX.

Desde Balmes hasta Cándido Nocedal hemos asistido al desenvolverse del pensamiento tradicionalista español en lucha con el liberalismo del gobierno de Madrid. Podía alguno pensar que con la restauración monárquica de 1874, bajo un monarca que quería ser "buen católico como mis antepasados", aunque al mismo tiempo "liberal como hombre del siglo", y con una Constitución que reconocía la unidad católica de España con las ligeras atenuaciones que hemos apuntado, se habrían de adherir los tradicionalistas al partido de D. Antonio Cánovas del Castillo, que era el sostén de la monarquía y francamente derechista y conservador, por más que se apellidase "liberal-conservador". Mas no sucedió así, porque los legitimistas o carlistas repudiaban a D. Alfonso, y porque en el mismo partido carlista se produjo un movimiento de intransigencia, del que es preciso decir algunas palabras.

"Había en el campo liberal-conservador, formando su derecha, sinceros católicos. El programa político de esta agrupación era el reconocimiento de la dinastía alfonsina, el acatamiento total a las decisiones pontificias, sobre todo a las del *Syllabus,* pero reconociendo que, dentro del constitucionalismo, había que atemperarse a las circunstancias de los tiempos, haciendo ciertas concesiones, no en el terreno teórico, dogmático, de los principios, sino en el práctico del gobierno de los hombres, por no hallarse España en estado de aplicar tales principios según los procedimientos de tiempos pasados, que, a su juicio, serían más perjudiciales que beneficiosos a la Iglesia. En una palabra, según los términos que se hicieron muy corrientes en la contienda que se entablaba, España no se hallaba en un estado de *tesis,* sino de *hipótesis*" [22].

[22] Fr. BERNARDO DE ECHALAR, O. M. C., en la nota a su traducción de la *Historia general de la Iglesia,* por FERNANDO MOURRET, t. 9 (Madrid 1927), pp. 637-638. Véase la larga y documentada relación que dicho autor hace del nocedalismo, pp. 637-672; quiere ser objetivo e imparcial, mas no logra disimular su tendencia antiintegrista. *Tesis,* como decía el P. Conrado Muiños, es *el ideal* o los principios y doctrinas cristianas que por ley divina deben regular la vida pública de todos los estados; *hipótesis* es la parte del ideal realizable, según las circunstancias. O más explícito, según Sardá y Salvany: «*Tesis* es el deber sencillo y absoluto en que está toda sociedad o estado de vivir conforme a la ley de Dios, según la revelación de su

Adhiriéronse a esta tendencia, que se llamó católico-liberal, no pocos de los prohombres tradicionalistas, a cuya cabeza iba el filósofo tomista y espléndido orador D. Alejandro Pidal y Mon (1846-1913), cuya divisa era: "Querer lo que se debe y hacer lo que se puede"; y a su lado su hermano Luis, marqués de Pidal (1842-1913). De ahí la denominación de pidalismo. Con esto se obró la primera escisión en el seno del partido carlista, que, identificado como estaba con el tradicionalismo, era el único que hasta 1876 se enfrentaba con el liberalismo estatal.

Por negociaciones de Pidal se fundó el partido La Unión Católica (1881), que, aunque bendecido por León XIII y aprobado por el arzobispo de Toledo y otros obispos, nunca alcanzó gran fuerza política.

Sucedió entonces que D. Carlos y la masa de su partido reaccionaron en un sentido derechista de suma intransigencia. ¿Quién era el mentor del pretendiente y el inspirador de esta conducta enteriza y violenta contra los católicos transaccionistas y acomodaticios, a quienes motejaban de "mestizos"? Don Cándido Nocedal, carácter autoritario, enérgico, nada conciliador, que en 1879 fué nombrado representante de D. Carlos en Madrid.

Lo peor era que estos carlistas intransigentes y altivos acusaban a los pidalistas de liberales, de malos católicos, de traidores al ideal, de perversos servidores de la Iglesia, de tímidos y espantadizos, siendo así que éstos, los católico-liberales, los "mestizos", obtuvieron en 1881 y después en repetidas ocasiones la aprobación explícita y a veces entusiasta de casi todos los obispos españoles. La disensión se introduce en el clero, pues mientras los obispos, con raras excepciones, aplaudían la unión de los disidentes del carlismo con los alfonsinos, la mayor parte del clero inferior seguía a los intransigentes, declarando a los contrarios guerra implacable de palabra y por escrito.

Eclesiásticos eminentes, como Mateos Gago, Fernández Montaña y Félix Sardá y Salvany, con su autoridad y su pluma respaldaban la tendencia de Nocedal. La Orden agustiniana, por boca del P. Conrado Muiños y de otros escritores, abogó en pro de la tendencia pidalista. Las demás Ordenes andaban internamente divididas, predominando en ellas el carlismo sin claudicaciones.

Hijo, Jesucristo, confiada al ministerio de su Iglesia. ¿Qué es la *hipótesis?* Es el caso hipotético de una nación o estado donde por razones de imposibilidad moral o material no puede plantearse francamente la tesis o el reinado exclusivo de Dios, siendo preciso que entonces se contenten los católicos con lo que aquella situación hipotética pueda dar de sí» (*El liberalismo es pecado,* c. 44, en «Propaganda católica», t. 6 [Barcelona 1887], p. 150).

El periódico madrileño *El Siglo Futuro,* creación del hijo de Nocedal, se distinguía por sus belicosos artículos, en los que haciendo profesión del más puro catolicismo, se criticaba sañudamente a los contrarios y aun se comentaban con amargura los documentos eclesiásticos que no se ajustaban a su manera de ver las cosas. Frente a él fundó Pidal el diario *La Unión* (1882), que llamaba a los de *El Siglo Futuro* febronianos, cismáticos y cesaristas, mientras éstos lo anatematizaban como a "fautor y convicto de liberalismo".

Cuando en enero de 1884 subió Cánovas al poder, ofreció la cartera de Fomento a D. Alejandro Pidal, el cual, de acuerdo con el programa de La Unión Católica, no tuvo dificultad en aceptarla, dando ocasión a que sus enemigos dijesen que se había vendido al liberalismo por la cartera de un ministerio.

Hubo un obispo, el de Plasencia, que con ocasión de una actuación menos feliz del ministro, atacó rudamente al gobierno, católico sólo en apariencia, que permite que "profesores marcados con el sello de la bestia sigan en sus cátedras de pestilencia". El gobierno pidió reparaciones de su honor y prestigio a la Santa Sede, y el papa se las dió, amonestando al prelado de sus imprudentes expresiones. Pero *El Siglo Futuro* salió el 9 de marzo con un artículo injurioso contra el nuncio de Su Santidad, artículo cuyas "teorías galicanas y febronianas" fueron refutadas por el secretario del papa en un despacho del 15 de abril.

Uno de los más graves peligros que apuntaban en esta tendencia extremista del tradicionalismo español era la audacia para criticar y aun desobedecer a los jerarcas eclesiásticos y a sus documentos públicos, mientras personajes laicos y no bien fundados en teología se alzaban a dogmatizar sobre cuestiones religiosas.

Uno de los primeros en dar el grito de alarma fué el obispo de Barcelona, Dr. José María de Urquinaona (1814-1883), insigne y virtuosísimo prelado, que en una pastoral condenaba a ciertos católicos, "simples legos, que se erigen en maestros, se convierten en guías en vez de dejarse guiar, constituyen una cátedra creada por los hombres enfrente de la creada por el cielo, con lo que se originan contradicciones y cuestiones de malísimo género, y como consecuencia, escándalos y determinaciones violentas, con ofensa de Dios y perjuicio de las almas". Poco después, el 19 de marzo de 1882, dictaba el arzobispo de Tarragona a sus fieles nueve *Reglas de conducta cristiana,* insistiendo en la obediencia a la jerarquía eclesiástica, de la que quedan excluídos los laicos y admitidos tan sólo como auxiliares; y añadiendo que "no corresponde a los legos dar o quitar patentes de catolicismo" ni "echar la infamante nota de *católico liberal* o de *mestizo* u otra por el estilo sobre personas que están en comunión con sus prelados, quienes lo están a su vez con el papa". Amonestaciones semejantes hicieron en diciembre del mismo año el cardenal primado, Juan de la Cruz Ignacio Moreno (1817-1884) y el mismo León XIII.

Por no someterse fielmente a estas normas se vió precisado el obispo de Barcelona a clausurar la Juventud Católica de la ciudad condal (enero 1883), y el arzobispo de Tarragona a disolver temporalmente su Seminario Conciliar (junio de 1883) hasta que reformó el cuadro de profesores y seleccionó los alumnos para el curso siguiente.

El nuncio pontificio Mariano Rampolla, abundando en los mismos sentimientos de los obispos y deseando se cumpliesen las direcciones del papa, se lamentaba en una carta circular de 30 de abril de 1883 "de las deplorables divisiones que separan a los católicos españoles y de las ásperas polémicas, las cuales, no obstante los avisos dados por Su Santidad en la sapientísima encíclica *Cum multa* y las obligaciones que imponen las más elementales nociones de la moral, continúan todavía en algunos puntos de España escandalizando a los fieles".

4. **El nocedalismo o integrismo.**—D. Carlos de Borbón, atendiendo a los documentos eclesiásticos y a las advertencias que le hicieron algunos de sus viejos partidarios, empezó a evolucionar en un sentido de moderación y prudencia. Don Cándido Nocedal desaparecía de la escena por su muerte, ocurrida en 1885. Años antes, en 1866, decía aquel gran orador en el Congreso: "Un hijo tengo de veintitrés años; si el pontífice lo necesita, yo, señores, dispuesto estoy a enviarle en seguida, aunque sea para morir a la sombra de la bandera de la Iglesia en una horrible emboscada como la de Castelfidardo".

Si tales eran los sentimientos del padre, no menos generosos y valientes eran los del hijo. Era éste D. Ramón Nocedal (1843-1907), católico chapado a la antigua, intrépido paladín de la ortodoxia más pura, para cuya defensa fundó en 1875 el diario *El Siglo Futuro;* periodista de acerada pluma, tan enemigo del Parlamento como hábil parlamentario, diputado casi toda su vida y uno de los más arrolladores dialécticos que se han dejado oír en las Cortes, pero cuyo privilegiado talento, por su amor a la rectitud y su tendencia a lo absoluto, carecía de aquella flexibilidad y adaptabilidad que todo político necesita, máxime si aspira a acaudillar muchedumbres.

Muy influyente en el carlismo, aun en vida de su padre, creíase que a la muerte de éste sería el llamado a substituirle en la confianza de D. Carlos. Mas no sucedió así. Don

Carlos asumió personalmente la dirección del partido y escogió como consejero y hasta como su representante en Madrid a D. Francisco Navarro Villoslada. A este gran tradicionalista, que sabía unir la entereza de carácter y la pureza inmaculada de los principios con la dócil obediencia a la jerarquía eclesiástica y con la cristiana caridad para con el prójimo, disgustábale el sesgo que iba tomando el carlismo por la soberbia e intemperancia de unos cuantos escritores que se mostraban insumisos e irreverentes respecto del episcopado y zaherían acremente a los que ayer eran sus correligionarios.

En carta a los directores de *La Fe,* Navarro Villoslada reprimió las *tendencias funestísimas* que se iban manifestando en ciertos periódicos respecto de los obispos (marzo de 1886). Principió Nocedal a comentar esta carta en *El Siglo Futuro,* pero Navarro Villoslada le impuso silencio autoritariamente, y aquél por disciplina se sometió. Al mes siguiente tuvo que amonestar en el mismo sentido al diario *La Verdad,* de Santander.

No pudo sufrir Nocedal la orientación que iba tomando el carlismo y escribió a D. Carlos exponiéndole los peligros que ello implicaba para la causa católica. Este le contestó en términos severos, inculpándole de sembrar la confusión y desconfianza entre sus adeptos (junio 1888). Nocedal cogió la pluma y escribió en *El Siglo Futuro* que en el lema tradicionalista lo primero es *Dios;* lo segundo, la *Patria,* y lo tercero, el *Rey;* cosa que en el contexto quería significar que el rey, o sea D. Carlos, daba órdenes contrarias a Dios y a la Patria.

¿No era esto una clara señal de rebeldía? Inmediatamente, el 9 de julio de 1888, *El Siglo Futuro,* con otros nueve diarios, que poco después llegaban a veinticinco, eran expulsados del carlismo. El nuevo partido, capitaneado por don Ramón Nocedal, proclamaba que su objetivo era el firme mantenimiento de "la íntegra verdad católica". De ahí el nombre de *integrismo.*

A fin de suplir y contrarrestar a la prensa disidente creó D. Carlos *El Correo Español,* cuya dirección encomendó al marqués de Cerralbo.

[23] Justo es decir que el insigne publicista Sardá y Salvany, de corazón tan sacerdotal y tan apostólico, después de haber dado mucho que hablar por su libro *El liberalismo es pecado* (intachable en cuanto a la doctrina, menos feliz en ciertas aplicaciones al caso español), cambió sus primeras posiciones, escribiendo en junio de 1896 un artículo titulado *Alto el fuego,* en que decía: «Católicos son como nosotros muchos de nuestros hermanos carlistas; católicos son como nosotros muchos de nuestros hermanos alfonsinos; católicos son como nosotros muchos de nuestros hermanos que no gustan apellidarse con mote alguno de los arriba dichos, entre los cuales nos contamos».

Nunca las discusiones entre los católicos fueron más enconadas, nunca mayor la confusión. Hubo confesores que negaron la absolución a los penitentes por estas diferencias partidistas.

El episcopado, con el fin de evitar contiendas y de llegar a alguna unión, fomentó una serie de *congresos católicos.* Tuvo lugar el primero en Madrid en abril de 1889, presidido por catorce prelados. Pronunció un discurso D. Marcelino Menéndez y Pelayo, repudiando esas "estúpidas cuestiones que se sostienen por católicos españoles sobre interpretación del *Syllabus,* grados de liberalismo, tesis e hipótesis, integrismo y mesticismo". El segundo se celebró en Zaragoza el año siguiente, mas sin resultado práctico.

La lucha de los integristas contra los carlistas se llevaba con tanto apasionamiento como antes contra los "mestizos". Los mismos partidarios de D. Carlos, no queriendo abdicar de su legitimismo, sostenían, frente a los pidalistas alfonsinos, que el triunfo total de la Iglesia solamente vendría mediante D. Carlos, y a la doctrina del *mal menor* oponían la del *bien mayor.*

El clero se hallaba profundamente dividido en dos bandos antagónicos: el de los carlistas y el de los integristas. Y D. Ramón Nocedal se gloriaba de tener de su parte, como consejeros y maestros, a los jesuítas. En realidad, éstos sentían la división en sus propias filas. Mas de pronto la autoridad suprema de la Orden dió un viraje en contra de Nocedal. Le movió a ello la actitud rebelde de algunos integristas contra determinados obispos y también la voz de León XIII, que el 20 de marzo de 1890 se había lamentado al obispo de Urgel, luego cardenal Casañas, de que "algunos eclesiásticos se han olvidado de su deber, y lo que es peor, *algunos religiosos de antiguo distinguidos por su fidelidad y amor a la Sede Apostólica,* los cuales, secreta o públicamente, ayudan a que este mal arraigue del todo y se propague más y más, con gravísimo daño de los más altos intereses de la Iglesia y la Patria".

Entendiendo la alusión del pontífice, empezaron los jesuítas a modificar su actitud; pero el viraje decisivo se dió por medio de un artículo del P. Venancio María de Minteguiaga (1838-1911), publicado en *Razón y Fe* en octubre de 1905, proclamando la teoría del mal menor y la necesidad de unirse los católicos [24], ideas que no tardó en corroborar con otro artículo en la misma revista el director, P. Pablo Villada (1841-1921), que era entonces el jesuíta español de más autoridad en materias jurídico-morales [25].

[24] *Algo sobre elecciones municipales,* en «Razón y Fe», 13, 141-156.
[25] *De elecciones,* en «Razón y Fe», 13, 450-463.

Ante la violencia con que fueron atacados, ambos artículos fueron enviados a Roma, y allí recibieron la aprobación de Pío X, que en el breve *Intèr catholicos Hispaniae* (20 de febrero de 1906) señaló aquellos criterios como segura norma de conducta.

Poco después, el 1 de abril de 1907, moría D. Ramón Nocedal, apesadumbrado por lo que él juzgaba deserción de sus amigos y consejeros. Grandes talentos y eximias virtudes cristianas nadie le podrá negar, pero hay que confesar que su fe intrépida y su consagración total a la defensa del catolicismo se mezclaron con una altivez tertulianista y con un apasionamiento ciego. Con su desaparición se mitigaron mucho las contiendas y discusiones.

Dentro del carlismo (o del jaimismo desde la muerte de D. Carlos, en 1909) no tardaron en abrirse nuevas grietas. El catedrático de la Universidad de Zaragoza e historiador del Derecho español Salvador Minguijón, compañero y paisano del gran sociólogo Severino Aznar, atraído por la potente personalidad de Maura, de cuya rectitud de intención y alto patriotismo no se podía dudar, levantó su voz en 1914 para decir que era preciso que los jaimistas se uniesen con los católicos independientes y con los conservadores de Maura, a fin de implantar en la vida política de España el "programa mínimo" del tradicionalismo, sin derrocar la dinastía, y hacer que el régimen liberal se fuese transformando paulatinamente en un régimen perfectamente católico. Apoyáronle varios periódicos, entre ellos *El Correo Catalán,* mas el movimiento no tuvo gran trascendencia [26].

5. Juan Vázquez de Mella (1861-1928). —De mayor importancia fué la rotura que se produjo en el tradicionalismo jaimista por obra de la eminente personalidad de Mella. Sabido es cómo este gran tribuno se declaró partidario de los imperios centrales y enemigo de los aliados en la guerra del 14-18, haciéndose eco de la opinión general de los católicos españoles [27]. Don Jaime, que personalmente era francófilo, se calló mientras duraba la guerra europea, pero terminada ésta desaprobó públicamente la conducta del soberano orador, cuya palabra fascinaba a las muchedumbres. Se hizo lo posible por evitar el rompimiento, pero éste vino por fin cuando, en 1919, Mella publicó un artículo en *El Debate* censurando las tendencias de D. Jaime. Fundó *El Pensamiento Español,* diario de su partido, que sería simplemente "tradicionalista", mas no tuvo mucha vida, porque Mella se retiró pronto de la vida política.

Conviene añadir algunas consideraciones acerca de este brillante paladín del catolicismo, porque su pensamiento puede seguir influyendo bienhechoramente, y porque—hermosamente lo dijo el Dr. D. Rafael García y García de Castro—constituye Mella una gran trilogía con Balmes y Menéndez y Pelayo: "Son las tres águilas del moderno pensamiento español, y volaron tan alto porque llevaban alas potentes de teología" [28].

Y el P. Zacarías Martínez, que fué arzobispo de Santiago, escribió lo siguiente: "La oratoria de Mella no tiene quizá la pompa y emoción de la de Donoso Cortés, ni los colores y matices tropicales de la de Castelar, ni la precisión descriptiva y lapidaria de la de D. Antonio Maura... Pero tiene más solidez y más substancia, más filosofía y teología e historia y ciencia y más dialéctica que todos ellos, y más amenidad también; y cuando Mella se caldeaba de veras en la fragua de su fe católica a machamartillo, o de su patriotismo sin rival, o de su indignación desbordada ante las injusticias sociales y la vileza de la mentira y la calumnia, entonces su elocuencia subía a las cumbres más altas a que puede llegar la palabra del hombre" [29].

Dotado de una seria formación filosófica, sabe herir en la medula a todas las filosofías heterodoxas; sólidamente impuesto en teología, pasma la seguridad con que penetra en los dogmas y misterios cristianos, como el pecado original, la encarnación, la eucaristía; y poseedor de inmensa cultura, utiliza todos sus conocimientos para subyugar a sus oyentes, entusiasmándolos con la belleza de la religión o haciéndolos aborrecer la iniquidad y el error con una elocuencia que disimula su osamenta filosófica y su musculatura dialéctica bajo carretadas de fragantes rosas.

Más que defender a la Iglesia—aunque también lo hizo victoriosamente contra gobiernos liberales y diputados sectarios—, la exaltó con acentos mágicos; cantó el origen divino, el "milagro social", la hermosura inmortal del catolicismo y el "milagro-institución" del Pontificado; enalteció la divinidad de Jesucristo, Redentor de los hombres, y su "soberanía social"; glorificó a la Virgen Madre en sus misterios, y especialmente en el de su Inmaculada Concepción; celebró la fecundidad de la Iglesia en todas las épocas de la historia y fué el gran apologista de las Ordenes religiosas y de los monasterios, cargados de arte y de tradi-

[26] Acerca de estas últimas vicisitudes del carlismo véase el artículo *Tradicionalismo* en la «Enciclopedia Espasa», pp. 502-506.

[27] Léase su elocuentísimo discurso sobre *Los tres ideales de España,* pronunciado en el teatro de la Zarzuela.

[28] *Los apologistas españoles,* p. 184.

[29] JUAN VÁZQUEZ DE MELLA, *Obras completas,* introd. al vol. 1, p. 24.

ción, "que ciñen como una guirnalda el cuerpo de la madre patria".

Se ha dicho con razón que era "el verbo de la raza".

6. **Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912).**—"La palma de la apologética española en el orden histórico corresponde, sin disputa, a D. Marcelino Menéndez y Pelayo, varón justo y sapientísimo, príncipe de nuestras letras, oráculo de una generación de sabios, y de quien podemos decir, como se dijo de Lope de Vega, que fué un monstruo de la naturaleza" [30].

En la esencia católica de España, en el carácter de su filosofía, de su literatura, de todas sus manifestaciones culturales y en los destinos históricos del pueblo español nadie ha penetrado con mirada tan certera, profunda y clarividente como el genio del polígrafo santanderino, a quien llamamos polígrafo porque, siendo historiador, culturalista, teólogo, filósofo y poeta, ninguno de estos apelativos basta a expresar su grandeza de escritor y pensador.

Olvidado unos cuantos años—si es que el silencio intencionado puede decirse olvido—por la generación del 98 y por sus epígonos, renace en nuestros días su figura de mentor y maestro de un pueblo, para enseñar a nuestros gobernantes y escritores el rumbo que debe seguir España si quiere mantenerse fiel a sí misma.

Toda su obra, ingente y voluminosa, está consagrada a la investigación y estudio de la historia española en su aspecto religioso, científico y literario.

Era todavía un muchacho—precoz y portentoso, eso sí—cuando pasmó a sus compatriotas con sus cartas sobre *La ciencia española* (1876), rebosantes de entusiasmo patriótico y encendidas en el más fervoroso amor al catolicismo. Al triturar con su formidable erudición las negaciones y pedanterías de Revilla y Perojo, de Azcárate y Salmerón, lo que pretendía Menéndez y Pelayo era aplastar el sectarismo de los que para desprestigiar a la Iglesia atacaban a la ciencia española. Por eso no hay duda que éste su libro primerizo constituye una magnífica apología del catolicismo español.

Lo mismo—y con mayor razón—debe afirmarse de su segunda obra: *Historia de los heterodoxos españoles* (Madrid 1880-82), la que le consagró para siempre ante amigos y enemigos, cuando sólo contaba veintiséis años, como el más grande y genial escritor de su tiempo.

"Entonces comenzó el tejido de leyendas fabulosas, como las de los héroes de la antigüedad, y el hacerse todo el mundo lenguas de su saber: él leía dos páginas a un tiempo, una con cada ojo; retenía fielmente libros enteros y decía

[30] *Los apologistas españoles*, p. 157.

de memoria hasta el lugar en que se hallaban las cuestiones en ellos tratadas, sabía el lugar y signaturas de cualquier volumen de la Biblioteca Nacional y no había conocimiento humano sobre el que no pudiera sentar cátedra. Su sabiduría se hizo proverbial" [31].

Este prestigio del sabio católico constituyó por sí solo una defensa y aumento de autoridad de la Iglesia española en momentos en que ésta se veía vilipendiada y perseguida, porque aquel hombre prodigioso, ante cuyas páginas se descubrían llenos de respeto los más doctos de la acera de enfrente, se gloriaba de repetir públicamente: "Soy católico, no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, en cualquier forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso" [32].

En la *Historia de los heterodoxos españoles*, que es algo así como una historia eclesiástica contemplada por el revés, mostró su joven autor una erudición nunca vista, una rectitud de criterio al juzgar todas las herejías y heterodoxias que han pasado por España, verdaderamente notable en quien no era teólogo de profesión, aunque conocía bien a Santo Tomás y a los teólogos españoles; una perfecta asimilación de las doctrinas teológicas, aun de los escolásticos; pero hay que añadir a eso, como advirtió el P. Severino González al enfocar desde este punto de vista toda su producción histórica y crítica, que "la misión de Menéndez y Pelayo como teólogo no se ciñó a resucitar nuestras glorias pasadas, sino que abrió nuevas rutas para el porvenir. Si algún día se escribe la historia de la restauración teológica española, en ella cabrá un puesto de honor a nuestro polígrafo... Clamó más de una vez por obras que están todavía por realizar. Pedía un diccionario bibliográfico de nuestros teólogos, la creación de una biblioteca especial de teólogos españoles, monografías, una historia de nuestra teología...; en una palabra, anhelaba por el reflorecimiento de nuestros estudios teológicos, como base de nuestra futura grandeza" [33].

La conclusión final de los *Heterodoxos* viene a ser que en España ninguno de ellos tiene pensamiento original ni

[31] Los editores, en la *Advertencia* al t. I de la *Historia de los heterodoxos españoles*, Ed. Nacional (Madrid 1946), t. 35, pp. 12-13.

[32] *Ciencia española*, I, 308.

[33] S. GONZÁLEZ, *Menéndez y Pelayo, teólogo*, en «Razón y Fe» (1938), 160-186. Véase también el artículo del P. L. URBANO, O. P., *L'oeuvré de Menéndez y Pelayo*, en «Revue Thomiste», 20 (1912), 606-627.

ha creado nada para la grandeza de la Patria, porque el español que reniega del catolicismo es incapaz de creer en cosa ninguna. "El genio español es eminentemente católico; la heterodoxia es entre nosotros accidente y ráfaga pasajera".

Así que, después de pasar revista a todos los errores y a las perjudiciales consecuencias históricas para la Patria, exclama en el último capítulo: "Regocijémonos con el consuelo de que aun queda en España ciencia católica y aun informa el espíritu cristiano nuestra literatura, y, sea cual fuere la suerte que Dios en sus altos designios nos tiene aparejada, siempre recordará la historia venidera de nuestra raza que católicos han sido nuestros únicos filósofos del siglo XIX, Balmes, Donoso Cortés, Fr. Ceferino González...; católicos nuestros arqueólogos doctísimos, Fernández-Guerra y Fita, y el arabista Simonet; católico Tamayo, nuestro primer dramático, y Selgas, el poeta de las flores y de la sátira conceptuosa, y Fernán Caballero, la angelical novelista, y Pereda, el sin igual pintor de costumbres populares, y Milá y Fontanals, el sabio y penetrante investigador de nuestra literatura de la Edad Media" [34].

Y en su famoso epílogo, que ha pasado a las antologías y a la memoria de todos, recopila los resultados de sus investigaciones, afirmando, con frase tan lapidaria como bella, que España debe a la Iglesia su unidad nacional y su grandeza histórica: "España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra".

Las deficiencias que puedan tener estas dos obras se explican por la juventud del autor. El espíritu católico que en ellas palpita lo conservó siempre, aun en aquellas ya maduras y definitivas que, sin tendencia apologética, constituyen otros tantos monumentos de sabiduría, de probidad científica, de amor a la verdad y a la belleza; por ejemplo, la *Historia de las ideas estéticas*, la *Historia de la poesía lírica*, los *Orígenes de la novela*, los *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, la *Crítica filosófica*, la *Crítica literaria* y los incontables prólogos, discursos, artículos, etc.

Es justa la apreciación de Arturo Farinelli al proclamarle "maestro y educador de una nación entera..., caudillo, por voluntad de Dios, de todas las falanges de estudiosos de su patria... Su labor era la labor de diez academias juntas" [35].

Pero hay que agregar que ese magisterio, y ese caudillaje, y esa labor hercúlea se emplearon en orientar a su pueblo por las rutas luminosas y fecundas de la verdad cristiana.

[34] *Historia de los heterodoxos*, t. 6, 503, en la Ed. Nacional de «Obras completas», t. 40.
[35] *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1912), p. 2.

7. Otros apologistas de la Iglesia.—Todos los principales personajes enumerados hasta ahora participan más o menos del carácter de apologistas. Hubo otros, menos geniales, aunque no menos celosos de la pureza de la doctrina católica, que emplearon sus conocimientos y sus fatigas en desbaratar los sofismas y errores de ciertos libros racionalistas que se divulgaron entonces por España. Entre éstos ocupan un lugar de preferencia los refutadores de Draper. El naturalista inglés J. Guillermo Draper (1811-1882), americanizado y profesor de Pensilvania, publicó un libro sobre *Los conflictos entre la religión y la ciencia*, que alcanzó mucha resonancia en diversas naciones y obtuvo el honor de dos traducciones españolas, alarmando a no pocas conciencias católicas.

Fué el primero en romper lanzas en pro de la verdad, refutando a Draper, el filósofo Antonio Comellas (1832-1884) en su *Demostración de la armonía entre la religión católica y la ciencia* (Barcelona 1880). Siguióle Rubió y Ors, como ya dijimos. Y casi al mismo tiempo el ex jesuíta Miguel Mir (1841-1912), hablista castizo de académica elegancia, autor de *Armonía entre la ciencia y la fe* (Madrid 1881) [36]; el P. Tomás Cámara (1847-1904), fraile agustino y obispo de Salamanca, cuyo profundo talento se revela en su obra *La ciencia y la divina revelación*, y, finalmente, el P. José Mendive, S. I. (1836-1906), filósofo escolástico independiente, que, en vez de seguir una a una las objeciones de Draper, va a la raíz, exponiendo magistralmente los motivos de credibilidad en su libro *La religión vindicada de las imposturas racionalistas* (Madrid 1883).

Otro linaje de apologías es el seguido por el P. Lino Murillo (1852-1932), el mayor escriturario español de su tiempo, recio teólogo, bien versado en crítica histórica y filológica. Su gran obra en seis volúmenes *Jesucristo y la Iglesia romana* (Madrid 1898) impone por su mole y es menos leída de lo que su ciencia merece. Más interesante tal vez que ésta y que sus obras sobre *El Génesis* (Roma 1914), sobre *El cuarto Evangelio* (Barcelona 1908), *El progreso en la revelación* (Roma 1913) y *El problema pentatéuquico* (Burgos 1928), es la titulada *Paulus et Pauli scripta*, t. I. (Roma 1926), cuyo segundo volumen deseamos que vea pronto la luz pública.

8. Estudios superiores.—Acaso más que los libros hayan contribuído a formar una mentalidad católica las insti-

[36] No confundirlo con su hermano jesuíta P. Juan Mir, más docto, aunque menos artista que Miguel y también más castizo escritor, de un purismo de lenguaje que frisa en lo extravagante. Como sabio apologista, escribió gruesos volúmenes sobre *La creación* (Madrid 1890), *El milagro* (Madrid 1895), *La profecía* (Madrid 1903).

tuciones de enseñanza fundadas por las Ordenes religiosas. No me refiero ahora a las escuelas y colegios de enseñanza primaria y secundaria, sino a las instituciones de estudios superiores.

Los padres agustinos, desde que entraron en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, fundaron un colegio (1885) y desde 1893 una universidad.

La Compañía de Jesús estableció en Deusto (Bilbao) un Colegio de Estudios Superiores (Facultad de Derecho y de Letras 1886), al que se añadió luego una Facultad de Estudios Comerciales. En Madrid, desde 1908, alcanzó gran prestigio, por obra del P. Pérez del Pulgar y de otros colegas suyos, el Instituto Católico de Artes e Industrias. No menos fama adquirió en Sarriá (Barcelona) el Laboratorio Biológico, al que vino en 1916 a agregarse el Instituto Químico y posteriormente el Laboratorio Psicológico-Pedagógico.

Ya hemos nombrado a la Universidad Pontificia de Comillas, que tanta parte ha tenido en la elevación del nivel intelectual del clero español. Hoy comparte con ella su labor científica y moral la Universidad Pontificia de Salamanca (1940), con profesores del clero secular y regular.

Y no debemos olvidar los centros de estudios eclesiásticos propios y exclusivos de cada Orden religiosa, algunos de los cuales se han distinguido por los escritos de sus maestros. En El Escorial, utilizando los magníficos fondos de su biblioteca, siempre tuvieron los padres agustinos serios investigadores. El monasterio benedictino de Montserrat se ha especializado en la ciencia bíblica con el P. Ubach, en la liturgia con el P. Suñol y en la historia de Cataluña con otros ilustres investigadores. El de Silos, bajo la dirección de dom Serrano, ha dado un gran avance a la historia documental de Castilla, sin descuidar los estudios de liturgia. El Colegio Máximo que la Compañía de Jesús tiene en Oña (Burgos), y del que fué rector el filósofo Urráburu, se ha honrado con profesores de fama universal, como J. Mendive, J. Loinaz, los teólogos B. Beraza y G. Huarte, el moralista A. Arregui, el misionólogo Hilarión Gil, el escriturista L. Murillo. El Colegio Máximo S. I. de Barcelona (hasta 1915 en Tortosa) cuenta entre los suyos al arqueólogo e historiador F. Fita, al canonista P. Vidal, al teólogo J. Muncunill, al moralista J. B. Ferreres.

Los dominicos prosiguen su gloriosa tradición teológica en el convento de San Esteban, de Salamanca, en donde modernamente el P. J. Arintero ha injertado la mística y el P. L. Alonso Getino la ciencia histórica. Recordemos de paso a los dos insignes teólogos de la Orden de Predicadores, Norberto del Prado y F. Martín Sola, que enseñaron en la Universidad de Santo Tomás (Manila) y en la de Friburgo de Suiza.

Consignemos también algunas de las revistas que han marcado desde fines del siglo XIX el progreso de la ciencia española sagrada en España: *La Ciudad de Dios* (1891), dirigida por los padres agustinos de El Escorial; *Razón y Fe* (Madrid 1901), por padres de la Compañía, de donde brotaron luego los *Estudios Eclesiásticos* (1922) y últimamente la revista de filosofía *Pensamiento* (1945); *Ilustración del Clero* (Madrid 1907), de los padres claretianos; *La Ciencia Tomista* (Salamanca 1910), de los dominicos; *Sal Terrae,* fundada en Bilbao en 1912 y trasladada pocos años después a la Universidad de Comillas; *Archivo Ibero-Americano* (Madrid 1914), de los padres franciscanos, y, pasando por alto otras de menor influencia, no se ha de olvidar *Analecta Tarraconensia,* órgano de aquella institución que fundó el P. Ignacio Casanovas, S. I., con el nombre de Biblioteca Balmes de Estudios Religiosos (Barcelona 1921).

En los últimos años, el número de revistas se ha multiplicado acaso en demasía, gracias sobre todo al Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

9. Vidas heroicas.—Finalmente, no queremos pasar en silencio los nombres de algunos españoles que con el ejemplo de su vida y con la acción, más aún que con la pluma, se han hecho acreedores a la gratitud de la Iglesia.

Recientemente, en 1950, han sido beatificadas la fundadora del Instituto de María Inmaculada para el servicio doméstico, Vicenta M. López de Vicuña (1847-1890), y la fundadora de las Siervas de María para asistencia de los enfermos, María Soledad Torres Acosta (1826-1887).

La memoria de D. Andrés Manjón (1846-1923) será siempre venerada en España. Canónigo del Sacromonte, de Granada, bajaba cada día montado en su borrica blanca a explicar su cátedra de Derecho canónico en la Universidad, y, contemplando el abandono de ciertos barrios y arrabales, se decidió a crear en 1889 sus Escuelas del Ave María, con sus *jardines escolares,* para la regeneración moral y social de la gitanería que allí había. El éxito fué asombroso, y de aquellos pobres gitanos han salido maestros cristianos excelentes, que perpetúan la institución y la pedagogía manjoniana; porque D. Andrés, además de sacerdote de virtudes eximias y admirables y de apóstol activísimo, era uno de los mayores pedagogos modernos, que ha hecho célebres sus métodos intuitivos.

De la generación del 98 procede Ramiro de Maeztu (1875-1936), y decimos "procede" y no pertenece, porque renunció a su ideología liberal y laica y a su pesimismo crítico para abrazarse generosamente con la verdad católica de la Es-

paña tradicional. Su conversión no fué fulminante, sino lenta y paulatina, fruto maduro de sus estudios y meditaciones sobre las doctrinas sociales y económicas, sobre los partidos políticos, sobre el corporativismo, la enseñanza, etc., y particularmente sobre la historia de España. Su nueva mentalidad católica y española cuajó espléndidamente en ese libro de oro, verdadero breviario del pensamiento español, que se intitula *Defensa de la hispanidad*, y en la revista *Acción Española*. Supo actualizar y dar nuevos matices al pensamiento de Menéndez y Pelayo, y por eso fué escogido como víctima por los satélites de Moscú, que le coronaron con el martirio en 1936.

"Acción Española—ha escrito R. Calvo Serer—se hacía solidaria de la tradición católica española como auténtica tradición nacional, y consideraba a la monarquía como institución política fundamental, única capaz de dar los medios para escapar del proceso revolucionario. A través de Menéndez y Pelayo y de Vázquez de Mella, Acción Española enlazaba con Balmes y Donoso. La conservación religiosa y nacional de Maeztu supone, pues, la continuidad de la tradición española a través del 98" [31].

Las mismas ideas selló con la misma muerte el fervoroso tradicionalista D. Víctor Pradera (1872-1936), cuya última oración fué para los que le quitaban la vida.

Convertido como Maeztu, completó la doctrina de éste sobre la hispanidad en forma más filosófica don Manuel García Morente (1888-1942). Educado en el extranjero conforme a una filosofía acatólica y profesor de ética en la Universidad de Madrid, estrechó lazos de amistad con José Ortega y Gasset, cuyas tendencias filosóficas seguía fielmente. Escribió sobre Kant y Bergson; tradujo al mismo Kant, a Spengler, al conde de Keyserling y a Nietzsche. Ante los excesos de los rojos españoles, de los que en gran parte eran responsables los intelectuales, entró dentro de sí. Dios le tocó el corazón, y García Morente no sólo se convirtió a la fe de sus padres, sino que en edad madura se ordenó de sacerdote. Su filosofía última quiere ser profundamente cristiana. Acaso lo más perdurable de su obra sean sus conferencias sobre la *Idea de la hispanidad* y sobre el *Caballero español*.

Cerremos esta lista con el nombre de un potentado de este siglo que acertó a hermanar la aristocracia con la humildad cristiana y poseyó riquezas, pero como administrador de los pobres y bienhechor de toda causa espiritual y santa. Nos referimos al segundo marqués de Comillas, don Claudio López y Bru (1853-1925). Puesto al frente de la

[31] *Del 98 a nuestro tiempo*, en «Arbor» (1949), 24-25.

Compañía Transatlántica Española, de la Industria Hullera y de otras empresas comerciales e industriales, colaboró como pocos en la restauración social y económica de España y ayudó a la Iglesia de la manera más eficaz que pudo y supo. El clero español le quedará eternamente agradecido por los afanes que le dedicó, principalmente con la fundación del Seminario Pontificio de Comillas, hoy Universidad Pontificia. En 1894, como homenaje de adhesión de la clase trabajadora a León XIII, presentó a los pies del sumo pontífice no menos de 16.000 obreros españoles. Fundó también, entre otras mil instituciones benéficas, los Bancos de León XIII, dedicados a liberar de las garras de los usureros a los pobres campesinos. Sus obras de caridad no tienen número. Está incoada la causa de su beatificación.

10. **Segunda república española.**—Proclamada en España la república el 14 de abril de 1931, una república que inicialmente se dijo "de orden y moderación", no tardó en demostrarse quiénes eran los que movían el tinglado de la política y quiénes los verdaderos dueños de España. El 11 de mayo ardían a la vista de la fuerza pública, a ciencia y paciencia del gobierno, con regocijo mal disimulado de muchos ministros, los conventos e iglesias de Madrid, de Málaga y de otras ciudades en fantásticas y colosales hogueras, que eran las luminarias de la nueva república. En el incendio de la casa profesa de La Flor (Madrid) quedó reducida a pavesas su magnífica biblioteca de 80.000 volúmenes juntamente con valiosos tesoros de arte y de piedad, y en el del I. C. A. I., el fichero científico del historiador de la Iglesia española P. Zacarías García Villada, primer sacrificio que Dios exigía al sabio escritor antes del de su vida.

Hiriendo los sentimientos más vivos del pueblo español, se votó una Constitución totalmente laica y persecutoria de la Iglesia, se sancionó la separación de la Iglesia y el Estado, se desterró toda enseñanza religiosa, se arrancaron de las escuelas los crucifijos, se prohibió toda manifestación de culto público, se legalizó el divorcio; toda la riqueza artística de la Iglesia pasó a depender del Estado; fué suprimida la Compañía de Jesús por su cuarto voto de obediencia al romano pontífice, y sus bienes incautados; el eminentísimo cardenal primado, Pedro Segura, arzobispo de Toledo, fué arrojado de España por la fuerza; se laicalizaron los cementerios, los hospitales y los centros de beneficencia; se declararon bienes nacionales todos los bienes eclesiásticos, hasta los palacios episcopales, los seminarios y las casas religiosas; los buenos católicos eran sin causa destituídos de los cargos públicos, y los militares retirados de

sus mandos, que se concedían a masones, por ineptos que fuesen; los mejores periódicos de derecha fueron arbitrariamente suspendidos, v. gr., *El Debate, A B C* y otros; se violaban los más elementales derechos ciudadanos; llegó a ser un crimen punible el grito de "¡Viva España!" y el de "¡Viva Cristo Rey!". Todo con la excusa de que era preciso defender a la república contra los monárquicos. Pero es de notarse que la Iglesia española no sólo no puso resistencia a la nueva forma de gobierno, sino que positivamente, por boca del nuncio, Mons. Tedeschini, y de los obispos, la acató.

Tanto sectarismo despertó a muchos, y en las elecciones de 1933 se inició una vigorosa reacción, acaudillada por el joven diputado católico José María Gil Robles. Hubo todavía un ensayo terrorista en Asturias (octubre 1934), pero en las inmediatas elecciones pareció triunfar la reacción católica. Los comunistas no se desalentaron. España había sido escogida como campo de experimentación de la revolución mundial; por eso intensificaron su propaganda, corrió el oro, trajeron agentes especializados en la técnica revolucionaria, y en febrero de 1936 el poder vino a manos de Largo Caballero, "el Lenin español".

Con el triunfo del Frente Popular se instauró en España prácticamente el soviet. Manifestaciones puño en alto y gritando "¡Abajo España!", "¡Viva Rusia!" recorrieron las calles de Madrid. Se saqueó, se incendió a mansalva. Católicos destacados, patriotas íntegros, sacerdotes y religiosos, cayeron a tiros de revólver.

El colmo lo puso el asesinato semioficial del diputado jefe de los monárquicos, D. José Calvo Sotelo.

11. El levantamiento nacional. Franco, Caudillo de España.—Frente a este gobierno ilegal, que había hecho dejación del poder en manos de la anarquía, se levantó el 18 de julio de 1936 el ejército y el pueblo sano a las órdenes de F. Franco. No fué solamente militar el alzamiento, sino civil, y porque estaba de su parte la gran mayoría de los españoles triunfó a pesar de carecer de oro, que se lo llevaron los rojos, y a pesar de tener enfrente a las brigadas internacionales, con todo el apoyo de Rusia, Inglaterra y Francia. Los nacionales recibieron auxilio de Portugal y menos desinteresado de Italia y Alemania. "El ejército —declaró el general Franco—no tiene derecho a sublevarse contra un partido politico, pero tiene el deber de levantarse en armas para salvar a toda la nación, amenazada de muerte".

Tres años duró la guerra, que tuvo carácter de cruzada, porque se luchaba por la defensa de la religión católica y de la civilización cristiana. Además de las violencias y destrozos que una guerra tan feroz produjo en uno y otro bando, se desató en la zona ocupada por los rojos o gubernamentales el asesinato sistemático de eclesiásticos y significados derechistas, con la destrucción de iglesias, conventos, bibliotecas. ¡Cuántas obras de arte, estatuas, monumentos, pinturas, custodias, retablos, etc., de los más afamados artistas—que bastaban a enriquecer a centenares de museos y pinacotecas—fueron pasto de las llamas o de la bomba sacrílega! [38].

Imposible describir brevemente hasta dónde llegó la crueldad salvaje de los verdugos, las abominaciones de los sacrilegios y el sadismo inhumano de las checas. Fueron asesinados 11 obispos y un administrador apostólico, unos 4.200 sacerdotes del clero secular y alrededor de 2.500 religiosos, con 45 religiosas. ¡Cosa admirable! En este purpúreo martirologio de la Iglesia española no se encuentra ni un solo borrón de apostasía, y se cuentan por millares las escenas heroicas, tan hermosas por lo menos como las de las antiguas actas de los mártires. Cerca de 400.000 seglares, que no quisieron participar en la revolución, fueron asesinados por la horda roja; pero el númreo de aquellos seglares martirizados por odio a la fe, no por razones políticas, ¿quién lo podrá contar? El entonces cardenal primado calculó *docenas de miles*. Eran la flor del laicado español: seminaristas, miembros de Acción Católica, de las Congregaciones Marianas y de otras asociaciones piadosas, los más distinguidos por su fe religiosa o por su conducta intachable en cada ciudad. Oigamos las palabras del cardenal Gomá: "La fuerza religiosa del espíritu español lograba otros triunfos que han hecho reverdecer en nuestra tierra bendita las glorias de los tiempos heroicos de la santa Iglesia. Nos referimos al volumen imponderable del número, del heroísmo, de las formas inverosímiles de tormento, de paciencia invicta que nos ofrece el martirio de millares de españoles sacrificados por su profesión cristiana. Ignoramos el veredicto de la Historia sobre los hechos capitales de esta cruentísima guerra; nuestra convicción es que el fenómeno más espantoso y brillante a un tiempo, el hecho más glorioso y puro en medio de la iniquidad que lo produjo, el ejemplo más alto que de virtud cristiana se ha dado desde los primeros siglos del cristianismo, tal vez, Dios así lo quiera, lo que definitivamente dé su eficacia al Movimiento nacional, ha sido el martirio que sufrió por Jesucristo gran número de millares de católicos españoles.

[38] «Más de 20.000 templos han sido destruídos o profanados», dijo solemnemente el cardenal primado de España en el Congreso Internacional de Budapest.

Ante el cúmulo enorme de víctimas del odio a Dios; en presencia de sus cuerpos exánimes, ora con el simple taladro de un proyectil, ora mutilados o quemados horriblemente; al hacer el recuento de nuestros deudos o de aquellos cuyo trato frecuentamos, y que hacen más viva la memoria del martirio; al oír los edificantísimos relatos de su muerte, una exclamación brota espontánea de los labios: ¡Qué extensión y qué densidad profunda la de la fe de España, que ha podido ser testificada por docenas de miles de sus hijos creyentes!" [39]

Pío XI los llamó "mártires en el sentido estricto de esta palabra". Esa sangre martirial y el carácter de cruzada, o de guerra por la religión, que tomó el Movimiento nacional, templó el espíritu de los españoles y promovió un resurgir católico, cuyos primeros frutos estamos contemplando.

Por supuesto, las leyes persecutorias no sólo cesaron automáticamente, sino que se fueron derogando en términos expresos y substituyendo por una legislación posterior de neto catolicismo [40].

Mientras se prepara el concordato entre España y la Santa Sede, se ha llegado ya a firmar importantes acuerdos, verbigracia, sobre la presentación de obispos, la subvención gubernativa a los seminarios y universidades pontificias, la nueva institución de la Rota española, el clero castrense y la exención de ambos cleros del servicio militar, etc.

Plácenos copiar aquí unas palabras de Su Santidad Pío XII al embajador español en el Vaticano, D. Domingo de las Bárcenas, pronunciadas el 17 de diciembre de 1942.

"Católica es España, y tan profundo arraigo consiguió este árbol en su suelo fuerte y en los fuertes pechos de sus hijos, que ni siquiera el formidable turbión, cuyas consecuencias todavía lamentamos, fué capaz de desarraigarlo. Antes bien, como reverdece el prado después de la tormenta, hoy lo vemos de nuevo retoñar, a pesar del momento tan poco propicio para una convalecencia, y resurgir potente, consciente de su pasado, lleno de su propio espíritu, con plena confianza en el porvenir... Nos hemos admirado con sus continuas manifestaciones de piedad y de fe pública y privada... Nos os hemos oído decir que vuestro "modo de ser no sería completo si no fuera profundamente católico", que "afirmáis cien veces la más absoluta ortodoxia". Y con grande consuelo de nuestra alma hemos sido informado de los progresos de la Acción Católica, de la abundancia de buenas y sólidas vocaciones para ministros del santuario; hemos visto a Cristo triunfar en la escuela, resurgir las iglesias de las ruinas abrasadas y penetrar el espíritu cristiano en las leyes, en las instituciones y en todas las manifestaciones de la vida oficial. Nos, finalmente, hemos contemplado a Dios presente otra vez en vuestra historia, y, sin poderlo evitar, nos ha vuelto a los labios, pensando en el alma de España, la canción del místico vate de Fontiveros:

¡Dichosa y venturosa
el alma que a su Dios tiene presente!
¡Oh mil veces dichosa!,
pues bebe de una fuente
que no se ha de agotar eternamente" [41].

[39] CARD. ISIDRO GOMÁ, *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*, p. 14, cit. por A. DE CASTRO ALBARRÁN, *La Gran Víctima. La Iglesia española, mártir de la revolución roja* (Salamanca 1940), p. 229. Digna de tenerse en cuenta es la *Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la guerra en España* (Pamplona 1937).

[40] Por ser demasiado recientes los acontecimientos, no podemos detenernos a enjuiciarlos, ni siquiera a consignarlos ordenadamente. Quien desee amplia información sobre las causas, desarrollo y espíritu del Movimiento nacional, puede consultar la voluminosa *Historia de la Cruzada española* (Ediciones Españolas, Madrid 1939-1943), en ocho volúmenes, bajo la dirección literaria de Joaquín Arrarás. Para conocer la legislación religiosa y social, instituciones, centros de cultura, etc., de la España actual, véase el *Anuario social de España, 1941* (publicado por Fomento Social, Madrid) y la *Guía de la Iglesia y de la Acción Católica Española* (Secretariado de Publicaciones de la Junta Técnica Nacional de la A. C. E., Madrid 1943.)

IV. LA IGLESIA EN PORTUGAL

1. Vicisitudes políticas.—La historia políticorreligiosa de Portugal en este período corre paralelamente a la de España, de la que es un reflejo.

Preparado estaba el terreno por el enciclopedismo de Pombal para la invasión de las ideas liberales. Estas entraron con los ejércitos napoleónicos. Al acercarse a Lisboa el general Junot, a quien la masonería dió la bienvenida en Sacavem, el rey Juan VI hizo lo que el P. Vieira había aconsejado a Juan IV: trasladarse con la corte a las posesiones portuguesas de allende el mar y poner la capital en Río de Janeiro.

Como en España, así también aquí se constituye una Junta provisional, presidida por el obispo D. Antonio de San José y Castro. Vencida militarmente la triple invasión francesa con la ayuda de lord Wellington, es nombrado regente del reino el inglés Beresford, que descontentó al país con su rígida disciplina, provocando la conspiración del afrancesado general Gomes Freire de Andrade (1817). El conspirador fué condenado a muerte y ejecutado, lo cual no

[41] *Acta Apostolicae Sedis*, vol. 34 (1942), pp. 372-73.

impidió que la revolución, apoyada por la masonería española, triunfase en 1820, y que en un Congreso enteramente diverso de las antiguas Cortes se destruyesen las bases del organismo nacional y se estableciese una Constitución liberal, que recuerda a la española de Cádiz. Es de notar que el bajo clero, con la ilusión de mejorar su estado económico y social, se mostró favorable a las reformas constitucionales. Pronto se desengañará al ver el giro persecutorio de los hombres nuevos.

Casi al mismo tiempo, los revolucionarios brasileños pedían también una Constitución liberal. Juan VI cedió bajo la influencia del príncipe D. Pedro, a quien dejó como regente cuando él se embarcó para Lisboa en 1821. Aquí el desgraciado monarca se veía obligado a jurar una nueva Constitución liberal (1822), mientras D. Pedro se proclamaba independiente con el título de emperador del Brasil.

El hijo segundo del rey, el valeroso infante D. Miguel, se levantó en armas contra el gobierno de Lisboa y entró victorioso en la capital al grito de "¡Abajo la Constitución! ¡Viva el rey absoluto!" (1823). El Congreso queda disuelto, mas no tardan en urdirse nuevas conjuras y, por imposición de los diplomáticos de Londres y París, tiene el monarca que desterrar al infante.

Muere Juan VI en 1826. El sucesor no puede ser D. Pedro, que es extranjero desde que se declaró emperador del Brasil, sino D. Miguel, desterrado en Viena. La facción masónico-liberal no lo puede sufrir y proclama rey a D. Pedro IV, quien desde el Brasil otorga a Portugal una Carta constitucional calcada en la de 1822. Cuando los absolutistas, seguidos ahora de todo el clero, se pronuncian en favor de D. Miguel—he aquí otra semejanza con España: la cuestión dinástica con la consiguiente guerra civil—, D. Pedro abdica derechos que no le pertenecen en su hija María de la Gloria (1826). El infante se decide a conquistar su reino, y apenas pone el pie en Portugal, se reúnen los tres estados (clero, nobleza y pueblo) para reconocer como legítimo soberano a D. Miguel I en 1828.

No fué largo su reinado ni tranquilo, porque D. Pedro, que ha tenido que renunciar a la corona del Brasil, desembarca en Mindelo en 1832 y con un ejército de 7.500 soldados avanza hasta Oporto, dispuesto a reponer en el trono a su hija María; y tras una guerra civil, en que Inglaterra, Francia y España se declaran contra el absolutismo de Miguel I, éste se ve forzado a salir de Portugal, dejando la corona a D.ª María II bajo la regencia de su padre D. Pedro [42].

[42] F. DE ALMEIDA, *Historia de Portugal*, t. 6, 1816-1910 (Coimbra 1929).

Años de persecución y de tolerancia.—En el terreno religioso merecen destacarse algunos acontecimientos de este período. Bajo el gobierno de D. Miguel I la Iglesia comenzó a reorganizarse. A fin de restaurar la enseñanza tradicional, fueron llamados los jesuítas, siendo la nieta de Pombal, marquesa de Oliveira, la que más finas atenciones tuvo para con ellos, viniendo a pedirles perdón de las injusticias cometidas por su abuelo.

Con D. Miguel también los hijos de San Ignacio tuvieron que salir al destierro, porque el regente D. Pedro, que alardeaba de progresista, dictó una serie de graves medidas persecutorias. Rompiéronse las relaciones diplomáticas con la Santa Sede; declaráronse vacantes todos los beneficios eclesiásticos provistos por D. Miguel, y no faltaron clérigos que aceptaron cargos del gobierno a despecho de las leyes canónicas; quedaron suprimidos los conventos, colegios religiosos y aun las órdenes militares; se confiscaron todos los bienes de los institutos monásticos; varios obispos y sacerdotes fueron apresados, y se formó una comisión especial de asuntos eclesiásticos para reformar la Iglesia.

Se dió el triste caso de que el patriarca de Lisboa, Patricio da Silva, consagrase sin escrúpulo a los obispos que le presentaba el gobierno, sin aguardar la confirmación pontificia.

Gregorio XVI no podía dejar pasar en silencio tales desmanes; el 30 de septiembre de 1833 y el 1 de agosto de 1834 protestó enérgicamente, amenazando proceder con las más graves penas eclesiásticas [43].

Muerto en 1834 D. Pedro y declarada mayor de edad su hija, amainó la persecución. Sin embargo, Portugal, política y económicamente feudo de Inglaterra, continuó siendo víctima de la masonería, que dominaba en los ministerios y en la vida pública. Varias veces los obispos portugueses que vivían en el extranjero tuvieron que protestar contra las inicuas leyes.

En vano María de la Gloria trató de reaccionar contra la amenaza creciente de la demagogia, unas veces con golpes como la "Belemzada", otras poniendo las riendas del poder en las expertas y firmes manos de Costa Cabral. Los motines se sucedían casi sin interrupción y cada día se propagaban con más descaro las sociedades secretas.

Deseando la reina María iniciar negociaciones con la Santa Sede, hizo que el nuncio de Su Santidad volviese a Lisboa, y Mgr. Capaccini desde 1841 empezó a tratar de un concordato, que no se llegó a firmar por los infinitos recelos y sañuda hostilidad que encontró entre los que manejaban

[43] *Bull. Rom. continuatio*, t. 19, 244.

la cosa pública. Con todo, en 1843 Gregorio XVI confirmó el nombramiento de los obispos presentados por la reina.

A la muerte de María de la Gloria en 1853, su viudo el príncipe alemán D. Fernando de Coburgo ejerce la regencia durante la menor edad de su hijo D. Pedro V (1853-1861), y cuando este joven soberano, de aire romántico, empuña el cetro, el pueblo pone en él sus esperanzas y el "Muito Amado" se empeña en gobernar bien y provechosamente para el país, hasta que muere temprana y melancólicamente a los veinticuatro años de edad.

En esos años, con la vida económica y cultural, también la vida religiosa empieza a florecer. Se funda el Apostolado de la Oración, con evidente fruto de las almas; se da impulso a la buena prensa y surgen colegios católicos, en los que recibe excelente formación la juventud. El colegio que los jesuítas tenían en Lisboa, trasladado a Campolide, se convierte en una magnífica institución escolar, que puede competir, lo mismo que el de San Fiel, con los más acreditados centros oficiales. Desde 1851 trabajaba en Lisboa el benemérito y piadoso P. Carlos Rademaker al frente del llamado Collegio dos Inglezinhos. Por entonces murió con fama de santo el carmelita descalzo Fr. Juan de Neiva o de la Ascensión (1787-1861), distinguido también como teólogo [44].

En 1857, la Santa Sede firmó con Portugal un acuerdo acerca del *Padroado* de las Indias y China.

A Pedro V sucede su hermano Luis I (1861-1889), en cuyo reinado van alternando los ministerios "progresistas" con los llamados "regeneradores", y continúan del mismo modo en tiempo de Carlos I (1899-1908), siempre bajo el acoso de la revolución y frecuentemente persiguiendo a los católicos por cualquier motivo, adulando, por una parte, al clero parroquial, con el fin de ganarse sus votos, y por otra, obstaculizando todo lo posible el influjo de Roma, de los obispos y de las Ordenes religiosas.

El papa León XIII, por la constitución *Gravissimum* (30 de septiembre de 1881), señaló una nueva circunscripción eclesiástica con tres arzobispados, sin contar el de Goa, en la India, a saber: el de Lisboa, el de Braga y el de Evora. El metropolitano de Lisboa lleva el título de patriarca, y de él dependen las diócesis sufragáneas del Africa portuguesa.

El peligro de las posesiones africanas ante el avance inglés fué causa a fines del siglo XIX de que se reavivara una activa y entusiasta política colonial y de que al mismo tiempo se produjera un reflorecimiento de las misiones.

[44] F. DE ALMEIDA, *Historia da Igreja em Portugal* (Coimbra 1922), t. 4, 3, pp. 370-375.

La república de 1910.—Como en Francia y en España, así también en Portugal se abre el siglo XX con nuevas agitaciones del espíritu sectario. En 1901, el ministerio Ribeiro dicta perniciosos decretos contra los intereses de la Iglesia, y particularmente contra los institutos religiosos, cediendo a las campañas de la prensa impía. La misma corona real se hallaba en peligro. Y no fué capaz de conjurarlo ni siquiera la dictadura del ministro Juan Franco, a quien se le ha apellidado el "homen puro", hombre honesto y enérgico, que con severas medidas trató de tener a raya los empujes de los partidos revolucionarios. Estos acudieron a la violencia, y el 1 de febrero de 1908 el rey Carlos I y el príncipe heredero caían asesinados. Manuel II no pudo mantenerse en el trono más de año y medio, viéndose obligado a emigrar.

La república se proclamó el 5 de octubre de 1910, y con ella se abrió una era de feroz persecución religiosa. Cuanto sabía a religión fué desterrado de la vida pública y procuró extirparse aun de la vida privada. Dentro de dos generaciones—afirmaba el ministro de cultos—la religión católica habrá dejado de existir en Portugal.

El nuevo gobierno, con Teófilo Braga por presidente, rompió toda relación con Roma; casi todos los obispos fueron arrojados de sus diócesis; se suprimieron los días festivos; se abolió el hábito talar; se decretó la ley del divorcio. La Constitución de 1911 establece, entre otros artículos, la igualdad política y civil de todos los cultos, la secularización de los cementerios, la enseñanza neutra de todas las escuelas públicas en materia religiosa, la disolución de la Compañía de Jesús y de todas las sociedades afiliadas a ella, así como la de todas las Congregaciones religiosas y Ordenes monásticas; y con sarcasmo, indigno de una Constitución, transmite la pensión de los sacerdotes a sus viudas e hijos [45].

A las protestas de los obispos respondió el gobierno con insultos y destierros. Los seminarios fueron confiscados y suprimida la Facultad de Teología de la Universidad de Coimbra. La apostasía oficial era completa. Al decretarse en abril de 1911 la separación de la Iglesia y el Estado, una ventaja se siguió a la Iglesia: la libertad de la Santa Sede en el nombramiento de los obispos.

Renovación católica.—En el fuego de la persecución se depuró el catolicismo portugués. El pueblo sencillo acudió a la Santísima Virgen—una de sus devociones predilectas—y desde el santuario de Fátima empezó Nuestra Señora a cicatrizar las llagas abiertas por el sectarismo y a cubrir de rosas los eriales.

Las insurrecciones monárquicas de 1911 y 1912, acaudi-

[45] S. LEITE, *Portugal*, en DTC p. 261[illegible]

lladas por el legendario y caballeresco Enrique de Paiva Couceiro, se malograron. Después de la guerra europea, en la que Portugal se vió envuelto por su alianza con Inglaterra, la cosa pública tomó nuevo rumbo, principiando por Sidonio Paes, que con su golpe de Estado de 1918 inició una política moderada y conservadora. Por decreto del 18 de febrero de ese año suspendió las disposiciones más odiosas contra la Iglesia y sus sacerdotes, llamó a los obispos desterrados, renunció al control de los seminarios, hizo cesar la obligación de pedir previa licencia para ejercer el culto fuera de las horas prefijadas y reanudó las relaciones diplomáticas con Roma.

El 14 de diciembre de 1918, Sidonio Paes cayó asesinado por los agentes de las sociedades secretas. Paiva Couceiro proclamó la monarquía el 19 de enero de 1919, pero no hubo fuerzas bastantes que le secundasen y volvió a imponerse la república demagógica. Las fuerzas católicas estaban ya en marcha y no se detuvieron por eso. En 1919, bajo la protección de los obispos, se organizó el Centro Católico, que, prescindiendo de la cuestión de régimen (monárquico o republicano), acataba los poderes públicos y llevó varios diputados al Parlamento. También un buen grupo de escritores e intelectuales se declaraban paladinamente católicos. Y en el año 1926, reunido el episcopado en Lisboa, pudo celebrar un concilio nacional, de indudable eficacia para la renovación disciplinar y espiritual de la Iglesia portuguesa.

La inseguridad política que todavía reinaba en la nación quedó eliminada por el golpe de Estado del general Manuel Gomes da Costa el 28 de mayo de 1926. Poco después, el general Carmona, elevado a la presidencia, tuvo el acierto de escoger para ministro y colaborador al insigne catedrático de economía de la Universidad de Coimbra, Dr. Oliveira Salazar, presidente del Consejo desde 1928 y con poderes omnímodos desde 1933, el cual, después de sanear las finanzas, ha emprendido la reconstrucción política, social y religiosa de su país, conforme al espíritu y a la gloriosa tradición del pueblo lusitano [46].

Oliveira Salazar, eminente estadista y católico convencido, con la prudencia que imponen las circunstancias, ha ido soslayando todas las dificultades que en el terreno religioso y político se le ofrecían. Para la vida de la Iglesia son de importancia los acuerdos de 1928 y 1929, por los que se arregla la cuestión del Padroado portugués sobre ciertas ciudades de la India y la de la doble jurisdicción de la diócesis de Meliapur. En 1929 permitió enseñar la religión en

[46] Sobre la Unión Nacional y la obra toda de Salazar, véase sintéticamente *Portugal. Breviario da patria para os portugueses ausentes* (Lisboa 1946), [illegible]

las escuelas privadas. La Constitución de 1933, si bien mantiene la separación entre la Iglesia y el Estado, pero reconoce la personalidad jurídica de la Iglesia y concede amplia libertad de enseñanza.

Finalmente, el concordato firmado en 1940 ha venido a regular las relaciones amistosas entre la Iglesia y el Estado, concediendo a la jerarquía plena libertad de acción en el desempeño de sus funciones sagradas y docentes. Con la misma fecha y con este espíritu de amistad y armonía entre ambos poderes se firmó un acuerdo definitivo sobre el gobierno de las misiones. Merece considerarse la encíclica que con motivo del centenario de la independencia de Portugal dirigió Pío XII al episcopado y a la nación, reflejando la gloriosísima historia misionera de los portugueses.

Y, últimamente, el discurso del mismo pontífice al nuevo embajador (noviembre de 1950) indica bien a las claras el ambiente de inteligencia y cordialidad entre la Santa Sede y el gobierno de Portugal.

CAPITULO V

La Iglesia y el Estado en América

El desarrollo del catolicismo en América cambia de fase desde el siglo XIX. Hasta entonces, mientras la Iglesia católica había arraigado tan honda y extensamente en las tierras españolas y portuguesas, que ya no eran en su mayor parte campo de misión, en la América anglosajona de Estados Unidos y en el Canadá apenas había progresado el catolicismo. Desde el siglo XIX, por el contrario, el catolicismo, que se estanca y sufre graves persecuciones en las repúblicas latinas, florece con rapidez en el septentrión. Bien es verdad que ese aumento del Norte es en gran parte obra de la inmigración; pero es consolador constatar que, en medio de la libertad de acción, las iglesias de Estados Unidos y Canadá han sabido organizarse maravillosamente.

I. Estados Unidos [1]

1. Juan Caroll. Creciente progreso.—La revolución, que cortó de Inglaterra sus colonias americanas, proclamó en el año 1789 la libertad religiosa. Desde entonces el catolicismo, que había vivido atenazado, podía actuar con libertad. Juan Caroll, jesuíta hasta la extinción de la Orden, fué nombrado el 1785 prefecto apostólico de Norteamérica, y en 1789 primer obispo de Baltimore. Por entonces serían unos 30.000 los católicos, de los cuales unos 20.000 vivían en Marylandia. Caroll se puso inmediatamente en contacto con los sulpicianos, quienes fundaron el seminario de Emmilsburg, semillero de obispos. Por otra parte, sacerdotes, religiosos y religiosas, expulsados de Francia por la revolución, acudieron a misionar a aquellas dilatadas regiones de América. En 1808, Pío VII creaba la provincia eclesiástica de Baltimore con cuatro sufragáneas: Nueva York, Filadelfia, Boston y Bardstown [2].

El progreso seguía arrollador, aunque venciendo sus dificultades. Estas eran varias. Imbuídos en las ideas de la revolución, varios seglares formaron ciertos trusts de laicos, que pretendían levantarse con la administración eclesiástica y nombrar sus párrocos. Esta tendencia cismática comenzó en Nueva York y continuó en Filadelfia con el obispo Egan; pero el movimiento fué condenado por el papa Pío VII en el breve *Non sine magno.* También se corrió el peligro de introducir el sistema del patronato en el gobierno eclesiástico; pero Pío VII solucionó el conflicto concediendo a los obispos el derecho de presentación de personas aptas para los cargos eclesiásticos. Por fin, como la inmigración irlandesa era muy abundante, suscitó la enemiga de los protestantes, que lan-

[1] SHEA, *History of the catholic Church in the United States,* 4 vols. (Nueva York 1886...); LUGAN, *Le catholicisme aux Etats Unis. Son passé, son présent, son avenir* (París 1930); BUTTERFIELD, B., *The American past. A history of the United States from concordato Hiroshima (1775-1945)* (Nueva York 1947); SUGHI, P., *Gregory XVI and the United States of America,* en «Misc. Hist. Pont.», 14 (Greg. XVI, 2), pp. 419-439 (Roma 1948); HAGCKER, L. M., etcétera, *The United States since 1865* (Londres 1949); DESTLER, CH. M., *American radicalism (1865-1901)* (Nueva Londres 1946); FEUERTAG, *American public opinion in the diplomatic relations betwen the United States and the Papal States* (Wáshington 1933); PATTEE, R., *El catolicismo en los Estados Unidos* (Madrid 1946); PÉREZ MIER, L., *Sistema de dotación de la Iglesia católica en los Estados Unidos,* en «Rev. Der. Can.», 3 (1948), 883-932.

[2] *Bullarium Pontificium,* XIII, p. 280 ss.; Mons. GUILDAY, *A History of the concils of Baltimore (1791-1884)* (Nueva York 1932); IDEM, *Life and times of John Carrol* (Nueva York 1922); IDEM, *Life and times of John England, Bishop of Charlestown* (Nueva York 1927).

zaron el movimiento *Nature americanisme,* que consideraba el catolicismo como peligro nacional. Este movimiento causó grandes revueltas y destrucciones en Filadelfia el año 1843 y peligros de guerras en Boston y Nueva York el año 1844; pero, gracias a la cohesión de los obispos, los católicos resistieron y aun tuvieron arrestos para evangelizar las extensas zonas anexionadas de Texas, Nuevo Méjico y California.

Pronto fueron apareciendo nuevas sedes episcopales, como la de Charlestown para Carolina y Georgia, Nueva Orleáns y San Luis para Luisiana.

Durante la terrible guerra de secesión, que ensangrentó a Estados Unidos desde 1861 hasta 1866 entre abolicionistas y esclavistas, o sea entre el Norte y Sur, el clero supo estar a la altura de su misión, aumentando su prestigio. En 1868, el arzobispo de Baltimore recibía la dignidad primacial, y en 1884 celebraba un concilio nacional de gran trascendencia. El crecimiento de la Iglesia americana requería especial predilección y cuidado. En 1892, León XIII creaba en Wáshington una delegación apostólica.

Como medio poderoso para organizar la Iglesia, se recurrió a los concilios nacionales. Estos determinaron en 1866 y 1884 la manera de proveer las iglesias; cada tres años enviaría cada obispo a su metropolitano una lista de episcopables. Además, al vacar una sede, los curas inamovibles se reunirían y designarían una terna, y a su vez los obispos reunidos designaban otra terna, que presentaban al papa, en cuyas manos quedaba la designación de la persona. Para la ejecución de este plan hubo de vencerse un grave peligro. En 1890, Cahensly, presidente en Alemania de la obra de los emigrantes, propuso que algunos obispos de cada nacionalidad fueran designados para sus nacionales emigrados. Se corría el riesgo de un nacionalismo pernicioso. León XIII condenó ese germen de infinitas discordias, y el movimiento fué sofocado.

2. Americanismo y otros obstáculos y dificultades.—Otro peligro más propio de los Estados Unidos fué el llamado *americanismo* o catolicismo liberal, que consiste en cierto prurito de modernizar las cosas de la Iglesia, aun los dogmas (en lo cual puede verse cierto paralelismo—dentro de profundas diferencias—con el *Reformkatholizismus* de Alemania), y en cierta tendencia religiosa de tipo activista, que da la preferencia a las virtudes naturales y activas antes que a las sobrenaturales y pasivas, fomentando la vida exterior más que la interior [3].

[3] *Americanismus,* en «Staatslexikon», I, pp. 147-153; HOUTIN, *L'américanisme* (París 1904); F. KLEIN, *Souvenirs IV. Une hérésie fantôme. L'américanisme* (París 1949).

Después del concilio de Baltimore (1884), en que 75 obispos reunidos se pusieron de acuerdo para prevenir el peligro de las escuelas neutras, promoviendo escuelas católicas en todas las parroquias, marchaban felizmente las cosas, cuando de pronto se presenta Isaac Tomás Hecker con una extraña misión. Este Hecker, nacido en Nueva York en 1819, de protestante que era y aficionado a las ideas racionalistas, se hizo católico y entró en el noviciado de los PP. Redentoristas. Salido de este Instituto, ideó fundar una Sociedad de San Pablo (1865) para la conversión de los heterodoxos. En efecto, gracias a su celo y al de sus compañeros se multiplicaron las conversiones.

Deseoso de armonizar el catolicismo con las corrientes modernas, trabajó muy activamente, escribió varios libros y fundó en 1865 *The Catholic World*, que llegó a ser la más popular revista católica de Norteamérica.

En el programa del P. Hecker entraba el consagrarse a la elevación social de los pobres y desheredados, cosa muy buena en sí; también era bueno su amor patriótico, enderezado al progreso de los Estados Unidos, y la utilización de todos los medios modernos para la salvación de las almas. Pero apuntaba un grave peligro en su propósito de "querer ayudar a los católicos con una mano y a los protestantes con la otra", procurando "hacer fácil y ancha la entrada en la Iglesia", sin sutilizar mucho en conservar los dogmas fundamentales, diciendo que había que tener en cuenta las exigencias del alma americana.

Hecker murió en 1888 y sus discípulos continuaron propagando sus ideas con la adhesión de algunos obispos, como Mons. Ireland. Cuando la vida del P. Hecker, escrita por el P. Elliot con prólogo de Mons. Ireland, fué traducida al francés por el abate Klein, del Instituto Católico de París, creyó León XIII llegado el momento de intervenir, y en carta al arzobispo de Baltimore, cardenal Gibbons (1889), desenmascaró y condenó el americanismo, por su tendencia a callar ciertos artículos de la fe o a atenuarlos, con perjuicio de su sentido tradicional, aunque fuese en realidad, como decían, para atraer a los disidentes (minimismo); por su empeño en restringir el poder y la vigilancia de las autoridades eclesiásticas a fin de que los fieles desarrollen más libremente sus iniciativas y actividades; por rechazar la dirección exterior para aquellos que han recibido del Espíritu Santo interiores y secretas inspiraciones; por el desprecio de los votos religiosos; por la poca estima de las virtudes pasivas, como la obediencia y la humildad, que deben ser substituídas por el celo animoso y la acción.

Los principales sostenedores de esas ideas se sometieron sin dificultad.

A estas dos dificultades, el peligro de un nacionalismo exagerado y de una desviación modernista en el campo doctrinal, deben añadirse otras de muy diversa índole. La primera, más persistente, y que no ha cesado hasta nuestros días, es el odio de parte de los elementos protestantes y los esfuerzos que éstos han puesto por contrarrestar el avance católico, no obstante la libertad concedida por la república. Así, en la primera mitad del siglo XIX se perpetraron frecuentemente destrucciones de iglesias católicas y diversas violencias bajo la dirección del Partido Nativo Americano. A esto debe añadirse la actividad de una sociedad secreta de fanáticos protestantes, que hasta 1860 trabajaron con toda clase de calumnias y propagandas y aun a veces con tumultos y asesinatos para amedrentar a los católicos. Este espíritu de intolerancia y guerra más o menos violenta de parte de muchos elementos protestantes no ha cesado nunca. A fines del siglo XIX surgió la Asociación Americana de Protección, que procuraba por toda clase de medios excluir a los católicos de los cargos públicos. Después de la primera guerra mundial apareció el temible Ku-klux-klan, especie de sociedad secreta anticatólica.

Con esta dificultad proveniente del protestantismo está íntimamente relacionada la que se deriva de las muchas sectas protestantes que pululan por todas partes y tanto contribuyen a debilitar el espíritu religioso, además de la guerra positiva que todas ellas hacen al catolicismo. Precisamente Estados Unidos es el territorio donde más desarrollo han alcanzado las sectas protestantes, llegando a un desmembramiento y división que bien puede designarse como caótico. He aquí una estadística de las principales sectas de Estados Unidos:

Metodistas	8.046.000
Convención Baptista del Sur	5.667.000
Congregaciones judías	4.641.000
Convención Nacional Baptista U. S. A. ...	4.021.000
Convención Nacional Baptista de América.	2.332.000
Episcopalianos	2.227.000
Presbiterianos	2.000.000
Luteranos unidos	1.690.000
Discípulos de Cristo	1.672.000
Convención Baptista del Norte	1.555.000
Sínodo Evangélico	1.356.000
Iglesias congregacionales cristianas	1.075.000

Téngase presente que existen, además, otras 200 sectas de menor importancia en Estados Unidos. De este hecho fácilmente se puede concluir la decadencia general del espíritu religioso. Según las últimas estadísticas de 1949, sólo un 55 por 100 de la población total, por tanto, poco más de la

mitad, declaran profesar alguna religión. Por esto se puede observar que la vida del Estado se desvincula como tal de toda religión positiva. Esta es cosa privada.

Este ambiente de indiferencia religiosa es, indudablemente, una de las mayores dificultades con que tropieza el catolicismo en los Estados Unidos. Por esto, aun entre los mismos católicos existe el peligro de no dar a sus convicciones cristianas la significación que deben tener, no sólo en la vida privada, sino en la vida cultural y, aun dentro de lo que permitan las circunstancias, en la vida pública.

3. **Estado actual. Estadísticas.**—Esto no obstante, la Iglesia católica, sobre todo durante los últimos cincuenta años, ha tomado una marcha ascendente extraordinaria y ha llegado a alcanzar dentro del Estado una significación y prestigio superiores a cualquiera otra comunidad religiosa. Ya en 1878 (como hemos dicho antes) la sede de Baltimore recibía la dignidad primacial, y en 1892 León XIII creaba en Wáshington una delegación apostólica. La jerarquía católica ha ido desarrollándose de tal modo, que en 1936 existían ya 19 sedes metropolitanas y 97 obispados, y en 1951 existen 22 arzobispos y 100 obispos. El número de sacerdotes es de unos 45.000 (unos 30.000 seculares y unos 15.000 regulares). El de los católicos sube a unos 25 millones. Al lado del numeroso clero secular y de su jerarquía debe colocarse un verdadero ejército de institutos religiosos de hombres y mujeres. Basten estas cifras: en 1940 existían unos 80 institutos religiosos de hombres. Los de mujeres eran muchos más, con 113.500 miembros.

Por lo indicado se puede apreciar la extraordinaria importancia de la Iglesia católica en los Estados Unidos. Por esto se ha observado el admirable influjo y prestigio que ha ido adquiriendo después de las dos últimas guerras mundiales. Particularmente digna de tenerse en cuenta es la actividad católica en las escuelas y universidades [4]. Poseen los católicos 23 universidades, que son por sí solas una prueba suficiente del ambiente de cultura en que se desenvuelve el catolicismo en Estados Unidos. Sólo la Compañía de Jesús dirige las Universidades de San Luis, de Fordham y de Milwaukee. Al lado de estos centros superiores de cultura poseen los católicos 42 instituciones para la formación de maestros y gran número de escuelas o colegios de segunda y primera enseñanza, que deben ellos mismos sostener independientemente de todo subsidio del Estado. En estos centros de enseñanza primaria hay más de dos millones de alumnos. Además, para conocer la significación del catolicismo en

[4] BURNS, *The catholic schoolsystem in the United States* (Nueva York 1908); HOGAN, *Clerical studies* (Boston 1898).

Estados Unidos, deben tenerse en cuenta las innumerables asociaciones católicas dedicadas a la investigación, los centros y obras que se ocupan de la beneficencia y del fomento de la piedad, las instituciones que trabajan por la buena prensa. Basten los datos de que los católicos poseen unos [illegible]00 órganos de prensa (la mayor parte semanarios) y una emisora de radio, en la que toman parte 37 estados de la confederación.

Con todo esto se explica la trascendencia de la obra católica en Estados Unidos. Así, en 1926 se pudo celebrar en Chicago el 27 Congreso Eucarístico internacional. Muy significativo fué asimismo el Congreso Catequístico en 1946. Ultimamente se intensifica el apostolado católico entre los negros. Para ello se fundaron en 1920 un seminario y en 1932 la Universidad de San Francisco Javier, en Nueva Orleáns.

II. EL CANADÁ [5]

1. **Manejos protestantes. La enseñanza.**—En el Canadá, el elemento católico, en su mayoría de origen francés y hablando lengua francesa, sufrió en los principios de la conquista e incorporación a Inglaterra ruda opresión del elemento inglés protestante. Así, a principios del siglo XIX, un obispo anglicano promovió la Institution Royale, que tendía a concentrar la instrucción pública en manos del gobernador protestante. Pero, como la ley estipulaba que no se podía abrir una escuela si la mayoría del municipio no la pedía, el clero católico se arregló para disuadir a los canadienses tal petición, con lo cual fracasó la intentona. Poco después, el secretario Ryland persuadió al gobernador Jaime Craig que confiscase los bienes de los religiosos y pusiese al episcopado y a toda la Iglesia bajo el control del Estado. Gracias al proceder cortés, pero resuelto, del obispo de Quebec, Mgr. Plessis, fracasó también esta maniobra. Se llegó hasta querer sobornar a Mgr. Plessis para que se plegase al regalismo estatal, y Craig le ofreció una pensión de 20.000 libras si sometía al Estado el nombramiento de párrocos; pero Mgr. Plessis permaneció incorruptible [6].

En la guerra de 1812 entre Inglaterra y los Estados Unidos, la lealtad de los católicos canadienses se ganó las sim-

[5] BRASSEUR DE BOURBOURG, *Histoire du Canada, de son Eglise et de ses Missions*, 2 vols. (París 1852); MORIS, *History of the catholic Church in Western Canada*, 2 vols. (Toronto 1910); *Canada*, en «Dict. de Théol. Cath.», II, pp. 1453-1496; *Canada eclesiastical Directory*: AAS, II, p. 562, confirmando el concilio plenario de 1911.

[6] G. GOYAU, *Origines religieuses de Canada* (París 1926); L. POULIOT, S. I., *Trois grands artisans de la diocèse de Montreal* (Montreal 1936).

patías del poder inglés. Con tal ocasión se concedió espontáneamente a Mgr. Plessis una subvención anual de 20.000 francos y fué reconocido como obispo de Quebec. Pronto su sede subió a sede arzobispal con las sufragáneas de los vicariatos apostólicos del Alto Canadá y Nueva Brunswick.

Los protestantes planearon otra mala partida: procuraron unir el Alto Canadá y el Bajo Canadá, con la intención de imponer a los dos el mismo régimen suyo y poner al clero católico bajo la supremacía real, como lo estaba la Iglesia anglicana, y suprimir poco a poco el francés, vehículo de las tradiciones y doctrinas católicas. Un *bill* propuesto por Ellice estuvo a punto de pasar en los Comunes de Londres el año 1822; pero las enérgicas protestas de Mgr. Plessis y su clero retrajeron a los diputados ingleses.

Con ocasión de las revueltas de 1837-38, en que unos centenares de católicos fanatizados opusieron resistencia armada, los protestantes hicieron admitir al Parlamento en 1840 el Acta de Unión. Dejó de ser oficial la lengua francesa, se tomaron disposiciones para subordinar Quebec a Ontario y el elemento francés católico al elemento inglés protestante. Pero de hecho, en un régimen constitucional, el Acta de Unión dejaba a los católicos suficiente libertad para ejercer en la vida pública un influjo considerable, dado su número. Era un partido con el que había que contar. Así se pudo obtener un régimen escolar que favorecía las iniciativas de escuelas primarias confesionales.

Aun en la enseñanza superior, en 1854 pudieron fundar la Universidad de Laval, erigida canónicamente en 1876, que en 1889 se desdobló en los dos grandes centros de Quebec y Montreal.

2. **Avance católico. Estado actual.**—Por otra parte, sacerdotes emprendedores formaron sociedades de colonización, para extenderse sobre aquellas inmensas regiones incultas; sólo el sacerdote Labelle fundó en la provincia de Quebec más de 40 parroquias. Otro sacerdote, Provencher, dirigiéndose hacia el oeste, sobre las riberas del río Rojo, fundaba en 1818 la primera misión en país salvaje en esta nueva etapa. Provencher fué nombrado en 1844 vicario apostólico del Noroeste y en 1847 obispo de San Bonifacio. Los oblatos de María Inmaculada, por su parte, trabajaban incansablemente en estas regiones.

A la provincia eclesiástica de San Bonifacio (Manitoba) se agregaban el obispado de San Alberto y los vicariatos de Athabaska y Saskatgewan. En 1890 fué erigido el obispado de New Westminster, y en 1901 el vicariato apostólico de Mackenzie, que en 1903 se unieron a la provincia eclesiástica de Vancouver.

También al este fueron avangelizados los restos de la raza acadiana: en 1815 eran unos 25.000 supervivientes de la violenta dispersión de Lawrence de 1755. Para 1864 eran ya los reunidos unos 80.000. El P. Lefèvre, de la Congregación de la Santa Cruz, instaló entre ellos escuelas y el colegio floreciente de Memramcook en Nueva Brunswick. El año 1852, Halifax era erigido en arzobispado con las sufragáneas de Charlottetown, en la isla del Príncipe Eduardo, y San Juan. La población canadiense e irlandesa era totalmente católica. Cuando en 1871 se quiso quitarles el derecho de erigir escuelas, protestaron con tal energía, que se desistió.

Por este sencillo balance se puede calcular la pujanza del catolicismo canadiense. En 1834 había una sola diócesis, con unos 130.000 católicos; en 1844 había el arzobispado de Quebec, con tres sufragáneas y unos 600.000 fieles; en 1951 son 13 provincias eclesiásticas, con 13 arzobispos, 37 obispos, ocho vicariatos apostólicos y una prefectura, con unos tres millones de católicos.

La vida religiosa es intensa. En el Canadá han prosperado toda suerte de Congregaciones religiosas, entre las que se distinguen los sulpicianos, jesuítas y oblatos de María Inmaculada. Sólo la ciudad de Montreal cuenta con más de 30 parroquias. Los católicos poseen tres universidades: Quebec, Ottawa y Montreal. La significación del catolicismo es cada vez mayor. Para la instrucción religiosa, cada provincia tiene una legislación propia. La más favorable es la de Quebec. Las grandes manifestaciones del espíritu católico son frecuentes en estos últimos años, desde las solemnidades celebradas con ocasión de la canonización de los mártires del Canadá hasta las semanas sociales y grandes asambleas católicas de los años 1948 a 1950. El protestantismo es también muy fuerte y lleva la ventaja de cierto apoyo oficial. Por esto ha hecho constantemente, y sigue haciendo en la actualidad, una guerra implacable a la Iglesia católica. Sin embargo, los católicos cuentan con una mayoría.

III. BRASIL

1. **El imperio brasileño.**—Con la presencia de los reyes de Portugal se retardó algún tiempo la independencia del Brasil. Al invadir Napoleón el suelo patrio en 1808, el regente de Portugal con sus ministros y más de 13.000 personas se embarcaron para América en 14 buques de guerra y varios mercantes. Al desembarcar en el Brasil, el pue-

blo le aclamó por emperador; en 1816, a la muerte de su madre, tomó el título de Juan VI de Portugal. Pero en 1820 Lisboa se pronunció por una Constitución semejante a la de Cádiz; entonces Juan VI pasó a Portugal, dejando en el Brasil a su hijo D. Pedro, joven de veintitrés años, encargado del Gobierno. Viendo el sesgo que iban tomando las cosas, D. Pedro se proclamó defensor perpetuo del Brasil, y en 1822 lanzó el llamado *Grito de Ipiranga* con la divisa "independencia o muerte" y se proclamó emperador. Efectivamente, en 1825 fué reconocida por Portugal la independencia del Brasil. Don Pedro le dió una Constitución extremadamente liberal en 1824.

Las guerras con la Argentina y el rumor de que pensaba sacar tropas para asentar en el trono de Portugal a su hija María de la Gloria le hicieron impopular, y tuvo que abdicar en 1831 a favor de su hijo D. Pedro II, niño de seis años, quien gobernó hasta 1889 y luchó victoriosamente contra el argentino Rozas. Fué una suerte grande para el Brasil que la transición de su vida colonial a la independiente se hiciera en forma paulatina y menos violenta que en Hispanoamérica, que hasta fines del siglo XIX conservara el régimen monárquico de gobierno y que mantuviera unidas en un solo Estado las inmensas y diversísimas regiones de su territorio. De aquí también que las relaciones con la Santa Sede fueran normales desde 1824, y que se abriera en 1829 en Río de Janeiro la primera Nunciatura que existió en toda la América [8].

2. **La Iglesia en el imperio.**—Bajo el largo reinado de Pedro II (1831-1889), el catolicismo gozó del privilegio de religión del Estado y fué ayudado en su labor misional. Los jesuítas, lazaristas, capuchinos y otros institutos trabajaron con ardor por la conservación y dilatación de la fe; el episcopado defendió valerosamente los derechos de la Iglesia. Sin embargo, el regalismo heredado de Pombal y la masonería, que influyó en la misma independencia, mina-

[7] M. OLIVEIRA LIMA, *Formación histórica de la nacionalidad brasileña* (Madrid 1918); DADARO, *L'Eglise au Brésil pendant l'Empire et pendant la République* (Roma 1895); CUNHA BARBOZA, *Estudios históricos* (Río 1899); GONZAGA, *Une page de l'histoire du Brésil. Mgr. Antonie Gonzalves de Oliveira, évêque d'Oronda* (París 1912); BOURNICHON, J., *Le Brésil d'aujourd'hui* (París 1910); LACERDA DA ALMEIDA, *A egreja e o Estado, suas relaçoes no Direito brazileiro* (Río de Janeiro 1924); I. DE LA BRIERE, *Au Brésil* (París 1930); THORNTON, W. C., *The Church and freemasonry in Brazil* (Wáshington 1948).

[8] Cf. C. MAGALHAES DE AZEVEDO, *O Vaticano e o Brazil* (Río de Janeiro 1922); ID., *O reconocimento da independenza e do impero do Brazil pela Santa Sé* (Roma 1932); P. DE LETURIA, S. I., *La primera Nunciatura en América y su influjo en las repúblicas hispanoamericanas (1829-1832)*, en «Razón y Fe», 86 (1929), 28-48; H. ACCIOLY, *Os primeiros núncios no Brazil* (Sao Paulo).

ban el terreno. En 1870 las sectas y el liberalismo intensificaron su campaña antieclesiástica. A la defensa de la Iglesia salió denodado el capuchino Gonsalves de Oliveira, obispo de Olindo, y Antonio de Macedo Costa, obispo de Pará, que fueron encarcelados en 1874. Nuevas medidas persecutorias avivaron más bien el fervor religioso.

3. **La Iglesia en la república.**—En 1889 fué destronado Pedro II y se proclamó la república. Inmediatamente se introdujo el matrimonio civil, se prohibió la enseñanza religiosa en las escuelas, se declaró la separación entre la Iglesia y el Estado. Sin embargo, la Iglesia podía desenvolverse con relativa libertad y prosperaba sensiblemente.

En la actualidad, la Iglesia brasileña cuenta con 17 arzobispados y 99 obispados y prelaturas nullíus. El clero es manifiestamente insuficiente para tan extenso campo. El nivel de este clero va levantándose gracias al Colegio Brasileño, fundado en Roma en 1929; a las dos Universidades católicas de Río Janeiro y San Pablo y a los muchos centros culturales de los institutos religiosos que trabajan en el país. La enseñanza religiosa de las escuelas y la prensa católica no están todavía a la altura que es lícito esperar de una nación tan próspera y que tanto ha de significar el día de mañana en el mundo civilizado.

Como prueba de la buena disposición que anima a los gobernantes actuales, baste decir que el año 1940, con motivo del cuarto centenario de la Compañía de Jesús, se han celebrado actos oficiales en todos los estados brasileños, considerando a los jesuítas como a los primeros civilizadores del Brasil.

IV. AMÉRICA ESPAÑOLA [9]

1. **Idea general.**—En los primeros decenios del siglo XIX comenzó y se consumó la independencia de los inmensos dominios que España tenía en América, con la sola

[9] F. X. HERNAES, S. I., *Colección de bulas, breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas* (Bruselas 1879), 2 vols.; A. MERCATI, *Raccolta di concordati 1908-1914* (Roma 1919); J. M. RESTREPO, S. I., *Concordata regnante Pio XI reddita* (Roma 1934); L. AYARRAGARAY, *La Iglesia en América y la dominación española* (Buenos Aires 1920); J. LLOYD MECHAM, *Church and State in latin America* (Chapell Hill 1934); W. R. CRAWFORD, *A century of Latin American thaugth* (Cambridge 1944); B. BARÓN CASTRO, *Españolismo y antiespañolismo en la América española* (Madrid 1945); J. ICAZA TISERINO, *Sociología de la política hispanoamericana* (Madrid 1950). Para los orígenes del liberalismo español e hispanoamericano: M. AGUIRRE ELORRIAGA, S. I., *El abate de Pradt en la emancipación hispanoamericana* (Roma 1941, Buenos Aires 1945).

excepción de Cuba y Puerto Rico. La tendencia natural que toda entidad adulta siente por la independencia se unió a las circunstancias temporales de la metrópoli, donde los soberanos habían caído bajo el yugo del coloso de Europa, Napoleón. Esta circunstancia movió a muchos patriotas, aun españoles, a separarse de la metrópoli para evitar la vergüenza de la humillación. Algunos soñaban en entronizar allende los mares, como lo hizo Portugal, a los soberanos destronados en la madre patria. Pero en medio de estas tendencias leales surgieron otras de plena emancipación, desarrolladas por criollos "ilustrados", como Miranda y Bolívar, y apoyadas por el oro yanqui, por la diplomacia inglesa y por la masonería, que se aprovechaban del descontento producido por el desgobierno español de los últimos decenios. Los héroes principales de la independencia fueron: el general San Martín, para Chile, Argentina y Perú; Simón Bolívar y Sucre, para la Gran Colombia, Perú y Bolivia; Hidalgos, Morelos y Agustín Iturbide, para Méjico [10].

Por desgracia, las porciones de la América española, al constituirse en un enjambre de repúblicas independientes, se dejaron influir, según la moda reinante, por el viento liberal y la cizaña masónica, echando así los gérmenes de las múltiples convulsiones políticas y guerras civiles que las agitaron y atormentaron a lo largo del siglo XIX. Es claro que este ambiente y las sañudas persecuciones de los gobiernos liberales no podrán ser favorables al desarrollo de la Iglesia católica, al reclutamiento y formación de su clero, a su obra de cultura y beneficencia ni a la rápida conversión de los grupos de indios no domados que aun vegetaban en sus bosques y junto a sus ríos más inaccesibles. De aquí que el desarrollo de aquellas iglesias, que hasta fines del siglo XVIII habían estado a la cabeza de la vida religiosa y cultural del continente, den hasta tiempos recientes la impresión del estacionamiento y disolución, no obstante el auxilio de la Santa Sede y de las Ordenes religiosas de Europa. Ha sido el efecto de todos estos factores

[10] C. NAVARRO Y LAMARCA, *Historia general de América* (Buenos Aires 1912), 2 vols.; J. BECKER, *La independencia de América* (Madrid 1922); M. ANDRÉ, *El fin del imperio español en América* (París 1922, Buenos Aires 1922); P. DE LETURIA, S. I., *El ocaso del Patronato real en la América española* (Madrid 1925); M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española* (Madrid 1944); MANUEL BALLESTEROS G., *Historia de América* (Madrid 1946); S. DE MADARIAGA, *The fall of the Spanish-America Empire* (London 1947); O. GIL MUNILLA, *Teoría de la emancipación de [Hispanoamérica]*, en «Estudios Hispanoamericanos», 2 (1950), 329-351.

con el heredado "regalismo borbónico", vivo aún en algunas de esas repúblicas, como Venezuela y Argentina [11].

Los largos años que duró la guerra de la independencia (1810-1830 ss.) fueron delicados para la Santa Sede ya desde Pío VII [12]. León XII hubo de hacer verdaderos equilibrios de diplomacia para no herir susceptibilidades ni en América ni en Madrid. Todavía en su encíclica de 1824 reconoce los derechos de España, como lo había hecho en 1816 Pío VII [13]; pero, ante los hechos consumados de una independencia efectiva, entró en relaciones directas con las nuevas naciones. En 1827 nombró a espaldas del rey a los arzobispos de Bogotá y Caracas y a varios obispos [14], política seguida todavía con más resolución y eficacia por Gregorio XVI [15].

Si quisiéramos caracterizar en dos palabras el curso de estas repúblicas durante este período, diríamos que, por una parte, entran en juego una serie de medidas sectarias, tanto regalistas como liberales, por parte de los gobiernos contra los institutos religiosos y contra la Iglesia, como confiscación de bienes, suspensión de relaciones con Roma, limitación de la libertad de los obispos, usurpación de derechos

[11] Por primera vez se están exponiendo de modo competente y sistemático estos interesantes problemas de conjunto de la Iglesia hispanoamericana y también brasileña en los editoriales de la revista editada en Méjico (ciudad) «Latinoamérica». Véanse, por ejemplo, *Problemas de la educación católica en América latina*, 22 (10 de octubre 1950), 456-458); *Misiones católicas en América latina*, 23 (10 de noviembre 1950), 504-510; *La escasez de clero en la América latina*, 24 (10 de diciembre 1950), 556-559, etc.

[12] P. DE LETURIA, S. I., *La emancipación hispanoamericana en los informes episcopales a Pío VII a la luz del archivo vaticano* (Buenos Aires 1935); *La encíclica de Pío VII (30 de enero 1816) sobre la revolución hispanoamericana* (Sevilla 1948); *La acción diplomática de Bolívar ante Pío VII* (Madrid 1925). Estos y otros estudios de este autor han sido luminosamente sintetizados en Méjico por D. OLMEDO, S. I. *La crisis máxima de la Iglesia católica en América española*, en «Memorias de la Academia de la Historia», 9 (Méjico 1950), 274-324. Puede verse también R. VARGAS UGARTE, S. I., *El episcopado en los tiempos de la emancipación sudamericana* (Buenos Aires 1945).

[13] P. DE LETURIA, S. I., *La célebre encíclica de León XII de 24 de septiembre de 1824 sobre la independencia de América a la luz del Archivo Vaticano*, en «Razón y Fe», 72 (1925), 32-47, y también más extensamente en «Historiches Jahrbuch der G. G.», 46 (1926), 235-332; ID., *Bolívar y León XII* (Caracas 1930); L. MEDINA ASENSIO, *Nuevas luces sobre la encíclica de León XII*, en «Estudios Históricos», 1 (Guadalajara, Méjico, 1943), 31-59. Está próximo a salir en la «Revista de Historia de América» (Méjico) el estudio definitivo del P. de Leturia sobre esta célebre encíclica.

[14] P. DE LETURIA, *Bolívar y León XII* (Caracas 1931).

[15] P. DE LETURIA, S. I., *Gregorio XVI y la emancipación de la América española*, en «Miscellanea Historiae Pontificiae», 14 (Roma 1948), 295-32, y también en la «Revista de América», 26 (Méjico 1948), 309-377. W. J. COLEMAN, *The first apostolic delegation in Rio de Janeiro and its influence in Spanish America* (Wáshington 1950).

eclesiásticos, separación entre la Iglesia y el Estado. Pero, por otra parte, culmina un esfuerzo constante del elemento católico por mantener la antigua civilización cristiana contra el laicismo liberal y la propaganda protestante, una valentía a toda prueba por defender los sacrosantos derechos de la Iglesia.

No poco contribuyó a mantener este espíritu la fundación en 1858 del Colegio Pío Latino Americano en Roma, del que hablamos más adelante. Constantemente han atendido el papa y los institutos religiosos a intensificar en aquellas regiones el apostolado y suplir la escasez de clero, que en medio de tanta revuelta no pudo formarse numeroso. Con este cuidado, se ha ido multiplicando la jerarquía, que en la actualidad está formada por unos 40 arzobispos, más de 108 obispos y 43 entre vicarios y prefectos apostólicos [16].

2. **Argentina** [17].—Consta suficientemente que los elementos eclesiásticos manifestaron un gran patriotismo desde los primeros movimientos de independencia. Sin embargo, el nuevo Estado mostró desde un principio marcada hostilidad a la Iglesia católica. Así aparece en la Asamblea constituyente de 1813, en la que podemos ver algunas disposiciones antieclesiásticas, y en los planes sectarios de Rivadavia de 1822. El romano pontífice mostró siempre un interés creciente por el nuevo Estado; sin embargo, la campaña antieclesiástica continuó intensificándose con el apoyo directo de las sociedades secretas.

Muerto Lué el año 1812, recibió algo más tarde un suce-

[16] Puede verse la enumeración de las diócesis en los cuadros sinópticos de B. LLORCA, S. I., *Atlas y cuadros sincrónicos de historia eclesiástica* (Barcelona 1950).

[17] A. PIAGGIO, *Influencia del clero en la independencia agentina* (Buenos Aires 1912); R. CARBIA, *La revolución de mayo y l Iglesia* (Buenos Aires 1945); F. LEGON, *Doctrina y ejercicio del Patronato Nacional [Argentino]* (Buenos Aires 1920); J. C. ZURETTI *Historia eclesiástica argentina* (Buenos Aires 1945); *Historia de la nación argentina*, dirigida por R. LEVENE, vol. 5 y 6 (Buenos Aires 1939 s.); MITRE, B., *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* (Buenos Aires 1867); ID., *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, 2.ª ed. (Buenos Aires 1890); UDADONDO, E., *Congresales de 1816. Apuntes biográficos* (Buenos Aires 116); PICCIRELLI, R., *Rivadavia y su tiempo* (Buenos Aires 1942); BELGRANO, M., *Historia de Belgrano* (Buenos Aires 1944-1945); COLOMBRES-MÁRMOL, E. L., *San Martín y Bolívar en la entrevista de Guayaquil a la luz de nuevos documentos definitivos* (Buenos Aires 1940); ESTRADA, J. M., *La política liberal bajo la tiranía de Rosas* (Buenos Aires 1940); GÁLVEZ, M., *Vida de J. M. Rosas* (Buenos Aires 1940); PADILLA Y BÁRCENA, *La Iglesia y la independencia argentina* (Buenos Aires 1910); CARRANZA, A., *El clero argentino de 1810 a 1820* (Buenos Aires 1917); ALAMEDA, J., *Argentina católica* (Buenos Aires 1935), ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia de la nación argenina* (Buenos Aires 1939); COPELLO, CARD. S. L., *Gestiones del arzobispo Aneiros en favor de los indios...* (Buenos Aires 1944).

sor en la persona de Mariano Medrano, quien fué finalmente preconizado obispo vicario apostólico de Buenos Aires en 1829 Esta sede fué elevada a metropolitana en 1865. La antigua sede de Córdoba era provista en 1830, y asimismo eran nombrados otros obispos. Poco después era creada la nueva diócesis de Panamá. Políticamente se desarrollaron incesantes luchas intestinas, que dieron ocasión al Brasil a ocupar el Paraguay y a la guerra de 1826-1828. Parecía que la anarquía iba a terminar con la subida a la presidencia de Juan Manuel Rozas en 1829 y, sobre todo, cuando asumió poderes dictatoriales (1835-1852). Pero este hombre, que empezó favoreciendo a la Iglesia, acabó queriendo esclavizarla; los jesuítas y otros religiosos, llamados primero por él, fueron expulsados. El despotismo de Rozas mezcló al país en una desastrosa guerra con Inglaterra, Francia y el Brasil (1849-50), hasta que abandonó el país.

El general Justo José de Urquiza (1852-1860), después de derribar a Rozas, inició tiempos mejores para el catolicismo. En 1855 se publicó la nueva Constitución, en que se declaraba a la religión católica religión del Estado y se basaba en la moral católica. El general Mitre, vencedor y sucesor de Urquiza en 1861, fué elegido como un verdadero presidente constitucional y fomentó constantemente la religión católica. Favoreció el Seminario, que hizo erigir en el lugar en que se halla actualmente, y estabilizó la jerarquía, obteniendo en 1865 la elevación de Buenos Aires a metropolitana con su primer arzobispo, Mariano José Escalada.

Estos triunfos incipientes de la Iglesia provocaron una reacción en los elementos anticlericales, por lo cual durante las presidencias que siguieron, de Sarmiento y Avellaneda, se intensificó cada vez más la campaña anticatólica de la masonería y de la prensa liberal. Esta campaña culminó en 1875 so pretexto de una pastoral del arzobispo Federico Aneiros, que fué el héroe más significado de la causa católica. Llegóse al extremo de publicar una contrapastoral replicando al prelado. Otro punto culminante de la campaña anticatólica fué la presidencia del general Julio A. Roca, durante la cual se llegó, en 1880, a verdaderos asesinatos de sacerdotes, pero sobre todo se manifestó en la célebre ley escolar de 1883, contra la enseñanza de la religión en las escuelas públicas. No mucho después se llegaba a la expulsión del representante del papa.

El fanatismo de las sectas y de los elementos liberales llegó a su colmo en 1890, y no ha cesado de perseguir desde entonces a la Iglesia en todas las formas posibles. Sin embargo, entonces precisamente se inició una gran reacción católica, que siguió en aumento y ha ganado extraordinariamente en nuestros días. A ello han contribuído eficazmente

las Ordenes y Congregaciones religiosas, entre las que sobresalen los salesianos, jesuítas y franciscanos. No obstante este avance católico, todavía en 1901 se intentó introducir la ley del divorcio; pero el intento fracasó. Las relaciones con Roma volvieron a reanudarse, y en 1907 se nombró un representante de la república ante la Santa Sede. Al mismo tiempo Roma estableció en Buenos Aires un internuncio apostólico. Por otra parte, no obstante las leyes contrarias del Estado y el esfuerzo constante de la masonería, de los liberales, de los socialistas y comunistas, la Iglesia católica ha incrementado sus instituciones. Así, en 1910 se estableció en Buenos Aires una universidad católica, y en 1918 se fundó un partido católico. La prensa católica cuenta con instrumentos considerables para su propaganda, si bien es verdad que no pueden compararse con los grandes rotativos liberales. La religión católica persiste como religión del Estado.

De la prosperidad del catolicismo dió buena muestra el Congreso Eucarístico internacional celebrado en Buenos Aires el año 1934, al que asistió como legado pontificio el entonces cardenal Pacelli. Existen misiones florecientes, particularmente en Patagonia, Las Pampas y Gran Chaco. En ellas trabajan sobre todo los salesianos, franciscanos y los misioneros alemanes de Steyl. Al Congreso Eucarístico nacional de 1944 asistieron unos 200.000 hombres. La jerarquía católica comprende en 1951 siete metropolitanos y 16 obispados, con un cardenal en Buenos Aires. Mas, por otra parte, la propaganda protestante es extraordinaria. Han fundado varios seminarios, y sólo en Buenos Aires han levantado en pocos años 125 templos.

3. **El Paraguay** [18].—Separado de la confederación argentina, el Paraguay en manos del Dr. Francia (desde 1811, dictador desde 1814 hasta 1840) corrió la suerte de una persecución sangrienta contra los católicos; el Dr. Francia depuso obispos, se arrogó el derecho de nombrar los cargos eclesiásticos y en 1823 disolvió todos los conventos, ahogando en germen la cultura.

Con alguna mayor moderación gobernó Carlos Antonio López; pero su hijo Francisco Solano López, que le sucedió, empobreció la tierra con continuas guerras, como las del

[18] M. A. DE MOLAS, *Descripción histórica de la antigua provincia del Paraguay, corregida, anotada y aumentada por A. J. Carranza* (Buenos Aires 1891); J. PASTOR BENÍTEZ, *Paraguay independiente y organización del Estado* (Buenos Aires 1941); E. CARDOZO, *Paraguay independiente* (Barcelona 1949), obra eruditísima, pero que concede escasa atención a las cuestiones eclesiásticas. Sobre el Dr. Francia, véase W. DE MORGESTERN, *El dictador del Paraguay, Dr. José Rodríguez de Francia* (Concordia 1923).

Brasil, Uruguay y la Argentina (1865-1869), y desató su furia contra el obispo Manuel Antonio Palacios, que había sido su partidario y consejero, y a quien mandó fusilar. Los religiosos estaban desterrados del país. Pasaron pronto aquellas borrascas, y el obispo de la Asunción, monseñor Aponte, y otros obispos trabajaron cuanto pudieron por el bien de la Iglesia. En la Constitución de 1870, la religión católica quedó como religión del Estado. En 1881 fué erigido un seminario en la Asunción, donde en 1847 se había establecido una sede episcopal. Poco a poco se fué robusteciendo la vida religiosa. En 1896, los salesianos fundaron un colegio en la Asunción y luego otro en Concepción. Ellos mismos tomaron en 1920 las misiones de indios a lo largo del río Paraguay. Y en 1910 los misioneros de Steyl emprendieron otras misiones entre los indios orientales. Otros religiosos siguieron luego estos ejemplos. Uno de los que más contribuyeron a fomentar este espíritu de religiosidad fué el obispo de la Asunción, Dr. Bogarín, a fines del siglo XIX. En 1929, su diócesis fué elevada a metropolitana. En 1934 se celebró con esplendor la beatificación de los mártires jesuítas Roque González, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo. En 1944 se celebró con entusiasmo un congreso eucarístico. Por otra parte, es muy intensa la propaganda protestante en este país, por lo cual los mismos prelados se han visto forzados a llamar la atención sobre ello. La jerarquía eclesiástica cuenta en 1951 con la sede metropolitana de la Asunción, dos obispos, un vicario y un prefecto apostólico. Actualmente, en el verano de 1951, inician los jesuítas españoles nuevos trabajos apostólicos en el Paraguay.

4. **Uruguay** [19].—Después de los esfuerzos del general Artigas por defender la autonomía frente a la Argentina, Uruguay fué ocupada por el Brasil en 1816. El año 1825, 33 emigrados en Buenos Aires emprendieron a las órdenes de Lavalleja la independencia de su país, y en 1828, en la paz de Río de Janeiro, se firmó ésta.

En la parte eclesiástica, en 1830 se establecía en Montevideo un vicariato apostólico, ocupado por el excelente sacerdote y gran patriota P. Dámaso Larrañaga. En 1878 fué elevado a sede episcopal y en 1897 a sede arzobispal.

Desde 1866 a 1869, las rivalidades entre Ribera y Oribe causaron la llamada guerra grande. Graves perjuicios causó

[19] Cf. A. CAMUSSO, *El padre Dámaso A. Larrañaga* (Montevideo 1922); L. A. PONS, *Biografía del Ilmo. Sr. Vera y Durán* (Montevideo 1904); J. F. SALABERRY, S. I., *La Iglesia en la independencia del Uruguay* (Montevideo 1930); J. ALVAREZ MEJÍA, *La Iglesia en el Uruguay*, en «Latinoamérica», 23 (1950), 493-499. Para la historia general del Uruguay, J. E. PIVEL DEVOTO, *Uruguay independiente* (Barcelona 1949).

a la Iglesia la dictadura del general Santos con sus leyes sobre el matrimonio civil y la prohibición de bautizar a quien no estuviese inscrito en el registro civil. La situación eclesiástica fué mejorando desde 1891; desde entonces hasta 1908 trabajó incansable el obispo Soler, y su labor fué fecundísima, preparando a los católicos contra la persecución, fundando escuelas provinciales y organizando las Conferencias de San Vicente de Paúl en todas las parroquias y círculos católicos de obreros. La situación del clero mejoró notablemente, y su formación se elevó con el Seminario de Montevideo, dirigido por los jesuítas. Lástima que la Constitución de 1919 sancionara la separación entre la Iglesia y el Estado, prohibiera la enseñanza religiosa en las escuelas y adoptara otras medidas liberales. Es una Constitución impregnada de anticlericalismo, y conforme a ella es la actuación oficial. Ultimamente va mejorando la situación de los católicos.

5. **Chile** [20].—Iniciada en 1810 la emancipación de Chile, se proclamó su independencia definitiva en 1818, después de la victoria de Cachabuco de 1817. El general O'Higgins fué proclamado director supremo (1818-1823); mas por su carácter despótico fué forzado a abdicar, y le siguió (1823-1830) la llamada *era de los pipiolos*, que se caracterizó por los trastornos del país. El gobierno de Prieto-Portales (1833-1841) dotó al país en 1833 de la Constitución que todavía lo rige y le dió un período de relativa paz. Desde el punto de vista eclesiástico, muy pronto O'Higgins envió a Roma un embajador y obtuvo la célebre misión Muzi. Por lo demás, desde el principio pudieron trabajar los jesuítas y otros religiosos, ayudados de una buena selección del clero, bajo la dirección del arzobispo de Santiago. Pero la república estuvo en continuas guerras con el Perú y los Estados del Plata, y hubo diversos conatos de persecución religiosa (en 1824, abolición de todos los conventos), por lo cual los progresos se hicieron muy difíciles. Los presidentes *Pérez* (1861-1871) y *Errarruriz* (1871-1876) cooperaron al resurgir de la Iglesia, que llegó a alcanzar gran prosperidad. Desde 1915 desarrollaron intensa actividad los liberales, y aun conquistaron el poder en 1918.

[20] Para la historia general: F. A. ENCINA, *Historia de Chile*, 16 vols. (Santiago de Chile 1940-1950); J. BASADE, *Chile, Perú y Bolivia independientes*. Para historia eclesiástica: *Estudio sobre la Iglesia en Chile desde la independencia*, por la ACADEMIA FILOSÓFICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO (Santiago de Chile 1887); C. SILVA COTAPOS, *Historia eclesiástica de Chile* (Santiago de Chile 1925); E. GONZÁLEZ ESPEJO, *Cuatro decenios de historia eclesiástica de Chile* (Santiago de Chile 1948).

Los católicos fundaron entonces su partido y han seguido luchando con perseverancia. Desde 1916 hay Nunciatura apostólica en Santiago, y aunque la Constitución de 1926 proclamó la separación de la Iglesia y el Estado, la Iglesia se ha desarrollado prósperamente. Uno de los instrumentos que más ha ayudado ha sido la Universidad Católica, fundada en 1888. La jerarquía, en 1951, comprende tres sedes metropolitanas, catorce obispados, un vicario y un prefecto apostólico. Los protestantes trabajan intensamente en este territorio. Para oponerse a su actividad, y juntamente a la acción del comunismo, se celebró en 1947 un concilio plenario.

6. **Perú** [21].—El virreinato del Perú era el centro de la América meridional. Defendiólo tenazmente su virrey Abascal (1806-16); pero, embestido más tarde por San Martín, éste entró en Lima en 1821 y proclamó la independencia. Sin embargo, no fué ésta definitiva. Recuperada Lima por los ejércitos reales, acudieron los generales Sucre y Bolívar en 1821 a consolidar la emancipación del Perú, que sólo fué definitiva en 1827. Durante los primeros años, la nueva república, y sobre todo la Iglesia católica, tuvo que atravesar continuos trastornos y revoluciones. Con los presidentes Santa Cruz (1836-1839) y Castilla (1845-1851, 1855-1862) se llegó, finalmente, a un período de relativa tranquilidad, interrumpida luego durante los decenios siguientes. De este modo, aun siendo un territorio abundante en riquezas naturales, se fué empobreciendo rápidamente. Las guerras con Chile en torno a las regiones de Tacna y Arica crearon gran malestar. Sólo en 1929 terminaron finalmente con la pérdida definitiva de Arica.

Estas vicisitudes repercutieron en toda la vida nacional y, por consiguiente, también en la vida de la Iglesia. Desde principios del siglo XX, el catolicismo va prosperando notablemente, gracias, sobre todo, al gobierno del presidente Laguía, que dió al país en 1920 una Constitución católica. La Constitución de 1933 garantiza plenamente la libertad religiosa.

[21] V. A. BELAUNDE, *Peruanidad. Elementos esenciales* (Lima 1943); BASADRE, o. c. en nota 20; M. F. PAZ SOLDAN, *Historia del Perú independiente*, 5 vols. (Lima 1868-1874). Para la historia eclesiástica, mientras no salga la del P. R. VARGAS UGARTE, S. I., hay que contentarse con C. F. SÁEZ GARCÍA, *Apuntes para la historia eclesiástica del Perú* (Lima 1876); VARGAS, N., *Historia del Perú independiente*, 8 vols. (Lima 1903-1917); WIESE, C., *Historia del Perú independiente* (Lima 1919); ID., *Historia del Perú y de la civilización peruana* (Lima 1917); CORTÉS VARGAS, C., *Participación de Colombia en la libertad del Perú*, 3 vols. (Bogotá 1924); RUBIO, D. A., *The present state of catholicism in Perú*, en «Cath. Hist. Rev.», 26 (1940), 1 s.; SCHMITZ, J., artic. en «Lex. Th. K.».

Sostiene el Perú relaciones normales con la Santa Sede, reconoce oficialmente las escuelas sostenidas por los institutos religiosos, y desde 1944 aprueba la validez de los grados conferidos por la Universidad Católica de Lima. La jerarquía católica consta en 1951 de cuatro arzobispos, once obispos y otras siete dignidades eclesiásticas.

7. **Bolivia** [22].—El movimiento iniciado el 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca tuvo su término en 1825 en el combate de Tumusla, con la independencia definitiva de Bolivia. Bolivia fué ayudada por Bolívar y por el general Sucre, quien entró victorioso en La Paz en 1825. Bolivia proclamó su independencia bajo la protección de Bolívar. Sin embargo, siguieron los desórdenes hasta que el mariscal Santa Cruz restableció la paz, unió en 1834 a Bolivia con Perú y dotó a ambos Estados de una Constitución. En 1839 volvieron a separarse, y desde entonces han continuado con frecuentes guerras civiles y trastornos interiores, así como también con luchas con los países limítrofes.

En medio de esta inseguridad y trastornos públicos, la Iglesia tuvo que sufrir graves consecuencias. La opresión se hizo crónica a través de todo el siglo XIX. Es interesante al mismo tiempo el trabajo realizado en las antiguas misiones entre los chiriguanos al norte y sur del Chaco. En 1935 se reanudó el trabajo de las llamadas reducciones entre los chiriguanos y tobas, los mosotones y guarayos. Desde principio del siglo XX, gracias a las quejas de Pío X, se realizó un cambio en la situación religiosa. En 1907 se estableció en La Paz un internuncio, y en 1925 la república fué consagrada al Sagrado Corazón. Este mismo año se trasladó a Sucre el antiguo obispado de La Plata, que hoy es sede metropolitana. En sus guerras con el Paraguay por el Chaco intervino varias veces Pío XI. Actualmente goza el catolicismo de relativa prosperidad, y la jerarquía comprende dos sedes metropolitanas, seis obispados y cinco vicariatos apostólicos.

8. **El Ecuador** [23].—Poco después de su separación de la Gran Colombia en 1830, Rocafuerte buscó y obtuvo el reconocimiento del papa en 1838. Pero bien pronto fué presa de la fiebre anticlerical que dominaba al liberalismo, pero que llevó también a un estado tal de decadencia, que hacia 1855 apenas existía ninguna escuela ni camino practicable en todo el país.

Las arbitrariedades del presidente Urbina, enemigo encarnizado de la religión, y la guerra con el Perú, obligaron al ferviente católico *García Moreno* a intervenir en la vida pública. Desde 1861 presidente de la república y reelegido en 1869 hasta 1875, gobernó con extraordinario talento organizador y entusiasmo patriótico y religioso; devolvió la paz, la prosperidad y el progreso al catolicismo en la nación ecuatoriana. En 1863 firmó un concordato con la Santa Sede, en el que no admitía otra religión que la católica y prohibía toda asociación condenada por la Iglesia; se comprometía, además, a favorecer a las misiones por la conversión de los infieles; llamó a los jesuítas para confiarles la educación, y, sostenido por el episcopado, hizo del Ecuador un Estado católico modelo. Fué el único Estado que como tal protestó contra la usurpación de los Estados pontificios.

Los liberales y la masonería juraron su muerte. Efectivamente, el 26 de agosto de 1875 caía víctima del puñal asesino con este grito en los labios: "Dios no muere". Dos años después moría envenenado el arzobispo de Quito, José Ignacio Checa.

A la muerte de García Moreno volvieron a turnar los partidos liberales con su irreligión, sectarismo y violencias contra la Iglesia. Nombremos a Ventimilla, Borrego y, sobre todo, Alfaro. En 1904, a ejemplo de Francia, se decretó la separación entre la Iglesia y el Estado, el destierro de los obispos, expulsión de los religiosos. La Constitución de 1906 no reconoce como oficial la religión católica. En 1927 se dieron severas disposiciones prohibiendo la entrada de sacerdotes extranjeros y aun de los nacionales residentes fuera del país, siendo así que la nación sufre gran escasez de clero. Este estado de cosas ha ido mejorando, sobre todo desde el concordato de 1937. La jerarquía católica, en 1951, comprende cuatro arzobispos, trece obispos, cuatro vicarios y diez prefectos apostólicos.

9. **Colombia** [24].—En la guerra de la independencia, el libertador Bolívar formó la Gran Colombia con Nueva Gra-

[22] F. Reyes y J. D. Cortés, *Galería de hombres célebres de Bolivia* (Santiago de Chile 1869); G. Aliaga, *Compendio de historia de Bolivia* (La Paz 1903); Basadre, o. c. en nota 20; L. M. Losa, *Historia del obispado y de la catedral de La Paz* (La Paz 1939).

[23] J. le Gohuir y Roda, *Historia de la república del Ecuador* (Quito 1935). Para lo eclesiástico: J. Tobar Donoso, *La Iglesia ecuatoriana en el siglo XIX*, 2 vols. (Quito 1935 ss.); C. Vela Monsalve, *Relaciones entre la Iglesia y el Estado ecuatoriano*, en «Hispanoamérica», 22 (1950), 444-446. En especial para García Moreno pueden verse las biografías de A. Berthe (1888), A. G. Kaufmann (1891), R. Patee (1941) y M. Gálvez (1945).

[24] J. B. Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América meridional* (Bogotá, última ed. 1943-1945), 5 vols.; G. Arboleda, *Historia contemporánea de Colombia* (Bogotá 1918). Para lo eclesiástico, fuera de las monografías del P. Leturia, citadas anteriormente: J. M. Groot, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, 3 vols. (1.ª ed. Bogotá 1869-1870); J. P. Restrepo, *La Iglesia y el Estado en Colombia* (Medellín 1885); J. Restrepo, Posada, *Historia de la diócesis de Popayán* (Bogotá 1945).

nada (a la que pertenecía Panamá hasta 1903), Venezuela y Ecuador; mas pronto se desmembraron estas últimas repúblicas. En la de Nueva Granada, que cambió diversas veces de nombre, llamada Colombia desde 1876, pronto se iniciaron relaciones con la Santa Sede en tiempo del mismo Libertador. Pero a mediados del siglo comenzó una era de persecución consagrada por la Constitución de 1851. La resistencia no se hizo esperar; pero el héroe de esta campaña de resistencia fué el arzobispo de Bogotá, Manuel José de Mosquera, que mereció los elogios de Pío IX. El gobierno sectario acabó por desterrarle. En 1861 hay que anotar otro recrudecimiento de persecución, con expulsión de los jesuitas y destierro de los obispos, hasta 1885. Los conservadores fueron robusteciéndose, y la Constitución de 1886 declaró religión del Estado la católica. Firmóse en 1887 un concordato, ratificado y completado en 1893. Con la subida al poder de Rafael Reyes en 1904, se abrió un período de gran prosperidad y paz, que continuó con Carlos E. Restrepo.

En 1900, León XIII reorganizó la jerarquía. A partir de este tiempo, la vida católica se pudo desarrollar con relativa prosperidad hasta nuestros días. De este modo se preparó el establecimiento de un nuncio pontificio en 1917. Por desgracia, en 1930 se apoderaron del gobierno los liberales, por desunión de los conservadores, y disminuyó durante algún tiempo el favor otorgado a la religión. Sin embargo, en 1945 se celebró en Bogotá un Congreso Católico Internacional de Educación. Colombia posee una Universidad Católica en Bogotá, y, aunque en 1949 el comunismo intentó asaltar el poder, cometiendo actos de vandalismo, la situación religiosa se ha robustecido en los últimos años.

Los protestantes han emprendido hace pocos años la conquista de Colombia y ya poseen en Bogotá grandes colegios. Frente a los mismos, el presidente Ospina Pérez ha declarado que quiere gobernar conforme a las directrices pontificias. La jerarquía católica, en 1951, comprende cuatro arzobispos, trece obispos, cuatro vicarios y diez prefectos apostólicos. La *Universidad Javeriana* católica de Bogotá y la Bolivariana de Medellín han dado muestras de vida pujante. Desde 1946 volvieron los conservadores a conquistar el poder con Mariano Ospina, y desde 1950 un presidente tan íntegramente católico como Laureano Gómez rige los destinos de Colombia. Tanto en la jerarquía eclesiástica como en el campo intelectual y literario, Colombia puede gloriarse de figuras como los arzobispos Herrán Arbeláez y Herrera Restrepo, y de escritores católicos como Miguel Antonio Caro, Rufino Cuervo, Marco Fidel Suárez, Guillermo Valencia, etc.

10. **Venezuela** [25].—La fobia anticlerical hizo riza en Venezuela desde su emancipación. En 1839, los conventos de religiosos fueron suprimidos, y los bienes eclesiásticos confiscados. Para 1855 apenas quedaban en el país 110 escuelas en 565 parroquias. Sin embargo, en esta época destaca la figura del insigne *Silvestre Guevara,* arzobispo de Caracas, que en 1862 llegó a obtener un acuerdo con la Santa Sede, por el que se otorgaban al presidente amplios derechos de patronato y nombramiento de los obispos. Pero el presidente Guzmán Blanco (1873-1877), quien se arrogó el pomposo título de *Ilustre Americano,* emprendió una guerra cruel contra la Iglesia, confiscando sus bienes y exigiendo el matrimonio civil antes del canónico. Sus primeras víctimas fueron las Congregaciones religiosas, el episcopado y el clero en general. Pero en 1875 el mismo Blanco hubo de confesarse vencido y retiró sus leyes anticlericales. Don Cipriano de Castro estuvo a punto de meterse en una guerra con Inglaterra, Alemania e Italia; pero la intervención de los Estados Unidos la impidió.

Desde el gobierno autocrático de J. V. de Gómez, iniciado en 1909, la Iglesia ha podido desenvolverse con cierta libertad. La Compañía de Jesús, por voluntad de los obispos, se encargó en 1917 del Seminario interdiocesano de Caracas. En la misma ciudad se abrió en 1923 el Colegio de San Ignacio, que, secundado por otros centros de enseñanza, dirigidos por religiosos, ha influído en recatolizar el ambiente. En la Constitución, modificada por última vez en 1929, la religión católica es declarada oficial, aunque se consienten las demás confesiones. Sin embargo, los partidos liberales no desarman su fobia anticlerical, y el partido comunista ha puesto a la nación en graves trances.

La prensa católica va organizándose, y sobre todo un fuerte grupo de católicos conscientes, con un magnífico programa político y social, laboran con denuedo y con éxito. La jerarquía consta en la actualidad de dos arzobispos, ocho obispos, un vicario y un prefecto apostólico.

En la misión del Caroní se han distinguido desde antiguo los celosos misioneros capuchinos.

---

[25] J. GIL FORTOUL, *Historia constitucional de Venezuela,* 2 vols., 2.ª ed. (Caracas 1930). Para lo eclesiástico: N. E. NAVARRO, *Anales eclesiásticos venezolanos* (Caracas 1929); ID., *Disquisición sobre el patronato eclesiástico en Venezuela* (Caracas 1931); ID., *Actividades diplomáticas del general D. O'Leary en Europa* (Caracas 1939); M. TALAVERA Y GARCÍA, *Apuntes de historia eclesiástica de Venezuela* (Caracas 1929); M. WATTERS, *A History of the Church in Venezuela 1810-1930* (Chapel Hill 1933).

11. Centro - América[26]. — Centro-América se mantuvo tranquila y fiel a Madrid hasta que en 1821 se supo el plan de Iguala. Entonces se declaró independiente. Después fué incorporada al imperio mejicano, y así siguió en gran parte su suerte.

Más tarde se convirtió en república federal de Centro-América, y, por fin, en 1833 se disolvió esa federación, para formar las repúblicas independientes de Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua y San Salvador.

Costa Rica.—Desde 1833 vivió vida independiente, siendo siempre muy amante de la paz. En 1850 fué erigida la sede episcopal de San José de Costa Rica, que en 1921 fué elevada a metropolitana. En 1852 se llegó a un concordato con la Santa Sede, y, según la Constitución, la religión católica es la oficial del Estado, el cual se obliga a sufragar los gastos del culto y de las misiones. Desde 1884 a 1886 celebróse un breve *Kulturkampf* mientras dominaron los radicales; pero desde entonces se ha distinguido por el orden y adelanto cultural. En 1935 se estableció el primer centro de Acción Católica. El nuevo código del trabajo de 1943 está basado en los principios católicos.

Guatemala.—Después de algunos movimientos por la independencia, realizados desde 1811, ésta fué proclamada en 1821 en unión con los demás Estados de Centro-América. En 1824 se formó la Constitución de la nueva república federal. Al deshacerse ésta, quedó Guatemala independiente bajo el mando de Mariano Gálvez, de tendencias radicales. Su desarrollo civil y religioso experimentó muchos trastornos. Fué particularmente intensa la acción anticatólica de la masonería desde 1871 a 1926, sobre todo desde 1900, con los presidentes Cabrera y Orellana. Ya en 1872 fueron suprimidas las Ordenes y Congregaciones religiosas y declarada la separación de la Iglesia y del Estado. En 1926 comenzó un nuevo período de paz religiosa. La jerarquía eclesiástica fué organizada en 1928. El único seminario, que llevó vida precaria hasta 1936, fué encargado en esa fecha a la Compañía de Jesús. En 1943 se celebró una procesión eucarística en la capital, que hacía sesenta años no había visto ninguna. Actualmente mantiene relaciones diplomáticas con la Santa Sede. La jerarquía eclesiástica en 1951 comprende un arzobispo y dos obispos.

[26] K. von Schumacher, *México und die Staaten Zentral Amerikas* (Zurich 1928); G. Rouma, *L'Amérique latine... II. Méxique, Guatemala* (Bruselas 1949). Para lo eclesiástico: B. T. Thiel, *Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica* (San José de Costa Rica 1896); S. R. Vilanova, *Apuntamientos de historia patria eclesiástica* (San Salvador 1911); M. P. Holleran, *Church and State in Guatemala* (Nueva York 1949); J. F. de Pinedo, S. I., *Luces y sombras en el catolicismo nicaragüense*, en «Eca», 5 (1950), 13-23.

Honduras.—Declarada su independencia en 1821, tuvo que defenderla poco después frente al imperio mejicano. Su primera Constitución data de 1825, y desde 1839 quedó desligada de la república federal de Centro-América. En la cuestión religiosa, Honduras fué víctima del espíritu liberal y del influjo de la masonería. El Estado llegó a confiscar los bienes eclesiásticos. Según la Constitución, la religión católica es preferida, pero no recibe subsidio alguno del Estado. El resultado ha sido una gran pobreza en las iglesias y gran escasez de sacerdotes. Hasta 1916 existía el obispado de Comayagua, sufragáneo de Guatemala. Pero en 1916 se erigió la iglesia metropolitana de Tegucigalpa. A partir de 1933 se establecieron relaciones oficiales con la Santa Sede. Además de la sede indicada, la jerarquía comprende un obispo y un vicario apostólico.

Nicaragua.—Obtenida su independencia en 1821, tuvo Nicaragua en 1826 su Constitución particular, y desde 1839 vivió vida independiente del bloque de Centro-América, si bien en 1842 volvió a unirse por breve tiempo con Costa Rica y Honduras. Su historia ha seguido los vaivenes de la política de Centro-América. La situación religiosa ha sido bastante confusa. Persiste la separación de la Iglesia y el Estado, pero con preferencia a la católica. Desde 1861, Nicaragua mantiene un concordato con la Santa Sede, ratificado en 1862. Todo el territorio estuvo hasta 1913 bajo el obispado de Nicaragua, con sede en León. En esta fecha fué erigida la sede metropolitana de Managua. Existen además actualmente tres obispos y un vicario apostólico. La vida católica ha adquirido bastante consistencia. El protestantismo trabaja intensamente por ganar adeptos.

El Salvador.—Independiente de España desde 1821, unido con el imperio mejicano y luego en 1824 con la república de América Central, siguió luego durante el siglo XIX una serie de trastornos que no terminaron hasta el siglo XX. En 1862 se concluyó un concordato con la Santa Sede; pero, esto no obstante, sus relaciones con la Iglesia fueron hostiles. Habiéndose apoderado el Estado de sus bienes, la Iglesia quedó sumamente empobrecida; en 1842 fué erigido el obispado de San Salvador. En 1913 se reorganizó la jerarquía, elevando a San Salvador a sede metropolitana y creando otros tres obispados. La Constitución de 1924 concede completa libertad de religión. Por otra parte, existe en los últimos decenios un gran resurgimiento católico. En 1942 se celebró con gran esplendor un congreso eucarísico.

12. **Méjico** [27].—Después de los azares de la guerra de independencia, se proclamó en 1822 Iturbide emperador de Méjico, tomando el nombre de Agustín I. Pero su estrella le llevó a terminar fusilado. Con su caída se iniciaron una serie de guerras civiles. En todo este tiempo, los cabecillas, preocupados por defender sus propios derechos, dejaron en relativa paz a la Iglesia, que entre las dificultades propias de tales tiempos perturbados iba progresando. Hubo también sus ímpetus sectarios: en 1833 quedaron secularizadas las misiones y los religiosos fueron perseguidos. La verdadera persecución religiosa contra la Iglesia la inició el indio Benito Juárez, quien desde 1861 hasta 1872 se constituyó en dictador sanguinario; despojó a la Iglesia de todas sus posesiones y propiedades, desterró a los obispos, persiguió a los religiosos y, en su fobia anticlerical, prohibió hasta el hábito talar.

Tan caótica era la situación de Méjico, que intervino Europa para poner orden. Fué proclamado emperador Maximiliano, hermano de Francisco José de Austria; pero el 1867 cayó en manos de Juárez y fué fusilado [28]. Con esto se agudizó la persecución religiosa: en 1874 se proclamó la separación de la Iglesia y el Estado.

Pero vinieron días mejores. Durante el largo gobierno de Porfirio Díaz, quien con breves interrupciones gobernó desde 1877 hasta 1911, la Iglesia gozó de relativa libertad. Después de tantas guerras y del despojo de Texas, Nuevo Méjico y Alta California, perpetrado en 1848 por los Estados Unidos, el país con Porfirio Díaz fué reponiéndose.

[27] F. BANEGAS SALVÁN, *Historia de Méjico*, 2 vols. (Morelia 1923); M. CUEVAS, S. I., *Historia de la nación mejicana* (Méjico 1940); J. BRAVO UGARTE, S. I., *Historia de Méjico*, 3 vols. (Méjico 1941-1944); T. ESQUIVEL OBREGÓN, *Apuntes para la historia del Derecho en Méjico*, 4 vols. (Méjico 1946-1948); J. H. L. SCHLARMAN, *Méjico, tierra de volcanes. De Hernán Cortés a Miguel Alemán* (Méjico 1950). Para lo eclesiástico: M. CUEVAS, S. I., *Historia de la Iglesia en Méjico*, vol. 5 (Tlalpán 1928), apasionado y polemista; L. MEDINA ASCENSIO, *La Santa Sede y la emancipación mejicana* (Guadalajara 1946); A. P. MOCTEÇUMA, *El conflicto religioso de 1926. Sus orígenes. Su desarrollo.. Su solución* (Méjico 1926); J. RAMÍREZ CABAÑAS, *Las relaciones entre Méjico y el Vaticano* (Méjico 1928), tendencioso; LÓPEZ GUTIÉRREZ, G., *Chiapas. Historia general*, 2 vols. (Méjico 1934); JUNCO, A., *Un siglo de Méjico. De Hidalgo a Carranza* (Méjico 1934); ID., *Carranza y los orígenes de su rebelión* (Méjico 1935); ESTRADA, J., *Un siglo de relaciones internacionales de Méjico* (Méjico 1935); UGARTE, J. B.: *Historia de Méjico. Independencia, caracterización política...*, 3 vols. (Méjico 1944); ROEDER, R., *Juárez and his México. A biographical history* (Nueva York 1947); BOSCH GARCÍA, C., *Problemas diplomáticos del Méjico independiente* (Méjico 1947); CASTAÑEDA, V., *Méjico en los primeros años de su independencia*, en «Bol. Ac. Hist.», 120 (1947), 439

[28] O. HELLINGHAUS, *Maximilian von Mexico* (Freiburg Br. 1928); BASCH, S., *Maximiliano de Méjico*, en Colección Cisneros, 21 (Madrid 1943).

Con esta paz y bienestar los católicos llegaron a ser la inmensa mayoría de la nación; se organizó el clero, y los institutos religiosos desarrollaron una fecunda labor de apostolado y de educación. Los obispos, reunidos en diversos concilios provinciales, determinaron en 1896 dar el mayor auge posible a las escuelas.

No faltaban campañas anticlericales de los liberales, socialistas y masones; pero, en general, los católicos salían triunfantes.

Sin embargo, Méjico tiene la desgracia de estar cerca de los Estados Unidos y de tener mucho petróleo. Con la caída de Porfirio Díaz en 1911, se desataron las fobias religiosas. Como ya se preveía la lucha, el partido católico se organizó entre 1911 y 1913: surgieron asociaciones juveniles, asociaciones de padres de familia y de caballeros de Colón. Pero el antiguo pistolero Villa y algunos ambiciosos militares y políticos convirtieron la nación en un volcán de guerras y revueltas. En 1915 subió Carranza al poder con el apoyo de los Estados Unidos; al punto emprendió el aniquilamiento de la Iglesia con las leyes más inicuas, que culminaron en la Constitución de Querétaro de 1917. Por ellas se imponía en las escuelas la enseñanza atea, se proscribía el celibato, se prohibía el estado y los votos religiosos y toda manifestación de culto público, se declaraban propiedad del Estado las iglesias y los establecimientos eclesiásticos [29].

Ya en 1917 habían sido apresados o habían tenido que huir los obispos y millares de sacerdotes, religiosos y religiosas. En los últimos años de su gobierno, Carranza suavizó algún tanto la persecución; pero la Constitución y las leyes sectarias subsistían. Obregón, desde 1923, se encargó de urgirlas; pero sobre todo el Nerón de los tiempos modernos, el impío Elías Calles, desde 1925 se propuso aniquilar por completo el catolicismo mejicano; con pretexto de aplicar la Constitución de 1917, exigió se registraran todos los eclesiásticos y obtuvieran permiso gubernamental para ejercer toda cura de almas. El pueblo católico mejicano reaccionó con el más admirable heroísmo.

Los obispos respondieron con el entredicho, que levantó Pío XI por ser perjudicial a la larga para los mismos cató-

[29] Entre la abundante literatura sobre la persecución de Méjico, citaremos solamente: GIBBON, T. E., *México under Carranza* (Nueva York 1929); *Note e documenti intorno alla persecuzione religiosa nel México* (Roma 1927); SENDER, R. E., *El problema religioso en Méjico* (Madrid s. a.); GUTIÉRREZ, J. G., *Apuntamiento de historia mejicana* (Madrid 1922); ECHEVARRÍA, J., *La persecución sangrienta contra la Iglesia católica en Méjico* (Córdoba 1927); *La lucha de los católicos mejicanos* (Tarragona 1927); LA DIVINIE, L., *Les phases de la persécution au Méxique* (París 1929); CUNEO, M., *Le Méxique et la question religieuse* (Turín 1931).

licos. La persecución no amainaba; costó la vida a muchos sacerdotes y religiosos, entre los que descuella el P. Agustín Pro, S. I., cuya causa de beatificación se tramita en Roma; se desterró a seis obispos y tres delegados apostólicos. En medio de las protestas del papa en su encíclica *Iniquis afflictisque,* de noviembre de 1926, que calificó a esta política sectaria de "persecución diocleciana", y ante la admiración indignada de todos los buenos, la prensa mundial hizo la conjuración del silencio, como obedeciendo a una consigna.

En 1929 se llegó a un *modus vivendi* precario, y, aunque ahora reina mayor libertad, todavía la persecución oficial no ha cesado, ni han cesado una serie de medidas encaminadas a descristianizar la escuela y la nación.

La actitud de los católicos y del episcopado ha sido ejemplar. El nuevo presidente, Avila Camacho, inauguró el actual período de tolerancia. Con esto, la Iglesia ha vuelto a desarrollar su actividad, si bien todavía con algunas limitaciones. Entre 1942 y 1945 fueron abiertas al culto casi todas las iglesias, y en 1945 se restituyeron los libros confiscados a los religiosos y seminarios. Por otra parte, la labor de los protestantes es sumamente intensa. Pasan ya de 250.000 los miembros de que cuenta y de mil los pastores. La jerarquía católica, en 1951, comprende ocho metropolitanos, veinticinco obispos y un vicario apostólico. Es sumamente interesante la actividad que se desarrolla en las misiones de los tarahumares y otras. La prensa diaria católica representa una fuerza considerable y muy eficaz. También merecen citarse por sus constantes campañas en pro de las sanas doctrinas la *Revista Católica, El Mensajero del Corazón de Jesús* y, últimamente, *Latinoamérica.*

13. Las Antillas.—El primer establecimiento de España en América fué en la isla Española o de *Santo Domingo-Haití* [30]. Esa fué la primera arrebatada a la corona de España por filibusteros franceses en 1664, y, finalmente, en el siglo XIX quedó dividida en dos repúblicas, la de Haití, de predominio negro, y la de Santo Domingo, de predominio europeo. En Haití escasean bastante los sacerdotes, procedentes en su mayoría de Francia, Bélgica y Canadá. En 1930 se estableció una Nunciatura apostólica. La jerarquía comprende un metropolitano en Puerto Príncipe y cuatro obispos.

[30] F. N. Leser, *Haiti, his history and his detractors,* 3 vols. (Nueva York 1907); L. Montagne, *Haiti and the United States 1714-1938* (Cambridge 1940); Pl. James, *Les jacobins novis. Toussant Louvertur et la révolution de Saint-Dominique* (París 1949). Para Santo Domingo: E. Deschamps, *República Dominicana* (Barcelona 1907); J. G. García, *Compendio de la historia de Santo Domingo,* 4 vols. (Santo Domingo 1893-1906). Para lo eclesiástico: C. Novel, *Historia eclesiástica de la arquidiócesis de Santo Domingo,* 3 vols. (Roma, Santo Domingo, 1913-1915).

La república *Dominicana* forma la parte oriental de la isla de Haití. En ella se encuentra la antigua sede de Santo Domingo, erigida en 1511 juntamente con San Juan de Puerto Rico. En 1870 fué restablecida por Pío IX y actualmente depende inmediatamente de la Santa Sede y ostenta el título antiguo de primada de Indias. La población, en su inmensa mayoría católica, manifestó sus sentimientos cristianos en el terremoto de 1946. Desde 1930 existe un nuncio apostólico.

Cuba. La perla de las Antillas [31].—Cuba fué la última que se separó de España. El movimiento liberal de 1820 produjo en la isla un desbordamiento de la prensa contra España. Valiéndose de esa circunstancia, los Estados Unidos comenzaron a maquinar para anexionarse esta codiciada perla. Lo intentó el insurrecto López en 1850, pero fué fusilado. Al ver que no progresaba el movimiento anexionista, comenzaron a tremolar la bandera de la independencia. En 1868 estalló la guerra de los diez años con Agramonte y Máximo Gómez; a continuación continuó la llamada Guerra Chica. Al ver estos chispazos de independencia, Maura propuso una reforma autonómica en 1895; como el proyecto fracasó, estalló la lucha decisiva con Máximo Gómez, los hermanos Maceo y la indelicada intervención de los Estados Unidos. La nueva república quedó, por fin, independiente en 1902; pero bajo el control de los Estados Unidos, a las veces demasiado sensible y tangible.

El catolicismo, pujante en la isla en tiempo de las antiguas colonias, sufrió en el siglo XIX las consecuencias de las perturbaciones político-religiosas de la metrópoli y el influjo nefasto de la masonería. La indiferencia religiosa, unida a un clima enervador, degeneró en cierta dejadez de las prácticas religiosas y desnivel de costumbres. Privado el clero del crecido subsidio que recibía de España, le ha sido difícil desarrollar un apostolado fecundo.

En medio de los abusos dictatoriales del tiempo de Machado, las Ordenes y Congregaciones misioneras pudieron trabajar libremente en Cuba. Hoy, gracias a estos esfuerzos y progresos, a pesar de los avances del comunismo y del peligro común a toda Hispanoamérica, pero aquí más inmediato por la presencia norteña de la infiltración protestante, se puede decir que el aspecto religioso de la isla está transformado y la misma juventud católica emula el brío de las de otras naciones. Instituciones como el Colegio de Belén,

[31] V. Morales, *Nociones de historia de Cuba* (La Habana 1904); B. Rauch, *American interest in Cuba* (Nueva York 1948). Para lo eclesiástico: J. M. Leiseca, *Apuntes para la historia eclesiástica de Cuba* (La Habana 1938); J. Amigó, S. I., *La Iglesia católica en Cuba,* en «Razón y Fe», 137 (1948), 296-310.

cuyo influjo espiritual se prolonga hasta en la juventud universitaria, son gloria y esperanza del catolicismo cubano. La jerarquía católica comprende dos arzobispos y cuatro obispos.

Puerto Rico.—Al separarse de España en 1898 al mismo tiempo que Cuba, quedó bajo la dependencia de los Estados Unidos. La Iglesia, que había gozado de relativa prosperidad, se vió privada desde entonces de toda ayuda económica y acometida por diversas sectas protestantes. Este es su mayor peligro en la actualidad. La sede de Puerto Rico, erigida en 1511, fué algún tiempo sufragánea de Sevilla, de Santo Domingo y de Santiago de Cuba; pero en 1924 fué dividida en dos diócesis, que dependen inmediatamente de Roma.

V. Problemas comunes de la América latina

1. Concepto de América latina [32].—En el lenguaje de la Secretaría de Estado de Pío VII, León XII, Pío VIII y Gregorio XVI se reservaba casi exclusivamente el nombre de *América*, sin aditamentos, a la América de lengua española. El Canadá, los Estados Unidos de América y el Brasil se denominan generalmente con esos apelativos. Desde Pío IX, en cambio, se generaliza el llamar simplemente América a los Estados Unidos, y forman con el Brasil y las repúblicas de lengua española un bloque uniforme bajo la designación de *América latina*. Este nombre, consagrado por la fundación del Colegio Pío Latino Americano (1858) y, sobre todo, por el concilio plenario Pío Latino Americano (1899), ha pasado a la nomenclatura de las Ordenes religiosas y también—en el orden político y cultural—a la literatura italiana y francesa, muy propensa a ver en el *Latino-América* la huella preponderante de la propia sangre e ideología, con olvido o menor aprecio de lo español y lusitano [33]. El concepto *eclesiástico* de *América latina* se refiere al común origen hispano-portugués de sus pueblos, al habla de tipo latino, a ciertos rasgos comunes de organización, virtudes y deficiencias de sus iglesias y misiones de infieles, y sobre todo a los decretos y privilegios comunes dados por el citado concilio plenario. Creemos que hoy día se ha debilitado mucho la cohesión de ese concepto eclesiástico, pues la promulgación del Código

[32] Cf. el interesante artículo de P. Termoz en el «Dictionnaire de Théologie Catholique» de Vacant-Mangenot, vol. 1, col. 1082: *Amérique latine*, que enumera el origen y las características del término.

[33] Cf. *Europa. América latina*, publicado por la Comisión Argentina de Cooperación Intelectual (Buenos Aires 1937); J. de Lauwe, *L'Amérique ibérique* (París 1937).

de Derecho Canónico ha uniformado notabilísimamente la disciplina de aquellas regiones con la general de la Iglesia occidental, y la diversidad de lenguas y desarrollo histórico entre el Brasil e Hispanoamérica se acentúa más y más cada día. Puede verse un reflejo de este hecho en la fundación del *Pontificio Colegio Brasileño* de Roma, desglosado en 1929 del antiguo *Pío Latino Americano*. Ese no es ya más que un hogar hispanoamericano, cuyo nombre no responde ni a la realidad ni a su fundación.

2. Concilio plenario.—Muchas veces había habido en la América española concilios provinciales, de indudable eficacia para el buen régimen de aquellas iglesias; pero hasta fines del siglo XIX no se pensó en reunir uno plenario, al que asistiesen representantes de todas las diócesis americanas de habla luso-española y en el que se discutiesen los problemas comunes a todas.

Al determinar el sitio de reunión, se creyó, muy acertadamente, que ningún lugar más a propósito que Roma, a la vista del sumo pontífice, lo cual acrecía externamente su dignidad y prestigio, al mismo tiempo que facilitaba la tramitación y despacho de muchas cuestiones.

León XIII lo anunció el 25 de diciembre de 1898. Debían asistir todos los arzobispos y también los obispos de aquellas repúblicas donde no hubiese más que una diócesis. De todas las provincias eclesiásticas debían venir uno o varios obispos en representación de los demás, cuya presencia no era obligada. Desde el día 28 de mayo hasta el 9 de julio de 1899 congregáronse en el Colegio Pío Latino Americano 12 arzobispos y 41 obispos, presididos por un delegado del papa, que al principio fué sucesivamente cada uno de los arzobispos, y desde el 26 de junio el cardenal Vives y Tutó. Los secretarios fueron dos: Mons. Montes de Oca, obispo de San Luis de Potosí (Méjico), y Mons. Do Rego Maia, obispo de Petrópolis (Brasil).

En 16 capítulos recogieron importantísimas deliberaciones y decretos acerca de la fe y de la Iglesia católica, del culto divino, de la jerarquía, de la educación clerical, de la enseñanza religiosa, del apostolado y de la caridad, de los beneficios eclesiásticos, de los derechos y bienes de la Iglesia, etc. Las actas expresan bien la trascendencia de este concilio, y lo proclamaron los obispos al escribir a su clero: "Nihil in tota America latina post eius conversionem maioris momenti unquam factum est, quod solemni celebrationi concilii plenarii antecedat splendore, magnificentia et gratiarum ubertate". Al despedirse del papa el 10 de julio, los obispos oyeron de labios de León XII la más cálida recomendación de las decisiones tomadas por el concilio sobre la elección

de los seminaristas y su formación doctrinal y espiritual para el sacerdocio.

Los múltiples seminarios y facultades teológicas y universidades católicas que han ido surgiendo en aquellos países son fruto de aquellas preocupaciones y la mejor esperanza del porvenir.

Como la falta de clero se sigue todavía notando, las Ordenes religiosas no han dejado nunca de enviar desde España continuos refuerzos, principalmente de jesuítas, franciscanos, capuchinos, dominicos, agustinos, claretianos, paúles, de tal suerte que aquellas repúblicas, emancipadas políticamente de la madre patria, siguen recibiendo la savia espiritual del viejo tronco hispánico, bien que cooperen también bastantes religiosos de Italia, Francia, Suiza y Alemania y Estados Unidos.

3. **Pontificio Colegio Pío Latino Americano** [34].—De extraordinaria importancia en el desarrollo de la Iglesia católica en las diversas naciones latino-americanas ha sido el Colegio Pontificio Pío Latino Americano de Roma, fundado el año 1858.

Su primera idea se debe a Mons. José Ignacio Víctor Eyzaguirre, nacido en Chile, donde se ocupó durante sus primeros años de sacerdocio en una actividad apostólica eficaz y duradera. Pero, advirtiendo que, tanto en su patria como en las demás naciones americanas de origen español y portugués, era absolutamente necesario formar sólidamente muchos y buenos sacerdotes, se dirigió a Roma el año 1857 y propuso su idea favorita de fundar un Colegio Latino Americano para la formación de sacerdotes de habla española o portuguesa. Pío IX, quien conservaba una especial predilección a Sudamérica desde que formó parte de la misión Muzi en Chile, acogió con entusiasmo la idea y protegió su realización y desarrollo.

En efecto, el nuevo Colegio fué erigido el 21 de diciembre de 1858. Su primera sede estuvo en S. Andrea della Valle, y desde un principio fué confiado a la Compañía de Jesús. Tomando como modelo el antiguo Colegio Romano, fundado por San Ignacio, se procuró desde un principio infundir en sus alumnos una formación sólida y segura, para lo cual se estableció muy pronto una ordenación escolar que substancialmente ha persistido hasta el presente. Para la enseñanza, la cuestión quedó resuelta sin dificultad, pues sus alumnos

[34] Véanse: MAINA, P., S. I., *Il Pontificio Collegio Pio Latino Americano nel LXXV anniversario della sua fondazione in Roma (1858-1933)*, en «La Civ. Catt.» (1933), vol. 4, p. 272 ss.; VELLA, P. X., art. *American College*, en «The Catholic Encyclop.»; *Liber saecularis Historiae Soc. Ies.* (Romae 1914), p. 192 s.

asistieron desde un principio al Colegio Romano, más tarde Universidad Gregoriana.

De gran interés fué su desarrollo material y el aumento constante de alumnos. Con el apoyo directo del romano pontífice, se pudo adquirir en 1859 un amplio edificio cerca de la iglesia de la Minerva. El mismo papa aumentó su dotación, al mismo tiempo que Mons. Eyzaguirre recogía fondos en América y daba un impulso cada vez más próspero a su obra. El año 1864, Pío IX hizo un donativo extraordinario de una gran cantidad de libros, que forman la base de su bien nutrida biblioteca. Nuevas asignaciones del papa, la construcción de una amplia capilla a expensas suyas, la concesión de su propio nombre al Colegio, que, por lo mismo, es designado como Pío Latino Americano, y otros favores semejantes, justifican el título de fundador dado a Pío IX.

El año 1867, con asistencia del cardenal Sacconi, protector del Colegio, se inauguró su segunda sede, que fué el antiguo noviciado de los jesuítas en el Quirinal. Pero lo que marca el paso definitivo en la sede del Colegio Pío Latino Americano es la construcción del nuevo y magnífico edificio que ocupa actualmente. En efecto, el año 1884, su antiguo protector, cardenal Sacconi, puso la primera piedra, bajo el rectorado del R. P. Agustín Santinelli, S. I. El magnífico edificio quedaba terminado el año 1887-88, con su espléndida capilla, su gran salón y excelentes departamentos para los obispos americanos en sus visitas a Roma. Tan magnífico y práctico resultó el Colegio, que en él pudo tener lugar el año 1899 el primer concilio plenario de la América latina.

De este modo se hizo posible la formación de un número, casi siempre en aumento, de sacerdotes americanos. Al mismo tiempo, a medida que los obispos de la América latina iban otorgando su colaboración y sus simpatías al Colegio Pío Latino Americano, crecía éste en prestigio y en sus posibilidades económicas. Las primeras naciones que enviaron alumnos fueron: Argentina, diez; Colombia, seis; Perú, uno. Estos 17 alumnos formaron el primer núcleo, que luego aumentó rápidamente. El año 1859 enviaron también representantes el Brasil y Méjico. Durante los años siguientes acudieron casi todas las naciones de la América latina. En general, Méjico, el Brasil (hasta la fundación del Colegio especial brasileño) y Argentina fueron siempre en cabeza en el número de alumnos. El año 1870, los numerosos obispos que acudieron a Roma al concilio Vaticano elevaron a 82 el número de alumnos del Colegio Pío Latino Americano. Al inaugurarse el nuevo edificio en 1888, eran 90 los seminaristas.

El año 1905 fué de especial importancia para el Colegio. En efecto, su cardenal protector, José C. Vives y Tutó, pu-

blicó la constitución *Sedis apostolicae*, por la que el papa Pío X concedía al Colegio Pío Latino Americano el título de *Pontificio* y fija definitivamente su reglamentación, bien probada durante tantos años de existencia. A este acto asistían 104 alumnos, con el provincial de los jesuítas en nombre de su general, ausente por enfermedad, y gran número de antiguos alumnos. Continuando el aumento del número de alumnos, llegó a 174 en 1914; pero la guerra que estalló entonces hizo descender rápidamente este número; terminada ésta, volvió a subir el número de seminaristas, que llegó al máximo de 273 en 1928; luego, debido a dificultades económicas, ha disminuído un tanto este número.

Esto mismo da una idea aproximada del resultado obtenido por el Colegio Pío Latino Americano. Mas, para que se pueda apreciar de una manera más exacta, observaremos lo siguiente: el año 1933, al celebrarse el 75 aniversario de la fundación del Colegio, se publicaron algunos datos y estadísticas, de los que extractamos lo más notable.

Ante todo, se puede establecer el número de alumnos enviados hasta esa fecha por las diferentes naciones de la América latina: Méjico va a la cabeza, con 433; Brasil, con 398; Argentina, con 223; Colombia, con 104; Chile, con 89; Uruguay, con 60; Perú, con 47; Venezuela, con 45, etcétera [35].

De todo lo expuesto se deduce fácilmente el admirable fruto cosechado por el Colegio Pío Latino Americano. El catálogo publicado con ocasión del 75 aniversario de su fundación y las listas aparecidas en los años siguientes, hasta 1951, son la prueba más evidente.

De los 1.658 alumnos que habían pasado por el Colegio hasta el año 1932, recibieron el doctorado en teología 430; en derecho canónico, 209; en filosofía, 430. Esta elevada proporción de los que han alcanzado la áurea doctoral es un claro indicio del elevado nivel en que se halla el Colegio.

Por otra parte, se puede afirmar que el Colegio Pío Latino Americano ha sido un plantel de hombres eminentes, destinados a la dirección de la Iglesia americana. Baste decir que hasta el año 1933 eran 82 los obispos o arzobispos que el Colegio había dado a la Iglesia de la América latina. Del mismo Colegio Pío Latino Americano proceden los dos primeros cardenales de la América latina. Son innumerables los obispos actuales de América cuya formación se debe a este Colegio.

Ahora bien, sería imposible, ni es nuestro intento, describir la obra realizada por todos estos prelados, así como

[35] Véanse otros datos en MAINA, P., l. c., p. 276 s. Asimismo los datos que se citan a continuación, que pueden completarse con otros de dicho artículo.

también de los demás alumnos del Colegio Pío Latino Americano. Baste, como ejemplo, la actividad incansable de Mons. Mariano Soler, primer arzobispo de Montevideo, uno de los discípulos más insignes y uno de los mayores entusiastas del Colegio. En el apostolado de las almas, en la actividad docente por medio de la palabra y por medio de la pluma, en el influjo general ejercido por la Iglesia en las diferentes naciones de la América latina, el Colegio Pío Latino Americano ha tenido y sigue teniendo una parte esencial y decisiva. En realidad se ha obtenido con él el objetivo a que aspiraba su fundador. Por esto los papas han sido constantemente sus más decididos promotores.

4. **El peligro protestante** [36].—Por las indicaciones que hemos hecho al tratar de algunas repúblicas de la América latina, se ha podido apreciar el gran peligro que constituye la actividad protestante de los últimos tiempos y de nuestros días. Reuniendo aquí algunos datos generales referentes a todo el territorio iberoamericano, podemos hacer las siguientes observaciones.

En realidad, se ha intensificado de un modo especial la propaganda protestante en toda la América latina, como se ha multiplicado la actividad de las diversas iglesias protestantes en los países católicos, como España e Italia. Hasta podríamos decir que los países latino-americanos contituyen una de las preferencias de las diversas sectas protestantes. He aquí algunos datos que nos comunica el P. Camilo Crivelli [37] sobre las numerosas sociedades misioneras que desarrollan grande actividad en la América latina.

Ante todo cita la S. A. M. S. (South America Missionary Society), con misiones en el Chaco de la Argentina y del Paraguay y en Chile. Luego prosigue: "En Inglaterra y Canadá se ha formado la E. U. S. A. (Evangelical Union of South America), con misiones en Argentina, Bolivia, Brasil, Perú. Los protestantes del Canadá mantienen las "Misiones canadienses para los araucanos de Chile". En los Estados Unidos están los cuarteles centrales de la I. S. A. M. U. (Inland South America Missionary Union), con las misiones de Bolivia, Brasil, Perú y Colombia; de la C. A. M. (Central America Mission), con misiones en todas las repúblicas de la América central; de la S. M. A. (Samaritan Missionary

[36] Véanse las obras fundamentales de CRIVELLI, C. S. I., *Directorio protestante de la América latina* (Isola del Liri 1933); ID., *Los protestantes y la América latina* (Isola del Liri 1931); ID., *Sguardi sul mundo protestante: II. Le missioni protestanti* (Roma 1949). Véanse asimismo: *World Christian Handbook*, ed. por KENNETH G. GRUBB (Londres 1949); *Christianity today*, ed. por H. SMITH LEIPER (Nueva York 1947).

[37] SGUARDI..., o. c., p. 142 ss.

Association), con misiones en el Paraguay; de la B. L. M. (Bolivian Indian Mission), que trabaja entre los indios de Bolivia; de la O. R. M. (Orinoco River Mission), con misiones en Venezuela, etc.

En las mismas naciones latino-americanas, los protestantes han procurado fundar sociedades misioneras, que trabajan entre sus connacionales y en los países vecinos. Así, por ejemplo, la Misión Mejicana para los Indios, la Asociación Latino Americana de Preces, en Costa Rica, etc.

A todo esto deben añadirse las agencias de las sociedades bíblicas, los comités de las escuelas dominicales, los colegios y seminarios numerosos y bien equipados para formar ministros indígenas. Todo indica que los protestantes americanos persiguen sus ideales de convertir la América latina en un continente protestante".

Y algo más adelante, el mismo P. Crivelli especifica con todo detalle las diferentes sectas que desarrollan su actividad en cada uno de los territorios de la América latina [38]. He aquí algunos territorios a manera de muestra:

En *Argentina:* los anglicanos, bautistas, adventistas, congregacionalistas, discípulos, ejército de salvación, hermanos de Plymouth, luteranos, mennonitas, metodistas, nazarenos, pentecostales, presbiterianos, ciencia cristiana.

En *Chile:* anglicanos, adventistas, bautistas, ejército de salvación, luteranos, metodistas, pentecostales, valdenses, etcétera.

En el *Brasil:* anglicanos, episcopalianos, adventistas, bautistas, iglesia de Dios, congregacionalistas, ejército de salvación, evangélicos, luteranos, metodistas, pentecostales, presbiterianos, etc.

Algo semejante ocurre en todas y cada una de las regiones latino-americanas. De ahí se deduce el inmenso peligro a que están expuestos todos esos territorios, sobre todo si se tiene presente la gran abundancia de medios de que disponen todas estas sectas misioneras y el apoyo y aun significación política que presenta su actividad.

El resultado es el crecimiento constante de las cifras que indican el número de adeptos de cada una de las iglesias o sociedades misioneras protestantes. De ello nos dan una idea las estadísticas que nos presenta la conocida obra *World Christian Handbook* [39]. He aquí los datos principales de 1949 para algunos territorios, a manera de ejemplos. Para los demás puede verse la obra citada.

Méjico: diez organizaciones nacionales; la Sociedad Británica; 18 asociaciones norteamericanas; seis colegios teológicos y 27 escuelas bíblicas. Total: 265.148 adeptos.

[38] Ib., p. 148 ss.
[39] P. 286 ss.

Colombia: una organización nacional; la Sociedad Internacional Inglesa; 17 sociedades misioneras norteamericanas. Total: 25.655 adeptos.

Bolivia: una organización nacional; la Sociedad Británica; la Sociedad Internacional Inglesa; 15 sociedades norteamericanas. Total: 14.211 adeptos.

Argentina: tres sociedades nacionales, seis inglesas, dos continentales, dos internacionales, 15 norteamericanas; otras 13 asociaciones misioneras. Total: 259.056 adeptos.

CAPÍTULO VI

El resurgir misional entre infieles [1]

I. IDEA DE CONJUNTO

1. Nueva era.—a) *Cuadro desolador.*—La supresión de la Compañía de Jesús fué, sin duda, un golpe fatal para las misiones. Para colmo de males, después vino la revolución francesa, agostando los recursos y las fuentes de misioneros, como el Instituto de Misiones Extranjeras de París, los lazaristas y otras instituciones, cuyo raudal venía secando el vendaval de la impiedad dieciochesca.

Las Misiones Extranjeras de París no pudieron enviar a sus misiones, desde 1792 hasta 1815, sino nueve sacerdotes. En 1822 todavía no contaba su Seminario sino con siete alumnos, y en 1831 toda la Sociedad se componía de 53 miembros.

Si queremos sorprender en un cuadro de conjunto el estado lamentable de las misiones al comenzar el siglo XIX, consideremos estas cifras: el Próximo Oriente yacía en el cisma y bajo el yugo turco; en toda su extensa región había

[1] Véanse ante todos los manuales generales de MONTALBÁN (sobre el cual se basa esta exposición), Schmidlin y Descamps. Además: STREIT, *Kathol. Missions Atlas* (Steyl 1906); ID., *Atlas hierarchicus*, 2.ª ed. (Friburgo 1929). Véanse otras obras, p. 450. En particular, LUVET, *Les missions catholiques au XIXe siècle* (París 1898); PIOLET, J. B., *Les missions catholiques franç. au XIXe siècle*, 6 vols. (París 1901-1903); SCHWAGER, F., *Die katholische Heidenmission der Gegenwart*, 4 partes (1908-1909); LESOURD, P., *L'Armée missionnaire* (París 1935); LATOURETTE, K. S., *A history of the expansion of christianity V-VI* (Londres 1943-1944); TELLKAMP, A., *Ueber die gegenwärtige Lage der kath. Welt-mission* (Steyl 1947); LOPETEGUI, L., *Panoramas misionales postbélicos...* (Bilbao 1949); *Le Missioni catholiche dipendenti dalla S. Congregazione di Propag. Fide... Dati statistici* (Roma 1950).

unos 6.000 católicos de rito latino y unos 400.000 de los diversos ritos orientales, a saber: 250.000 maronitas, con su patriarca y 12 obispos; los armenios, en número de 30.000, con el patriarca en Cilicia; los caldeos, en número de 25.000, con el patriarca en Mosul; los siros, en número de 10.000; otros tantos melquitas y 5.000 coptos.

Bajando hacia el sur, Abisinia yacía en el olvido. En Ceuta y Tánger había unos 10.000 españoles católicos. En Guinea, unos 10.000 cristianos, dependientes del obispo de Santo Tomé, era todo lo que quedaba de las antiguas misiones. En el Congo, el obispo de Loanda regía unos 30.000 neófitos. En Mozambique apenas si había 1.500 cristianos. En Madagascar reinaba un silencio de muerte. En las islas de Borbón y San Mauricio, el contingente cristiano subía hasta 75.000.

En toda la India apenas quedaban unos 300.000 cristianos, de ellos la inmensa mayoría vivían en las diócesis de Goa, Cochin, Meliapur, Kranganur. En Ceilán quedaban unos 40.000, casi todos de origen portugués. Entre los indígenas, en Agra había unos 5.000 al cuidado de los capuchinos; en Pondichery eran unos 42.000 al cuidado de las Misiones Extrajeras de París, y en Verapoy los carmelitas cuidaban de unos 80.000.

En la Indochina, el país mejor librado, los cristianos subían a 320.000, o sea, 50.000 en Cochinchina, 120.000 en el Tonkín occidental, 140.000 en el Tonkín oriental y 3.600 en Siam, con 5.000 en Birmania y 2.000 en Malaca.

En China, los cristianos habían descendido a 187.000; pero 20.000 pertenecían a los obispados de Macao, Pekín y Nankín. Por lo demás, los lazaristas cultivaban unos 55.000; los de las Misiones de París cuidaban en Zsechwan unos 47.000; los dominicos de Fukien, unos 35.000, y los franciscanos de Shensi, unos 30.000.

b) *El despertar. Papas misioneros.*—Y es de advertir que todavía en los primeros decenios del siglo XIX estas cifras continuaron descendiendo por la muerte de los pocos misioneros. "Trescientos misioneros sin subsidios determinados y dispersos por todo el orbe formaban al día siguiente de la revolución el ejército pacífico a quien estaba confiada la evangelización del mundo... Y ahora esa misma evangelización está asegurada por 50.000 misioneros, de los cuales 20.000 son sacerdotes indígenas, y como auxiliares entran 50.000 catequistas indígenas, 4.000 maestros y 25.000 bautizadores. La región de misiones sometida a la Congregación de Propaganda Fide cuenta, poco más o menos, con 15 millones de católicos, dos millones de catecúmenos, cerca de 50.000 estaciones con igual número de iglesias y capillas.

Más de 31.000 seminarios e instituciones de educación instruyen a cerca de dos millones de alumnos..." [2]

Así hablaba Baudrillart hace unos veinticinco años. Según las estadísticas oficiales de junio de 1949 para los territorios de misiones dependientes de la Congregación de Propaganda Fide, que constituyen el núcleo principal de las misiones católicas, se pueden dar los datos siguientes:

El personal misionero comprende: 26.840 sacerdotes (11.139 indígenas), 9.331 hermanos legos (4.698 indígenas), 61.331 religiosas (37.684 indígenas), 82.863 catequistas, 92.111 maestros. El total de los que se preparan para la obra misionera es de 4.291 seminaristas mayores y 11.404 seminaristas menores.

La organización jerárquica de la Iglesia comprende: en conjunto, 596 circunscripciones eclesiásticas, entre las cuales hay 46 arzobispados, 180 obispados, 231 vicariatos y 130 prefecturas apostólicas, a lo que deben añadirse seis abadías *nullius* y tres misiones *sui iuris*.

Entre los territorios o misiones dependientes de la Congregación de Propaganda Fide se señalan 596 para agosto de 1950, y conviene observar que desde 1949, es decir, en sólo un año, han aumentado en 62. Del mismo modo se observa el número creciente de católicos, gracias al esfuerzo heroico de los misioneros. Para 1949 se señalan 27.944.894 católicos y 2.540.883 catecúmenos. Muy importante es en conjunto la obra realizada por los misioneros católicos.

Véanse los datos estadísticos de 1949:

Escuelas elementales	41.632,	con	3.216.720	alumnos.
Escuelas medias	3.881	"	547.594	"
Escuelas superiores	1.170	"	283.589	"
Escuelas profesionales	740	"	34.568	"
Escuelas normales	307	"	19.183	"
Obras de caridad:				
Dispensarios	3.132	"	33.989.903	consultas.
Hospitales	1.115	"	64.866	camas.
Leproserías	174	"	31.452	leprosos.
Orfanotrofios	1.720	"	93.835	huérfanos.
Albergues de vejez	260	"	13.256	ancianos.

¿Cómo se ha realizado este prodigio, sorprendente a todo observador?

Con los primeros decenios del siglo XIX se inició en todos los órdenes un resurgir palpable. Chateaubriand, en su *Genio del cristianismo*, orientó la atención de Europa de una manera especial hacia las misiones, y hacia ellas encauzaron sus actividades varios institutos misioneros recién fundados. Y si en otras épocas el impulso misionero pudo brotar de

[2] Véase: CHARLES, P., en DESCAMPS, *Histoire...*, p. 512.

otros sectores, ahora nace del centro del catolicismo, de los mismos papas. El primer gran impulso partió de Gregorio XVI: "Si alguno de los sucesores de Pedro, dice Schmidlin, entre los que han prestado al apostolado católico de infieles su especial apoyo y amor, merece distinguirse con el honroso título de "Papa de las Misiones", ciertamente ése es el camaldulense Mauro Capellari, que el 2 de febrero de 1831 fué elevado desde la Prefectura de Propaganda a ser cabeza de la Iglesia universal y, por consiguiente, también de las misiones".

Los sucesores de Gregorio XVI siguieron sus huellas luminosas. Pío IX erigió la jerarquía en Inglaterra en 1850, en Holanda en 1855 y después en los Estados Unidos y Australia; organizó las prefecturas apostólicas de Escandinavia y el Polo y creó en país de misiones nada menos que 33 vicariatos apostólicos y diez prefecturas. León XIII erigió 134 entre vicariatos y prefecturas o misiones, a saber, 34 arzobispados u obispados, 65 vicariatos y 35 prefecturas o misiones. Pío X creó fuera de Europa 41 vicariatos, 41 prefecturas, dos misiones, cinco prelaturas nullíus, 18 arzobispados, 64 obispados y dos delegaciones; Benedicto XV erigió fuera de Europa 30 vicariatos, nueve prefecturas, tres prelaturas nullíus, siete arzobispados, 18 obispados y la delegación del Japón. Además, su carta magna de las misiones, *Maximum illud*, fué la gran propulsora del movimiento misional después de las ruinas de la guerra europea y la gran orientadora de las futuras actividades misioneras y misionales.

Pío XI merece párrafo aparte. Recibió en 1922 unos 298 entre vicariatos y prefecturas, etc., en país de misiones, y al morir en 1939 dejaba 480. Su Exposición Misional Vaticana de 1925 y su encíclica *Rerum Ecclesiae*, resumen de sus pensamientos y sentimientos misionales, son un índice del espíritu misional reinante y de la palpitante realidad de este siglo de las misiones [3]. El pontífice reinante, Pío XII, ha continuado dignamente hasta la fecha actual de 1951 este esfuerzo sobrehumano por la conversión del mundo infiel.

Jamás la obra misional ha estado tan en las manos de quien de oficio debe evangelizar el mundo. Pero, además, si en otros períodos podíamos y debíamos hablar de misiones patronales, ahora, desmoronado el imperio español y cuarteado el portugués, todo el movimiento misionero y misional está bajo el control directo de la Propaganda.

[3] MONS. CONSTANTINI, C., *Gregorio XVI e le missioni*, en «Misc. Hist. Pontif.», 14, pp. 1-28 (Roma 1948); ARENS, B., *Papst Pius X und die Weltmission* (Aquisgrán 1919); OLICHON, *Pie XI et les missions* (París 1928); TRAGELLA, *Pío XI, papa missionario* (Milán 1930); GOYAU, *Missions et missionaires* (París 1932).

América sale casi por completo del campo de misiones para entrar en el de la historia de la Iglesia jerárquica. Las pocas misiones propiamente tales que allí existen se dirigen por la Propaganda Fide. Romanidad absoluta es el signo de las actuales misiones. Pero, además, a esa romanidad se une la catolicidad local más perfecta, pues en este período se acaba de explorar el orbe. Australia y Nueva Zelanda y el archipiélago oceánico, explorados por el capitán Cook en sus expediciones de 1768-78, empiezan a recibir misioneros. Por otra parte, el continente negro, cruzado en todas direcciones por los exploradores Capello, Livingstone, Ivenns, Stanley, Burton, Speke, De Brazza, etc., abre la puerta al Evangelio. Ya no hay tierras propiamente ignotas. Roma, con la antorcha de la fe en la mano, puede alumbrar a todo el mundo [4].

2. Nuevos elementos.—a) *Institutos misioneros.*—Con este impulso, recibido del centro de la catolicidad y ecumenicidad, partieron a la conquista del mundo multitud de institutos misioneros, ellos también signo viviente de la catolicidad. No sólo las antiguas Ordenes misioneras, como dominicos, franciscanos, agustinos, carmelitas, jesuítas, volvieron llenas de vida al campo de combate, ni sólo las Ordenes monacales se han adaptado a las nuevas exigencias, sino que han brotado multitud de institutos que se dedican a las misiones o son exclusivamente misioneros, y hasta institutos de hermanos y de religiosos han acudido al campo de batalla.

La gráfica, v. gr., de la Compañía de Jesús nos da la línea ascensional aproximada de las antiguas Ordenes misioneras. Restablecida la Compañía de Jesús por Pío VII en 1814 y un tanto repuesta, recibió del P. Roothan un impulso decisivo en el problema de las misiones. Al asumir el cargo de general en 1829, de los 2.000 jesuítas existentes trabajaban en el campo de misiones 119. En 1833 escribió su célebre carta misional, y una estadística de Propaganda de 1840 daba 334 jesuítas, 330 franciscanos observantes, 220 reformados, 200 capuchinos, 188 dominicos, 150 lazaristas, 78 de las Misiones de París. Desde 1833 hasta la muerte de Roothan, en 1853, habían pedido directamente al P. General ser enviados a las misiones nada menos que 1.260 jesuítas, y éstos habían tomado a su cargo las misiones de Nankín y Sienhsien, en China; de Calcuta y Trichinopoly, en la India; de Siria, Albania y Grecia, en el Próximo Oriente; de Tananarivo y Reunión, en Africa; del Canadá, Estados Unidos y Jamaica, en América. En total, 12 misiones. El ritmo

[4] MONTALBÁN, F. J., *Manual de las misiones católicas*, pp. 572-3 y 593-97; *Africa*, en «Enciclopedia Italiana», habla de los exploradores; CHARLES, *Dossiers de l'A. M.*, 88 y 91.

ascensional se acentúa. Desde 1853 hasta 1900, la Compañía se encargó de Mangalore, Bombay, Poona, Goa, Galle, Tricomalia, Armenia, Mindanao, Batavia, Egipto, Fianarantsoa, Mauricio, Zambeza, Congo, Alaska, Honduras, Guayana, Bosnia. Total, otras 18 misiones. Desde 1900 hasta 1915 ha tomado las misiones de Macao, Tokio, Montañas Rocosas, Belice. Teniendo en cuenta que en varias partes se había establecido la jerarquía y que otras misiones habían sido confiadas al clero indígena, en 1915 la Compañía tenía a su cargo 29 misiones independientes entre sí. Desde 1915 hasta 1940 han subido a 49, sin contar las de rito oriental y algunas incoadas [5].

En la actualidad trabajan los jesuítas en 52 misiones, donde mantienen unos 4.000 misioneros. Mas, precisamente para dar a conocer la ingente obra realizada en las misiones, he aquí una estadística de 1949 de algunas Ordenes y otras instituciones misioneras:

	Sacerdotes misioneros	Indígenas
Agustinos eremitas	114	13
Agustinos recoletos	55	13
Benedictinos (de varias Congreg.)	635	75
Carmelitas descalzos	131	26
Claretianos (Mis. del C. I. de M.)	149	—
Congregación del Espíritu Santo	1.197	17
Dominicos	664	53
Franciscanos conventuales	136	18
Franciscanos (Menores)	1.774	250
Jesuítas	2.500	412
Lazaristas (paúles)	521	187
Misioneros del Sagrado Corazón	470	16
Congregación Marianhill	247	49
Maristas	252	24
Mill-Hill	557	—
Misiones Extranjeras de Milán	282	—
Misiones Africanas de Verona	323	—
Misiones Extranjeras de París	752	—
Montfortianos (Comp. de María)	273	—
Oblatos de María Inmaculada	1.222	—
Padres Blancos	1.797	—
Picpus (Congr. Sagrados Corazones)	113	—
Redentoristas	694	46
Salesianos	1.374	—
Scheut (Congr. Inm. Cor. de M.)	865	—
Sociedad Misiones Africanas	585	—
Sociedad del Verbo Divino	991	—

En 1815 se reorganizó la Sociedad de Misiones Extran-

[5] MONTALBÁN, F. J., *La Compañía de Jesús misionera* (Bilbao 1941), p. 87 s.

jeras de París y a su ejemplo han ido surgiendo una porción de seminarios de misiones, como el de Milán, en 1850; el de Lyón, en 1856; el de Mill-Hill, en 1866; el de Parma, en 1895; el de Mary Knoll, en 1912. Los benedictinos han fundado su Congregación de Santa Otilia con fines misioneros, y en sus ramas antiguas también ha bullido el espíritu misional. Los trapenses mismos se han establecido en país de misiones con sus Trapas de Marianhill en Africa y la famosa Trapa de Indochina.

Pero sobre todo han brotado varios institutos exclusivamente misioneros o que dedican gran actividad a las misiones. Tales son: los padres de Picpus, en 1805; los oblatos de María, en 1816; los marianistas, en 1817; los oblatos de San Francisco de Sales, en 1833; los palotinos, en 1835; los padres del Espíritu Santo, en 1841; los hijos del Inmaculado Corazón de María, en 1849; los salesianos, en 1859; los misioneros del S. C. de Inssoudun, en 1854; los padres de Scheut, en 1862; los padres blancos, en 1866; los padres de Steyl, en 1877; los hijos del S. C. de Verona, en 1885, y otros.

Omitiendo las Congregaciones de hermanos y religiosas que han invadido el campo de misiones, diremos que para reclutar el personal misionero no han servido poco las Escuelas Apostólicas, fundadas en 1865 por el P. Foresta, S. I., en Aviñón y, a su ejemplo, en varias partes y naciones [6].

b) *Asociaciones auxiliares.*—Este ejército misionero ha contado con auxiliares poderosos en oraciones y recursos; pues si en los siglos XVI y XVII los reyes católicos llevaban el peso de los gastos de evangelización, ahora, agotada esta fuente, el pueblo fiel debe tomar parte en esta obra católica por excelencia. Con este fin nacía en 1818 la obra de la Propagación de la Fe, por iniciativa de la señorita Jaricot. Esta obra en 1822 recolectó 22.822 francos y ahora recolecta varios millones. Desde 1822 hasta 1926 había colectado la enorme suma de 2.822.081.555 francos.

En 1843, Mgr. Forbin Janson fundaba la Obra de la Santa Infancia, que al año se extendía ya por 65 diócesis. Por su parte, en 1889 la señora Bigard instituía la Obra de San Pedro Apóstol para la formación del clero indígena. En 1917, el P. Manha daba cohesión a varias asociaciones similares fundando la Unión Misional del Clero.

Estas son las llamadas *obras pontificias* en favor de las misiones, que con razón recaban la especial atención del papa. Enumeremos, además, el Sodalicio de San Pedro Claver y los roperos en favor de las misiones. Desde 1818 a 1830 se fundaron cuatro asociaciones auxiliares de las misiones;

[6] MAIRE, *Histoire des Instituts religieux et missionaires* (París 1930); HEIMBUCHER, *Die Orden und Kongragationen*; GOYAU, *Missions et missionaires*.

desde 1830 a 1840, cinco; desde 1840 a 1850 fueron siete; desde 1850 a 1860 fueron 10; desde 1860 a 1870 fueron 20; desde 1890 a 1900 fueron 46. En cien años se han organizado 270 asociaciones en favor de las misiones [7].

Otros varios factores han secundado el resurgir misional de este siglo. Los descubrimientos y expansión colonial de Africa han hecho posibles las misiones aun en el corazón del continente negro, donde precisamente en estos últimos decenios se está cosechando a manos llenas. Los medios de comunicación con todos los adelantos modernos, que han unido en red apretada de vías marítimas, cables submarinos y radio todo el mundo, han favorecido el apostolado mundial y facilitado el hecho material de que el Evangelio pueda ser anunciado a todo el mundo. Hoy la vanguardia misionera puede estar y está en íntimo contacto con una retaguardia organizada con sus asociaciones y revistas. El apostolado es obra de todo el pueblo [8].

Especial importancia ha adquirido en estos últimos tiempos la *Obra del Clero Indígena*, que es una de las obras misionales modernas, establecida en Caen en 1889 y declarada pontificia por Benedicto XV. Sobre todo es digna de notarse la amplitud que ha tomado el cultivo y fomento del clero indígena en todas las misiones. En realidad podemos considerar como una nota típica del movimiento misional de nuestros días el cultivo de los seminarios y de la jerarquía indígena en las misiones. Su importancia y necesidad se ha visto en los últimos años, al independizarse algunos de estos territorios de misiones y ante la insistente campaña contra todo lo europeo. Sólo con un clero indígena se puede asegurar el porvenir de la Iglesia católica en estos territorios. En este sentido han trabajado principalmente Benedicto XV, Pío XI y Pío XII. De este modo se ha podido llegar a los siguientes datos consoladores:

	Sacerdotes extranjeros	Sacerdotes indígenas
En la India	1.296	1.308
En la China	2.791	2.022
En el Japón	316	138
En toda el Asia	5.335	5.320

[7] ARENS, *Manuel des missions catholiques* (Lovaina 1925), con el Suplemento de 1930; ID., *Die katholischen Missionsvereine* (Friburgo 1922).

[8] KREMER, *Weltmission und Seelsorge* (Aquisgrán 1929); WAETH, *Die Frauenorden in der Mission v. 16 Jahrh. bis zur Gegenwart* (1920); KASBAUER, *Die Teilnahme der Frauenwelt am Missionswerk* (1928).

Muy importante es también el número de obispos indígenas. En la India está ya toda la jerarquia completamente desarrollada, con 11 metropolitanos, 49 obispados, tres vicarios apostólicos y ocho prefectos. Entre todos ellos hay unos 25 obispos indios. En la China existen proporciones semejantes, con un cardenal, 20 metropolitanos, 89 obispos y 34 vicarios apostólicos. Entre ellos cerca de la mitad son indígenas. Basten estos datos como muestra del avance del clero indigena.

A estas notas sobre la actividad misionera de nuestros días debe juntarse la intensificación en la instrucción de los neófitos antes de admitirlos al bautismo; pero sobre todo, debemos notar el *sistema de acomodación* al modo de hablar y a las costumbres de los indígenas, particularmente en la India, China y Japón, en que se insiste modernamente, y que la Santa Sede ha recomendado con diversas disposiciones. La multiplicación de los adversarios del misionero católico, particularmente de los misioneros protestantes, es asimismo una de las notas características del movimiento misional de nuestros días.

II. MISIONES DEL AFRICA

"A la conquista del mundo infiel para Cristo" es la consigna de este siglo. Recorramos el campo misionero para ponderar brevemente el camino andado en este período glorioso para las misiones y ver dónde estamos en la actualidad.

1. **Generalidades.**—Africa jamás aparece en la Historia como un todo, ni política, ni social, ni racial, ni culturalmente. Conocida en Europa desde la más remota antigüedad, como era obvio, y siempre en algún contacto, aunque muchas veces hostil, sólo en el siglo XIX ha entrado de lleno en la esfera de acción de las grandes potencias colonizadoras y como tal se ha abierto a la cultura europea y a la evangelización. En esta eclosión de Africa corresponden los primeros pasos a los exploradores. Unos partían de Guinea, en el litoral occidental; otros, del norte a través del desierto; otros, por Egipto o por el litoral oriental. El gran explorador de Africa, Livingstone, entró en 1863 por el río Zambeza y subió hasta Tangañica y Lualaba en 1865. Allí, en 1871, se encontró con otro explorador, Stanley, que había comenzado por el litoral oriental y, penetrando en el corazón del Africa, salió a Boma, en el litoral occidental. Así fueron cruzando Africa los exploradores [9].

[9] ZIMMERMANN, *Die Kolonialreiche der Grossmächte (1871-1916)* (Berlín 1916).

Pronto se aprestaron al reparto las naciones europeas. Ya para entonces, Francia en 1830 había conquistado Argelia y en 1860 había ocupado el Senegal. Inglaterra en 1806 se había fijado en El Cabo, de donde extendió sus conquistas por Natal en 1843, Batuland en 1869. Ahora, después de las exploraciones, se reunieron en el Congreso de Berlín de 1885 las potencias europeas y se reguló el *reparto de negros*. Portugal, desde antiguo, posee las Azores. Angola y Mozambique; España se queda con Ceuta, Marruecos español, Río de Oro, islas Canarias, Fernando Poo, Ifni y Río Muni, Francia se quedó con Argelia, Túnez, el Marruecos francés, con el Sáhara, Senegal, Guinea, Congo francés y Gabón; Alemania, con el Camerún, el Africa meridional alemana, debajo de Angola, y el Africa oriental alemana, sobre Mozambique; Inglaterra ocupó Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro, Nigeria, El Cabo, Natal, Transvaal, Orange, Bechuana, Rodesia, y en la parte central, Nyassa, Uganda, Zanzíbar; Italia recibió Eritrea, Somalia, Libia, Cirenaica, Tripolitania; Bélgica colonizó el Congo belga. Quedaban Abisinia y Liberia independientes. Después de la primera guerra europea, las colonias alemanas pasaron a manos de Inglaterra, Francia e Italia. La segunda ha producido nuevos cambios.

Los misioneros no descuidaron el continente negro. Hay nombres símbolos: Libermann, con los padres del Espíritu Santo, representan el heroísmo y el sacrificio; Lavigerie, con los padres blancos, resumen la campaña antiesclavista y las brillantes misiones de Uganda; los padres de Scheut se coronan de gloria en el Congo; los jesuítas aguantan los rigores del Zambeza y prosperan visiblemente en Madagascar; Masaia es el apóstol de Abisinia [10].

En realidad, pues, gracias a los esfuerzos realizados durante el siglo XIX y en el siglo XX hasta nuestros días, donde hacia 1800 quedaban muy escasos restos de las antiguas florecientes iglesias del Egipto y de Cartago, así como también de los esfuerzos misioneros de los siglos XV al XVII, señalan las últimas estadísticas de 1949 los datos siguientes:

En un territorio de 187.792.000 habitantes, se hallan un conjunto de 13.050.000 católicos, lo que nos da un 7 por 100 de católicos, y juntamente la cifra de 9.402 sacerdotes, que da uno para cada 1.500 fieles. Los restantes se reparten así: unos 100 millones de animistas y fetichistas; 51 millones de mahometanos; 3.800.000 cismáticos griegos; cuatro millones de abisinios monofisitas; unos dos millones de coptos, armenios y judíos, y unos dos millones de protestantes. De los trece millones de católicos pertenecen: algo más de dos y medio, al Africa del Norte; algo más de uno, al Africa occidental; cuatro y medio, al Africa central; algo más de dos millones, al Africa oriental, y más de un millón, al Africa insular.

[10] MEYNIER, *L'Afrique noire* (París 1911); GOYAU, *Le cardinal Lavigerie* (París 1925).

Completando más todavía los datos estadísticos para el Africa, podemos presentar los siguientes, de agosto de 1950:

Existen en toda el Africa un conjunto de 182 circunscripciones eclesiásticas, que se dividen en esta forma: tres archidiócesis, 13 diócesis o episcopados, 117 vicariatos y 54 prefecturas apostólicas, con otros cuatro territorios eclesiásticos. Todas estas circunscripciones están asistidas por 6.636 sacerdotes extranjeros y 1.096 indígenas; 2.140 hermanos legos extranjeros al lado de 801 indígenas; 9.876 religiosas extranjeras junto con 4.202 indígenas; 63.498 catequistas y 53.008 maestros. Finalmente, existen 1.247 seminarios mayores.

Los institutos misioneros principales que allí trabajan son: padres blancos, padres del Espíritu Santo, oblatos de María Inmaculada, lazaristas o padres de la Misión (paúles), oblatos de San Francisco de Sales, misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, salesianos, misioneros de La Salette, montfortianos, misioneros del Inmaculado Corazón de María, padres de Marianhill, palotinos, benedictinos de Santa Otilia, franciscanos, jesuítas, capuchinos y sacerdotes del clero secular.

2. **Africa septentrional.**—Con las armas francesas entraron en *Argelia* en 1830 los misioneros, que trataron de ganarse el corazón musulmán por medio de la beneficencia y la instrucción. De Argelia pasaron a Túnez. Pronto comenzó a organizarse la Iglesia. En 1838 se creó la sede de Argel, y en 1866 se erigían las sedes de Orán y Constantina. Siendo así que en 1800 apenas había en Argelia 4.000 católicos, en 1951 se acercan al millón, regidos por un arzobispo y dos sufragáneos, con 633 sacerdotes. Túnez al principio se constituyó en prefectura. Desde 1877 comenzó a prosperar con los padres blancos. En 1884 León XIII resucitó el arzobispado de Cartago, que confió al insigne Lavigerie, primado de Africa. En 1950 no existe más que esta sede, dependiente directamente de Roma, con 179 sacerdotes para 211.000 católicos.

Libia, desde 1914 bajo el dominio de Italia, transformó la antigua prefectura en vicariato, que en 1927 se dividió en dos, el de Tripolitania y el de Cirenaica. En 1800 contaba unos 2.000 católicos. En 1951, cuatro circunscripciones eclesiásticas, 53.000 católicos y 58 sacerdotes, con otros muchos misioneros, catequistas y maestros.

En *Marruecos* se erigió una prefectura en 1859; pero, en 1862, España recabó la libertad religiosa, y gracias a

ella podían trabajar los franciscanos. Como en 1907 Francia comenzó a extenderse hacia las cabilas marroquíes, se impuso una división del territorio. En 1923 se erigía el vicariato de Marruecos para la parte española y el vicariato de Rabat para la parte francesa. Los católicos, que en 1872 apenas llegaban a 1.200, hoy llegan a 1.072.000, asistidos de 288 sacerdotes. Con heroísmo singular, dejando jalonado con huesos de héroes el desierto, los padres blancos se han ido internando en el Sáhara. En dos vicariatos y tres prefecturas cuentan unos 14.000 católicos, cuando en 1891 apenas eran unos 500. El sepulcro de los padres blancos ha florecido [11].

3. **Africa occidental.**—En la costa occidental erigía Gregorio XVI en 1841 el inmenso vicariato de las Dos Guineas, que abarcaba desde el Senegal hasta El Cabo. Aquella tierra de muerte devoró la primera expedición de misioneros. Pero en 1845 entraba en escena Libermann con sus padres del Espíritu Santo. Con los nuevos operarios tuvo que comenzar a desmembrarse el vicariato: Sierra Leona, Senegal, Senegambia, Guinea francesa, Liberia. En 1860, en otro desmembramiento, se formaron los vicariatos de Dahomey, confiado a los padres de Lyón, el cual a su vez se desdobló en Benin, Togo, Níger superior y Níger oriental. El desmembramiento del antiguo inmenso vicariato de las Dos Guineas prosiguió en ritmo acelerado. En 1879 se separaron Costa de Oro, Costa de Marfil; en 1885, Níger meridional; más tarde se separó Gabón para los padres del Espíritu Santo y Camerún para los palotinos. El Camerún se divide en el vicariato del mismo nombre, la prefectura de Adamaua y la de Buca. Desde Liberia al Camerún, los padres de Lyón gobernaban 10 circunscripciones eclesiásticas, con unos 240.000 católicos [12].

Según las estadísticas de 1949, y siguiendo las regiones tal como en ellas se especifica, podemos notar los siguientes datos:

Africa oriental francesa.—En un conjunto de 15.660.000 habitantes existen 417.000 católicos, con 513 sacerdotes misioneros. En esta región se incluyen: *Costa de Marfil,* con 123.810 católicos, 40.000 catecúmenos y 112 sacerdotes; la *Guinea francesa,* con 22.877 católicos, 5.720 catecúmenos y 63 sacerdotes; el *Senegal,* con 82.324 católicos, 2.698 catecúmenos y 66 sacerdotes.

[11] MESNAGE, *Romanisation de l'Afrique: Tunésie, Algérie, Maroc* (París 1913); PHILIPPE, *Les Pères Blancs* (París 1931); GOYAU, *Les grands desseins de Henry de Solages* (París 1933); TOMNIER, *La conquête religieuse de l'Algérie (1815-1848)*; REMOUARD, *L'Ouest africain et les missions catholiques. Congo et Oubanghi* (París 1904).

[12] DÖRING, *Vom Juden zum Ordensstifter: Libermann* (Knechtsteden 1930).

Camerún británico.—Frente a cerca de un millón de habitantes se cuentan unos 50.000 católicos, 8.000 catecúmenos y 55 sacerdotes, en seis circunscripciones eclesiásticas.

Costa de Oro.—Entre cerca de cuatro millones de habitantes hay 217.000 católicos, 52.000 catecúmenos y 164 sacerdotes, en cinco circunscripciones eclesiásticas.

Guinea portuguesa.—Con 8.000 católicos y 16 sacerdotes; *Liberia,* con 8.800 católicos y 25 sacerdotes.

Nigeria.—En un conjunto de 27.700.000 habitantes cuenta con 606.000 católicos, 294.000 catecúmenos y 402 sacerdotes, organizados en siete vicariatos y cinco prefecturas apostólicas.

Sierra Leona y Gambia.—Entre 2.500.000 habitantes, tiene 13.000 católicos y 35 sacerdotes, en dos circunscripciones eclesiásticas.

Togo.—Frente a 1.500.000 habitantes, existen 187.000 católicos, 16.250 catecúmenos, 87 sacerdotes, un obispo y dos vicarios apostólicos.

En la región portuguesa del *Congo-Angola,* comúnmente llamada *Angola,* además de las diócesis antiguas, con más de 90.000 católicos, trabajan desde 1865 los padres del Espíritu Santo. Estas misiones fueron prosperando, y, según el concordato de 1940 con Portugal, ya no dependen de Propaganda. En las estadísticas de 1949 aparece una sede metropolitana con tres obispos sufragáneos, para un conjunto de [illegible]00.000 católicos, con 250 sacerdotes.

Fernando Poo y Guinea española.—Forman desde 1883 misiones prósperas, y actualmente están encomendadas a los padres del Corazón de María (claretianos). Forman un vicariato apostólico, con unos 123.000 católicos, 3.600 catecúmenos y 46 sacerdotes.

El *Congo belga* constituye desde 1885 una región independiente, donde se han organizado diversas misiones sumamente prósperas, en las que toman parte varios institutos misioneros, en particular los jesuitas, franciscanos, dominicos y padres del Corazón de María. En 1950 existen 26 vicariatos apostólicos y tres prefecturas, y según las últimas estadísticas, de 1949, hay: 2.554.712 católicos, cerca de 580.000 catecúmenos y 1.650 sacerdotes, entre los cuales 154 indígenas. Trabajan en esta región 17 Ordenes y otras instituciones misioneras.

La región de *Ruanda y Urundi,* unida al Congo belga, posee tres vicariatos apostólicos, que dirigen cerca de un

[13] DAYE, *Les missions au Congo belge* (Brujas 1927); HILDEBRAND, *Georges de Geel et les débuts de la mision du Congo* (Amberes 1940).

millón de católicos y 382.430 catecúmenos, con 312 sacerdotes.

Africa ecuatorial francesa.—Es administrada en 1950 por cuatro vicariatos y dos prefectos apostólicos, y comprende 343.500 católicos y 215 sacerdotes.

Camerún francés.—Tiene cuatro vicariatos y un prefecto apostólico, para un total de 478.260 católicos y 96.300 catecúmenos, con 256 sacerdotes.

4. **Africa meridional.**—En el Africa meridional, desde Cunené hasta Mozambique, con la Rodesia, han ido asentando su planta primero los portugueses, después los holandeses y, por fin, los ingleses, que tuvieron que batirse con los boers para fijarse en el territorio. Desde que en 1867 apareció el primer diamante y en 1869 se halló la "Estrella del Africa del Sur", la fiebre de minas ha invadido la región. En este ambiente se comprende que la parte eclesiástica y católica haya ido más retardada. Los pastores protestantes, sin embargo, fueron amparados por las autoridades, mientras el primer misionero católico se tuvo que abrir paso, requerido instantemente por algunos soldados irlandeses de la colonia. En 1837 se nombraba el primer vicario apostólico de El Cabo, Mgr. Griffith. Entonces eran 50 los católicos. Para 1848 la región se dividió en dos vicariatos. Algo más tarde entraron de refresco varios institutos misioneros, y las cosas cambiaron de aspecto. Los oblatos de María Inmaculada, oblatos de San Francisco de Sales, trapenses de Marianhill, del Natal; los oblatos de María Inmaculada desde 1851 fueron extendiéndose por Natal, Transvaal, Orange y Kimberley y Basutoland, donde no ha mucho existían seis obispados, ocho prefecturas, con unos 300 sacerdotes y unos 200.000 neófitos. Los jesuítas trabajaron primero con los cafres de la costa y después en la Rodesia; en 1879, el P. Depelchim inauguró la misión de Zambeza [14].

En tan diversos territorios existen actualmente muchas misiones, algunas de las cuales son sumamente prósperas. En la imposibilidad de dar los datos de cada una de ellas, indicaremos solamente algunos de conjunto, tomados de las últimas estadísticas oficiales de 1949. Según ellas, en *toda el Africa meridional*, incluyendo Angola, en medio de más de 26 millones de habitantes hay 2.048.000 católicos, asistidos por 1.592 sacerdotes. En particular son dignos de notarse algunos datos particulares, incluídos en estas cifras generales. He aquí los más importantes:

[14] SCHMIDLIN, *Die katholischen Missionen in den deutschen Schutzgebieten* (Münster 1913); WILDOIS, *Le Camerun* (París 1934); MEYNIER, *L'Afrique noire*... Después de estudiar los grandes descubrimientos y repartos, dedica la última parte a cada colonización: portuguesa, boer, inglesa, belga y alemana.

Basutoland.—Forma un vicariato apostólico, encomendado a los oblatos de María Inmaculada, y tiene 183.860 católicos, 15.520 catecúmenos y 110 sacerdotes.

Rodesia.—Está actualmente dividida en seis vicariatos y tres prefecturas apostólicas. En ellas hay 342.400 católicos y unos 50.000 catecúmenos, con 295 sacerdotes. Repártense el trabajo los jesuítas, padres blancos y capuchinos.

Colonia de El Cabo.—Comprende nueve vicariatos apostólicos, y se ha llegado a la respetable cifra de 147.180 católicos, con cerca de 9.000 catecúmenos, asistidos de 260 sacerdotes.

Natal.—En tres vicariatos apostólicos comprende 208.470 católicos y 200 sacerdotes.

El Transvaal.—Está dividido en cuatro circunscripciones eclesiásticas y comprende 105.760 católicos, más de 6.000 catecúmenos y 150 sacerdotes.

La Unión Sudafricana.—Comprende estas últimas regiones y un conjunto de 19 circunscripciones eclesiásticas, con 482.000 católicos.

5. **Africa oriental.**—En el Africa oriental, doblando El Cabo y subiendo un tanto, nos encontramos con la isla de Madagascar. Al lado está la isla Reunión, ya casi totalmente católica (unos 200.000 católicos). Desde Reunión pasó el Evangelio a Zanzíbar y Madagascar. Esta isla fué erigida en prefectura apostólica en 1844 y en vicariato en 1848. El año 1850 entraron en ella los jesuítas y después de las funestas guerras de 1896 comenzó a prosperar la misión, de suerte que en 1950 cuenta con nueve vicariatos y dos prefecturas apostólicas. Son particularmente célebres los dos vicariatos de Fianarantzoa, con 188.000 católicos, y el de Tananarivo, con cerca de 150.000, dirigidos por los jesuítas; los dos vicariatos dirigidos por los padres del Espíritu Santo, que además gobiernan Reunión y Mauricio; los dos confiados a los lazaristas, y el de Fort Dauphin, con 66.000 católicos. En conjunto comprende Madagascar cerca de 700.000 católicos, unos 60.000 catecúmenos y 400 sacerdotes.

En Mozambique tienen el cuidado de la colonia algunos sacerdotes seculares ayudados por franciscanos. En Zanzíbar, el puerto de la mercancía negra, comenzó la evangelización en 1860. La colonia agrícola fundada en Bagamoyo en 1868 fué el centro del apostolado. Para 1883 Zanzíbar se elevaba a vicariato apostólico, que en 1887 se dividía en dos. Al presente esa región tiene seis vicariatos y tres prefecturas con unos 170.000 católicos [15].

[15] GOYAU, *Un centenaire: M. de Solages*, en «Rev. Hist. Miss.» (1932), pp. 289-321.

A estas regiones insulares podemos añadir algunas misiones del Africa oriental, que alcanzan en nuestros días gran prosperidad:

Kenya.—Comprende tres vicariatos y una prefectura apostólica, con un total de 324.700 católicos y 47.000 catecúmenos, con 240 sacerdotes.

Nyassaland.—Es misionada principalmente por los padres blancos, y comprende en dos vicariatos y una prefectura apostólica 267.600 católicos, unos 24.000 catecúmenos y 130 sacerdotes.

Tangañica. — En esta región desarrollan grandes actividades los padres blancos, los padres del Espíritu Santo y otros varios institutos misioneros en sus 17 circunscripciones eclesiásticas. Este vastísimo territorio comprende 710.500 católicos, 82.500 catecúmenos y 650 sacerdotes.

2. **La India inglesa.**—Desde el golfo Pérsico hasta Siam Nyassa, Tangañica y Uganda, forman un conjunto muy semejante al Congo. En 1878 entraban allá como misioneros los padres blancos. A los ocho años, en 1886, purpureaba la primera sangre cristiana de Uganda en más de 100 flores de mártires. En medio de las mayores persecuciones, así de parte de los infieles como de parte de los mahometanos, la iglesia de Uganda, varias veces diezmada, asciende actualmente a un total de 653.000 católicos, con 300 sacerdotes, distribuídos en seis vicariatos apostólicos [16].

La *Somalia* italiana formó el vicariato de Mogadiscio, a cargo de los padres de Turín, con un par de miles de católicos. La Somalia inglesa depende del vicariato de Aden, a cargo de los capuchinos, y la Somalia francesa desde 1914 forma la prefectura de Djibuti, confiada igualmente a los capuchinos. Toda esta región en conjunto comprende unos 5.000 católicos.

Abisinia vuelve a despertar el celo de los misioneros. Después de varias tentativas, la misión fué confiada en 1839 a los lazaristas. M. Justino Jacobis fué su primer prefecto apostólico, que en 1847 pasó a ser su primer vicario. En ese año se dividía en dos: el de Abisinia propiamente dicha, a cargo de los lazaristas, y el de Gallas, a cargo de los capuchinos. Entre los capuchinos se distinguió el futuro cardenal Masaia. De este vicariato se desmembró en 1894 la prefectura de Eritrea, que en 1911 pasa a ser vicariato. Entre un millón de paganos y dos millones de musulmanes hay 2.400.000 cismáticos y muy pocos católicos; es tierra ingrata y difícil [17]. En 1951 existen en ella nueve divisiones eclesiásticas con unos 50.000 católicos.

[16] LAVEILLE, *L'Evangile au centre de l'Afrique* (Lovaina 1927).

En el *Sudán* domina el fanatismo mahometano. Sin embargo, en 1868 se creó un vicariato desgajado del Sáhara. Este clima fatal devoró en veinticinco años, desde 1846 hasta 1872, a 75 misioneros de las misiones de Verona. Después, en 1891, se desató la guerra del Madhi, a que pusieron fin las armas inglesas. El tiempo no había sido propicio para las misiones; sin embargo, en 1931 el vicariato del Sudán se dividía en el vicariato de Karthum y la prefectura de Bahr-el-Gazal. Cuando a principios del siglo XIX no había allí dos centenares de católicos, hoy los padres de Verona gobiernan cuatro circunscripciones, con unos 34.000 católicos.

Egipto, cuando con Ismael Pachá se abría el canal de Suez, estaba bajo el protectorado francés; después son los ingleses los que dominan. Las misiones católicas han trabajado en este país penosamente, por medio de la caridad y beneficencia, entre cismáticos y musulmanes; son dos elementos de lo más refractario. Hoy día las misiones de Lyón tienen su vicariato del delta del Nilo; los franciscanos, los vicariatos de Suez y de Egipto, y los jesuítas, la misión de El Cairo. Los católicos se pueden calcular en unos 130.000 [18], en tres circunscripciones eclesiásticas.

Como se ve por esta rapidísima ojeada, el Africa no es tierra maldita: las regiones del Congo, Uganda, Madagascar, son tierra de bendición y esperanzas.

III. MISIONES DEL ASIA

En el inmenso continente asiático se dan cita todas las religiones de la humanidad. En el oeste y norte dominan los ortodoxos rusos y orientales, mezclados con los mahometanos del Asia Menor y Persia; en el Asia central luchan entre sí ortodoxos, mahometanos y budistas; en el sudeste pugnan por la unión hindúes, budistas y confucionistas. Según el *Orbis Catholicus,* para 1928 se calculaban los cristianos del Asia en 36,5 millones, de los cuales 19,7 millones eran cismáticos y 14 millones católicos, más unos tres millones de protestantes [19]. Detallemos algún tanto.

[17] GUIDI, *La Chiesa abissinia* (Roma 1922); GIMALAC, *Le vicariat apostolique,* en «Rev. Hist. Miss.» (1932), pp. 129-204 (dedica gran parte al estudio de Mgr. Justino Jacobis).

[18] AEGYPTEN, en *Lexikon für Theologie und Kirche,* p. 152-167.

[19] AUFHAUSSER, *Asien* (Religion in Geschichte und Gegenwart) (Stuttgart 1932).

1. **Próximo Oriente.**—En todas las revueltas del Imperio turco, en que fué tan fecundo el siglo XIX, "la joven Turquía" se ensangrentó con sangre de cristianos. Célebres son los degüellos de 1860, 1890, 1895 y 1896. En sólo Adana quedaron sin casa unos 12.000 cristianos. Además, en este siglo se han ensañado más cruelmente, si cabe, desde 1915 hasta 1926. Es natural que en tales circunstancias no progresara gran cosa el cristianismo; sin embargo, siendo así que a principios del siglo XIX existían sólo el vicariato de Alepo, el obispado de Babilonia y la custodia de Tierra Santa, con un solo lazarista en toda Siria, y los católicos apenas llegaban en toda la región a 6.000, pronto comenzó la restauración. En 1818 se establecía para el Asia Menor el arzobispado de Esmirna como vicariato de todo el país, y hacia 1914 había en todo el territorio unos cuatro millones de cristianos de diversos ritos. Pero la persecución de turcos y kurdos fué encarnizada, sobre todo contra los armenios, de suerte que hoy apenas habrá unos 5.000 católicos.

Siria, con sus tres millones de habitantes, encierra la simpática misión del *Líbano*. La Universidad de Beirut, dirigida por los jesuítas, es una gloria para la Iglesia. Beirut, Alepo y Damasco son los centros de irradiación de Siria. Cuando, a principios del siglo XIX, apenas había 500 católicos de rito latino, hoy llegan a 11.000, y los católicos de los diversos ritos en 1949 pasan de 600.000 [20].

En 1847 se resucitó el patriarcado latino de *Jerusalén*. Mgr. Valerga hizo revivir esa Iglesia con su gobierno activo y prudente desde 1848 hasta 1872. Ultimamente llegaban a 45.000 los católicos de rito latino de Palestina, Transjordania y Chipre, que dependen del patriarcado latino de Jerusalén. Después de los últimos acontecimientos, la situación de los católicos es difícil y confusa. En Mesopotamia, el único dominico superviviente de las pasadas misiones moría en 1817. Pero en 1840 se comenzó la reorganización de aquella iglesia. En 1848 se erigía de nuevo el arzobispado de Babilonia, trasladado a Bagdad. Tres eran las órdenes misioneras de esta región: dominicos, carmelitas y capuchinos. La primera guerra europea fué fatal; sin embargo, serán unos 55.000 los católicos de los diversos ritos de este país. El arzobispo de Bagdad reside en Mosul y es delegado de Mesopotamia, Turquestán y Armenia Menor.

Persia, con sus 10 millones de habitantes, es campo del apostolado de los lazaristas, carmelitas y capuchinos. En

[20] TRIGO, *Memorias de un misionero* (Barcelona 1910); LEVIE, *La mort d'une Eglise* (Lovaina 1925); PIOLET, *L'Université de S. Joseph de Beyrout*, en «Rev. Hist. Miss.» (1926), pp. 52-91.

el año 1874, Pío IX restableció el obispado de Ispahán. Con la libertad religiosa concedida por el sha, la misión comenzó a prosperar: en 1898 eran unos 10.000 los católicos. En 1910 Ispahán se elevaba a arzobispado. Así iban las cosas, cuando las persecuciones y la primera guerra europea diezmaron la población católica. Hoy apenas serán unos 5.000 católicos de rito latino y otros 3.000 de otros ritos [21].

Desde la Arabia, atravesando el Asia por el centro, con Afganistán, Turquestán, hasta Tibet inclusive, se extiende un hórrido desierto misional, esterilizado por el fanatismo misional y el lamaísmo de cerradas fronteras. Arabia, con sus 10 millones de habitantes, cuenta con unos 4.000 católicos, de los cuales hay unos mil en Aden y sus inmediaciones [21].

2. **La India inglesa.**—Desde el golfo Pérsico hasta Siam se dilataba el Imperio inglés. Hasta el año 1857, estas regiones estuvieron bajo la égida de la Compañía de las Indias, que nada quería saber de religión; en este año asumió la dirección el gobierno inglés. Empezó por proclamar el respeto a todas las creencias, fomentó la cultura material y favoreció la enseñanza. Desde entonces, el misionero, libre de trabas legales, pudo enfrentarse con el rudo problema de las castas y otros varios existentes en la India. El catolicismo emprendió su ascensión. Al comenzar el siglo XIX quedaban en pie los arzobispados de Goa y Kranganur y los obispados de Cochín y Meliapur. En esas sedes patronales dominaban las sedes vacantes. Además, existían cuatro misiones: Agra, confiada a diez capuchinos; el vicariato de Bombay, confiado a dos carmelitas; el del Malabar, confiado a cinco carmelitas, con algunos sacerdotes seculares, y la misión de Pondichery, a cargo de seis misioneros de las Misiones de París. Los católicos, que en 1700 habían sido 2.500.000, a principios del siglo XIX eran sólo 500.000. La labor comenzó en serio con Gregorio XVI, quien trató de arreglar la cuesión del patronato y erigió los vicariatos de Madrás y Calcuta en 1832 y Pondichery y Colombo en 1836. La cuestión patronal ha llenado todo el siglo XIX y lo que va del XX hasta 1928, con el famoso cisma de Goa, iniciado en 1838 [23].

[21] VIDAL, *La France et l'archevêché de Bagdad*, en «Rev. Hist. des Miss.» (1933), pp. 321-371; CHATELET, *La mission lazariste en Perse*, ib. (1933), pp. 491-510.

[22] FOUQUET, *Notes sur l'Afganistan* (París 1931).

[23] JANN, *Die katholischen Missionen in Indien, China und Japan...* (Paderborn 1915) (trata largamente de todos estos enredos patronales. El último arreglo se puede ver en AAS, 1928).

Por lo que respecta a los vicariatos y jerarquía, para el año 1887, además de las diócesis portuguesas de patronato, existían en la India 17 vicariatos. Además, León XIII organizó la jerarquía, erigiendo siete provincias eclesiásticas, con sus metropolitanos y sufragáneos. Para 1930 eran 10 los arzobispados, 33 los obispados, dos las prefecturas apostólicas y tres las simples misiones. En 1951 comprende 71 circunscripciones eclesiásticas y más de cuatro millones y medio de católicos. El número de misioneros, que en 1830 era de 22 sacerdotes europeos, fuera de los 400 de la diócesis de Goa, con los 200 indígenas de rito malabar, para el año 1930 eran unos 1.800, con otros 400 hermanos y más de 4.000 religiosas entre europeas e indígenas. En 1951 son 5.600 sacerdotes, más de 1.200 hermanos legos y más de 10.000 religiosas.

Los carmelitas se han distinguido en la costa del Malabar con Verapoly. Los jesuítas han desarrollado su labor fecunda en la enseñanza media y superior. Citemos la misión de Maduré, con el famoso colegio de Trichinopoly; la misión de Calcuta, con el P. Lievens, apóstol del Chotanagpore; Bombay, con sus colegios y universidad y el Seminario Pontificio de Kandy. Los capuchinos trabajan de antiguo en la misión de Agra, donde se distinguió el insigne P. Hartmann como vicario apostólico. De esta misión ha nacido la archidiócesis de Simla. En la región de Pondichery, Mysore, Kumbakonan, trabajan los de las Misiones Extranjeras de París. Los oblatos de María Inmaculada se han consagrado a evangelizar en Ceilán. Al cuidado de los sacerdotes indígenas están confiados Tuticorín, Mangalore, Madrás, Goa, Cochín, Meliapur, Ernaculam, Changanacherry, Koattayam y Trichur [24].

La India, con sus 352 millones de habitantes, incluso el Pakistán, Ceilán, etc., cuenta con 4.741.000 católicos y 153.000 catecúmenos, dispersos entre los 216 millones de hindúes, 69 millones de mahometanos, 12 millones de budistas, 10 millones de animistas y millón y medio de protestantes. Los centros de población católica más densa son: Bombay, con 130.000; Trichinopoly, con 218.000; Ranchi, con 270.000; Pondichery, con 120.000, y Colombo, con 280.000. En 1923 fué consagrado el primer obispo indio, y en 1950 Mons. Pinto, S. I. Este mismo año se ha celebrado un concilio plenario

[24] VATH, *Die deutschen Jesuiten in Indien* (Ratisbona 1920); JOSSON, *La mission du Bengale occidental où l'archidiocèse de Calcutta*, 2 vols. (Bruselas 1922); JONSSON, *Le père Sylvain Grosjean* (Lovaina 1935).

por vez primera en la India, en el cual eran naturales del país gran parte de los obispos asistentes.

3. **Indochina.**—Bajo el nombre de Indochina comprendemos para el presente estudio Birmania, Siam, Laos, Cochinchina, Cambodja, Anam y Tonkín. Estas cuatro últimas regiones forman la Indochina francesa.

En *Birmania*, a la muerte del barnabita D'Amato, descendió a 3.000 el número de católicos. A mediados del siglo XIX, las Misiones Extranjeras de París tomaron la misión, y en 1857 los católicos subían a 5.000. Para 1866 el país se dividía en tres vicariatos. Para 1890, los católicos subían a 49.000. En la actualidad (en 1949) Birmania comprende cuatro vicariatos y dos prefecturas apostólicas, con un total de 130.000 católicos, 16.000 catecúmenos y 220 sacerdotes misioneros.

Siam en 1800 contaba con un vicariato apostólico, regido por dos misioneros de las Misiones de París y otros dos indígenas, con 2.300 católicos. La misión comenzó a prosperar en 1841; para 1901 eran 22.000 los católicos, y en vísperas de la primera guerra europea subían a 24.200. La guerra fué fatal para Siam; desde entonces el gobierno trata de orientar el país por las vías del progreso material con el budismo como base religiosa. Son varios los institutos religiosos que trabajan en Siam, sobre todo en la enseñanza. Los católicos son en 1949 52.500, con cerca de 1.000 catecúmenos, en tres vicariatos apostólicos [25].

Las misiones de la Indochina francesa han sido gloriosas en palmas de mártires y fecundas en resultados, sobre todo después de la ocupación francesa. En 1800 existían en toda la región tres vicariatos: el de Cochinchina, el del Tonkín oriental y el del Tonkín occidental. Los misioneros eran 15, y los católicos, unos 310.000. En 1820 se desató la primera persecución, seguida de otras varias; Minh-mang, Thieu-tri y Tuduc son dignos émulos de Nerón y Diocleciano. A pesar de todo, en 1890 eran diez los vicariatos, 270 los misioneros europeos y 398 los indígenas, con unos 708.547 católicos.

Hasta se ha introducido la vida contemplativa, mediante la trapa de Nuestra Señora de Amam y el Carmelo, con sus cinco conventos, que constan de religiosas, en su mayoría indígenas. El número de iglesias llega a 4.630, y el de cató-

[25] AUFHAUSER, *Bilder von meiner Missionsstudienreise nach Vorderindien und Siam*, en «Theologie und Glaube», 20 (1928), pp. 534-559; SHMIDLIN, *Das Gegenwärtige Heidenapostolat im fernen Osten*, 2 vols. (1929-1930).

licos, a 1.300.000. El ejército de víctimas de las diversas persecuciones es gloriosísimo. En las misiones españolas del Tonkín sucumbieron 47 misioneros mártires; en las misiones de Cochinchina, 51, y así en las demás. Entre los sacerdotes indígenas murieron mártires 117, y se habla de unos 90.000 cristianos sacrificados [26].

La Indochina francesa en conjunto cuenta en 1951 con 1.564.000 católicos, 418 sacerdotes extranjeros y 1.380 indígenas. De estos datos se desprende que es el territorio de misiones donde mayor incremento ha tomado el clero indígena. Todo este conjunto de católicos forman las 18 circunscripciones eclesiásticas de la Indochina actual, tan agitada en nuestros días por las divisiones y guerras.

4. **China.**—Al alborear el siglo XIX eran cinco las misiones principales del Celeste Imperio: los lazaristas, que desde 1784 habían sucedido a la suprimida Compañía de Jesús en Nankín, Pekín, Hope, Kiangsi, Honán y Chekiang; los dominicos españoles, que trabajaban en Fukien; los franciscanos, establecidos en Shangtung, Shansi, Shensi, Hupe y Hunan; los de las Misiones Extranjeras de París, diseminados por Zeechwan, Kweichow y Yünan; los portugueses, en Cantón y Macao. El número total de cristianos no pasaba de los 200.000, y en los primeros decenios del siglo continuó bajando.

La vida de China en el siglo XIX y lo que va del XX ha sido sumamente azarosa para los misioneros. La xenofobia china se acreció con la intervención violenta de las potencias extranjeras, primeramente en la llamada guerra del opio, desde 1840 a 1842; después en las numerosas intervenciones diplomáticas o armadas, que aun prosiguen en la actualidad. Es cierto que a la fuerza se abrieron las puertas del Evangelio; pero esta violencia produjo una odiosidad instintiva. Otro factor de inseguridad ha sido la instabilidad interna, que en 1911 dió al traste con el multimilenario imperio, para dar paso a una república inquieta y perturbada por continuas revueltas, movimientos comunistas y bandidaje endémico. Desde 1912 a 1933 han dado la vida a manos de comunistas y bandidos 50 misioneros y no bajan de 326 los que han sufrido duro cautiverio [27].

[26] PAPINOT, *Le premier évêque annamile*, en «Rev. Hist. Miss.» (1933), pp. 161-183; GISPERT, *Historia de las misiones dominicas en Tungkin* (Avila 1928); LAUNAY, *Les bienheureux martyrs des Missions Etrangères* (París 1929).

[27] GORDIER, *Histoire générale de la Chine*, 4 vols. (París 1920); D'ELIA, *Las misiones católicas de China* (Zikawei 1933). Este mismo padre tenía preparado un estudio ilustrado con todas las víctimas de los comunistas en estos últimos años. Razones de prudencia diplomática impidieron su publicación.

Sin embargo, para 1844 los misioneros llegaban a 144. Desde entonces no parece sino que los institutos misioneros se han dado cita en acudir a China. Los jesuítas llegaron a Shanghai en 1842; aquella primera misión de Kiangnan ha dado actualmente lugar a los vicariatos de Shanghai, Hainán, Süchowfu, Nankín, Wuhu, Anking, Pengpu. Las Misiones Extranjeras de Milán llegaban a Hong-Kong en 1858. En 1865 entraban en China los padres de Scheut, para la Mogolia; en 1879 llegaban los padres del Verbo Divino o de Steyl, y ese mismo año volvían los agustinos a Hunnan. Las Congregaciones de hermanos comenzaron también a afluir: en 1870, los hermanos de las Escuelas Cristianas; en 1893, los maristas; desde 1847 estaban las hermanas de la Caridad; desde 1848, las religiosas de San Pablo de Chartres, desde 1860, las canosianas, y desde 1867, las auxiliadoras del Purgatorio. También la vida contemplativa llegó a China en 1869 con las carmelitas y en 1883 con los trapenses de Yangkiaping.

Para 1900 eran diez los institutos que tenían misiones en China; en 1902 arribaron a Macao los salesianos; en 1904, a Honán los padres de Parma; en 1917, a Kweichow los padres de Issoudun; en 1918, a Kwantung los de Maryknoll; en 1920, a Hupe los misioneros de San Columbano [28].

Al compás de estos refuerzos se iba seccionando el territorio: en 1850 existían en China 18 misiones, con unos 330.000 católicos; en 1890, las misiones eran 40, con 739 misioneros y 601.614 católicos. La persecución de los boxers (1899-1900) devastó las cristiandades en el norte. Sin embargo, el catolicismo sigue progresando; en 1900, el número de católicos era de 741.562. Para 1907 pasa del millón, por vez primera en la historia de China, y para 1910 eran 1.292.287. En 1920, las circunscripciones eclesiásticas eran un centenar, y los católicos dos millones, con medio millón de catecúmenos.

Al finalizar la primera guerra mundial (1914-1918) sufrieron de nuevo las misiones de China grandes trastornos. Con la reciente guerra del Japón (1937-1945), muchas de ellas se cubrieron de ruinas; pero sobre todo en nuestros días han sido víctimas de grandes catástrofes, que han culminado en 1949-1950 con el dominio de los comunistas en toda la China. Actualmente se hallan las misiones en un período de grave persecución.

Según las estadísticas de 1949, la China comprende: 3.251.300 católicos, 190.800 catecúmenos y 2.602 sacerdotes

[28] D'ELIA, *Las misiones...*; SERVIERE, *Une année de troubles*, en «Rev. Hist. Miss.» (1932), pp. 205-233 y 378-417; BERCKMANN, *Die Ratholiche Misions-methode in China in neuester Zeit* (Inmerse 1931).

nacionales y más de 3.000 extranjeros. En 1950, en toda la China existen 138 circunscripciones eclesiásticas [29].

5. **El Japón y Corea.**—Después del brillantísimo siglo de misiones del Japón entre 1549 y 1650, cayó en un gran silencio, guardado recelosamente por el Shogunado. También a las puertas del Japón llamaron los cañones. Por fin, el 17 de marzo de 1865, día de Viernes Santo, el P. Petitjean, que con el P. Furet había logrado establecerse en Nagasaki, descubría los restos de las antiguas cristiandades. Los antiguos cristianos del valle de Urakami sufrieron de nuevo persecución por su fe, pero al poco tiempo soplaron en el Japón vientos de libertad y tolerancia. Por desgracia, con el contacto con las universidades norteamericanas y europeas, en vez de ciencia y progreso puro, los japoneses han aprendido indiferentismo y racionalismo.

Abolidas las antiguas leyes persecutorias contra los cristianos, comenzó la labor misionera. En 1876 había en el Japón dos vicariatos: el septentrional y el meridional. En el año 1888 se erigió el vicariato central. Los misioneros, que en 1870 eran 13, subieron a 88 para 1895. Año fausto fué el de 1883, cuando Petitjean ordenaba a los tres primeros seminaristas japoneses, que para 1893 eran ya 19 sacerdotes del Japón.

Los católicos, que en 1872 eran sólo 15.000, subían a 20.146 en 1879 y a 50.000 en 1895. Con la libertad de la monarquía constitucional, León XIII no tuvo inconveniente en erigir en 1891 la jerarquía, estableciendo el arzobispado de Tokio, con las tres sufragáneas de Nagasaki, Osaka y Hakodate.

Hasta entonces las Misiones Extranjeras de París solas evangelizaban en el Japón. En 1904 entraron los dominicos, en 1913 volvieron los jesuítas, en 1915 los franciscanos, en 1921 los padres de Steyl. En la actualidad, por benevolencia de la Santa Sede hacia el clero indígena y atendiendo a los sentimientos nacionales, la dirección de la Iglesia japonesa está en manos del clero indígena, dirigido por el delegado apostólico, que en 1919 estableció Benedicto XV. En cuanto al número de católicos, al terminar la última guerra en 1945, el Japón presentaba prometedoras esperanzas para el Evangelio. Así se ha visto de un modo particular al celebrarse en 1949 el cuarto centenario de la llegada al Japón de San Francisco Javier, siendo recibido triunfalmente su brazo. En 1946, Pío XII dirigió un mensaje a la Iglesia del Japón. Según las estadísticas de 1950, la jerarquía japonesa, casi toda en manos de obispos indígenas, consta de 16 circunscripciones eclesiásticas, 131.000 católicos, 19.700 catecúmenos y 595 sacerdotes, de los cuales 181 son japoneses. Además, hay 242 hermanos legos (139 indígenas) y unas 1.200 religiosas (500 indígenas). Todo ello en medio de una población de 88.500.000 habitantes [30].

Corea, aunque la semilla del cristianismo la recibió de China, pero perteneció al Japón. El joven coreano Ly, convertido en Pekín el año de 1783, vuelve a su patria, y entre mil dificultades y desviaciones, hijas de la ignorancia, convierte para 1794 unos 4.000 compatriotas. Entonces el obispo de Pekín les envió al sacerdote chino Tsuei, que los orientase. En el siglo XIX, la misión coreana puede dividirse en dos etapas: la primera, hasta los tratados de 1876 y 1882, en que el catolicismo, sin sacerdotes y entre persecuciones, logra sobrevivir; la segunda, de libertad, en que el catolicismo se organiza y prospera a impulso de celosos misioneros. Efectivamente, en 1836 entraron las Misiones Extranjeras de París y fundaron un vicariato; para 1866 trabajaban en Corea los misioneros con unos 18.000 católicos. Entonces estalló la persecución más feroz, que costó la vida a dos vicarios, siete misioneros y 8.000 cristianos.

En 1876 comienza el influjo japonés en Corea, la cual queda anexionada en 1910. Para 1896 la misión coreana contaba con 26.000 católicos; en 1911, el vicariato se divide en los de Taiku y Seul; en 1920 se erigen el de Wonsan, confiado a los benedictinos de Santa Otilia; en 1922 entraron los padres de Maryknoll en la misión de Penyang [31].

Desde el final de la guerra mundial en 1945, Corea ha sufrido una serie de gravísimos trastornos, que desde fines del año 1950 se están convirtiendo en una verdadera catástrofe. En los momentos actuales (septiembre 1951) no puede preverse el resultado final. Según las estadísticas de 1949, comprende 182.000 católicos, 8.900 catecúmenos y unos 250 sacerdotes, de los cuales 163 son nacionales. La jerarquía católica se compone de ochó circunscripciones eclesiásticas.

IV. Misiones de Oceanía y Australia

Para el estudio actual entendemos con el nombre de Oceanía las antiguas clasificaciones de Malasia, Melanesia, Micronesia y Polinesia; comprendemos, por lo tanto, las colo-

[29] *Annuaire des missions en Chine* (Tousewe 1935); MONTALBAN, *Su Excia. Mgr. Constantini,* en «Sig. Mis.» (1935), p. 151.

[30] MARNES, *La religion de Jésus ressuscité au Japon,* 2 vols. (París 1896); LANGLAIS, *Le catholicisme au Japon,* en «Rev. Hist. Miss.» (1928), pp. 1-22.

[31] M. E. *The catholic Church in Corea* (Hong-Kong 1924); *Centenaire de l'érection de la Corée en vicariat,* en «Rev. Hist. Miss.» (1931), pp. 387 y 416.

nias holandesas, a lo que añadimos Australia y Nueva Zelanda y las islas del Pacífico.

1. **Carácter general.**—*Filipinas* sale del marco de las misiones con sus nueve millones de católicos entre los 12 millones de habitantes. Sólo en Mindanao y Joló hay verdaderos núcleos de infieles o mahometanos, y en las selvas intrincadas de Luzón o en algunas islas de los negritos de Palawan existen verdaderas misiones de infieles. Según las estadísticas del P. Arens, el número de todos aquellos que en las islas Filipinas están bajo la Propaganda Fide asciende a 1.839.362, de los cuales son neófitos 564.274.

Por lo demás, las misiones de Oceanía se caracterizan por ser recientes; apenas tienen un siglo de existencia. Las exploraciones de Cook (1768-79) atrajeron la atención del mundo civilizado sobre esas regiones, que sólo imperfectamente se conocían desde el siglo XVI, por las excursiones de Abreu, Serras, Magallanes. Dada la ideología y nacionalidad del descubridor, se vislumbra el segundo carácter de estas misiones; los primeros misioneros han sido los protestantes, que han sembrado dificultades al apostolado católico con sus llamadas *esferas de influencia* [32]. En tercer lugar caracteriza estas misiones el ser campo de experimentación de varios institutos misioneros, como los padres de Picpus, la Sociedad de María de Lyón, o padres maristas, y los padres de Issoudun. A los padres de Picpus se les confió la Oceanía oriental; a los maristas, toda la Melanesia y Polinesia, y a los padres de Issoudun, Nueva Guinea, Papusia y Nueva Pomerania [33]. Toda la Oceanía y Australia cuentan en 1951 con un conjunto de más de tres millones de católicos.

2. **Indias holandesas.**—Al salir del estrecho de Malaca, nos encontramos con Sumatra, Java, las islas de la Sonda, las Célebes y, un poco más arriba, Borneo, que en parte era holandesa y en parte inglesa.

La colonización holandesa adoleció hasta Napoleón de un cerrado fanatismo calvinista. En 1807 se abrió una era de libertad, y en 1808 llegaban a Java los primeros misioneros católicos para atender a los colonos. En 1831 se erigía el vicariato de Batavia; pero todavía los gobernantes no toleraban la labor con los indígenas. Mgr. Groff hubo de retirarse. Su sucesor, Mgr. Vrancken, quiso emprender la misión de Sumatra y Borneo, pero no se le prestó el debido apoyo; sólo se permitía el apostolado con los colonos. En 1859 entraron los jesuítas en Sumatra, Java, Borneo, Célebes; algo más tarde llegaban también los capuchinos, padres de Mill-Hill, padres de Issoudun y de Steyl, quienes emprendieron la evangelización del archipiélago malayo.

Desde 1874, los jesuítas rigen el vicariato de Batavia. En 1905, Borneo occidental fué confiado a los capuchinos, que en 1912 toman a los jesuítas la prefectura de Sumatra. En la actualidad (1951) existen en el conjunto del archipiélago denominado *Indonesia* 19 circunscripciones eclesiásticas y unos 780.000 católicos, con 32.000 catecúmenos y 650 sacerdotes. A éstos deben añadirse: *Borneo británico*, con dos prefecturas apostólicas, cerca de 25.000 católicos y 55 sacerdotes; y *Nueva Guinea*, con 86.000 católicos, 35.000 catecúmenos y 137 sacerdotes en seis circunscripciones eclesiásticas. El vicariato de Batavia es el más floreciente, con unos 60.000 católicos. Los padres de Steyl cultivan en la Sonda unos 150.000 neófitos, pero unos 70.000 son oriundos de los portugueses, de las islas Flores.

3. **El archipiélago oceánico.**—Fuera de las islas Marianas y Carolinas, evangelizadas en los siglos XVII y XVIII por los jesuítas hasta la supresión de la Orden, las cuales después pasaron a los agustinos recoletos españoles y más tarde a los capuchinos alemanes, para volver después de la primera guerra mundial a los jesuítas españoles y pasar, después de la segunda, a los jesuítas norteamericanos, todo el inmenso espacio restante, cuajado de puntitos de diminutas islas, recibió en el siglo XIX la primera semilla evangélica de los padres de Picpus. Los PP. Bachelet, Armand y Short llegaron a Sandwich el año de 1827. Por entonces todo ese mar inmenso dependía jurisdiccionalmente del prefecto apostólico de las islas Reunión y Madagascar. En 1833, Gregorio XVI erigió, por fin, el vicariato de Oceanía oriental, poniendo de vicario a Mgr. Jerónimo Rouyhouse. El P. Laval se hizo célebre en el apostolado de las islas Gambiers. En 1836, el mismo papa confió a los padres maristas la Melanesia y la Polinesia; para 1837 llegaba a Tonga Mgr. Pompallier, acompañado del futuro Beato Chanel y del célebre P. Bataillon, del P. Servant y dos legos, que fueron estableciéndose en Tonga, Wallis, Futuna, Samoa, Fidji, Nueva Caledonia, Nuevas Hébridas, Salomón, etc.

La esfera de acción de los padres de Picpus se extiende desde las islas Marquesas y Gambiers, adonde en 1836 llegaron los tres primeros picpusianos y donde se inmortalizó el P. Laval, hasta Tahití y Sandwich, es decir, toda la Poli-

[32] DUPEYRAT, *Une grave question missionaire*, en «Rev. Hist. Miss.» (1934), pp. 29-51 y 221-241; DUBOIS, *Activité protestante en Polynesie*, en «Rev. Hist. Miss.» (1934), pp. 29-51 y 221-241; DUBOIS, *Activité protestante en Polynésie*, en «Rev. Hist. Miss.» (1928), pp. 369-406.

[33] MANGERET, *La Croix dans les iles du Pacifique* (Lyón 1932); *Historia de las misiones de los PP. Maristas en Oceanía*; GOYAU, *Le premier demisiècle d'apostolat des picpusiens*, en «Rev. Hist. Miss.» (1927), pp. 481-521.

nesia oriental. Recordemos, al nombrar a Sandwich, cerca de Molokai, al apóstol de los leprosos, P. Damián de Veuster, que llegó a Molokai el año 1873 y allí se sepultó en vida hasta su muerte, acaecida en 1889, atacado por la lepra.

A pesar de la oposición protestante y de la distancia inmensa de esas misiones, el fruto del apostolado del mar Pacífico es alentador. Para 1890 se contaban unos 100.000 católicos. En la actualidad hay unos 350.000, repartidos en 19 circunscripciones apostólicas, entre una población de unos 2.362.988 habitantes [34].

4. Australia y Nueva Zelanda.—El continente autraliano, que hoy se hombrea con las naciones modernas, se ha formado de aluvión. Al independizarse los Estados Unidos, los deportados y penitenciados de Inglaterra fueron a parar a Australia. Con ellos llegaron los primeros católicos irlandeses, que para 1801 eran unos 2.000.

Entre los deportados en 1798 se encontraban tres sacerdotes: Harold, Dixon y O'Neill. Pero les estaba vedado todo ministerio apostólico. Sólo en 1803 se dijo la primera misa. Al poco tiempo los sacerdotes fueron repatriados. El último volvía en 1810, dejando unos 6.000 deportados católicos. Entonces Roma determinó enviar como prefecto apostólico al cisterciense irlandés Jeremías Flynn. Pero la violencia del gobernador fué tal, que tuvo que marchar aun sin poder sumir el Santísimo Sacramento. Esta violencia indignó al mundo, y en 1820, de acuerdo con el gobierno inglés, partieron dos capellanes para Australia: Felipe Connoly para Hobart, en Tasmania, y Juan José Terry para Sidney [35].

Su campo de apostolado crecía. En 1833 eran 17.179 católicos, entre una población europea de 60.794. La colonia iba a crecer rápidamente con el comercio de lanas. En 1834, la Santa Sede erigió el vicariato de Nueva Zelanda, que comprendía también Australia; su primer vicario fué Beda Polding. Con el descubrimiento de las minas de oro creció la afluencia de gente. Por eso en 1842 Gregorio XVI creaba la sede arzobispal de Sidney, que encargaba a Mgr. Polding, con la sufragánea de Hobart, a cargo de Mgr. Wilson, y Adelaida, a cargo de Mgr. Murphy. Tres años después se erigía el obispado de Perth. Ese mismo año llegaban a Nueva Nursia los benedictinos españoles, que tanto han contribuído a la colonización de Australia.

[34] MONJAT, *Dix anées de Mélanésie* (Lyón 1925); BLANC, *Chez les méridioneaux du Pacifique* (Lyón 1910), e *Histoire d l'archipel Fidjien* (Toulon 1926).

[35] LANDES, *Le catholicisme en Australie*, en «Rev. Hist. Miss.» (1928), pp. 160-198; CARDINAL MORAN, *History of the catholic Church in Australia*, 2 vols. (Sydney 1896-1897); RÍOS, *Misiones australianas de los benedictinos españoles* (Barbastro 1930).

La jerarquía se multiplicaba. En 1848 se erigían Maitland, Melbourne, Port-Victoria. No hemos de seguir detallando. Baste decir que, siendo así que en 1830 nada había en Australia, un siglo después, en 1930, Australia contaba con seis arzobispados, 15 obispados, dos vicariatos, una prefectura y una abadía nullíus. En 1885, Australia se vió honrada con la púrpura cardenalicia en la persona de Mgr. Morán, y en 1928 se celebró en Sidney el XXIX Congreso Eucarístico internacional con gran pompa. En 1946 fué nombrado el primer obispo indígena. La jerarquía comprende en 1951 cinco sedes metropolitanas y 22 obispados. Los católicos ascienden a 1.346.000; los sacerdotes, a 2.300; las religiosas, a más de 10.000.

En 1838, Nueva Zelanda fué confiada a los padres maristas; en 1848 se erigían dos obispados: Auckland, para Mgr. Pompallier, y Wellington, a cargo de Mgr. Viard. En 1869 se creaba la tercera diócesis en Dunedin, y en 1887 la cuarta en Christchurch, con Wellington como arzobispado. Los católicos, que en 1838 apenas eran 300, en 1951 pasan de 200.000 [36].

La jerarquía comprende un arzobispo y cuatro obispos con 504 sacerdotes.

Pero esta obra de Australia y Nueva Zelanda no es obra de conversión indígena, sino de *inmigración organizada*. Al contrario, los indígenas taymanes casi han desaparecido. En Australia eran por el año 1837 unos 200.000 y en la actualidad no pasan de 60.000. En Nueva Zelanda es relativamente mayor el número de indígenas: unos 57.000 maoríes. Entre estos naturales de Australia y Nueva Zelanda hay en la actualidad seis misiones, con unos 42.000 sujetos de los cuales unos 16.000 son ya católicos.

CAPÍTULO VII

Iglesias disidentes

I. LOS PROTESTANTES

Tres facetas podemos distinguir en la vida protestante de este período: conatos de ortodoxia y renovación, con realidades de racionalismo intenso; conatos de unión, de donde

[36] LANDRES, *Le catholicisme en Nouvelle-Zélande*, en «Rev. Hist. Miss.» (1929), pp. 8-36 y 220-259.

nacen innúmeras escisiones, y, por fin, la realidad de la expansión misionera [1].

1. Conatos de ortodoxia.—a) *El racionalismo: Baur, Strauss.*—La gran plaga del protestantismo en su actividad intelectual, y en particular en los estudios filosófico-teológicos, ha sido el racionalismo. Los esfuerzos de los sabios se fijaron principalmente en la Biblia, la historia eclesiástica y el dogma. Una vez que la antigua fe quedó ofuscada por las luces falaces de la falsa Ilustración, salió a flote el principio del libre examen.

La filosofía idealista, y sobre todo el racionalismo y criticismo de Kant, ejercieron grandísimo influjo en los teólogos de la Reforma. Es cierto que en alas del romanticismo se despertaron anhelos de ortodoxia, pero estaban inficionados de subjetivismo. Al lado de ese romanticismo soñador, surgió pujante el idealismo filosófico con tendencias panteísticas y especulaciones racionalistas. Sus representantes más conspicuos fueron Juan Gottlieb Fichte, Federico Guillermo Schelling y Jorge Guillermo Federico Hegel. Sobre la filosofía hegeliana fundaron los teólogos su ciencia. Ante las nuevas conquistas de la ciencia moderna, ante los postulados de la razón natural y de la crítica racionalista, fueron cayendo la revelación, la fe, los misterios. Todos los pro-

[1] FUENTES.—FRIEDBERG, E., *Die geltenden Verfassungsgesetze der evangelischen Landeskirchen* (1885); EBERS, G. J., *Evangel. Kirchenrecht. Sammlung der Kirchengesetze...*, 3 vols. (1932). Pueden verse otras publicaciones semejantes.

BIBLIOGRAFÍA. — NIPPOLD, F., *Handbuch der neuesten Kirchengeschichte*, 5 vols. (Hamburgo 1880-1906); ZAHN, A., *Abriss einer Gesch. der evang. Kirche im 19 Jahrh*, 3.ª ed. (1893); GOYAU, G., *L'Allemagne religieuse. Le Protestantisme*, 4 vols. (París 1902); HUPPERT, PH., *Der deutsche Protestantismus zu Beginn des 20 Jahrh* (1902); WERCHSHAGEN, C., *Der Protestantismus in s. Gesamtgeschichte bis zur Gegenwart*, 2 vols. (1909); KISSLING, J. B., *Der deutsche Protestantismus (1817-1917)*, 2 vols. (1917-1918); TILLICH, P., *Die religiöse Lage der Gegenwart* (1926); TROELTSCHE, E., *Protestantisches Christentum und Kirche in der Neuzeit*, en «Kultur der Gegenw.», I, 4, 2.ª ed. (1909); SCHIAN, M., *Dis evangelische Kirche der Neuzeit* (1930); FABRICIUS, C., *Oekumenisches Handbuch der christl. Kirche* (1927); ID., *Handbuch der Kirchen der Welt in unseren Tagen* (1930).

DIZON, R. W., *History of the Church of England*, 6 vols. (Londres 1912); DAVIDSON, R. T., *Character and call of the Church of England* (Londres 1912); CARNEGIE, W. H., *Anglicanisme* (Londres 1925); DELICH, *L'anglicanisme et les sectes dissidentes en 1892* (Vannes 1893); BAUMGARTEN, O., *Religiöses und kirchliches Leben in England* (Berlín 1922); BACON, L. W., *A History of American christianity* (Nueva York 1897); MÜLLER, W., *Das religiöse Leben in America* (1911); SASSE, H., *Amerikanisches Kirchentum* (1927); BARTH, K., *Die protestantische Theologie im 19 Jahrh* (Zurich 1947); CRIVELLI, C., *Sguardi sul mondo protestante: I. Le sette. II. Le missioni* (Roma 1949).

blemas de la teología y de la exégesis se habían de explicar prescindiendo de todo elemento sobrenatural [2].

Es verdad que, en medio de esta devastación, el ardor de la investigación y el progreso de las ciencias naturales y positivas lograron en el terreno positivo apreciables resultados filológico-exegéticos y de investigación histórica; pero de hecho las ruinas espirituales han sido inmensas.

En medio de esta desviación no faltaron conatos de ortodoxia protestante, aunque la escuela liberal dominaba el campo. El nombre más representativo es el de Schleiermacher. Feederico Schleiermacher, profesor de Halle y de Berlín, gran predicador por otra parte, pasa por el fundador de la moderna teología protestante. Con su religión del sentimiento y su percepción inmediata del infinito, favorece así al pietismo como al racionalismo panteístico. Al fin de su vida terminó por admitir un cristianismo más positivo, con ciertos atisbos de revelación e iglesia visible.

Pero el idealismo hegeliano, infiltrándose en la teología luterana, exigía mayores radicalismos. De hecho, de allí arrancan diversas tendencias teológico-escriturísticas. Una fué la tendencia abiertamente racionalista, representada por Gottlob Paulus, que profesaba verdadero horror al milagro y al orden sobrenatural; por Feuerbach, Bruno y David Strauss, quien llegó a negar abiertamente la revelación y aun la existencia de un Dios personal. En su *Vida de Jesús*, editada por primera vez en 1834, presenta al Cristo bíblico como un mito forjado por la fantasía de los primeros cristianos.

La escuela de Tubinga, con su fundador, Cristián Baur, siguió estos derroteros: apoyándose en los principios hegelianos, esta escuela tomó un carácter crítico histórico, que aplicó implacablemente a la Sagrada Escritura, y sobre todo al Nuevo Testamento. Baur admitía como auténticas solamente las cuatro grandes Epístolas de San Pablo. Los Evangelios, según él, nacieron hacia el año 150 en el medio ambiente de las primeras divergencias cristianas entre petrinos y paulinos. Pero los discípulos de Baur tuvieron que admitir, forzados por la evidencia de las investigaciones históricas, la autenticidad de los tres Sinópticos. Aunque cediendo a la evidencia, esta escuela ha proseguido su marcha con nombres como Koestlin, Hilgenfeld, Weizsächer, Pfleiderer, Volkmar, Lipsius, Wellhausen, Julicher, etc. La teolo-

[2] LUTGERT, *Die Religion des deutschen Idealismus und ihr Ende*, 4 vols. (1922-1930); KISSLING, *Der deutsche Protestantismus*, cf. página 209; KIEFL, *Der geschichtliche Christus und die moderne Philosophie* (1911); BARION, *Die intellektuelle Anschauung des J. G. Fichte und Schelling und ihre Religionsphilosophiche Bedeutung* (1929).

gía libre, que no reconoce más autoridad que la de la pura razón, es hija de esta escuela [3].

b) *Tendencia ortodoxa.*—Enfrente de esta tendencia destructora, completamente racionalista, se levantó la tendencia ortodoxa de los protestantes creyentes, que, basándose en las enseñanzas positivas de Lutero más que en su principio del libre examen, tratan de salvar la fe en Cristo. Citemos a Neander, profesor de historia de la Iglesia en Berlín; Hofmann, con la escuela de Erlangen; Vilmar, de Marburgo; Thomasius, F. Delitzsch, etc. No han faltado en este campo trabajos eminentes, como los de Tischendorf, Mayer y Zahn, insignes escriturarios, y los de Hauck y Seeberg, historiadores.

Entre estas dos tendencias o escuelas opuestas ha surgido una posición media o de unión, cuyos partidarios se consideran seguidores de Schleiermacher. Su conato es hermanar y armonizar el cristianismo con el racionalismo moderno. No niegan abiertamente la revelación, lo sobrenatural, el milagro, la divinidad de Jesús; pero tampoco lo admiten sin reserva y sin alguna explicación racionalista. Su obsesión es presentarnos la persona de Cristo con el mayor realce posible, como la aparición histórica cumbre, pero sin el destello de la verdadera divinidad. Admiten como auténticos e históricos algunos de sus milagros, pero les dan una explicación natural.

Uno de sus jefes fué Alberto Ritschl. Su escuela histórico-crítico-bíblica recuerda la de Schleiermacher; separa la filosofía de la teología, la metafísica de la experiencia religiosa. Admite como postulados la inmortalidad y libertad del alma, la existencia de Dios, la divinidad de Jesucristo en sentido metafórico, la gran autoridad de la Escritura como libro humano. Por esos mismos derroteros caminan Ullman, Dorner y sobre todo el que durante el siglo XX ha sido el portaestandarte de esta tendencia en Alemania, Adolfo Harnack. En Inglaterra, la Broad Church Party sigue las tendencias racionalistas con F. W. Robertson, T. Erskine, J. M. Campbell [4].

2. Conatos de unión.—a) *Liga de Gustavo Adolfo, alianza evangélica.*—Dos factores han contribuído a despertar en el seno del protestantismo ciertos conatos de unión. De una parte, el ver los estragos causados por la incredulidad como fruto del racionalismo y protestantismo liberal; de

[3] WEISS, *Die religiöse Gefahr* (Friburgo 1904); SCHNEIDER, F. CHR., *Baur, und seine Bedeutung für die Theologie* (1909).

[4] PRZWYWARA, *Das Geheimnis Kierkegaards* (Munich 1929); PATRY, *La religion dans l'Allemagne d'aujourd'hui. Catholicisme, protestantisme, christianisme païen et racisme* (París 1926).

otra, el ver el progreso del catolicismo aun en las naciones protestantes.

Con ocasión del centenario de Lutero, en 1817 se intentó la famosa Unión en el ducado de Nassau, que Federico Guillermo implantó en Prusia y en los años siguientes fué cundiendo por Hessen, el Palatinado del Rhin, Baden, etc. Pero en 1822 se levantó gran oposición, sobre todo en Silesia; ni la cárcel ni la pérdida del cargo bastó para que los luteranos antiguos se sometieran. Con esto se constituyó en Prusia la *Iglesia evangélico-luterana,* con su Colegio en Breslau (1841) [5]. En 1850, con ocasión de la nueva Constitución de Prusia, se formó el Consejo eclesiástico evangélico.

Más éxito tuvieron los conatos de unión libre de los cristianos de Alemania y del extranjero. La *Asociación de Gustavo Adolfo,* que en 1842 se fundó en Leipzig, a instigación de Zimmermann, se fué extendiendo por toda Alemania y tenía por fin principal proteger las comunidades necesitadas en la diáspora y aglutinar de algún modo a todos los protestantes sin atender a sus diferencias religiosas. Hasta 1914 había recogido 60 millones de marcos para este fin.

Otro conato importante fué el realizado en 1846 en Londres. El escocés Chalmers, a una con el embajador Bunsen, fundó la *Alianza Evangélica,* que intentaba unir a todos los protestantes del mundo; por su parte, en Alemania los creyentes protestantes formaron su *Deutscher Evangelischer Kirchenbund,* que celebraba sus asambleas anuales [6].

Pero era imposible convenir en una base doctrinal, ya que ni siquiera la *Confessio augustana* la admitían todos. En 1865, el profesor Bluntschli con otros de Heidelberg, Berlín y Rostock, organizaron la *Asociación Protestante;* su orientación era marcadamente racionalista, pues profesaba como norma que el cristianismo no tiene necesidad de milagros, ni de Biblia, ni de dogmas. Su fin, decía, era "la renovación de la iglesia protestante con el espíritu de la libertad evangélica y en armonía con el progreso de la cultura moderna". Este carácter cultural hizo que se extendiera en todos los medios cultos de Alemania. Con una tendencia más abiertamente anticatólica que las anteriores, se organizó en 1886-7 la *Unión Evangélica,* que tenía por objeto oponerse al progreso amenazador del catolicismo al final del Kulturkampf. Sus fundadores fueron: Beyschlage, de Halle; Nippold, Lipsius, de Jena. Al mismo tiempo trata-

[5] STANGE, *Vom Weltprotestantismus der Gegenwart* (Hamburgo 1927); RENÉ VALLAU, *Die Einigung der Kirche vom Evangelischen Glauben aus* (Berlín 1925).

[6] BEYER, *Die Geschichte des Gustav Adolfvereins* (1932); ARNOLD, *History of the Evangelical Alliance* (Londres 1897).

ban de favorecer el movimiento de Austria de *Los non Rom* o alejamiento de Roma [7].

b) *Conatos unionistas ingleses.*—En cambio, en Inglaterra el movimiento unionista es más amplio y sincero. El primer paso negativo fué el *Test of Act* de 1828 en favor de los reformistas o disidentes y el *Emancipation Bill* de 1829 en favor de los católicos. La fuerte secularización y mundanidad que se había apoderado de la Iglesia anglicana oficial, despertó el llamado Movimiento de Oxford, que en otro lugar hemos descrito, y que provocó notables conversiones, mientras Pusey quedó a la mitad de camino, dando origen al puseysmo o ritualismo, que puso su meta en la restauración del antiguo culto, la construcción de suntuosas iglesias con espléndidos altares, vistosos ornamentos sagrados, luces, incienso, libros litúrgicos, confesión sacramental, culto de los santos, órdenes religiosas, celibato, fiestas; en una palabra, todo el aparato externo de la Iglesia católica. Son los llamados *católicos anglicanos* [8].

Las mismas tendencias unionistas ha venido patrocinando lord Halifax mediante sus conferencias de Malinas con el cardenal Mercier (1921-25). Pero adolecían de un defecto capital, que Roma no podía aceptar: el indiferentismo dogmático, que supone que la verdadera Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica, se compone de las tres ramas: anglicanismo, Iglesia ortodoxa separada de Roma y catolicismo. Este principió fué expresamente condenado por Pío XI en su encíclica *Mortalium animos*, del 6 de enero de 1928. Dice que sólo hay un camino para la unión: la vuelta a la casa paterna. Por su parte, los protestantes han celebrado en 1925 en Estocolmo, con la representación de 600 delegados, y en Lausana en 1927, con 400 delegados, sus congresos unionistas, a los que acudieron algunos delegados de las iglesias orientales. La Iglesia católica, aunque fué invitada, no pudo acudir a una asamblea donde se abandonaban los dogmas y sólo se buscaba cierto enlace práctico y social [9].

---

[7] HERMELINK, *Katholicismus und Protestantismus der Gegenwart* (Gotha 1926); HEILER, *Evangelische Katholicität*, I (Munich 1926).

[8] MARCHAL, *Oxford Movement*, en «Dict. Théol. Cathol.», 11, p. 1675-1704; WALSH, *The story of the romeward movement in the Church of.*, 2.ª ed. (Londres 1900); BRILIOTH, *The anglican revival in the Church of England*, 2.ª ed. (Londres 1925); KNOX, *The catholic movement in the Church of England*, 2.ª ed. (Londres 1930).

[9] Encíclica *Mortalium animos*: AAS 1928; BAUR, O. S. B., *Die Päpste des 19 Jahrh. und Unionsversuche*, en «Theologie und Glaube», 23 (1931), pp. 733-754 s.; *The conversations at Malines* (1921-1925); *Original documents, edited by Lord Halifax* (Londres 1930); PRIBILLA, M., *Um kirchliche Einheit: Stockholm, Lausanne, Rom* (Friburgo 1929); SIMON, P., *Wiedervereinigung im Glauben* (Paderborn 1925).

c) *Multitud de sectas.*—Las realidades tangibles de todos estos conatos de unión protestante han sido una multitud de escisiones y *sectas*, que se acentúan sobre todo en América. Allí la suprema aspiración es la libertad e independencia. En parte se explica porque sus elementos, en sus orígenes, sufrieron la opresión y la persecución religiosa de parte del anglicanismo oficial.

Además de las antiguas ramas protestantes, luteranismo, anglicanismo, calvinismo, con las sectas de puritanos, presbiterianos, congregacionalistas, baptistas, cuáqueros y metodistas de los siglos anteriores, en esta época se multiplican asombrosamente las *denominaciones o sectas independientes*. Tipo característico del protestantismo norteamericano es la participación absorbente de los laicos y su actividad práctica y social en la nación misma y en el extranjero [10].

Participando de cierto carácter común de remozamiento (Revival), con cierto tinte escatológico, adventista y milenarista, casi todas esas sectas nacen en el siglo XIX en América, de donde pasan al continente europeo. Citemos en primer lugar a los *irvingianos*, fundados en 1830 en Londres por el presbiteriano Eduardo Irving; renueva las ideas montanistas y milenaristas e instituye su iglesia al estilo antiguo, con sus 12 apóstoles y 72 discípulos. Su característica es el oficio apostólico. Algún parentesco con los irvingianos tienen los *darbistas*, fundados por Darby.

Otra secta son los *mormones*, o "santos de las últimos días", fundados por el americano Joe Smith. Se establecieron en Ohío e Illinois; pero el pueblo les hizo tanta resistencia, que el profeta y su hermano Hyrum fueron fusilados en la cárcel en 1844. Los mormones en dos años de peregrinación por el desierto se encaminaron hacia el Oeste en la tierra de Utah. Allí el nuevo Moisés de los mormones, Young, fundó una comunidad teocrática comunista, con Salt Lake como centro. En 1852 declararon obligatoria la poligamia. No es extraño que tales seres sean perseguidos. Sin embargo, en conjunto, son unos 600.000 miembros; por Alemania, Austria y Suiza, unos 13.000.

Los *adventistas*, también secta americana, que brotó de los conatos del *Revival* de la primera mitad del siglo XIX, tienen por fundador a Guillermo Miller (1840), que, siendo de la secta de los baptistas, comenzó a anunciar en 1831 la

---

[10] BENSON, H., *Non-catholic denomination* (Londres 1911); THINKE, L., *Kirche, Sekten und Gemeinschaftsbewegung*, 2.ª ed. (1925); BROWN, *The Church of America* (Nueva York 1922); HOLZAPFEL, *Die Sekten in Deutschland* (1924); ALGERMISSEN, *Konfessionskunde* (1930); PREUSS, A., *Dictionary of secret and other societies* (San Luis 1924); Véase en particular CRIVELLI, C., *Sguardi sul mondo protestante: I. Le sette. II. Le missioni* (Roma 1949).

segunda venida del Señor para el año 1844. Le siguió gran muchedumbre; pero, al no suceder la profecía, se fueron dividiendo los adventistas en seis denominaciones, de las cuales las principales son los adventistas del séptimo día, que son unos 270.000. Estos rechazan el domingo como pagano y celebran el sábado, requieren el bautismo de los adultos, celebran el lavatorio y cobran diezmos.

Una de las sectas modernas en boga es la del *Ejército de Salvación* (Salvation Army), que ostenta cierto metodismo militar organizado. Su existencia se debe al predicador Guillermo Booth (1829-1912) y a su esposa Catalina. Comenzó en Londres en 1878; su finalidad es el mejoramiento religioso, moral y económico de las clases abandonadas. Booth fué el primer general de este ejército, y envió sus oficiales y soldados, aun mujeres, por Norteamérica, Francia, Alemania. Cierto aparato de organización militar, los socorros prestados a los sin trabajo y sin hogar, ciertos visos de ascetismo y su finalidad filantrópica en la lucha contra el alcoholismo y la inmoralidad, le han atraído muchos secuaces. En 1932 contaba con 15.304 *korps* dispersos por 83 países, con 156.980 oficiales y 140.618 auxiliares. No se preocupan del dogma ni de los sacramentos; su fin es la conversión interna de los pecadores, el cambio psicológico del hombre.

Los *científicos* (Christian Science) los fundó la americana María Baler, muerta en 1890. En su libro *Ciencia y salud* enseña que sólo el espíritu, y no la materia, es real; toda enfermedad se cura por un medio espiritual, principalmente por la oración. Su doctrina es un naturalismo panteístico, en el que van unidos íntimamente el espiritismo, el ocultismo y la teosofía. Esta última fué fundada en Nueva York por la señora Blavatsky y el coronel Olcott en 1875. La antroposofía la fundó Rodolfo Steiner [11].

Citemos, por fin, la Asociación internacional de los *Serios intérpretes de la Biblia*, fundada en América en 1872 por Carlos Russel, secta racionalista fantástica, que esperaba la próxima venida de Cristo y su reino milenario para el año 1874 y después para 1914 y para 1925. Por la interpretación arbitraria de la Biblia ha trastornado antes y después de la guerra europea muchas cabezas; en 1926 eran unos 89.000 miembros en todo el mundo. En Alemania había unos 22.000. Inútil es detallar las diversas sectas: América es su tierra de promisión. Un 50 o un 60 por 100 de la población de los Estados Unidos son hombres sin religión, aunque muchas veces oficialmente figuran entre los protestantes. Los católicos son más de 25 millones. Los demás protestantes de las diversas ramas se fraccionan en 220 sectas antagónicas. Los que más partidarios tienen son: los *metodistas*, con unos nueve millones; los *baptistas*, con 8,4 millones, pero muy fraccionados; los *presbiterianos*, con 2,5 millones; los *luteranos*, con 2,5 millones; los *discípulos de Cristo*, con 1,7 millones; los *episcopalianos*, con 1,2 millones; los *congregacionalistas*, con 908.000 socios; los *reformistas*, con 553.000.

[11] HERKENRATH, en «Stim. der Z.» (1918), pp. 617-21 (trata sobre los adventistas); GRÖHL, *Die Heiligen der letzten Tage und die katholische Kirche* (1925); ALGERMISSEN, *Konfessionkunde*, p. 735 s.

El distintivo americano es la acción, las cuestiones sociales y benéficas, la enseñanza. Su generosidad para fines religiosos y benéficos es asombrosa. Aunque la escuela oficial es laica y el Estado se desentiende de los asuntos religiosos, sin embargo, el protestantismo goza de preferencias ante el Estado. Para su campaña proselitista en la América latina se unen todas estas fuerzas en sí disgregadas; en este punto las asociaciones más poderosas y extendidas son: Y. M. C. A., o sea *Young Men's Christian Association*, y Y. W. C. A., o sea *Young Women's Christian Association* [12], asociación cristiana juvenil, masculina y femenina.

3. Expansión misionera.—a) *Ideas de la ortodoxia. Tendencias más modernas.*—El protestantismo oficial ha sido refractario al movimiento misionero. Cuando en 1590 el pastor protestante Adrián Saravia publicaba su tratado sobre la obligación misional, los corifeos del protestantismo Teodoro Beza y el architeólogo de la reforma después de Melanchton, Juan Gerhard, lo refutaron diciendo que la obligación de evangelizar había terminado con los apóstoles. Contra la idea misional salió también la Universidad de Wittenberg.

Las ideas calvinistas sobre la predestinación y la teoría de la *massa damnata* contribuyeron a extinguir todo entusiasmo evangelizador en el protestantismo. Pero, sobre todo, el principio de "Cuius regio, huius et religio" y el sistema de iglesias nacionales ahogan todo conato de salir fuera del territorio sujeto a determinado príncipe. De ahí que los primeros brotes de apostolado misioneros entre los protestantes hayan nacido de los disidentes [13].

El pietismo de Spener marca la primera reacción contra el antimisionarismo protestante. Zinzendorf, con sus Hermanos moravos y sus Herrnhüttern, lleno de entusiasmo pietista, se lanza a misionar; parten para las Antillas, Groen-

[12] CRIVELLI, *Directorio protestante de la América latina* (Isola del Liri 1933); ID., *I protestanti in Italia*, 2 vols., ib. (1936-1938).

[13] NIEBERGALL, *Moderne Evangelization* (Giessen 1929); ROBINSON, *History of christian missions* (Londres 1915); CHARLES, P., *Les confessions protestantes*, en DESCAMPS, *Hist. génér. des missions*, p. 693-714.

landia, Pensilvania, Africa del Sur y las mesetas del Asia central.

Los baptistas, también disidentes, desde el famoso discurso de 31 de mayo de 1792, tenido por el zapatero Guillermo Carey en Nottimgham, se lanzaron al apostolado misionero. Doce baptistas se alistaron incontinenti y se formó la *Baptistmissionary Society*. Pero la *East Indian Company* no quería proselitismos, y estos baptistas hubieron de refugiarse en el establecimiento danés de Serampore, cerca de Calcuta, y organizar el apostolado de la prensa, pues se les prohibió el de la palabra. Se distinguieron en esta labor Marsham y Ward. Allí se tradujo la Biblia al chino, y desde allí, a mediados del siglo XIX, pasaron a evangelizar en Shantung y Shansi. En el Africa central, los baptistas se adelantaron a los demás y se señalaron por sus trabajos lingüísticos. También en Birmania, entre las tribus montañesas, y entre los negros de Estados Unidos hicieron prosélitos [14].

Los metodistas, otro grupo disidente, a pesar de las escisiones internas, comienzan con maneras un tanto rudas su evangelización; las Antillas, la costa occidental del Africa y el archipiélago oceánico, la India y China fueron su campo escogido [15].

b) *Sociedades y sectas misioneras.*—Al lado de estos grupos de credo homogéneo, el apostolado misionero creó las *Sociedades misioneras*, donde entraban todas las ideologías protestantes. Administradas por comités metropolitanos, en que predomina el elemento laico, examinan, preparan las aptitudes técnicas, financian las empresas de sus socios. Ellas corren con el servicio médico, de educación, de predicación, de reparto de Biblias, de visitas a domicilio. Los comités directores tienen la gestión de fondos. La mayor parte de los organizadores de estas sociedades son disidentes. De este tipo de sociedades es la *London missionary Society*, fundada en 1895, que ha servido de ejemplar a otras muchas. Fundada por independientes y presbiterianos, ha pasado a ser congregacionalista. Después de sus desastrosos comienzos de Polinesia, se ha establecido en la India en 1798, en Africa del Sur en 1799, en Africa central en 1877, en Madagascar en 1818, en Nueva Guinea en 1871. Por los años de 1914 recaudaba anualmente unos tres millones de francos oro.

Sobre las mismas bases se fundaba en Basilea la *Basler Mission*, que sólo en 1821 enviaba sus primeros misioneros; en 1827 emprendía su apostolado en Africa septentrional; en 1834 iban a la India occidental, y en 1846, a China.

[14] KINZE, *Der Missionsgedanke bei Schleiermacher und seinen Schülern* (1927); JÜBLER, *Mission und Theologie seit Scheleiermacher* (1929); MÜLLER, *Zweihundert Jahre Brüdermission* (1931).

[15] FINDLAY-HOLDSWORTH, *The history of the Wesleyan Methodist Missionary Society*, 5 vols. (Londres 1921-1924).

En los mismos principios se basaba la *Junta americana de comisarios para las misiones extranjeras*, fundada en 1810 en Boston. Citemos además la *Sociedad misionera de la Iglesia anglicana*, fundada en 1799, que trabaja en la India, China, Japón, Palestina, Egipto; la *Wesleyana-Metodista*, fundada en 1813; la de Berlín, en 1824; la del Rhin, en 1828 [16].

En este movimiento misional, las iglesias oficiales no podían permanecer por más tiempo impasibles. Efectivamente, a medida que la pujanza colonial iba expansionándose, iba en aumento la creación de estos organismos misionales para las colonias. Por fin, el movimiento salvó las fronteras coloniales, y entonces resultaba ridícula e inconducente la formación de una *Iglesia de Inglaterra* en China o Japón, en la cual el Parlamento de Wéstminster dictaminase sobre asuntos del Imperio chino o del Sol Naciente. Se ha obviado en parte la dificultad usurpando el nombre de la Iglesia católica *Sheng Chio Juei*.

La *Sociedad para la propagación del Evangelio en el extranjero* se extiende por Africa austral desde 1819, por las Indias (1820), Borneo (1848), Birmania (1859), Madagascar (1864), Japón (1878), China (1880). En 1914 reunía unos seis millones de francos oro al año [17].

Todavía en 1792 apenas se podía hablar de movimiento misional protestante. Cuatro sociedades representaban todo su esfuerzo, con un total de 190 misioneros, de los cuales 137 eran hermanos moravos, y los otros, en su mayor parte, ministros de los colonos blancos.

Para 1900 el número de misioneros subía a 18.164, más unos 4.000 indígenas, repartidos en unas 558 sociedades. Los recursos ascendían a 20 millones de dólares anuales; el número de convertidos alcanzaba unos cuatro millones en total. Fuera del Tibet, Afganistán, alguna región de Africa y algunas islas del Pacífico, por todas partes asentaban sus estaciones misioneras, aunque siempre se concentraban alrededor de las grandes ciudades [18].

c) *Peligros en la multiplicidad. Crisis actual.*—Sin embargo, se notaba una dispersión anárquica de actividades

[16] DESCAMPS, *Histoire...*, p. 704 s.

[17] WARNECK, *Abriss einer Geschichte der protestantischen Missionen* (1913); RICHER, J., *Allgemeine evangelische Missions-Geschichte*, 5 vols. (1906-1931); PISANI, P., *Les missions protestantes à la fin du XIXe siècle* (París 1903); ROBINSON, CH., *History of the christian mission* (Londres 1915).

[18] FAHS, *World missionary atlas* (Londres 1925).

esterilizantes y de antagonismos. En una misma localidad bullían media docena de denominaciones o sectas, que se hacían la guerra con gran escándalo de los neófitos. Para remediar estos inconvenientes se pensó en reunir la *Gran Conferencia de Edimburgo* (1910), que congregó más de 1.200 representantes de todas las denominaciones. La orden del día fué: estrategia, método y cooperación. Se nombró un comité permanente, compuesto por diez americanos, diez ingleses, diez continentales y cinco indígenas, el cual había de dirigir y regular las actividades diversas. Por la estrategia se habían de elegir los puntos de ataque; por el método se había de seleccionar y formar el misionero; por la cooperación, todos habían de predicar a Jesucristo, evitando cualquier divergencia, puestos los ojos en el fin común. Pero en punto a dogma se dejó la más plena libertad, y ese punto era para muchos el capital. Este fallo dogmático y la primera guerra europea dieron al traste con aquellos acuerdos prácticos de Edimburgo. Pero, además, es imposible que ni la Conferencia de Edimburgo ni la Junta internacional de Misiones unifique la acción de tantas sectas independientes sin una autoridad común.

Sin embargo, después de la guerra del 14 siguió el apostolado protestante, que se intensifica de un modo especial en la América española. Sus agentes misioneros muchas veces son médicos, maestros, comerciantes o representantes de casas comerciales, que llevan el encargo de misionar; se han duplicado y triplicado, y sus recursos pecuniarios son fabulosos; pero el resultado no corresponde a tanto esfuerzo. Las conversiones protestantes andarán por los siete millones, y nosotros sabemos lo que esas conversiones significan en profundidad.

Uno de los medios empleados es la repartición de Biblias. Con este fin actúan multitud de sociedades bíblicas. La primera y principal es la fundada en Londres el año 1804; siguen la de Basilea del mismo año, la de Stuttgart de 1812, la de Berlín de 1814, la de Nueva York de 1816. Sólo la de Londres ha repartido más de 385 millones de ejemplares en 608 lenguas o dialectos. Los años pasados se calculaba que las sociedades bíblicas repartían un promedio de 10 millones de Biblias al año.

Otros dos medios indirectos son la instrucción y la beneficencia. Como que el pensamiento dominante actual entre los protestantes no busca ya la conversión de los paganos, sino el remediar sus necesidades con tendencia filantrópica y desterrar su ignorancia y su retraso material. De ahí nace la multiplicación de centros docentes, desde las escuelas primarias hasta las universidades, y de centros de beneficencia, como orfanotrofios y hospitales. Claro está que

esta táctica supone sumas inmensas de recursos: la colecta anual de todas las sociedades protestantes fácilmente llega a la suma de 15 millones de libras esterlinas.

Pero la escisión intestina reflejada en las conferencias de Shanghai y las controversias iniciadas en *Chinese Recorder* nos están diciendo que el apostolado protestante está en crisis. Sin negar heroísmos individuales, los acontecimientos de China de 1927 y 1932 para acá proclaman con evidencia el nivel inferior de abnegación y sacrificio del pastor protestante respecto al misionero católico. Además, la cuestión de las iglesias nacionales o iglesias indígenas es para los protestantes un problema atormentador [19].

II.—Las iglesias orientales

Vamos a indicar brevísimamente la suerte de las iglesias orientales en este período: éstas son la rusa, la anatólica o greco-oriental y las antiguas iglesias orientales heterodoxas. Por fin indicaremos algunos conatos de unión intentados en estos dos últimos siglos.

1. Iglesia rusa.—a) *Suerte de los latinos anexionados.* La Iglesia en Rusia, así la ortodoxa o cismática como los católicos de rito oriental o latino anexionados en los repartos de Polonia, ha sufrido la opresión de los zares. En el primer cuarto del siglo XIX los católicos de Rusia fueron duramente tratados. Es cierto que Paulo I llegó a firmar con Pío VI un concordato en 1798, por el cual se restablecía la jerarquía, quedando las sedes de Poloczk, Luck y Brest para los uniatas (de rito oriental, unidos a Roma), y el arzobispado de Mohilew, con cinco sufragáneas, para los de rito latino. Alejandro I, de temperamento religioso y propenso al misticismo, se mostró bastante favorable a los católicos; en su reinado se realizaron varias importantes conversiones: el príncipe J. X. Gagarin y el conde J. Martinov, que entraron jesuítas; el general Nicolai, que se hizo cartujo; el conde Schuwalov, que fué barnabita; la princesa Natalia Narischkin, que entró hermana de la Caridad; el príncipe Galitzin, madama Schwetchine y otros [20].

[19] *Report of the Jerusalem meeting of the international missionary council,* 6 vols. (1928); *World missionary conference* (Edimburgo 1910), 9 vols.; *Chinese Recorder* ha planteado varias veces estos agudos problemas de la vida interna de las misiones protestantes.

[20] KNIE, F., *Die russisch-schismatische Kirche, ihre Lehre und ihr Kult* (1894); PHILARET, *Geschichte der Kirche Russlands,* 2 vols. (Frankfurt 1872); DALTON, *Die russische Kirche* (Leipzig 1892); MARKOVIC, G., *Gli slavi ed i papi* (Zagabria 1897); LESCOEUR, *L'Egli-*

Pero Nicolás I (1825-1855) volvió al empeño de rusificar a los rutenos, haciéndolos cismáticos. Prohibió a los uniatas toda comunicación con Roma (1825) y fué suprimiendo los ritos latinos y la enseñanza católica. Determinó que la Iglesia rutena fuera gobernada por un colegio greco unido; que sus obispos fueran nombrados por el zar, y que el clero se formase en la Universidad de San Petersburgo. Además, en 1839 ciertos prelados cómplices, reunidos en un sínodo, denunciaron la unión rutena de 1595, suplicaron al zar los admitiese en la "Iglesia de sus padres", como lo hizo, y en seguida iniciaron la persecución contra los religiosos que se resistían a pasar al cisma.

En cuanto a los latinos, no tuvieron menos que sufrir, particularmente en la Polonia sometida a Rusia. Esta tirantez, así política como religiosa, provocó la insurrección polaca de 1830. Nicolás I se vengó prohibiendo las conversiones al catolicismo, suprimiendo conventos y aun toda la Orden basiliana, cerrando escuelas y seminarios, etc. Además, empezó a colocar obispos cómplices que preparasen la separación de Roma y el paso al cisma. Para ello hacía consagrar obispos, hechuras suyas, sin la confirmación del papa. La ruina de la iglesia uniata, consumada en 1839, según queda indicado, y el despojo de los bienes eclesiásticos de 1841 movieron a Gregorio XVI a protestar enérgicamente en la alocución del 22 de julio de 1842. Nicolás I fué a Roma en 1845 y con promesas y buenas palabras dos años después firmaba un concordato con la Santa Sede [21], que no se publicó hasta 1856, y entonces mutilado y falseado.

b) *La Iglesia ortodoxa.*—Alejandro II (1855-1881) por un rescripto de 1859 prohibía toda conversión, y en 1861 impedía el nombramiento para la sede de Varsovia. Otra vez se rebelaron los polacos, no pudiendo tolerar las medidas vejatorias que continuamente se les aplicaban. Esto fué en 1863. No se hizo esperar la dura represión rusa, marcada con el sello de la persecución religiosa. El arzobispo Felinski fué deportado a Iaroslav y sucumbieron multitud de sacerdotes, como cómplices presuntos de los insurrectos. La mayor parte de las casas religiosas fueron suprimidas; de 125 conventos de hombres quedaron 25, y de 42 de mujeres quedaron sólo 10. Para remate de estas medidas se secularizaron los bienes eclesiásticos, y el Estado asignó una pensión al culto y clero. La administración de la Iglesia fué confiada a un colegio eclesiástico de San Petersburgo (1866) [22].

En sus ansias de paz, León XIII trató de establecer relaciones con Rusia. En 1879 y 1880, el zar sufrió dos atentados. Con esta ocasión el papa le expresó su simpatía, y, además, ese mismo año de 1880, por la encíclica *Grande munus*, extendía a toda la Iglesia la fiesta de San Cirilo y San Metodio. Las negociaciones llevadas por Jacobini y S. Vanutelli, nuncios en Viena, terminaron con el concordato de 1882 entre Alejandro III (1881-1894) y la Santa Sede. En las altas esferas corrían aires de más libertad y se presentían conversiones, como la del ilustre filósofo Soloviev, llamado por el P. D'Erbigny "el Newman ruso", autor de obras tan notables como *Rusia y la Iglesia universal, La justificación del bien y del mal, La metafísica y la ciencia positiva, Crítica de los principios revolucionarios, Fundamentos espirituales de la vida*, etc.

Con el desastre de la guerra ruso-japonesa soplaron en Rusia vientos de mayor libertad; el zar Nicolás II pareció abrir los ojos y dió una Constitución menos autócrata, que los católicos supieron aprovechar. Desde 1905 desaparecieron las leyes que prohibían abandonar el rito nacional y las dadas contra los que administraban los sacramentos a los convertidos.

Entre los católicos polacos trabajó y organizó muchas asociaciones el capuchino P. Honorato de Biala (1864-1908).

La guerra de 1914 transformó por completo la faz de Rusia y de todo el Oriente. El año 1917, con la caída de los zares, cayó también la Iglesia ortodoxa rusa, que contaba con un bloque de unos 130 millones de adeptos, sometidos al yugo zarista, sobre todo desde Pedro el Grande. Ni el zar, ni el patriarca, ni el Santo Sínodo existían ya. El concilio panruso, reunido en Moscú en 1917, restauró por el momento el sistema patriarcal, suprimido en 1721 por Pedro el Grande, y el primer titular, Tykhon, fué elegido el 28 de octubre de 1917; pero la revolución bolchevique de noviembre del mismo año dió un nuevo sesgo a las cosas.

c) *La revolución bolchevique. Los sin Dios.*—El partido comunista radical, bajo la dirección de Lenin, desencadenó

---

se catholique et le gouvernement russe (París 1903); MILIOUKY, *La crise russe, ses origines, son évolution, ses conséquences*. Trad. franç. (París 1907); PIERLING, P., *La Russie et le Saint-Siège. Etudes diplomatiques*, 5 vols. (París 1890-1912); PALMIERI, A., *La Chiesa russa, le sue odierne condizioni e il suo riformismo dottrinale* (Florencia 1908); MASSARYK, PH. G., *Studien über die Geistesströmungen in Russland*, 2 vols. (1913); BRIAN-CHANINOV, N., *Historia de Rusia* (Barcelona 1944).

[21] BOUDOU, A., *Le Saint-Siège et la Russie (1814-1883)*, 2 vols. (París 1925).

[22] LESCOEUR, *L'Eglise catholique en Pologne sous le gouvernement russe* (1903).

[23] D'HERBIGNY, *Un Newmann russe, Vladimir Soloviev* (París 1911); LEROY-BEAULIEU, *L'Empire des tzars*, 3 vols. (1881-1889); GRATIEUX, *Khomiarov et le mouvement slavophile*, 2 vols. (París 1939).

una furiosa persecución de exterminio contra la Iglesia y contra toda religión. Por decretos del Comisariado del Pueblo, dados el 23 de enero de 1918, quedó separada la Iglesia del Estado, se introdujo el matrimonio civil, se prohibió la enseñanza religiosa en las escuelas, los niños no podían recibir instrucción alguna religiosa antes de los dieciocho años ni seguir religión alguna; los bienes de todas las confesiones fueron declarados bienes nacionales. Se intentaba borrar todo rastro de religión en la vida pública y privada [24].

Al principio, el patriarca Tykhon protestaba con valientes encíclicas contra tales desafueros; pero en mayo de 1922 fué encarcelado; para entonces las estadísticas daban 22 obispos y 250 sacerdotes muertos. Tykhon cedió un tanto, y los soviets se contentaron con recluirle en un monasterio, donde murió en 1925.

Por su parte, los rojos instituyeron un sínodo rojo o *Iglesia viviente,* que simpatizaba con las ideas bolcheviques. Esta Iglesia se reunió en 1922 en un concilio panruso, que decretó un cambio radical en la Iglesia; entre otras cosas se suprimió el monacato y hasta el celibato de los obispos. El sucesor de Tykhon, el metropolitano de Nowgorod, Sergio, intentó en vano entenderse con los bolcheviques, declarándose leal al régimen [25].

Los gobernantes comunistas, para acabar con la Iglesia en Rusia, se dieron a favorecer toda clase de tendencias reformatorias y cismáticas. Así brotaron la *Iglesia viviente,* la *Iglesia de origen apostólico,* formada por el metropolitano Antonio; la *Iglesia del Renacimiento,* la *Iglesia sinodal.* Georgia y Ucrania se separaron de la Iglesia rusa, declarándose autocéfalas.

Los católicos suscitaron el odio especial de los perseguidores. El 10 de marzo de 1922 fué arrestado Mgr. Cieplak, sufragáneo de Mohilew, y Mgr. Budkievitch. La pena de muerte del primero fué conmutada por dos años de prisión, gracias a la intervención de Pío XI. El segundo fué ejecutado.

Después de un pequeño respiro, comenzó más encarnizada la persecución el 8 de abril de 1929. El enemigo era toda religión y el mismo Dios. En relación con el famoso plan quinquenal económico e industrial de trabajo colectivo (1932-1937), se votó también un plan de extirpación de toda idea y sentimiento religioso; quedó suprimido el domingo y días festivos, se prohibió celebrar las fiestas de Navidad,

[24] HECKER, *La religion au pays des soviets* (París 1928); *La législation soviétique contre la religion,* en «Orientalia Christiana», 5, p. 1 s.

[25] D'HERBIGNY, *Après la mort du patriarche Tykhon* (Roma 1925), en «Orientalia», 4, 2; SCHWEIGL, *Die Hierarchien der getrennten Orthodoxie in Sowjet-Russland, R.,* (1928).

se dictaron leyes execrables contra el matrimonio, la familia y vida familiar, arrancando brutalmente a los hijos del seno de la familia. La juventud había de ser educada en el más craso materialismo y ateísmo en las escuelas del Estado y en las organizaciones comunistas, y se organizó una refinada propaganda de palabra, por escrito, con carteles e imágenes y gráficos, para borrar de los corazones hasta la idea de Dios. Se formó el partido de los *sin Dios,* que en sus filas de ateísmo militante contaba con unos dos millones de adeptos. El bolchevismo es hoy el mayor peligro para el mundo [26].

Sin embargo, el contacto de los soldados con el pueblo ruso en la última guerra mundial demuestra que aquel pueblo, profundamente piadoso, no ha perdido su fe; pero las masas juveniles van arrastradas por esas olas de impiedad y ateísmo.

2. Iglesia anatólica.—Durante mucho tiempo, el patriarca de Constantinopla fué un empleado más de la Sublime Puerta. El movimiento nacionalista, que contra el dominio turco se acentuó en los Balcanes a comienzos del siglo XIX, originó también la separación de varias iglesias de la jurisdicción del patriarca de Constantinopla, surgiendo varias iglesias autocéfalas [27].

En 1821, Grecia se sublevó contra el poder turco; las asambleas nacionales de Epidauro en 1822 y de Trezeno en 1827 proclamaron la independencia, así política como religiosa. Los 52 prelados ortodoxos residentes en Grecia redactaron una ley orgánica en julio de 1833 y proclamaron la autonomía de la Iglesia griega con un sínodo permanente. A medida que Grecia se iba agrandando políticamente con la anexión de las islas Jónicas en 1864 y el Epiro y Tesalia en 1882, la Iglesia griega autónoma se iba extendiendo a esas regiones.

Este principio de independencia y autonomía o autocefalismo fué imperando en todos los Balcanes. En 1830, los servios cismáticos alcanzaban un comienzo de autonomía religiosa, y en 1879 el mismo patriarca de Constantinopla, Joaquín III, reconocía la santa Iglesia del principado de Servia. Los servios de Hungría y Transilvania eran en 1914 un millón de almas, con seis obispos, dependientes del pa-

[26] GURIEN, *Der Bolschevismus* (Friburgo 1931); SEIBERT, *Das rote Rusland* (Munich 1931); ZIEGLER, *Die Gottlosenbewegung* (1932).

[27] Sobre la Iglesia oriental ortodoxa en general, véanse BETH, R., *Die orientalische Kirche der Mittelmeerländer* (1902); SILBERNAGEL, J., *Verfassung und gegensvärtiger Bestand sämtlicher Kirchen des Orients,* 2.ª ed. (1904); ADENEY, W. F., *The greek and eastern Churches* (Edimburgo 1908); FORTESCUE, A., *The orthodox eastern Church,* 2.ª ed. (Londres 1920). Véase asimismo: HOFFMANN, G., *Papa Greg. XVI e la Grecia,* en «Misc. Hist. Pont.», 14 (Greg. XVI), pp. 135-157 (Roma 1948).

triarcado de Karlowitz, independientes desde 1848. Los rumanos de Transilvania obtuvieron por decretos de 1864 y 1869 la erección de la sede metropolitana de Hermanstadt con dos sufragáneas. En 1873 volvió a dividirse Karlowitz, para formar la sede metropolitana de Tohernovitz con los rumanos de la Bukovina y la Dalmacia, constituyendo la Iglesia servo-rumana.

En 1860 los búlgaros resolvieron separarse de Constantinopla y pasarse al catolicismo. Pero Rusia, inquieta por aquella barrera católica que se le ponía delante, consiguió que el patriarca de Constantinopla concediera a los búlgaros sus demandas: así quedaron las cosas como estaban. Mas el movimiento nacional y religioso avanzaba. En 1872 Bulgaria se constituyó en exarcado, y una vez que la nación se independizó, se constituyó un sínodo nacional y un patriarca, que el de Constantinopla tuvo que reconocer en 1885 [28].

De esta manera, en 1914 el patriarca bizantino limitaba su jurisdicción en Europa a la pequeña Turquía europea, a Albania y Bosnia-Herzegovina, que desde la anexión a Austria eran prácticamente independientes. Fuera de Europa se extendía a Anatolia y gozaba de cierta supremacía sobre los patriarcas griegos.

Después de la guerra europea, dos Estados ortodoxos se han agrandado considerablemente: Servia y Rumania. La creación de Yugoslavia tuvo como efecto hacer cesar las iglesias autónomas nacionales de los servios de Hungría, Croacia, Bosnia y Montenegro. El 13 de mayo de 1919, los altos dignatarios eclesiásticos de estas regiones declararon la unión de su territorios, siendo entronizado patriarca en Ipek el metropolitano de Belgrado, Dimitrié. Los católicos eran unos 4.975.000, contra 5.360.000 ortodoxos.

También Rumania creció considerablemente, abarcando en su seno cuatro iglesias ortodoxas independientes: la antigua rumana, la de Transilvania, la de Bucovina, la de Besarabia. El gobierno intentó hacer la unión bajo el primado de Bucarest, pero halló ruda resistencia en la Iglesia de Transilvania, que quiere conservar su autonomía administrativa y escolar. En 1925 el Santo Sínodo creó el patriarcado de Rumania. Los cismas producen cismas [29].

3. **Otras iglesias orientales.**—Los nestorianos llamados *caldeos,* rechazados por los musulmanes, se concentraron en el Turquestán entre Persia y la Turquía asiática. Entre 1843 y 1848, el jefe kurdo Bader Kan Bey sacrificó muchos millares de caldeos. Durante la guerra europea los turcos re-

[28] ANDRE, *Les États chrétiens des Balkans depuis 1815* (París 1918).

[29] JORGA, *Geschichte der Rumänen und ihrer Kultur* (Hermanstadt 1929).

pitieron esas horribles matanzas; se calcula que la población nestoriana se redujo a la mitad.

A la cabeza de la Iglesia nestoriana se encuentra el *catholicos,* que desde 1437 es dignidad hereditaria en la misma familia, pasando de tíos a sobrinos. El *catholicos* reside en Kotchenes, entre el lago Van y el Urmiah. Tiene todavía cinco sufragáneas; pero el clero nestoriano vegeta en la más crasa ignorancia.

Los cristianos de Santo Tomás de la India en su gran mayoría se han unido estos últimos años a Roma con Mar Ivanios y Mar Theofilos. Los disidentes pertenecen más bien a los monofisitas desde el siglo XVII, en que rompieron la unión del siglo precedente [30].

Desde 1672 existe un buen grupo de caldeos católicos. Actualmente la residencia del patriarca católico caldeo es Mosul. Desgraciadamente, uno de esos patriarcas, José VI Audo o Audu (1848-1878), benemérito por muchos títulos, se enredó en una serie de conflictos con Roma, según indicamos al tratar del concilio Vaticano. Pío IX le excomulgó en 1876, y dos años después moría santamente reconciliado con el papa, a quien envió su más precioso anillo pastoral. Sin embargo, estas disensiones estorbaron muchas conversiones. El patriarca Elías XII (1878-1894) devolvió la paz a la Iglesia caldea.

Los *armenios* residentes en Armenia, Siria y Egipto son en parte monofisitas y en parte católicos. Con las Cruzadas, muchos armenios monofisitas se unieron a Roma; pero la unión fué poco duradera; se llaman también gregorianos por el apóstol de Armenia, Gregorio el Iluminado. Al frente de esta Iglesia monofisita se halla un *catholicos,* residente en el monasterio de Etschmiadzin. El *catholicos* de Constantinopla extiende su jurisdicción a todos los armenios del imperio turco, en número de más de un millón.

En 1860 redactaron su Constitución nacional, ratificada por la Sublime Puerta; pero los turcos vieron con malos ojos estos conatos nacionalistas, y, por otra parte, también los rusos desconfiaban de estos "judíos cristianos", que poblaban el Cáucaso. Alejandro III resolvió aniquilar la Iglesia gregoriana, rusificándola y secularizándola. Después de esa persecución legalista del zar vino la sangrienta del sultán. Hordas curdas, apoyadas por soldados, se lanzaron a la matanza. Entre 1894 y 1896 sucumbieron más de 15.000. Las potencias europeas se contentaron con protestar; León XIII con la protesta les envió socorros. Nicolás II prosiguió su obra rusificadora, despojando a esta Iglesia de sus bienes. En 1909 se renovaron esas horrendas matanzas, que costa-

[30] ALGERMISSEN, *Konfessionskunde* (1930); *El Siglo de las Misiones* (1931), pp. 360, 373; (1934), pp. 113, 346; (1938), p. 155.

ron la vida tal vez a unos 200.000. Para 1914 los armenios gregorianos eran aproximadamente 1.700.000, bajo los *catholicos* de Sis y Aghtamar y Constantinopla. Las diócesis eran unas 40. Pero los "jóvenes turcos" arrasaron durante la guerra europea la mitad de la población por medio de matanzas y deportaciones. Unos 700.000 se refugiaron en el Cáucaso, Persia y Siria. En el Asia Menor y Constantinopla sólo quedaban unos 300.000 armenios [31].

En cuanto a los católicos armenios, fueron más rudamente perseguidos, si cabe. Después de la independencia de Grecia, se les concedió un arzobispo-primado, residente en Constantinopla, y además un *catholicos*, residente en el monasterio de Bzommar, con la jurisdicción sobre los armenios de Siria, Cicilia, Mesopotamia y Palestina. En 1867, Mgr. Hassoum, arzobispo primado de Constantinopla, fué nombrado *catholicos* de Bzommar. Con esta ocasión, el papa Pío IX publicaba su bula *Reversurus*, determinando las atribuciones de los obispos orientales y la participación que podían tener los laicos.

Tanto entre los caldeos como entre los armenios hubo sus disensiones; pero Hassoum renunció, por bien de paz, en 1880. En 1911 se tuvo en Roma un concilio nacional con buenos resultados. Pero las matanzas realizadas por los turcos durante la guerra de 1914-1918 y las deportaciones hechas por los kemalistas victoriosos acabaron casi por completo con el noble pueblo armenio [32].

El segundo grupo de los monofisitas lo forman los *sirios* o *jacobitas*, en número de unos 600.000; se extienden a lo largo del Eufrates, en Mosul, Diarbekir y Mardín, donde reside su sede patriarcal. También existen los *sirios católicos*, cuyo patriarca reside en Mardín. Tiene bajo su jurisdicción seis arzobispos: Mosul, Bagdad, Damasco, Alepo, Emesa y Gezrrel, con unos 60.000 fieles.

Monofisitas son también los *coptos* y los *abisinios*. Estos, en número de cerca de cuatro millones, tienen por metropolitano al abuna de Addis-Abeba, dependiente de Alejandría; los coptos o monofisitas de Egipto son en número unos 850.000, bajo el patriarca de Alejandría, residente en El Cairo. Los católicos de Abisinia no llegan a 10.000, ni los de Egipto a 40.000.

Los *maronitas* del Líbano, en sus luchas por la fe, se han conservado entre los riscos de sus montañas. En el siglo XIX han sufrido crueles matanzas de parte de los drusos en connivencia con el gobierno turco. Sólo en 1860 hubo

[31] JANIN, *Les églises orientales et les rites orientcaux*, 2.ª ed. (París 1926); ID., *Les Eglises separées d'Orient* (París 1930).

[32] LEVIE, *La mort d'une Eglise* (Lovaina 1925); LIPSIUS, *Der Todesgang des armenischen Volkes*, 2.ª ed. (Berlín 1919).

unas 6.000 víctimas. En Damasco, por ejemplo, fué incendiado el convento de los franciscanos y asesinados ocho religiosos. Durante la primera guerra europea se repitieron las matanzas, que causaron muchos millares de víctimas. A la cabeza de la Iglesia maronita se encuentra un patriarca residente en Bekerke, cerca de Beirut; tiene bajo su jurisdicción siete arzobispos, que son el de Alepo, Beirut, Chipre, Damasco, Sidón, Trípoli, Tiro. La fundación de la Universidad de Beirut en 1885, dirigida por los jesuítas, les ha dado cierta prestancia científica y una sólida formación. Son unos 300.000 maronitas católicos [33].

Citemos, por fin, a los *melkitas*, o restos de los antiguos católicos sirios, que en tiempo de las herejías permanecieron en la fe del emperador, pero que después siguieron también la suerte de los emperadores orientales, pasándose al cisma. Actualmente se dispersan en tres patriarcados: el de Antioquía, que cuenta con unos 300.000; el de Alejandría, unos 100.000, en su mayor parte griegos residentes en Egipto, y el de Jerusalén, que custodia los monumentos más venerandos de Palestina. Su número no pasa de 45.000 fieles [34].

4. **Conatos de unión.**—El proceder seguido ordinariamente por la Iglesia católica en esta cuestión de las iglesias orientales con sus variados ritos, ha sido el que los convertidos conserven su rito propio, como recuerdo venerando de la antigüedad. A estos convertidos se los llama uniatas. Prescindiendo de los esfuerzos realizados en toda la historia para atraer a los orientales disidentes, indicaremos como más típico de este período la invitación que todas las iglesias separadas recibieron de Pío IX para asistir al concilio Vaticano. Además, en 1862 el mismo Pío IX había creado en la Congregación de Propaganda una sección para los asuntos orientales, que en 1917 Benedicto XV transformó en Congregación *pro Ecclesia Orientali*, y con esta Congregación fundó el Instituto Oriental en Roma para la formación superior del clero de aquellos países. También León XIII se preocupó especialmente por las iglesias orientales; fundó varios colegios en Roma para la formación del clero de los diversos ritos e hizo que en las diversas regiones surgieran colegios y universidades, como la de Beirut de los jesuítas y el colegio de Mosul de los dominicos. En su motu proprio del 19 de marzo de 1896, León XIII trató de disipar la idea de que en Roma pretendían suprimir los antiguos ritos. Con esta tendencia unionista se han venido celebrando desde 1907, en Velehrad de Moravia, congresos unionistas entre

[33] CHARLES, *Jésuits missionaires. Proche Orient* (París 1929); GUYOT, *Les maronites* (Cambray 1852); STROTHMANN, *Die Koptische Kirche in der Neuzeit* (1932).

[34] LUBECK, *Patriarche Maximos III* (Aquisgrán 1920).

católicos y eslavos ortodoxos para preparar la aproximación [35].

Pío XI en 1923, en su encíclica sobre S. Josafat, exhorta con paternales amonestaciones a la unión en la casa paterna, y en 1928 escribió su encíclica *Rerum Orientalium*, exhortando al estudio diligente de las cosas de Oriente para fomentar el mutuo conocimiento. Este mismo propósito se acentúa en la constitución sobre los estudios *Deus scientiarum Dominus*. Con este fin de favorecer la unión y fomentar el apostolado entre los orientales, los benedictinos y jesuítas han establecido sus monasterios o provincias de rito oriental. El conato ha sido atrevido; mas, por las circunstancias actuales del mundo, no han podido desde luego cosechar los frutos que de esta medida se esperaban. La buena voluntad de parte de Roma es manifiesta; las esperanzas se han de poner en Dios. Para atraerse las bendiciones del cielo se fundó en 1924 la *Unio Catholica*, que por medio de oraciones principalmente, y en concreto con la novena por la unión, que se celebra para el 25 de enero (conversión de San Pablo), trabaja eficazmente en este sentido [36].

Los católicos de las iglesias orientales que dependen de la Congregación *pro Ecclesia Orientali*, son en total unos 8,5 millones, de los cuales, 5,16 millones son los rutenos de Galitzia, Hungría y América. El número de obispos unidos es de 57, con ocho administradores apostólicos y 34 obispos titulares. Trabajan entre los unidos 28 institutos religiosos de varones y 41 de mujeres.

En medio de esta variedad veneranda y en cierta manera grata, no deja de vislumbrarse cierta confusión por esa multitud de ritos, principalmente en algunas regiones de Siria. Allí, además de los ritos disidentes, como el bizantino, siro o jacobita, armenio, melkita, se hallan católicos de rito latino, bizantino, armenio, siro, maronita, melkita. A veces en la misma ciudad levantan sus sedes los jerarcas de todos esos ritos.

---

[35] *Acta Academiae Velehradensis* (Praga Olmütz 1910).

[36] PIETTE, *L'union des églises* (Bruselas 1928); D'HERBIGNY, *L'anglicanisme et l'ortodoxie gréco-slave* (París 1922); GATTI-KOSOLEVOSKIJ, *I riti e le Chiese orientali* (Génova 1942).

CAPÍTULO VIII

Desviaciones heterodoxas

En el orden especulativo, y entre las capas superiores y dirigentes de la sociedad, tres han sido los errores principales que han dominado en este período: el *racionalismo* y semirracionalismo, el *liberalismo* y el *modernismo*. Del lado contrario a estos errores y como desviaciones lamentables del resurgir católico han brotado otros tres: el *tradicionalismo*, el *fideísmo* y el *ontologismo*.

En el orden más práctico, social y político, y en las capas más inferiores, han pululado ciertas corrientes y tendencias, cuyo error capital es el materialismo y el ateísmo. Estas corrientes son el *socialismo*, el *comunismo* y el *anarquismo*, y en la oposición cierto totalitarismo y racismo exagerados.

Claro está que la exposición detallada de todos estos errores nos llevaría demasiado lejos. Esbocemos al menos su naturaleza e historia.

I. ERRORES PRIMARIOS

1. El racionalismo.—a) *Su origen y tendencia.*—El racionalismo es un sistema filosófico y una orientación antiteológica. Como sistema filosófico, parte del principio de que la razón humana es la única fuente del conocimiento. Por lo tanto, el racionalismo combate al agnosticismo, al escepticismo, al empirismo absoluto y al sensismo o sensualismo y también a la verdadera filosofía cristiana, que pone límites a la razón humana. En su estructura moderna, el racionalismo echa sus raíces en la duda metódica de Descartes, en la cual el yo y la conciencia del yo es el principio de todo conocimiento; la escuela de Wolff desarrolló este sistema racionalista, y Kant, con su *Crítica de la razón pura*, le abrió paso en los círculos científicos del siglo XIX [1].

---

[1] Sobre el racionalismo puede verse ante todo la bibliografía del período del filosofismo y falsa Ilustración, arriba. Además, lo que se dice en torno al *Syllabus* y las diversas condenaciones de algunos autores en el siglo XIX. En particular, los filósofos racionalistas del siglo XIX, sobre todo Kant, véanse: CHARLES, art. *Kant* y *Kantisme*, en «Dict. Th. Cath.»; CARLTON, J. H. H., *Una generación de materialismo (1871-1900)*, trad. del inglés por A. DE MESTAS (Madrid 1946).

El racionalismo más extremo o idealismo nace en la escuela de Hegel: toda realidad, aun la materia y sus leyes, brotan de un desarrollo lógico de la idea eterna. Por otra parte, la razón natural es la fuente y el único criterio y juez de la revelación [2].

Esta tendencia racionalista en materia religiosa nació del deísmo inglés, que ya con Shasterbury, Toland, Collin, Woolston, se aplicó a la crítica bíblica. De ahí pasó al racionalismo filosófico francés y a la llamada Ilustración alemana. La razón humana se impone a sí misma sus leyes para hallar los principios de su moral, sin reconocer superior alguno y dando una explicación meramente filosófica y natural de los dogmas y de la Escritura.

Para la razón pura de Kant, los tres objetos de la actividad del espíritu humano, yo, el mundo y Dios, son elementos puramente subjetivos, formas *a priori* del entendimiento humano. La metafísica no tiene objeto. Pero si la razón pura desconoce a Dios, la razón práctica, en virtud del imperativo categórico, afirma un deber absoluto, que tiene como condición la libertad y obliga a admitir la fe en las ideas de Dios, de libertad, de inmortalidad [3].

b) *Semirracionalismo de Hermes y Günther.*—En el campo de la teología católica, Hermes y Günther han propugnado un racionalismo mitigado o el *semirracionalismo.* Jorge Hermes (1775-1831), que primero fué profesor en Münster y después en Bona, enseñaba que, como la filosofía y la teología no son antagónicas, los datos de la revelación deben ser conclusiones filosóficas. El principio de la duda universal positiva, que Descartes aplicaba a la filosofía como principio de todo conocimiento, aplicado a la teología, debe ser el principio del conocimiento del dogma, el principio de la fe. Mientras podamos dudar, mientras no hayamos desterrado del alma toda duda, no hemos llegado a la verdad de la fe. El error capital está en afirmar que no ya la duda metódica, sino la absoluta y positiva, es el punto de arranque y el supremo principio de toda ciencia, aun teológica, y que un conocimiento cierto sólo se consigue gracias a la absoluta necesidad de la razón práctica, pues sola ella puede transformar en certeza objetiva la persuasión subjetiva de la razón teórica. Con esto, según los principios filosóficos de la escuela racionalista, la razón es la norma y el motivo de la fe cristiana. Esta razón humana debe investigar y demostrar todas las verdades reveladas por sus razones íntimas. Hermes enseñó, además, otros errores, como acerca

[2] DB 1642-1648. Están los errores principales del racionalismo y de su hijo, el indiferentismo, condenados en la alocución de Pío IX *Singulari quadam*, de 1854.

[3] REICHEL, *Baader und Kant* (1928).

del estado del hombre antes de la caída, acerca de la justificación, la gracia, etc.

Estas ideas quedaron formuladas en sus obras *Investigación sobre la interna verdad del cristianismo* e *Introducción a la teología cristiano-católica* [4].

Su influjo fué considerable, sobre todo en la Renania; pero fué atacado por Binterim, Seber, Sieger, Perrone y Kleutgen. Por parte de la Iglesia intervino enérgicamente Augusto Clemente Droste von Vischering, primero como obispo de Münster y después como arzobispo de Colonia; Gregorio XVI condenó el hermesianismo el 26 de septiembre de 1835, muerto ya Hermes, y en 1836 declaró también condenada la *Dogmática cristiano-católica,* obra póstuma de Hermes.

Cuando en 1846 Pío IX publicó su encíclica *Qui pluribus,* determinando las relaciones entre la razón y la fe, los hermesianos obstinados pretendieron encontrar allí una aprobación de sus doctrinas. Hacia 1860 se sometieron los contumaces [5].

Casi al mismo tiempo brotaban ideas semejantes en Viena por obra de Antón Günther (1783-1863), natural de Bohemia, el cual, salido del noviciado de los jesuítas, se hizo sacerdote, y desde 1824 a 1854 publicó una serie de escritos de contenido filosófico y teológico que le conquistaron por el momento muchos admiradores. Günther pretendía refutar los errores panteístas, mas para eso forjó un sistema semirracionalista, que tenía algo de hegelianismo. No negaba la impotencia de la razón para alcanzar las verdades de la fe, pero afirmaba que, una vez en posesión de las fórmulas de fe, puede penetrar sus misterios y desarrollar el dogma con nuevas fórmulas. Las decisiones dogmáticas de la Iglesia son provisorias. Desechando como semipanteísta la filosofía de los Padres y de los escolásticos, Günther quiere probar con su filosofía todo el contenido de la revelación, aun los misterios de la Encarnación y la Trinidad, y pretende llegar a comprenderlos científicamente, aunque de hecho los deforma. Así, por ejemplo, dice que la noción de la personalidad no es más que la conciencia del yo, y, por tanto, hay en Dios tres conciencias; consiguientemente, habrá tres substancias distintas, lo cual le conduce a una especie de triteísmo. En semejante error incurre al explicar el misterio de la Encarnación. Con tales demostraciones filosóficas, la fe se perfecciona hasta convertirse en ciencia racional. En cuanto al mundo y Dios, Günther quiere derribar el muro infran-

[4] THOUVENIN, *Hermes,* en «Dict. de Théol. Cath.».

[5] Véase: DB 1634-1639; en 1618-1621 había condenado Gregorio XVI los errores de Hermes en el breve *Dum acerbissimas,* del 26 de septiembre de 1835.

queable que Kant levantó entre el númenon y el ser de las cosas y de Dios; de la conciencia del yo, al estilo cartesiano, deduce Günther la existencia de Dios como el Ser ilimitado e incondicionado [6].

Esta teología guntheriana revela un talento poderoso, aunque extraviado por filosofías extrañas. Y de hecho tuvo gran suceso. Los profesores Knoodot y Baltzer la enseñaron en las Universidades de Bona y Breslau; Merten, en el Seminario de Tréveris. Al ser condenado el güntherianismo en 1857, Günther se sometió. Su mejor refutador fué José Kleutgen.

Los sistemas de Hermes y Günther revelan el gran peligro de aplicar las teorías kantianas a la filosofía y, sobre todo, a la teología. Jacobo Frohschammer, sacerdote y profesor de filosofía en la Universidad de Munich, incurrió en semejantes excesos, afirmando que la razón debe penetrar libremente en todo el campo de la teología, y que la filosofía no puede someterse a la autoridad de la Iglesia, aunque deba hacerlo el filósofo [7].

2. **El liberalismo.**—En las relaciones político-religiosas, el liberalismo ha sido la peste del siglo XIX. El liberalismo es esa tendencia del espíritu a rechazar toda barrera que impida la más completa libertad del individuo a pensar y obrar, así en la vida privada como en la pública. Se ha desarrollado esta tendencia en tres sectores principalmente, constituyendo las tres ramas del liberalismo: el sector filosófico-religioso, el sector político, el sector económico.

a) *Filosófico-religioso.*—El liberalismo filosófico-religioso proclama la plena libertad del pensamiento y rechaza toda importuna barrera. Cierta justificada libertad en la investigación filosófica o científica se puede compaginar con las debidas consideraciones personales a los maestros y métodos antiguos; pero el liberalismo filosófico-religioso comienza atropellando toda autoridad, y en primer término la eclesiástica. Sin embargo, se dan varios grados en este liberalismo, desde el liberalismo impío hasta el llamado liberalismo católico. Los secuaces del primero niegan toda autoridad eclesiástica que esté sobre su propia razón; los últimos sólo ponen trabas a esa autoridad en el desempeño de su oficio [8].

[6] DB 1655-1658. Condenación de los errores de Günther en el breve de Pío IX al cardenal Geissel, arzobispo de Colonia.

[7] WINTER, *Die giestige Entwicklung A. Günthers und seiner Schule* (1931).

[8] K. HILGENREINER, *Liberalismus*, en «Lexikon für Theol. und Kirche»; MESSMER, *Liberalismus*, en «Staatslexikon», III, pp. 967-988; E. PESCH, *Liberalismus, Socialismus und christliche Gesellschaftsordnung*, 2 vols. (1901); PIRON, *Néo-libéralisme, néo-corporativisme, néo-socialisme* (París); RUGGIERE, G. DE, *Storia del liberalismo europeo*, 4.ª ed. (Bari 1946).

Desde la falsa Reforma acá, el carácter distintivo de todos los errores y herejías ha sido la exageración de la libertad del pensamiento y la negación o limitación arbitraria de la autoridad religiosa establecida por Dios. Por eso con razón se ha llamado al liberalismo religioso la herejía de los tiempos modernos. El concilio Vaticano, al definir los límites de la razón y la revelación y al definir la infalible autoridad doctrinal de la Iglesia, hirió en el corazón al liberalismo.

En la vida pública se manifiesta este liberalismo en diversos grados: el ala extrema proclama la absoluta separación de la Iglesia y el Estado, dejando completa libertad de cultos y excluyendo positivamente toda religión o confesión o signo religioso en establecimientos y locales públicos, preconiza la secularización de las escuelas, hospitales, matrimonio, la supresión de toda subvención y de todo privilegio del clero.

En su forma mitigada, el liberalismo reconoce a la Iglesia, aun en la vida pública, y admite su colaboración; pero se muestra hostil a los derechos soberanos de la Iglesia y busca por todos los medios posibles coartarla en el ejercicio de su jurisdicción y poder. También se puede llamar catolicismo liberal el conato de ciertos católicos de borrar de la vida pública ciertos factores religiosos. El liberalismo práctico fué condenado por el *Syllabus* y la encíclica *Quanta cura*, de Pío IX, dada en 1864; León XIII nos trazó en varias de sus encíclicas la verdadera idea de libertad cristiana, condenando los errores opuestos [9].

b) *Liberalismo político.*—El liberalismo político enaltece enfrente de la autoridad civil los llamados derechos individuales y se esfuerza por recabarlos políticamente. Padres de este liberalismo fueron Hobbes, con su obra *De cive;* Rousseau, con su *Contrat social;* Montesquieu, con su *L'esprit des lois.* En la independencia de los Estados Unidos y, sobre todo, en la declaración de los derechos del hombre de la revolución francesa nació este liberalismo a plena luz.

También aquí caben matices y diferencias: los radicales llegan a proclamar la soberanía del pueblo, de quien, según ellos, procede, sin ninguna necesidad de Dios, toda autoridad. Los moderados admiten que la autoridad es de origen divino, pero exigen para el pueblo cierta participación en el gobierno con régimen constitucional. Como reacción contra el régimen absolutista de las pasadas centurias, este liberalismo hizo desaparecer las clases privilegiadas. Este fué en parte su mérito. Las democracias modernas nacieron de

[9] ASS, 3 (1867), p. 167 s.; ASS, 3 (1867), p. 161 s.; *Immortale Dei*, ASS, 18 (1885), p. 166 s.; *Libertas praestantissimum*, ASS, 20 (1887), p. 612 s.

aquí. Pero, con la proclamación de la soberanía del pueblo, fué este liberalismo político el portaestandarte de varias revoluciones y echó ciegamente por tierra una serie de instituciones históricas verdaderamente útiles, sin substituirlas por nada. Con frases hueras de una pretendida libertad soliviantó a las masas, menguó la autoridad del Estado y, con manifiesta contradicción, abusó de la fuerza del Estado contra los verdaderos derechos inalienables del individuo y de la Iglesia: escuela estatal obligatoria, prohibición de los votos religiosos, amortización de los bienes eclesiásticos [10].

c) *Liberalismo económico.*—El liberalismo económico parte de un concepto optimista del hombre y supone que el bienestar de la sociedad y la felicidad de los particulares se conseguirá de la mejor manera posible, dejando que las fuerzas naturales del hombre obren libremente. Así preconiza el libre ejercicio de las fuerzas económicas, desterrando toda traba estatal, corporativa y aun de orden ético en la producción y distribución de la riqueza; la libre concurrencia económica es el impulsor y el regulador mejor del organismo económico.

Modernamente se pretende explicar este principio con los principios evolucionistas de la selección natural. Por lo tanto, ha de reinar no sólo la libertad personal (supresión de la esclavitud, supresión de servicios), libertad industrial (supresión de toda traba en la elección de profesiones, supresión de privilegios y monopolios), libertad territorial (libre compraventa, libertad en las herencias y gravámenes territoriales), sino también libertad comercial (supresión de aduanas e impuestos) y libertad de trabajo o libre contrato.

El Estado debe proteger los derechos y la propiedad privada y, por lo demás, *dejar hacer*. Este sistema económico, tan favorable al capitalismo industrial, surgió en la revolución francesa y, sobre todo, a principios del siglo XIX en Inglaterra. Ciertamente tiene el mérito de haber echado por tierra muchas molestas barreras de la producción y distribución de la riqueza; pero no ha tenido en cuenta los factores éticos y morales y pronto han aparecido sus taras: concurrencia fraudulenta, opresión de la pequeña industria, un abismo de descontentos entre las fabulosas ganancias de la empresa y la miseria de los obreros y deudas de los campesinos. Estas calamidades del sistema liberal han producido una reacción de excesivo intervencionismo y de socialización de los bienes de producción al estilo socialista. El capita-

[10] WEILL, *L'éveil, des nationalités et le mouvement libéral* (París 1930).

lismo liberal en economía ha engendrado al socialismo y al estatismo exagerado [11].

Es verdad que en todo el complejo liberal hay algunos puntos en parte aceptables o al menos discutibles, y la condenación de la Iglesia no alcanza a todas sus partes. Los principios filosófico-religiosos son los perniciosos. Por desgracia, si el liberalismo económico en sus más desaforados abusos va de vencida, el liberalismo filosófico-religioso y político todavía vive en el ambiente del siglo.

3. **Modernismo.**—a) *Su naturaleza y origen.*—El modernismo significa la tendencia a acomodar el catolicismo a las llamadas exigencias de los tiempos modernos. Pío X, en su encíclica ***Pascendi,*** del 8 de septiembre de 1907, nos describe el modernismo como un sistema filosófico-dogmático, que pretende poner para siempre a la Iglesia católica a seguro de todas las acometidas de la ciencia, *deformando* por completo *la esencia misma del cristianismo* [12].

Las raíces del modernismo filosófico se nutren en el agnosticismo y en la teología del sentimiento o de la inmanencia. El agnosticismo afirma que el hombre con su mera razón nada puede conocer en el campo religioso y sobrenatural. La teología del sentimiento procede de Jacobi y Schleiermacher: Dios y el mundo religioso no se encuentran en el camino de la razón, sino en el del sentimiento. En Francia representan la tendencia modernista Sabatier *(Les religions d'autorité et la religion de l'esprit)* y Ménégoz, según los cuales no poseemos a Dios por una conclusión del entendimiento, sino por una resolución práctica bajo el instintivo impulso del sentimiento: ambos eran protestantes.

Las características del modernismo son las siguientes: el modernismo cambia por completo los conceptos de fe, religión y dogma; desfigura el concepto de revelación y sobrenatural; arruina la inspiración bíblica y la autoridad de la Iglesia [13].

[11] E. FESCH, *Liberalismus, socialismus...* (1899-1901); SARDÁ Y SALVANY, *El liberalismo es pecado* (Barcelona 1884); FEVRE, *Histoire du catholicisme libéral* (París 1902); BARBIER, *Le libéralisme catholique depuis 30 ans* (París 1907); C. CONSTANTIN, *Libéralisme catholique*, en «Dict. de Théol. Cath.», amplio estudio con copiosa bibliografía.

[12] AAS, 40 (1907), p. 593 s.; DB 2071-2109. Es una exposición maestra del modernismo esta encíclica de Pío X. Ni sus corifeos tenían ideas tan claras de sus fines, tendencias y consecuencias. Véanse: HEINER, F., *Der neue Syllabus oder Dekret Lamentabili vom 3 Juli 1907* (Maguncia 1907); CIAMPI, A., *Il nuovo sillabo di Pio papa X contro gli errori moderni* (Lecce 1911); RIVIERE, *Le modernisme dans l'Eglise* (París 1929); HEILER, F., *Der Vater des kathol. Modernismus, Alfred Loisy (1857-1940)* (Munich 1947).

[13] GAUDEAU, *Les erreurs du modernisme* (París 1908); LEBRETON, J., *Modernisme*, en «Dict. d'Apol», III, pp. 591-695.

En efecto, por su agnosticismo, el modernista no puede llegar a la fe y religión por medio de la revelación externa, sino por algo íntimo al hombre, por la vía del inmanentismo; ese sentimiento íntimo de la necesidad de un Dios existente es el comienzo de su religión y de su fe. Ese irrumpir del sentimiento religioso en los dominios de la conciencia es la revelación. Por lo tanto, la revelación no es la palabra de Dios, ni la fe es el asentimiento al testimonio divino; la fe no es producto del entendimiento, sino algo alógico; es el aprehender a Dios por la intuición del corazón y la experiencia interna. Los dogmas son la expresión o espejo de ese sentimiento; no tienen en sí una verdad o realidad absoluta; son meros símbolos, que para ser vivos y vivientes deben irse acomodando a la fe y a los fieles de cada época. Como el dogma, también los sacramentos son exigencias y modos de sensibilizar la religión. La Sagrada Escritura se dice inspirada porque sus autores estaban bajo el entusiasmo e influjo de ese sentimiento extraordinario o vivencia religiosa. La Iglesia brotó de la necesidad que sentían los fieles de comunicarse sus vivencias religiosas. La autoridad eclesiástica nace del pueblo y, por lo tanto, debe ser democrática; se impone la separación entre la Iglesia y el Estado, y en todo lo externo, aun en la administración de los sacramentos, debe estar sujeta al Estado. La quintaesencia y corona de la doctrina modernista es la ley de la evolución: fe, dogma, moral, culto, Iglesia, todo evoluciona y cambia [14].

b) *Consecuencias del modernismo.*—Las consecuencias de estas teorías son fatales. La primera es la completa escisión entre la fe y la ciencia, como pertenecientes a diversas esferas: la razón y el sentimiento. En los dominios de la fe no entra la ciencia; sólo en cuanto la fe transfigura un fenómeno concreto, v. gr., la vida de Cristo, y lo desfigura con añadiduras no históricas, pertenecen los fenómenos al dominio de la fe. El modernista debe negar la resurrección de Cristo como agnóstico, puesto que sólo considera los fenómenos terrenos como realidad histórica; pero la afirma como creyente, porque toma la vida de Jesús como vivencia religiosa. De ahí la diferencia entre el Cristo de la historia y el Cristo de la fe. El modernista, como historiador y crítico, que descansa sobre los principios agnósticos, inmanentistas y evolucionistas, no admite ninguna intervención de Dios en el mundo. De ahí la negación de los milagros, la revelación, la providencia.

La encíclica *Pascendi* es una exposición sistemática del modernismo. Tal vez no haya habido nadie que haya defendido todos y cada uno de esos puntos y sacado todas y cada una de esas consecuencias, que en la encíclica se reúnen y formulan; pero está sintetizada admirablemente la tendencia modernista, que por algún tiempo amenazó socavar los cimientos de la Escritura, el dogma y la Iglesia.

[14] Quien desee penetrar a fondo el modernismo, lea detenidamente la encíclica *Pacendi dominici gregis*. Los errores escuetos se hallan en el decreto *Lamentabili*, ASS, 40 (1907), p. 470 s.; RIVIERE, *Le modernisme dans l'Eglise*.

Muchas de estas ideas y tendencias apuntaban en varios escritores de la última década del siglo XIX. Era el momento en que los estudios religiosos se renovaban en Francia con crítica histórica y métodos nuevos, cuando de pronto uno de sus representantes, el abate Alfredo Loisy, discípulo del historiador Duchesne, y dedicado a la exégesis escriturística, se convirtió en adalid de las ideas modernistas con sus dos "libritos rojos" (*L'Evangile et l'Eglise*, 1902, y *Autour d'un petit livre*, 1903). El peligro era grave, porque el mal cundía solapado entre los católicos de muchas naciones. En Alemania apareció en 1903 el libro *Christus*, de Herman Schell. En Italia se propagaban las ideas y tendencias modernistas por los *Studi religiosi* de Florencia y sobre todo con el talento novelístico de Fogazzaro, en su novela *Il Santo* (1905); poco después, con los escritos de E. Buonaiuti. En Inglaterra, el ex jesuíta de Dublín Jorge Tyrrel, calvinista convertido, hacía imprimir en 1907 su obra *Entre Caribdis y Escila*, en la cual, como en otros escritos, exponía su concepto antiintelectualista de la religión y el evolucionismo dogmático. En Francia, E. Le Roy daba a luz su célebre artículo *Qu'es-ce qu'un dogme;* Marcelo Hébert, *L'évolution de la foi catholique* en 1905, y Alberto Houtin, *La crise du clergé* en 1907. Con esto quedan presentados los principales personajes de este drama modernista y la época en que se desarrolla a plena luz del día [15].

c) *Intervención decidida de Pío X.*—Pío X tuvo que intervenir vigorosamente. Ya en 1903 condenó las obras de Houtin y de Loisy, quien rehusó someterse. El 4 de julio de 1907 lanzaba el papa el decreto *Lamentabili*, condenando 65 proposiciones modernistas, y dos meses después, en septiembre, publicaba la encíclica *Pascendi*, en que quedaban condenadas estas proposiciones en una exposición sistemática y doctrinal. Pío X reclamaba como remedio una formación sólida y segura de los seminaristas, garantizada por la selección de profesores de filosofía y teología; exigió la censura de libros en todas las diócesis y prescribió el juramento antimodernístico (1910) a todos los profesores, doctorandos, predicadores, prebendados.

Una manifestación del espíritu modernista es el llamado

[15] LAGRANGE, *Loisy et le modernisme* (Juvisy 1932).

americanismo [16], del que ya hemos dicho unas palabras al tratar de los Estados Unidos, y el movimiento francés llamado *Le Sillon,* dirigido por M. Marcos Sangnier.

Le Sillon, organización obrera influenciada por las ligas neutras o protestantes, se gloriaba de penetrar en los medios más heterogéneos, agrupando en sus filas así católicos como disidentes. Su órgano era el *Bulletin de la Crypte,* llamado así por el local subterráneo de sus reuniones semanales. Más tarde se llamó *Le Sillon,* revista mensual. Al principio, la obra del genial y dominante Sangnier tuvo carácter marcadamente católico; tanto, que obtuvo las alabanzas de León XIII en 1902 y de Pío X en 1903, así como de muchos obispos. Desde 1902 celebraban sus congresos anuales y organizaron sus salones de obreros, círculos de estudiantes, conferencias. El año 1905 señala el cenit de la obra. Pero desde 1902 la acción social de Sangnier fué transformándose en acción democrática y política, y desde 1905 fué desapareciendo más y más su carácter social y católico; se fueron rompiendo los lazos con la jerarquía, fueron excluídos los elementos eclesiásticos y se propuso como ideal de gobierno la democracia. La ruptura fué completa cuando, en el Congreso de Orleáns de 1907, Sangnier propuso como fin del *Sillon* la supresión de los partidos y la formación de un gran partido, en que pudieran entrar católicos, protestantes, librepensadores. En este plan, el *Sillon* recibía en 1910 una nueva organización con tres secciones: una para la educación cívica, otra para la política y un comité democrático de trabajo social interconfesional independiente de la Iglesia. Pío X, en carta dirigida a los obispos de Francia, *Notre Charge apostolique,* del 25 de agosto, prohibió esas nuevas orientaciones y mandó que los miembros del *Sillon* se agregasen a agrupaciones católicas diocesanas dependientes de los obispos. El papa fué obedecido.

d) *Teología nueva.*—En nuestros días se ha marcado una tendencia o conjunto de tendencias, difíciles de determinar o definir, contra las cuales luchaban ya hace varios años algunos teólogos y revistas católicas. Sus raíces y derivaciones podrían encontrarse en la filosofía moderna, mas sobre todo se manifiestan en el campo de la teología y aun de la exegética. Esta ideología, en conjunto, pudiera ser considerada como una ulterior evolución del modernismo, ya condenado por la Santa Sede; mas, por otra parte, una de sus manifestaciones más espectaculares durante estos últimos años ha sido el tan traído y llevado existencialismo. A todo este conjunto de tendencias, que coinciden en cierta oposición a la filosofía y teología tradicional católica, huye

[16] DESHAYES, *Américanisme,* en «Dict. de Théol. Cath.».

las concepciones de substancias y aun de dogmas firmes e inconmovibles y trata de encontrar fórmulas más en consonancia con los sistemas filosóficos modernos, se le ha designado con el nombre de *teología nueva.*

Recientemente, en agosto del año pasado, 1950, el romano pontífice Pío XII, por medio de la encíclica *Humani generis,* ha llamado la atención sobre estos errores, que, aunque no van designados con el título de "teología nueva", coinciden con lo que se venía designando como tal. Según el documento pontificio, estos errores se reducen a los siguientes:

Ante todo se nota la confusión de ideas entre los filósofos no católicos, como se manifiesta en diversos errores característicos de nuestros días, como el evolucionismo exagerado, el llamado existencialismo y el historicismo. Frente a estos errores se afirma la fuerza de la razón para conocer la verdadera religión; pero mientras algunos, abandonando las doctrinas del racionalismo, desean volver a los manantiales de la verdad revelada, cuanto con más entusiasmo enaltecen la autoridad de Dios Revelador, tanto más desprecian el magisterio de la Iglesia. Por esto insiste el papa en la misión e incumbencia de los teólogos y estudiosos católicos, los cuales proceden con cautela, procurando evitar todo peligro por el ansia de novedades y por un imprudente irenismo o miedo a las dificultades y a la lucha. A continuación señala, ante todo, los errores en el campo de la teología. Tales son: una pretendida depuración de los dogmas católicos y su acoplamiento a los tiempos modernos; cierto relativismo dogmático, consecuencia de este espíritu de acomodación, y sobre todo un menosprecio sistemático del magisterio de la Iglesia y del romano pontífice. A este propósito establece el papa la verdadera posición del magisterio eclesiástico frente a los teólogos, la autoridad que debe atribuirse a las encíclicas pontificias y la recta interpretación de la tradición. A continuación señala asimismo Pío XII los errores en la interpretación de la Sagrada Escritura y en el método empleado en la exegética, terminando con una breve reseña de las funestas consecuencias de esta doctrina, que son: diversos errores sobre el conocimiento de Dios, la creación, los ángeles, orden sobrenatural, pecado, Eucaristía y multitud de puntos doctrinales, así como también sobre la Iglesia.

En el campo filosófico no son menos reprobables los errores que se propagan. Por esto insiste el papa en la solidez de la filosofía cristiana tradicional, muchos de cuyos principios no pueden ponerse en duda. Así, pues, se insiste en la excelencia de la filosofía de Santo Tomás y se rebaten las falsas imputaciones que a ella suelen hacerse: no es anti-

cuada ni excesivamente intelectualista si se la cultiva e interpreta debidamente. En realidad, los nuevos filósofos destruyen la teodicea y la ética verdadera. Para terminar, expone el romano pontífice algunos problemas científicos relacionados con el dogma, es decir, la verdadera posición católica frente a los mismos, en particular frente al evolucionismo antropológico, un evolucionismo moderado; frente al poligenismo, la defensa decidida del único origen de todos los hombres, que es Adán, y frente a ciertas audacias exegético-históricas, la historicidad de los primeros capítulos del Génesis.

Fácilmente se comprende la importancia del documento pontificio, que con tanto acierto señala los múltiples errores de estas tendencias modernas, designadas por los teólogos como *teología moderna*. Con razón ha sido ya designado este documento como un nuevo sílabo contra los errores de nuestros días.

II. Errores reaccionarios

Como reacción contra el racionalismo y sobre todo contra el agnosticismo de Kant y su escuela, que propagaba el ateísmo e indiferencia religiosa, surgieron ciertos conatos infelices para llegar a la verdad: el tradicionalismo, el fideísmo y el ontologismo.

1. **El tradicionalismo.**—El vizconde de Bonald (1754-1840), persuadido de que la razón por sí sola no podía llegar al conocimiento de la verdad, sobre todo de los primeros principios metafísicos, religiosos y morales, afirmaba que nuestros primeros padres habían recibido por revelación divina el pensamiento y la palabra. Según Bonald, el lenguaje es el instrumento de toda operación intelectual y moral; el hombre no pudo inventar el lenguaje; lo recibió del cielo, y con él las verdades dogmáticas y morales esenciales, como son la existencia de Dios, la inmortalidad del alma. Esta revelación primitiva se nos ha ido transmitiendo de generación en generación por medio de la tradición. De aquí el nombre de tradicionalismo aplicado a esta filosofía, que no dejó de prestar algunos buenos servicios, inculcando la idea de tradición en un tiempo de revolución y de rompimiento con lo pasado.

Pero ¿cómo distinguir la tradición verdadera de la falsa? Lamennais (1782-1854) creyó que la razón humana no puede darnos sino una certeza instintiva o de hecho; pero *el sentir común de los pueblos* o de la humanidad en cuestión de religión y moral es lo único que nos garantiza la certeza de

derecho. La tradición se nos transmite por el sentir común o por el sentido común universal. Por eso Lamennais dió tanta importancia al pueblo como factor de progreso, y así se explica la famosa teoría de la libertad de pensamiento, de prensa y de conciencia, que él reivindica con tanto ardor. De esta suerte Lamennais fundió en uno el tradicionalismo con el liberalismo. La falta de formación teológica, tanto en Bonald como en Lamennais, fué la ocasión de estos errores. Gregorio XVI condenó por dos veces la doctrina de Lamennais, primero en su encíclica *Mirari Nos*, de 1832, y después en *Singulari Nos*, de 1834 [17].

2. **Fideísmo.**—Más radical aún es el sistema de Bautain, profesor de Estrasburgo. Para llegar a la certeza, Bautain no se contentaba con la tradición de la primitiva revelación, que fácilmente pudo corromperse, sino que exigía la fe sobrenatural o *fideísmo*. Para él, la revelación, la Biblia, es la única fuente de los conocimientos y el único criterio de toda certeza; por la sola razón no podríamos demostrar filosóficamente la existencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma, etc.

El obispo de Estrasburgo censuró la doctrina de Bautain en su *Avertissement* de 1834, y Bautain hubo de firmar varias proposiciones antifideístas [18].

Hubo algunos, como A. Bonnetty, en sus *Annales de philosophie chrétienne*, y el P. J. Ventura y el lovaniense Ubaghs, que continuaron defendiendo cierto tradicionalismo o fideísmo mitigado. La Congregación del Indice mandó retractar estos errores a Bonnetty en junio de 1855 [19].

3. **Ontologismo.**—El ontologismo afirma o establece el principio siguiente: el orden del conocimiento sigue al orden de las cosas o los seres. Ahora bien, Dios es el primer ser y origen de todos los seres; luego el conocimiento de Dios es el primer conocimiento de nuestra inteligencia. La mente humana en su primer acto conoce directamnete a Dios, y en Dios, como causa, se conocen todas las demás cosas.

Falsamente pretendían los ontologistas encontrar sus predecesores entre los Padres llamados platónicos, como San Agustín, San Anselmo, San Buenaventura. Malebranche fué el padre del ontologismo moderno. En el siglo XIX, varios fueron sus defensores, aunque modificando el sistema, principalmente Vicente Gioberti, A. Rosmini, T. Mamiani,

[17] Salomón, *Bonald* (Coll. Pensée Chrétienne); Constantin, *Bonald*, en «Dict. de Théol. Cath.».
[18] De Regny, *L'abbé Bautain, sa vie et ses oeuvres* (1884); Horton, *The philosophy of Bautain* (Nueva York 1926).
[19] Dublanchy, *Bonnetty*, en «Dict. de Théol. Cath.»; DB 1649-1652, de falso tradicionalismo Bonnetty.

Fabre, Ubaghs, Lafôret y el P. Gratry, el cual renovó cierto ontologismo mitigado, por el cual sostiene la visión natural de Dios como inmediata e innata, aunque en esa idea de Dios no se encierran los conocimientos, v. gr., matemáticos, lógicos o metafísicos. Siete proposiciones ontologistas fueron condenadas en 1861 [20].

Muchos de estos errores reaccionarios fueron también condenados solemnemente en el concilio Vaticano al tratar de la revelación y de las relaciones entre la fe y la razón.

III. Desvaríos sociales

En el campo social, por una parte como fruto del materialismo y ateísmo reinante y por otra como reacción contra el capitalismo, hijo del sistema liberal, han brotado con ocasión del industrialismo y mecanicismo moderno una serie de desvaríos que, además de su carácter revolucionario, entrañan un conjunto de errores. Estos desvaríos son el *socialismo*, el *comunismo* y el *anarquismo*. Desde luego, todos ellos, como también el bolchevismo ruso, tienen una serie de factores comunes doctrinales y una misma finalidad. Su distintivo principal es la diversidad de procedimientos para conseguir el fin.

1. **Socialismo.**—El socialismo ataca la propiedad privada en los bienes productivos y medios de producción y distribución de las riquezas. El socialismo pone en manos del Estado o de la sociedad, como propietario y organizador, los medios de producción y bienes productivos, como las tierras, materias primas, fábricas, máquinas, medios de transporte. Sólo el consumo queda a la disposición libre del individuo. El origen del socialismo hay que buscarlo en la agudización de la llamada cuestión social, el desequilibrio producido por el capitalismo y la maquinaria, juntamente con la descristianización de la sociedad. En Francia, país clásico de la revolución, aparecen los primeros teorizantes del socialismo con Saint-Simon, Fourier, Proudhon, Luis Blanc. En Inglaterra, donde la introducción de la maquinaria produjo sus revueltas sangrientas y quemas de fábricas, lejos de prosperar el socialismo, se multiplicó el sistema de *Trades unions*, debido tal vez al carácter inglés, poco amigo de utopías. Entre los dogmatizantes del socialismo, Alemania va a la cabeza con Fernando Lasalle y, sobre todo, con Carlos Marx y Federico Engels [21].

[20] ZIGLIARA, *Della luce intellectuale o dell'ontologismo* (Roma 1874); DB 1659-1665.

[21] ALGERMISSEN, *Geschichte, Stand und Arbeitemethode der proletariechen Denker-Bewegung* (Bona 1928); HEIDER, *Die Geschichtelehre von Karl Marx* (Stuttgart 1931).

A fines del siglo se realizó la escisión entre marxistas ortodoxos y revisionistas con Eduardo Berstein. De las ideas socialistas brotó el *partido social demócrático* o *partido socialista*, que en todas las naciones ha tomado un auge alarmante. Fué adquiriendo tal influjo en los gobiernos y cámaras de las diversas naciones, que en esta primera mitad del siglo XX ha dominado por completo en varias naciones. Sus frentes populares han trastornado a Europa. En sus internacionales daban la orden del día para las revoluciones y con sus cuotas y subsidios las sostenían o empujaban.

El fuerte del socialismo está en la crítica despiadada del capitalismo; su flaco está en las soluciones sociales que propone a la cuestión social. Carlos Marx, en su obra *Das Kapital*, publicada por Engels en 1893, expone su teoría del *valor* y del *plus-valor* y su teoría del concepto materialista de la historia. Según Marx, todo se debe al trabajo y se lo apropia injustamente el capital; con esa teoría quiso justificar su idea de nacionalizar o comunizar los bienes productivos y los medios de producción, arrancándolos a la propiedad particular. Con su teoría de la concepción materialista de la historia aplicada aun a la religión y moral, grabó en la frente del socialismo y sus congéneres el sello de enemigos del cristianismo y de toda idea religiosa. Para esos partidos, la religión es el opio del pueblo, que los adormece en sus males con la esperanza en la otra vida y les quita los arrestos para reivindicar sus derechos y hacer la revolución.

Se ha hablado de un socialismo y aun comunismo cristiano: para ello se ha acudido a pasajes del Evangelio y a la primitiva Iglesia. Si por socialismo se quiere entender la fraternidad universal del género humano y lo que se afirma es que los bienes materiales han sido distribuídos por Dios para bien y provecho de todos, con la obligación de dar el que tiene al que no tiene, eso es y será siempre evangélico, patrístico y cristiano. Pero el cristianismo siempre ha defendido el derecho de propiedad y la caducidad de los bienes de esta vida; nuestra patria es el cielo [22].

En este sentido hablan las encíclicas inmortales de León XIII *Rerum novarum* y de Pío XI *Quadragesimo anno*, que definen la posición de la Iglesia en la cuestión social, condenando el liberalismo capitalístico y abogando por un régimen de trabajo, no sólo de caridad, sino de estricta justicia. Pero también en una porción de encíclicas y documentos diversos la Iglesia ha condenado los principios falsos y

[22] KIEFL, *Socialismus und Religion*, 2.ª ed. (Ratisbona 1920).

anticristianos del socialismo, comunismo y anarquismo, como en la solemne encíclica de Pío XI sobre el comunismo [23]

2. **El comunismo.**—El comunismo niega radicalmente el derecho de propiedad. No sólo los medios de producción y bienes productivos, sino los mismos productos los lleva al común del Estado o de la sociedad. En sus tendencias más radicales y libertarias, el comunismo llega hasta proclamar la comunidad de mujeres y la educación de los hijos por el Estado, deshaciendo la familia [24]. Lenin, el padre de la revolución y jefe de la dictadura rusa, es su figura más destacada.

3. **Anarquismo.**—Pero tanto el socialismo como el comunismo tratan de obtener su fin por medios más o menos legales. En cambio, el anarquismo se propone como finalidad concreta acabar con el Estado y con toda autoridad, como primer paso para establecer el nuevo orden de cosas. Los medios serán más o menos violentos, según el mayor o menor furor de sus actuales cabecillas; pero ninguno retrocederá ante el atentado y la dinamita. En la propaganda de los hechos, la única admitida por ellos, todos los medios son buenos si son conducentes al fin. Los jefes del anarquismo histórico, pues en estos últimos decenios se han multiplicado mucho, fueron el inglés Godwin, el francés Prudhon, el alemán Reclus, el ruso Bakunin y el príncipe Pedro Kropotkine.

En algún sentido, también el alemán Maximiliano Stirner y el americano Benjamín Tucker son comunistas y anarquistas y todo lo que sea necesario para revolucionar al mundo [25].

El comunismo, se suele decir, es el mayor enemigo que ha amenazado a la sociedad y a la religión. Socialismo, comunismo y anarquismo, en sus tendencias particulares, se han desgarrado varias veces entre sí como perros rabiosos; pero cuando se trata de conseguir sus fines comunes, han sabido aunarse: Francia, Méjico, España y Rusia han sido ejemplos vivientes, altamente aleccionadores.

---

[23] *Quod apostolici muneris*, ASS, 11 (1878), p. 372. Pío XI condenó el comunismo en la *Divini Redemptoris*, AAS (1937), pp. 65-106, donde pueden verse citados los documentos anteriores.

[24] GERLICH, *Der Kommunismus als Lehre* (Munich 1920).

[25] GURIAN, *Der Bolschewismus. Einführung in Geschichte und Lehre* (Friburgo 1931); SEIBERT, *Das Rote Russland, Stat, Geist und Alltag der Bolschewiki* (Munich 1941).

CAPÍTULO IX

El concilio Vaticano [1]

La historia del concilio Vaticano está íntimamente enlazada con la historia del siglo XIX y de sus errores. En la constitución *Dei Filius* cayó herido de muerte el racionalismo y el ateísmo; en la constitución *Pastor Aeternus* quedaron sepultadas las ideas conciliaristas y galicanas.

Cierto día uno de los familiares de Pío IX se quejaba de las dificultades que a la celebración del concilio se oponían. El papa, tranquilo, respondió: "Todos los concilios pasan por tres fases: la del diablo, la de los hombres y la de Dios; ahora estamos en la fase del diablo; no son de extrañar las dificultades." Efectivamente, el concilio Vaticano pasó también por estas tres fases: la del diablo aparece en el furor de los enemigos de la Iglesia antes del concilio y durante su celebración; la fase de los hombres, en las disputas demasiado acres de los teólogos y Padres en el concilio y fuera de él; la fase de Dios resplandece en sus definiciones dogmáticas y en la aceptación pacífica de ellas.

I. ANTECEDENTES (1865-1869)

1. **Estado de la cuestión.**—Si consideramos el orden político por entonces reinante en Europa, veremos que la fuerza brutal de Bismarck y Cavour dominaba sobre la

---

[1] FUENTES.—*Acta et decreta SS. et oecumenici concilii Vaticani* (Friburgo de Br. 1870 s); FRIEDRICH, J., *Documenta ad illustrandum Conc. Vatic.*, 2 partes (1871); FRIEDBERG, *Sammlung der Aktenstücke zum ersten Vatikan, Konzil...* (Tubinga 1872); *Constitutiones dogmat. SS. Conc. Vatic.* (Friburgo 1893) (ed. GRANDERATH).
BIBLIOGRAFÍA.—HERGENRÖTHER, J., *Anti-Janus* (1870); CECCONI, E., *Storia del concilio Vatic.*, 4 vols. (Roma 1873-1879); MARTIN, K., *Die Arbeiten des Vatik. Konzils* (Paderborn 1873); FESSLER, J., *Das Vatik. Konzil, dessen äussere Bedeutung und innerer Verlauf* (Viena 1871); MANNING, CARD., *The true story of the Vatican council*, 3.ª ed. (Londres 1877); VACANT, A., *Etudes sur les constitutions du concile du Vatican*, 2 vols. (París 1895); GRANDERATH, TH., *Geschichte des Vatik. Konzils von seiner ersten Ankündigung bis zu seiner Vertagung*, 3 vols. (Friburgo de Br. 1903-1906); MOURRET, F., *Le concile du Vatican d'après des documents inédits.* (París 1919); CAMPAGNA, M., *Il concilio Vaticano*, vol. I: *Il clima del concilio*, 2 partes (Lugano-Bellizona 1926); KNELLER, C. A., *Um das Vaticanum*, en «Z. Kath. Theol.», 51 (1927), 195 s.; BUTLER, C., *The Vatican council*, 2 vols. (Londres 1930).

debilidad del papa, mientras en los demás Estados la Iglesia gemía bajo la opresión de los Estados liberales y regalistas. En el orden social, la revolución que se preparaba era más profunda. El socialismo de Saint-Simon, el comunismo de Luis Blanc, evolucionaban hacia el anarquismo de Prudhom y Bakounine. En el orden intelectual y religioso, Renán, con su *Vie de Jésus,* publicada en 1863, era el símbolo del racionalismo impío.

En medio de tantos peligros, los católicos estaban divididos en dos bandos: los *ultramontanos,* que condenaban todas las tendencias modernas de la sociedad, y los llamados *católicos liberales* al estilo de Montalembert, que pretendían acomodarse a las exigencias modernas. La encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus* parecieron dar la razón a los primeros.

Mas pronto surgieron dificultades y diversas teorías para explicar el sentido y el valor dogmático de estos documentos del papa. Entonces cobraron celebridad las teorías de la tesis y de la hipótesis.

En este estado de cosas se hacía evidente la oportunidad de un concilio que, con su autoridad, refrenara tanto abuso y anarquía. Pero no era cosa fácil celebrarlo. Los conciliaristas y galicanos querían un concilio democrático, una especie de Estados generales de la Iglesia, a manera de Cámara representativa o Parlamento.

Por otra parte, las condiciones políticas y sociales no eran tan favorables que se pudiera prometer una convocación y celebración en paz. Muchos creían que era imposible celebrar un concilio, y de ahí concluían la necesidad de la infalibilidad pontificia como único medio de regir la Iglesia; así razonaba De Maistre.

Sin embargo, Pío IX abrigaba planes de concilio aun en los aciagos días de su destierro de Gaeta. Desde allí, como preparación para la futura asamblea ecuménica, mandó a los obispos del orbe comenzasen por celebrar sínodos provinciales.

Ya el 6 de diciembre de 1864, dos días antes de publicar la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus,* indicaba Pío IX al Sacro Colegio su resolución de celebrar un concilio. Al punto comenzaron los trabajos preparatorios. A los tres meses, en marzo de 1865, funcionaban cinco comisiones de cardenales para prepararlo. En este mismo mes enviaba a 35 obispos de los más conspicuos de la Iglesia latina su deseo de que le expusieran su opinión sobre los temas que en el concilio se habían de ventilar y que sus respuestas las enviasen a las comisiones de cardenales. Lo mismo hizo a principios de 1866 con los obispos de rito oriental.

2. **Las primeras controversias, extraconciliares.**—Los trabajos se llevaban en secreto; sin embargo, pronto se traslució el plan y comenzaron las cábalas de católicos y acatólicos. Entre el ruido de las armas, cuando Garibaldi invadía los Estados pontificios y peligraba la misma Roma, Pío IX, confiado en la protección del cielo, anunció solemnemente el concilio futuro el 29 de junio de 1867, centenario de los martirios de San Pedro y San Pablo. Con la alegría general de los católicos se mezcló cierto resentimiento de algunos obispos por el secreto con que habían trabajado las comisiones. Esta elemental medida de prudencia fué la ocasión de las primeras disputas, pues algunos obispos de tendencias liberalescas consideraban esta circunspección pontificia como *señal de desconfianza* hacia el episcopado. Mgr. Ginoulhiac, obispo de Grenoble, escribía el 23 de abril de 1867: "Si hemos de creer a los rumores que corren, el Padre Santo tiene intención de definir solemnemente su propia infalibilidad separada y fuera del consentimiento expreso o tácito del episcopado, después de obtener de los obispos convocados en Roma la declaración más o menos formal de su infalibilidad."

Esta era la piedra de escándalo para muchos: la infalibilidad separada. Como si hubiera católico que admitiese la posibilidad del papa definiendo infaliblemente y el episcopado disintiendo o definiendo lo contrario [2].

Una vez suscitada la cuestión de la autoridad doctrinal del papa, surgió también la de su autoridad disciplinar; el derecho de enseñar sacaba de quicio a los galicanos, y la potestad de regir con su potestad indirecta exacerbaba a los políticos, que veían el Medievo resucitado con el Sacro Romano Imperio, con Gregorio VII y con la bula *Unam sanctam.*

Algunos escritos de los ultramontanos les habían dado ocasión para esas cavilaciones.

El día 29 de junio de 1868, Pío IX publicó la bula *Aeterni Patris,* convocando el concilio para el 8 de diciembre de 1869. Con frase algo ambigua indicaba que el concilio se ocuparía en examinar diligentemente lo que en estos difíciles tiempos fuera mejor para gloria de Dios, integridad de la fe, honor del culto divino y salud de las almas. Allí nada se decía de la infalibilidad pontificia, ni de la potestad indirecta, ni de confirmar o definir el *Syllabus* [3].

3. **Maquinaciones hostiles. Antiinfalibilistas.**—Mons. Dupanloup, a quien veremos jefe de los antioportunistas, es-

[2] GRANDERATH, *Geschichte...,* I, pp. 57-32.
[3] *Acta Pii IX,* IV, p. 406 s.; MOURRET, *Le concile...,* p. 44; GRANDERATH, *Gesch...,* I, pp. 132-9.

cribió al punto una hermosa carta, traducida a varias lenguas, alabando el esquema del concilio y tratando de desviar la atención de las cuestiones que turbaban la paz. Pero en la bula de convocación había otra cuestión espinosa. El papa, después de maduro examen, no invitaba al concilio a los príncipes cristianos, rompiendo con la antigua costumbre. ¡Qué iban a hacer en un concilio aquellos príncipes liberales y hostiles a la Iglesia! En el primer momento, los príncipes recibieron con frialdad el hecho, y en las mismas Cámaras francesas alabó Ollivier esta determinación pontificia. Mas pronto, al removerse la cuestión de la potestad del papa, se agitaron vivamente como atizados por un espíritu malévolo. La definición conciliar iba a perturbar la paz de los Estados: había que vigilar el concilio.

También el galicanismo se aprestaba a la defensa: Dupanloup, con varios católicos liberales, quería explicar las proposiciones del *Syllabus* según los principios de la revolución francesa. En Alemania existía una escuela, con su asiento en Munich, que, bajo el influjo del racionalismo y de la libertad y soberanía de la ciencia, maquinaba, bajo la dirección de Döllinger, contra la autoridad del romano pontífice y por medio de escritos trataba de ridiculizar la infalibilidad pontificia. En este ambiente, el 6 de febrero de 1869, la *Civiltà Cattolica* publicó una controversia habida en Francia, en que los católicos se clasificaban en dos facciones, los unos con Veuillot y su periódico *L'Universe,* y los de tendencia liberal con Dupanloup y los periódicos *Le Français* y *Le Correspondant.* En esta controversia se decía que tal vez se definiese por aclamación la infalibilidad pontificia y que la duración del concilio sería corta [4].

Unos y otros atacaron tal modo de expresarse: ¿Valdrá algo una aclamación vaga e impremeditada? ¿Es que la Curia romana quiere evitar la discusión? La *Civiltà Cattolica* tuvo que defenderse en abril, diciendo que ella no había hecho más que exponer las sentencias de otros. Los ánimos no se aquietaron, y Döllinger en *Allgemeine Zeitung* y, con más delicadeza, Dupanloup en *Le Français* acusaron a la *Civiltà* de atentar contra los derechos de la Iglesia en connivencia con la Curia romana y el mismo papa.

Acabo de citar a los dos jefes de la resistencia: Döllinger y Dupanloup. Este obispo de Orleáns, "carbón ardiente en que alternativamente soplaba la gracia de Dios y su natural fogoso", fué el adalid de la resistencia de los *inoportunistas* de la infalibilidad. Antes del concilio se había hecho célebre en la lucha por la libertad de enseñanza en Francia y después defenderá acérrimamente la restauración de los Esta-

[4] GRANDERATH, o. c., I, pp. 152-170.

dos pontificios. Era, sin duda, erudito, pero sobre todo hombre de acción. Defendía la infalibilidad pontificia, pero creía que la *Civiltà y L'Universe* exageraban. Aun reducida a ciertos límites, creía que no era oportuno definirla, pues aumentaría las dificultades con los herejes y cismáticos. Con estas ideas y con su carácter ardiente, no es de extrañar que en su correspondencia epistolar con Montalembert y Döllinger, quien desde 1868 a 1869 le escribió cuatro cartas aviesas, dijese algunas inconveniencias e inexactitudes [5].

Döllinger, profesor de Munich, gran sabio sin duda, pero pagado de sí mismo y humillado en su misma ciencia, al no ser designado, como lo esperaba, consultor de las comisiones preparatorias, fué el genio malo y el adalid de los *antiinfalibilistas.* Sus obras históricas son indicio de su gran saber y erudición; pero como teólogo nunca llegó a entender el oficio de la potestad docente en la Iglesia. Con la cuestión del concilio se hizo de hecho antirromano. Desde luego, movió al ministro de Baviera Hohenlohe a prevenir a las cortes de Europa contra las definiciones conciliares, pues definir el *Syllabus* era atentar contra los Estados.

Efectivamente, el 9 de abril de 1869 Hohenlohe escribía a las cortes en este sentido. Los gobiernos resolvieron estar a la expectativa y no hacer nada mientras no se tratase de definir la infalibilidad. Hacia el fin de 1869, Döllinger editó juntos cinco artículos, que habían aparecido en *Allgemeine Zeitung* con el título de "Papa y Concilio", bajo el seudónimo de *Janus.* Allí se declara enemigo de la infalibilidad.

A los artículos de Dupanloup en *Le Français* respondió Veuillot en *L'Universe,* y a *Janus* le contestó Hergenröther con su *Antijanus.* Así quedaban deslindados los campos antes del concilio: infalibilistas, inoportunistas y antiinfalibilistas [6].

4. Otras dificultades y polémicas.—Al comenzar el año 1870 se suscitó fuera del concilio otra polémica entre dos célebres religiosos: Gratry, oratoriano, y Dechamps, redentorista y arzobispo de Malinas. Gratry, alma grande y gran corazón, al decir de León XIII, suponía que en la infalibilidad pontificia se contenía la potestad directa, y por eso negaba ambas cosas. Además, como hombre apostólico, que trabajaba por la vuelta de los disidentes, no quería aumentar las dificultades con la definición de un dogma odioso para ellos. Por fin, recorriendo la historia, creía encontrar hechos manifiestos en contra de la infalibilidad en los papas Liberio y Honorio.

[5] DOM CUTHBERT-BUTLER, *The Vatican council* (Londres 1930); GRANDERATH, o. c., I, pp. 171, 196 s.
[6] GRANDERATH, o. c., I, pp. 269-293; DÖBERL, *Döllinger und Newman, Gelbe Hefte,* I (1924), pp. 58-66.

Dechamps, también hombre apostólico, contemplando la anarquía de la sociedad moderna, creía que el remedio estaba en una autoridad robusta, y en sus excursiones por los campos de la historia, sólo algún reparo hallaba en Honorio. En esto intervino dom Guéranguer, para refutar la obra inoportuna de Mgr. Maret, obispo *in partibus* de Sura, que salió a luz en septiembre de 1869: *Du concile général et de la paix religieuse*. Dom Guéranguer escribió *De la monarchie pontificale,* en la cual respondía a las dificultades de Gratry contra los ultramontanos y dejaba al descubierto las lagunas de la obra del oratoriano.

Pero tampoco dormían los enemigos de la Iglesia. Desde la aparición de la *Vida de Jesús,* de Renán, el movimiento antirreligioso se inclinaba al ateísmo y la anarquía. Prudhom vociferaba: "Dios, he ahí el mal; la propiedad, he ahí el robo". No es extraño que las logias, a la primera noticia del futuro concilio, se agitasen. El gran oriente de Francia proponía el 8 de julio de 1869 reunir un congreso extraordinario de masones, para proclamar contra el concilio los grandes principios del derecho universal humano; contra el *Syllabus,* los principios masónicos. Ricciardi escribía a todos los librepensadores del mundo invitándolos a reunirse en Nápoles el mismo día 8 de diciembre de 1869, día de la inauguración del concilio Vaticano. La labor de propaganda anticonciliar era asombrosa. Garibaldi, Víctor Hugo, etc., respondieron a la llamada. Garibaldi abrigaba la esperanza de que estas manifestaciones anticonciliares le ayudarían a fraguar la unidad italiana. Sin embargo, estas manifestaciones y este congreso fueron un fracaso. Les faltaba unidad; pues mientras unos propendían a la violencia, otros eran partidarios de la astucia. El 16 de diciembre, la policía clausuró el congreso por tumultuario.

También de parte de los herejes y cismáticos nacían dificultades. El 8 de septiembre de 1868 había invitado Pío IX a los hermanos *disidentes cismáticos* y el 13 de septiembre escribía a todos los *protestantes,* es decir, invitaba al concilio a todos los que se gloriaban del nombre de cristianos. La invitación cayó en el vacío. Además, los rusos, con su cesaropapismo, y casi todos los orientales, con sus iglesias nacionales, no eran libres para acudir; dependían de la autoridad temporal.

De parte de los protestantes, la oposición al concilio tenía otras causas. La carta del papa, escribía el nuncio de Munich el 20 de octubre de 1868, ha ocasionado artículos muy violentos de parte de los protestantes. Era el principio del Kulturkampf, que consideraba el concilio como contrario al germanismo y un retroceso al Medievo. En Inglaterra, la invitación fué mejor recibida; por febrero de 1869, el ritualista Juan Stuart, archivero general de Escocia, que trataba frecuentemente con los bolandistas, puso al obispo Forbes en contacto con el P. Buck, S. I. Pero en la correspondencia se vió pronto que había una mano oculta que no procedía con sinceridad: era Pusey, que por entonces pasaba por el más influyente de los anglicanos. Buck creyó que en este acercamiento debía intervenir algún obispo, y puso los ojos en Dupanloup; pero este personaje no era acepto a Roma. Allí se prefería a Manning, que conocía perfectamente el ambiente ritualista. Nada se consiguió [7].

II. El concilio (8 diciembre 1869-18 julio 1870)

Después del ayuno y rogativas de rúbrica, el 8 de diciembre de 1869 se abría el concilio Vaticano. Se hallaban presentes 747 Padres de todo el mundo [8]. Entre ellos tuvo España una representación muy insigne, a pesar de que por parte de los gobiernos españoles, en plena efervescencia revolucionaria, se opusieron toda clase de dificultades. Baste nombrar al cardenal Moreno, arzobispo de Valladolid; al arzobispo de Granada, Monzón y Marín; al arzobispo de Tarragona, Fleix y Soláns; al arzobispo de Zaragoza, García Gil; a San Antonio María Claret, arzobispo de Trajanópolis; al obispo de Avila, Fernando Blanco; al obispo de Barcelona, Montserrat y Navarro; al entonces obispo de Cuenca y luego arzobispo de Santiago, Miguel Payá y Rico; a Antolín Monescillo, obispo entonces de Jaén; a José Caixal y Estradé, obispo de Urgel [8].

Las jóvenes iglesias americanas estaban al lado de las antiguas europeas; la sencillez latina, al lado de la pompa oriental; los obispos residenciales, al lado de los vicarios misioneros.

1. Cuestión de reglamento.—Desde el principio surgió un problema: ¿se dejaría a la iniciativa de los Padres el orden del concilio y su reglamento o lo impondría el papa? Pío IX creyó deber imponerlo, y así lo notificó en la congregación preparatoria del 2 de diciembre por medio de la carta *Multiplices*. La Santa Sede se reservaba el derecho de iniciativa; los obispos podían presentar sus mociones, comunicándolas antes con la comisión respectiva. Los esquemas, elaborados por los teólogos durante dos años de fatiga, se discutirían primero en las cinco congregaciones designadas,

[7] Faguet, *Mgr. Dupanloup, un grad évêque* (París 1914); Granderath, *Geschichte...*, I, pp. 328-350.

[8] Véase en particular Carbonero y Sol, *Crónica del concilio ecuménico del Vaticano*, 2 vols. (Madrid 1870).

y cuyos presidentes, nombrados por el papa, eran De Luca, Bilio, Reisach, Bizarri, Capalti. Pío IX se reservaba la última palabra sobre las proposiciones antes de someterlas a la sesión pública.

Era un programa centralista: el papa, sin presidir directamente el concilio—sólo se hallaba presente a las sesiones públicas o solemnes—, lo dirigía personalmente. Viva emoción sintieron algunos Padres del concilio ante este programa o reglamento. ¿Se desconfiaba de los obispos? ¿Se querría arrancar alguna aprobación por sorpresa? ¿Y la libertad del concilio?

Todas estas suspicacias, exageradas maliciosamente, se propalaron y refutaron en periódicos y revistas. Dupanloup las expuso en una carta al secretario del concilio, Fessler. La cosa tenía su importancia; los de la oposición se quejaban de la violación de los derechos episcopales; en cambio, la mayoría se lamentaba de la violación de los derechos pontificales en caso contrario, pues la Iglesia tiene un supremo jerarca, que es el papa.

Pío IX mantuvo el reglamento, pero significó oficiosamente a los obispos que por medio de las comisiones podían presentar sus mociones, y recibió benignamente a la minoría, a la que explicó su mente: había querido que desde el principio hubiera orden. Les aseguraba que el concilio gozaría de plena libertad, con lo que los padres del concilio se aquietaron.

La bondad del papa disipó los nublados. Pero, como en el reglamento había algunas lagunas, después de varios coloquios, en que intervino como pacificador M. Icard, superior de San Sulpicio, que había sido profesor de varios obispos franceses, Pío IX, el 20 de febrero de 1870, lo cambió algún tanto, concediendo a los obispos el derecho de proponer modificaciones al esquema oficial. Otro punto que se llevó a los periódicos y revistas fué el de la mayoría o unanimidad del voto; el reglamento concedía validez a la mayoría de votos, mientras Hefele y Ketteler, consultando a la Historia, abogaban por la unanimidad moral [9].

Döllinger, desde fuera del concilio, pero siguiéndolo paso a paso, le hizo una cruda guerra con sus *Cartas de Roma*, publicadas en *Allgemeine Zeitung* y *Correspondance* de Berlín. En ellas exponía su tesis democrática de que no sólo la autoridad pontificia, sino también la episcopal se reducía a un simple mandato del pueblo, y, por tanto, era necesaria la unanimidad de votos para representar a toda la Iglesia. *La Civiltà*, *L'Universe* y *Tablet* refutaban a Döllinger.

La historia de este concilio demuestra que los presidentes, lejos de coartar la libertad de los obispos, anduvieron

[9] VIGENER, *Ketteler, ein deutsches Bischofsleben des 19 J.* (Munich 1924).

más bien un tanto flojos y tímidos en cortar discusiones inútiles. Reinó la libertad de palabra y del voto en todo el concilio.

Al ir a designar los miembros de las comisiones surgió otro conflicto. Algunos querían que en la primera comisión sobre el dogma se rechazase toda persona hostil a la infalibilidad y la presidiese Manning. En este sentido se litografió una lista, que corrió entre los Padres. La elección se hizo conforme a este catálogo o lista, con gran irritación de la minoría y desagrado positivo del papa y de otros, que querían entrasen en la comisión elementos liberales y galicanos. La elección se hizo como se hacían las candidaturas políticas.

2. **Cuestiones de reforma. Bula "Pastor Aeternus".**—Entrando ya en el mismo concilio, se pueden distinguir tres partes: *a*) las cuestiones dogmáticas sobre la fe, promulgadas en la constitución *Dei Filius; b*) las discusiones disciplinares, que por la inopinada suspensión del concilio no se promulgaron; *c*) las cuestiones dogmáticas sobre la Iglesia, en parte promulgadas en la constitución *Pastor Aeternus*. Estas tres partes no siempre están separadas cronológicamente; a veces caminan a la par.

En cuanto a la marcha del concilio, fuera de los estudios previos y de los trabajos preparatorios de las comisiones, el trabajo conciliar era de dos clases. Primero se tenían las congregaciones generales secretas, en que solos los Padres con los necesarios oficiales discutían los esquemas y proposiciones preparados por las comisiones; en segundo lugar se tenían las sesiones públicas y solemnes, en las cuales se sometían a la aprobación definitiva de los Padres los cánones y capítulos elaborados y acordados en las congregaciones generales, para someterlos por fin a la confirmación del sumo pontífice. En el concilio Vaticano hubo sólo 89 congregaciones generales y cuatro sesiones.

El día 28 de diciembre de 1869 empezaron las discusiones generales sobre el esquema *De fide*. Por los recelos y mutua incomprensión de las diversas facciones, los ánimos se calentaron hasta lo sumo; a estas dificultades se añadían las malas condiciones acústicas de la sala conciliar—el brazo derecho de la gran cruz latina que forma la Basílica Vaticana—, lo cual exigía un tono de voz tenso y declamatorio para ser oídos, en vez del suave de la conversación reposada.

La minoría se quejó desde el principio de que no se les entregaba de una vez todo el esquema para el estudio. Después, en la primera discusión, al querer dictaminar sobre el conjunto, la desaprobación fué general; a todos pareció obscuro el esquema preparado por el gran teólogo J. B. Franzelin y poco adaptado para el vulgo. Bien se ve, decían con

sorna, que lo ha hecho un teólogo de escuela, que no está en contacto con el pueblo. El mismo P. Ballerini, profesor del Colegio Romano, decía que era indigesto y que había que refundirlo.

El día 30 de diciembre fué tormentoso: Strossmayer, obispo de Diakovar, vicario apostólico de Servia y gran señor oriental, comenzó protestando contra el mismo título o encabezamiento: "Pius Servus Servorum Dei, Sacro approbante Concilio..." Según Strossmayer, el título debía rezar: "Sacrosancta Synodus...", pues el papa no debía hablar en primera persona, sino el concilio, como se había hecho siempre. Este orador de voz potente, que manejaba un latín fácil, llegó a cautivar al auditorio. Suena la campanilla, y el cardenal Capalti, con anuencia del presidente, protesta ante la falta de respeto que hacia el sumo pontífice se ha tenido en su propia sede. "Yo hablo—replica Strossmayer—por amor a la Iglesia y a la libertad del concilio". Y después prosiguió atacando el esquema en el fondo y en la forma. Los demás oradores, en general, se ensañaron también contra el esquema. Ciertamente se hablaba con libertad en el concilio. Connolly propuso que el esquema volviera a la comisión, no para ser corregido, sino para ser enterrado. La frasecita, cundiendo por el público a despecho del secreto, hizo furor; Döllinger, en *Allgemeine Zeitung*, se encargó de hacerla correr.

El obispo de Colocsa halló la solución: se sepultará para que resucite con nuevas dotes gloriosas. El mismo Franzelin, autor del esquema, se presentó en vano ante el concilio para defender su hechura. Por fin se encomendó a tres Padres la elaboración de otro nuevo. Estos fueron los obispos Pie, de Poitiers; Dechamps, de Malinas, y Martín, de Paderborn. Entre ellos, Dechamps fué quien llevó el peso. Refundido el esquema, apareció el 14 de marzo de 1870 con el título *De fide catholica* y fué bien recibido. Su estilo era simple y nítido; su exposición, breve y metódica: así lo calificaron los Padres.

En el examen global nada de particular ocurrió; pero al bajar al detalle tuvo lugar la escena más tumultuosa del concilio. Pues en el proemio había algunas frases contra los protestantes, como "opinionum monstra", "impiissima doctrina", "mysterium iniquitatis", y se decía que el protestantismo conduce al panteísmo, materialismo y al abismo del ateísmo. Strossmayer pidió que se suprimieran tales expresiones: "Ego agnosco non unum alterumve (protestante), sed turmam hominum qui adhuc Christum amant".

Al oír tales palabras, la mayoría inició un rumor *in crescendo*. Añadió Strossmayer que la refutación de la *Vida de Jesús* de Renán, hecha por el protestante Guizot, debía estar

en las manos de todos. El tumulto crecía; el presidente suplicó al orador que terminase. "Ego—prosiguió—ad tristissima huius concilii adiuncta refero". La voz del orador quedó apagada por el tumulto. "Eso no viene a cuenta", le increpa el presidente en medio de un alboroto indecible. Strossmayer prosigue: "Ego agnosco iura praesidis". Su voz queda dominada por un tumulto de indignación. Strossmayer repetía: "Protestor contra hanc interruptionem. Ego..." Los Padres en pie clamaban: "Protestamur nos contra te". El presidente agita sin cesar la campanilla, mientras los Padres gritan: "¡Que baje, que baje!" Strossmayer bajó del púlpito repitiendo: "Protestor", y los Padres dejaban sus puestos murmurando: "Este es el que niega la infalibilidad, ¡si será él infalible!"

3. Constitución "Dei Filius".—Sin embargo, aquellas expresiones duras contra los protestantes se cambiaron. Después de hacerse algunas otras correcciones, en la sesión pública del 24 de abril quedó aprobada la constitución *Dei Filius* sin un solo *non placet*.

La trascendencia de esta constitución es suma, al sentir de Manning. Es una clara y manifiesta confesión del orden sobrenatural contra el materialismo, panteísmo y ateísmo reinantes. Los cuatro puntos salientes son: Dios, la revelación, la fe y la relación entre la razón y la fe. Dios uno, libre y personal, es el creador de todas las cosas, distinto e independiente de ellas. Hay un doble orden de verdades: del orden natural, que la razón sola puede alcanzar, y del orden sobrenatural, que sola la revelación nos enseña. El acto de fe es racional y libre; es un acto divino y humano, garantizado por la Iglesia infalible. Los dominios de la fe y la razón, de la ciencia y la religión, quedan bien deslindados, y es imposible desacuerdo entre la fe y la razón, pues Dios es el autor de ambos órdenes de verdades [10].

Mientras la comisión corregía el esquema dogmático que los Padres habían rechazado, el 14 de enero se comenzaron a discutir varias cuestiones disciplinares que, si bien no las promulgó el concilio por su interrupción inopinada, después se han ido poniendo en práctica.

El esquema preparado por la comisión trataba de los deberes de los obispos y vicarios generales, de los deberes de los sacerdotes y de la reforma de los fieles en general. Quien conozca la historia eclesiástica, observará al punto un flaco en este esquema: no se habla de la reforma *in capite et in membris*. No es extraño que surgiera al punto la oposición. Esta toleraba que se omitiese hablar del sumo pontífice; pero ¿por qué no tratar de la reforma de los cardenales y de

[10] *Collectio Lacensis*, VII, p. 248..., ASS, V (1869), p. 462 s.

la curia? Así se expresaron el cardenal Schwarzenberg y Strossmayer; tanto más, que las Congregaciones romanas instituídas por Sixto V aun no se habían presentado ante ningún concilio.

En segundo lugar se observó en el esquema que sólo hablaba de los deberes de los obispos. ¿Por qué no tratar también de sus derechos, y en primer término del derecho divino del episcopado? El obispo Melchers, de Colonia, y con él la minoría, se quejaba además de la demasiada centralización de la Curia romana en la provisión de beneficios y aprobación de sínodos provinciales.

Esta excitación, manifestada en las observaciones hechas al esquema, subió de punto cuando la comisión hacía sus correcciones. En el concilio reinaba cierta mutua desconfianza; la minoría creía que no se tendrían en cuenta sus observaciones, y la mayoría creía que tales observaciones nacían de espíritu de oposición. Había que apaciguar los ánimos; en este sentido trabajó M. Icard con los franceses, y el P. Beckx, general de la Compañía, con los alemanes.

4. **Diversas cuestiones de reforma.**—Otra controversia surgió acerca de la jurisdicción inmediata y universal del romano pontífice sobre toda la Iglesia, que era la base del esquema de reforma. Si tal es la jurisdicción del papa, ¿dónde queda la de los obispos?, decían algunos tocados de galicanismo y febronianismo. El episcopado, añadían, es de derecho divino, y, por lo tanto, el obispo gobierna su diócesis *iure divino;* el papa los podrá deponer, pero no inmiscuirse en su gobierno. Estas ideas iban patrocinadas por el canonista romano Vecchiotti, mientras Icard salió varias veces por los derechos del papa. Esta idea de la jurisdicción inmediata del papa pasó a la constitución dogmática *Pastor Aeternus.*

Otra cuestión disciplinar delicada fué la reforma de los orientales unidos. Roma siempre se ha mostrado deferente con los ritos orientales, venerables por su antigüedad, y también en la elección de las dignidades eclesiásticas. Muchos de los prelados orientales eran a la vez magistrados o príncipes civiles. No era fácil que Roma pudiera intervenir en su elección. Los elegidos al punto tomaban posesión de sus cargos sin confirmación pontificia. Esto era un exceso. Es cierto que en el concilio de Florencia se convino en la unión "salvis iuribus et privilegiis patriarcharum"; pero ¿no había llegado el caso de intentar un arreglo? La cosa exigía prudencia, pues los orientales eran muy tenaces en mantener sus ritos y costumbres y, además, los cismáticos habían sembrado la desconfianza. Por eso la Santa Sede no quiso imponer de golpe la reforma en las elecciones de las dignidades. Prefirió un régimen que poco a poco fuese cambiando la manera de elección.

La primera tentativa en este sentido se hizo en Armenia, donde era patriarca Hassoum, antiguo alumno de la Propaganda y afecto a Roma. Pío IX en 1867 había dado su célebre bula *Reversurus,* en que se decretaba que el patriarca fuese elegido sin intervención del pueblo; los obispos habían de presentar una terna al papa. En la bula se indicaba que algo semejante habría que hacer en las otras regiones. Espontáneamente, Audu, patriarca caldeo de Babilonia, indicó al papa que él quería hacer lo mismo en su iglesia. En este sentido se dió la bula *Cum ecclesiastica disciplina.* Pero el pueblo se resistió a perder sus pretendidos derechos. En el sínodo del 5 de julio de 1869, Hassoum fué acusado de traidor en provecho de Roma. La agitación pasó a Caldea. Audu vaciló y Roma tuvo que ceder.

En estas circunstancias acudieron a Roma los obispos orientales. Los sacerdotes y el pueblo, así entre los melquitas como entre los maronitas, amenazaron a sus patriarcas con la deposición si en Roma cedían de sus antiguos derechos. Por esta razón el patriarca maronita no acudió personalmente, sino que envió cuatro obispos sin poderes para nada. El patriarca melquita fué a Roma, pero dejó en su patriarcado algunos obispos que mantuvieran la paz. El patriarca de Siria afirmaba que antes que traicionar a su pueblo renunciaría.

¿Qué posición tomarían estos obispos ante el esquema de reforma del episcopado? Audu, que llevaba la voz de todos ellos, dijo que la forma de elección impuesta por el papa tenía que ser revocada, y que en el esquema había muchas cosas que no rezaban con los orientales, y que lo común no se podía aplicar sino *cum mica salis.* Por lo tanto, pedía tiempo para deliberar después del concilio con sus obispos.

Si Pío IX hubiese leído el discurso, dice Granderath, tal vez no hubiera encontrado mucho que reprender; pero fué informado por el rígido prefecto de la Propaganda, cardenal Barnabo, y el papa se disgustó vivamente con el discurso de Audu. Al día siguiente, 25 de febrero, le mandó venir a su presencia con solo el patriarca latino de Jerusalén, Valerga. El papa le anunció el nombramiento de dos obispos, y Audu se vió en la alternativa de renunciar a su patriarcado o de firmar que los consagraría. Firmó; pero al salir dijo que lo había hecho a la fuerza. Al saberse en Oriente lo acaecido, se quemó la bula *Reversurus,* se eligió otro patriarca, Hassoum fué desterrado por el visir y se declaró el cisma. Audu procedió con más cautela en Caldea y pudo resistir hasta 1875; entonces también él cedió y no volvió a someterse hasta 1877.

Entre tanto, las discusiones iban aclarando los puntos del esquema de reforma con los incidentes acostumbrados. Martín, de Paderborn, tuvo que salir varias veces a abogar por los derechos de Roma. Dupanloup se mostraba demasiado agresivo; Strossmayer, demasiado audaz; Verot, de Savannah, demasiado inconsiderado. La reforma del Breviario, en que se pedía la corrección de algunos yerros históricos, ocasionó una escena violenta, en la cual Haynald, obispo de Colocsa, tuvo que bajar de la tribuna, interrumpido varias veces por el presidente y los Padres.

5. Cuestión de la infalibilidad pontificia.—Nos quedaba otra cuestión candente, que había de salir en el esquema dogmático sobre la Iglesia: la infalibilidad del papa. Después de la controversia entre Gratry, Dechamps, dom Guéranger y Dupanloup, los periódicos y revistas seguían disputando sobre ella. Döllinger impugnaba la infalibilidad; Hefele y Ketteler hablaban en sus opúsculos contra cierta exagerada infalibilidad personal y separada; Veuillot, contra los inoportunistas. De tal suerte vibraban los ánimos, que en Roma, siempre que el papa aparecía en público, el pueblo le aclamaba: "¡Viva el papa infalible!"

Por otra parte, la posición de expectativa amenazadora de Francia había cesado. El 2 de enero de 1870 subió al ministerio de Estado el ferviente católico conde Daru, pero perteneciente a la escuela de Montalembert y Dupanloup. El ministro al momento trató de venir en auxilio de este último, a quien Montalembert presentaba como no libre en el concilio. Aunque Dupanloup no escribía al ministro, éste leía las cartas que iban dirigidas a amigos de entrambos. También el arzobispo de París, Darboy, hablaba de presión en el concilio.

Por fin, el 21 de enero se distribuyó a los Padres el esquema *De Ecclesia*. A los pocos días, fraudulentamente lo tenían en sus manos los embajadores, y el 10 de febrero apareció íntegro en la *Gaceta de Augsburgo*. En el documento nada se decía de la infalibilidad; pero aparecía la teoría de la potestad indirecta en las cosas temporales, que preocupaba a las cortes más que la infalibilidad personal y separada.

La cuestión de la potestad del papa y su infalibilidad, con que puede revolver, decían, todos los Estados, conmovió a los gobiernos. Es necesario que los gobiernos sean oídos, escribía Daru a su embajador el 20 de febrero. En el mismo sentido instaba el 10 de marzo. El 19 de marzo respondió Antonelli que aquellas cuestiones de dogma y moral no eran asuntos políticos, y que los Estados nada tenían que temer de ellas. Con esta respuesta y los consejos de Ollivier se aquietó Daru por entonces, pero el 6 de abril envió un memorándum a los gobiernos para que estuviesen alerta en la defensa de sus derechos y de las libertades de la sociedad civil contra el concilio. Los gobiernos recibieron con agrado el memorándum. Bismarck y su embajador, Arnim, manejaban sus guiñoles de Döllinger y las universidades para levantar fuerte oposición [11].

Con esto, el mismo Antonelli llegó a dudar si convendría abandonar este tema; pero Pío IX respondió que se confiara en la Santísima Virgen. Las cosas cambiaron pronto. Daru, por discrepancias con Napoleón III, fué substituído por Ollivier el 11 de abril. Todos respiraron, y el mismo Antonelli comenzó a pensar en la infalibilidad.

Precisamente la publicación del esquema *De Ecclesia* y el mismo memorándum de Daru habían puesto en el primer plano la cuestión de la infalibilidad. "Lo que llamaban inoportuno lo han hecho necesario". Este estado de ánimos pintaba Dupanloup en una carta al papa, escrita el 23 de abril. El deducía la inoportunidad de la definición, pero indicaba la necesidad de tratar el asunto.

En esto, algunos infalibilistas presentaron a las firmas de los Padres un postulado, para que, dejadas otras cuestiones, se tratase ésta. El postulado recogió al punto 480 firmas que pedían inmediata discusión, contra 137 dilatorias. Por lo tanto, se tomó para la discusión próxima el capítulo 11 del esquema, que versaba sobre el romano pontífice. Ya desde enero, Spalding, obispo de Baltimore, había redactado un esquema de reforma, firmado por cinco obispos americanos, en que, omitiendo la palabra infalibilidad, para evitar las dificultades de los gobiernos, se exponía la realidad de la infalibilidad pontificia. Pero los Padres creyeron que esto no bastaba, pues la cuestión candente quedaba demasiado velada. Entonces M. Icard, con varios obispos franceses de ambas facciones, intentó una fórmula de concordia sin resultados. También la comisión presentó su esquema el 6 de marzo; pero fué rechazado, lo mismo que el de Bilio, Manning y Pie. Entonces Bilio con Meurin, vicario apostólico de Bombay, y el P. Kleutgen, S. I., elaboraron otro, que al fin, refundido por Cullen, obispo de Dublín, se presentó a la discusión.

Esta comenzó por la cuestión del primado en general. Pie era el ponente. Del primado fluyen dos prerrogativas: la potestad de régimen y la suprema potestad doctrinal, infalible; pero esta infalibilidad no es propia del pontífice como persona privada. Ni el papa ni la Iglesia podrán jamás estar discordes; ni el cuerpo puede separarse de su cabeza, ni la cabeza de su cuerpo vivo.

[11] GRANDERATH, o. c., II, pp. 545-641; OLLIVIER, *L'Église et l'État au concile du Vatican*, 2 vols. (París 1879).

6. Impugnación de la infalibilidad pontificia. Discusión acalorada.—La discusión general duró tres semanas. Hefele impugnó la infalibilidad con el caso de Honorio, y Strossmayer con la resistencia de San Cipriano. La inoportunidad de la definición la defendieron Clifford, obispo de Clifton; Schwarzenberg, arzobispo de Praga; Darboy, arzobispo de París. En la defensa del esquema sobresalieron Manning y Dechamps. Manning respondió al arzobispo de París y demostró la oportunidad por propia experiencia, pues su conversión se debía a la necesidad de una autoridad. Dechamps resolvió las mayores dificultades, explicando el verdadero sentido de la infalibilidad personal. De paso refutó a Hefele, que objetaba un nuevo dogma [12].

Después se pasó a la discusión por partes. En dos congregaciones generales, el 6 y 7 de junio, se despacharon el proemio y los dos primeros capítulos. El tercero presentaba más dificultad. Versaba sobre la jurisdicción directa e inmediata, suprema y universal del papa, que parecía pugnar con la jurisdicción de los obispos. Desprez, Freppel y Dechamps triunfaron contra Dupanloup y Haynald. En el capítulo 4 se trataba el punto vital de la infalibilidad. Comenzó la discusión el 15 de junio. El 18 del mes, Cullen presentó el esquema reformado por Spalding, Icard, Pie, Manning y por el teólogo Kleutgen. El cardenal Guidi habló contra la palabra infalibilidad aplicada al papa, y quería que las definiciones fueran las infalibles, para que no parezca que es infalible la persona privada del papa. Según él, estas definiciones no eran infalibles sino después de consultar los testigos de la tradición, que son los obispos. La minoría aplaudió; la mayoría quedó confusa. Dechamps propuso este discurso de Guidi como base de discusión; pero se volvió al esquema presentado por Cullen, en el cual se introdujeron algunos incisos, como *De Romani Pontificis infallibili magisterio* y *cum ex cathedra loquitur* [13].

Este esquema, así retocado, se presentó a la congregación general el 13 de julio. De 601 Padres dieron su *placet* 451; respondieron *non placet* 88, y dijeron *placet iuxta modum*, o con las indicadas correcciones, otros 62 Padres. Las correcciones se hicieron suprimiendo los textos de San Ireneo y San Agustín y la frase "Huiusmodi definitiones... irreformabiles ex se, non autem ex consensu Ecclesiae". El 16 de julio fueron sometidas y aprobadas estas correcciones.

7. Aprobación de la infalibilidad pontificia.—Así quedó preparado el decreto para la sesión pública, que se había

[12] MOURRET, *Le Vatican...*, p. 286 s.; BUTLER, *The Vatican...*, II, p. 45 s.

[13] GRANDERATH, o. c., III, pp. 383-477; MOURRET, o. c., p. 295; BUTLER, o. c., II, p. 90 s.

de tener el domingo siguiente; pero estalló la guerra franco-prusiana, y los Padres anticiparon la sesión al 18 de julio. El 17 de julio, los Padres de la oposición se juntaron para deliberar sobre lo que habían de hacer. Resolvieron responder *non placet;* pero Dupanloup, que había llegado tarde a la reunión, observó que él no podía responder *non placet*, pues el pueblo católico no comprendería su conducta; lo mejor sería ausentarse. Así se convino, y redactaron una carta al papa, firmada por 55 obispos, en la que exponían que, no conviniendo responder *non placet, coram Patre,* aprovechaban el permiso de marcharse, concedido a causa de la guerra. Varios se fueron aquella tarde [14].

El día 18 de julio, a las nueve, se comenzó la sesión. En el momento en que los Padres estaban dando sus votos, estalló una gran tormenta de truenos y relámpagos, que duró dos horas y media. Asistían a la sesión 535 Padres; sólo se oyeron dos *non placet.*

El uno era Ricci, obispo de Cajazzo, y el otro Fitzgerald, obispo de Little-Rock, quienes al final también se adhirieron.

Al sancionar el papa con su suprema autoridad la constitución apostólica, cuentan que, pasada la tormenta, un rayo de sol penetró por los ventanales e iluminó la frente del pontífice. Al día siguiente, el embajador de Francia declaraba la guerra a Prusia y el concilio se suspendía.

El rayo de sol penetrando en la basílica de San Pedro fué simbólico. Después de tantas discusiones y borrascas de pasiones y apasionamientos, brilló el sol de la verdad y todos fueron aquietándose. La definición, tal como fué proclamada, disipó muchas nieblas, dió la clave de la explicación de muchos hechos históricos, como el de Liberio y Honorio, y halló por todas partes el aplauso de los obispos y de los fieles.

Los miembros de la minoría, en número de 55, que la víspera de la definición abandonaron Roma, muy pronto fueron aceptando la definición. Dupanloup, aún de camino, avisó a *Correspondant* que no hablase contra la definición y que alabase la conducta del papa, que no podía haber procedido más correctamente. Al saber que Pío IX deseaba de él una adhesión explícita, se la dió al punto por escrito. Lo mismo hicieron el arzobispo de París, Darboy, y el de Viena, Rauscher, quien el 8 de agosto publicó los decretos del concilio y el 14 de febrero de 1871 escribía a Dupanloup: "Como os dije al separarnos, siempre adoré los caminos del Señor, cuya misericordia se eleva sobre todas sus obras".

[14] BUTLER, o. c., II, p. 155 s.; MOURRET, o. c., p. 305 s. En medio de su obcecación, Dupanloup aparece un espíritu noble.

Schwarzenberg al principio pensó diferir la publicación del concilio, pues aun no estaba clausurado, sino suspendido; pero, como los otros, lo publicó el 12 de febrero de 1871. Hefele lo hizo el 10 de abril de 1871, y Strossmayer, el último, también lo publicó el 26 de diciembre de 1872 [15].

III. La aceptación

Entre los católicos liberales apenas encontró dificultad la definición. Montalembert, que murió antes de la definición, dejó preparado un escrito en que declaraba morir como hijo obediente de la Iglesia, admitiendo desde luego todas sus definiciones. Cuando entendieron el sentido de la definición vaticana, no pudieron menos de reconocer el error en que habían estado. Pensaban, con Montalembert, que la tal infalibilidad pontificia entronizaría en el Vaticano un fetiche atentador contra la libertad y poder civil, y ahora veían que esa infalibilidad era la cosa más natural y que nada perturbaba.

1. Los "viejos católicos" [16].—Sin embargo, hubo un pequeño grupo de recalcitrantes católicos, que se dieron a sí mismos el nombre de *viejos católicos*. Esta facción estaba integrada por unos cuantos intelectuales alemanes, inficionados por su trato continuo de ciertas tendencias racionalistas y protestantes, que anteponían su sentir y parecer a la autoridad de la Iglesia. La resonancia y beligerancia que obtuvieron se debió a que estaban apoyados por los Estados hostiles a Roma, con cuyo apoyo trataron de fundar una especie de iglesias nacionales.

En el primer momento, el jefe nato había sido Döllinger. Durante el concilio combatió duramente la infalibilidad pontificia e hizo guerra al concilio con la publicación de folletos y correspondencia intrigante e indigna. Con la esperanza de los obispos antiinfalibilistas, que, según él, atraerían a otros muchos, preparó a principios del mes de julio de 1870, juntamente con el profesor Schulte, de Praga, una declaración de la ciencia alemana, que recibió la adhesión de varios in-

[15] GRANDERATH, *Geschichte...*, III, p. 542 s.

[16] SHULTE, *Der Altkatholizismus. Darstellnug seiner Entstehung, inneren Geschichte und rechtlichen Stellung in Deutschland* (Giessen 1887); MICHAEL, *Ignaz von Döllinger* (Innsbruck 1892); KANNENGIESSER, *Les origines du vieux catholicisme et les universités allemandes* (París 1901); SPARROW, W. J., *Roman catholic opposition to papal infallibility* (Londres 1909); TROTZLER, *Die neuere Entwicklung des Altkatholizismus* (Colonia 1908); DEMMEL, H. J., *Geschichte des Altkatholizismus in Oesterreich* (Kempten 1914); ID., art. en «Lex f. Thed und K.» (Friburgo 1930); MOSS, C. B., *The old catholic movement* (Londres 1949).

telectuales universitarios, en su mayoría no teólogos, con lo cual se declaró Döllinger contra la definición del 18 de julio, sin detenerse ante la autoridad del concilio.

Las esperanzas que Döllinger había puesto en el episcopado alemán le salieron fallidas. Todos los obispos reunidos en Fulda, y cada uno al volver a su diócesis, exhortaron al clero y pueblo a admitir el concilio sin salvedad ni pretexto alguno. El 27 de agosto se reunían en Nuremberg 14 profesores (Döllinger, Friedrich y Reischl, de Munich; Lange, Reusch y Kennodt, de Bona; Rienkens, Baltzer y Weber, de Breslau; Michelis, de Bamberga; Schulte, de Praga, y otros tres) y lanzaron su protesta formal. Poco a poco fueron adhiriéndose a esta protesta algunos adeptos. El 12 de octubre se reunían a su vez en Fulda 600 eclesiásticos y escogidos seglares, y dirigían al Santo Padre un escrito lamentándose de los nuevos donatistas alemanes, que tildaban de católicos nuevos a los que seguían al concilio y al romano pontífice. Es achaque viejo de todos los herejes de todos los tiempos, decían, afirmar que en ellos se conserva pura la doctrina evangélica.

El arzobispo de Munich ordenó a Döllinger se declarase abiertamente acerca del concilio. El 28 de marzo de 1871, Döllinger, Friedrich y Huber protestaron contra el concilio; se congregaron en la sala del Museo de Munich el 10 de abril y pidieron al rey que por todos los medios conjurase el peligro de una doctrina tan perniciosa al Estado como la infalibilidad pontificia. Allí quedó constituído un comité para activar "el movimiento de reforma católica". Por Pentecostés celebraron otra junta con Reinkens y Schulte y resolvieron celebrar un congreso en Munich. Efectivamente, desde el 22 al 24 de septiembre de 1871 se tuvo bajo la presidencia de honor de Schulte y la vicepresidencia de Winscheid. Se hallaba presente el consejero nacional Keller von Aaran y asistían algunos partidarios de Inglaterra, Francia, Holanda, Rusia y América. Hubo vibrantes discursos, en que resaltaban sus pretensiones, los conatos de reforma de la Iglesia, y trataban de justificar su posición. Tampoco podían faltar sus diatribas contra Roma. La aspiración del congreso era llegar a la unión con las iglesias greco-oriental y rusa, mejorar la suerte del clero bajo y poner coto a la actividad de los jesuítas. Sin embargo, faltaba la concordia. Unos consideraban su grupo de viejos católicos como la única Iglesia de Cristo; otros, como Kaminski, optaban por prescindir de toda iglesia y mirar a todo el mundo como su iglesia; otros, en fin, consideraban a cada comunidad como un organismo cerrado. Döllinger estaba espantado de estas audacias y se temía el espectro de un cisma o secta. La mayoría se impuso, a pesar de Döllinger, que pensaba que hasta los obispos in-

falibilistas seguían perteneciendo a la verdadera Iglesia y seguían siendo legítima autoridad. En este punto Nittel, Florencourt y Völk consideraban a los obispos infalibilistas como separados de la Iglesia.

Aunque Schulte declaraba que su fe era la misma antes y después del 18 de julio de 1870, pero desde Berna repetía: "Nuestra oposición no se limita a un solo dogma; va contra el espíritu que hace siglos reina en Roma". De hecho, Huber negaba el dogma de la Inmaculada Concepción, y sacerdotes excomulgados o apóstatas, como Tomás Braun, Overbeck, en Inglaterra, y Antón, de Viena; Lutterbeck, etc., no guardaban mucha moderación.

Döllinger, nombrado en 1872 rector de la Universidad de Munich, dejó de ejercer, con buen acuerdo, sus funciones sagradas de sacerdote; pero, en cambio, Friedrich seguía impertérrito desempeñándolas y aun se daba por párroco general de todos los viejos católicos. Lo mismo se portaban algunos otros, como Messner, Renftle, Hosemann y Antón Bernard, menospreciando las penas eclesiásticas.

2. **Vicisitudes de los "viejos católicos".**—Si bien el gobierno de Baviera se mantenía neutral, aunque más bien propenso a favorecer a estos rebeldes, en cambio, los gobiernos de Baden, Prusia, etc., apoyaban esas tendencias rebeldes y cismáticas para crear dificultades a la Iglesia. El ministro de Baden, Jolly, declaró el 9 de marzo de 1872 que protegería a los eclesiásticos antiinfalibilistas, y, en consecuencia, varias iglesias y dependencias eclesiásticas pasaron a manos de la nueva secta. En Prusia, Schulte y sus secuaces denunciaron como enemigos de la nación y el Estado a los católicos fieles al concilio Vaticano, y como a tales los trató el gobierno, en particular sosteniendo en su puesto de profesor de religión al viejo católico Wollmann. El obispo de Samland lo excomulgó, y entonces el gobierno, sin atender a la intercesión de todo el episcopado alemán, ocupó las temporalidades del obispo, sin permitirle defenderse en derecho. Además, el ministro de la guerra destituyó al obispo castrense Ramzonewisch y se adoptaron otras medidas contra Roma.

Con todo, este grupo de viejos católicos, que de día en día se alejaba más de Roma, tendiendo a formar una iglesia nacional, no llegaba, ni con mucho, a "los miles de sacerdotes" en que había soñado Döllinger; se quedaron en unos 28 a principios de 1872 y todavía algunos se retiraron. Por desgracia, en 1871 moría sin reconciliación el primero, Blatzer, de Bona, que antes había sido hermesiano, después günteriano y, por fin, viejo católico.

En septiembre de 1872 celebraron su segundo congreso en Colonia. Asistían algunos anglicanos, rusos y otros miembros de algunas sectas protestantes, entre los que descollaba Bluntschli. Allí aparecieron de nuevo las dos tendencias: unos nada querían saber del episcopado infalibilista; otros se mostraban más cuerdos. Maasen, de Viena, declaró a la Iglesia enterrada el 18 de julio de 1870, al menos para el Estado; Friedrich se gloriaba de haber acabado con el sistema papal. Se planearon grandes reformas, sobre todo en materia de penitencia, de celibato eclesiástico, etc. Se designaron comisiones para la organización del trabajo pastoral y para responder al escrito de los obispos de Fulda. Pero todavía los viejos católicos estaban sin jerarquía.

El 4 de junio de 1873 moría Enrique Loos, de Utrecht, antes de ser consagrado primer obispo viejo católico, para cuyo cargo había sido elegido. El mismo día quedó nombrado para el mismo puesto el profesor de teología José Hubert Reinkens. Recibió la consagración episcopal de manos del cismático obispo de Utrecht el 11 de agosto y fué reconocido como obispo de los viejos católicos en Prusia el 19 de septiembre, en Baden el 9 de noviembre y en Hessen-Darmstadt el 15 de diciembre. Berlín le aseguró una pensión de 16.000 talers. Fijó su sede en Bona.

Desde el 12 al 14 de septiembre de 1873 tuvo lugar el tercer congreso en Constanza, presidido por su obispo. Quedó aprobado por mayoría cierto régimen eclesiástico sinodal, con participación del elemento seglar. Messner, de Munich, atacó duramente a las peregrinaciones, la veneración de las imágenes, santos y reliquias, el santo rosario. Völk saludó al cuerpo alemán, que por fin había encontrado su alma en los viejos católicos; Reinkens recomendó la lectura de la Biblia en vez de respetar tanto a Roma. Kaufmann daba las señales de la verdadera Iglesia con estas palabras: razón, ilustración y simpatía. La próxima reunión se había de tener en Dortmund para propagar por Westfalia la nueva secta.

Pero los viejos católicos no prosperaban. El profesor Maassen, de Viena, salió el 26 de diciembre de 1873 contra el estatismo bizantino, que Reinkens preconizaba en su juramento de fidelidad a las leyes prusianas y en la pastoral, donde motejaba a los obispos católicos de violadores de las "leyes de mayo" del Kulturkampf. En sus escritos llegó Maassen a tildar a ese supuesto catolicismo estatal de atentar a la ley cristiana, subyugando la Iglesia al Estado. En Baviera, a pesar del dictamen favorable de la comisión de juristas, negó el gobierno su reconocimiento a Reinkens como obispo. A pesar de la actividad de Schulte por persuadir a los gobiernos que ellos eran la verdadera Iglesia católica, y a pesar de las leyes a ellos favorables, como la del

15 de junio de 1874 en Baden y la del 4 de julio de 1875 en Prusia, con todo, la causa de los viejos católicos estaba estancada. Desde luego adolecían de indecisión en el mismo dogma. Esa falta de dogma fijo quedó patente en la conferencia unionista celebrada en Bona con anglicanos y cismáticos griegos. Allí se tuvo por cosa intrascendente, v. gr., la procesión del Espíritu Santo. Sólo en conspirar contra Roma estaban acordes y unidos.

El primer sínodo de Pentecostés de 1874, frecuentado por 29 eclesiásticos y 57 laicos, reformó la confesión, atropellando el concilio Tridentino. Para Schulte no había distinción entre clérigos y legos. El espíritu protestante dominaba. Bien lo evidenció la declaración episcopal de 1874; se rechazaba la potestad docente de la Iglesia y se preconizaba el juicio individual. Nada extraño que los príncipes protestantes y sus gobiernos apoyasen este movimiento, así como los galicanos y josefinistas, en su enemiga contra Roma.

Los viejos católicos comenzaron muy pronto a decaer, así en Alemania como en Suiza. Como que hacia el año 1910 contaban en Alemania con un obispo, 58 eclesiásticos y unos 20.000 fieles, y otros tantos en Suiza. En Austria aprovecharon el movimiento de *Los von Rom* para obtener algunos adeptos.

En Francia se declaró en rebeldía el ex carmelita P. Jacinto (Loyson), célebre predicador algún tiempo, que en 1872 se casó con la americana E. Neriman. Trató de fundar una "Iglesia francesa", reducidísima, que se unió con los viejos católicos, mas no tardó en extinguirse.

CAPÍTULO X

Las ciencias eclesiásticas

1. El resurgir.—En el siglo XVIII, las ciencias eclesiásticas, particularmente la teología y filosofía escolásticas, caminaban a la deriva arrastradas por los errores filosóficos y teológicos reinantes y por la decadencia general. Para colmo de males, la revolución francesa dió al traste con seminarios y universidades. Al salir del caos de la revolución y de las ruinas napoleónicas, se imponía una restauración. Gracias a Dios, el resurgir en las ciencias eclesiásticas siguió de cerca al de la vida católica con sus instituciones. No en todos los países se inicia esa restauración al mismo tiempo; hay naciones, como España, que envueltas en guerras civiles y revueltas internas, proceden con más lentitud.

Ante todo se imponía un resurgir escolástico y tomístico. Las corrientes racionalistas, por una parte, y las empírico-científicas, por otra, habían sembrado el descrédito sobre la Escolástica en general, y la atención de los estudiosos se iba tras las filosofías alemanas [1].

Desde principios del siglo XIX nos encontramos con tentativas de renovación de la Escolástica, fruto, en parte, del impulso romántico de la primera parte del siglo, que ensalzó los valores medievales y descubrió sorprendido nuestros antiguos tesoros, y en parte es también un empalme con la tradición. La ruta comienza en Italia, donde jesuítas desterrados españoles ponen los primeros gérmenes; sigue la marcha Francia, Alemania, Bélgica, España... A este resurgir contribuyeron poderosamente los romanos pontífices con sus exhortaciones y directivas, entre las que descuella la encíclica de León XIII sobre la restauración de la doctrina de Santo Tomás, *Aeterni Patris*, de 1879, en la cual se declara a Santo Tomás celestial patrono de las escuelas católicas y se recomiendan sus escritos y su doctrina como lo más apto para desarraigar y rebatir los errores modernos. Pío X, en su preocupación de acabar con los gérmenes del modernismo, insistió repetidas veces sobre la doctrina del Angel de las Escuelas [2].

Por otra parte, las investigaciones históricas y arqueológicas de toda especie y la predilección y auge por los estudios filológicos han preparado admirablemente el terreno para que los estudios eclesiásticos, y en particular los bíblicos, sean más profundos y a la vez más científicos y seguros.

2. La apologética.—a) *En Alemania y Francia.*—En la desviación del pensamiento en que naufragaba el espíritu después de la revolución francesa, era absolutamente necesaria una labor previa apologética del cristianismo. En este punto rompe la marcha Chateaubriand con su *Genio del cristianismo*, a quien sigue el infeliz Lamennais con su *Essai sur l'indifférence*. En Alemania, José Görres, con sus *Philosophisch-historische Blätter*, con la fundación del *Katholik* y con otros escritos, como el de *La mística cristiana*, desarrolló una fecunda apologética. La aparición de la *Symbolik*, de Möhler, teólogo e historiador, venía muy oportuna en una nación en que se debatían el catolicismo y el protestantismo. Con los símbolos en la mano prueba Möhler que el

[1] ESCHWEILER, *Die zwei Wege der neueren Theologie (Hermes-Scheeben)* (Augsburgo 1926).
[2] SAITTA, *Le origini del Neo-Tomismo nel secolo XIX* (Bari 1912).

punto principal de divergencia entre el catolicismo y las diversas sectas protestantes está en el problema de la justificación evidenciando que el catolicismo permanecía fiel a la tradición primitiva[3]. La *Simbólica* se tradujo inmediatamente a las principales lenguas.

Citemos también a S. Hettinger en su obra *Apologie des Christentums,* en cinco tomos; también publicó después una *Apologética* en 1879. Pablo Schanz, de Tubinga, publicó su *Apologie des Christentums,* que utiliza los últimos progresos de las ciencias históricas y naturales. La célebre de A. M. Weiss, editada en Friburgo, da la preferencia a la parte moral y social del cristianismo.

En Francia, al lado de los escritores y hombres de acción como De Maistre, Montalembert, Augusto Nicolás y Ozanam, los grandes apologistas han sido los predicadores de Notre-Dame de París. El primero, Lacordaire, O. P., probó la divinidad del cristianismo por sus efectos, por su trascendencia histórica, social y moral. Le siguió el P. Ravignan, S. I., con carácter más moralizador y práctico. Después el P. Félix, S. I., desarrolló la doctrina del progreso del cristianismo en su aspecto intelectual, moral y material, así en los individuos como en la familia, en la sociedad y en el Estado. El P. Monsabré, O. P., expuso metódicamente y con profundidad teológica el Credo. Los últimos conferencistas de Notre-Dame han seguido fieles a la tradición de aquella cátedra: Pinard de la Boullaye, S. I., por ejemplo, desde 1927 hasta 1937, nos ha dado toda la apologética sobre la persona de Cristo: "Jesús y la Historia", "Jesús Mesías", "Jesús Profeta y Taumaturgo", "Jesús Hijo de Dios", "La persona de Jesús", "Jesús, Luz del mundo", "La herencia de Jesús", "Jesús Redentor", "Jesús viviente en la Iglesia"[4].

Al lado de estos grandes conferencistas se han señalado como oradores apologistas los obispos Dupanloup, Pie, Freppel, y como escritores Rozaven, Pablo de Broglie, Mons. Bougaud, con su obra *Le christianisme et les temps présents,* más brillante que sólida. En un estilo más científico se distinguen al canónigo J. Didiot, con su *Logique surnaturelle subjective et objective,* editada en 1891, donde quiso hermanar de una manera sensible la teología y la filosofía, para hacerlas más asequibles a los hombres de nuestros tiempos.

Mgr. D'Hulst, en sus conferencias de Notre-Dame de 1891-1896, expuso los fundamentos de la moral, mientras que en sus *Mélanges philosophiques* refutaba los diversos errores contemporáneos. En 1908 comenzó a salir el *Dictionnaire apologétique de la foi catholique,* dirigido por D'Alès, S. I., donde se ventilan los puntos más candentes de la filosofía religiosa, historia eclesiástica, exégesis, dogma, etc. El mismo fin se ha propuesto la revista *Revue Practique d'Apologétique*[5]. Obra de capital importancia es el *Jesucristo* de Leoncio de Grandmaison, S. I.

b) *En España, Inglaterra y Bélgica.*—En España merecen cuadro de honor *el Filósofo Rancio,* P. Alvarado, y el inmortal Balmes, eminente en varios ramos, pero sobre todo en el apologético. De renombre internacional es también Donoso Cortés. De ellos, como de Menéndez y Pelayo, hemos tratado en otro lugar.

De tipo más o menos apologético son también el filósofo Ortí y Lara, Joaquín Roca, José M. Quadrado, Manuel Muñoz Garnica, Gabino Tejado, Sardá y Salvany, San Antonio María Claret, el P. Cámara, Torras y Bages, Zacarías Martínez, Ignacio Casanovas, A. López Peláez, Eduardo Llamas y Bernardo Sala[6].

En Inglaterra, el resurgimiento que sigue a la emancipación de los católicos y el mismo movimiento de Oxford crean un clima favorable a la defensa de la Iglesia romana. Sobre todo los convertidos ingleses abordan todos el problema apologético: Wiseman publica sus *Doce lecciones sobre la relación entre la ciencia y la religión revelada;* Manning escribe en 1852 *Los fundamentos de la fe;* Ward, una vez convertido, escribe su *Ciencia, oración, libre albedrío y milagros.* Newman es el apologeta inglés por excelencia, que en su *Esay on the development of christian doctrine* concibe la evolución del dogma como la de un germen orgánico, y distingue la verdadera de la falsa evolución por la unidad de tipo esencial, que perdura siempre con su poder asimilador[7].

En Bélgica, Mgr. Dechamps, arzobispo de Malinas, que intervino en el concilio Vaticano, preconizó un método que, dejando a un lado los problemas de exégesis y crítica histórica, presentaba el hecho mismo de la Iglesia viviente y docente como motivo de credibilidad. Su método lo desenvuelve en tres obras principales: *Entretiens sur la démonstration catholique de la religion chrétienne, La question reli-*

[3] HURTER, *Nomenclator,* V, 1, p. 888. «Celebriores—comienza—iam auctores recenseamus, qui aurorae instar sunt laetioris periodi, inter quos eminet Adam Möhler...»

[4] Para los instruídos españoles, todos esos nombres son conocidísimos, y sus obras corren traducidas al español. Las de Pinard de la Boullayé las ha editado Fax.

[5] BAUDRILLART, *Vie de Mgr. D'Hulst,* 2 vols. (París 1912); PAVIE, *Mgr. Freppel* (París 1906).

[6] Naturalmente, la lista podía alargarse muy fácilmente; pero los nombres indicados son los de fama más mundial; CASANOVAS, *Balmes: su vida, sus obras y su tiempo,* 2 vols. (Barcelona 1942).

[7] BRÉMOND, *Newman, essai de biographie psychologique* (París 1907); HURTER, *Nomenclator,* V, 2, p. 1456.

gieuse résolue par les faits y *Lettres philosophiques et théologiques sur la démonstration de la foi* [8].

El eminente etnólogo P. Schmidt, fundador de la revista *Anthropos,* ha hecho progresar notablemente la etnologia religiosa y ha rendido insignes servicios a la Iglesia contra las tendencias racionalistas, con que salió bautizada esta ciencia en sus comienzos. Pío XI favoreció estos estudios y fundó en el Vaticano, como fruto de la Exposición Misionera de 1925, el Museo Etnológico. El P. Pinard de la Boullaye ha publicado su denso y magnífico *Estudio comparado de las religiones* en dos volúmenes.

3. **Filosofía y teología católicas.** — Después de ciertos textos impregnados de galicanismo y regalismo comenzaron a señalarse hombres de arrestos, que habían de levantar muy alto los estudios escolásticos, y en particular el tomismo. Pertenecen al período pretomista S. Roselli, Vicente Buzzetti, Liebermann, Klee, la revista *Theologische Quartalschrift,* de Tubinga; Perrone, Passaglia y el mismo *Cursus theologicus* editado por Migne.

En la restauración del neotomismo tomaron parte aventajada Liberatore, S. I., y el canónigo San Severino, ambos profesores de Nápoles. El P. Liberatore escribió sus *Institutiones logicae et methaphysicae* (1840-42) y otra porción de tratados clásicos. San Severino publicó *Elementa philosophiae christianae.* En Alemania, el P. José Kleutgen sobresale por sus dos grandes obras de *Teología tradicional* (1853-1860) y *Filosofía tradicional* (1860-63). Eximio teólogo es M. Scheeben, y a su lado pueden figurar C. Schroeder, J. B. Heinrich, C. Pesch, H. Hurter, G. Wilmers, etc. [9].

Después de la encíclica de León XIII *Aeterni Patris,* todos los autores católicos se volvieron hacia Santo Tomás en su doctrina y en sus tendencias y métodos; las universidades e institutos católicos tuvieron a gala renovar la antigua tradición. En la Universidad Gregoriana ha brillado una pléyade de excelentes profesores y estimados escritores: tales son Franzelin, Perrone, Mazella, Emilio de Agustinis, Palmieri, Billot, De la Taille, etc. En los seminarios y universidades de Francia, en la célebre de Lovaina con Mercier, en los trabajos de lo Görresgesellschaft, en la Universidad de Friburgo, en la Leogesellschaft de Austria, se dejó sentir el influjo de la exhortación leonina.

Contentémonos con citar algunos nombres ilustres en

[8] LARGENT, *Dechamps,* en «Dict. de Théol. Cath.»; SAINTRIN, *Vie du cardinal Dechamps* (Tournai 1884).

[9] Sobre Liberatore, cf. HURTER, *Nomenclator,* V, 2, p. 1488; sobre San Severino Cayetano, HURTER, *Nom.,* V, 1, p. 1196; sobre Kleutgen cf. HURTER, *Nom.,* V, 2, p. 1501... «Dignissimus est qui primus nominetur... quem Scheeben encomiastice Thomam redivivum appella».

el campo filosófico y teológico de la última centuria, además de los ya citados.

Entre los tomistas descuellan Tomás Zigliara, De Groot, Eduardo Hugon, Schultes, Jansen, O. S. B.; Satolli, Ambrosio Gardeil. Muy benemérito es el historiador de la teología y del método escolástico, M. Grabmann. En Francia figuran Teodoro Regnon, J. Lebreton, A. d'Alès, J. de Guibert, los colaboradores del *Dictionnaire de la théologie catholique,* Tanquerey, C. Sauvé, etc. En Bélgica figuran Laforet, Jungmann y los jesuítas Schoupe, De San, Lahouse. En Holanda, Van Laak con el citado De Groot, Van Noort y otros [10].

En España comenzaron a despertar estos estudios algo más tarde, no obstante la labor restauradora de Balmes; pero últimamente han sobresalido hombres de primera talla, y los profesores que actualmente regentan cátedras filosóficas y teológicas ofrecen bellas esperanzas por su formación y orientación. Señalemos entre los pasados a Juan Manuel Orti y Lara, a Miguel Sánchez, al cardenal Ceferino González, que es uno de los mejores y más conocidos representantes del neoescolasticismo. No olvidemos a los agustinos de El Escorial, con su *Ciudad de Dios,* especialmente Honorato del Val. En la Universidad de Friburgo enseñaron con loa los tres insignes dominicos españoles Norberto del Prado, Marín Sola y el P. Ramírez. Entre los jesuítas españoles sobresalieron el P. Fernando Cuevas, el P. Urráburu (1904), con su obra lata y su compendio de filosofía; José Mendive, Casajuana, Muncunill (1929), Beraza (1936). Y en el clero secular hay que poner de relieve la formidable obra filosófica de Amor Ruibal (1930), doctoral de Santiago de Compostela, el más genial filósofo español de los tiempos modernos después de Balmes [11].

En la moral y el derecho canónico, de siempre palpitante actualidad, se ha producido un pujante resurgimiento. En casi todas las naciones han destacado nombres de nota: en Italia, los moralistas Pedro Scavini, José D'Annibale y Antonio Ballerini, uno de los mejores del siglo XIX; los canonistas cardenal Gasparri, Francisco Santi, Felipe de Angelis y Francisco J. Wernz. En Alemania figuran los moralistas Antonio Stapf, Juan B. Hirscher, Fernando Probst, Antonio Koch, Juan Prumer (1907), Agustín Lehmkuhl, Jerónimo Noldin, Domingo Prümer, con los canonistas Maasen, Hugo Lämer (1918), Rodolfo von Scherer, Laurentius y otros. En Francia son más conocidos el profesor de Besançon, Gous-

[10] Como ve el lector, la lista se haría interminable con ir recorriendo el *Nomenclator* de Hurter.

[11] Indice del resurgir español en teología son también las semanas teológicas que estos años se vienen celebrando, y que poco a poco se van abriendo paso.

set (1792-1855), que restauró la moral ligoriana, y el célebre Pedro Gury, que se impuso de texto en casi todas partes. En Bélgica aparecen algunos moralistas y canonistas de gran valor, como Antonio Haine, Eduardo Genicot, Julio de Smet, Francisco J. Moulart, A. Vermeersch. En España descuellan los moralistas Pablo Villada, Juan Ferreres, Antonio M. Arregui, y los canonistas Maroto, Pedro Vidal, etc.[12].

4. Estudios bíblicos.—En el siglo XIX, la exégesis bíblica protestante, al mismo tiempo que progresaban notablemente los estudios bíblicos con los adelantos filológicos, históricos y arqueológicos, ha sufrido una desviación fatal hacia el racionalismo. El cristianismo tiene una explicación racionalista y naturalista; contra las teorías de E. Paulus, que pretende explicar naturalmente los milagros del Evangelio, Strauss afirma que los relatos evangélicos son meros mitos, creaciones inconscientes de las nacientes comunidades cristianas (*Vida de Jesús*, 1835). Algunos encontraban el sistema de Strauss un tanto arbitrario, y se acogieron a Baur, fundador de la escuela de Tubinga, en el cual se notan influjos de la filosofía de Hegel. Siguieron los críticos racionalistas estudiando ciegamente los Evangelios, y mientras unos llegaban a las más radicales y negativas conclusiones, otros reaccionaban en nombre del protestantismo conservador, y algunos de los más ilustres, como A. Harnack, trataban de conciliar las dos tendencias opuestas. En Francia, Ernesto Renan, con su *Vie de Jésus* (1863), propagó la exégesis alemana de Strauss y de otros críticos. También Loisy se despeñó por estos caminos racionalistas y modernistas, siguiendo a Weiss en su teoría del mesianismo escatológico[13].

La exégesis católica anduvo por algún tiempo algo a la zaga, siempre ocupada en responder, no siempre satisfactoriamente, a los desvaríos racionalistas.

Con el tiempo, los investigadores escriturarios se fueron armando con las armas de los modernos adelantos y, permaneciendo fieles a los principios tradicionales, supieron evitar las vías peligrosas del modernismo. En esta orientación sana tuvo gran parte León XIII, con su encíclica *Providentissimus;* Pío X, con la fundación del Instituto Bíblico y la Comisión Bíblica, y Benedicto XV, con la encícilca *Spiritus Paraclitus*[14].

[12] En las mismas facultades canónicas de Roma y como consultores de las Congregaciones han descollado y descuellan profesores españoles de Derecho canónico.

[13] GUILLOUX, *L'Esprit de Renan* (París 1920); GRANDMAISON, *Le centenaire de Renan*, «Etudes», 20 jan. 1923; LAGRANGE, *La vie de Jésus d'après Renan* (París 1923).

[14] El papa actual, en su encíclica *Divino afflante Spiritu*, conmemora, dando nuevos consejos bíblicos, el cincuentenario de *Providentissimus*.

Citemos ya algunos escriturarios eminentes. En Italia se han destacado Juan B. Rossi, Francisco J. Patrizi, Ubaldo Ubaldi y otros. En Alemania es donde más nombres aparecen: como autores de excelentes introducciones, J. B. Holzammer, Benito Welte y Juan Belzer; como críticos y comentaristas, Adalberto Mayer, F. Kaulen, Agustín Bisping, Juan Nikel, Daniel Hannebeg, José Grimm, J. N. Sepp y los jesuítas que han publicado en larga serie de tomos uno de los mejores comentarios; los principales han sido R. Cornely, J. Knabenbauer, Francisco J. Hummelauer, M. Hagen, A. Merk, etc.

No se puede negar que en Francia se han desarrollado con pujanza los estudios bíblicos, fruto de los cuales han sido las hermosísimas y variadas vidas de Cristo que se han ido publicando. El nombre de Vigouroux es una institución en escritura con sus múltiples actividades bíblicas, como *La Bible et les découvertes modernes*, en cuatro volúmenes; *Le Nouveau Testament et les découvertes archéologiques modernes*, la dirección del *Dictionnaire de la Bible* y su *Bible polyglotte*. La traducción comentada de Augusto Crampon ha prestado excelentes servicios. Y bien conocidos son: Fouard, Le Camus, Fillion, Lagrange, con su *Revue Biblique* y sus numerosas y eruditas obras[15]; J. Vosté, F. Prat, J. Huby, etc. La *Vida de nuestra vida*, del inglés Coleridge, es de carácter histórico-ascético.

En Bélgica debemos enumerar a Juan Beelen, Tomás Lamy, Juan Corluy. Entre los españoles sobresalen Francisco J. Caminero, A. Posa y Morera, Manuel Lago y González, Adriano Simón, R. Fernández Valbuena, Lino Murillo, Manuel Sainz, Juan Abadal, Isidro Gomá, Eloíno Nácar, Buenaventura Ubach. Mención especial merece la Biblia de Montserrat, editada en catalán y castellano por los benedictinos, y la revista española *Estudios Bíblicos*, por no citar a los que viven y las obras que están solamente iniciadas.

5. Historia eclesiástica.—No es fácil en breves líneas dar una idea de la labor desarrollada desde la revolución francesa en el campo de las investigaciones y estudios históricos de patrología, historia de los dogmas, arqueología cristiana y demás ramas de la historia de la Iglesia. El Vaticano, con la apertura de su biblioteca y de sus archivos, ha contribuído no poco a este esplendor y al éxito de estos estudios.

[15] En el tratado *De inspiratione*, algún reparo se pone a Lagrange, como también a Prat, sobre la extensión de la inspiración, es decir, sobre los géneros literarios y citaciones implícitas... ; pero al lado de sus méritos son poca cosa.

a) *En Alemania.*—En esta materia la iniciativa corresponde a Alemania, con sus orientaciones nuevas de sana crítica e investigación. Federico, barón de Stolberg, más romántico que crítico, prestó un buen servicio al resurgimiento con su *Historia de la religión de Jesucristo.* Teodoro Katerkamp (1764-1834), con su espíritu de sana crítica, avanzó ya resueltamente, llegando en su *Historia eclesiástica,* en cinco tomos, hasta 1153 [16]. Adán Möhler (1796-1838) fué el primer crítico en el pleno sentido moderno de la palabra, y está en primera línea entre los Padres de la escuela católica de Tubinga.

El profesor de Munich José Ignacio Döllinger (1799-1890) representa una tendencia particular. Contra la obra de Ranke *Deutsche Geschichte in Zeitalter der Reformation* escribió Döllinger su *Reformation,* en tres volúmenes de vasta documentación, editada desde 1846-1848; la otra grande obra de este autor es *Paganismo y judaísmo* (1857), resumen del pensamiento en el mundo precristiano. Siguió publicando nuevos trabajos históricos, a cuál más importantes, hasta que, al agitarse la cuestión de la infalibilidad pontificia con ocasión del concilio Vaticano, llevado de ciertos resabios liberales, se opuso a la definición, y desde entonces lanzó a la publicidad una serie de escritos antirromanos. Murió entre los *viejos católicos,* pero sin querer ponerse al frente del cisma [17].

Pío Gams, O. S. B. (1816-1892), dió a luz, entre otras, dos obras de fama: *Kirchengeschichte Spaniens,* en tres tomos (1862-1879), y *Series episcoporum Ecclesiae catholicae* (1873). Francisco J. Funck es un buen crítico y gran investigador en patrología. Carlos J. von Hefele ha inmortalizado su nombre con su *Historia de los concilios,* que llega hasta 1449, estudiando los concilios así generales como particulares. Hergenröther los continuó hasta Trento. Este último autor se conoce principalmente por su *Historia de la Iglesia* y algunas monografías de completa y documentada crítica. Schwane nos ha brindado una excelente *Historia de los dogmas.*

Entre los más recientes, tres nombres son de fama mundial en la historia de la Reforma: Juan Janssen, con su *Historia del pueblo alemán;* Denifle, con su investigación sobre Lutero, *Luther und Luthertum,* y sus insuperables estudios sobre las Universidades y la Escolástica medieval;

[16] HURTER, *Nomenclator,* V, 1, p. 965, sobre KATERKAMP; sobre todo el movimiento de Katerkamp, Storberg, Gallitzin..., cf. MÖNCKMEIER, *Die Rhein-und Moselzeitung...* (Bonn 1913).

[17] Es digno de compasión este hombre tan benemérito, por una parte, de la Iglesia, y que jugó un papel tan triste en el concilio Vaticano sobre la infalibilidad del papa.

H. Grisar, con sus tres gruesos volúmenes *Luther,* con su *Vida de Lutero* y sus *Luther-studien.* Al lado de Denifle hay que colocar en la historia de la Escolástica y de la cultura medieval el nombre ilustre del cardenal F. Ehrle, S. I.

De todos es conocida la *Historia de los papas,* de Ludovico Pastor [18]. Como patrólogo citemos también a Fessler, y como liturgistas, a Valentín Tahlhofer, L. Eisenhofer, Guido Dreves y Clemente Blume. Han escrito compendios de historia eclesiástica para uso de las universidades Alzog, Francisco J. Kraus, Weiss, Knöpfler, Marx, Funk, Bihlmeyer, P. Kirsch...

b) *En Francia y otros países.*—Francia ha producido excelentes obras en el campo de la patrología e historia de la Iglesia. La edición de la *Patrología latina y griega* de Migne rindió valiosos servicios a estos estudios. Esta *Patrología* queda completada por la *Patrología orientalis,* de Graffin, y el *Corpus Orientalium,* de Chabot... En la liturgia cristiana, dom Guéranger y sus benedictinos de Solesmes, con las abadías filiales, nos han dado excelentes colecciones litúrgicas, obras y trabajos litúrgicos...

En la investigación de la antigüedad han sobresalido hombres de primera talla, como Duchesne, con su edición del *Liber Pontificalis* y su *Histoire ancienne de l'Eglise,* donde se muestra gran conocedor de la antigüedad, aunque excesivamente generoso con los adversarios racionalistas; Pedro Batiffol, Ulises Chevalier, dom Leclercq y Tixeront, con su *Histoire des dogmes.* Paul Allard nos ha legado una obra definitiva respecto a las persecuciones de los primeros siglos. Es imposible citar tanto nombre insigne: Baudrillart, Vacant, Guiraud, Mandonnet, Vacandard, Imbart de la Tour, H. Brémond, con su *Histoire du sentiment religieux en France;* J. Goyau [19].

En Bélgica, con el prestigio de la Universidad de Lovaina, han sonado los nombres de Bernardo Jungmann, Alfredo Cauchie, el arqueólogo José Reusen, el patrólogo dom Morin, los bolandistas Carlos de Smedt e Hipólito Delehaye y el historiador de la cultura Godofredo Kurth. La publicación de la *Revue d'Histoire Ecclésiastique,* única en su género en todo el mundo, y la continuación de la obra bolandista, son dos glorias de Bélgica. Los benedictinos de Mared-

[18] En España, con razón no deja tan buen sabor la *Historia* de Pastor: se ensaña demasiado contra personas e instituciones sin bien conocerlas y sin consultar nuestros archivos ni entrar dentro de nuestro espíritu.

[19] No se puede negar que en estudios eclesiásticos Francia ha ido a la cabeza en el siglo último con sus obras y con sus diccionarios bíblico de Vigouroux, teológico de Vacant, apologético de D'Alès, histórico y geográfico de Baudrillart, arqueológico y litúrgico de Cabrol-Leclercq...

sous y Lovaina han desplegado gran actividad literaria en la restauración litúrgica.

En Inglaterra citemos los trabajos históricos de Bernardo Ullathorne, Guillermo Ward, Tomás G. Allies, Juan Lingard, Tomás Flanagan, dom Gasquet y el P. Thurston.

En Hungría, entre otras obras de gran valor, sobresale la publicación de los *Documentos pontificios* de Agustín Roskovany [20].

En Italia merecen ser conocidos el benedictino Luis Testi y el jesuíta Fidel Savio. Angelo Mai (1782-1854), erudito de la escuela de Mabillon, descubrió obras inéditas de San Agustín, San Cirilo de Alejandría, San Basilio, San Atanasio; es célebre su *Spicilegium Romanum,* en seis gruesos volúmenes (1839-44), y su *Nova Bibliotheca,* de otros tantos (1852-53). El cardenal Pitra ayudó poderosamente a Migne en la edición de su *Patrología;* sus obras principales son *Spicilegium Solesmense,* en cuatro volúmenes (1852-58), que es una colección de documentos inéditos de autores eclesiásticos, y *Analecta Sacra,* en ocho volúmenes, con la *Analecta novissima,* en otros dos volúmenes. Juan B. Rossi es el gran arqueólogo y epigrafista; emprendió la exploración sistemática de las catacumbas; su obra de renombre mundial es *Inscriptiones christianae... antiquiores.* Siguiendo sus métodos y sus huellas, se han hecho célebres Bruzza, Garrucci, Armellini, Marucchi, el alemán Mgr. Wilpert y otros.

La Biblioteca Vaticana publica la colección *Studi e testi,* que cuenta ya más de cien volúmenes de alta investigación.

c) *En España.*—En España continuaron la *España Sagrada* de Flórez varios agustinos, como Merino, Canal... Una obra de carácter semejante es el *Viaje literario,* de Villanueva. Notable para su tiempo fué y es la *Historia de la Iglesia* de Vicente de la Fuente, que no se ha de confundir con Modesto de la Fuente, autor liberal de la *Historia de España.* Menéndez y Pelayo, con sus *Heterodoxos,* nos dejó una obra maestra, en la que, como al trasluz, aparecen cuadros soberbios de la historia eclesiástica de España. Al canónigo de Compostela López Ferreiro le debemos una historia fundamental de aquella sede. El malogrado P. Zacarías García Villada escribió su *Historia eclesiástica de España* hasta la conquista de Toledo (1085), y nos ha legado valiosos estudios paleográficos. También el miembro y director de la Academia de la Historia P. Fidel Fita debe ser citado honrosamente en este lugar. Asín Palacios y F. Simonet se han adentrado por los estudios árabes en su aspecto cultural, filosófico, ascético, teológico. Citemos también a dom Serrano, investigador e historiador profundo, y entre los muchos cultivadores de la historia de las Ordenes religiosas, al P. Antonio Astráin, autor de la *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España.*

Con *Analecta Sacra Tarraconensia,* con las revistas de las Ordenes religiosas y las del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, algunas de las cuales son de carácter histórico, como la *Revista de Indias, España Misionera* y, sobre todo, *Hispania sacra,* no hay duda que los estudios sagrados en general, y en particular los históricos, cobrarán cada día un auge más consolador [21].

[20] HURTER, *Nomenclator,* V, 2, p. 1752... Hombre laboriosísimo, que recogió una serie de documentos sobre el primado, sobre el romano pontífice, sobre la independencia de la Iglesia, sobre los matrimonios mixtos..., aunque algunos son dudosos.

CAPITULO XI

Vida cristiana

Para apreciar el nivel de la vida cristiana en este período, nos contentaremos con dar algunos índices significativos sobre la pujanza de la vida religiosa, sobre la vida de piedad y sobre la acción social. Por lo demás, en los anteriores capítulos hemos podido vislumbrar más de un rasgo de esta vida.

I. LA VIDA RELIGIOSA

No se puede negar que la vida religiosa, el empuje con que en el seno de la Iglesia se desarrolla la vida de perfección religiosa, es un factor índice básico de la vitalidad y exuberancia de la vida cristiana en un período. Pues bien, después de los trastornos de la revolución francesa y a pesar de las continuas persecuciones que en todo el siglo XIX y lo que llevamos del XX han descargado sobre los institutos religiosos, éstos han brotado extraordinariamente pujantes como nunca. Las antiguas religiones han renacido vigorosas y extendídose activísimas; nuevos institutos religiosos de toda especie, en un bullir constante, han salido a la vida.

[21] Es lástima que todavía no poseamos una historia eclesiástica de España escrita en español y con espíritu español por un español. La revolución impidió al P. Villada terminar sus planes, aunque lo que nos ha dejado adolecía de algo monográfico, sin la necesaria fuerza sintética.

1. **Las antiguas religiones.**—La *Orden benedictina* sufrió graves quebrantos con la revolución. Pero la Congregación de Montecasino salió incólume de la borrasca; pronto comenzó a ramificarse por Europa, América y otras regiones. En Francia, gracias a la labor prudente y enérgica de dom Guéranger, insigne liturgista, surgió de entre las antiguas ruinas la nueva Congregación de *Solesmes*, que tanto ha contribuído al esplendor de la liturgia y canto sagrado. En Alemania se organizó la Congregación de Beuron gracias al esfuerzo del abad Mauro Walter. De las Congregaciones de Solesmes y Montecasino nacieron en España varios monasterios, como Montserrat y Silos, con tanta pujanza, que han podido lanzar sus renuevos hasta la remota Australia [1].

Esta insigne Orden benedictina ha ido creando hasta catorce Congregaciones, algunas, como la de Santa Otilia, con fin casi exclusivamente misionero. Para estrechar más los vínculos y robustecerse, previniendo la relajación, tuvieron en Roma, por mediación de León XIII, una reunión general de abades, donde quedó constituído un *abbas primas*, que residiera en San Anselmo del Aventino: allí se estableció una Facultad de Filosofía y Teología para toda la Orden.

Los franciscanos habían sufrido rudamente en la revolución, pero pronto fueron creciendo y restableciéndose en todas partes. En 1892, León XIII se declaró protector personal de la Orden, y gracias a sus instancias se consiguió en 1897 la unión en una sola familia franciscana de las cuatro ramas: observantes, reformados, recoletos y alcantarinos. El nombre oficial sería *Ordo Fratrum Minorum*. También los conventuales y los capuchinos fueron multiplicando sus casas. Hoy día todos admiran la vida y actividad así de los *Fratres minores* como de los capuchinos entre los hijos de San Francisco.

Los *dominicos*, que la revolución había suprimido y aniquilado por completo en Francia, fueron restaurados gracias a los esfuerzos y a la habilidad del insigne orador Lacordaire. Tal vez en Francia es donde esta ilustre Orden ejerce un influjo más efectivo por medio de las letras, la predicación y las misiones. Los dominicos españoles se han señalado y se señalan por sus florecientes misiones [2].

Los *cistercienses*, en el resurgir del siglo XIX, dieron lugar a varias Congregaciones. Sólo los trapenses, Congregación cisterciense reformada por el incansable celo del abad

[1] ROJO DEL POZO, *Evolución histórica de la liturgia* (Madrid 1935); PÉREZ DE URBEL, *El monacato benedictino en España*; HILPISCH, *Geschichte des benediktinischen Mönchtums* (Friburgo 1929).

[2] D'HAUSSONVILLE, *Lacordaire (1802-1861)* (París 1904); LEDOS, *Lacordaire* (París 1902).

Agustín Lestrange, iniciaron un nuevo período de esplendor. Desde 1892, los trapenses forman una Orden independiente con distinto abad general. Hoy cuenta con unas 60 trapas.

La Compañía de Jesús tuvo verdadera resurrección. De los restos conservados providencialmente en la Rusia Blanca después de la supresión de Clemente XIV salió vigorosa a nueva vida, restablecida solemnemente por el papa Pío VII el 7 de agosto de 1814. Se suele decir que la Compañía nació adulta en 1540, y por eso se puso a trabajar por todo el mundo con plétora de vida; ahora en esta nueva fundación o restauración surgió también pujante con la misma actividad febril, con el mismo espíritu de múltiple apostolado ecuménico. Al P. Roothan, como general (1829-1853), se le puede llamar el segundo fundador de la Compañía, por el espíritu que le supo infundir, como bebido de la antigua Compañía en las antiguas casas de la Rusia Blanca, y por el incremento que en su generalato adquirió en todos los aspectos. A pesar de mil persecuciones y continuos destierros, la Orden, esparcida por todo el mundo civilizado y salvaje cuenta con más de 50 florecientes misiones, más de 30.000 miembros en ocho asistencias y más de 50 provincias [3].

2. **Nuevos institutos.**—La exuberancia con que venía la nueva vida se manifiesta de un modo particular en el número asombroso de nuevos institutos religiosos. Va en primer término, descollando con mucho sobre todas las demás naciones, Francia, donde incubó precisamente la revolución. Baste decir que se calculan en unas 400 las nuevas Congregaciones papales o diocesanas fundadas en el siglo XIX, y el siglo XX lleva un ritmo semejante. Indicaremos algunas de las más salientes.

Pedro José Coudrin (1768-1837) fundó en 1805 una casa para la formación de misioneros; su sede estaba en París, en la calle Picpus, de donde la Congregación se ha llamado de *Picpus* o de los Corazones de Jesús y María. Pío VII la aprobó en 1817 como Congregación de sacerdotes seculares y hermanos legos para las misiones y la adoración perpetua del Santísimo Sacramento. Su fin es honrar las tres edades de Cristo: la infancia, por la educación gratuita de niños pobres; la vida oculta, por la adoración perpetua del Dios escondido en la Eucaristía; la vida pública, por la predicación y las misiones, y la pasión y muerte del Señor, por la mortificación. El año 1826 partían los primeros misioneros para Sandwich. Gregorio XVI les confió la Oceanía oriental y pronto se extendieron por todo el mundo [4].

[3] VILLOSLADA, *Manual de historia de la Compañía de Jesús* (Burgos 1941).

[4] HEIMBUCHER, *Die Orden und Kongr.*, III, pp. 471-3.

Para la instrucción y educación de la niñez surgieron en Francia cuatro Congregaciones altamente útiles en la Iglesia: los *Hermanos de las Escuelas Cristianas,* fundados por San Juan Bautista de la Salle, y que para fines del siglo XIX contaban 1.500 escuelas con 214.722 alumnos; los *Hermanos de la Instrucción Cristiana* o de Ploermel, llamados también *Hermanos de Lamennais,* por haberlos fundado entre 1816-20 J. M. Lamennais, y que para fin del siglo contaban 446 casas, con 2.517 miembros y unos 100.000 alumnos; los *Hermanos de la Sociedad de María* o *Marianistas,* fundados en Burdeos por el canónigo Chaminade, y que para fin del siglo contaban con 1.200 miembros; los pequeños *Hermanos de María* o *Hermanos Maristas de la Enseñanza,* fundados por el sacerdote Champagnat en 1817, y que contaban para fines del siglo 4.300 miembros en Francia y otros 1.675 en el extranjero [5].

Todas estas Congregaciones se han ido extendiendo por todo el mundo, sobre todo los Hermanos Maristas y los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Los *Oblatos de María,* fundados en Marsella por Mgr. Mazenod en 1815, fueron aprobados por León XII en 1828 y se dedicaron al apostolado de los campos; y los *Padres Maristas,* del venerable Juan Claudio Colin (1790-1875), se han extendido por Italia, Inglaterra, Norteamérica y las misiones... El judío converso Libermann, muerto en 1852, fundó la Congregación del Inmaculado Corazón de María, que en 1848 se fundía con la de los *Padres del Espíritu Santo,* fundada en 1703. La Congregación resultante se llama Congregación del Espíritu Santo y del Inmaculado Corazón de María, y ha desarrollado brillante apostolado en las misiones, sobre todo de Africa. No confundirla con la Congregación del Inmaculado Corazón de María o de *Misioneros de Scheut,* fundada en 1863 por Teófilo Verbiest.

También se han distinguido en el campo misional los Padres del Santísimo Corazón de Jesús de *Issoudum,* fundados en 1854 por J. Chevalier; los padres del seminario de *Misiones de Lyon* para las misiones africanas, fundados en 1856 por Marion de Bresillac, y los padres de Nuestra Señora de Africa o *Padres Blancos,* fundados en 1868 por el cardenal Lavigerie.

El alemán Juan B. Jordán fundaba en Roma, en 1881, los llamados *Salvatorianos* o Congregación del Salvador, para la propagación de la fe de palabra y por escrito. En la misma Alemania nació, en 1875, la *Sociedad del Verbo*

[5] GOYAU, *Le très Rev. P. Colin* (París 1910); *La Société de Marie* (París 1928); BÖSCH, *Die Maristen* (1921).

Divino, o misioneros de Steyl, fundados por Arnoldo Janssen, cuyo fin primordial son las misiones [6].

Citemos también al Beato Vicente Pallotti, fundador de la *Pía Sociedad de las Misiones* (palotinos), y señalemos una de las más importantes fundaciones de estos últimos tiempos, la de los *Salesianos,* fundados por San Juan Bosco, a quien dedicamos más abajo un párrafo especial [7].

Entre los institutos de varones debemos considerar como gloria nacional el *Instituto de los Misioneros del Corazón de María,* o *Claretianos,* fundado en 1849 por San Antonio María Claret, arzobispo de Santiago de Cuba y confesor de Isabel II. De su personalidad histórica hemos tratado en el capítulo de España. Los claretianos se han extendido rápidamente y se distinguen en las misiones populares y entre los infieles. En el terreno científico, especialmente de Derecho canónico, recordemos sus revistas *Commentarium pro religiosis* y *La Ilustración del Clero.*

Si numerosos son los institutos masculinos fundados en este período, los femeninos son incontables. Citemos alguno que otro. Además de las congregaciones segundas que la mayor parte de los institutos de varones mencionados han establecido, recordemos a las *Madres del Sagrado Corazón,* fundadas en París en 1800 por la M. Magdalena Sofía Barat, canonizada en 1925. Asimismo, las Religiosas de *Jesús María,* fundadas desde 1818 por Claudina Tévenet, que se llamó M. San Ignacio. Se dedican de lleno a la enseñanza. La Congregación del *Buen Pastor,* dedicada al socorro de las muchachas caídas y preservación de las que peligran, fué fundada por Santa Eufrasia Pelletier en 1835, como transformación de la Congregación del Socorro, fundada en 1644 por Juan Eudes. La obra de Santa Pelletier se ha extendido hasta en países de misiones, como Shanghai [9].

Las *Madres Reparadoras,* o Instituto de María Reparadora, fueron fundadas en Estrasburgo por Emilia Oultremont o María de Jesús en 1857; su fin es la adoración reparadora y el apostolado. Las *Hermanitas de los Pobres,* fundadas en Bretaña en 1839 por Juana Jugan y el sacerdote Le Pailleur, creció tan rápidamente, que en 1912 tenían 306 casas con 5.793 hermanas y 46.913 ancianos.

[6] MAIRE, *Histoire des instituts religieux et missionaires* (París 1930), y HEIMBUCHER, *Die Orden und Kongr.*; GOYAU, *La Congrégation du Saint-Esprit* (París 1937); FISCHER, *Arnold Janseen, Gründer des Steyler Missionswerkes* (1919).

[7] H. WAST, *Dom Bosco y su tiempo* (Buenos Aires 1932); SALOTTI, *Dom Bosco* (Torino 1929).

[8] BLANCH FARRÉ, *Vida del Beato Antonio M. Claret, arzobispo y fundador* (Madrid 1934); ECHEVARRÍA, *Recuerdos del Beato Antonio M. Claret* (Madrid 1934).

[9] MAIRE, *Histoire...*; HEIMBUCHER, *Die Orden...*, III, p. 384; BRULEY, *Le Bon Pasteur d'Angers* (París 1931).

También España se ha mostrado fecunda en nuevos institutos religiosos. Citemos a las *Siervas de María,* fundadas en Madrid el año 1851 por el presbítero Miguel Martínez Sanz; se dedican a la asistencia de los enfermos a domicilio. Las *Adoratrices del Santísimo Sacramento,* fundadas por la vizcondesa de Jorbalán, llamada *Madre Sacramento,* fueron canónicamente aprobadas por Gregorio XVI en 1834; su labor apostólica se ocupa con la juventud extraviada, y su fin primordial es la adoración al Santísimo Sacramento. Las *Hermanas de la Caridad de Santa Ana* fueron fundadas en 1805, durante la guerra de la Independencia, en los sitios de Zaragoza, por el sacerdote Boland [10].

Las *Hijas de Jesús,* o *jesuitinas,* fundadas por la M. Cándida en los azarosos días de la primera república española, se dedican a la enseñanza en colegios y normales. Las *Hermanitas de los Ancianos Desamparados,* muy semejantes a las Hermanitas de los Pobres, fueron fundadas en Huesca por el sacerdote López de Novoa; su casa matriz se estableció en Valencia en 1873. Las *Carmelitas de la Caridad* nacieron en Vich, fundadas por la B. Joaquina de Vedruna; se dedican a la enseñanza y al cuidado de los enfermos en hospitales. Las *Esclavas del Sagrado Corazón,* fundadas en Córdoba en 1876 por la M. María del Sagrado Corazón, o sea Rafaela Porras y Ayllón, se dedican a la adoración y reparación del Santísimo Sacramento y a la educación de la juventud. Las Madres del *Servicio Doméstico,* fundadas por la Beata M. Vicenta Vicuña, se ocupan principalmente en preparar sirvientas y preservarlas de los peligros. Un fin semejante tienen los *Angeles Custodios,* fundadas por doña Rafaela de Ibarra, viuda de Villalonga. Para terminar esta larga lista citemos las *Damas Catequistas,* las *Esclavas de Cristo Rey.* Asimismo, la Pía Unión de las *Teresianas,* fundada por el sacerdote Pedro Poveda en 1911, y la *Compañía de Santa Teresa* (Teresianas), fundada en 1876 por el presbítero Enrique Ossó.

Como se ve por los nombres reseñados y se vería mejor con un recorrido más minucioso, apenas hay miseria o necesidad en la sociedad moderna que no haya suscitado la fundación de un instituto religioso dedicado a aliviarla.

3. **La obra de Don Bosco.**—Entre los fundadores y santos del siglo XIX debemos destacar la figura de Don Bosco, que presenta en su persona, y sobre todo en su obra, características muy especiales y apropiadas a los tiempos modernos.

[10] La vida santa y fecunda de la M. Ráfols debe quedar desligada de la realidad o falsedad de sus supuestas profecías, a que algunos parecen dar tanta importancia.

[11] Naturalmente, cada Congregación tiene su biografía sobre su fundadora y varias obras que dan idea de su Instituto. Por no lamentar omisiones, omitimos nombres.

Grandes personalidades dió Italia al catolicismo en la pasada centuria. Ahí están los nombres del convertido Alejandro Manzoni, eximio novelista, poeta y pensador; César Cantú, historiador de altos vuelos; Antonio Rosmini, filósofo profundo, que, si erró en ocasiones, tuvo humildad para someterse a las decisiones de la Iglesia, y que, como sacerdote santo y celoso, fundó el *Instituto de la Caridad* y las *Hermanas de Misericordia.*

Entre los fundadores y santos de su época merece un recuerdo especial San Juan Bosco, fundador de la *Pía Sociedad Salesiana,* o Sociedad de San Francisco de Sales, puesta bajo la protección de María Auxiliadora y tomando como titular y patrono a San Francisco de Sales, a fin de que sus hijos se inspiren en la dulzura y caridad de este santo.

Nacido Juan Bosco en una pequeña aldea de la diócesis de Turín (1815), fué el apóstol de la juventud en el siglo XIX y uno de los santos en que se admira y se ve y se palpa el contacto con lo sobrenatural. Con ser un hombre práctico, realista, rebosante de alegría y buen humor, podemos decir que vive siempre en un mundo de misterio, como si a sus ojos estuviera abierto y patente el más allá. El milagro, la visión, la profecía, que en los demás santos suele ser cosa excepcional y rara, en San Juan Bosco parece lo más natural y ordinario. Así que no es extraño que la fama de sus hechos pasara las fronteras de Italia y Víctor Hugo le llamara "el hombre-leyenda".

Como hijo de familia pobre, pero piadosísima, fué educado desde niño en el exacto cumplimiento de la ley de Dios, en la caridad y en el trabajo. Su santa madre, Margarita, le ayudará más adelante en las obras de caridad con los niños, haciendo de madre con ellos. Ya en su niñez tuvo sueños proféticos, en forma de visiones y profecías, que le anunciaron su destino de educador cristiano de la juventud, especialmente obrera y pobre. "Amaré a los niños y haré que los niños me amen", decía ya entonces. Muy pronto empezó a cumplirlo, reuniendo en torno de sí a sus compañeros y a otros más abandonados, entreteniéndolos con sus raras habilidades para el juego y adoctrinándolos como podía, o repitiendo sermones enteros, gracias a su portentosa retentiva.

Entró en el Seminario de Chieri en 1835, a los veinte años de edad, y se ordenó de sacerdote en 1841. Comenzó en seguida, en diciembre de aquel año, con un grupo de seis niños lo que él llamó *Oratorio de San Francisco de Sales,* reunión festiva y piadosa que tenía por objeto recoger en los días de fiesta a los jóvenes que por descuido de los padres o por no tener quien los atienda andan por las calles y pla-

zas, expuestos a los mayores peligros. Se los atraía con juegos y regalos y les daba comodidad para oír misa y alguna plática, y asistir por la tarde, después del recreo, al catecismo, canto de vísperas, un sermoncito y la bendición eucarística. El *Oratorio festivo* será desde entonces una actividad predilecta de los salesianos.

Obstáculos no faltaban de parte de algunos, que apedreaban desde fuera a los 400 muchachos congregados por Don Bosco en un cercado fuera de la ciudad, y de parte de otros, que tenían al santo por loco. El marqués de Cavour (padre del famoso conde) mandó una vez cerrar este oratorio de Valdocco, barrio de Turín; pero el rey Carlos Alberto, al saberlo, se opuso y hasta le envió a Don Bosco una limosna con esta dedicatoria: "Para los pilluelos de Don Bosco". Recuérdese que estamos en la capital del reino piamontés, precisamente en los años turbios en que se estaba fraguando el movimiento político de la unidad del reino de Italia, con tanta influencia de liberales y revolucionarios.

Así se comprende la vida de Don Bosco con las innumerables dificultades que le salieron al paso y la suma cautela que tuvo que guardar para que no le estorbasen sus iniciativas, llamándole reaccionario, amigo del papa y de los jesuítas. Don Bosco acabó por imponerse a todos, y, siendo el más incondicional partidario del papa, fué respetado y admirado aun por los ministros liberales del rey.

En Pío IX tuvo Don Bosco un amigo y un protector, y más de una vez (por ejemplo, en 1867 y 1871) sirvió el santo de intermediario entre el papa y el gobierno italiano. En varias ocasiones se atrevió a escribir a Víctor Manuel: una vez amonestándole contra los malos consejeros, y otra vez, amenazándole de parte de Dios con desgracias en su familia por decretar la supresión de las Congregaciones religiosas. Y, en efecto, al poco tiempo la muerte arrebataba a la esposa y a la madre del rey casi juntas y en seguida también a su hermano. Pero Don Bosco no se metía en política. "Mi política—decía—es la del Padre nuestro".

En 1853 abrió el primer taller de zapateros para el aprendizaje de sus muchachos, y luego uno de sastrería, y más tarde otros, hasta una escuela tipográfica. Así fueron surgiendo las escuelas profesionales. Tampoco olvidó a los estudiantes, y abrió colegios y preparó el personal adecuado que les diese la educación por él inculcada: "prevenir las faltas, no reprimirlas", es decir, no esperar a que se cometan y entonces castigarlas duramente, creyendo que con eso se enmendarán, sino prevenirlas para que no se cometan, ganándose el ánimo de los jóvenes, teniéndolos ocupados en forma agradable, vigilarlos paternalmente, estudiar sus inclinaciones, para saber dirigirlos, y secundar sus buenas tendencias; corregirlos con amor y bondad, inspirarles confianza y tenerlos alegres, jugando incluso con ellos. Tal es método preventivo, no represivo. Y hacerse amar más que temer. El mayor castigo que él solía imponer era una mirada severa o la privación de una muestra de cariño. "Debe darse al alumno—decía—amplia libertad de saltar, correr y gritar. Música, declamación, paseos, son eficacísimos medios disciplinares, tan útiles a la moral como a la salud". Columnas indispensables de todo edificio educativo son la misa cotidiana y la confesión y comunión frecuentes. No es que se deba obligar a los niños a frecuentar los santos sacramentos, sino darles comodidad para que puedan hacerlo a menudo. Con ocasión de los ejercicios espirituales, en los triduos, novenas y sermones, hágase resaltar la grandeza de la religión, que presenta en los sacramentos medios tan sencillos y tan útiles a la sociedad y la tranquilidad de la conciencia. De este modo los niños acudirán con fruto y con devoción a recibirlos".

Por eso, cuando un ministro de la reina de Inglaterra visitó en Turín el instituto de Don Bosco y preguntó admirado de qué medios se servía para obtener tanto silencio y tanta disciplina, el santo le respondió: "Señor, los medios de que nos valemos no son aplicables en Inglaterra; sólo pueden ponerlos en práctica los católicos".

Don Bosco fué un maravilloso confesor de niños, maravilloso no sólo por su asiduidad en este ministerio, sino porque muchas veces Dios le concedió el don de leer en las conciencias.

Mas no se crea que sus actividades se limitaron a las de un genial pedagogo. Don Bosco fué también un apóstol de los ejercicios espirituales y, especialmente, un apóstol de la prensa. Queda indicado cómo entre los talleres y escuelas profesionales que puso en marcha para sus jóvenes estaba una tipografía. El cayó en la cuenta de la necesidad de un periódico para contrarrestar la propaganda sectaria que hacían los enemigos de la religión, particularmente los protestantes valdenses, y a este objeto, además del periódico *El amigo de la juventud*, empezó a publicar sus *Lecturas católicas*, especie de folletos mensuales, explicando al pueblo los fundamentos de la doctrina católica. Por esto y por los libros que escribió—generalmente de divulgación y propaganda—, bien merece que se le llame apóstol de la pluma.

Para llevar a cabo sus grandes obras de caridad y de celo, Don Bosco no ponía la confianza en los medios humanos—que muchas veces eran nulos—, sino en la divina Providencia y en la protección singular de la Virgen Santísima, que tantas veces se manifestó de modo milagroso o con limos-

nas inesperadas, v. gr., en la construcción del templo de María Auxiliadora de Turín, junto a la casa-madre.

Más de una vez había pensado Don Bosco en hacerse religioso o, por lo menos, en vivir en comunidad con los que le ayudaban en el oratorio. Fundar una nueva corporación religiosa, entonces que el gobierno suprimía las existentes, parecía una temeridad; mas he aquí que un día le dice el ministro de la corona Urbano Ratazzi, político liberal, amigo de Cavour, que, a pesar de sus ideas poco católicas, era ferviente admirador de Don Bosco: "Querido Don Bosco, ¿qué será de sus obras el día que usted falte? ¿Cómo asegurar la existencia de sus oratorios y colegios?" Y le insinuó la idea de constituir una asociación que perpetuase su espíritu y sus empresas. El santo pidió consejo a su director espiritual, Beato José Cafasso, y a su arzobispo, los cuales le animaron a ello; pero sobre todo le esforzó y decidió la bendición que en 1858 le otorgó Pío IX en una audiencia, encargándole que redactara las reglas de la *Pía Sociedad Salesiana.*

Ya en 1852 se le habían agregado tres jóvenes, deseosos de ser sus colaboradores; uno de ellos se llamaba Miguel Rua, que andando el tiempo sería su primer sucesor. Del mismo D. Rua son estas palabras: "En la reunión del 26 de enero de 1854 se nos propuso comenzar, con la ayuda del Señor, un período de ejercicio práctico de la caridad para con el prójimo. Al terminar este período, podríamos ligarnos con una promesa, que después podría transformarse en voto. A partir de aquella tarde se dió el nombre de *salesianos* a cuantos adoptaron este género de apostolado". En una reunión que tuvo Don Bosco con sus colaboradores en diciembre de 1859, decidieron "instituir una sociedad o congregación cuyo fin fuese, al mismo tiempo que la mutua ayuda para la propia santificación, el promover la gloria de Dios y la salvación de las almas, especialmente de las más necesitadas de instrucción y educación". Don Bosco fué elegido superior o "rector mayor". En 1864 la Pía Sociedad Salesiana fué alabada por la Santa Sede, y en 1874 Pío IX le dió la aprobación definitiva.

Una creación nueva y original de Don Bosco fué la institución de *coadjutores,* religiosos no sacerdotes, que ni en los actos de comunidad llevan hábito, y que se dedican preferentemente a la enseñanza profesional, viviendo en común con los sacerdotes y clérigos.

Don Bosco se preocupó también de las misiones en países de infieles, y él mismo envió el año 1875 a sus hijos a misionar la Patagonia y Tierra del Fuego; hoy día los salesianos sostienen misiones de infieles en todos los continentes.

Digamos, para terminar, que Don Bosco vino dos veces a España: la primera en enero de 1886, de un modo completamente milagroso y misterioso: una noche se presentó en el colegio de Sarriá para avisar al director que debía expulsar a unos alumnos y a un maestro seglar. Poco después, aquel mismo año, vino en persona y fué recibido triunfalmente en Barcelona por las autoridades y el pueblo. Los católicos barceloneses le pidieron levantase un templo en el Tibidabo en honor del Corazón de Jesús; él aceptó los terrenos, y en aquella altura se construye hoy el hermosísimo templo que domina toda la ciudad.

Al morir Don Bosco en Turín el 31 de enero de 1888, la Sociedad Salesiana contaba 1.050 religiosos, con 57 casas (37 en Europa y 20 en América); y al morir su sucesor, D. Miguel Rua, en 1910, y sucederle D. Felipe Rinaldi, llegaban a 4.372 salesianos, con 345 casas. En 1936 eran 11.500 salesianos, con 724 casas o institutos diversos y medio millón de alumnos.

Con idénticos fines que los salesianos, para el campo femenino, fundó Don Bosco, en unión con María Mazzarello, el *Instituto de las Hijas de María Auxiliadora,* que en 1936 contaba 718 casas, con 8.068 religiosas.

Y para aquellos que, viviendo en el mundo y en sus familias, quieren seguir el espíritu de la Pía Sociedad y ayudar a sus obras, fundó la *Pía Unión de los Cooperadores y de las Cooperadoras Salesianas,* que equivale a las Ordenes Terceras de ciertas religiones.

Como las Ordenes mendicantes en el siglo XIII, como la Compañía de Jesús en el XVI, así la Pía Sociedad Salesiana significa en la Edad Moderna una aportación nueva al monacato católico, un nuevo tipo de Congregación religiosa, con su finalidad específica muy apropiada a las necesidades de los tiempos modernos.

II. Vida de piedad

1. **Renovación litúrgica.**—El error jansenista, con su pretendida piedad respetuosa, había cortado las alas a la verdadera piedad, cuando no la había matado. El resurgir general había de manifestarse particularmente en una intensificación de la piedad, lo cual se logró por una viva devoción a Cristo y mayor diligencia y fervor en el culto divino.

La vida litúrgica tiene todas las garantías de una piedad verdadera. Dom Próspero *Guéranger,* con su abadía de Solesmes y las abadías alemanas de Beuron y María Lach, han contribuído como pocos a restaurar la liturgia. Con sus *Institutions liturgiques* y *Année liturgique* hizo desaparecer

poco a poco de Francia las liturgias cantonales, que el galicanismo trataba de sostener a todo trance. Efectivamente Mgr. D'Astros, arzobispo de Toulouse en 1843, y Mgr. Fayet, obispo de Orleáns en 1846, combatieron a dom Guéranger en su noble conato; pero salieron a la defensa del campeón de la liturgia romana, entre otros, Mgr. Parisis y Mgr. Gousset. Durante el pontificado de Pío IX, varios concilios provinciales fueron aceptando en Francia las normas de dom Guéranger, acomodándose enteramente a la liturgia de Roma [12].

La liturgia está íntimamente unida al canto sagrado; éste adolecía de gran profanidad; había que volver al canto gregoriano. Con la aprobación de Pío IX, el editor de Ratisbona F. Pustet había reimpreso el *Gradual* de Palestrina, y en 1868 la Congregación de Ritos le concedía la exclusiva como impresor litúrgico; consiguientemente, la Sociedad alemana de Santa Cecilia emprendía la propaganda de esa obra. Pero dom *Pothier,* de Solesmes, empezó a trabajar en la reconstrucción integral del oficio gregoriano; en 1880 publicaba sus *Melodías gregorianas* y en 1883 el *Liber Gradualis.* La escuela solesmiana tuvo secuaces de primera talla: dom Mocquereau, fundador de la paleografía musical, publicaba fototipias de los principales manuscritos de canto gregoriano [13].

Pío X, desde sus comienzos en 1904, tomó a pechos la reforma del canto litúrgico; con su motu proprio del 25 de abril de 1904 daba la orientación y confiaba a los benedictinos de Solesmes la redacción de las partes melódicas de la edición oficial. Así fueron saliendo el *Graduale,* el *Antiphonale,* etc.

Sobre todo desde la guerra europea se ha despertado en el pueblo fiel un gusto tal por la vida litúrgica, que las ediciones de los misales completos para seglares, a pesar de multiplicarse cada día y en todas las naciones, constituyen un verdadero éxito librero; señoras, caballeros, jóvenes y niños, oyendo misa con su misal en la mano, es un espectáculo bellísimo y consolador. Ciencia litúrgica y piedad litúrgica se influyen mutuamente y avanzan a un ritmo cada vez más acelerado.

[12] DOM PAUL DELATTE, *Dom Guéranger, abbé de Solesmes,* 2 vols. (París 1910).

[13] DOM POTHIER, *Les mélodies grégoriennes* (1880); DOM MOCQUEREAU, *Le nombre musical,* 2 vols. (1908-1926). En todas las naciones han ido saliendo revistas musicales de música sagrada: *La Revue Grégorienne,* de Tournai; *La Revue du Chant Grégorien,* de Grenoble; *Música Sacro-hispana,* de Barcelona.

[14] ROJO DEL POZO, *La evolución histórica de la liturgia* (Madrid 1935); AGUIRRE, *El movimiento litúrgico en Alemania,* en «Razón y Fe» (1934), sept. y nov.

2. **Devociones.**—Tres devociones, todas fundamentales, se han desarrollado principalmente en este período como índice de la piedad del pueblo cristiano: la devoción a la *Inmaculada,* la devoción al *Sagrado Corazón* y la devoción a la *Eucaristía.*

a) *Inmaculada Concepción.*—Cuando todavía no era dogma la Inmaculada Concepción, varias veces se había concedido celebrar misa propia. Franciscanos y jesuítas rivalizaban en la propaganda oral, por la predicación, y escrita, por múltiples publicaciones, de este misterio. Por otra parte, las Congregaciones marianas seguían cultivando la devoción a su inmaculada Patrona. El cielo mismo iba dando varias muestras de su voluntad de llegar a que en este punto se hiciera luz de mediodía, principalmente con la aparición de la Santísima Virgen a Catalina Labouré, Hija de la Caridad de París (1830), de donde tomó su origen la devoción a la *medalla milagrosa,* muy propagada desde 1838 por la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias, que pronto tuvo más de 20 millones de asociados [15].

Este hecho y esta Asociación contribuyeron a madurar la causa de la Inmaculada. Por otra parte, las peticiones de los obispos del orbe entero afluían a Roma pidiendo la definición. Pío IX nombraba el año 1848 una comisión de teólogos para que examinasen ese punto; consultó también a los obispos (1849) en una especie de concilio por escrito. Con este fin de responder a la pregunta del papa, se reunieron concilios provinciales, que se manifestaron en pro de la definición. El 8 de diciembre de 1854, Pío IX definía, por fin, solemnemente el dogma de la Inmaculada Concepción, que estaba tan en el corazón del pueblo cristiano. Para poner el sello divino a esta definición pontifical, la Santísima Virgen se aparecía, desde el 11 de febrero hasta el 16 de junio de 1858, unas dieciocho veces a una humilde niña de Lourdes, Santa Bernardita Soubirous. El día de la Anunciación se dignaba responder a la niña, que le preguntaba: "¿Quién eres?", "Yo soy la Inmaculada Concepción".

Difícil es calcular los millones de peregrinos de todo el mundo que desde entonces han acudido a la gruta de Lourdes y las numerosas curaciones milagrosas, científicamente comprobadas, que allí se han realizado; son miles y miles las grutas que, a imitación de la de Lourdes, se han levantado por todo el mundo católico [16].

[15] CRAPEZ, *La V. Catherine Labouré* (París 1911). Hoy es santa canonizada.

[16] BAINVEL, *L'histoire d'un dogme,* en «Etudes», 101 (1904), pp. 612-632; LE BACHELET, *Immaculée Conception,* en «Dict. de Théol. Cath.»; LASSERRE, *N. D. de Lourdes* (1869); *Lourdes,* en «Dict. d'Apol.»; PETITOT, *Histoire exacte des apparitions de N. D. de Lourdes,* 2 vols. (París 1935).

La devoción a la Santísima Virgen, y en concreto en su Concepción Inmaculada, es algo consubstancial al pueblo cristiano. El número de congregaciones religiosas y asociaciones piadosas que han tomado su advocación son un reflejo del auge triunfal de la devoción mariana: oblatos de María Inmaculada, maristas, marianistas, asuncionistas, Congregación de María Auxiliadora, etc.

Nuevas llamaradas de amor y devoción a la Madre de Dios se han encendido en el pueblo cristiano con la solemne proclamación dogmática de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos (1950), y la devoción al Corazón de María ha cobrado nuevo auge después de las apariciones de Fátima.

b) *Sagrado Corazón de Jesús.*—Otra devoción, todavia más substancial en la vida de la Iglesia, es la *devoción al Sagrado Corazón.* Esta devoción es en su fundamento, y tenía que ser, evangélica y existió en formas peculiares en la antigüedad, en la Edad Media y en la época de la Restauración católica. Pero en su modalidad de expiación y consagración al amor de Jesús ultrajado nació en tiempos del jansenismo y por especial encargo del mismo Jesucristo, del celo abnegado de la monja salesa Santa Margarita M. de Alacoque. Fué propagada principalmente por la Compañía de Jesús y siguió en un principio las mismas vicisitudes de la Orden en su vida de persecución. Al resurgir la Compañía en el siglo XIX, también la devoción, libre de sus acérrimos impugnadores, comenzó a florecer prodigiosamente. Pío IX le dió dos notables impulsos: en 1856 extendió la fiesta del Sagrado Corazón a la Iglesia universal con rito doble mayor y en 1864 beatificó a Margarita María de Alacoque, su apóstol. Desde mediados del siglo XIX, varios obispos comenzaron a consagrar sus diócesis; varios institutos religiosos, como los dominicos y jesuítas, consagraron especialmente sus religiones; algunos Estados, como el Ecuador en 1873, se consagraron al Corazón de Jesús. España se consagró solemnemente, por medio de su rey y con la asistencia de todo su gobierno, en 1919 ante el monumento erigido al Sagrado Corazón en el Cerro de los Angeles [17].

En Francia, el P. Argant, S. I., concibió en 1871 la idea de erigir un santuario al Sagrado Corazón que fuera voto nacional. Esta idea cristalizó en la basílica de Montmartre, consagrada solemnemente en 1919 por el cardenal Amette.

La devoción siempre creciente del pueblo cristiano aspiraba a la consagración de todo el mundo al Sagrado Corazón. Así se lo suplicaba en 1874 el P. Ramière, director

[17] Ese Corazón de Jesús fusilado por los rojos y ese monumento saltado por la dinamita de los sin-Dios de todo el mundo se erigirá de nuevo, amasado con el amor de España.

del Apostolado de la Oración, a León XIII en una petición subscrita por 525 obispos. En 1898, accediendo a las súplicas de la M. María del Divino Corazón (Droste von Vischering), superiora del convento del Buen Pastor de Porto, León XIII autorizaba las letanías del Sagrado Corazón y hacía la consagración solemne de todo el mundo.

¿Quién podrá enumerar las instituciones y devociones en honor del Sagrado Corazón nacidas en este último período? El Apostolado de la Oración, con la pléyade de *Mensajeros* en todas las lenguas del mundo; la Adoración Perpetua, Archicofradías del Sagrado Corazón, mes del Sagrado Corazón, comuniones reparadoras, primeros viernes de mes, monumentos, entronizaciones en los hogares, en las escuelas, en los municipios, son el pábulo de esta devoción y otras tantas maneras de exteriorizar el culto al Sagrado Corazón de Jesús [18].

c) *Sagrada Eucaristía.*—Rompiendo los hielos del jansenismo y a impulsos mismo de la devoción al Sagrado Corazón, con la que está íntimamente unida, ha crecido la *devoción y práctica eucarística.* Contribuye notablemente a esta renovación eucarística la institución de la Adoración Perpetua, que va turnando en las parroquias de cada diócesis. Complemento sólido es la llamada Adoración Nocturna, en la que intervienen con notable edificación turnos de caballeros y también de obreros, aun ferroviarios fatigados de la tarea diurna.

Varias han sido en este período las Congregaciones religiosas que han adoptado por fin y lema de su instituto la Adoración del Santísimo Sacramento: *Adoratrices, Reparadoras, Esclavas del Sagrado Corazón* [19].

Una muestra espléndida y palpable del progreso y pujanza de esta devoción han venido siendo los grandiosos *Congresos Eucarísticos Internacionales,* que se han venido celebrando en casi todas las capitales del mundo como reacción pública contra el anticlericalismo, que en algunas partes se oponía a la celebración y procesión del Corpus, y como manifestación triunfante de la realeza de Jesucristo en todas las naciones. He aquí la lista de los Congresos Eucarísticos internacionales celebrados hasta el presente: 1) Lille, 1881; 2) Aviñón, 1882; 3) Lieja, 1883; 4) Friburgo de Suiza, 1885; 5) Toulouse, 1886; 6) París, 1888; 7) Amberes, 1890; 8) Jerusalén, 1893; 9) Reims, 1894; 10) Paray-le-Monial, 1897; 11) Bruselas, 1898; 12) Lourdes, 1899; 13) Angers,

[18] NIX, *Cultus SS. Cordis Iesu* (Friburgo 1905); HAMON, *Sainte Marguerite Marie* (París 1923); *Coeur sacré de Jésus,* en «Dict. de Théol. Cath.»

[19] HEDLEY, *The Holy Eucharistie* (Londres 1907); DE LA TAILLE, *Mysterium fidei* (París 1922).

1900; 14) Namur, 1902; 15) Angulema, 1904; 16) Roma, 1905; 17) Tournai, 1906; 18) Metz, 1907; 19) Londres, 1908; 20) Colonia, 1909; 21) Montreal, 1910; 22) Madrid, 1911; 23) Viena, 1912; 24) Malta, 1913; 25) Lourdes, 1914; 26) Roma, 1922; 27) Amsterdam, 1924; 28) Chicago, 1926; 29) Sidney, 1928; 30) Cartago, 1930; 31) Dublín, 1932; 32) Buenos Aires, 1934; 33) Manila, 1936; 34) Budapest, 1938. Desde 1906 asiste y preside, en nombre del papa, un cardenal legado. En 1952, según está anunciado, se celebrará en Barcelona el 35 Congreso Eucarístico Internacional.

Pero el paso gigante en el culto y devoción a la Eucaristía lo dió Pío X con sus decretos sobre la comunión frecuente y diaria y sobre la comunión de los niños. Esa frecuencia de sacramentos, esas cruzadas eucarísticas, en medio de la perversión moderna, salva la niñez y juventud de su ruina moral. La Eucaristía es el Pan de Vida.

III. Acción social

1. **Beneficencia social.**—Si la caridad del prójimo es el fruto sazonado de la vida cristiana intensa, ciertamente en este período ha debido ser muy intensa, pues en él han brillado como nunca las obras benéficas de orientación mundial. Dejando a un lado infinitas obras de beneficencia local, citemos algunas de tendencias generales. Desde 1833, Ozanam y un grupo de amigos se dieron a las obras de caridad, visitando a los pobres y enfermos y socorriéndolos en sus necesidades como podían. La obra cristalizó poco a poco en las llamadas *Conferencias de San Vicente de Paúl,* que han ido difundiendo el bien por todo el mundo, aliviando innumerables necesidades y llevando el consuelo de la caridad cristiana a tantas miserias [20].

Otra obra de caridad, que tuvo pronto un éxito sorprendente, fué la Institución de las *Hermanitas de los Pobres* y la similar española de las *Hermanitas de los Ancianos Desamparados.* Es una obra llamada a prestar valiosos servicios, aun en países de infieles, donde, por lo general, tanto abundan las miserias y los ancianos se ven tan faltos de alivio y cariño.

Si las Hermanas de la Caridad y las Hermanitas prestan su solicitud a todas las necesidades o a los ancianos abandonados, para la infancia desgraciada que viene al mundo

[20] Goyau, *Ozanam* (París 1925); Fourvières, *Les oeuvres catholiques au lendemain de la séparation* (París 1913); Gunan, *Die politischen und socialen Ideen des französisden Katholicismus* (Munich 1929).

en lamentables circunstancias y para la madre necesitada ha ideado la caridad cristiana una serie de obras: la *Asociación de Caridad Materna,* la *Asociación de Madres de Familia,* la *Obra de la Cuna a domicilio,* la *Obra de la Asistencia Maternal e Infantil.*

También para socorro de la niñez y juventud desvalida o en peligro han surgido instituciones de preservación: la *Obra de Adopción,* fundada en 1859 para recoger huérfanos; la *Obra de Santa Ana,* fundada en 1824; la *Obra de Niños Expósitos,* fundada en 1863; la *Obra de Adopción de Niñas Abandonadas,* fundada en 1879. Señalemos otra obra cuyo solo nombre cautiva: existe en Italia la maravillosa *Piccola Casa della Providencia,* fundada en 1827 por el *B. Cottolengo,* donde se recogen pobres y enfermos de toda especie. Es una verdadera ciudad doliente, que vive de la caridad; allí hallan asistencia unos 8.000 enfermos pertenecientes a lo más abyecto de la sociedad. En otros países van brotando pequeños Cottolengos [21]. En Friburgo de Brisgovia surgió en 1892 la *Charitas-Verband,* especie de central de todas las instituciones caritativas alemanas, con su revista *Charitas.*

2. **Obras sociales.** — a) *En Alemania.* — Desde que en el mundo se ha agudizado la cuestión social, el espíritu cristiano se ha preocupado de su solución. Ante el socialismo, que se echaba encima, las obras sociales católicas se organizaron. La iniciativa corresponde a Alemania. Ketteler, obispo de Maguncia, expuso ya en 1848, y más de propósito en su libro *La cuestión obrera y el cristianismo* (1864), la doctrina de la Iglesia sobre la propiedad y el trabajo, echando los cimientos de la acción social católica. Las ideas pronto se concretaron en obras. Kolping quiso poner un remedio al mal que los malos compañeros causan en la juventud, y para ello fundó la asociación de empleados *Gesellenverein;* para auxiliar a los campesinos, el barón de Shorlemer-Alst fundó la *Asociación de Campesinos,* y para aliviar la suerte de los obreros, el mismo Ketteler fundó las *Cooperativas* de producción y trabajó en mejorar la legislación obrera. Alfredo Huffer procuró organizar la pequeña industria, tratando de hacer revivir el espíritu corporativo antiguo [22].

Podían los católicos oponer su teoría y su práctica a la escuela liberal y al socialismo. Estas ideas católico-sociales fueron extendiéndose por medio de algunas publicaciones

[21] *La Congrégation des Petites Soeurs des Pauvres* (Coll. Ordres Relig.) (1924); Poulet, *Histoire de l'Eglise,* II, pp. 568-573; Gastaldi, *I prodigi della carità cristiana nella vita del ven. Servo di Dio B. G. Cottolengo* (Turín 1892); Antonelli Costaggini, G., *Vita del B. G. Cottolengo* (Roma 1917).

[22] De Girard, *Ketteler et la question ouvrière* (Berna 1896); Lionnte, *Ketteler* (1905); Decurtins, *Oeuvres choisies de Ketteler* (Basilea 1892).

periódicas. En el campo social, el Centro Alemán, con su definido programa en este punto, había de cosechar opimos frutos.

b) *En Francia, Bélgica y otros países.*—Los primeros sociólogos en Francia fueron el conde Alberto de Mun y el marqués de la Tour de Pin, a los que se deben desde 1871 los *Círculos católicos de obreros,* que pronto cundieron por todo el país. De allí salieron proyectos de leyes, que los diputados católicos presentaron al Parlamento antes de que éste se preocupase de tales cuestiones [23]. El barón de Vogelsang descollaba como director del movimiento social en Austria. En Italia, el profesor José Toniolo, de la Universidad de Pisa. En Bélgica, el P. Rutten. En Inglaterra, el cardenal Manning, cuyo influjo fué tal, que en 1889 consiguió con su presencia resolver la huelga de los cargadores del puerto de Londres [24]. En Estados Unidos, el cardenal Gibbons lleva la directiva; se funda la Asociación de Caballeros del Trabajo *(Knights of Labour),* que pronto contó con 3.000 grupos y 730.000 asociados. En España, el movimiento social católico se debe principalmente al P. Vicent, S. I., que en 1864 fundaba en Manresa el Círculo de Obreros, que había de tener tantos imitadores en la Península. Sólo él fundó hasta 114 centros católicos.

c) *Rerum Novarum.*—Y con esto llegamos a 1891, cuando León XIII publicó su inmortal encíclica *Rerum Novarum,* que ha hecho época en la historia social. Demuestra el papa que la cuestión social no debe arrastrar a la lucha de clases ni a la expoliación de los capitalistas por los obreros; la propiedad privada es de derecho natural; la industria necesita así del obrero como del patrono, del capital como del trabajo; a ambos factores se debe la producción y la ganancia. El propietario tiene sus deberes y sus derechos: justo salario, limitación de horas de trabajo, solicitud por la debilidad de la mujer y del niño, descanso dominical. Pero también el obrero tiene sus deberes y derechos: fidelidad en el trabajo, cuidado de la maquinaria, evitar huelgas perniciosas y sabotajes. El derecho de asociación es legítimo, bien asocie sólo obreros o sólo patronos, bien comprenda obreros y patronos [25].

La encíclica fué recibida con gran entusiasmo por todo el mundo aun entre los no creyentes; numerosos comentarios salieron a explicarla. Con ella el movimiento católico social recibió nuevo impulso y certeras directrices. Se fue-

[23] CALIPPE, *L'attitude sociale des catholiques français au XIXe siècle,* 2 vols. (1911-12); WEIL, *Histoire du mouvement social en France* (1852-1924).
[24] LEMIRE, *Le cardinal Manning et son action social* (1893).
[25] TIBERGHIEN, *L'encyclique «Rerum Novarum»* (1911).

ron fundando escuelas de profesiones, hasta de campesinos; escuelas de educación para el hogar, escuelas comerciales. Los obreros se iban agrupando por oficios: obreros industriales, obreros campesinos, obreros ferroviarios, empleados de diferentes oficios. Después de los círculos y sindicatos vinieron las federaciones: uniones de sindicatos femeninos de patronas y obreras, federación de uniones sindicales profesionales, confederaciones nacionales [26].

d) *Organizaciones sociales.*—Para dirigir todo este movimiento, surgieron en cada nación organismos y revistas orientadoras; en Francia surgió la *Action Populaire,* el *Secrétariat Social, Revue de l'Action Populaire, Guide Social, Année Social Internationale.* Además, para difundir estas ideas, se han venido celebrando cada año semanas sociales en una u otra región de Francia.

En Alemania florecía la *Volksverein,* o Asociación Popular, fundada por Windthorst en 1890, con su centro en Munich, de enorme actividad en la organización de sindicatos y en la propaganda.

En Italia se fundó en 1895 la *Obra de los Congresos,* que recogió en gran parte el programa de Toniolo y que por voluntad del papa agrupaba todas las asociaciones sociales de los católicos: buena prensa, conferencias populares, cajas rurales. Divisiones internas fueron causa de que Pío X disolviese esta obra en 1904. Al año siguiente el mismo pontífice instituía la *Unione Popolare,* destinada a unir los esfuerzos en la propaganda y en las iniciativas sociales. También la *Unione Economico-Sociale* ha obtenido excelentes resultados con la confederación de los bancos católicos y la institución de la *Scuola Sociale* de Bérgamo bajo el alto patronazgo de Pío X y Benedicto XV [27].

En España, la encíclica de León XIII halló la mejor acogida. Se celebraron semanas sociales, se intensificó la propaganda, impulsada generalmente por los eclesiásticos. Los sindicatos agrícolas prosperaron de una manera alentadora. Algo más rezagados y descuidados quedaban los obreros industriales. Sin embargo, se iban multiplicando los *Sindicatos católicos* de obreros, como el de Burgos, o el *Círculo Católico* de ferroviarios de Valladolid. Para la propaganda y dirección se fundó en Barcelona la *Acción Social Popular,* con su oficina central de trabajo. Más tarde se estableció la *Federación Nacional* de obreros católicos y el *Consejo Nacional.* Se creó el *Banco Popular de León XIII.* La implantación de

[26] POULET, *Histoire de l'Eglise,* II, pp. 579-586, da un escueto, pero adecuado resumen en las diversas naciones.
[27] TONIOLO, *L'unione popolare fra i cattolici d'Italia* (Florencia 1908); CT, *Manuale del propagandista cattolico* (Florencia 1911); AAS (1919), pp. 138-248 s.

círculos llevaba tal empuje, que para 1909 había en España 373 cajas rurales católicas. La Federación Nacional de Obreros Agrarios, fruto de los sindicatos agrícolas, organizados por el P. S. Nevares, podía haber sido una gran potencia, aun política. Para dirigir científicamente este movimiento fundaron los jesuítas en Madrid *Fomento Social*[28].

No hay lugar ni tiempo para dar ni una somera idea del movimiento de conjunto de la cuestión social entre los católicos. Por las líneas que anteceden, el lector podrá vislumbrar el planteamiento católico y el desarrollo inicial en casi todas las naciones católicas.

CAPÍTULO XII

Pío XII, pontífice reinante [1]

POR EL P. BERNARDINO LLORCA

La expresión más completa del desarrollo que ha experimentado la Iglesia católica en este último período, de la marcha ascendente de su prestigio y del mayor espiritualismo en toda su actuación y en su significación moral ante todo el mundo, es indudablemente el papa Pío XII, pontífice reinante. Por esto creemos lo más oportuno cerrar este volumen, y con él toda esta Historia de la Iglesia católica, con una síntesis del pontificado de Pío XII, lo cual servirá al mismo tiempo para conocer más exactamente el estado de la Iglesia católica en la actualidad.

---

[28] El gran desacierto de la dictadura de Primo de Rivera estuvo en desconocer la fuerza que le ofrecía en España la Confederación General de Agricultores y demás organismos sociales católicos, y, en vez de apoyarse en ellos, haber admitido la colaboración de los socialistas, creyendo cándidamente que podía ser una colaboración noble.

Después acá las cosas han tomado otros rumbos. Cf. *Anuario social de España* (Madrid 1941); DÍAZ DEL MORAL, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (Córdoba-Madrid 1929).

[1] FUENTES.—Véanse, ante todo, los textos oficiales de los discursos y otros documentos pontificios en *Acta Apostolicae Sedis*, desde 1939. Asimismo, las publicaciones *Pío XII. Discursos y radiomensajes de S. S. Pío XII*, 3 vols., hasta 1948 (Madrid 1946-1948). En italiano: 8 vols. (Milán 1941 s.). Para 1948 véase: *Anuario Petrus. La voz del papa Pío XII* (Barcelona 1948). En general se hallarán los documentos pontificios y otros semejantes en *Ecclesia* y otras revistas, como *Hechos y Dichos*. Para una idea de conjunto del principio de su pontificado: *Anuario social de España* (Madrid 1941); *Pío XII y los nuevos esposos* (Barcelona 1942).

I. PREPARACIÓN EXQUISITA

No podía ser más crítica la situación del mundo en los momentos en que se reunió el conclave para la elección de Pío XII. La guerra civil española se hallaba en sus postrimerías. Respirábase en toda Europa un ambiente de guerra y afilábanse las armas para la próxima conflagración universal. Esto no obstante, la Providencia ordenó las cosas de suerte que pudiera celebrarse el conclave con toda regularidad. El 2 de marzo de 1939 quedaba elegido como sucesor de Pedro el cardenal Eugenio Pacelli, secretario de Estado, quien tomó el nombre de Pío XII.

Es el hombre providencial en nuestros días. La diplomacia romana parece en él ingénita. Hombre, por otra parte, de grandes cualidades, pero sobre todo profundamente piadoso, su aspecto es venerable, sacerdotal. Llamó poderosamente la atención como nuncio en Baviera y en Berlín, donde intervino en los trámites de los concordatos. Como secretario de Estado durante los nueve últimos años de Pío XI, se puso al corriente de todos los asuntos de alguna monta, de suerte que era el más capacitado para proseguirlos con acierto. Este mismo paso por la secretaría de Estado, que se creyó le perjudicaría en su elección, pues fácilmente se producen roces con los gobiernos en tan alto puesto, contribuyó a darle más a conocer y apreciar.

También le facilita su labor el conocimiento que tiene de todo el mundo católico, pues en repetidas ocasiones se ha

---

BIBLIOGRAFÍA.—En conjunto para la actualidad: HOARE, F. R., *The Papacy aud the modern State* (Londres 1940); KELLER, A., *Christian Europe today* (Nueva York 1942); ROUSSEAU, CH., *Chronologie du conflict mondial, 1935-1945* (París 1945); ERGANG, R., *Europe in our times* (Londres 1948); ARES, R., *L'Eglise catholique et l'organisation de la société internationale contemporaine, 1939-1949* (Montreal 1949).

Asimismo: WALTER, O., *Pío XII. Su vida, su personalidad*, trad. de J. MUNERA (Barcelona 1942); VENEZIANI, L., *Pie XII* (Pisa 1942); VIVIANI, CONTRERAS, *Pío XII y la guerra*, 2.ª ed. (Barcelona 1943); BENDISCIOLI, M., *La política de la Santa Sede. Directrices, órganos, realizaciones* (Barcelona 1943); LANCELLOTI, A., *Mundo vaticano*, trad. de J. G. DE LUACES (Barcelona 1943); GONELLA, G., *Presuppositi di un ordine internazionale. Note ai messaggi di S. S. Pio XII* (Ciudad del Vaticano 1942); LUIS, R. DE, *El Vaticano, cátedra de paz* (Madrid 1945); ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA, *Su Santidad Pío XII y el mundo intelectual* (San Sebastián 1945); BONET, A., *El catolicismo y la cultura frente a los nuevos tiempos* (Barcelona 1945); BUONAIUTI, E., *Pío XII* (Roma 1946); FERNESOLE, P., *Sa Sainteté Pie XII et la paix du monde* (París 1947); BARCELLINI, P., *Il pastore angelico: Pio XII* (Florencia 1948); VERVOORT, C., *Pius XII signum in bonum* (Amberes 1946).

puesto en contacto aun personal con todo el mundo en sus repetidas legaciones: en 1934 asistió en Buenos Aires al Congreso Eucarístico Internacional; más tarde fué enviado a Lourdes en el 75 aniversario de las apariciones, y a Lisieux para la inauguración de la nueva basílica; después fué a los Estados Unidos para entrevistarse con el presidente; por fin, en 1938, presidió el Congreso Eucarístico de Budapest. En su viaje a Buenos Aires en 1934, estuvo en Barcelona, en días bien calamitosos para España.

Su programa queda expuesto en su primera encíclica, del 20 de octubre de 1939, *Summi Pontificatus,* en que habla del reinado de Cristo y los deberes que este reinado impone a la sociedad [2].

II. Pío XII y la guerra mundial: 1939-1945

1. **Esfuerzos del papa por la paz.**—La guerra mundial, que en sus cinco años y medio de duración ha llenado de escombros y de sangre toda la tierra, dió ocasión a Pío XII para que desplegara una actividad sólo comparable con la de Benedicto XV en la anterior conflagración. Su primera manifestación fueron los esfuerzos realizados desde el principio para evitar la horrenda catástrofe y luego para conseguir que los beligerantes depusieran las armas. Además, su empeño constante fué encaminado a disminuir en lo posible los horrores de la guerra más sangrienta que registra la Historia, y, una vez terminada ésta, para obtener la pacificación de los espíritus y la cesación de los odios internacionales.

Ni aun en nuestros días, durante los últimos años, 1949-1951, pierde nunca de vista este objetivo fundamental de su actuación. Justamente tomó como lema de su gobierno *Opus iustitiae pax,* con lo que ha quedado bien justificado su nombre Pacelli. Son conmovedoras las palabras que dirigía a los gobiernos y a los pueblos en su llamamiento del 24 de agosto de 1939: "Escúchennos—decía—los fuertes para no volverse débiles en la justicia; escúchennos los poderosos, si quieren que su potencia no sea destrucción, sino socorro para los pueblos y tutela de la tranquilidad en el orden y en el trabajo".

Inútiles resultaron los esfuerzos del papa por evitar este tremendo choque. El 31 de agosto de 1939 se dirigía a los gobiernos de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Polonia, suplicándoles arreglasen pacíficamente sus diferencias.

[2] El texto puede verse en: AAS, 31 (1939), p. 413 s.; «Raz. y Fe», 118 (1939) y 119 (1940); «An. Soc.», 59 s.

Desde entonces, repetidas veces se esforzó por obtener la paz, proponiendo bases de arreglo y avenencia. Mas todo fué inútil. La guerra estalló con todos sus horrores, extendiendo por todo el mundo y sembrando por doquier la desolación y la muerte. El cañón y el carro de asalto y los miles de bombarderos y los submarinos cosechaban abundante mies de ruinas, miseria y destrucción.

2. **Su actuación en plena guerra.**—Ya su primera encíclica, *Summi Pontificatus,* se hizo eco de la profunda consternación que experimentaba ante el giro que iba tomando la tremenda catástrofe. Poseído de estos sentimientos de profunda pena y conmiseración de padre que ve la ruina y los sufrimientos indecibles de tantos hijos, Pío XII en lo sucesivo trabaja con todo empeño por suavizar los efectos de una guerra tan encarnizada y destructora y, si es posible, obtener la paz.

No hay ocasión más o menos oportuna, no hay alocución algo solemne, que no aproveche Pío XII para hablar de la paz: en este particular le presta excelentes servicios la Radio Vaticana; por su medio la voz del papa recorre el mundo en unos instantes. En tres ocasiones más notables expuso con detalle sus ideas respecto a una justa paz en un sistema de principios bien pensados y razonados. Pero los ánimos no estaban dispuestos para oír al Vicario del Príncipe de la paz, al Doctor del mundo.

En la alocución dirigida al Colegio Cardenalicio en 24 de diciembre de 1939, como mensaje natalicio, proponía las cinco condiciones fundamentales para una paz justa [3]. Más explícitamente insiste en las mismas ideas en los radiomensajes de Navidad que dirigió al mundo entero el 24 de diciembre en el primero, segundo, tercero, cuarto y quinto años de guerra. Su voz es cada vez más expresiva. Su palabra sale cada año más ardiente. Su corazón acude a toda clase de argumentaciones [4].

Semejantes llamamientos a la paz dirigió Pío XII cada año con ocasión del aniversario del principio de la guerra. Son célebres de un modo especial los radiomensajes del 1.° de septiembre de 1943 y 1944, al cumplirse el cuarto y el quinto años del mortífero conflicto. En ellos, ante las perspectivas más o menos próximas de una paz futura, insiste Pío XII en las normas que deben regirla, fundadas en la justicia y equidad.

Muy significativo fué el mensaje del 1.° de septiembre de 1944, que terminaba con estas vibrantes palabras: "El

[3] Véase AAS, 31 (1939), 333 s.; «Raz. y Fe», 118 (1939), 239 s.

[4] Puede verse la alocución navideña de 1940 en «Raz. y Fe», 122 (1941), 165 s.

alma de una paz digna de este nombre, su espíritu vivificador, no puede ser sino uno solo: la justicia que, con medida imparcial, da a cada uno lo suyo y a todos exige aquello a que todos están obligados, justicia que no da todo a todos, pero que a todos da amor y a ninguno hace agravio; justicia que es hija de la verdad y madre de libertad sana y de grandeza segura" [5].

Este mismo esfuerzo por manifestar sus ansias de paz y por suavizar los efectos de la guerra lo realizó con ocasión de las alocuciones dirigidas a los embajadores o representantes de las potencias beligerantes en la presentación de sus credenciales, o bien cuando dirigía la palabra a grandes multitudes. Diríamos que este tema constituía su obsesión. Tal fué, por ejemplo, la alocución dirigida el 13 de julio de 1944 a una masa de 20.000 obreros.

Pero la voz del papa resonaba en el vacío. Los hombres que tenían en sus manos los destinos del mundo, no escuchaban al mensajero de la paz. Por eso Pío XII acudió de un modo especial a la oración, pero no una oración privada, sino en masa y poniendo en movimiento a toda la cristiandad. En varias ocasiones, en efecto, Pío XII prescribió y organizó cruzadas especiales con este objeto. El año 1940 impuso para el mes de mayo una cruzada de oraciones de los niños; el día 24 de noviembre impuso un día de oración por la paz a todo el mundo, prescribiendo a todos los sacerdotes ofrecieran la santa misa por esa intención. El 15 de abril de 1942 dirigía una carta a su secretario de Estado, cardenal Maglione, ordenando preces especiales, y en particular otra cruzada de oraciones de niños para el mes de mayo [6]. Ese mismo año, el 13 de mayo, con ocasión del 25 aniversario de su consagración episcopal, que con tanto cariño celebró todo el mundo, y en especial España, en su mensaje radiofónico expresó su solicitud y sus angustias paternales por los horrores de la guerra y por las miserias que afligen a la humanidad. Terminaba exhortando a los hombres de Estado a que se esforzasen por hacer pronto una paz digna.

Todos estos sentimientos, de ansia vehemente y de honda preocupación por la verdadera concordia de los pueblos, aparecieron de un modo especialísimo al aproximarse el término de la guerra y al declararse el 7 de mayo de 1945 la rendición incondicional de Alemania, seguida meses después de la del Japón.

Efectivamente, el día 9 dirigía el romano pontífice al mundo entero un radiomensaje de paz. En él se congratula de la paz obtenida, pero al mismo tiempo lanza su voz de alerta para que se trabaje intensamente con el fin de que esta paz sea verdadera y esté fundada en la concordia y justicia. "La guerra—decía—ha suscitado en todas partes discordia, desconfianza y odio. Si, por lo tanto, el mundo quiere recuperar la paz, es menester que desaparezca la mentira y el rencor, y en su lugar dominen soberanas la verdad y la caridad..." Y termina: "El Señor se digne despertar este nuevo espíritu en los pueblos, especialmente en los corazones de aquellos a quienes está confiado el trabajo de restablecer la futura paz" [7].

[5] Véase en AAS, 36 (1944), 249 s.; «Raz. y Fe», 130 (1944), 320 s.
[6] «L'Osservat. Romano», 19 abril 1942.

Finalmente, el 2 de junio, respondiendo al saludo del Colegio Cardenalicio en la fiesta de San Eugenio, vuelve a insistir en la necesidad que siente todo el mundo de una verdadera paz [8]. De nuevo el 2 de junio de 1947 expone con grave acento la situación extrema de los diversos problemas de la actualidad.

Tal es el verdadero pensamiento del papa Pío XII, y no otra cosa ha expresado constantemente, desde que terminaron las hostilidades hasta nuestros días, en cuantas ocasiones se han ofrecido. La paz, de hecho, no ha llegado todavía. Las turbulencias, los odios y el apasionamiento siguen produciendo los efectos más desastrosos y son una amenaza constante de esa paz que anhela el romano pontífice.

3. Caridad del papa durante la guerra.—Mas si son dignos de ser notados los esfuerzos del papa por obtener la paz, aun después de terminadas las hostilidades y estando depuestas las armas, no lo es menos la caridad verdaderamente ejemplar y aun heroica que ejercitó durante toda la guerra y siguió practicando después de ella. Esta caridad del papa se manifestó desde un principio de un modo especial con los prisioneros. Para ayudarles con más eficacia, organizó una oficina de información, de la cual eran corresponsales los delegados apostólicos, que en sus múltiples secciones prestó incalculables servicios. Baste decir que ya en 1942 había conseguido saber el paradero de más de 30.000 prófugos o prisioneros, y que recibía y despachaba 3.000 consultas diarias. Entre ellos, dedicaba el papa especial atención a los prisioneros sacerdotes. La misma caridad mostró Pío XII promoviendo grandes colectas nacionales. Una de las manifestaciones más significativas y conmovedoras de esta caridad del papa se produjo durante el verano de 1943, al ser bombardeada la ciudad de Roma. El mismo Pío XII, desafiando toda clase de peligros, visitó personalmente los escombros y ruinas, prodigando toda clase de consuelos a las víctimas.

Sin embargo, no hay que pensar que, una vez terminada

[7] AAS, 37 (1945), 129 s.
[8] Ib., 159 s.

la guerra, pusiera término el papa a su obra bienhechora. El problema de los prisioneros seguía en pie. Por eso Pío XII siguió manifestando su preocupación y angustia en los tonos más enérgicos. A tan palpitante problema se refirió de un modo especial en el radiomensaje de Navidad de 1945 y en el discurso dirigido al Cuerpo diplomático en febrero de 1946; pero en donde dejó entrever toda la amargura de su corazón de padre ante la tragedia que tienen que vivir todavía estos millones de seres humanos fué en la alocución del día 2 de junio de 1946, al responder al saludo que le había dirigido el Colegio Cardenalicio en su fiesta onomástica.

En la caridad y beneficencia propiamente tal, hiciéronse célebres los convoyes de víveres y medicamentos organizados por la comisión pontificia, que llevaban pan y medicina, consuelo y alegría a innumerables corazones. Naturalmente, Italia, como más próxima al Santo Padre, y la ciudad de Roma, pudieron participar de un modo particularísimo de estos tesoros inagotables de la caridad pontificia.

Pero si para todos fué tan pródigo Pío XII y mostró tan de veras su corazón de padre, es digna de especial mención su paternal solicitud para con los niños víctimas de la guerra. En multitud de ocasiones ha ordenado colectas especiales para ellos y ha promovido toda clase de iniciativas encaminadas a aliviar sus sufrimientos. Así, en las Navidades de 1944 reunió a más de 2.000 niños en la Universidad Gregoriana y les repartió ricos aguinaldos. Mucho más significativo fué el acto celebrado el 28 de octubre de 1945, recibiendo en audiencia en los amplios salones del Vaticano a varios millares de niños, recogidos de las calles y suburbios de Roma. Mas, como la miseria de los niños, en vez de disminuir después del fin de la guerra, más bien iba en aumento durante los años siguientes, el 26 de enero de 1946 reunió el Padre Santo en la basílica de San Pedro a más de 50.000 niños, a quienes abrió de par en par su corazón de padre, dirigiéndoles palabras de ternura.

Más aún: apenado su corazón por los sufrimientos y el hambre de tantos millones de pequeñuelos de todo el mundo y deseoso de hacerles llegar un socorro eficaz y abundante, el 19 de febrero de 1947 dirigió un radiomensaje a todos los niños católicos de los Estados Unidos, implorando su generosidad y sacrificios. El resultado fué verdaderamente consolador.

No hay duda, pues, de que la caridad paternal de Pío XII es uno de los hechos más universalmente reconocidos en estos años de tantas miserias. Y, sin embargo, precisamente por los años 1945-1948, se intensificó una campaña de matiz abiertamente comunista, que trataba de denigrar al papa por su impasividad frente a los sufrimientos del mundo y

aun de contribuir a las divisiones y discordias de los hombres. Son bien conocidos los esfuerzos de los periódicos italianos *Don Basilio, Il Pollo* y otros semejantes, así como también de las agencias soviéticas a las que ellos servían, por torcer tendenciosamente las intenciones del romano pontífice y, en frase del mismo papa, por "manchar de ignominia y cubrir de fango el rostro sagrado de Roma". El precioso radiomensaje de Pío XII en las Navidades de 1946, tan lleno de los más elevados sentimientos, fué la mejor respuesta a tan turbios manejos [9]. Para contrarrestar tamaños infundios y limpiar la atmósfera de tan pestilentes miasmas, la revista *Ecclesia*, en su número del 8 de febrero de 1947, presentó una preciosa síntesis de las obras de caridad del papa. He aquí los datos fundamentales:

El centro de información transmitió en conjunto más de nueve millones de mensajes. Mientras duró la ocupación alemana, el autoparque "Ciudad del Vaticano" suministró en Roma diez millones de kilos de harina. Realizáronse 77.000 repatriaciones; en la Epifanía de 1946 se repartieron paquetes a cerca de 72.000 enfermos y prófugos, con un valor de 67 millones de liras. Este número subió a 250.000 paquetes en la Epifanía de 1947. Particular atención dedicó el papa a los niños. Por su iniciativa y sus medios económicos se montaron cerca de mil colonias infantiles, donde se recogió a unos 250.000 niños. Igualmente organizáronse colonias dominicales con cabida para 256.000 niños. En la asistencia de personas necesitadas, hospitales, clínicas y enfermos a domicilio se han gastado unos diez millones de kilos de víveres y 2.400 millones de liras. Los comedores pontificios repartieron 72 millones de comidas. En la asistencia a pobres se han gastado más de mil millones de liras. La asistencia sanitaria ha prestado su ayuda a más de medio millón de personas.

III. Diversas actividades eclesiásticas de Pío XII

Aparte esta actuación, que constituyó su preocupación más intensa durante los primeros años de su pontificado y continúa preocupándole hasta el día de hoy, Pío XII ha desarrollado desde un principio una actividad eclesiástica verdaderamente prodigiosa. No ha dejado desatendido ningún campo de la vida religiosa, eclesiástica o cultural, donde hiciera falta su actuación como vicario de Cristo, como mecenas o como impulsor de iniciativas. Con razón se ha podido

[9] En general pueden verse los radiomensajes y otras alocuciones solemnes del papa en los números de «Ecclesia», que siguen a los hechos.

decir que Pío XII es un papa universal, que lo abarca todo con una comprensión admirable. Recorramos brevemente los principales campos de su actuación.

1. **La cuestión social.**—Ya se ha visto cuán íntimamente sentía Pío XII las necesidades del pueblo cristiano. No es, pues, de maravillar que una de sus principales actividades haya sido la continuación de la obra social, iniciada con tanta elevación y éxito por León XIII y continuada con tan enérgico tesón por Pío XI. Por esto, Pío XII merece cumplidamente el título de *Papa de los obreros*.

En este punto y con el fin de ayudar al obrero y resolver de algún modo la cuestión social, ha realizado obras trascendentales. Básica desde este punto de vista fué, en primer lugar, la alocución mundial en Pentecostés de 1941, con ocasión del primer cincuentenario de la célebre encíclica de León XIII *Rerum Novarum*, sobre la cuestión obrera [10]. Ya su predecesor Pío XI había conmemorado solemnemente el año 40 de su publicación, con su documento fundamental *Quadragesimo anno*. De este modo Pío XII entraba de lleno desde un principio en el campo de las reivindicaciones sociales. Desde este momento, junto con los documentos indicados de León XIII y Pío XI, la alocución de Pío XII constituye la *Carta magna* del Pontificado sobre la llamada cuestión social.

Como complemento, o mejor dicho, como aplicación práctica de los principios establecidos en estos documentos sobre la doctrina social de la Iglesia puede considerarse el discurso dirigido por Pío XII en Pentecostés de 1943 a 25.000 obreros, reunidos en audiencia pontificia [11]. La Iglesia, dijo el papa, es la defensora y propugnadora de las justas aspiraciones del pueblo trabajador. Pero al mismo tiempo los previene contra el "peligro de dejarse llevar por el espejismo de especiosas y vanas teorías y visiones de bienestar futuro". Juntamente reprueba con su autorizada palabra toda clase de injusticias.

Sus ideas obreristas en favor de la dignidad y de los derechos del trabajador las ha expresado Pío XII en infinidad de ocasiones, no sólo cuando se dirige a los obreros y empleados de toda clase de oficios u ocupaciones sociales, sino también, y de un modo especial, cuando se halla en presencia del elemento patronal, que es el que decide en último término la posición del obrero. Sería fácil recoger aquí multitud de discursos y variedad de manifestaciones pontificias con ocasión de sus innumerables audiencias o escritos programáticos. He aquí solamente algunas muestras.

[10] AAS, 33 (1941), 227 s.; «Raz. y Fe», 123 (1941), 32 s.
[11] AAS, 35 (1943), 171 s.; «Raz. y Fe», 128 (1943), 322 s.

A este tipo de alocuciones sociales pertenece en primer lugar el precioso discurso dirigido por el papa a las asociaciones cristianas de trabajadores y trabajadoras el 11 de marzo de 1945, donde establece las condiciones de la asociación cristiana y expone varios puntos de primordial importancia acerca de sus relaciones con otras organizaciones y sobre todo frente a las reivindicaciones obreras y a la nacionalización de las empresas o democratización de la economía. Semejantes principios propone Pío XII en otro importante discurso, el 15 de agosto del mismo año, a una masa de 6.000 obreras italianas, donde se preocupa de un modo particular de las relaciones de las trabajadoras en el seno de la familia cristiana y en la vida pública. En estos mismos puntos fundamentales insiste de nuevo en su alocución del 30 de junio de 1946 a un grupo de obreros italianos.

Finalmente, para citar todavía unos pocos ejemplos básicos, fué de gran trascendencia el discurso del 24 de enero de 1946, dirigido a un grupo de patronos y obreros del ramo de la electricidad, donde establece en presencia de los patronos los fundamentos de sus deberes sociales. De mucha significación en este sentido fué igualmente el discurso pronunciado en el congreso de hombres de Acción Católica con ocasión del 25 aniversario de esta asociación; Pío XII propugna una distribución más justa de las riquezas y una intensa colaboración de las fuerzas católicas. Semejantes ideas propone y defiende con su acostumbrado entusiasmo en el discurso dirigido a las asociaciones católicas de trabajadores italianos el 29 de junio de 1948, en el radiomensaje dirigido al movimiento obrero de Bélgica el 11 de septiembre de 1949 y en varias ocasiones semejantes en 1951.

Intimamente relacionado con esto está el interés y predilección que muestra el papa por la familia. Una de sus manifestaciones más simpáticas es su empeño por mantener la costumbre iniciada por Pío XI de recibir frecuentemente en audiencia a los recién casados. Las alocuciones que con esta ocasión les dirige, debidamente editadas en diferentes lenguas, forman un precioso ramillete para las familias cristianas. En ellas pueden ver los esposos cristianos los principios fundamentales que deben regular su vida matrimonial y aprender la debida estima de su estado y de los deberes que éste les impone. Este tema de la familia cristiana lo ha tocado Pío XII en algunos documentos suyos particularmente importantes. Así, por ejemplo, en el célebre discurso sobre la cuestión obrera de 1941, y sobre todo en la encíclica *Summi Pontificatus*, de 1939, donde presenta la misión social de la familia en la sociedad, y en el discurso pronunciado con ocasión de la creación de los 32 nuevos cardenales en

febrero de 1946, donde habla de la familia como columna de la vida social [12].

Tomando un carácter más amplio, la obra social de Pío XII se dirige igualmente a las diferentes profesiones y muestra particular interés por ellas, por lo cual aprovecha todas las ocasiones que se le presentan. Sería interminable hacer aquí un recuento de los diferentes grupos de técnicos de todas las profesiones, industriales, periodistas, empleados de la radio, y aun pasando más adelante, especialistas de todas clases, médicos, biólogos, abogados y aun diputados y senadores, deportistas y alpinistas, que han sido recibidos en audiencia por el papa. A todos sabe dirigirles su palabra paternal e inculcarles sus deberes profesionales.

Citemos solamente algunos ejemplos. Tales son: la alocución dirigida el 14 de julio de 1945 a los miembros de la industria cinematográfica americana, reunidos en torno suyo. Por tratarse aquí de patronos, y, por así decirlo, de los magnates de esta industria, que tanto influjo ejerce en la moralidad y en la vida toda de los tiempos presentes, el papa los alienta a emprender una campaña valiente y eficaz de moralización de la pantalla. Pocos días después, el 21 de julio, recibió Su Santidad a varios representantes de organizaciones periodísticas y radiofónicas de los Estados Unidos y les inculcó con palabra elocuente sus deberes profesionales.

El mismo objeto pretende en sus audiencias y discursos a entidades intelectuales y asociaciones de maestros. De importancia trascendental y como documento básico y programático debe ser considerado en este sentido el discurso que Pío XII dirigió el 4 de noviembre de 1945 a la Asociación de Maestros Católicos. Con su palabra autorizada insiste el papa en la importancia de la primera educación del niño en la vida de un pueblo; en la alta misión de los maestros como delegados y representantes de los padres en la educación de los hijos; en la dificultad de esta labor de educación, muchas veces dura y difícil; finalmente, propone con entusiasmo el ideal del educador, verdadero aliciente para la carrera de la enseñanza.

En realidad, Pío XII no deja desatendida ninguna profesión, y se da el caso de los motoristas italianos, que en 1945 y otra vez en 1950 son recibidos en audiencia en uno de los amplios patios del Vaticano y reciben al romano pontífice con un nuevo y modernísimo género de aplauso, con el estrépito ensordecedor de sus motores. Por otra parte, el 23 de agosto de 1945 recibe y dirige palabras de aliento a los alumnos de la Escuela Técnica de Roma; el 6 de enero de 1946, a los universitarios católicos, y otra vez en abril de 1947

[12] AAS, 38 (1946), 141 s.

a 1.500 universitarios franceses; el 31 de mayo siguiente, a los representantes de la Cruz Roja Americana, y repetidas veces a grupos semejantes en 1948-51. Más aún: para que no falte la intervención del papa en los momentos en que hace falta la participación del hombre en la vida social, lo vemos el 12 de mayo de 1946 dirigirse a las mujeres de Roma, inculcándoles la gravedad del deber de votar.

El punto culminante de este interés y participación de Pío XII en todos los problemas sociales lo constituye su intensa colaboración en las semanas, cursillos y congresos de carácter social. Baste citar, a manera de ejemplos, la carta dirigida a la Semana Social de Florencia en 1945; otra enviada el mismo año al presidente de las Semanas Sociales de Francia. El papa, como maestro de la verdad, establece los principios por los que deben regirse este género de asambleas y la vida social, por ellas fomentada. Muy significativas son: la carta enviada al P. José Archambault, S. I., en septiembre de 1946, y luego en 1949, con ocasión de la Semana Social celebrada en el Canadá [13]; la dirigida en julio de 1947 a la 34 Semana Social de Francia; otra a la Semana Social del Canadá en su 26.ª reunión, y el discurso pronunciado por el papa con ocasión del Congreso de Estudios Sociales en mayo de 1950 [14].

2. **El papa y las misiones.**—Como en las cuestiones sociales, así también Pío XII fué digno continuador de Pío XI en su entusiasmo y actividad por las misiones. Por esto puede ser designado con pleno derecho como "Papa misionero". Ya desde el principio declaraba a manera de programa: "La expansión de las misiones es proporcionada a la propaganda que se haga en su beneficio". Y en otra ocasión insistía en su tema diciendo: "No nos evitaremos ninguna fatiga con tal que la gloria de la religión católica resplandezca también en los países más lejanos y la cruz extienda sus brazos sobre las regiones más apartadas del mundo". Bien necesario ha sido su temple de acero para llevar a la práctica estos principios durante estos últimos años, incluso del 1949 a 1951, en que tantos trastornos y tantas catástrofes están cayendo sobre las misiones de China, Corea, etc.

Ya en los Congresos Eucarísticos de Argel y Beirut pudo observarse la expectación que todos tenían puesta en el nuevo papa. Por lo mismo, el domingo de las Misiones, el *Domund,* del primer año de su pontificado, y los siguientes hasta 1950, han revestido una significación cada vez mayor. Por esto, y para encarecer su gran importancia, el 2 de octubre de 1939 consagró personalmente a doce obispos des-

[13] «Ecclesia», 1949, II, 453 s.
[14] «Ecclesia», 1950, I, 649 s.

tinados a las misiones, pronunciando con esta ocasión una preciosa homilía. El 7 de marzo de 1940, junto con el concordato, concluyó asimismo con Portugal un convenio referente a las misiones; y el 13 de junio de 1940, al dirigirse al clero y pueblo portugueses con ocasión del doble centenario de su independencia, inculcó de nuevo el trabajo misional [15]. De un carácter más general y significativo fué la circular de la Sagrada Congregación de Ritos del 9 de junio de 1939, sobre el respeto debido a las instituciones nacionales de los paganos, con lo que se dirimían cuestiones sumamente debatidas [16].

Más aún: uno de los puntos culminantes del pontificado moderno en favor de las misiones es el acto de Pío XII al admitir en el Colegio Cardenalicio a un cardenal chino, P. Tomás Tien, representante del Asia; a un armenio, representante del Africa, y a un australiano, representante de Oceanía. Más aún: posteriormente, en junio del mismo año 1946, completó la jerarquía católica en todo el territorio de la China nombrando primado de ella al nuevo cardenal, con su sede en la capital. De momento, le otorgó el generalísimo la más decidida protección. Es verdad que los acontecimientos de 1949-1950 han cambiado substancialmente la situación; pero en todo caso la Iglesia china tiene con esto una firme organización y se halla mejor dispuesta a hacer frente a las dificultades que el tiempo le depara.

Como manifestación particular del espíritu misionero del papa deben ser consideradas sus insistentes intervenciones en la llamada *cuestión oriental*, es decir, sus relaciones con la Iglesia cismática oriental y los conatos de unión, así como también la protección de las Iglesias católicas unidas del Oriente. En efecto, ya en 1942, al consagrar el mundo entero al Corazón Inmaculado de María, Pío XII incluía una plegaria especial por las Iglesias orientales. En la preciosa encíclica sobre el *Cuerpo Místico de Cristo*, del 29 de junio de 1943, emplea repetidas alusiones a un problema tan palpitante, con lo que indica claramente el sumo interés que le merece [17].

Mas no bastaban estas plegarias o alusiones más o menos apretadas e insistentes. Pío XII quiso dedicar a tan importante problema una encíclica, que lo plantea y resuelve en toda su amplitud. Para ello aprovechó la ocasión del décimoquinto centenario de la muerte de San Cirilo de Alejandría, y así, el 9 de abril de 1944 publicó la encíclica *Orientalis Ecclesiae*, que tiene por tema "La vuelta de los disidentes a la unidad de la Iglesia" [18]. Para ello renueva la disposición de Pío XI de que se celebre el Día de Oriente en todos los seminarios y colegios donde se forma la juventud, y ordena que se multipliquen las oraciones y se promueva por todos los medios posibles tan deseada unión. Como modelo y juntamente protector en esta campaña por la unión propone el papa a San Cirilo, uno de los mejores exponentes de la Iglesia oriental, sumamente estimado por los ortodoxos y los católicos.

[15] AAS, 32 (1940), 249 s.; «An. Soc.», 75 s.
[16] AAS, 31 (1939).
[17] AAS, 35 (1943), 193 s.

De grande importancia para la unión de las Iglesias y para el fomento de las Iglesias orientales es un segundo documento publicado posteriormente por Pío XII, la encíclica *Orientales omnes*, del 23 de diciembre de 1945, con ocasión del 350 aniversario de la vuelta de la Iglesia rutena a la unidad con Roma [19]. Lo mismo significaban algunas disposiciones recientes de 1949 y 1950 de la Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental, particularmente el motu proprio de 1950 sobre las causas canónicas de los orientales.

Por lo demás, el interés del romano pontífice por las misiones se ha manifestado en el apoyo constante de todos los esfuerzos en favor de las instituciones y obras misioneras. Un ejemplo típico nos lo ofrece el mensaje dirigido por el papa en agosto de 1946 a los obispos y ordinarios del Japón, alentándolos al trabajo de reconstrucción y reorganización de los territorios misionales. Del inmenso trabajo misional que se realiza en la actualidad nos dan una muestra las diferentes exposiciones organizadas durante estos últimos años, pero sobre todo las presentadas en Roma con ocasión del Año Santo 1950. Como resultado concreto del esfuerzo misionero realizado desde el comienzo de su pontificado, basten estos dos datos, tomados de las estadísticas oficiales de este año 1950 [20].

En 1939: el número total de misiones era de 534; el número de católicos en ellas, 22.770.000.

En 1951: el número de misiones es de 596; el número de católicos, de 28.945.000.

3. Clero secular, Ordenes y Congregaciones religiosas.—Como fácilmente se comprende, Pío XII, que tanto se caracteriza por su eximia piedad, profunda vida eclesiástica y elevado ascetismo, ha dedicado una atención particularísima al cultivo de todo lo que significa y fomenta la piedad y el espíritu religioso en el seno de la Iglesia. Por esto podría ser designado como uno de los grandes papas reformadores, del temple de un Gregorio VII y de un Pío V. En este sentido,

[18] AAS, 36 (1944), 129 s.; «Hechos y Dichos» (1945), 49 s.
[19] «Ecclesia» (1946), II; AAS, 38 (1946), 33 s.
[20] Véase *Le missioni cattoliche dipendenti dalla Sacra Congregazione de Propaganda Fide* (Roma 1950).

su mirada es amplia y comprensiva, procurando intensificar en todas las formas posibles todo lo que puede contribuir al mejoramiento de las costumbres y a la elevación de los principios y moral cristiana.

Este trabajo de santificación y perfeccionamiento moral de la Iglesia lo ha fomentado en primer término, como es natural, en el clero, tanto secular como regular, y juntamente a ellos ha dedicado el papa un especialísimo interés y particular atención. El interés especial del papa en la formación, mejoramiento y santificación del clero secular, así como también en el robustecimiento de la jerarquía eclesiástica, lo ha manifestado en toda su actuación. Dejando a un lado la multiplicación de seminarios, facultades eclesiásticas, nuevas diócesis, creación de cardenales de multitud de naciones que no habían tenido nunca esta distinción, notemos particularmente los actos pontificios encaminados a promover el espíritu interior, la piedad y la formación intelectual del clero secular. Gran parte de sus documentos doctrinales, particularmente la gran encíclica *Mystici Corporis,* tienen principalmente este objeto. Al mismo fin van encaminadas sus disposiciones referentes a la organización y fomento de los estudios eclesiásticos, sobre todo de la Sagrada Escritura. Pero de un modo particular ha fomentado y recomendado constantemente los ejercicios espirituales al clero, siguiendo en esto el ejemplo de su predecesor, Pío XI.

Del mismo modo ha fomentado el verdadero espíritu en las diversas Ordenes y Congregaciones religiosas. Para ello aprovecha sistemáticamente las circunstancias particulares que le ofrecen los jubileos, capítulos o acontecimientos notables de las mismas, para manifestarles sus más íntimos deseos y alentarlos a la perfección intelectual y religiosa.

Véanse algunos de estos actos pontificios, en los que aparece juntamente el gran interés del papa por los diversos institutos religiosos y el empeño por contribuir a su perfeccionamiento.

Tal fué, en primer lugar, la participación directa que Pío XII quiso tomar en el cuarto centenario de su fundación, que celebró la Compañía de Jesús en 1940 [21]. Para ello, el 6 de julio dirigió una epístola apostólica al R. P. Ledokowski, prepósito general de la misma. Estas muestras de benevolencia a la Compañía de Jesús volvió a darlas Pío XII al reunirse ésta en congregación general en septiembre de 1946. En efecto, al presentarse el recién elegido general, R. P. Bautista Janssens, Pío XII, en un cariñoso discurso, hizo el más significativo recuento de las actividades de la

[21] AAS, 32 (1940), 289 s.; «Raz. y Fe», 121 (1940), 166 s.

Compañía de Jesús y dió luego a los Padres reunidos los más atinados consejos.

Del mismo modo, Pío XII mostró especial benevolencia a la gran familia de los padres dominicos cuando en septiembre de 1946 dirigió al nuevo general, P. Manuel Suárez, y a los capitulares que la acompañaban, un precioso discurso. Basándose, en efecto, en unas palabras de sus constituciones, elogia a los Padres Predicadores como defensores de la paz, amigos de la ciencia y celosos de la predicación, a lo que añade luego el elogio más cumplido de Santo Tomás, como maestro de todos los tiempos, y de un modo especial de los nuestros.

No fué menos expresivo el romano pontífice reinante con la benemérita Orden benedictina al recurrir en 1943 el décimocuarto centenario de la muerte de su fundador. A esto mismo pertenece la carta de Pío XII dirigida en 1950 al general de los padres carmelitas con ocasión del séptimo próximo centenario (1251-1951) del Escapulario del Carmen [22]. Asimismo, en 1948, con ocasión de las fiestas centenarias de San José de Calasanz, envió una cariñosa carta al prepósito general de las Escuelas Pías [23]. En realidad, no deja pasar el papa ninguna ocasión propicia para mostrar su particular benevolencia a las beneméritas Ordenes religiosas.

4. **Acción Católica, Congregaciones marianas y otras asociaciones piadosas.**—Ensanchando más el campo de la protección y fomento de la vida religiosa y espíritu católico dentro de la Iglesia, Pío XII ha cultivado y alentado en todas las formas posibles las grandes devociones e instrumentos de la piedad y las asociaciones destinadas a colaborar con la jerarquía y a fomentar la vida católica del pueblo cristiano. Como instrumentos particulares y aptísimos para el cultivo de la piedad cristiana, ha fomentado en la forma más intensa la práctica de los ejercicios espirituales, tanto para el clero secular y regular como para los mismos seglares. De este modo, los ejercicios espirituales se han convertido en uno de los medios más eficaces de nuestros días para la renovación de la sociedad, particularmente de los dirigentes y personas de más arraigo cristiano. Con idéntico objetivo son fomentadas la devoción al Sagrado Corazón y las grandes devociones a Jesucristo, a la Eucaristía y a la Santísima Virgen. Pío XII aparece como el gran papa mariano, que ha consagrado el mundo al Corazón Inmaculado de María y ha proclamado el 1.° de noviembre de 1950 el dogma de la Asunción.

Pero de un modo particular ha utilizado las grandes aso-

[22] «Ecclesia» (1950), I, 397 s.
[23] «Ecclesia» (1948), II, 201 s.; AAS, 40 (1948), 369 s.

ciaciones de la Acción Católica y las Congregaciones marianas, así como también el Apostolado de la Oración y algunas otras, para sus fines apostólicos y para la regeneración de la vida cristiana. Ante todo, como íntimo conocedor y colaborador de Pío XI, que había sido el creador y organizador de la *Acción Católica,* Pío XII aprovechó desde el principio todas las ocasiones que se le ofrecieron para afianzarla y robustecerla. Citemos algunos ejemplos: así, en la carta-encíclica a los obispos de Estados Unidos de noviembre de 1939 [24], les recomienda la Acción Católica como excelente instrumento de la jerarquía; en otra encíclica al episcopado portugués presenta como objetivo especial de la Acción Católica su colaboración en las misiones [25]. En los años siguientes vemos al papa dirigir constantemente alocuciones a diferentes grupos o grandes masas de Acción Católica. Así, en la clausura del Congreso de Acción Católica italiana, en mayo de 1945; en junio de 1946, en su alocución a las juventudes de Acción Católica italiana; y más recientemente, en 1949, en un discurso dirigido a la Acción Católica italiana [26], y, sobre todo, al episcopado italiano urgiendo la implantación de las cuatro ramas de Acción Católica. En todos estos documentos, el papa expresa su pensamiento y las esperanzas que pone en la Acción Católica.

En consonancia con estas ansias pontificias de estimular a los elementos seglares a una intensa vida cristiana y apostólica dentro de la Iglesia, está el empeño de Pío XII en recomendar y alentar constantemente a las *Congregaciones marianas.* Más aún: con el objeto de resolver de raíz posibles discusiones y evitar enojosas y estériles emulaciones, ha tenido particular interés en documentos recientes en equipararlas por completo a la Acción Católica. Las Congregaciones marianas, órgano principalmente de las juventudes de ambos sexos, tan acreditadas durante varios siglos por su madurez e intensa labor religiosa y social, debían merecer la predilección de Pío XII, él mismo congregante en su juventud. Así se ha visto a lo largo de su pontificado hasta 1951.

Efectivamente, el 21 de enero de 1945 se reunían en torno del romano pontífice 4.000 congregantes con el objeto de conmemorar el quincuagésimo aniversario del ingreso del mismo papa en la Congregación Mariana, sus bodas de oro de congregante. En esta ocasión, pues, manifestó el papa el alto concepto que tiene de los congregantes marianos como verdadero ejército de fuerzas de choque al servicio de la Iglesia. La obligación del congregante es, les recuerda el papa, "darse seriamente a la propia santificación, cada uno

[24] AAS, 31 (1939), 365 s.; «An. Soc.», 72 s.
[25] AAS, 32 (1940), 249 s.; «An. Soc.», 75 s.
[26] «Ecclesia» (1949), II, 145 s.

en su propio estado..., y en la forma compatible con las condiciones sociales de cada uno, a la salvación y santificación de los demás; aplicarse valerosamente a la defensa de la Iglesia de Cristo". Y más adelante insiste: "Un congregante... no puede contentarse con un sencillo servicio de honor. Debe estar a las órdenes de María en todo: hacerse su guardián, defensor de su nombre, de su causa; llevar a sus hermanos las gracias de María. No tiene ya derecho a dejar las armas por miedo a los ataques o a las persecuciones". Y completando estas ideas, en carta del 26 de agosto de 1946, dirigida al director de las Congregaciones marianas de España, se congratula "por la vida intensa espiritual, ardiente caridad y apostólico celo" que florece en las Congregaciones marianas.

Pero lo que constituye como la *carta magna,* o el documento más expresivo sobre el pensamiento de Pío XII respecto de las Congregaciones marianas, y más en particular acerca de sus relaciones con la Acción Católica, son los dos documentos siguientes. El primero y fundamental es la constitución apostólica *Bis saeculari,* que Pío XII publicó con ocasión del segundo centenario de la célebre bula de Benedicto XIV sobre las Congregaciones marianas [27]. En ella establece el papa una completa igualdad entre las dos grandes asociaciones, la Acción Católica y la Congregación Mariana, de modo que el que milita en la Congregación cumple perfectamente con la finalidad fundamental de Acción Católica. Sin embargo, con el objeto de evitar toda tergiversación posible, y para que no quedara duda ninguna sobre el pensamiento del papa, que consiste en equiparar en absoluto las Congregaciones marianas con la Acción Católica, en abril de 1950 envió el mismo papa una carta al prepósito general de la Compañía de Jesús, mientras estaba reunida en torno suyo la asamblea general de promotores de las Congregaciones dependientes de la Compañía [28]. En ella recalca Pío XII su pensamiento en una forma que no admite duda ninguna sobre su significado.

Expresiones semejantes de elogio y extraordinaria estima ha empleado Pío XII para con el Apostolado de la Oración, y precisamente por tratarse de una organización tan robusta y universalmente extendida, ha querido el papa intensificar más y más su vida, con el fin de incorporarla plenamente al campo de su actividad apostólica. Ocasión propicia para manifestar su pensamiento sobre el Apostolado de la Oración se la ofreció al papa el primer centenario de su establecimiento, celebrado en todo el mundo el año 1945. Ya en su carta al vicario general de la Compañía de Jesús, di-

[27] «Ecclesia» (1948), II, 425 s. Véase también «Anuario Petrus» (1948), p. 104 s., y AAS, 40 (1948), 393 s.
[28] «Ecclesia» (1950), I, 453 s. Véase «L'Osserv. Rom.», 22 abril 1950.

rector general del Apostolado de la Oración, del 16 de junio de 1944, exponía a grandes rasgos la finalidad y excelencia de esta grande obra, tan apropiada a los tiempos modernos.

No menos alentadora fué la alocución radiada que dirigió Pío XII a España el 18 de noviembre de 1945, al clausurarse el centenario del Apostolado de la Oración en la magna asamblea celebrada en Madrid. Según frase del pontífice, "el Apostolado es un cenáculo selecto de orantes que quieren hacer de su vida una lámpara encendida en el celo de la mayor gloria de Dios... Se presenta hoy día como un recio tronco, robusto y frondoso, cargado no sólo de ramas y de flores, sino también de frutos" [29].

5. **Culto de los santos.**—Como en el fomento de las obras sociales y de las misiones, clero secular y Ordenes religiosas, Acción Católica y otras grandes asociaciones, siguió Pío XII el ejemplo de su predecesor en la veneración y glorificación de los santos. En realidad, las circunstancias catastróficas de los primeros años de su pontificado no le permitieron seguir en ellos el ritmo de beatificaciones y canonizaciones que había tomado Pío XI. Mas, por de pronto, ya en los primeros años elevó a los altares a algunos santos y beatos; pero sobre todo en estos últimos años, después de 1946, y más en particular durante el Año Santo de 1950, forman éstos ya una verdadera constelación en el cielo de la Iglesia.

Muy a los principios de su gobierno, el 2 de mayo de 1940, procedió a la solemne canonización de Santa María Eufrasia Pelletier, la reorganizadora del gran Instituto del Buen Pastor, al que el Padre Santo profesa particular afecto, y Santa Gemma Galgani, la gran mística de nuestros tiempos. Pocos días después, el 19 de mayo, era igualmente beatificada la española Joaquina de Vedruna, fundadora de las Carmelitas de la Caridad. Después de la interrupción forzosa impuesta por la guerra, se reanudó el ciclo de las beatificaciones y canonizaciones: en 1946 se celebró con gran solemnidad la canonización de Santa Francisca Javiera Cabrini, la gran heroína del catolicismo en Norteamérica, a la que bien puede llamarse "Santa de las predilecciones del papa". En octubre de 1946, el papa recibía a un grupo de peregrinos llegados a Roma, junto con las religiosas de María Auxiliadora, para asistir a la beatificación de María Teresa Soubirous. Es interesante el discurso del papa, en que hace resaltar las circunstancias trágicas de su vida religiosa. En noviembre del mismo año, Pío XII procedió a la solemne beatificación de un verdadero ejército de 29 mártires de la gran familia franciscana, pertenecientes también a nuestros tiempos. Son una pequeñísima parte de las 20.000 víctimas del odio satánico de los boxers, sacrificadas a principios del presente siglo.

[29] «Ecclesia» (1945), II.

Entretanto, la lista de los nuevos santos y beatos va aumentando, y el papa Pío XII, a partir de 1947, intensifica más su actividad en la glorificación de los bienaventurados.

En el mes de abril de 1947 procedía a la canonización de la niña de doce años, todavía no cumplidos, María Goretti, que tantas simpatías había ya despertado en el mundo de nuestros días; en el mismo mes era también beatificado el modelo de seglares, profesor de universidad de nuestros tiempos, Contardo Ferrini; en el mes de mayo subía a los altares Alicia Leclerc y era canonizado Nicolás de Flues, con cuya ocasión dirigía el papa un precioso discurso a los peregrinos llegados a Roma. El 22 de junio se concedían los honores de los santos a los dos jesuítas Juan de Brito, gran misionero y mártir portugués, y Bernardino Realino, apóstol italiano, modelo del predicador y misionero popular; a ellos se juntaba el modelo de sacerdotes seculares José Cafasso. En julio fueron canonizados Miguel Garicots e Isabel Bicher de Ages; pocos días después, Luis M. Grignon de Montfort; en agosto, Santa Catalina Labouré.

Ya en 1949, como inmediata preparación para el Año Santo, se realizaron, entre otras, la beatificación del Hno. Benildo, de las Escuelas Cristianas, el 4 de abril de 1949; la canonización de Santa Juana de Lestonac, el 15 de mayo; la de Santa M. Josefa Roselló, el 12 de junio del mismo año, y otras varias. Pero la era de los nuevos santos y beatos comenzó con el Año Santo 1950. Ya el 19 de febrero fué beatificada la M. Vicenta M. López Vicuña, fundadora de las religiosas del Servicio Doméstico, y el 5 de marzo el joven seglar Domingo Savio, discípulo de Don Bosco; el 18 de abril fueron canonizados Santa Bartolomea Capitanio y Vicenta Gerosa; el 28 del mismo mes, Santa Juana de Valois, de la familia real francesa; el 7 de mayo, San Antonio María Claret, fundador de los religiosos del Inmaculado Corazón de María; pero la canonización que revistió proporciones apoteósicas fué la realizada el 24 de junio, la de la niña María Goretti, que se celebró en la inmensa plaza de San Pedro. Asimismo se han celebrado otras varias. Semejantes proporciones ha tomado la reciente beatificación de Pío X en junio de 1951.

Sin embargo, no se detiene ahí la glorificación de los santos promovida por Pío XII. Asimismo, los glorifica de otras muchas maneras. A ello pertenece el breve apostólico de julio de 1946, por el que se nombraba al Beato Avila patro-

no del clero secular de España [30]. Siguiendo por el mismo camino, nombró en 1948 a San José de Calasanz patrono de todas las escuelas populares [31]; asimismo, recientemente, en 1950, a San Juan Bautista de la Salle patrono de los maestros [32] y a San Alfonso María de Ligorio patrono de los confesores y moralistas.

Con la misma finalidad de elevar las mentes de los hombres a esferas más encumbradas, el papa dirige con frecuencia al mundo mensajes radiofónicos con ocasión de grandes jubileos o festividades de los santuarios más insignes. Así, por no citar más que un par de ejemplos, el 12 de octubre de 1945, con ocasión de celebrarse el quincuagésimo aniversario de la coronación de la Virgen de Guadalupe, el papa dirigió un vibrante radiomensaje al pueblo mejicano, reunido en masa en torno a su venerada Patrona.

Pero el ejemplo más saliente en este particular es el entusiasmo desplegado por el romano pontífice en favor de la Virgen de Fátima, de Portugal, a la que bien podemos llamar la advocación mariana eminentemente moderna. Por esto, en las solemnidades celebradas en octubre de 1942 para conmemorar el 25 aniversario de las apariciones, Pío XII dirigió un precioso radiomensaje, y con esta ocasión promovió la consagración de todas las naciones al Corazón Inmaculado de María. Mas donde el pontífice reinante manifestó más plenamente su veneración y entusiasmo por la Virgen de Fátima fué el 13 de mayo de 1946, cuando en presencia del legado pontificio, de 20 obispos y de una multitud calculada en unas 700.000 personas, reunidas para asistir a la solemne coronación canónica de la veneradísima imagen, les dirigió su palabra llena de emoción y de fervor delirante por la Virgen.

El 1 de noviembre de 1950 definió como dogma de fe la creencia universal de la Iglesia de haber sido la Virgen María elevada en cuerpo y alma a los cielos.

IV. Actividad docente de Pío XII

Lo expuesto hasta aquí nos da una idea de las diversas actividades que el romano pontífice Pío XII ha desarrollado y sigue desarrollando en los más variados campos de su apostolado, como padre y director espiritual, digámoslo así, de todos los fieles. Pero la actividad que más caracteriza a Pío XII como vicario de Cristo y su representante en la tierra es la docente. El papa, y de un modo particular Pío XII, es el maestro de la verdad. Por esto en todo lo que se ha dicho hasta aquí aparece siempre enseñando e instruyendo. Sin embargo, conviene considerar un conjunto de obras suyas, en las que sobresale de un modo especial su calidad de maestro docente de la humanidad.

[30] «Ecclesia» (1946), II.
[31] «Ecclesia» (1948), II, 285.
[32] «Ecclesia» (1950), I, 265.

1. **Documentos particularmente doctrinales.**—Ante todo debemos considerar los documentos esencial y principalmente doctrinales que Pío XII ha publicado hasta el presente, es decir, sus principales encíclicas.

Al frente de estos documentos doctrinales hay que colocar la gran encíclica *Summi Pontificatus*, publicada en los albores de su pontificado [33]. En realidad constituye un verdadero programa religioso, en el que el papa nota claramente el mayor peligro del mundo moderno, que es el agnosticismo moral y religioso, así como también el olvido de la solidaridad y caridad cristianas, y luego asienta las bases de la verdadera unidad y solidaridad humanas.

De carácter doctrinal y programático fué igualmente el discurso pronunciado por el Padre Santo el 1.° de junio de 1941, al recurrir el 50 aniversario de la gran encíclica *Rerum Novarum*. De él se ha hecho ya mención al hablar de la actividad social de Pío XII. Este documento, junto con los de León XIII y Pío XI, constituirán en adelante el código social de la Iglesia católica. Pío XII completa con él la doctrina católica sobre la llamada cuestión obrera.

De importancia extraordinaria fué, sobre todo, desde el punto de vista doctrinal, la gran encíclica *Mystici Corporis*, del 29 de junio de 1943 [34], en donde, elevándose el papa sobre las ensangrentadas ruinas de un mundo destrozado por el odio más feroz, presenta la concepción grandiosa del Cuerpo místico de la Iglesia. Su finalidad la expresa claramente Pío XII: es describir la hermosura de la Iglesia madre, satisfaciendo así el ansia de espiritualidad de los tiempos modernos. No mucho después, el 30 de septiembre de 1943, siguió otra encíclica de carácter muy diverso y que marca otro de los aspectos característicos de la actividad docente de Pío XII, a que luego nos referimos, como organizador y promotor de los estudios. Nos referimos a la encíclica *Divino afflante spiritu*, que trata sobre el estudio de la Sagrada Escritura [35]. La ocasión se la ofrecía el próximo cincuentenario de la encíclica *Providentissimus*, de León XIII, de la

[33] Véase AAS, 31 (1933), 413 s., y «Raz. y Fe», 118 (1939), 119 (1940).
[34] AAS, 35 (1948), 193 s.; «Raz. y Fe», 128 (1943), 432 s., 452 s.; 129 (1944), 71 s., 194 s.
[35] AAS, 35 (1943), 297 s.; «Hechos y Dichos» (1944), 553 s., 623 s., 685 s.

que arrancan los nuevos trabajos de investigación y el empuje tomado por el estudio del dogma y su defensa científica contra todos sus impugnadores.

Como documentos doctrinales deben ser designadas indudablemente las dos encíclicas ya citadas sobre las cuestiones orientales, la *Orientalis Ecclesiae,* de 1944, sobre la unidad de fe, unidad de caridad y unidad de autoridad, y la *Orientales omnes,* de 1946, que tan apasionadas réplicas ocasionó de parte de Rusia. De carácter doctrinal son igualmente la encíclica *Fulgens radiator,* publicada en marzo de 1947, con ocasión de la muerte de San Benito, y la *Provida mater Ecclesia,* del 2 de febrero de 1948, sobre los institutos seculares [36]. Y dejando algún otro documento de carácter doctrinal, como tal se presenta la encíclica *Humani generis,* de agosto último, 1950, en que señala el peligro de algunas corrientes ideológicas de nuestros días [37]. En otro lugar hemos dado un resumen detallado de este importantísimo documento pontificio, que debe ser comparado con otros semejantes de Pío IX y de Pío X, en que ambos papas llamaron la atención sobre los errores respectivos de sus tiempos. Evidentemente, la encíclica *Humani generis* está llamada a suscitar grandes controversias y tal vez forme el principio de otros documentos similares.

2. **El papa, docente en toda su actuación.**—Pero Pío XII no solamente se presenta como doctor y maestro de la humanidad en estos documentos propia y exclusivamente doctrinales, sino que podemos afirmar que toda su actuación, intensísima desde el principio de su pontificado, lleva ese mismo sello. Su figura recuerda la de aquellos Santos Padres de la antigüedad cristiana, un San Agustín, un San Ambrosio, San Juan Crisóstomo o San Cirilo de Alejandría, que dieron al mundo de su tiempo la orientación doctrinal que necesitaba. Pero la figura que se nos viene espontáneamente a la imaginación es la del papa San León Magno, precisamente por el aire de maestro que aparece en todos sus escritos. Pío XII es siempre el doctor que enseña a los hombres las normas y principios fundamentales cristianos.

En realidad, aparte estas encíclicas doctrinales Pío XII ha concedido multitud de audiencias y hablado en muchas ocasiones en plan directamente dogmático. Como discurso doctrinal y tesis fundamental acerca de la moral del médico, debemos designar el que dirigió el papa el 12 de noviembre de 1944 a 800 médicos y biólogos reunidos en torno suyo. No tienen otro sentido las normas dadas por el papa en el discurso pronunciado el 8 de octubre de 1946 en la inauguración del nuevo año jurídico de la Sagrada Rota Romana, en el que propone la diferencia entre el orden jurídico eclesiástico y civil. Mas, sobre todo, queremos hacer resaltar aquí su intervención en el Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en Roma en noviembre de 1946. El papa, en presencia de aquellos representantes del pensamiento de nuestros días, les dirigió un precioso discurso, que es una excelente pauta y orientación en medio de las diversas tendencias modernas.

Por eso precisamente, porque en toda su actuación se siente investido de la autoridad docente del vicario de Cristo y lleva impreso siempre el carácter de maestro de la verdad, ya en 1946 se hizo eco de la voz universal de todo el mundo cristiano, que pedía la declaración dogmática de la Asunción de María, y el 1.º de mayo dirigía una consulta a los obispos de todo el mundo suplicándoles manifestasen su parecer sobre la oportunidad de definir este dogma. Y, en efecto, fueron llegando los pareceres de todo el mundo en la forma más apremiante, por lo cual, sintiéndose el papa asistido del Espíritu Santo y en posesión de la verdad, el 1.º de noviembre de 1950 hizo uso de su prerrogativa de infalibilidad, proclamando el gran privilegio de la Asunción de María en cuerpo y alma. Pío XII era una vez más el maestro de la humanidad [38].

Pero, además, aparece como maestro que enseña en todos los momentos de su actuación, en todas sus alocuciones, en todas sus audiencias, aunque hable en la forma más sencilla y familiar. Por esto, cuando se dirige a los técnicos de las más diversas profesiones, a los representantes del Congreso y del Senado norteamericanos o del Cuerpo Jurídico italiano, a los hombres de ciencia o grandes maestros de teología, a las masas de obreros y de Acción Católica o a los grupos de recién casados; cuando habla, finalmente, al mundo en sus alocuciones radiofónicas en los grandes congresos o con ocasión de las Navidades o con cualquiera otra oportunidad, expone siempre con diáfana claridad los principios fundamentales de la fe y moral católica. Pío XII es maestro cuando expone la doctrina católica en las grandes encíclicas, pero enseña igualmente en toda su actuación.

3. **Es promotor y organizador de los estudios.**—Pero, además, y como complemento de todo lo dicho, Pío XII ha sido el gran organizador y promotor de los estudios eclesiásticos y de la investigación científica. En esto no hizo más que seguir la tradición de los papas, y particularmente de sus inmediatos predecesores, sobre todo desde León XIII, que fué el primero que abrió el Archivo Vaticano a la in-

[36] «Ecclesia» (1948), I. Véase también «Anuario Petrus» (1948), p. 44 s., y AAS, 40 (1948), 287 s. Para «Fulgens Radiator» véase AAS, 39 (1947), 137 s.

[37] AAS, 42 (1950); «Ecclesia» (1950), II.

[38] AAS, 42 (1950).

vestigación y puso la Biblioteca Vaticana en condiciones para ser utilizada por los investigadores.

El documento fundamental de Pío XII en orden al fomento del estudio es la encíclica antes conmemorada *Divino afflante spiritu,* publicada en 1943 para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la publicación por León XIII de su *Providentissimus* [39]. Por esta encíclica, Pío XII entró de lleno en el camino de los grandes protectores de las ciencias eclesiásticas. En efecto, León XIII, con aquel célebre documento, dió el primer gran impulso al estudio del dogma bajo el magisterio de Santo Tomás, y su ejemplo fué seguido por sus sucesores Pío X, Benedicto XV y Pío XI. Pío XII da un paso adelante en este camino de la ciencia e investigación de la Sagrada Escritura. Para ello, después de referir detalladamente lo establecido por León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI, cuyo efecto ha sido multitud de escritos, asociaciones, congresos y bibliotecas, pasa a proponer una serie de principios en orden a lo que los tiempos presentes exigen para la prosperidad de los estudios bíblicos.

Esta encíclica, de un alcance tan trascendental y práctico, ha tenido su efecto inmediato en la intensificación creciente de los trabajos escriturarios. Uno de los ejemplos más consoladores ha sido el nuevo esplendor que han tomado en España los estudios bíblicos con la renovación de la revista *Estudios Bíblicos* y el rejuvenecimiento de las semanas bíblicas, patrocinadas ahora por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Efecto de este mismo impulso dado a los estudios bíblicos ha sido el trabajo puesto en la nueva traducción de los Salmos, la cual salió en 1945, cuyo resultado ha sido el nuevo salterio para el rezo del Breviario. Su característica es que transforma fundamentalmente el anterior con una traducción mucho más inteligible y conforme con el texto original. El 24 de marzo de 1945, Pío XII publicaba un *motu proprio* sobre el empleo de los nuevos salmos en el rezo del oficio divino [40]. El papa lo recomienda a todos y lo somete a una especie de prueba universal, mas no lo impone como obligatorio.

En este mismo sentido de protección y fomento de los estudios científicos eclesiásticos deben entenderse diversos documentos del romano pontífice, entre los cuales es digna de notarse la carta dirigida al arzobispo de Trento al comenzar en diciembre de 1945 la celebración del IV centenario del concilio Tridentino.

La misma finalidad de fomentar los estudios eclesiásticos tienen las recientes disposiciones de 1949-1950, por las cuales

[39] AAS, 35 (1943), 207 s.
[40] AAS, 37 (1945), 65 s.

se nombra a San Juan Bautista de la Salle y a San Alfonso María de Ligorio patronos, respectivamente, de los maestros y de los moralistas.

V. Gobierno de Pío XII. El papa universal

No hay duda que en todo lo que hemos expuesto aparecen claramente las dotes extraordinarias de gobierno de Pío XII; sin embargo, será oportuno notar de un modo especial un conjunto de actividades del papa más directamente relacionadas con el gobierno de la Iglesia y sus relaciones internacionales, de donde se ha derivado un hecho de todos reconocido: que Pío XII es verdaderamente un papa universal, que goza de un prestigio extraordinario en todas partes.

1. Pío XII se dirige a todo el mundo.—Las dotes de gobierno de Pío XII y la verdadera significación de su pontificado aparecen magníficamente en el contacto mantenido personalmente con las naciones cristianas y con el mundo entero, mas de un modo particular con el episcopado universal. Para ello ha aprovechado desde el principio las ocasiones extraordinarias que le brindaban los jubileos o aniversarios especiales de las diversas naciones, los congresos eucarísticos y las asambleas de la más distinta índole, para hacer resonar su voz en medio de las grandes multitudes y en presencia de los grandes acontecimientos. Igualmente ha sabido utilizar el gran medio de sus audiencias públicas y privadas, dando la preferencia a las que tenían un carácter oficial, particularmente la presentación de credenciales de los representantes de los más diversos Estados. Finalmente, ha dirigido todo su esfuerzo a estrechar más y más las relaciones oficiosas y oficiales con las naciones, consiguiendo que su autoridad sea respetada en todas partes.

Así, por no citar más que algunos ejemplos, muy a los principios de su pontificado, el 1.º de noviembre de 1939, envió una carta encíclica al episcopado y a todos los fieles de los Estados Unidos con ocasión del 150 aniversario de la jerarquía eclesiástica en aquellas regiones [41]. Su voz exultante se hace eco de la prosperidad de la Iglesia católica norteamericana, pondera el inmenso bien que realizan la prensa y radio con su intensa propaganda y llama la atención de un modo especial sobre la cuestión social, "que, no resuelta aún, según sus propias expresiones, agita fuertemente a los Estados y derrama en las clases de la sociedad semillas de odio y hostilidad mutua". Asimismo, el 13 de noviembre de 1939, Pío XII se dirigió por radio a los católicos norteamericanos para unir-

[41] AAS, 31 (1939), 365 s.

se a la celebración del 50 aniversario de la Universidad Católica de Wáshington [42].

La voz paternal y consciente del romano pontífice alcanzó gran resonancia en los Estados Unidos, por lo cual aun los poderes públicos le han otorgado siempre una confianza especial, enviando un representante personal del presidente, Mr. Taylor, junto al romano pontífice.

Movido de los mismos ideales, el 30 de junio de 1940 dirigió una carta encíclica al patriarca de Lisboa, al episcopado y al pueblo portugués con ocasión de sus fiestas doblemente centenarias [43]. El concordato que entonces se concertó con la nación portuguesa, el convenio sobre las misiones estipulado entonces, renovado y completado recientemente, en 1950, afianzaron más todavía las íntimas relaciones entre Portugal y la Santa Sede.

Más significación tiene todavía en este sentido, y es el mejor indicio de la autoridad moral de que goza Pío XII, la exhortación que el 31 de agosto de 1939 dirigió a los gobiernos de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Polonia para que procuraran arreglar pacíficamente sus diferencias.

Las alocuciones a los nuevos embajadores y los radiomensajes con ocasión de las más variadas solemnidades se repiten constantemente hasta el último discurso dirigido al nuevo embajador portugués en noviembre de 1950 [44]. En realidad, estos discursos, alocuciones y radiomensajes constituyen el mejor exponente de la intervención continua del pontífice reinante en el movimiento religioso y cultural de todos los pueblos. No menos significativos y de máxima eficacia en el gobierno general de la Iglesia y prestigio moral del romano pontífice han sido los múltiples discursos, radiomensajes y todo género de comunicaciones con altas personalidades, instituciones o elementos de gran influencia en la sociedad.

Con toda energía inculca los principios cristianos en sus discursos a los dirigentes de mayor influencia, pues está convencido de que de ellos depende en gran parte el mejoramiento de la sociedad, y en particular de la clase obrera. Véase por algunos ejemplos la intensa actividad pontificia. El 12 de noviembre de 1944 recibió a unos 800 médicos y biólogos y les dirigió un precioso discurso, en el que expone los principios fundamentales de la moral del médico. Trátase, como fácilmente se comprende, de una excelente orientación sobre la llamada pastoral médica. Igualmente, el 15 de diciembre del mismo año, recibió en audiencia privada al representante personal del presidente de los Estados Unidos,

[42] AAS, 31 (1939), 678 s.
[43] AAS, 32 (1940), 24 s.
[44] «Ecclesia» (1950), II.

Myron Taylor, acompañado de los miembros del Comité para los Asuntos Militares de la Cámara de los Representantes de su país, y les dirigió una alocución sobre la grave responsabilidad de los legisladores.

Pero donde ha derrochado, por decirlo así, el pontífice reinante sus dotes de gran gobernante y pastor de la Iglesia ha sido en las grandes alocuciones o radiomensajes dirigidos a todo el mundo. En esto ha sido el papa hombre eminentemente moderno, utilizando este magnífico invento de la técnica de nuestros días en servicio de la Iglesia. Tres son las ocasiones en que sistemáticamente se dirige cada año al mundo con su palabra orientadora y paternal: la fiesta de Navidad, la Pascua y su fiesta onomástica, el 2 de junio, día de San Eugenio. Durante los años de la guerra, en estas ocasiones ha manifestado al mundo la persistente preocupación y hondísima pena que le oprimía; con el mismo objeto aprovechaba cada año el aniversario de la guerra a principios de septiembre.

Aparte de estas ocasiones más solemnes, en que Pío XII ha dejado oír su voz de gobernante supremo de la Iglesia, ha manifestado especial predilección por los grandes congresos, asambleas, semanas o semejantes concentraciones de fuerzas católicas. En todas ellas ha querido hacer oír su voz de maestro universal de la Iglesia, dando siempre las más acertadas directrices para la vida profundamente católica. Tales son, por ejemplo, los mensajes al Congreso de Wellington, en Nueva Zelanda, el 1.º de febrero de 1940, y al de Santa Fe, en la Argentina, el 13 de octubre siguiente; y, limitándonos a los de los últimos años, el mensaje del papa a los católicos franceses del 17 de junio de 1945, en el que tan ardientemente defiende "la santidad del matrimonio y la unidad del hogar"; el dirigido al Congreso colombiano de Cristo Rey el 30 de septiembre, donde presenta al divino Salvador como fuente de verdad, de justicia y de amor; el radiomensaje a la República Argentina el 28 de octubre de 1945, día de Cristo Rey; los dos preciosos radiomensajes en ocasión de los Congresos catequísticos de Barcelona, el 7 de abril, y de Boston, en Estados Unidos, el 28 de octubre de 1946; las dos alocuciones radiadas al Congreso eucarístico de Cuba el 24 de febrero y al Congreso mariano de Ottawa el 19 de junio de 1947; y omitiendo otros muchos radiomensajes semejantes, el dirigido al Cuerpo diplomático el 28 de diciembre de 1949, en el que presenta a la Iglesia como fortaleza de la paz [45]; al presidente de los Estados Unidos en las Navidades de 1949 [46], donde anuncia que la salvación del mundo estriba en el reconocimiento de la fra-

[45] «Ecclesia» (1950), I, 7 s.
[46] «Ecclesia», 33 s.

ternidad universal entre todos los hombres; a los delegados de la Conferencia internacional de radiodifusión, en mayo de 1950 [47].

La misma significación tienen las frecuentes alocuciones dirigidas a entidades y personajes de gran influencia y prestigio en el mundo con ocasión de las audiencias pontificias. Así, por ejemplo, la alocución a los encargados de estudiar las necesidades más urgentes ocasionadas por la guerra; las palabras dirigidas al vicedirector de la U. N. R. R. A. en audiencia del 25 de agosto de 1945, y a diferentes comisiones sobre las relaciones postbélicas, asuntos internacionales y presupuestos militares. Y pasando por alto los años 1946-1949, notaremos entre los últimos: el discurso dirigido a un grupo de directores de periódicos o representantes de agencias periodísticas americanas el 23 de enero de 1950 [48]; el dirigido en febrero de 1950 al Congreso internacional de periodistas católicos [49]; el dirigido al Congreso mundial de cámaras de comercio en abril de 1950 [50], y otro semejante al Congreso de estudios sociales el mismo mes.

2. Efectos en cada uno de los Estados.—Este contacto íntimo con todos los pueblos, fomentado ya de un modo especial por los últimos romanos pontífices, pero tan acertadamente realizado por Pío XII, ha producido efectos excelentes en todos los Estados, de los cuales el más significativo ha sido la prosperidad alcanzada por la Iglesia y el prestigio universal del Pontificado. Todo esto, a pesar de las dificultades que encuentra la Iglesia en la situación caótica del mundo. Mientras el comunismo le hace una guerra sin cuartel, la Iglesia católica, el pontífice romano persiste con toda la plenitud de su poder y se afianza más en el mundo.

Los efectos prácticos de esta actividad internacional de Pío XII aparecen ante todo en los concordatos o convenios equivalentes concluídos hasta fines de 1950. Nombremos ante todo al ya conmemorado anteriormente con Portugal, de 1940, revisado y completado en 1950. Asimismo, los convenios con España en junio de 1941 [51]. En ellos, como en toda la acción diplomática de Pío XII, se esfuerza el papa por mantener incólumes todos los derechos de la Iglesia y espiritualizar más y más su actuación.

De esta vitalidad son testimonio fehaciente: en los *Estados Unidos*, el aumento constante de las conversiones, que la hacen, en conjunto, la religión más poderosa, con 25 millones que arroja la estadística de 1950. Por esto, sus manifestaciones adquieren cada día mayor influjo. Tales son: la actividad de los capellanes norteamericanos en la guerra, que mereció particular elogio del ministro correspondiente; el aumento creciente de vocaciones religiosas, probado en recientes estadísticas; las campañas eficaces emprendidas contra la inmoralidad, particularmente del cine; la actuación enérgica del episcopado y su intervención en asuntos de gran trascendencia.

[47] «Ecclesia», 537 s.
[48] «Ecclesia», 147 s.
[49] «Ecclesia», 201 s.
[50] «Ecclesia», 481 s.
[51] AAS, 33 (1941), 480 s.; «Hechos y Dichos» (1941), 427 s.

En *Francia*, a través del calvario recorrido durante la ocupación alemana y después de su liberación, el catolicismo y el episcopado han dado señales de nueva vitalidad. Muy digno de mención ha sido el heroísmo de un sinnúmero de capellanes clandestinos, que ejercieron en Alemania un influjo extraordinario. Las juventudes católicas se agrupan en torno de la jerarquía, como lo atestiguan los 10.000 jóvenes reunidos en Puy en 1942 y las semanas sociales celebradas, hasta la última de 1948. El episcopado ha dado recientemente atinadas direcciones encaminadas al resurgimiento católico.

En *Inglaterra* se aprecia igualmente un aumento constante del catolicismo, debido en gran parte a las conversiones. Las estadísticas hechas en 1949 dan un resultado muy favorable.

La mártir *Polonia*, objeto especial de las predilecciones de Pío XII, mantiene, a pesar de la opresión comunista, su fidelidad a la Iglesia. Muy significativa ha sido una pastoral publicada recientemente por todo el episcopado polaco. Lo mismo se puede decir de *Alemania*, donde se ha manifestado en las elecciones de Baviera y de otros territorios la reacción cristiana contra el comunismo. La actuación del episcopado durante la guerra y al fin de ella ha sido ejemplar, como lo muestran sus enérgicas pastorales hasta 1949.

3. Pío XII y España.—Mas si con todo el mundo, y particularmente con todas las naciones cristianas, Pío XII ha mantenido íntimas relaciones, dando a todos pruebas inequívocas de su interés, es un hecho que todo esto lo ha significado de un modo especialísimo con España y con la América española, tan íntimamente ligada con ella.

En primer lugar, ya en los umbrales de su pontificado, no hay duda que, en medio de la honda amargura que causaba al romano pontífice el estado caótico de Europa, experimentó no poco alivio al término de la guerra española el 1.° de abril de 1939 [52]. Sus más íntimos sentimientos de simpatía por España, de alivio al ver terminada la guerra civil en favor de la causa cristiana y de honda preocupación por el estado del mundo, los manifestó pocos días después,

[52] AAS, 31 (1939), 151 s.; «Raz. y Fe», 117 (1939), 190 s.

el 16 del mismo mes, en el radiomensaje dirigido a España. La circunstancia de que tanto este mensaje, como todas las demás alocuciones dirigidas a los españoles o hispanoamericanos, los ha podido hacer en perfecto castellano, ha despertado en todos gran entusiasmo y simpatía hacia su persona.

Después de este primer mensaje han sido innumerables las alocuciones que ha dirigido a grupos o representaciones españolas o con ocasión de acontecimientos o asambleas celebradas en España. Pío XII ha querido mantenerse en vibración constante con la península Ibérica. En mayo del mismo año 1939 dirigió palabras afectuosas a la colonia española que, presidida por su embajador, se presentó ante el papa con el objeto de rendirle homenaje de veneración y cariño. El 12 de junio hablaba de nuevo en español a la misión española, compuesta de jefes, oficiales y una masa de 3.000 legionarios que fueron a Italia con motivo del fin de la guerra [53].

El 7 de marzo de 1940 dirigió su palabra igualmente a la misión naval española; el 29 de junio de 1941 dirigía una carta admirable al episcopado español, promoviendo la obra de los seminarios. Por todo esto y otras semejantes manifestaciones de simpatía por España, no es de sorprender que el año 1942, España entera, con su Caudillo, el episcopado y el gobierno a la cabeza, con ocasión del 25 aniversario de la consagración episcopal del papa, se manifestara en verdadero plebiscito de simpatía por Pío XII. Aparte los mensajes de felicitación enviados por el Caudillo, el gobierno y el episcopado, el 14 de mayo se celebró en Madrid, en la plaza de la Armería, con asistencia de todo el gobierno, un solemne *Te Deum,* cantado por 60.000 niños.

Las muestras de afecto y simpatía por España de parte del romano pontífice van más bien en aumento durante los años siguientes. Así, el 20 de mayo de 1943, Pío XII dirige una carta al ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín. Su objeto era darle las gracias por la selección de obras del Consejo Superior de Investigaciones Científicas con que España había querido obsequiarle a él personalmente.

Con ocasión de los bombardeos de Roma y del peligro inminente que se cernía sobre la Ciudad Eterna y tantos preciosos monumentos de la antigüedad cristiana, todo el mundo católico vibró al unísono con la angustia y consternación del Padre Santo. España, tan íntimamente ligada con Pío XII, sintió como el que más la honda pena del papa y se unió a su dolor. Esta vibración unánime del pueblo

[53] «Raz. y Fe», 117 (1939), 372 s.; «An. Soc.», 101 s. Otros mensajes en español: «An. Soc.», id.

español con el papa tuvo por remate la bendición apostólica enviada con toda efusión por el romano pontífice a la nación española por medio de un amplio telegrama al primado de España como respuesta al mensaje del episcopado.

Pero Pío XII no podía contentarse con esto. Así, pues, el 18 de noviembre siguiente, de 1944, dirigió una carta, toda ella autógrafa, al primado de España, en la que expresa su más profunda gratitud y da la más cordial bendición apostólica a todos los que colaboraron en la colecta por las víctimas de la guerra. El papa atestigua explícitamente que "se ha mostrado digno de la fe y piedad de los españoles el afán con que a porfía, encabezados por los obispos y los gobernantes de la nación, han respondido no sólo con liberalidad y generosidad sino con alegre prontitud a la invitación del papa".

Semejantes testimonios de afecto para con España ha dado Pío XII constantemente hasta nuestros días. He aquí algunos ejemplos de los últimos años. Citemos, ante todo, el precioso discurso, ya antes conmemorado, que dirigió el papa a los españoles el 18 de noviembre de 1945 en la magna asamblea reunida en la plaza de la Armería, de Madrid, para celebrar el centenario del Apostolado de la Oración [54]. Diríamos que con esta ocasión se volcó todo entero el corazón del papa hacia la nación española. En su nutrido discurso puede escogerse un verdadero florilegio de frases de predilección, de cariño y de alta estima.

De nuevo, el 17 de febrero de 1946, en el discurso dirigido al embajador extraordinario y plenipotenciario de España, vuelve el papa a tejer el elogio más sublime de la fe de España y de su unión con la Santa Sede, cuando habla del pueblo español..., "cuya fidelidad a Jesucristo, cuya valerosa confesión de la fe, no menos que sus preclaros méritos en la conservación y propagación de la fe católica, quedan para siempre escritos con caracteres indelebles en el libro de la historia de la Iglesia" [55].

El discurso dirigido a la multitud inmensa de unos 80.000 niños congregados en la mañana del 7 de abril de 1946 en el estadio de Montjuich, de Barcelona, para clausurar el Congreso Catequístico, del que había sido alma su celosísimo prelado, Dr. Gregorio Modrego, hace vibrar otra vez los sentimientos del papa para con todo lo español, que él tanto ama. Con fecha más reciente, el 16 de julio de 1946, se firma un convenio entre la Santa Sede y la nación española para la provisión de beneficios, y más recientemente todavía, el 8 de diciembre, se estipula otro sobre los seminarios y universidades de estudios eclesiásticos.

[54] «Ecclesia» (1945), II.
[55] «Ecclesia» (1946), I.

En ambos aparece plenamente la compenetración del papa con los intereses religiosos de España, así como también el sentido profundamente católico del gobierno español.

En los últimos años, Pío XII ha continuado dando las mismas muestras de simpatía por España. Así, en 1948, en un discurso al embajador español ante la Santa Sede, Sr. Ruiz-Jiménez [56], y con ocasión del cuarto centenario de San José de Calasanz, así como también en el discurso dirigido a los peregrinos españoles de la Obra de Ejercicios Parroquiales (octubre de 1948). Pero donde ha manifestado más íntimamente su corazón paternal para con España ha sido en las últimas beatificaciones de la M. Soledad Torres Acosta, de la M. Vicuña y, sobre todo, en la solemne canonización de San Antonio María Claret. En general, el Año Santo ha dado frecuente ocasión al romano pontífice para mostrar su predilección por España, que aun en la solemne promulgación del dogma de la Asunción, el 1.° de noviembre, no pudo ocultar, a la vista de la misión oficial española y de la lucida representación uniformada del Ejército español.

No menos significativos, en este mismo sentido de compenetración del papa con todo lo español, son los repetidos discursos o radiomensajes dirigidos a representaciones, congresos o asambleas hispanoamericanas. En todos ellos vibra siempre el recuerdo de España, y Pío XII une sistemáticamente el catolicismo y la fidelidad de las naciones latinoamericanas con su íntima amistad e inteligencia con la España católica, de la que recibieron la religión y la fe cristiana. La misma predilección que manifiesta por todas estas repúblicas latinoamericanas y su complacencia en hablarles en su propio idioma castellano son el mejor indicio de sus simpatías hacia todo lo español o relacionado con España.

Pasando por alto diversas alocuciones y radiomensajes, notaremos únicamente algunos de los más recientes. Dignos de especial mención, como testimonio de afecto pontificio a la América latina y a España, son tres radiomensajes del año 1945, dirigidos a tres naciones bien representativas del espíritu latino de América. El primero, dirigido a Colombia, lo pronunció el 30 de septiembre en honor de Cristo Rey, y tenía por objeto conmemorar el centenario del Apostolado de la Oración. El segundo fué el dirigido al pueblo mejicano el 12 de octubre, en el quincuagésimo aniversario de la coronación de la Virgen de Guadalupe. El tercero fué radiado el 28 de octubre, en la fiesta de Cristo Rey, a la República Argentina, en la gran asamblea celebrada por el centenario del Apostolado de la Oración.

[56] «Anuario Petrus» (1948), p. 129 s.; «Ecclesia» (1948), II, 677.

De nuevo en julio de 1946 habla el papa a Colombia, al Congreso mariano de Bogotá, en el que evoca las gestas de la Virgen en América, con la inmensa variedad de títulos con que se la aclama; en 1946, al Congreso eucarístico de Cuba; en 1948, a otro Congreso eucarístico celebrado en el Brasil [57]; en mayo de 1949, al IV Congreso nacional del Perú [58]; en junio del mismo año, al II Congreso eucarístico del Ecuador [59]. Idénticos sentimientos expresa en las alocuciones dirigidas a los embajadores o enviados especiales de dichas repúblicas ante la Santa Sede, como las recientes de 1949 a los embajadores de la República Dominicana y Bolivia [60].

4. **Prestigio universal de Pío XII.**—Con una actuación tan intensa y juntamente tan acertada y eficaz, Pío XII ha llegado a conseguir un reconocimiento verdaderamente universal y un prestigio extraordinario, al que pusieron ya un sólido fundamento sus inmediatos predecesores.

Podemos, pues, afirmar que en nuestros días se verifica con toda plenitud la catolicidad del romano pontífice. Toda su actuación durante la guerra mundial pasada y cerca de seis años que llevamos de postguerra; sus alocuciones y radiomensajes dirigidos al mundo entero; la afluencia continua al Palacio Vaticano de los elementos más representativos de todas las clases de la sociedad; la vibración universal que adquiere cualquier intervención o decisión pontificia; la resonancia de sus encíclicas y grandes discursos doctrinales; el gobierno eclesiástico y las intensas relaciones internacionales, todo esto manifiesta bien a las claras la catolicidad efectiva del pontificado de Pío XII.

Esto se vió de una manera brillante con ocasión del jubileo o 25 aniversario de la consagración episcopal del papa, celebrado en 1942. El mundo entero prestó al papa el más rendido homenaje de reconocimiento, sincero afecto y filial sumisión. El radiomensaje de Pío XII del 13 de mayo de ese año jubilar en que se cumplían los veinticinco años de episcopado, y en que quiso él comunicar sus más íntimos sentimientos a toda la cristiandad, fué escuchado con la más rendida admiración, y significa, indudablemente, uno de los momentos más sublimes del pontificado. Es el documento del maestro y doctor de la Humanidad. Pío XII habla en él como el representante de Cristo en la tierra, que comunica a los hombres las hondas preocupaciones que le afligen

[57] «An. Petrus» (1948), p. 120 s.
[58] «Ecclesia» (1949), I, 595.
[59] «Ecclesia» (1949), II, 5.
[60] «Ecclesia» (1949), I, 622.

y el único camino que puede conducir a la verdadera felicidad [61].

Símbolo del testimonio unánime de reverencia y alta estima del mundo entero en verdadero plebiscito universal fué la solemnidad celebrada en todas partes el 14 de mayo, que tuvo como uno de sus mejores exponentes a España y a su capital, donde el Caudillo en persona, el gobierno en pleno y una multitud inmensa asistieron a un solemne *Te Deum* en la plaza de la Armería. Unos 60.000 niños unieron sus voces y plegarias al himno de gratitud dedicado al romano pontífice.

El mundo volvió a manifestarse en verdadero plebiscito de simpatía hacia el romano pontífice en 1943, con ocasión de los bombardeos de Roma, por el peligro a que quedaba expuesta la Ciudad Eterna y la persona misma del Padre Santo. No fué sólo España, como se ha visto en otro lugar, la que se levantó en peso en franca protesta. Fué el grito unánime de todas las naciones hispanoamericanas las que más unánimemente vibraron en favor de Roma y del papa. *L'Osservatore Romano* recogía en el mes de junio los innumerables telegramas de condolencia y de protesta recibidos del Viejo y del Nuevo Mundo, de los países católicos y de los no católicos.

El año entero que aun duró la gran catástrofe mundial, continuó ofreciendo pruebas cada vez más manifiestas del universal prestigio del romano pontífice y de la catolicidad de su gobierno. Este universalismo del papa Pío XII llevó a uno de los momentos cumbre de su pontificado cuando, apenas terminada la guerra, todo el mundo escuchó conmovido, el 9 de mayo de 1945, el radiomensaje del papa [62]. Se diría que, en un momento de expectación universal, él fué la única persona en todo el mundo capaz de tomar la palabra y hablar en nombre de toda la Humanidad. Esta posición se manifestó más claramente todavía cuando, aterrados todos por la espantosa perspectiva del hambre que se cernía sobre la Europa martirizada y exhausta, Pío XII fué escogido para hablar al mundo entero y moverlo a prestar la ayuda necesaria [63]. Así lo hizo en su célebre radiomensaje del 4 de abril de 1946, donde, con un realismo aterrador, pone delante de los ojos del mundo cómo la cuarta parte de la Humanidad está amenazada por el hambre.

Como expresión de este universalismo de la Iglesia católica, ha querido Pío XII convertir al Colegio Cardenalicio que lo rodea en verdadera representación de toda la cristiandad y del mundo. Para ello, en el nombramiento de car-

[61] AAS, 34 (1942), 154 s.
[62] AAS, 37 (1945), 129 s.
[63] AAS, 38 (1946), 165 s.

denales realizado los días 20, 21 y 22 de febrero de 1946, elevó a esta alta dignidad a un número no igualado en ningún otro consistorio, y lo que más significaba, a muchos miembros de naciones que nunca habían poseído ningún cardenal, incluso de territorio de misiones, como la China y el Oriente [64]. El acto no podía ser más significativo. Las representaciones de todas las naciones, los nuevos cardenales allí presentes, el entusiasmo de las masas, que aclamaban al papa en todos los tonos posibles; el discurso que éste dirigió a los nuevos purpurados y al mundo entero, todo esto, en realidad, da la idea más completa de la situación actual del pontífice Pío XII en medio del mundo. El discurso pronunciado luego por el papa ante el Cuerpo diplomático en contestación al saludo que éste le había dirigido, no hizo otra cosa sino confirmar la realidad del universalismo actual del Pontificado.

La mejor confirmación de todo lo dicho es el grandioso espectáculo que ofreció Roma en el Año Santo de 1950. Realmente se puede decir que Roma y el papa fueron el centro de toda la cristiandad y que el mundo entero acudió a dar su obediencia, o al menos señales de admiración, al romano pontífice Pío XII. Las recientes encíclicas *Anni Sancti* [65] y *Humani generis* son la expresión de la primera autoridad moral de todo el mundo, que habla en nombre de toda la Humanidad.

[64] AAS, 38 (1946), 141 s.
[65] «Ecclesia» (1950), 1, 285 s.

C O N C L U S I O N

Quien haya seguido pacientemente la exposición de toda la historia de la Iglesia católica a través de cerca de veinte siglos de existencia, sacará, sin duda, la conclusión de que necesariamente existe una fuerza superior y divina que la asiste y protege.

Apoyada en esta fuerza sobrehumana, la Iglesia de Cristo venció las fuerzas inmensamente superiores del Imperio romano, empeñado en su destrucción; superó las insidias y las más peligrosas emboscadas de la herejía en la Edad Antigua; salió victoriosa de las embestidas de los pueblos invasores; se elevó a su máximo prestigio en la Edad Media, manteniendo durante varios siglos la verdadera hegemonía de los pueblos; salió a salvo de la mayor catástrofe provocada por el cisma de Occidente, las herejías y decadencia subsiguiente y el cataclismo de los falsos reformadores del siglo XVI; rejuvenecida y robustecida con la verdadera Reforma, iniciada en Trento, mantuvo la pureza de sus principios frente a los embates de las ideologías malsanas de los siglos XVII y XVIII; dominó la revolución y reaccionó valientemente contra el indiferentismo, racionalismo, materialismo y ateísmo del siglo XIX; intensificó más y más su acción eclesiástica y espiritual; aumentó incesantemente su prestigio con la infalibilidad del romano pontífice y la actuación cada vez más espiritual, elevada y universal de los papas de los siglos XIX y XX; llegó con el actual pontífice Pío XII a una situación tal, que es universalmente respetada, y el romano pontífice reconocido como la persona de más significación moral de todo el mundo. No bastan a explicar todo esto medios ni fuerzas humanas; se revela aquí, en una magnífica epifanía, la fuerza divina que la asiste.

En realidad, pues, en medio del desquiciamiento general de todos los valores morales, ante el antagonismo de ideas

que se disputan hoy día el dominio del mundo sin ofrecer perspectiva ninguna de paz y seguridad, la Iglesia católica, el romano pontífice, son el único prestigio moral que se levanta en medio del mundo, dando una sólida garantía de seguridad, la única esperanza de salvación y faro luminoso capaz de guiar a la Humanidad, a través de las más negras borrascas en que se debate, al único puerto seguro, que es Jesucristo. La Iglesia católica y el vicario de Cristo, que la dirige, cuentan con la promesa formal de Nuestro Señor de que las puertas del infierno, es decir, todos los enemigos y todos los esfuerzos del mundo, no lograrán hundirla ni hacerla zozobrar. Su historia es la mejor prueba de esta realidad.

INDICE GENERAL DE MATERIAS, PERSONAS Y LUGARES.*

* No se indican las palabras que solamente se citan de paso.

ACABÓSE DE REIMPRIMIR ESTE CUARTO VOLUMEN DE LA «HISTORIA DE LA IGLESIA CATÓLICA», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 21 DE SEPTIEMBRE DE 1953, FESTIVIDAD DE SAN MATEO, EN LOS TALLERES PENITENCIARIOS DE ALCALÁ DE HENARES

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI